

D648
E:3

INSTITUTO DEL SERVICIO EXTERIOR
DE LA NACION
BIBLIOTECA

INGRESO

Historia
de las RRII



versidades
pro numero
investigac
Anglia ar
Yale en 19
orador re
les, es a
o los má:
1870-1
erman A
behind Di

Paul Kennedy

AUGE Y CAIDA DE LAS GRANDES POTENCIAS

Cops. 1 a 5

L 5871

MEX 3470



I. EL ASCENSO DEL MUNDO OCCIDENTAL

En el año 1500, la fecha elegida por numerosos eruditos para marcar la división entre tiempos modernos y premodernos¹, para los habitantes de Europa no era en absoluto evidente que su continente estuviera destinado a dominar gran parte del resto de la Tierra. El conocimiento que tenían los contemporáneos sobre las grandes civilizaciones de Oriente era fragmentario y a menudo erróneo, pues se basaba en relatos de viajeros. No obstante, la imagen general de extensos imperios orientales que poseían riquezas fabulosas y enormes ejércitos era razonablemente exacta y a primera vista estas sociedades deben haber parecido mucho mejor dotadas que los pueblos y Estados de Europa occidental. De hecho, comparadas con estos grandes centros de actividad cultural y económica, las debilidades relativas de Europa *eran* más evidentes que sus puntos fuertes. Para empezar, no era la región más fértil ni más populosa del mundo; en cada uno de esos aspectos, la India y China ocupaban los mejores lugares. Desde el punto de vista geopolítico, el «continente» europeo tenía una forma incómoda, limitada por hielo y agua al Norte y al Oeste, abierta a frecuentes invasiones desde el Este y vulnerable estratégicamente desde el Sur. En 1500, y durante mucho tiempo antes y después de 1500, éstas no eran consideraciones abstractas. Sólo habían transcurrido ocho años desde que Granada, la última región musulmana de España, sucumbiera ante los ejércitos de Fernando e Isabel, pero ése era el final de una campaña regional, no de la lucha mucho más amplia entre la Cristiandad y las fuerzas del Profeta. Sobre la mayor parte del mundo occidental pendía aún el impacto de la caída de Constantinopla en 1453, suceso que resultó tanto más inquietante

cuanto que no marcó en ningún sentido los límites al avance de los turcos otomanos. A finales de siglo éstos habían conquistado Grecia y las islas Jónicas, Bosnia, Albania y gran parte del resto de los Balcanes; y en la década de 1520 sucederían cosas peores al avanzar sus imponentes ejércitos de jenízaros hacia Budapest y Viena. En el Sur, donde las galeras otomanas saqueaban los puertos italianos, los Papas llegaron a temer que el destino de Roma imitara pronto el de Constantinopla².

Mientras que estas amenazas parecían formar parte de una estrategia coherente del sultán Mehmet II y sus sucesores, la respuesta europea era aislada y esporádica. A diferencia de los imperios otomano y chino y del liderazgo que pronto establecerían en la India los mongoles, jamás hubo una Europa unida en la cual todas las partes reconocieran un líder secular o religioso. En cambio, Europa era un batiburrillo de pequeños reinos y principados, marcas y ciudades-Estado. En el Oeste estaban surgiendo monarquías más poderosas como por ejemplo España, Francia e Inglaterra, pero ninguna de ellas estaba exenta de tensiones internas y todas se consideraban rivales más que aliadas en la lucha contra el Islam.

Tampoco podía decirse que Europa tuviera ventajas notables en los campos de la cultura, las matemáticas, la ingeniería, la navegación u otras tecnologías en comparación con las grandes civilizaciones de Asia. En cualquier caso, una porción considerable de la herencia cultural y científica europea se había «tomado prestada» del Islam, de la misma manera que las sociedades musulmanas extrajeron durante siglos conocimientos de China a través del comercio, la conquista y los asentamientos. Retrospectivamente vemos que a fines del siglo xv Europa estaba tomando impulso tanto comercial como tecnológico, pero tal vez el comentario general más justo sería que cada uno de los grandes centros de la civilización mundial de la época estaba, aproximadamente, en un estadio de desarrollo similar, algunos más avanzados en un campo pero menos en otros. Tecnológica y, por lo tanto, militarmente, el Imperio otomano, la China de la dinastía Ming, algo más tarde el norte de la India bajo los mongoles y el sistema de Estados europeo con un retoño moscovita eran muy superiores a las sociedades dispersas de África, América y Oceanía. Si bien esto implica que en 1500 Europa era uno de los centros culturales de poder más importantes, no era en absoluto evidente que fuera a ocupar algún día una posición de liderazgo. En consecuencia, antes de investigar las razones de su ascensión es necesario examinar las ventajas y desventajas de los otros contendientes.

La China de la dinastía Ming

De todas las civilizaciones de los tiempos premodernos, ninguna parecía más avanzada ni se sentía superior a la de China³. Su considerable población de 100 a 300 millones por contraste con los 50-55 millones de Europa en el siglo xvi; su notable cultura; sus llanuras increíblemente fértiles e irrigadas, unidas por un espléndido sistema de canales desde el siglo xi; y su administración unificada y jerárquica, conducida por una burocracia confuciana bien educada, habían dado a la sociedad china una coherencia y sofisticación que eran la envidia de los visitantes extranjeros. Verdad es que esa civilización había sido sometida primero a graves tensiones por parte de las hordas mongolas y a la dominación después de las invasiones de Kubilai Khan. Pero China tenía la costumbre de cambiar a sus conquistadores mucho más de lo que se permitía ser cambiada por ellos y, cuando en 1368 surgió la dinastía Ming para reunir el imperio y derrotar por fin a los mongoles, seguía vivo gran parte del viejo orden y conocimiento.

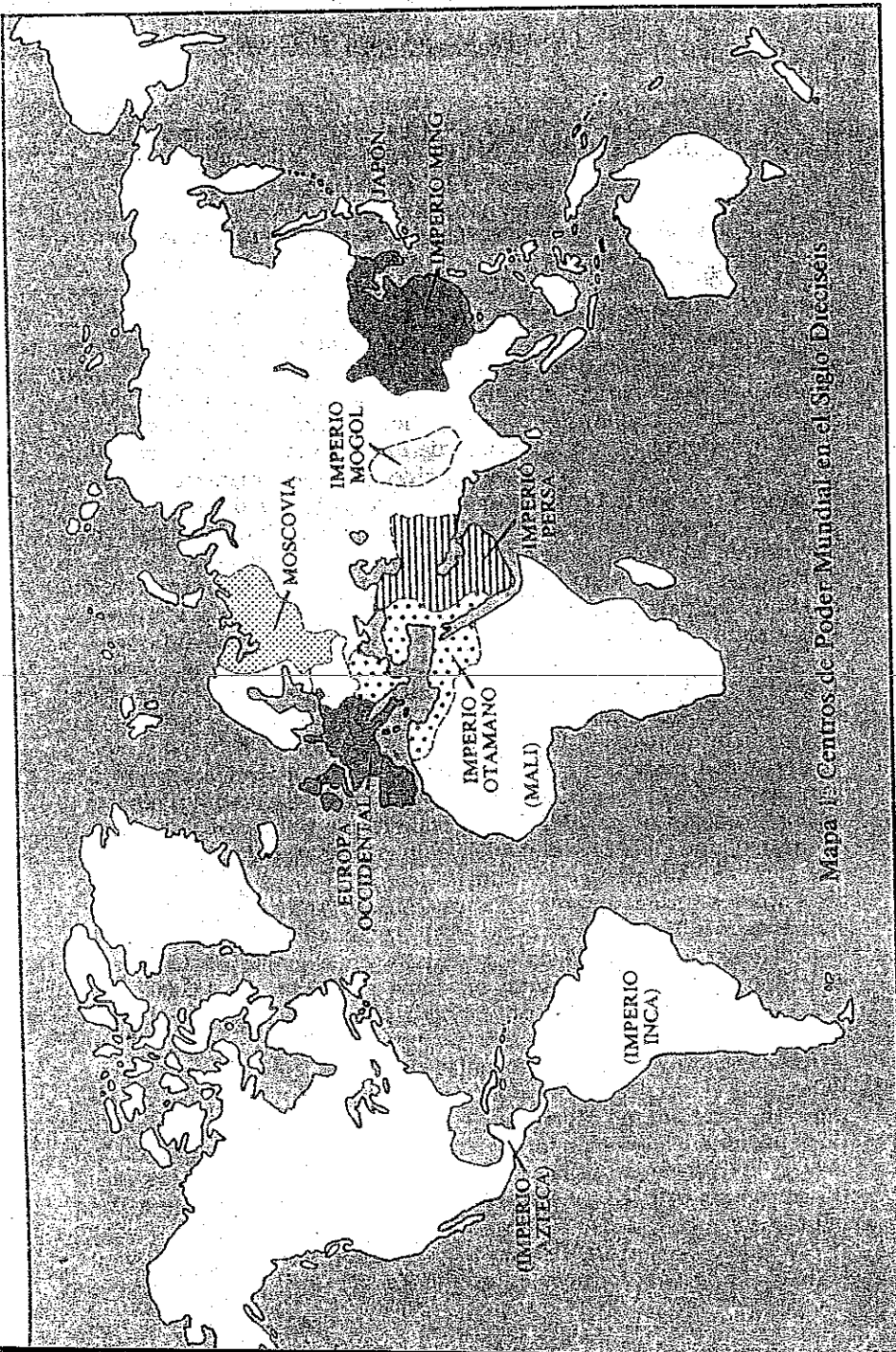
Para los lectores educados en el respeto a la ciencia «occidental», la característica más sorprendente de la civilización china debe ser su precocidad tecnológica. Desde muy temprano existían enormes bibliotecas. En la China del siglo xi ya había aparecido la impresión por tipos móviles y muy pronto aparecieron grandes cantidades de libros. El comercio y la industria, estimulados por la construcción de canales y las presiones de población, eran igualmente sofisticados. Las ciudades chinas eran mucho más grandes que sus equivalentes de la Europa medieval y las rutas comerciales chinas eran igualmente extensas. Mucho antes el papel moneda había dado fluidez al comercio y el crecimiento de mercados. En las últimas décadas del siglo xi existía en el norte de China una gran industria del hierro que producía alrededor de 125.000 toneladas anuales, principalmente para uso militar y gubernamental; por ejemplo, el ejército de más de un millón de hombres era un vasto mercado para las mercancías de hierro. ¡Merece la pena señalar que esta cifra de producción era mucho mayor que la producción británica de hierro en los comienzos de la Revolución industrial, siete siglos más tarde! Probablemente, también fueron los chinos los primeros en inventar la verdadera pólvora y los Ming utilizaron cañones para vencer a sus gobernantes mongoles a fines del siglo xiv⁴.

Teniendo en cuenta las pruebas de adelanto cultural y tecnológico, tampoco sorprende enterarse de que los chinos ya habían

recorrido a los viajes de exploración y comercio. La brújula fue otra invención china, algunos de sus juncos eran tan grandes como los galeones españoles posteriores y el comercio con las Indias y las islas del Pacífico era *potencialmente* tan provechoso como el de las rutas de caravanas. Muchas décadas antes había habido guerra naval en el Yang-Tzé —para derrotar a los navíos de China de la dinastía Song en la década de 1260. Kubilai Khan se había visto obligado a construir su propia flota de buques de guerra, equipados con máquinas disparadoras de proyectiles— y el comercio de grano de la costa era floreciente a comienzos del siglo XIV. En 1420 se calculó que la armada Ming poseía 1.350 navíos de combate, incluidas 400 grandes fortalezas flotantes y 250 barcos diseñados para persecuciones de largo alcance. Esta fuerza eclipsaba, pero no incluía, los muchos navíos privados que estaban ya en esa época comerciando con Corea, Japón, el sudeste de Asia y hasta el este de África, y obteniendo ganancias para el Estado chino, que procuraba gravar este comercio marítimo.

Las más famosas de las expediciones ultramarinas oficiales fueron los siete viajes de larga distancia emprendidos por el almirante Cheng Ho entre 1405 y 1433. Estas flotas —que en ocasiones consistieron en cientos de naves y decenas de miles de hombres— visitaron multitud de puertos, desde Malaca y Ceilán hasta las entradas del mar Rojo y Zanzíbar. Por un lado, llenaban de regalos a los gobernantes locales deferentes; por el otro, obligaban a los recalcitrantes a aceptar a Pekín. Hubo un barco que regresó con jirafas del este de África para entretener al emperador chino; otro, con un jefe de Ceilán que había tenido la mala idea de no aceptar la supremacía del Hijo del Cielo. (Sin embargo, hay que observar que, al parecer, los chinos jamás saquearon ni asesinaron..., a diferencia de los portugueses, holandeses y otros invasores europeos del océano Índico.) Según lo que pueden decirnos los historiadores y arqueólogos sobre el tamaño, poder y navegabilidad de la marina de Cheng Ho —algunos de los grandes buques-tesorería parecen haber tenido unos 1.200 metros de largo y desplazado más de 1.500 toneladas—, es muy posible que hayan podido navegar en torno a África y «descubrir» Portugal varias décadas antes de que las expediciones de Enrique *el Navegante* empezaran a aventurarse por el sur de Ceuta⁵.

Pero la expedición china de 1433 fue la última de su especie, y tres años más tarde un edicto imperial prohibió la construcción de naves para la navegación oceánica; más tarde aún, una orden específica prohibió la existencia de barcos con más de dos mástiles. A partir de entonces el personal naval fue empleado en barcos más pequeños en el Gran Canal. Los grandes buques de guerra de Cheng Ho quedaron amarrados y se pudrieron. Pese a todas las



oportunidades que existían al otro lado del mar, China había decidido dar la espalda al mundo.

Por supuesto había una razón estratégica plausible que explicaba esta decisión: Las fronteras norteñas del imperio volvían a estar sometidas a la presión mongol y tal vez pareció prudente concentrar en esta zona más vulnerable los recursos militares. En estas circunstancias, una armada importante era un lujo caro y, en cualquier caso, la expansión que intentaron los chinos hacia el Sur, en Annam (Vietnam) resultaba estéril y costosa. No obstante, al parecer no se reconsideró este razonamiento válido cuando más tarde se hicieron evidentes las desventajas de la retirada naval: al cabo de un siglo, aproximadamente, las costas y hasta ciudades chinas sobre el Yang-Tzé estaban siendo atacadas por piratas japoneses y sin embargo no hubo una reconstrucción seria de una armada imperial. Ni siquiera la reiterada aparición de navíos portugueses en las costas chinas provocaron este rearme*. Los mandarines argumentaban que lo que se necesitaba era la defensa en tierra, porque ¿acaso no se había prohibido a los súbditos chinos el comercio marítimo?

Por lo tanto, aparte del coste y otras desventajas, uno de los elementos clave de la retirada china fue el conservadurismo de la burocracia confuciana⁶, un conservadurismo acrecentado en el período Ming por el resentimiento provocado por los cambios a que los obligaron los mongoles. En esta atmósfera de «Restauración», el influente funcionariado estaba ocupado en preservar y recapturar el pasado, no en crear un futuro mejor basado en la expansión y comercio de ultramar. Según el código confuciano, la guerra era en sí misma una actividad deplorable y sólo el miedo a los ataques de los bárbaros o a las revueltas internas justificaba la necesidad de las Fuerzas Armadas. El disgusto experimentado por el mandarín ante el Ejército (y la Armada) iba acompañado por una gran suspicacia ante el comerciante. La acumulación de capital privado, la práctica de comprar barato y vender caro, la ostentación del comerciante *nouveau riche*... Todo esto ofendía a la elite burocrática, erudita. La ofendía tanto como resentimientos despertaba en las masas trabajadoras. Si bien no deseaban poner freno a la totalidad de la economía de mercado, los mandarines intervenían con frecuencia contra comerciantes, confiscando sus propiedades o prohibiendo sus negocios. A los ojos de los mandarines, el comercio *extranjero* por parte de súbditos chinos debe

* Durante un breve lapso, en la década de 1590, una flota costera china algo más dinámica ayudó a los coreanos a resistir a dos intentos de invasión japoneses; pero incluso este brote de la armada Ming declinó a partir de entonces.

haber sido incluso más sospechoso, simplemente porque escapaba más a su control.

Este disgusto por el comercio y el capital privado no ponía obstáculos a los enormes logros tecnológicos ya mencionados. La reconstrucción de la Gran Muralla emprendida en el período Ming y el desarrollo del sistema de canales, el trabajo del hierro y la Armada imperial eran objetivos de *Estado*, pues la burocracia había afirmado al emperador que eran necesarios. Pero de la misma manera en que podían iniciarse estas empresas, también podían descuidarse. Se permitió el deterioro de los canales; el Ejército quedaba periódicamente sin nuevos equipos; se descuidaban los relojes astronómicos (construidos alrededor de 1090); las fundiciones de hierro fueron cayendo en desuso. Estos no eran los únicos obstáculos puestos al crecimiento económico. La impresión estaba restringida a trabajos eruditos y no se empleaba para la expansión del conocimiento práctico y mucho menos para la crítica social. La utilización del papel moneda era discontinua. Las ciudades chinas jamás disfrutaron de la autonomía de sus contrapartidas occidentales; no había burgos chinos, con todo lo que implica este concepto; cuando el emperador cambiaba de residencia, cambiaba también la ciudad capital. Y sin embargo los comerciantes y otros empresarios no podían progresar sin estímulo oficial, e incluso aquellos que adquirieron riqueza tendían a invertirla en tierra y educación en lugar de hacerlo en el desarrollo proto-industrial. De la misma manera, la prohibición del comercio y la pesca ultramarinos eliminó otro estímulo potencial a la expansión económica regular; el comercio exterior que se produjo con los portugueses y holandeses en los siglos siguientes era de mercancías de lujo y estaba controlado por funcionarios (aunque hubo indudablemente muchas evasiones).

Por lo tanto, la China Ming era una tierra mucho menos vigorosa y emprendedora de lo que había sido cuatro siglos antes con la dinastía Song. Por supuesto, en el período Ming había técnicas agrícolas más avanzadas, pero al cabo de un tiempo incluso estas actividades intensivas de granja y el uso de tierras marginales empezó a resultar insuficiente para el crecimiento de población. Este crecimiento sólo sería controlado por los instrumentos malthusianos de la plaga, las inundaciones y la guerra, cosas todas éstas muy difíciles de manejar. Ni siquiera el remplazo de los Ming por los más vigorosos Manchúes después de 1644 pudo detener la continua decadencia relativa.

Hay un último detalle que puede resumir esta historia. En 1736 —precisamente cuando comenzaban a florecer las fundiciones de hierro de Abraham Darby en Coalbrookdale— se abandonaron por completo los altos hornos y hornos de coque de Henan y Hebei.

Habían sido grandes antes de que el Conquistador desembarcara en Hastings. No volverían a reanudar la producción hasta el siglo xx.

El mundo musulmán

Hasta los primeros marinos europeos que visitaron China a comienzos del siglo xvi hubieran podido observar que se trataba de un país que se había encerrado en sí mismo, aun cuando se sintieran impresionados por su tamaño, población y riquezas. En ese momento, sin embargo, no hubiera podido hacerse la misma observación respecto del Imperio otomano, que se hallaba entonces en los estadios medios de su expansión y que, al estar más cerca de casa, era en consecuencia mucho más amenazador para la Cristiandad. De hecho, considerados desde la más amplia perspectiva histórica y geográfica, sería justo afirmar que fueron los Estados musulmanes los que constituyeron las fuerzas de más rápida expansión durante el siglo xvi. No sólo avanzaban hacia el oeste los turcos, sino que también la dinastía safawí en Persia disfrutaba de un resurgimiento de poder, prosperidad y gran cultura, sobre todo durante los reinados de Ismail I (1500-1524) y Abbas I (1587-1629); una cadena de poderosos khanatos musulmanes seguía controlando la Ruta de la Seda por Kashgar y Turfán hasta China, semejante a la cadena de los Estados islámicos del Africa occidental como Bornu, Sokoto y Tombuctú; a comienzos del siglo xvi fuerzas musulmanas conquistaron el Imperio hindú en Java y el rey de Kabul, Baber, entró en la India por la ruta del conquistador desde el Noroeste y estableció el Imperio mongol en 1526. Aunque al principio esta influencia en la India fue vacilante, se consolidó con éxito durante el reinado de Akbar (1556-1605), nieto de Baber, quien construyó un imperio indio norteño que se extendía desde el Beluchistán al Oeste hasta Bengala al Este. Durante el siglo xvii, los sucesores de Akbar avanzaron más al Sur contra los mahratas hindúes, al mismo tiempo que los holandeses, británicos y franceses entraban en la península india desde el mar, y por supuesto de manera mucho menos eficaz. A estos signos seculares del crecimiento musulmán hay que agregar el gran aumento en número de fieles en Africa y la India, en comparación con el cual palidecía el proselitismo de las misiones cristianas.

Pero, por supuesto, el mayor desafío musulmán a la joven Europa moderna era el de los turcos otomanos o, más bien, el de su

formidable ejército y las refinadas técnicas de asedio de la época. Ya a comienzos del siglo xvi sus dominios se extendían desde Crimea (donde habían destruido asentamientos comerciales genoveses) y el Egeo (donde estaban desmantelando el Imperio veneciano) hasta el Levante. Hacia 1526, las fuerzas otomanas habían capturado Damasco y al año siguiente entraron en Egipto, masacrando a las fuerzas de mamelucos con el uso del cañón turco. Después de cerrar de esta manera la ruta de las especias de las Indias, subieron por el Nilo, atravesaron el mar Rojo hacia el océano Indico y combatieron las incursiones portuguesas. Si esto perturbó a los marinos españoles, no fue nada comparado con el terror que inspiraban los ejércitos turcos a los príncipes y pueblos de la Europa oriental y del sur. Los turcos tenían ya Bulgaria y Serbia y eran la influencia predominante en Valaquia y en los alrededores del mar Negro; pero durante el reinado de Solimán II (1520-1566) se reanudó la presión contra Europa y siguió hacia el Sur el impulso que los llevara a Egipto y Arabia. Hungría, el gran bastión oriental de la Cristiandad de la época, no pudo seguir resistiendo a los ejércitos turcos y después de la batalla de Mohács, en 1526, fue derrotada; casualmente, ese mismo año Baber obtuvo una victoria en Panipat, después de la cual se estableció el Imperio mongol. ¿Le sucedería a Europa lo que le había sucedido al norte de la India? En 1529, con los turcos asediando Viena, esto debió parecer posible para algunos. En la realidad, se mantuvo la línea colocada entonces al norte de Hungría y el Sacro Imperio Romano; pero a partir de entonces los turcos constituyeron un peligro constante y ejercieron una presión militar que nunca pudo ignorarse del todo. Todavía en una fecha avanzada como 1683, volvieron a asediar Viena⁷.

La expansión del poder naval otomano fue casi igualmente alarmante en muchos sentidos. Como Kubilai Khan en China, los turcos habían constituido una armada sólo para reducir una fortaleza enemiga rodeada por mar, en este caso Constantinopla, a la que el sultán Mehmet bloqueó con grandes galeras y cientos de naves más pequeñas que favorecieron el asalto de 1453. Desde entonces se usaron formidables flotas de galeras en operaciones a través del mar Negro, en el avance hacia el Sur, en dirección a Siria y Egipto y en una serie de luchas con Venecia para obtener el control de las islas del Egeo: Rodas, Creta y Chipre. Durante las primeras décadas del siglo xvi las flotas veneciana, genovesa y habsburguesa mantuvieron a distancia el poder naval otomano, pero a mediados de siglo las fuerzas navales musulmanas operaban a lo largo de la costa norteafricana, asaltaban puertos en Italia, España y las Baleares y finalmente se las arreglaron para tomar Chipre en 1570-1571, antes de ser detenidas en la batalla de Lepanto⁸.

Por supuesto, el Imperio otomano era mucho más que una máquina militar. Los otomanos —una elite conquistadora como la de los manchúes en China— habían establecido una unidad de fe, cultura y lenguaje *oficiales* en una región más dilatada que el Imperio romano y a una gran cantidad de pueblos sometidos. Durante siglos antes de 1500 el mundo del Islam había sido cultural y tecnológicamente más avanzado que Europa. Sus ciudades eran más grandes, estaban bien iluminadas y alcantarilladas y algunas de ellas poseían universidades, bibliotecas y mezquitas sorprendentemente hermosas. Los musulmanes habían detentado el liderazgo en matemáticas, cartografía, medicina y muchos otros aspectos de la ciencia y la industria (molinos, fabricación de armas, faros, crianza de caballos). El sistema otomano de reclutamiento de los futuros jenízaros entre la juventud cristiana de los Balcanes había producido cuerpos de tropas dedicados y uniformes. La tolerancia de otras razas había llevado al servicio del sultán a muchos griegos, judíos y gentiles de talento: en el sitio de Constantinopla, un húngaro había sido el principal artillero de Mehmet. Bajo la égida de un líder con éxito como Solimán I, una sólida burocracia supervisaba catorce millones de súbditos, en un momento en que España tenía cinco millones e Inglaterra apenas dos millones y medio de habitantes. En su apogeo, Constantinopla era mayor que cualquier ciudad europea. En 1600 tenía más de 500.000 habitantes.

Sin embargo, también los turcos otomanos iban a fracasar, a volverse hacia dentro y a perder la oportunidad del dominio del mundo, aunque esto sólo fue evidente un siglo después de la decadencia Ming, notablemente semejante. En cierta medida podría decirse que este proceso fue la consecuencia natural de los anteriores éxitos turcos: el Ejército otomano, por bien administrado que estuviera, podía mantener las vastas fronteras pero no podía seguir expandiéndose sin un coste enorme en hombres y dinero; y el imperialismo otomano, a diferencia de los posteriores español, holandés e inglés, no produjo mucho en el terreno económico. Hacia la segunda mitad del siglo XVI el Imperio mostraba signos de hiperextensión estratégica, con un gran ejército estacionado en Europa central, una onerosa armada operando en el Mediterráneo, tropas ocupadas en el norte de África, el Egeo, Chipre y el mar Rojo y con necesidad de refuerzos para sostener Crimea contra el poder ruso en ascenso. No había un flanco tranquilo ni siquiera en el Oriente Próximo, a causa de una desastrosa división religiosa del mundo musulmán que se produjo cuando la rama chiíta, con base en Irak y después en Persia, desafió las prácticas y enseñanzas sunníes por entonces predominantes. Por momentos la situación se parecía a la de las luchas religiosas contemporáneas en Alemania y sólo por la fuerza podía el sultán mantener el dominio,

es decir, si destruía a los disidentes chiítas. No obstante, al otro lado de la frontera el reino chiíta de Persia, con Abbas *el Grande* al frente, estaba preparado para aliarse con los Estados europeos contra los otomanos, de la misma manera que Francia había trabajado con el turco «infiel» contra el Sacro Imperio Romano. Con este despliegue de adversarios, el Imperio otomano hubiera necesitado un gobierno notable para mantener su crecimiento, pero después de 1566 reinaron trece sultanes incompetentes sucesivamente.

Sin embargo, los enemigos exteriores y los fracasos personales no lo explican todo. El sistema en su totalidad sufrió cada vez más, como el de la China de los Ming, de algunos de los problemas de la centralización, el despotismo y el exceso de ortodoxia en su actitud hacia la iniciativa, la disidencia y el comercio. Un sultán idiota podía paralizar el Imperio otomano de una manera que ni un Papa ni un emperador del Sacro Imperio podía hacer con Europa. Sin órdenes claras de la instancia superior, las arterias de la burocracia se endurecieron, optaron por el conservadurismo en lugar del cambio y sofocaron la innovación. La falta de expansión territorial y consiguientes saqueos después de 1150, junto con el alza de precios, hizo que jenízaros descontentos se dedicaran al pillaje interno. Los comerciantes y empresarios, casi todos ellos extranjeros, a quienes antes se había estimulado, se encontraron sujetos a impuestos imprevisibles, cuando no se les arrebatara directamente su propiedad. Deudas cada vez más altas arruinaron el comercio y despoblaron las ciudades. Tal vez los más perjudicados hayan sido los campesinos, cuyas tierras y ganado fueron expropiados por los soldados. Al mismo tiempo que se deterioraba la situación, los funcionarios civiles se dedicaban al robo, solicitaban sobornos y confiscaban lotes de mercancías. El coste de la guerra y la pérdida del comercio asiático durante la lucha con Persia intensificaron la desesperada busca de nuevos ingresos por parte del Gobierno, lo que a su vez entregó mayores poderes a recaudadores sin escrúpulos².

En un sentido muy preciso, la airada respuesta al desafío religioso chiíta reflejaba y anticipaba un endurecimiento de las actitudes oficiales hacia todas las formas de libertad de pensamiento. Se prohibió la impresión porque podía diseminar opiniones peligrosas. Las nociones económicas permanecieron en un estadio primitivo: se aceptaban importaciones de productos occidentales pero estaba prohibida la exportación; se apoyó a los gremios en sus esfuerzos por controlar la innovación y el ascenso de productores «capitalistas»; se intensificó la crítica religiosa a los comerciantes. Los turcos, que despreciaban las ideas y prácticas europeas, se negaron a adoptar los métodos más avanzados para contener las plagas; en consecuencia, su población sufrió graves epidemias. En

zado por una perpetua lucha entre clanes... semejante a la lucha entre sus equivalentes en Escocia. Ésta no era una circunstancia ideal para comerciantes y mercaderes, pero no obstaculizó demasiado la actividad económica. Tanto en tierra como en el mar, los empresarios trataban con señores de la guerra y aventureros militares, cada uno de los cuales veía el beneficio que había en el comercio marítimo del este de Asia. Los piratas japoneses asaltaban las costas de China y Corea para saquearlas mientras al mismo tiempo otros japoneses aprovechaban la oportunidad de intercambiar mercancías con los visitantes portugueses y holandeses de Occidente. Las misiones cristianas y productos europeos penetraron en la sociedad japonesa con mucha más facilidad que en el remoto y autosuficiente Imperio Ming¹².

Esta escena animada, aunque turbulenta, se alteraría pronto con el uso creciente de armamento europeo importado. Como sucedía en todas partes del mundo, el poder gravitaba en torno a aquellos individuos o grupos que poseían los recursos necesarios para mandar un gran ejército de mosqueteros y, sobre todo, de cañones. En Japón el resultado de esta tendencia fue la consolidación de la autoridad del gran jefe militar Hydeyoshi, cuyas aspiraciones lo llevaron a intentar por dos veces la conquista de Corea. Sus intentos fracasaron y cuando Hydeyoshi murió en 1598 la guerra civil volvió a amenazar el Japón; pero pocos años después el poder se había consolidado en manos de Ieyasu y sus amigos shogunes del clan Tokugawa. Esta vez el gobierno militar centralizado era inmovible.

En muchos sentidos, el Japón de Tokugawa tenía las características de las «nuevas monarquías» que habían surgido en el Oeste durante el siglo anterior. La gran diferencia era la renuncia del shogunado a la expansión marítima y en realidad a todo contacto con el mundo exterior. En 1636 se detuvo la construcción de barcos para la navegación oceánica y se prohibió a los súbditos japoneses la navegación por alta mar. El comercio con los europeos quedó restringido al buque holandés que fondeaba en Deshima, en el puerto de Nagasaki; se expulsó a los otros. Aún más temprano, prácticamente todos los cristianos (extranjeros y nativos) fueron asesinados sin piedad por órdenes del shogunado. Es evidente que el motivo que había detrás de estas drásticas medidas era la decisión del clan Tokugawa de lograr el control indiscutible; en consecuencia, se consideraba subversivos a extranjeros y cristianos. Pero también lo eran potencialmente otros señores feudales, por lo que se les exigió pasar medio año en la capital y por lo que, durante esos seis meses en los que se les permitía residir en sus Estados, sus familias tenían que permanecer en Yedo (Tokio), virtualmente como rehenes.

Esa uniformidad impuesta no obstaculizó, por sí misma, el desarrollo económico, y tampoco impidió notables logros artísticos. La paz nacional era buena para el comercio, las ciudades y la población global crecían y el uso cada vez más habitual de pagos con dinero realzaba la importancia de comerciantes y banqueros. No obstante, estos últimos no alcanzaron nunca la importancia social y política que adquirieron en Italia, los Países Bajos y Gran Bretaña, y obviamente los japoneses eran incapaces de conocer y adoptar los adelantos tecnológicos e industriales que se producían en otros lugares. Como la dinastía Ming, el shogunado Tokugawa decidió deliberadamente, con pocas excepciones, apartarse del resto del mundo. Tal vez esto no haya retrasado las actividades económicas en el propio Japón, pero sí perjudicó el poder relativo del Estado japonés. Como despreciaban el comercio y se les prohibía viajar o exhibir sus armas salvo en ocasiones de ceremonia, los samuráis al servicio de sus señores vivían una vida de ritual y aburrimiento. Durante dos siglos el sistema militar se atrofió, de modo que en 1853, cuando llegaron los famosos «barcos negros» del comodoro Perry, poco podía hacer el espantado gobierno japonés, aparte de satisfacer la demanda americana de carbón y otros materiales.

Al comienzo de su período de consolidación y crecimiento políticos Rusia se asemejaba en varios aspectos a Japón. Muy alejada geográficamente de Occidente —en parte a causa de las malas comunicaciones y en parte a causa de que las luchas periódicas con Lituania, Polonia y Suecia, el Imperio otomano cortaba las rutas existentes—, el reino de Moscovia estaba sin embargo muy influido por su herencia europea, transmitida en gran parte por la Iglesia ortodoxa rusa. Además, fue desde Occidente desde donde llegó la solución duradera a la vulnerabilidad de Rusia frente a los jinetes de las planicies asiáticas: los mosquetes y cañones. Con estas nuevas armas Moscú podía afirmarse como uno de los «imperios de la pólvora», y, en consecuencia, expandirse. El avance hacia Occidente era difícil porque los suecos y polacos también tenían esos armamentos, pero la expansión colonial hacia las tribus y khanatos del Sur y del Este fue mucho más sencilla a causa de esta ventaja tecnológico-militar. Hacia 1556, por ejemplo, las tropas rusas habían llegado al mar Caspio. La expansión militar fue acompañada, y a veces hasta eclipsada, por los exploradores y pioneros que avanzaban constantemente hacia el este de los Urales, a través de Siberia, y habían llegado incluso a la costa del Pacífico hacia 1638¹³. Pese a su superioridad duramente conseguida sobre los jinetes mongoles, en el crecimiento del Imperio ruso no hubo nada fácil o inevitable. Cuantos más pueblos se conquistaban, mayores eran las posibilidades de disensiones internas y revueltas. La nobleza nativa

un sorprendente ataque de oscurantismo, una fuerza de jenízaros destruyó un observatorio del Estado en 1580, alegando que había provocado una plaga¹⁰. Las fuerzas armadas se habían convertido en un bastión de conservadurismo. Pese a observar, y en ocasiones padecer, el nuevo armamento de los ejércitos europeos, los jenízaros se tomaron su tiempo para modernizarse. Sus voluminosos cañones no fueron remplazados por la artillería más ligera. Después de su derrota en Lepanto, no construyeron el tipo de buque europeo más grande. En el Sur, se ordenó simplemente a la flota musulmana que permaneciera en las aguas más tranquilas del mar Rojo y el golfo Pérsico, para eludir así la necesidad de construir buques que pudieran navegar por el océano, según el modelo portugués. Tal vez haya razones técnicas que ayuden a explicar estas decisiones, pero el conservadurismo cultural y tecnológico desempeñó también su papel (en cambio, los corsarios de Berbería adoptaron rápidamente el navío de guerra tipo fragata). Las anteriores observaciones sobre el conservadurismo podrían hacerse con igual o mayor razón con respecto al Imperio mongol. Pese al descomunal tamaño del reino en su momento de apogeo y el genio militar de alguno de sus emperadores, pese a la brillantez de sus Cortes y la perfección de sus productos de lujo, pese incluso a una sofisticada red bancaria y crediticia, el sistema era débil: una elite musulmana conquistadora en lo alto de una gran masa de campesinos empobrecidos que en su mayoría eran de fe hindú. En las propias ciudades había una considerable cantidad de comerciantes, mercados abundantes y entre las familias hindúes una actitud hacia la manufactura, el comercio y el crédito que podría transformarlos en excelentes ejemplos de la ética protestante de Weber. Pero contra esta imagen de una sociedad emprendedora preparada para el «despegue» económico antes de ser víctima del imperialismo británico existen retratos más oscuros de muchos factores indígenas que actuaron como frenos en la vida india. La propia rigidez de los tabúes religiosos hindúes obstaculizaba la modernización: no se podía matar a roedores e insectos, de modo que se perdían enormes cantidades de alimentos; las costumbres sociales referentes al manejo de basura y excrementos producían condiciones insalubres permanentes, un campo de cultivo para las plagas bubónicas; el sistema de castas sofocaba la iniciativa, estimulaba el ritual y restringía el mercado; y la influencia que ejercían los sacerdotes brahmanes sobre los gobernantes locales indios significaba que ese oscurantismo actuaba en los niveles más altos. Había obstáculos sociales profundos a cualquier intento de cambio radical. No es de extrañar que más tarde muchos británicos, después de saquear y luego tratar de gobernar la India según principios utilitarios, terminaran por abandonarla con el sentimiento

de que el país seguía siendo un misterio para ellos¹¹. Pero el Gobierno mongol apenas podía compararse con la administración conducida por el Servicio Civil Indio. Las brillantes cortes eran centros de consumo conspicuo a una escala que hasta el Rey Sol hubiera considerado excesiva en Versalles. Miles de sirvientes y desocupados, ropas, joyas, harenes y menajes extravagantes, enormes despliegues de cuerpos de guardia que sólo podían pagarse creando una máquina de pillaje sistemático. Los recaudadores de impuestos, a quienes sus amos exigían sumas fijas, se cebaban sin piedad en campesinos y comerciantes, fuera cual fuese la situación de las cosechas o el comercio, el dinero tenía que reunirse. Como, aparte de la rebelión, no había frenos constitucionales ni de ninguna otra especie, no era sorprendente que se llamara «comida» a los impuestos. A cambio de este tributo anual colosal, la población recibía apenas nada. Había pocos adelantos en las comunicaciones y ninguna ayuda organizada en caso de hambre, inundaciones y peste, cosas que, por supuesto, eran habituales. Esto hace que por comparación la dinastía Ming parezca benigna y casi progresista. Técnicamente, el Imperio mongol entró en declive porque se hizo cada vez más difícil de mantener luchando con los mahratas en el Sur, los afganos en el Norte y, por último, la Compañía de las Indias Orientales. En realidad, las razones de su decadencia fueron mucho más internas que externas.

Dos forasteros: Japón y Rusia

En el siglo XVI había otros dos Estados que, aunque no se acercaban en tamaño y población a los imperios Ming, Otomano y Mongol, daban señales de consolidación política y crecimiento económico. En el Extremo Oriente, Japón avanzaba en el mismo momento en que su vecino chino comenzaba a atrofiarse. La geografía daba una ventaja estratégica a los japoneses (como también a los británicos) porque la insularidad ofrecía una protección contra invasiones por tierra que China no poseía. No obstante, la separación entre las islas de Japón y el territorio asiático no era en absoluto completa y una buena parte de la cultura y la religión japonesas era una adaptación de la civilización más antigua. Pero mientras China era gobernada por una burocracia unificada, en Japón el poder se hallaba en manos de señores feudales, de estructura clánica, y el emperador no tenía verdadero poder. El Gobierno centralizado que había existido en el siglo XVI había sido remplia-

se agitaba incluso después de la purga que Iván el Terrible hizo entre sus filas. El khanato tártaro de Crimea seguía siendo un enemigo poderoso; sus tropas saquearon Moscú en 1571 y mantuvo la independencia hasta finales del siglo XVIII. Los peligros que venían de Occidente eran aún mayores: los polacos, por ejemplo, ocuparon Moscú entre 1608 y 1613.

Otro punto débil era que, pese al intercambio con Occidente, Rusia seguía tecnológicamente atrasada y económicamente subdesarrollada. Los extremos climáticos y las enormes distancias y malas comunicaciones eran en parte responsables de ello, pero también lo eran graves problemas sociales: el absolutismo militar de los zares, el monopolio de la educación en manos de la Iglesia ortodoxa, la venalidad y arbitrariedad de la burocracia y la institución de la servidumbre, que hacía feudal y estática la agricultura. No obstante, pese al atraso relativo y a las desventajas, Rusia siguió expandiéndose e imponiendo en sus nuevos territorios la misma fuerza militar y el gobierno autocrático que se habían utilizado para forzar a la obediencia a los moscovitas. De Europa se había obtenido lo bastante como para dar al régimen la fortaleza armada necesaria para ciudarse, mientras que al mismo tiempo se resistía cualquier otra posibilidad de «modernización» social y política occidental. Por ejemplo, en Rusia se segregaba a los extranjeros de los nativos para evitar influencias subversivas. A diferencia de otros despotismos mencionados en este capítulo, el Imperio de los zares se las arreglaría para sobrevivir y Rusia llegaría a ser un poder mundial. No obstante, en 1500 e incluso en 1650, esto no resultaba demasiado evidente para muchos franceses, holandeses e ingleses, quienes probablemente sabían tanto sobre el gobernante ruso como sobre el legendario Preste Juan¹⁴.

El «milagro europeo»¹⁵

¿Por qué se produjo entre los pueblos dispersos y poco sofisticados que habitaban la parte occidental del continente euroasiático un proceso imparable de desarrollo económico e innovación tecnológica que los transformaría en líderes comerciales y militares en los asuntos mundiales? Esta es una pregunta que ha preocupado a eruditos y otros observadores durante siglos y lo único que pueden hacer los siguientes párrafos es presentar una síntesis de opiniones. Sin embargo, por esquemático que deba ser necesariamente este resumen, posee la ventaja de exponer las líneas

principales del argumento que impregna esta obra: o sea, que había involucrada una *dinámica*, impulsada sobre todo por los adelantos económicos y tecnológicos, aunque interactuaba siempre con otras variables, como la estructura social, la geografía y el accidente ocasional; que para comprender el curso de la política mundial es necesario centrar la atención en los elementos materiales y a largo plazo más que en las vaguedades de personalidad o los giros semanales de la diplomacia y la política; y que el poder es una cosa relativa que sólo puede describirse y medirse mediante comparaciones frecuentes entre diversos Estados y sociedades.

La característica europea que llama de inmediato la atención cuando se mira un mapa de los «centros de poder» del mundo en el siglo XVI, es su fragmentación política (ver mapas 1 y 2). Esta no era una situación reciente o accidental, como la que se produjo brevemente en China después del colapso de un imperio y antes de que la dinastía sucesora pudiera tomar las riendas del poder centralizado. Europa *siempre* había estado políticamente fragmentada a pesar de los grandes esfuerzos de los romanos, que no habían podido extender sus conquistas mucho más allá del Rin y el Danubio; y durante los mil años posteriores a la caída de Roma la unidad básica de poder político había sido pequeña y localizada, en contraste con la expansión regular de la religión y cultura cristianas. Las concentraciones ocasionales de autoridad, como la de Carlomagno en Occidente o la de Kiev en el Este, eran sucesos temporales que terminaban con un cambio de gobernante, la rebelión interna o las invasiones externas.

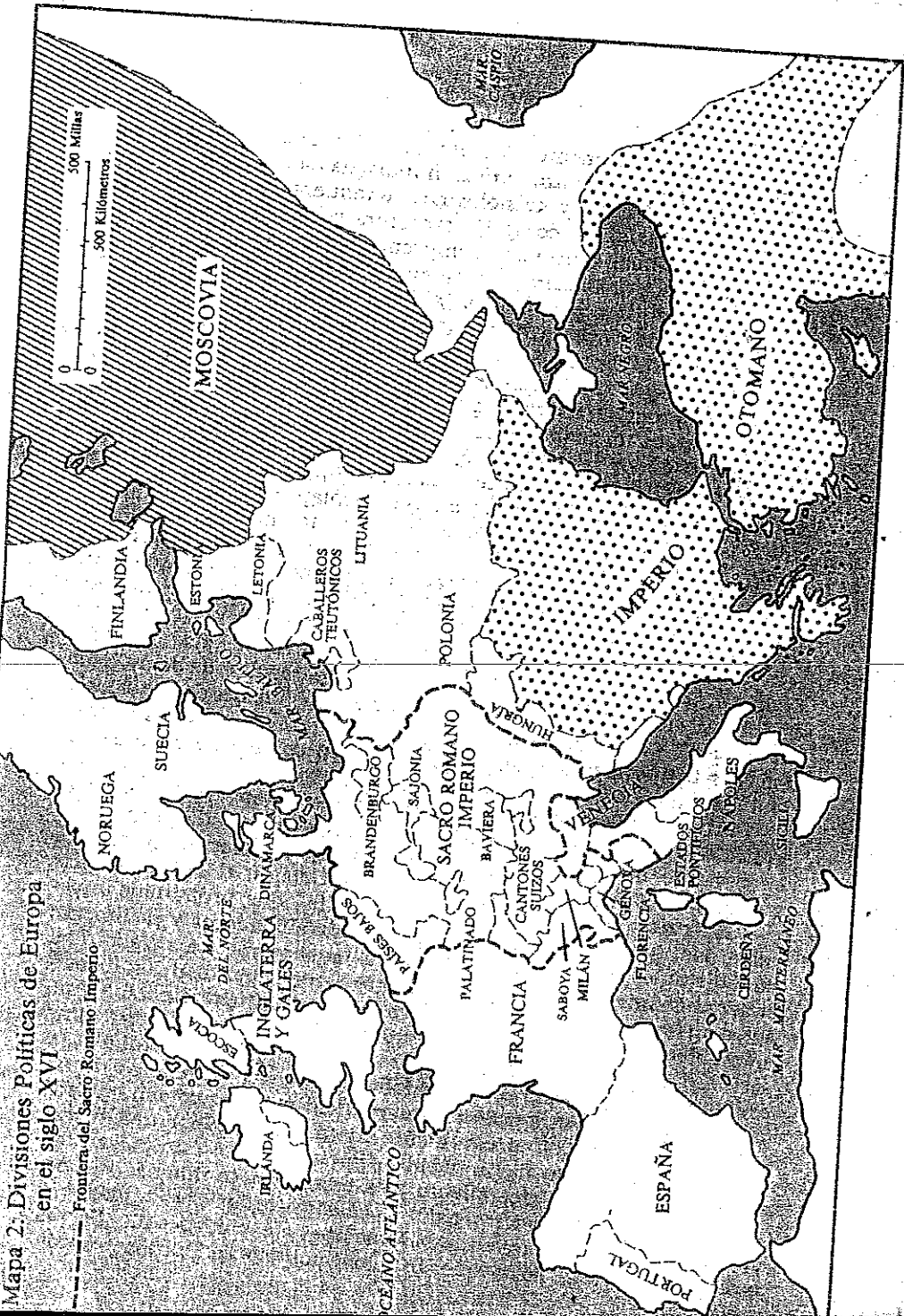
Europa debía esta diversidad política en gran parte a su geografía. No había enormes planicies en las cuales pudiera imponer su dominio un imperio de jinetes; y tampoco enormes y fértiles zonas ribereñas como las que rodean el Ganges, el Nilo, el Tigris y el Eufrates, el Yang-Tzé y el río Amarillo, que proporcionan comida para grandes masas de campesinos trabajadores y fácilmente conquistables. El paisaje europeo era mucho más fracturado, con cadenas montañosas y grandes bosques que separaban los dispersos centros de población de los valles; y su clima cambiaba considerablemente de Norte a Sur y de Oeste a Este. Esto tuvo una serie de consecuencias importantes. Para empezar, dificultaba el establecimiento de un control unificado, incluso en manos de un jefe militar poderoso y decidido, y al mismo tiempo minimizaba la posibilidad de que el continente fuera invadido por una fuerza externa como las hordas mongolas. Por otro lado, este paisaje diverso estimulaba el crecimiento y la existencia continuada del poder descentralizado, con reinos locales y señoríos de marca y clanes de tierras altas y confederaciones de ciudades de tierras bajas, todo lo cual hacía que un mapa político de Europa trazado

en cualquier momento posterior a la caída de Roma pareciera un edredón hecho con muchos trozos de tela de diferente color. Los dibujos de ese edredón podían variar entre siglo y siglo, pero jamás pudo usarse un solo color para significar la existencia de un imperio unificado¹⁶.

El clima diferenciado de Europa rindió productos diferenciados, apropiados para el intercambio; y con el tiempo, a medida que se desarrollaban las relaciones de mercado, fueron transportados por los ríos o los senderos que se abrían en los bosques entre una zona habitada y otra. Tal vez la característica más importante de este comercio fuera que consistía sobre todo en productos voluminosos: madera, grano, lana, arenques, etc., que atendían a las necesidades de la creciente población de la Europa del siglo xv, más que en el tipo de producto de lujo que llevaban las caravanas orientales. Aquí también desempeñó un papel importante la geografía, porque el transporte por agua de estas mercaderías era mucho más económico y Europa tenía muchos ríos navegables. El hecho de estar rodeada de mares estimuló la industria vital de la construcción naval y a fines de la Edad Media existía un floreciente comercio marítimo entre el Báltico, el mar del Norte, el Mediterráneo y el mar Negro. Por supuesto, este tráfico era interrumpido por guerras y se veía afectado por desastres locales como malas cosechas y peste; pero en general siguió expandiéndose, aumentando la prosperidad de Europa y enriqueciendo su dieta y llevando a la creación de nuevos centros de riqueza como las ciudades Hanseáticas o italianas. A su vez, los intercambios regulares de productos a grandes distancias estimularon el aumento de letras de cambio, un sistema crediticio y bancario a escala internacional. La propia existencia del crédito mercantil y después de letras de seguro permitía una predicción básica de las condiciones económicas que hasta entonces los comerciantes habían conocido raras veces en ningún lugar del mundo¹⁷.

Además, como gran parte de este comercio se realizaba en las turbulentas aguas del mar del Norte y en la bahía de Vizcaya —y también porque la pesca de altura se convirtió en una fuente importante de alimento y riqueza—, los astilleros se vieron obligados a construir navíos fuertes (aunque algo lentos y poco elegantes), capaces de trasladar grandes pesos y basados sólo en el viento como fuerza propulsora. Aunque con el tiempo tuvieron más velas y mástiles y timones más sólidos, y por lo tanto se hicieron más fáciles de maniobrar, los «cargueros» del mar del Norte y sus sucesores no deben haber tenido una apariencia tan impresionante como los navíos más ligeros que recorrían las costas del Mediterráneo oriental y el océano Índico; pero, como veremos, a largo plazo demostrarían poseer ventajas evidentes¹⁸.

Mapa 2: Divisiones Políticas de Europa en el siglo XVI



Las consecuencias políticas y sociales de este crecimiento descentralizado y en su mayor parte no supervisado del comercio y los comerciantes, los puertos y mercados, fueron muy significativas. En primer lugar no había forma de suprimir totalmente esas tendencias económicas. Esto no quiere decir que el surgimiento de las fuerzas de mercado no molestara a muchos de los que detentaban la autoridad. Los señores feudales, que sospechaban de las ciudades como centros de disidencia y santuarios para los siervos, trataron a menudo de recortar sus privilegios. Como en todas partes, se persiguió con frecuencia a los comerciantes, robando sus mercancías y confiscando su propiedad. Los pronunciamientos papales contra la usura se parecían en muchos sentidos al disgusto que sentían los confucianos por los intermediarios y prestamistas. Pero lo fundamental es que en Europa no existía una autoridad uniforme que pudiera detener de manera eficaz tal o cual tendencia comercial; no había ningún gobierno central cuyo cambio de prioridades pudiera producir el ascenso o caída de una industria particular; no había un saqueo sistemático y universal de hombres de negocios y empresarios llevado a cabo por recaudadores de impuestos, como el que frenó la economía de la India mongol. Tomemos como ejemplo específico y evidente el de las circunstancias políticas fracturadas de la Europa de la Reforma, donde era inconcebible que todos aceptarían la división hecha por el Papa en 1494 del mundo de ultramar en esferas española y portuguesa... y aún más inconcebible que una orden que prohibiera el comercio ultramarino tuviera un efecto en la realidad (como sucedió en la China Ming y en el Japón de Tokugawa).

El hecho es que en Europa siempre hubo algunos príncipes y señores locales dispuestos a tolerar a los mercaderes y sus costumbres aun cuando otros los saquearan y expulsaran; y como ha quedado demostrado, los mercaderes judíos oprimidos, los trabajadores textiles flamencos arruinados y los hugonotes perseguidos se trasladaban y se llevaban consigo su potencial. Un barón del Rin que cobraba excesivos impuestos a los mercaderes transeúntes, descubría que las rutas comerciales se habían trasladado a otra parte, y con ellas sus ingresos. Un monarca que no hiciera honor a sus deudas tendría enormes dificultades para reunir dinero cuando surgiera la amenaza de una nueva guerra y necesitara rápidamente reunir fondos para equipar sus ejércitos y flotas. Los banqueros, traficantes de armas y artesanos eran miembros esenciales, no periféricos, de la sociedad. De manera gradual y desigual la mayoría de los regímenes europeos estableció una relación simbiótica con la economía de mercado a partir del establecimiento de un orden nacional y un sistema legal no arbitrario (incluidos los extranjeros) y de la percepción en impuestos de una participación

en los crecientes beneficios del comercio. Mucho antes de que Adam Smith acuñara las palabras exactas, los gobernantes de ciertas sociedades de Europa occidental reconocían de forma tácita que «para sacar a un Estado de la barbarie y llevarlo a la mayor opulencia apenas se necesita algo más que paz, impuestos razonables y una administración de justicia tolerablemente buena...¹⁹». De vez en cuando, los líderes menos perceptivos —como los españoles administradores de Castilla o algún que otro Borbón de Francia— mataban literalmente la gallina de los huevos de oro, pero la consiguiente decadencia de la riqueza y, por lo tanto, del poder militar, pronto se hacía evidente para todos excepto para los ciegos.

Probablemente, el único factor que hubiera podido producir una centralización de la autoridad hubiera sido un adelanto tan enorme en la tecnología del armamento por parte de un Estado, que todos sus oponentes quedarán destruidos o aterrados. Esto no era en absoluto imposible en el ritmo cada vez más veloz del desarrollo económico y técnico que se produjo en la Europa del siglo xv, a medida que la población del continente se recuperaba de la Peste Negra y florecía el Renacimiento italiano. Como ya hemos dicho, fue en este largo período comprendido entre 1450 y 1600 cuando se consolidaron en todas partes los «imperios de la pólvora»: Moscovia, el Japón Tokugawa y la India mongol proporcionaban excelentes ejemplos de hasta dónde podía crecer un Estado que tuviera líderes que se aseguraran las armas y cañones con los que obligar a la obediencia a sus rivales.

Como además fue en la Europa de fines del medioevo y comienzos de la era moderna donde más a menudo se refinaron nuevas técnicas de guerra, no era absurdo suponer que pudiera producirse un progreso tal que permitiera a una nación determinada dominar a sus rivales. Ya había signos que indicaban una creciente concentración de poder militar²⁰. En Italia el uso de compañías de arqueros, protegidos cuando era necesario por soldados con picas, había clausurado la época del caballero en su caballo con su mal entrenada leva feudal; pero también era evidente que sólo los Estados más ricos, como Venecia y Milán, podían pagar los nuevos ejércitos que ofrecían los famosos *condottieri*. Además, alrededor de 1500 los reyes de Francia e Inglaterra habían conseguido en sus respectivos Estados un monopolio de la artillería y en consecuencia podían, si era necesario, aplastar a un súbdito excesivamente poderoso, aunque se refugiara detrás de los muros de un castillo. ¿No terminaría por conducir esta tendencia a un monopolio transnacional más grande que abarcará toda Europa? Muchos debieron hacerse esta pregunta alrededor de 1550 al observar las grandes concentraciones de tierras y ejércitos al mando del emperador Carlos V.

En el próximo capítulo hay un estudio detallado de ese inten-

to. Habsburgués de lograr el dominio de Europa; así como de su fracaso. Pero aquí podemos dar brevemente la razón más general por la cual era imposible imponer la unidad en el continente. También en este caso era fundamental la existencia de una *variedad* de centros de poder económico y militar. No había en Italia una ciudad-Estado que pudiera luchar por sobresalir sin que las otras intervinieran para mantener el equilibrio; ninguna «nueva monarquía» podía aumentar sus dominios sin incitar a sus rivales a buscar compensación. Al producirse la Reforma se agregó el antagonismo religioso a las rivalidades tradicionales; por el equilibrio de poder, lo cual haría que fueran aún menos practicables las perspectivas de centralización política. No obstante, la verdadera explicación es algo más profunda; al fin y al cabo, en Japón, la India y otros lugares la simple existencia de competidores y de rencores entre grupos guerreros era evidente, pero eso no bastó para evitar la unificación. Europa era distinta porque cada una de las fuerzas rivales tenía la posibilidad de lograr acceso a las nuevas técnicas militares; de modo que no había un solo poder que tuviera una ventaja decisiva. Por ejemplo, los servicios de los suizos y otros mercenarios estaban al alcance de cualquiera que pudiera pagarlos. No había un solo centro de producción de arcos ni tampoco de cañones, ya se tratase de los primeros cañones de bronce o de la artillería posterior de hierro, más barata; estos armamentos se fabricaban cerca de los depósitos de hierro del Weald, en la Europa central, en Málaga, en Milán, en Lieja y posteriormente en Suecia. De la misma manera, la proliferación de astilleros en diversos puertos desde el Báltico hasta el mar Negro hacía exactamente difícil para cualquier país monopolizar el poder marítimo, lo que a su vez ayudó a evitar la conquista y eliminación de centros rivales de producción de armamentos que estuvieran al otro lado del mar.

En consecuencia, no es tautológico decir que el sistema europeo de Estados descentralizados fue el gran obstáculo puesto a la centralización. Como existía una determinada cantidad de entidades políticas competidoras, la mayoría de las cuales poseía o podía comprar los medios militares necesarios para mantener su independencia, ninguna de ellas podía alcanzar sola la posibilidad de ejercer el dominio del continente.

Si bien esta interacción competitiva entre los Estados europeos parece explicar la ausencia de un «imperio de la pólvora» unificado en ese continente, no ofrece a primera vista la razón de la imparable ascensión de Europa al puesto de liderazgo global. Después de todo, ¿no habrían parecido insignificantes las fuerzas de que disponían las nuevas monarquías de 1500 si hubieran sido empleadas con los enormes ejércitos del sultán y las tropas innume-

rables del Imperio Ming? Esto era así a comienzos del siglo XV, y, en algunos aspectos, incluso en el XVII, pero en este último período, el equilibrio del poder militar se inclinaba con mucha rapidez a favor de Occidente. Para explicarse este cambio, hay que señalar otra vez la descentralización del poder en Europa. Lo que provocó, sobre todo, fue una forma primitiva de carrera armamentista entre las ciudades-Estado primero y los reinos más grandes después. Probablemente esto tuviera, en cierta medida, raíces socioeconómicas. Cuando los ejércitos contendientes, en Italia y no estaban formados por caballeros feudales y sus gentes sino por piqueros, arqueros y una caballería (de flanco) pagada por los mercaderes y supervisados por los magistrados de una ciudad, terminada, era casi inevitable que estos hombres exigieran resutados a cambio de su dinero; pese a las refinadas maniobras de los *condottieri* para seguir siendo necesarios; en otras palabras, las ciudades exigirían el tipo de armas y tácticas que pudieran producir una victoria rápida al tiempo que se pudieran reducir los gastos de la guerra. De la misma manera, cuando los monarcas franceses de finales del siglo XV tuvieron un ejército «nacional» bajo su control y pago directos, ansiaron ver que esta fuerza daba resultados decisivos.

Por la misma razón, este sistema de mercado libre, no sólo obligó a los numerosos *condottieri* a competir por obtener contratos, sino que también incitó a artesanos e inventores a mejorar sus productos para obtener nuevos encargos. Esta espiral armamentista, que ya se detectaba en la época de la manufactura de arcos y armaduras a principio del siglo XV, se acrecentó en los cincuenta años siguientes, con la experimentación con armas de fuego. Es importante tener en cuenta que cuando se empleó el cañón por primera vez había pocas diferencias entre Occidente y Asia con respecto a su diseño y eficacia. Esos tubos de hierro gigantesco que disparaban una bola de piedra y hacían un ruido enorme resultaban impresionantes y en ocasiones obtenían resultados; fue este tipo de arma el que usaron los turcos para bombardear los muros de Constantinopla en 1453. No obstante, el impulso a mejorar constante parece haberse dado sólo en Europa: en los granos de pólvora, en la fundición de cañones mucho más pequeños (pero igualmente poderosos, de bronce y aleaciones de estaño) en la forma y textura del cañón y el proyectil, en los montantes y transportes del arma. Todo esto aumentó en gran proporción el poder y la movilidad de la artillería y dio al poseedor de esas armas los medios para reducir las fortalezas más fuertes... como descubrieron con alarma las ciudades-Estado italianas cuando un ejército francés equipado con formidables cañones de bronce invadió Italia en 1494. Por lo tanto, apenas podía sorprender que se in-

tara a inventores y eruditos a diseñar algún artilugio para luchar contra estos cañones (y todavía menos sorprendente que los cuadros de notas de Leonardo de esa época contengan bosquejos de una ametralladora, un tanque primitivo y un cañón de propulsión a vapor)²¹.

Esto no quiere decir que otras civilizaciones no hayan mejorado sus armamentos partiendo de los primeros diseños más primitivos. Algunas de ellas lo hicieron, habitualmente copiando los modelos europeos o convenciendo a los visitantes europeos (como los jesuitas en China) para que colaboraran con sus conocimientos. Pero como el gobierno Ming tenía el monopolio de los cañones y también lo tuvieron muy pronto los gobernantes de Rusia, Japón y la India mongol, había menos incentivos para mejorar esas armas una vez que se había establecido su autoridad. Al cerrarse en sí mismos los chinos y los japoneses descuidaron la necesidad de desarrollar la producción de armamentos. Aferrados a sus hábitos guerreros tradicionales, los jentzaros del Islam se negaron a interesarse demasiado por la artillería hasta que fue demasiado tarde para igualar el poder europeo. En cuanto a Rusia y el ejército mongol, como se enfrentaban a pueblos menos avanzados, no tenían una necesidad urgente de poseer armamento avanzado, ya que el que tenían servía para espantar a sus oponentes. Tanto en el campo económico general como en el área específica de la tecnología militar, Europa —propulsada por un floreciente comercio armamentista— se puso decisivamente a la cabeza de otra civilización y centros de poder.

Es preciso mencionar otras dos consecuencias de esta espiral armamentista. Una aseguró la pluralidad política de Europa; la otra, su eventual dominio marítimo. La primera es una historia sencilla y puede explicarse en dos palabras²². En el cuarto de siglo que siguió a la invasión francesa de 1494, y en ciertos aspectos incluso antes, algunos italianos habían descubierto que si se elevaban terraplenes dentro de los muros de la ciudad se reducía mucho el efecto del bombardeo de artillería; al chocar contra los compactos montículos de tierra, las balas de cañón perdían el impulso devastador que tenían sobre los muros exteriores. Si además estos terraplenes tenían delante una zanja profunda (y después una serie de bastiones protegidos desde los cuales podían dispararse mosquetes y cañones), constituían un obstáculo insuperable para la Infantería que participaba en el asedio. Esto devolvió la seguridad a las ciudades-Estado italianas, o al menos a aquellas que no habían caído en manos de un conquistador extranjero y poseían la gran cantidad de hombres necesaria para construir y poblar esas complejas fortificaciones. También dio ventaja a los ejércitos encargados de mantener a raya a los turcos, como las

guarniciones cristianas de Malta y el norte de Hungría. Sobre todo, evitó que un solo poder europeo conquistara fácilmente a rebeldes y rivales como demostró el asedio prolongado que acompañó a la revuelta de los Países Bajos. Por ejemplo, las victorias obtenidas a campo abierto por la formidable Infantería española no llegaban a ser decisivas si el enemigo tenía bases muy fortificadas dentro de las cuales pudiera refugiarse. La autoridad adquirida mediante la pólvora por el shogunado Tokugawa o por Akbar en la India no tuvo réplica en Occidente, que continuó caracterizándose por el pluralismo político y su mortal asociada: la carrera armamentista.

El impacto de la «revolución de la pólvora» en el mar fue incluso mayor²⁴. Como en el caso anterior, resulta sorprendente la semejanza en capacidad de construcción y poder naval que existió durante la Edad Media entre el norte de Europa, el mundo islámico y el Extremo Oriente. Incluso los grandes viajes de Cheng Ho y el rápido avance de las flotas turcas en el mar Negro y el Mediterráneo oriental hubieran sugerido a un observador de 1400 o de 1450 que el futuro del desarrollo marítimo estaba en estos dos poderes. Además, no parece que hubiera demasiada diferencia entre estas tres regiones en cuanto a cartografía, astronomía y el uso de instrumentos como el compás, el astrolabio y el cuadrante. Lo que era diferente era la *organización continuada*. O, como señala el profesor Jones: «dada las distancias que cubrían otros navegantes, como por ejemplo los polinesios, los viajes (ibéricos) son menos impresionantes que la capacidad europea para racionalizarlos y desarrollar los recursos que estaban a su alcance²⁵». La recopilación sistemática de datos geográficos por parte de los portugueses, la reiterada disposición de las casas comerciales genovesas a financiar aventuras atlánticas que podrían, en última instancia, compensar la pérdida del comercio en el mar Negro y —mucho más al Norte— el desarrollo metódico de las pesquerías de bacalao de Terranova: todo esto demostraba una permanente disposición a ir más allá que no se veía en otras sociedades de la época.

Tal vez el acto más importante de «racionalización» haya sido la permanente mejora del armamento naval. La colocación de cañones en los navíos era bastante natural en una época en la que la guerra naval se parecía tanto a la terrestre; de la misma manera que los castillos medievales tenían arqueros en los muros y torres para rechazar a un ejército, también los enormes barcos comerciales genoveses, venecianos y aragoneses utilizaban hombres, armados con arcos y colocados en los «castillos» de proa y de popa, para defenderse contra los piratas musulmanes del Mediterráneo. Esto podía producir grandes pérdidas entre la tripulación de las galeras, aunque no necesariamente las suficientes como para salvar a un mercante detenido por falta de viento si sus atacantes estaban

realmente decididos. Sin embargo, en cuanto los marinos advirtieron los progresos que se habían hecho en el diseño de armas en tierra (es decir, que los nuevos cañones de bronce eran mucho más pequeños, más potentes y menos peligrosos para los artilleros que las enormes bombardas de hierro), pudo predecirse que estas armas se colocarían a bordo. Al fin y al cabo, en China y en Occidente ya se habían instalado en los buques de guerra catapultas, trabucos y otros tipos de instrumentos disparadores de proyectiles. Pero los cañones, aun cuando se convirtieron en armas menos peligrosas para sus artilleros, planteaban problemas considerables: dada la mayor cantidad de pólvora, el retroceso podía ser impresionante, pues podía enviar el cañón al otro lado de la cubierta si no se sujetaba, y estas armas seguían siendo lo bastante pesadas como para desequilibrar un barco si las había en cantidades considerables a bordo (sobre todo, en los castillos). Allí era donde el navío robusto, de casco redondeado, de tres mástiles y capaz de navegar con cualquier tiempo tenía mayores ventajas en comparación con las galeras esbeltas de las aguas de los mares Mediterráneo, Báltico y Negro y también con el *dhow* árabe y hasta el junco chino. En cualquier caso, podía disparar en un abanico más amplio manteniendo la estabilidad, aunque por supuesto de vez en cuando se producían catástrofes. Pero en cuanto se advirtió que si se colocaban esas armas en el centro del barco en lugar de colocarlas en los castillos la plataforma de tiro era mucho más segura, el poder potencial de estas carabelas y galeones fue formidable. Comparados con ellos, los navíos más ligeros tenían la doble desventaja de su menor capacidad para aportar armas y su mayor vulnerabilidad a las balas de cañón.

Es necesario subrayar las palabras *poder potencial* porque la evolución del navío con capacidad de disparo a largo alcance fue lenta y con frecuencia desigual. Se construyeron muchos tipos híbridos, algunos de los cuales llevaban múltiples mástiles, cañones y filas de remos. En el siglo XVI todavía podían verse en el canal de la Mancha veleros tipo galera. Además, había razones considerables para favorecer la continuidad de las galeras en los mares Mediterráneo y Negro; en muchas ocasiones eran más veloces, más manejables en aguas cercanas a la orilla y, por lo tanto, más fáciles de utilizar en conjunción con operaciones en tierra a lo largo de la costa, lo que para los turcos superaba las desventajas de su poco alcance y su imposibilidad de actuar en mares turbulentos²⁶.

De la misma manera, tampoco debemos imaginar que en cuanto los primeros navíos portugueses rodearon el cabo de Buena Esperanza se inició la era del indiscutible dominio occidental. El proceso que los historiadores llaman la «época de Vasco de Gama» y la «era colombina» —o sea, los tres o cuatro siglos de hegemonía

europaea posteriores a 1500— fue muy gradual. Los exploradores portugueses puede que llegaran a las costas de la India hacia 1490, pero sus navíos eran todavía pequeños (con frecuencia sólo de 300 toneladas) y no estaban en absoluto bien armados; desde luego, no podían compararse con los poderosos navíos de las Indias orientales holandesas que navegarían en esas aguas cien años después. En realidad, los portugueses no pudieron penetrar en el mar Rojo durante mucho tiempo, y cuando lo hicieron fue de manera precaria, y tampoco pudieron ejercer demasiada influencia en China; y a fines del siglo XVI perdieron parte de sus enclaves en África oriental a causa de una contraofensiva árabe²⁷.

También sería erróneo suponer que los poderes no europeos se derrumbaron simplemente como una baraja a las primeras señales de expansión occidental. Esto fue precisamente lo que sucedió en México, Perú y otras sociedades menos desarrolladas del Nuevo Mundo cuando desembarcaron los aventureros españoles. En otros lugares la historia fue diferente. Como el Gobierno chino había dado voluntariamente la espalda al comercio marítimo, no le interesaba que ese comercio cayera en manos de los bárbaros; ni siquiera la factoría casi oficial que establecieron los portugueses en Macao en 1557, por lucrativa que resultara para los mercaderes de seda locales y los administradores cómplices, pareció conmover la ecuanimidad de Pekín. Por su parte, los japoneses fueron mucho más expeditivos. Cuando en 1640 los portugueses enviaron una misión para protestar contra la expulsión de extranjeros, asesinaron a casi todos sus miembros; Lisboa no podía intentar una devolución en especie. Por último, el poder naval otomano se mantenía en el Mediterráneo oriental y su poder terrestre seguía siendo una gran amenaza para la Europa central. De hecho, en el siglo XVI «para la mayoría de los estadistas europeos la pérdida de Hungría tuvo mucha mayor importancia que el establecimiento de factorías en Oriente, y la amenaza a Viena fue mucho más significativa que sus propios ataques a Adén, Goa y Malaca; sólo los Gobiernos que bordeaban el Atlántico podían ignorar este hecho, como lo hicieron sus historiadores posteriores²⁸».

Sin embargo, hechas estas reservas, no hay duda de que el desarrollo del navío armado de largo alcance anunció un progreso fundamental en el lugar que iba a ocupar Europa en el mundo. Con estos navíos, los poderes navales de Occidente estaban en situación de controlar las rutas comerciales oceánicas y de asustar a las sociedades vulnerables a las maniobras de un poder naval. Esto quedó claro incluso en los primeros encuentros entre los portugueses y sus enemigos musulmanes en el océano Índico. Viéndolo retrospectivamente, es indudable que exageraron, pero leer los diarios e informes de Gama y Albuquerque, en los que se describen

cómo sus buques de guerra se abrieron paso a cañonazos entre las tupidas flotas de *dhows* árabes y otras naves ligeras que encontraron cerca de la costa de Malabar y las rutas de Ormuz y Malaca, es tener la impresión de que una fuerza extraterrestre, sobrehumana, había descendido sobre sus desdichados oponentes. Siguiendo la nueva táctica según la cual «no debían abordar sino luchar con la artillería», las tripulaciones portuguesas eran virtualmente invencibles en el mar²⁹. En tierra las cosas eran muy distintas, como quedó demostrado en las feroces batallas (y ocasionales derrotas) de Adén, Jiddah, Goa y otros lugares. No obstante, estos invasores de Occidente eran tan decididos y brutales que a mediados del siglo XVI habían conseguido una cadena de fuertes que iba desde el golfo de Guinea hasta el sur del mar de China. Aunque nunca pudieron monopolizar el comercio de las especias de las Indias —gran parte del cual siguió fluyendo por los canales tradicionales hacia Venecia—, sin duda los portugueses capturaron porciones considerables de ese comercio y se beneficiaron mucho de su ventaja en la carrera por el Imperio³⁰.

Por supuesto, la evidencia del beneficio fue incluso mayor en el vasto imperio terrestre que establecieron rápidamente los conquistadores en el hemisferio occidental. Desde los asentamientos tempranos en la Española y Cuba, las expediciones españolas avanzaron hacia el continente y conquistaron México en la década de 1520 y Perú en la de 1530. Pocas décadas después este dominio se extendía desde el río de la Plata en el Sur hasta el río Grande en el Norte. Los galeones españoles que hacían la ruta de la costa occidental, encontraban navíos que llegaban de las Filipinas y cambiaban sedas chinas por plata peruana. En su «Nuevo Mundo», los españoles dejaron bien claro que estaban dispuestos a quedarse, pues establecieron una administración imperial, construyeron iglesias e iniciaron actividades agropecuarias y mineras. Al explotar los recursos naturales —y más aún la fuerza de trabajo nativa— de estos territorios, los conquistadores enviaban a casa una cantidad regular de azúcar, tintes, pieles y otros productos. Sobre todo, enviaban plata de la mina de Potosí, que durante más de un siglo fue el mayor depósito de este metal del mundo. Todo esto condujo a «un crecimiento acelerado del comercio transatlántico, cuyo volumen aumentó ocho veces entre 1510 y 1550 y otras tres veces entre 1550 y 1610»³¹.

En consecuencia, parecía que este imperialismo sería permanente. A diferencia de las visitas fugaces que hacía Cheng Ho, la actuación de los exploradores portugueses y españoles simbolizaba un compromiso de alterar los equilibrios políticos y económicos del mundo. Fue precisamente lo que hicieron con sus navíos armados y sus soldados con mosquetes. Mirando atrás a veces resul-

ta difícil aceptar que un país con la limitada población y recursos de Portugal pudiera llegar tan lejos y adquirir tanto. En las especiales circunstancias de superioridad militar y naval europea que hemos descrito, no es en absoluto imposible. Una vez hecho, los evidentes beneficios del Imperio y el deseo de obtener más simplemente aceleraron el proceso de engrandecimiento.

Hay elementos de esta historia de la «expansión de Europa» que hasta ahora se han ignorado o sólo se han mencionado de forma sumaria. No hemos examinado el aspecto personal, y sin embargo, lo hubo en abundancia; como en todas las grandes empresas: en hombres como Enrique *el Navegante*; en el ingenio de artesanos, armadores y eruditos; en el sentido empresario de los comerciantes; por encima de todo, en el coraje de aquellos que realizaron los viajes y soportaron todo cuanto les oponían los mares, los climas hostiles; los paisajes desolados y los feroces oponentes. A causa de una compleja mezcla de motivos —ganancia personal, gloria nacional, celo religioso, tal vez un sentimiento de aventura—, los hombres estaban dispuestos a arriesgarlo todo, como de hecho hicieron en muchos casos. Tampoco nos hemos detenido mucho en las espantosas crueldades impuestas por estos conquistadores europeos a sus innumerables víctimas en África, Asia y América. Si apenas hablamos aquí de estas cosas es porque en su momento muchas sociedades han producido individuos y grupos dispuestos a arriesgarlo todo y a hacer cualquier cosa para dominar el mundo. Lo que distinguía a los capitanes, tripulaciones y exploradores de Europa era que poseían los barcos y la capacidad de fuego necesarios para lograr sus ambiciones y que provenían de un entorno político en el que la competición, el riesgo y la capacidad de empresa eran fundamentales.

Los beneficios obtenidos de la expansión de Europa fueron generalizados y permanentes y, lo que es más importante, ayudaron a acelerar una dinámica ya existente. El deslumbramiento asociado a la adquisición de oro, plata, metales preciosos y especias, por importantes que fuesen estos productos, no debería hacernos olvidar la valía de otros menos espectaculares que invadieron los puertos europeos cuando los marinos consiguieron romper la frontera oceánica. El acceso a las pesquerías de Terranova trajo consigo un suministro aparentemente inagotable de alimentos, y el océano Atlántico proporcionó también los aceites de ballena y de foca, fundamentales para la iluminación, la lubricación y otros empleos. El azúcar, el índigo, el tabaco, el arroz, las pieles, la madera y plantas nuevas como la patata y el maíz acrecentarían la riqueza y bienestar del continente; y más adelante, por supuesto, llegarían el grano, las carnes y el algodón. Pero no es necesario siquiera anticipar la economía mundial cosmopolita de finales del siglo XIX

para comprender que los descubrimientos portugueses y españoles contribuirían, pocas décadas después, a realzar cada vez más la prosperidad y el poder de las porciones occidentales del continente. El comercio de bulto, como el de las pesquerías, empleaba una gran cantidad de personas; tanto en la pesca misma como en la distribución, lo que mejoró la economía de mercado. Y todo esto significó un enorme estímulo para la industria europea de construcción de barcos y atrajo una gran variedad de artesanos, proveedores, comerciantes y aseguradores a los puertos de Londres, Bristol, Amberes, Amsterdam y muchos otros. El resultado de esto fue despertar en una considerable parte de la población europea —y no sólo en unos pocos— un interés material enorme por los frutos del comercio de ultramar.

Cuando se añade a esta lista el comercio procedente de la expansión territorial de Rusia —las pieles, cueros, madera, cáñamo, sal y grano que llegaban desde allí a la Europa occidental—, se comprende que los eruditos tengan motivos para describir este proceso como el inicio de un «sistema mundial moderno»³². Lo que había comenzado como una cantidad de expansiones aisladas, se convertía en una totalidad interrelacionada: el oro de la costa de Guinea y la plata del Perú eran utilizados por portugueses, españoles e italianos para pagar las especias y sedas de Oriente; los abetos y la madera de Rusia ayudaban a comprar cañones de hierro de Inglaterra; los granos del Báltico pasaban por Amsterdam en su camino al Mediterráneo. Esto generó una interacción continua de posterior expansión europea que produjo nuevos descubrimientos y, en consecuencia, oportunidades comerciales, que a su vez originaron mayores ganancias que estimularon una mayor expansión. Este proceso no fue necesariamente fluido: una gran guerra en Europa o agitaciones civiles podían reducir de manera importante las actividades de ultramar, pero raras veces renunciaron los poderes colonizadores a sus adquisiciones, y al poco tiempo recomenzaba otra ola de expansión y exploración. Al fin y al cabo, si las naciones imperiales ya establecidas no explotaban sus posiciones, otras estaban dispuestas a hacerlo en su lugar.

En último análisis, ésta fue la principal razón por la que esta dinámica continuó funcionando como lo hizo: las múltiples rivalidades de los Estados europeos, ya acusados, se manifestaban en las esferas transoceánicas. Por mucho que lo intentaran, España y Portugal no podían guardar para sí su monopolio del mundo exterior, concedido por el Papa, sobre todo cuando se comprendió que no había un paso de Europa a Catay ni al Nordeste ni al Noroeste. Ya en la década de 1560, los navíos holandeses, franceses e ingleses se aventuraban a través del Atlántico y algo más tarde en los océanos Pacífico e Índico, proceso que aceleraron la decadencia del co-

mercio inglés de paños y la rebelión de los Países Bajos. Con el patrocinio real y aristocrático, con el dinero de los grandes comerciantes de Amsterdam y Londres y el celo religioso y nacionalista engendrado por la Reforma y la Contrarreforma, las nuevas expediciones de comercio y pillaje partieron desde el noroeste de Europa para asegurarse una participación en los despojos. Existía la posibilidad de obtener gloria y fortuna, de asestar un golpe a un rival y mejorar los recursos del propio país, además de convertir nuevas almas a la verdadera fe de cada uno. ¿Qué argumentos en contra podían esgrimirse para no emprender estas aventuras?³³

El aspecto más luminoso de esta creciente rivalidad comercial y colonial fue el aumento paralelo del conocimiento científico y tecnológico³⁴. Sin duda muchos de los progresos de la época fueron un efecto secundario de la carrera armamentista y la lucha por el comercio transoceánico, pero sus beneficios a largo plazo trascendieron su origen poco glorioso. Las mejoras en la cartografía, las cartas de navegación, los instrumentos nuevos como el catalejo, el barómetro y el compás de suspensión, así como los mejores métodos en la construcción de barcos ayudaron a hacer de la travesía marítima una forma de viaje menos impredecible. Las nuevas cosechas y plantas no sólo mejoraron la nutrición, sino que también constituyeron un estímulo para la botánica y la agricultura. Las especialidades metalúrgicas y, de hecho, la industria del hierro en su totalidad hicieron rápidos progresos, al igual que las técnicas de minería en profundidad. También la astronomía, la medicina, la física y la ingeniería se beneficiaron del paso acelerado de la economía y el mayor valor de la ciencia. La mente inquisitiva y racionalista observaba y experimentaba más; y las imprentas, además de producir las Biblias vernáculos y los tratados políticos, diseminaban estos descubrimientos. El efecto acumulativo de esta explosión de conocimiento aumentaría aún más la superioridad tecnológica —y por consiguiente militar— de Europa. Hasta los poderosos otomanos, o al menos sus soldados y marineros de primera línea, sentían algunas de las consecuencias de este proceso a finales del siglo xvi. En otras sociedades menos activas sus efectos serían mucho más serios. Es bastante dudoso que cierto Estado de Asia fueran a producir una revolución comercial e industrial propia si no hubiera sido por este factor externo³⁵; pero lo que sí estaba claro era que a otras sociedades les resultaría extremadamente difícil ascender la escalera del poder mundial mientras los Estados europeos más avanzados ocuparan los escalones más altos.

Justo es admitir que esta dificultad hubiera sido aún más grande, pues ascender por esa escalera no significaba simplemente adquirir el equipo o las técnicas europeas; también hubiera sido necesario tomar prestadas todas aquellas características que distin-

guían de las otras a las sociedades occidentales. Hubiera implicado la existencia de una economía de mercado, si no en la medida propuesta por Adam Smith, al menos en la medida en que comerciantes y empresarios pudieran actuar sin estar sujetos a obstáculos, frenos y expolios. También hubiera significado la existencia de una pluralidad de centros de poder, a ser posible cada uno con su propia base económica, de modo que no existiera la posibilidad de la centralización impuesta por un régimen despótico al estilo oriental y sí, en cambio, la perspectiva del estímulo progresista, aunque turbulento y en ocasiones brutal, de la competencia. Por extensión, esta ausencia de rigidez económica y política implicaría una ausencia similar de ortodoxia cultural e ideológica; es decir, una libertad para inquirir, disputar, experimentar, una creencia en las posibilidades de mejora, una preocupación por lo práctico más que por lo abstracto, un racionalismo que desafiaría los códigos del mandarínato, el dogma religioso y el folclor tradicional.³⁶ En la mayoría de los casos lo que resultó no fueron tanto elementos positivos como una reducción de los *obstáculos* que frenaban el crecimiento económico y la diversidad política. La mayor ventaja de Europa fue que tenía menos desventajas que las otras civilizaciones.

Aunque es imposible probarlo, uno sospecha que estas diversas características generales estaban interrelacionadas, como si fuera por una lógica interna, y que todas eran necesarias. Fue una combinación de *laissez-faire* económico, pluralismo político y militar y libertad intelectual —por rudimentarios que fuesen estos factores si se comparan con épocas posteriores— la que se mantuvo en una interacción constante para producir el «milagro europeo». Como el milagro fue históricamente único, parece plausible suponer que sólo una réplica de todos sus componentes hubiera podido producir en otra parte un resultado similar. Como esa mezcla de ingredientes básicos no existía en la China Ming ni en los imperios musulmanes del Oriente Medio y Asia o en cualquiera de las otras sociedades de las que hemos hablado, estas culturas parecieron detenerse mientras Europa avanzaba hacia el centro del escenario mundial.

II. LA PUJA POR EL DOMINIO DE LOS HABSBURGO, 1519-1659

Por lo tanto, hacia el siglo XVI las luchas de poder dentro de Europa ayudaban a ésta a ascender económica y militarmente por encima de las otras regiones del Globo. No obstante, lo que todavía no se había decidido era si alguno de los Estados europeos rivales acumularía recursos suficientes como para superar al resto y dominarlo. Durante el siglo y medio posterior a 1500 una combinación continental de reinos, ducados y provincias gobernadas por miembros españoles y austríacos de la familia Habsburgo amenazó con transformarse en la influencia política y religiosa predominante en Europa. El núcleo de este capítulo es la historia de esa prolongada lucha y la derrota final de estas ambiciones de los Habsburgo en manos de una coalición de otros Estados europeos. En 1659, cuando España aceptó finalmente su derrota en el Tratado de los Pirineos, la *pluralidad* política de Europa —que contenía cinco o seis Estados grandes y otros varios más pequeños— era un hecho indiscutible. Dejaremos para el capítulo siguiente la investigación acerca de cuál de estos Estados líderes se beneficiaría más de los cambios en el sistema del gran poder; lo que estaba claro a mediados del siglo XVII era que ningún bloque dinástico-militar único era capaz de transformarse en el amo de Europa, como había parecido posible en diversas ocasiones en las décadas anteriores.

Por lo tanto, las campañas interrelacionadas por el predominio europeo que caracterizan a este siglo y medio difieren tanto en grado como en calidad de las guerras del período anterior a 1500. Las luchas que habían perturbado la paz de Europa durante los cien años anteriores habían sido *localizadas*; las fricciones entre los diversos Estados italianos, la rivalidad entre las coronas inglesa

y francesa y las guerras de los Caballeros Teutónicos contra lituanos y polacos eran ejemplos típicos¹. No obstante, a medida que transcurría el siglo XVI estas luchas regionales tradicionales en Europa quedaron subsumidas o eclipsadas por lo que a los contemporáneos les pareció una batalla mucho más prolongada que la obtención del dominio del continente.

El significado y la cronología de la lucha

Aunque siempre hubo razones específicas para que uno de los Estados se viera arrastrado a esta lucha más general, hay dos causas más generales que fueron responsables de la transformación en intensidad y alcance geográfico de la guerra europea. La primera fue la aparición de la Reforma —iniciada por la rebelión personal de Martín Lutero contra las indulgencias papales en 1517—, que rápidamente agregó una nueva dimensión a las rivalidades dinásticas tradicionales del continente. Por razones socioeconómicas precisas, el advenimiento de la Reforma protestante —y su respuesta en la Contrarreforma católica— tendió a dividir la parte sur de Europa de la del norte, y a las clases medias urbanas en ascenso de los órdenes feudales, aunque por supuesto hubo muchas excepciones a estos alineamientos generales.² Pero la cuestión fundamental era que la «Cristiandad» se había fracturado y que ahora el continente contenía grandes cantidades de individuos atraídos a una lucha *transnacional* por puntos de doctrina religiosa. Sólo a mediados del siglo XVII, cuando los hombres retrocedieron ante los excesos y la futilidad de las guerras religiosas, se llegó a una aceptación general, aunque reticente, de la división confesional de Europa.





La segunda razón de este esquema de guerra más diseminado e interrelacionado fue la creación de una combinación dinástica, la de los Habsburgo, que formó una red de territorios que se extendían de Gibraltar a Hungría y de Sicilia a Amsterdam, y excedían en tamaño todo lo que se hubiera visto en Europa desde el tiempo de Carlomagno, siete siglos antes. Los gobernantes Habsburgo, originarios de Austria, se las arreglaron para ser elegidos regularmente emperadores del Sacro Imperio Romano, título cuyo poder real había disminuido mucho desde la Edad Media, pero que todavía deseaban los príncipes que querían desempeñar un papel más importante en los asuntos alemanes y europeos en general.

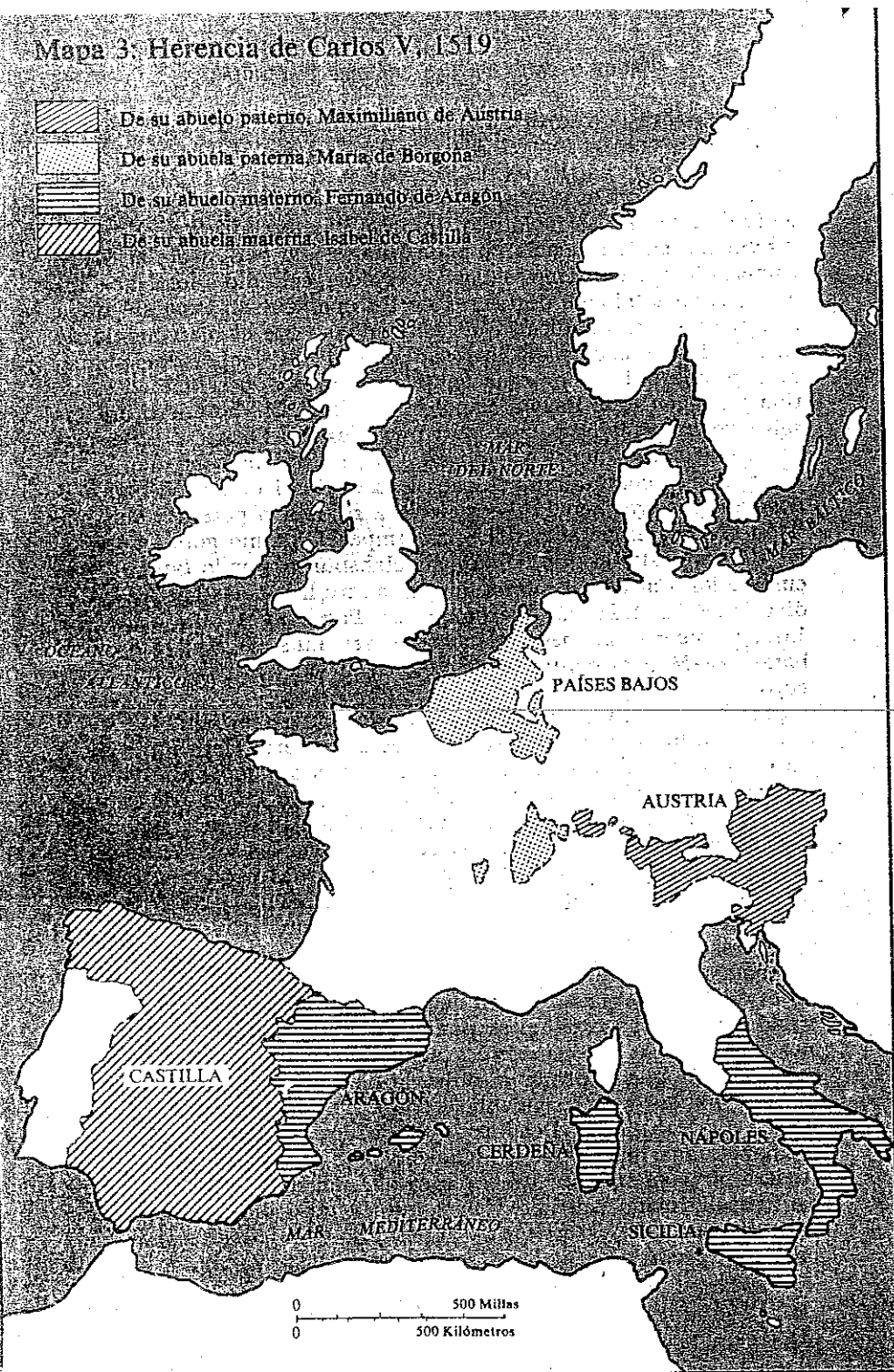
Lo que es más, los Habsburgo tenían un talento especial para aumentar sus territorios a través del matrimonio y la herencia.

Una maniobra de ese tipo por parte de Maximiliano I de Austria (1493-1519 y emperador del Sacro Imperio, 1508-1519) había dado a la familia las ricas tierras de Borgoña y, con ellas, los Países Bajos, en 1477. Otra maniobra, que siguió a un contrato matrimonial de 1515, consistió en incluir los importantes territorios de Hungría y Bohemia en la herencia; aunque Hungría no pertenecía al Sacro Imperio Romano y tenía muchas libertades, esto dio a los Habsburgo un enorme bloque de tierras en Europa central. Pero sin duda el arreglo de mayor alcance de Maximiliano fue el matrimonio de su hijo Felipe con Juana, hija de Fernando e Isabel de España, cuya propia unión temprana había reunido las posesiones de Castilla y Aragón (que incluía Nápoles y Sicilia). El «heredero universal»³ de todos estos pactos matrimoniales fue Carlos, el hijo mayor de Felipe y Juana. Nacido en 1500, se convirtió en duque de Borgoña a la edad de quince años y en Carlos I de España un año después, y luego —en 1519— sucedió a su abuelo paterno, Maximiliano I, como emperador del Sacro Imperio y como gobernante de las tierras austríacas de la herencia Habsburgo. Por lo tanto, como emperador, Carlos V representó esas cuatro herencias hasta sus abdicaciones de 1555-1556 (ver mapa 3). Pocos años más tarde, en 1526, la muerte sin descendencia del rey Luis de Hungría en la batalla de Mohács contra los turcos permitió a Carlos reclamar las coronas de Hungría y Bohemia.

La propia heterogeneidad y dispersión de estas tierras, que se examinará luego, vale para sugerir que el Imperio Habsburgo nunca podía ser un equivalente real de los imperios uniformes y centralizados de Asia. Ya en la segunda década de 1500 Carlos entregaba a su hermano menor Fernando la administración y soberanía principesca de sus tierras austríacas, así como las nuevas adquisiciones de Hungría y Bohemia, una manera de reconocer, mucho antes de su abdicación, que las herencias española y austríaca no podían ser manejadas con eficacia por la misma persona. No obstante, los otros príncipes y Estados no veían de la misma manera esa poderosa acumulación de poder habsburgués. Para los Valois, reyes de Francia, que acababan de consolidar internamente su autoridad y anhelaban expandirse por la península itálica, las posesiones de Carlos V parecían cercar al Estado francés... y no es exagerado decir que el principal objetivo de los franceses en Europa durante los dos siglos siguientes sería el de quebrantar la influencia de los Habsburgo. Del mismo modo, los príncipes y electores alemanes, que habían luchado mucho para que el emperador no tuviera ninguna autoridad real dentro de Alemania, no podían sino sentirse alarmados cuando vieron que la posición de Carlos era realzada por tantos territorios agregados, que podían proporcionarle los recursos necesarios para imponer su voluntad. A mu-

Mapa 3. Herencia de Carlos V, 1519

-  De su abuelo paterno, Maximiliano de Austria
-  De su abuela paterna, María de Borgoña
-  De su abuelo materno, Fernando de Aragón
-  De su abuela materna, Isabel de Castilla



chos de los Papas les disgustaba también esta acumulación de poder por parte de los Habsburgo, aun cuando a menudo a necesitaran para combatir a los turcos, los luteranos y otros enemigos.

En consecuencia, dadas las rivalidades endémicas del sistema de Estados europeo, no era probable que los Habsburgo pudieran actuar sin resistencia. Lo que transformó este conflicto potencial en una realidad amarga y prolongada fue su conjunción con las disputas religiosas engendradas por la Reforma. Porque el hecho era que los monarcas Habsburgo más prominentes y poderosos de ese siglo y medio —el propio Carlos V y su sucesor, Fernando II (1619-1637); así como los reyes españoles Felipe II (1556-1598) y Felipe IV (1621-665)— fueron también quienes más militaron en defensa del catolicismo. Por lo tanto, fue virtualmente imposible parar las tendencias políticas de las religiosas en las rivalidades europeas que asolaron el continente a lo largo de ese período. Como hubiera podido observar cualquier contemporáneo, si Carlos V en la década de 1540 ello habría supuesto una victoria, no sólo para la fe católica, sino también una victoria de la influencia Habsburgo, y lo mismo podría decirse de los esfuerzos de Felipe II por suprimir la intranquilidad religiosa en los Países Bajos después de 1556; al igual que del envío de la Armada española para invadir Inglaterra en 1588. En resumen, las rivalidades nacionales y dinásticas se habían confundido con el celo religioso para hacer que los hombres siguieran luchando, cuando en otro momento anterior se hubieran sentido inclinados a negociar.

Aun así, podría parecerse un poco forzado hablar «de la puja de los Habsburgo por el dominio» para describir el período que va desde el ascenso de Carlos V al trono de emperador del Sacro Imperio, en 1519, hasta la aceptación por parte española de la derrota en el Tratado de los Pirineos en 1659. Es obvio que sus enemigos creían firmemente que los monarcas Habsburgo deseaban el dominio absoluto. Así, el escritor isabelino Francis Bacon pudo describir de forma espectacular en 1595 la «ambición y opresión de España»:

Francia está revuelta... Portugal ha sido usurpada... se hace la guerra a los Países Bajos... Lo mismo se intenta hoy en Aragón... Los pobres indios pasan de ser hombres libres a ser esclavos⁴.

Pero a pesar de la retórica ocasional de algunos ministros Habsburgo que hablaban de una «monarquía mundial»⁵, no había un plan consciente de dominio de Europa al estilo de Napoleón o Hitler. Algunos de los matrimonios y sucesiones dinásticas de los Habsburgo fueron fortuitos, a lo sumo inspirados, pero no la prueba de un plan a largo plazo de expansión territorial. En ciertos

casos, por ejemplo en las frecuentes invasiones francesas del norte de Italia, los Habsburgo fueron los provocados, no los provocadores. Después de 1540, en el Mediterráneo, las fuerzas españolas e imperiales tuvieron que ponerse reiteradamente a la defensiva a causa de las operaciones de un Islam renacido.

No obstante, sigue siendo cierto que si los gobernantes Habsburgo hubiera alcanzado todos sus objetivos limitados, regionales —incluso sus objetivos defensivos—, el dominio de Europa hubiera sido virtualmente suyo. Se habría rechazado al Imperio otomano, por la costa del norte de Africa, sacándolo de las aguas del Mediterráneo oriental. Se habría suprimido la herejía dentro de Alemania. Se habría aplastado la revuelta en los Países Bajos. Se habría apoyado regímenes amigos en Francia e Inglaterra. Sólo Escandinavia, Polonia, Moscovia y las tierras bajo dominio otomano habrían escapado al poder e influencia de los Habsburgo... y al triunfo consiguiente de la Contrarreforma. Aunque ni siquiera entonces se hubiera aproximado Europa a la unidad de la China Ming, los principios políticos y religiosos apoyados por los dos centros de poder habsburgués, Madrid y Viena, habrían erosionado el pluralismo que durante tanto tiempo había sido el rasgo característico del continente.

En un trabajo analítico como éste podemos resumir brevemente la cronología de este siglo y medio de guerras. Es probable que lo que más atraiga la atención del lector moderno, más que los nombres y resultados de las diversas batallas (Pavía, Lützen, etc.), sea la duración de estos conflictos. La lucha contra los turcos se prolongó década tras década; el intento español de aplastar la rebelión de los Países Bajos duró desde 1560 a 1648, con una única y breve interrupción, y en algunos libros se le da el nombre de Guerra de los Ochenta Años; mientras que el gran conflicto multidimensional de los Habsburgo austríacos y españoles contra las sucesivas coaliciones de Estados enemigos desde 1618 hasta la Paz de Westfalia en 1648 siempre se ha conocido como la Guerra de los Treinta Años. Es evidente que esto pesó grandemente en las capacidades relativas de los diferentes Estados para soportar los gravámenes de la guerra año atra año y década tras década. Y la significación de los soportes materiales y financieros de la guerra quedó en una situación más crítica por el hecho de que fue en este período cuando se produjo una «revolución militar» que transformó la naturaleza de la lucha, haciéndola mucho más onerosa que hasta entonces. Pronto hablaremos de las razones de este cambio y sus principales características. Pero incluso antes de hacer un breve resumen de los hechos, merece la pena saber que los encuen-

tros militares de, por ejemplo, la década de 1520, parecerían de muy pequeña escala comparados con los de 1630, tanto en lo referente a los hombres como al dinero empleados.

La primera serie de grandes guerras se centró en Italia, cuyas ricas y vulnerables ciudades-Estado habían tentado ya en 1494 a los franceses y que, por lo mismo, habían producido varias coaliciones de poderes rivales (España, los Habsburgo austríacos, incluso Inglaterra) para obligar a los franceses a retirarse⁶. En 1519 España y Francia seguían disputándose la pretensión francesa de Milán cuando llegaron las noticias de la elección de Carlos V como emperador del Sacro Imperio y de su herencia combinada de territorios españoles y austríacos de la familia Habsburgo. Esta acumulación de títulos por parte de su rival llevó al ambicioso rey francés, Francisco I. (1515-1547), a incitar a una serie de medidas en contra de aquella, no sólo en la propia Italia sino también en las fronteras de Borgoña, el sur de los Países Bajos y España. Su invasión de Italia terminó con su derrota y captura en la batalla de Pavía (1525), pero cuatro años después el monarca francés estaba otra vez a la cabeza de un ejército en Italia... y de nuevo fue detenido por fuerzas de los Habsburgo. Aunque Francisco volvió a renunciar a sus pretensiones sobre Italia en el Tratado de paz de Cambrai, en 1529, volvió a luchar con Carlos V por esas posesiones en la década de 1530 y en la de 1540.

Dado el desequilibrio de fuerzas entre Francia y los territorios habsburgueses en ese momento es probable que a Carlos V no le resultara muy difícil bloquear esos intentos franceses de expansión. No obstante, la tarea se complicó porque en su calidad de emperador del Sacro Imperio había heredado muchos otros enemigos. Con mucho el más poderoso era el Turco, que no sólo se había extendido por la llanura húngara en la década de 1520 (y asediaba Viena en 1529), sino que también planteaba una amenaza naval contra Italia y, junto con los corsarios de Berbería, en el norte de Africa, donde amenazaba las propias costas españolas⁷. Lo que agravaba la situación era la alianza tácita que hubo durante estas décadas entre el sultán otomano y Francisco I contra los Habsburgo: en 1542, las flotas francesa y otomana atacaron juntas Niza.

La otra zona conflictiva para Carlos V era Alemania, desgarrada por la Reforma y donde una liga de principados protestantes apoyaba el desafío de Lutero al viejo orden. Teniendo en cuenta sus otros problemas, no era sorprendente que Carlos V no pudiera concentrar sus energías en el desafío luterano en Alemania hasta después de mediada la década de 1540. Cuando lo hizo, tuvo al comienzo bastante éxito, sobre todo la derrota a los ejércitos de los príncipes protestantes en la batalla de Mühlberg (1547). Pero cualquier incremento en la autoridad imperial de los Habsburgo

alarmaba a los rivales de Carlos V, de modo que los príncipes de Alemania del norte, los turcos, Enrique II de Francia (1547-1559) e incluso el Papado se esforzaron por debilitar su posición. En 1552 los ejércitos franceses habían entrado en Alemania en apoyo de los Estados protestantes, que pudieron en consecuencia resistir a las tendencias centralizadoras del emperador. Esto se aceptó en la Paz de Augsburgo (1555), que puso fin por un tiempo a las guerras religiosas en Alemania, y por los Tratados de Cateau-Cambrésis (1559), que clausuraron el conflicto franco-español. Fue reforzado, además, por las propias abdicaciones de Carlos V (en 1555 como emperador del Sacro Imperio a favor de su hermano Fernando I, emperador desde 1555 hasta 1564; y en 1556 como rey de España a favor de su hijo Felipe II, rey desde 1556 hasta 1598). Si bien después las ramas austríaca y española siguieron muy relacionadas, a partir de entonces sucedería que —como dice el historiador Mamatey— «como el águila negra y bicéfala del escudo de armas imperial, los Habsburgo tuvieron dos cabezas, en Viena y en Madrid, que miraban al Este y al Oeste».

Mientras que la rama oriental, con Fernando I y su sucesor, Maximiliano II (emperador entre 1564 y 1576) disfrutó de una paz relativa en su posesión (excepto por un asalto turco en 1566-1567), la rama occidental, con Felipe II de España, tuvo menos suerte. Los corsarios de Berbería atacaban las costas de Portugal y Castilla y detrás de ellos los turcos reanudaban su lucha por el Mediterráneo. Así, pues, España se encontró reiteradamente mezclada en nuevas guerras de envergadura contra el poderoso Imperio otomano, desde la expedición a Djerba de 1560, pasando por el conflicto a causa de Malta en 1565, la campaña de Lepanto en 1571 y la batalla por Túnez, hasta la tregua de 1581⁹. Sin embargo, en la misma época la política de intolerancia religiosa y aumento de impuestos de Felipe II había generado el descontento en los Países Bajos, que terminaron por iniciar una revuelta abierta. El debilitamiento de la autoridad española allí a mediados de la década de 1560 recibió como respuesta el envío al Norte de un ejército a las órdenes del duque de Alba y la imposición de un despotismo militar, lo que a su vez produjo una resistencia a escala global en las provincias de Holanda y Zelanda, rodeadas por mar y muy defendibles, y alarmó a Inglaterra, Francia y el norte de Alemania, que estaban preocupadas por las intenciones españolas. Los ingleses se alteraron aún más cuando en 1580 Felipe II se anexionó la vecina Portugal, con sus colonias y su flota. No obstante, como sucedió con todos los otros intentos de los Habsburgo por afirmar (o extender) su autoridad, el resultado predecible fue que sus muchos rivales se sintieron obligados a intervenir para evitar que se rompiera el equilibrio de poder. Hacia la década de 1580 lo que había empe-

zado como una rebelión local de los protestantes holandeses contra el Gobierno español se había convertido en una nueva batalla internacional¹⁰. En los Países Bajos continuó la guerra de asedio y contraasedio sin resultados notables. Al otro lado del Canal, en Inglaterra, Isabel II había controlado todas las amenazas internas a sus autoridades (fueran españolas o papales) y prestaba ayuda militar a los rebeldes holandeses. En Francia, el debilitamiento de la Monarquía había producido el inicio de una Guerra Civil de carácter religioso en la que la Liga Católica (apoyada por España) y sus rivales los Hugonotes (apoyados por Isabel y los holandeses) luchaban por lograr la supremacía. En el mar, los corsarios holandeses e ingleses bloqueaban la ruta de suministro español a los Países Bajos y llevaban la lucha todavía más lejos, al África occidental y al Caribe.

Hubo en la lucha algunos períodos —sobre todo a fines de la década de 1580 y principios de la siguiente— en que pareció que la imponente campaña española tendría éxito. En setiembre de 1590, por ejemplo, los ejércitos españoles operaban en el Languedoc y en Bretaña y otro ejército dirigido por el destacado duque de Parma marchaba sobre París desde el Norte. No obstante, y pese a esa presión, las fuerzas antiespañolas resistieron. El carismático pretendiente hugonote a la corona francesa, Enrique de Navarra, demostró flexibilidad suficiente como para pasarse del protestantismo al catolicismo para acrecentar sus posibilidades y dirigir después una parte cada vez más considerable de la nación francesa contra los invasores españoles y la desacreditada Liga Católica. Según el Tratado de Vervins, del año 1598 —año de la muerte de Felipe II—, Madrid aceptaba renunciar a toda interferencia en Francia. También en esa época la Inglaterra de Isabel estaba segura. La Armada Invencible de 1588 y otros dos intentos posteriores de invasión por parte española habían fracasado, como también el intento de explotar una rebelión católica en Irlanda, que los ejércitos de Isabel estaban reconquistando sin pausas. En 1604, muertos Felipe II e Isabel, España e Inglaterra llegaron a una paz negociada. Se necesitarían otros cinco años, hasta la tregua de 1609, para que Madrid negociara la paz con los rebeldes holandeses, pero mucho antes de eso se había hecho evidente que el poder español era insuficiente para aplastar los Países Bajos, bien fuera por mar, bien rompiendo las defensas terrestres (y acuáticas) sostenidas por el eficaz Ejército holandés de Guillermo de Nassau. La continuada existencia de esos tres Estados —Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas de los Países Bajos—, cada uno con el potencial necesario para disputar las pretensiones habsburguesas en el futuro, confirmó que la Europa del 1600 consistiría en muchas naciones y no en una hegemonía.

El tercer período de grandes guerras que convulsionaron a Europa se produjo después de 1618 y afectó sobre todo a Alemania. Esta tierra se había salvado de una lucha confesional a fines del siglo XVI, pero sólo a causa de la debilitada autoridad e intelecto de Rodolfo II (emperador del Sacro Imperio, 1567-1612) y por la renovación de la amenaza turca en la cuenca del Danubio (1593-1606). Sin embargo, detrás de la fachada de unidad alemana las fuerzas rivales, protestantes y católicas, maniobraban para fortalecer sus posiciones y debilitar las de sus enemigos. A medida que transcurría el siglo XVII la rivalidad entre la Unión Evangélica (fundada en 1608) y la Liga Católica (1609) se intensificó. Además, como los Habsburgo españoles apoyaban a sus primos austríacos y el jefe de la Unión evangélica, el Elector Palatino Federico IV, tenía vínculos con Inglaterra y los Países Bajos, daba la impresión de que la mayoría de los Estados europeos se preparaba para una discusión final de sus antagonismos político-religiosos¹¹.

En consecuencia, la revuelta en 1618 de los Estados protestantes de Bohemia contra su nuevo jefe católico, Fernando II (emperador 1619-1637), proporcionó la chispa necesaria para iniciar otra serie de feroces luchas religiosas: la Guerra de los Treinta Años, entre 1618 y 1648. En las primeras etapas de esta lucha las fuerzas del emperador se desarrollaron bien, asistidas eficazmente por un ejército de los Habsburgo españoles conducidos por el general Spínola. Pero como consecuencia entró en conflicto una combinación heterogénea de fuerzas religiosas y seculares, ansiosas una vez más por ajustar el equilibrio en direcciones opuestas. Los holandeses, que en 1621 finalizaron la tregua con España, entraron en tierras del Rin para combatir contra Spínola. En 1626 una fuerza danesa, dirigida por su rey Cristián IV, invadió Alemania desde el Norte. Entre bambalinas, el influyente estadista francés cardenal Richelieu procuraba crear problemas a los Habsburgo siempre que podía. Sin embargo, ninguna de esas medidas militares o diplomáticas tuvo mucho éxito y a fines de la década de 1620 el poderoso lugarteniente del emperador Fernando, Wallenstein, parecía estar a punto de imponer a Alemania una autoridad centralizada, total, que llegaba incluso tan al Norte como las costas del Báltico¹².

No obstante, esta rápida acumulación de poder imperial sólo sirvió para hacer que los numerosos enemigos de la casa de Habsburgo se encarnizaran más. A comienzos de la década de 1630, el más enconado de ellos era el atractivo e influyente rey sueco, Gustavo Adolfo II (1611-1632), cuyo bien entrenado Ejército entró por el norte de Alemania en 1630 y después avanzó hacia el Sur, hacia tierras del Rin y Baviera al año siguiente. Aunque el propio Gustavo fue muerto en la batalla del Lützen, en 1632, esto no disminuyó el notable papel desempeñado por los suecos en Ale-

mania ni, de hecho, las dimensiones globales de la guerra. Por el contrario, hacia 1634 los españoles, gobernados por Felipe IV (1621-1665) y su talentoso primer ministro, el conde-duque de Olivares, habían decidido ayudar con mayor eficacia aún a sus primos austríacos; pero su envío a tierras del Rin de un poderoso Ejército español a las órdenes del Cardenal-Infante, obligó a su vez a Richelieu a decidir la intervención francesa directa: en 1635 ordenó a sus tropas que atravesaran varias fronteras. Hacía ya años que Francia era líder tácito e indirecto de la coalición anti-Habsburgo y enviaba subsidios a todos cuantos estuvieran dispuestos a combatir las fuerzas imperiales y españolas. Ahora se trataba de un conflicto abierto y cada coalición empezó a movilizar aún más tropas, armas y dinero. En consecuencia, el lenguaje también se radicalizó. «O bien lo perdemos todo o bien Castilla se transforma en cabeza del mundo», escribió Olivares en 1635 mientras planeaba una triple invasión a Francia para el año siguiente¹³.

Sin embargo, la conquista de una zona tan enorme como Francia estaba más allá de las capacidades militares de las fuerzas habsburguesas, que se aproximaron a París pero pronto tuvieron que luchar en varios frentes por toda Europa. Las tropas suecas y alemanas presionaban a los ejércitos imperiales en el Norte. Los holandeses y franceses tenían cogidos en un movimiento de pinza a los Países Bajos españoles. Además, una revuelta portuguesa en 1640 desvió a una considerable cantidad de tropas y recursos españoles, que se vieron obligados a abandonar el Norte y a acercarse a casa, aunque nunca fueron suficientes como para lograr la reunificación de la península. En realidad, a comienzos de la década de 1640, con la rebelión paralela de los catalanes —alegremente apoyada por los franceses—, existió cierto peligro de desintegración de la patria española. En el mar, las expediciones marítimas holandesas atacaron Brasil, Angola y Ceilán y convirtieron el conflicto en lo que algunos historiadores describen como la primera guerra global¹⁴. Aunque los Países Bajos se vieron beneficiados por estas acciones, la mayoría de los otros países beligerantes estaba padeciendo ya los largos años de esfuerzo militar; los ejércitos de 1640 ya eran más pequeños que los de 1630, las soluciones financieras de los gobiernos eran más desesperadas, la paciencia de los pueblos menor y sus protestas más violentas. No obstante, precisamente a causa de la naturaleza interrelacionada de la lucha, para cualquiera de sus participantes resultaba difícil retirarse. Muchos de los Estados protestantes alemanes lo hubieran hecho, si hubieran podido estar seguros de que los ejércitos suecos también abandonarían la lucha y volverían a casa; y Olivares y otros estadistas españoles hubieran negociado una tregua con Francia, pero ésta no estaba dispuesta a abandonar a los holan-

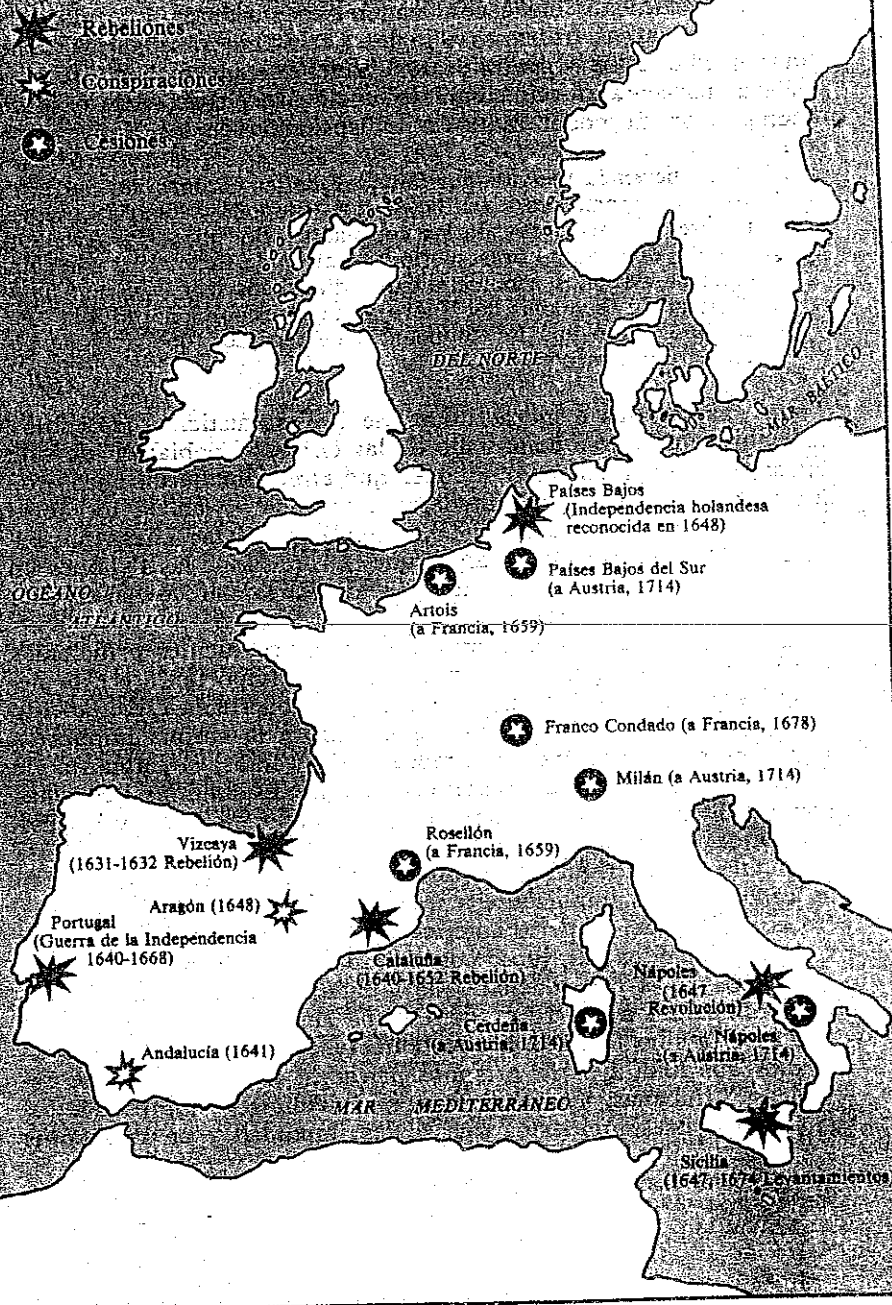
deses. Junto con las campañas militares en varios frentes, hubo negociaciones secretas de paz en varios niveles, y cada potencia se consolaba pensando que otra victoria mejoraría su posición en el acuerdo general.

Por lo tanto, el final de la Guerra de los Treinta Años fue un asunto confuso. De pronto, a comienzos de 1648, España firmó la paz con los holandeses, en la que reconocía su independencia, pero lo hizo para privar a Francia de un aliado y la lucha franco-habsburguesa continuó. Más avanzado el año, cuando la Paz de Westfalia (1648) trajo por fin la tranquilidad a Alemania y permitió retirarse del conflicto a los Habsburgo austriacos, se convirtió en una lucha exclusivamente franco-española. Si bien los Estados y gobernantes obtenían ciertas ganancias (y sufrían ciertas pérdidas), la esencia de la Paz de Westfalia era el reconocimiento del equilibrio religioso y político dentro del Sacro Imperio Romano, con lo que se confirmaban las limitaciones de la autoridad imperial. Esto dejó a España y a Francia envueltas en una guerra que tenía por motivación las rivalidades nacionales y ninguna relación con la religión, como demostró el sucesor de Richelieu, Mazarino, en 1655; al aliarse con la Inglaterra protestante de Cromwell para asestar los golpes que finalmente obligaron a los españoles a acordar la paz. Las condiciones de la Paz de los Pirineos (1659) no eran especialmente duras, pero al obligar a España a negociar con su archienemigo, demostraron que la etapa del predominio de los Habsburgo en Europa había terminado. Al Gobierno de Felipe IV le quedó como «objetivo de guerra» tan sólo la conservación de la unidad ibérica, e incluso esto tuvo que abandonarse: en 1668, cuando se reconoció formalmente la independencia de Portugal¹⁵. Por lo tanto, la fragmentación política del continente quedó más o menos en el mismo estado en que estaba en el momento del ascenso al trono de Carlos V, en 1519, aunque la propia España sufriría más rebeliones y pérdidas de territorio a medida que se acercaba al final del siglo XVII (ver mapa 4), pagando de alguna manera el precio de su exclusiva extensión estratégica original.

Fuerza y debilidad del bloque habsburgués

¿Por qué fracasaron los Habsburgo?¹⁶ La cuestión es tan vasta y el proceso fue tan prolongado, que no parece tener mucho sentido buscar razones personales como la locura del emperador Ro-

Mapa 4: La caída del poder español en Europa



dolfo II o la incompetencia de Felipe III de España. También es difícil argüir que la dinastía Habsburgo y sus altos funcionarios eran especialmente ineficaces cuando se consideran los fallos de muchos monarcas franceses e ingleses contemporáneos y la vanidad o idiocia de algunos de los príncipes alemanes. El rompecabezas parece aún más complejo cuando se piensa en la enorme acumulación de poder material a disposición de los Habsburgo:

La herencia recibida por Carlos V de las coronas de cuatro dinastías importantes, Castilla, Aragón, Borgoña y Austria; las posteriores adquisiciones de las coronas de Bohemia, Hungría, Portugal y, durante un breve período, incluso de Inglaterra; y la coincidencia de estos acontecimientos dinásticos con la conquista y explotación españolas del Nuevo Mundo, proporcionaron a la casa de Habsburgo una tal abundancia de recursos, que ninguna potencia europea podía igualarla¹⁷.

Dadas las lagunas e inexactitudes de las estadísticas disponibles, no habría que fiarse demasiado de las cifras de población de esta época, pero sería correcto suponer que alrededor de un cuarto de los pueblos de la Europa moderna temprana vivían en territorio gobernado por los Habsburgo. Sin embargo, estas cifras aproximadas * eran menos importantes que la riqueza de las regiones en cuestión y en este caso la herencia dinástica parece haber sido bendecida con riquezas.

Las finanzas de los Habsburgo tenían cinco fuentes principales y otras varias menores. Con mucho la más importante era la herencia española de Castilla, porque estaba gobernada directamente y las Cortes y la Iglesia habían concedido a la corona impuestos regulares de varios tipos (el impuesto de ventas, el impuesto de «cruzado» a la propiedad religiosa). Además, estaban las dos zonas comerciales más ricas de Europa —los Estados italianos y los Países Bajos—, que podían proporcionar fondos comparativamente abundantes de su riqueza mercantil y capital móvil. La cuarta fuente, cada vez más importante a medida que transcurría el tiempo, era el ingreso del Imperio americano. El «quinto real» de la plata y el oro obtenidos allí, junto con el impuesto de ventas, los cargos de aduana y las recaudaciones de la Iglesia en el Nuevo Mundo, proporcionaban a los reyes de España un enorme beneficio, no sólo directa sino también indirectamente, porque los tesoros americanos que iban a parar a manos privadas, fueran españolas, flamencas o italianas, ayudaban a esos individuos y empresas a pagar los mayores impuestos que se les imponían y en momentos

* Aproximadamente, serían unos 25.000.000 del total de 105.000.000 de población europea en 1600.

de emergencia el monarca siempre podía pedir prestado a los banqueros, pensando en pagar sus deudas cuando llegara la flota con la plata. El hecho de que los territorios de la casa de Habsburgo contuvieran las principales casas financieras y mercantiles —las del sur de Alemania, las de ciertas ciudades italianas y de Amberes—, debe haber sido una ventaja adicional, que constituye la quinta fuente de ingresos importante¹⁸. Sin duda era mucho más rápidamente accesible que, por ejemplo, los ingresos de Alemania, donde unos príncipes y las ciudades libres representadas en el Reichstag sólo votaban la concesión de dinero al emperador si los turcos estaban frente a sus puertas¹⁹.

En la edad posfeudal, cuando ya no se esperaba que los caballeros cumplieran el servicio militar individual (por lo menos, en la mayor parte de los países) ni que las ciudades costeras proporcionaran un barco, la disponibilidad de dinero rápido y la posesión de un buen crédito eran esenciales para cualquier Estado empeñado en una guerra. Sólo mediante pago directo (o promesa de pago) podían movilizar dentro del mercado económico los barcos, provisiones y armamentos navales necesarios para armar una flota preparada para combatir; sólo mediante el suministro de provisiones y salarios con una frecuencia razonable podía evitarse que las propias tropas se amotinaran y, por tanto, se podían dirigir sus energías hacia el enemigo. Además, aunque por lo general se considera esta época como la de la «nación-Estado» en Europa occidental, todos los gobiernos dependían mucho de mercenarios extranjeros para aumentar sus ejércitos. Aquí también tenían suerte los Habsburgo porque podían reclutarlos fácilmente en Italia y los Países Bajos, así como en España y en Alemania; por ejemplo, el famoso Ejército de Flandes estaba compuesto por seis nacionalidades, razonablemente leales a la causa católica pero que, de todos modos, exigían un pago regular. En términos navales, la herencia habsburguesa podía producir una reunión imponente de navíos de guerra: en los últimos años de Felipe II, por ejemplo, las galeras mediterráneas, los grandes galeones de Génova y Nápoles y la gran flota portuguesa podían reforzar las armadas de Castilla y Aragón.

Pero tal vez la mayor ventaja militar de los Habsburgo durante estos 140 años haya sido la Infantería española. La estructura social y el clima de ideas hacia de Castilla un campo de reclutamiento perfecto. Allí, según observaba Lynch, «el servicio de soldado se había convertido en una ocupación beneficiosa y que estaba de moda, no sólo entre los hidalgos sino también entre la totalidad de la población»²⁰. Además, Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, había introducido a comienzos del siglo XVI cambios en la organización de la Infantería, y desde entonces hasta

mediada la Guerra de los Treinta Años el *tercio* español fue la unidad más eficaz de los campos de batalla europeos. Con estos regimientos integrados incluso por 3.000 piqueros, espadachines y arcabuceros, entrenados para prestarse ayuda mutua, el Ejército español barrió innumerables enemigos y arruinó la reputación —y eficacia— de la Caballería francesa y de las falanges de piqueros suizos. Todavía en la batalla de Nördlingen (1634), la Infantería del Cardenal-Infante resistió quince cargas del formidable Ejército sueco y después, como las tropas de Wellington en Waterloo, avanzó con fiereza para aplastar a su enemigo. En Rocroi (1643), los españoles lucharon hasta la muerte, aunque estaban rodeados por los franceses. Éste era uno de los pilares más sólidos del edificio Habsburgo. Y es significativo el hecho de que el poder español sólo se agrietara visiblemente a mediados del siglo XVII, cuando su Ejército estaba formado fundamentalmente por mercenarios alemanes, italianos e irlandeses y muchos menos guerreros de Castilla.

Y sin embargo, pese a todas estas ventajas, la alianza dinástica española-austriaca no pudo prevalecer. Por enormes que parecieran a sus contemporáneos sus recursos financieros y militares, no eran nunca suficientes para satisfacer las exigencias. Esta deficiencia crítica respondía a tres factores que interactuaron durante todo ese período y que, por extensión, proporcionan importantes lecciones para el estudio del conflicto armado.

El primero de ellos, brevemente mencionado arriba, fue la «revolución militar» del comienzo de la Europa moderna, es decir el aumento masivo en la escala, costos y organización de la guerra que se produjo en los 150 años posteriores a la década de 1520²¹. Este cambio fue resultado de varios elementos combinados: tácticos, políticos y demográficos. Los golpes asestados al dominio del campo de batalla ejercido por la Caballería —primero por los piqueros suizos y después por formaciones combinadas de piqueros, espadachines, arqueros y arcabuceros— significaban que entonces la parte mayor y más importante de un Ejército era su Infantería. Esto quedó reforzado por el desarrollo de la *trace italienne*, ese sofisticado sistema de fortificación de ciudades y bastiones mencionado en el capítulo anterior. Para dotar de efectivos a esas defensas o para asediarlas, era necesario un gran volumen de tropa. Por supuesto, en una campaña importante un comandante bien organizado también estaría empleando con éxito cantidades considerables de Caballería y Artillería, pero esas dos armas eran mucho menos ubicuas que los regimientos de soldados de a pie. Por lo tanto, no se trataba de que las naciones disminuyeran sus fuerzas de caballeros, sino más bien de que la proporción de Infantería de sus Ejércitos se elevó notablemente; al ser más baratos su equipamiento y alimentación, los infantes podían reclutarse en mayor

número, sobre todo porque la población de Europa aumentaba. Desde luego, esto imponía enormes tensiones organizativas a los Gobiernos, pero no tan grandes como para abrumar necesariamente a las burocracias de las «nuevas monarquías» de Occidente, de la misma manera que el gran aumento en el tamaño de los Ejércitos no haría inevitablemente imposible la tarea de un general, siempre y cuando sus fuerzas tuvieran una buena estructura de comando y estuvieran bien entrenadas.

Probablemente, el Ejército del Imperio español proporcione el mejor ejemplo de la «revolución militar» en acción. Como observa su historiador, «no hay pruebas de que ningún Estado movilizará más de 30.000 efectivos» en la lucha franco-española por Italia antes de 1529; pero:

En 1536-1537, el emperador Carlos V movilizó a 60.000 hombres sólo en Lombardía para la defensa de su reciente conquista, Milán, y la invasión de la Provenza francesa. En 1552, asaltado en todos los frentes a un tiempo —en Italia, Alemania, los Países Bajos y España, en el Atlántico y el Mediterráneo—, Carlos V reclutó a 109.000 hombres en Alemania y los Países Bajos, a 24.000 más en Lombardía y aún más en Sicilia, Nápoles y España. El emperador debe haber tenido a sus órdenes, y en consecuencia a su coste, a unos 150.000 hombres. Esta tendencia continuó. En 1574, sólo el Ejército español de Flandes contaba con 86.000 hombres, mientras que apenas medio siglo más tarde Felipe IV podía afirmar orgullosamente que las fuerzas armadas a sus órdenes en 1625 eran de no menos de 300.000 hombres. En todos estos ejércitos, el verdadero aumento de efectivos se produjo en la Infantería, sobre todo entre los piqueros²².

Lo que sucedía en tierra era imitado en gran medida en el mar. La expansión del comercio marítimo (especialmente el transoceánico), las rivalidades entre flotas contendientes en el Canal, el océano Índico o fuera de los dominios marítimos españoles, las amenazas de los corsarios berberiscos y las flotas de galeras otomanas, todo esto se vinculó a la nueva tecnología de la construcción de barcos para hacer mayores y mejor armados los navíos. En aquellos días no había una división estricta entre un buque de guerra y un mercante: virtualmente todos los navíos comerciales de buen tamaño podían llevar cañones para alejar piratas y otros predadores. Pero había una propensión a la creación de armadas *reales*, de modo que el monarca pudiera al menos poseer una cantidad de buques de guerra regulares que formaran el núcleo alrededor del cual pudiera reunirse, en tiempos de guerra, una gran flota de mercantes, galeones y pinazas armados. Enrique VIII de Inglaterra apoyó este plan, mientras que Carlos V tendió a co-

mandar los galeones y galeras privados de sus posesiones italianas y españolas, antes que a construir su propia armada. Felipe II, que padeció una presión mucho mayor primero en el Mediterráneo y después en el Atlántico, no pudo gozar de ese lujo. Tuvo que organizar y pagar un programa masivo de construcción de galeras en Barcelona, Nápoles y Sicilia; hacia 1574 estaba manteniendo un total de 146 galeras, casi el triple de la cantidad de doce años atrás²³. El estallido de la guerra en el Atlántico durante la década siguiente requirió un esfuerzo aún mayor: se necesitaban buques de guerra oceánicos que protegieran las rutas a las Indias Occidentales y (después de la absorción de Portugal en 1580) hacia Oriente, para defender la costa española de las incursiones inglesas y, por último, para llevar a un Ejército invasor hasta las Islas Británicas. Después de la paz anglo-española de 1604, España seguía necesitando una gran flota para detener los ataques holandeses en alta mar y para mantener las comunicaciones con Flandes. Y a medida que transcurrían las décadas esos buques de guerra estaban cada vez más armados y eran mucho más caros.

Fue este aumento en espiral de los costos de la guerra lo que expuso la verdadera debilidad del sistema habsburgués. La inflación general, que entre 1500 y 1630 quintuplicó el precio de los alimentos y triplicó los precios industriales, ya era un golpe bastante duro para las finanzas del Gobierno; pero además esto se agravaba por la duplicación y reduplicación del tamaño de Ejércitos y Armadas. Por lo tanto, los Habsburgo vivían en una lucha casi continua por la solvencia. Después de las diversas campañas de la década de 1540 contra Argel, los franceses y los protestantes alemanes, Carlos V descubrió que su ingreso ordinario y extraordinario no podía cubrir los gastos y, por consiguiente sus ingresos quedaron enajenados a los banqueros durante años. Sólo mediante la medida desesperada de confiscar el tesoro de las Indias y de coger todo el efectivo que había en España pudieron encontrarse los dineros para sostener la guerra contra los príncipes protestantes. Sólo su campaña de 1552 en Metz costó 2,5 millones de ducados... unas diez veces el ingreso normal de las Américas. No es sorprendente que el emperador se viera arrastrado reiteradamente a pedir nuevos préstamos, siempre en peores términos: a medida que el crédito de la Corona se tambaleaba, las tasas de interés cargadas por los banqueros ascendían, de modo que gran parte del ingreso ordinario tenía que usarse simplemente para pagar el interés de deudas anteriores²⁴. Cuando Carlos abdicó, legó a Felipe II una deuda oficial española de unos 20 millones de ducados.

Felipe heredó también un estado de guerra con Francia, pero tan caro que en 1557 la Corona española tuvo que declararse en

bancarrotas. Con esto, también cayeron grandes familias de banqueros como la de los Fugger. El hecho de que ese mismo año Francia se viera obligada a admitir su propia bancarrota supuso un pobre consuelo (fue la principal razón por la que cada parte aceptó negociar en Cateau-Cambrésis en 1559), pues inmediatamente Felipe tuvo que enfrentarse al poderoso enemigo turco. La guerra mediterránea, que duró veinte años, la campaña contra los moros de Granada y después el esfuerzo militar en los Países Bajos, el norte de Francia y el Canal de la Mancha, llevaron a la Corona a buscar todas las posibles fuentes de ingresos. Los ingresos de Carlos V se triplicaron durante su reinado, pero los de Felipe II «se duplicaron en el período 1556-73 y se reduplicaron al final de su reinado»²⁵.

Sin embargo, los gastos eran mucho mayores. Se calculó que en la batalla de Lepanto (1571) el mantenimiento de las flotas y soldados cristianos costaría más de cuatro millones anuales, aunque una buena parte de esta carga era compartida por Venecia y el Papado²⁶. Hacia 1570, los pagos al Ejército de Flandes eran ya enormes y casi siempre atrasados; esto produjo a su vez revueltas en las tropas, sobre todo después de la suspensión de pagos de interés a sus banqueros genoveses²⁷. La acrecentada corriente de ingresos de las minas americanas —alrededor de dos millones de ducados al año en la década de 1580 en lugar de la décima parte de esa suma cuatro décadas atrás— restableció temporalmente las finanzas y el crédito de la Corona, pero la armada de 1588 costó diez millones de ducados y su triste destino no sólo representó un desastre naval, sino también financiero. Hacia 1596, después de emitir préstamos a un interés épico, Felipe faltó otra vez a sus compromisos. En el momento de su muerte, dos años después, sus deudas alcanzaban la enorme suma de cien millones de ducados y los intereses de esa suma equivalían a dos tercios de todos los ingresos²⁸. Aunque pronto se firmó la paz con Francia e Inglaterra, la guerra contra los holandeses se prolongó hasta la tregua de 1609, que fue precipitada a su vez por los motines del Ejército español y otra bancarrota en 1607.

Durante los pocos años de paz que siguieron, no hubo una reducción sustancial en los gastos gubernamentales españoles. Aparte de los enormes pagos de interés seguía habiendo tensión en el Mediterráneo (que requirió un grandioso esquema de construcción de fortificaciones costeras) y el extendido Imperio español seguía sometido a las depredaciones de los corsarios (lo que requería considerables despliegues defensivos en las Filipinas y el Caribe, además de las flotas de alta mar²⁹). El estado de tregua armada en Europa posterior a 1610 no sugirió a los orgullosos líderes españoles la posibilidad de reducir el gasto en armamentos.

Por lo tanto, todo lo que hizo el estallido de la Guerra de los Treinta Años en 1618 fue convertir una guerra fría en guerra abierta y producir un flujo creciente de tropas y dinero español en Flandes y Alemania. Es interesante observar que la consecución de las primeras victorias de los Habsburgo en Europa y la defensa triunfal de las Américas, en este período coincidieron con aumentos significativos en el envío de lingotes desde el Nuevo Mundo. Pero por la misma razón la reducción de recibos del tesoro después de 1626, la declaración de bancarrota del año siguiente y el gran éxito de los holandeses al capturar la flota de plata en 1628 (que costó a España y sus habitantes diez millones de ducados) hizo que el esfuerzo bélico se detuviera por un tiempo. Y pese a la alianza con el emperador, no había forma de que los ingresos alemanes pudieran compensar esta deficiencia española (salvo durante el breve período de control de Wallenstein).

En consecuencia, ésa sería la situación española durante los siguientes treinta años de guerra. Mediante la obtención de nuevos préstamos, la imposición de nuevos impuestos y la utilización de todos los recursos de las Américas se pudo sostener un esfuerzo militar importante, como por ejemplo la invasión de Alemania en 1634-1635 del Cardenal-Infante; pero los tremendos costos de la guerra siempre terminaban por erosionar las ganancias a corto plazo y pocos años después la situación financiera era peor que nunca. Hacia la década de 1640, después de las revueltas catalana y portuguesa y con la reducción del ingreso de tesoro americano, era inevitable una larga y lenta decadencia³⁰. ¿Qué otro destino podía esperar una nación que, aunque proporcionaba formidables guerreros, estaba dirigida por Gobiernos que gastaban regularmente dos o tres veces más de lo que les proporcionaban sus ingresos ordinarios?

La segunda causa importante del fracaso español y austríaco se desprende de lo ya dicho: sencillamente, los Habsburgo tenían demasiado quehaceres, demasiados enemigos a los que combatir, demasiados frentes que defender. La resolución de las tropas españolas en la batalla no podía compensar el hecho de que estas fuerzas tenían que ser dispersadas en guarniciones en el norte de África, en Sicilia e Italia y en el Nuevo Mundo, así como en los Países Bajos. Como le sucedería tres siglos después al Imperio británico, el bloque Habsburgo era un conglomerado de territorios muy dispersos, un *tour de force* político-dinástico que requería enormes recursos continuados de material e ingenio para poder seguir funcionando. Como tal, proporciona uno de los mejores ejemplos históricos de excesiva extensión estratégica, pues el precio de poseer tantos territorios era la existencia de numerosos

enemigos, una carga compartida también por el Imperio otomano contemporáneo³¹.

La significativa cuestión de la cronología de las guerras de los Habsburgo está relacionada con esto. Sin duda en este período los conflictos europeos eran frecuentes y sus costes constituían una terrible carga para todas las sociedades. Pero los otros Estados —Francia, Inglaterra, Suecia e incluso el Imperio otomano— disfrutaron de algunos períodos de paz y recuperación. El destino de los Habsburgo, y más específicamente de España, consistió en tener que salir de una lucha para volverse inmediatamente contra otro enemigo, en la de un conflicto a otro. La paz con Francia fue sucedida por la guerra con los turcos; una tregua en el Mediterráneo era sucedida por un conflicto extendido en el Atlántico, y éste por la lucha por la Europa del noroeste. Durante algunos períodos terribles, la España imperial estaba luchando simultáneamente en tres frentes y sus enemigos se ayudaban consciente, diplomática y comercialmente cuando no militarmente³². Para expresarlo de manera clara, España se parecía a un gran oso caído en un pozo: es más poderoso que cualquiera de los perros que lo atacan, pero no puede enfrentarse a todos sus oponentes y cada vez se siente más agotado.

Pero, ¿cómo podían los Habsburgo escapar a este círculo vicioso? Los historiadores han señalado su dispersión crónica de energías y sugieren que Carlos V y sus sucesores debieran haber formulado una serie clara de prioridades defensivas³³. Esto querría decir que algunas zonas eran prescindibles, ¿pero cuáles?

Retrospectivamente, podemos argumentar que los Habsburgo austríacos, y sobre todo Fernando II, habrían hecho bien en abstenerse de apoyar la Contrarreforma en la Alemania del Norte, pues esto les reportó terribles pérdidas y pocas ganancias. Sin embargo, el emperador hubiera necesitado, de todos modos, mantener en Alemania un ejército considerable para controlar las pretensiones de los príncipes, las intrigas francesas y la ambición sueca; y tampoco podía haber una reducción en este brazo armado de los Habsburgo, puesto que los turcos estaban en Hungría, a sólo 240 kilómetros de Viena. Por su parte, el Gobierno español no podía permitir la desaparición de sus primos austríacos ni en manos de los franceses y luteranos, ni en manos de los turcos por lo que esto hubiera significado para la posición de la propia España en Europa. No obstante, este cálculo parece que no se hizo en sentido contrario. Después del retiro de Carlos V (en 1556), el Imperio no se sintió por lo general obligado a ayudar a Madrid en las guerras posteriores en Europa occidental y en el mar; pero España, consciente de qué era lo que se jugaba a niveles más altos, insistía en comprometerse con el Imperio³⁴. Las

consecuencias a largo plazo de esta disparidad de sentimiento y compromiso son interesantes. A mediados del siglo XVII el fracaso de los objetivos europeos de los Habsburgo españoles se relacionaba claramente con sus problemas internos y su declive económico relativo. Después de exigirse demasiado en todas direcciones, su corazón era débil. Por otro lado, en el caso de los Habsburgo de Austria, aunque no consiguieron derrotar el protestantismo en Alemania, sí lograron una *consolidación* de poderes en las tierras dinásticas (Austria, Bohemia, etc.), hasta el punto de que sobre esta gran base territorial y con la creación posterior de un ejército profesional³⁵, el Imperio de los Habsburgo pudo reaparecer como gran potencia europea en las últimas décadas del siglo XVII, precisamente en el momento en que España entraba en un período de decadencia aún más pronunciado³⁶. No obstante, ya en ese momento la recuperación de Austria apenas pudo consolar a los estadistas de Madrid, quienes sentían que tenían que buscar aliados en otra parte.

Es fácil comprender por qué para España tenían vital importancia las posesiones en el Nuevo Mundo. Durante más de un siglo proporcionaron esa adición regular a la riqueza de España —y en consecuencia a su capacidad militar— sin la cual la casa de Habsburgo no hubiera podido mantener su esfuerzo. Incluso cuando los ataques ingleses y holandeses al imperio colonial hispano-portugués exigieron un gasto cada vez mayor en flotas y fortificaciones del otro lado del mar, las ganancias diferentes e indirectas que obtenía la Corona española de esos territorios seguía siendo considerable. Abandonar esos bienes era impensable.

Quedaban por considerar las posesiones de los Habsburgo en Italia y Flandes. De las dos, lo menos recomendable era retirarse de Italia. En la primera mitad del siglo XVI, los franceses habrían ocupado ese vacío de poder y habrían utilizado la riqueza de Italia para alcanzar sus propios objetivos... en detrimento de los Habsburgo. En la segunda mitad de ese siglo, Italia era, literalmente, el baluarte exterior de la seguridad española frente a la expansión occidental de los otomanos. Aparte del golpe al prestigio español y a la religión cristiana que hubiera acompañado un asalto turco a Sicilia, Nápoles y Roma, la pérdida de este baluarte habría supuesto una grave desventaja estratégica. España habría tenido que poner más y más dinero en fortificaciones costeras y flotas de galeras, que en cualquier caso estaban consumiendo la mayor parte del presupuesto militar en las primeras décadas del reinado de Felipe II. De modo que tenía sentido militar dedicar las fuerzas existentes a la defensa activa del Mediterráneo central, pues eso mantenía a distancia al enemigo turco y tenía la ventaja adicional de que los costes de esta campaña eran compartidos por las po-

sesiones italianas de los Habsburgo, por el Papado y, algunas veces, por Venecia. Retirarse de este frente no ofrecía ventajas y sí muchos peligros potenciales.

Por lo tanto, por eliminación, los Países Bajos constituían la única zona en la cual podían reducirse las pérdidas de los Habsburgo. Y al fin y al cabo los costes del ejército de Flandes en la Guerra de los Ochenta Años contra los holandeses fueron —a causa de las dificultades del terreno y de los adelantos en las fortificaciones³⁷— enormes y excedieron con mucho los de cualquier otro frente. Incluso en el período culminante de la Guerra de los Treinta Años, se colocaba en la guarnición de Flandes cinco o seis veces la cantidad de dinero que se destinaba a las fuerzas de Alemania. «La guerra en los Países Bajos —observó un consejero español—, ha sido la ruina absoluta de esta monarquía.» En realidad, entre 1566 y 1654 España envió por lo menos 218 millones de ducados al Tesoro Militar de los Países Bajos, bastante más que el total de los ingresos de la Corona provenientes de las Indias (121 millones de ducados)³⁸. Además, estratégicamente Flandes era mucho más difícil de defender: la ruta marítima estaba a menudo a merced de los franceses, los ingleses y los holandeses —como quedó demostrado cuando el almirante holandés Tromp aplastó a una flota española que llevaba refuerzos de tropa en 1639—, pero el «camino español» desde Lombardía, por los valles suizos o Saboya y el Franco Condado, subiendo por las fronteras orientales de Francia hasta el Rin inferior, contenía también una cantidad de puntos de obstrucción muy vulnerables³⁹. ¿Merecía realmente la pena seguir intentando controlar a un par de millones de holandeses en el extremo más remoto de una extensa línea de comunicaciones y a un coste tan excesivo? ¿Por qué no dejar que los rebeldes se pudrieran en su herejía, como sugirieron astutamente los representantes de las exigidas Cortes de Castilla? El castigo divino estaba asegurado y España no tendría que seguir soportando esa carga⁴⁰.

Las razones que se adujeron para impedir una retirada imperial de ese escenario de guerra no hubieran convencido a quienes se quejaban del despilfarro de recursos, pero tienen cierta plausibilidad. En primer lugar, si España ya no poseía Flandes, pasaría a manos de Francia o de las Provincias Unidas, con lo que se realizaría el poder y el prestigio de uno de esos inveterados enemigos de los Habsburgo. Esta sola idea era repulsiva para los directores de la política española, para quienes la «reputación» era más importante que cualquier otra cosa. En segundo lugar, estaba el argumento utilizado por Felipe IV y sus consejeros, quienes afirmaban que una confrontación en esa región tenía la ventaja de sacar a fuerzas hostiles de lugares más vulnerables: «Aunque la guerra

que hemos librado en los Países Bajos ha agotado nuestro tesoro y nos ha obligado a contraer las deudas en que hemos incurrido, también ha desviado a nuestros enemigos de aquellos lugares que, de no ser así, hubieran producido sin duda una guerra en España o sus cercanías⁴¹.» Y por último estaba la «teoría del dominó»: si se perdían los Países Bajos, también estaría perdida la causa Habsburgo en Alemania, posesiones más pequeñas como el Franco Condado y tal vez incluso Italia. Por supuesto, estos argumentos eran hipotéticos, pero lo interesante es que los estadistas de Madrid y los comandantes de su ejército en Bruselas percibían un todo estratégico interconectado que se resentiría si caía una de sus partes:

Los primeros y mayores peligros (éste era el razonamiento en el año crítico de 1635) son los que amenazan Lombardía, los Países Bajos y Alemania. Una derrota en cualquiera de estos tres lugares es fatal para esta monarquía, de modo que si se produce una gran derrota en esos lugares, el resto de la monarquía se derrumbará; porque a Alemania seguirán Italia y los Países Bajos, y a los Países Bajos seguirá América; y a Lombardía seguirán Nápoles y Sicilia, sin que exista la posibilidad de defender a ninguna⁴².

Al aceptar esta lógica, la Corona española se comprometía a una guerra de desgaste extendida, que se prolongaría hasta que se asegurara la victoria o se llegara a una paz negociada o se agotara el sistema.

Tal vez baste con demostrar que el coste de la guerra continua y la decisión de no abandonar ninguno de los grandes frentes estaban destinados a erosionar, de todos modos, las ambiciones de la España imperial. Sin embargo, hay datos que sugieren que hubo una tercera causa relacionada; es decir que el Gobierno español fracasó en la movillización eficaz de los recursos disponibles y que, con actos de locura económica, contribuyó a erosionar su propio poder.

Aunque los extranjeros solían considerar monolítico y disciplinado el Imperio de Carlos V o de Felipe II, en realidad se trataba de un montón de territorios, cada uno de los cuales poseía sus privilegios y se enorgullecía de sus diferencias⁴³. No había administración central (y mucho menos legislatura o judicatura centrales) y el único vínculo real era el propio monarca. La ausencia de aquellas instituciones que hubieran podido producir un sentimiento de unidad, así como el hecho de que el gobernante en algunos casos jamás visitaba el país, hacían que para el rey fuera difícil conseguir fondos en una parte de sus dominios para luchar

en otra. Los contribuyentes de Sicilia y Nápoles estaban dispuestos a pagar para la construcción de una flota para resistir a los turcos, pero se quejaban ásperamente ante la idea de financiar la lucha española en los Países Bajos; los portugueses encontraban razonable apoyar la defensa del Nuevo Mundo, pero no sentían entusiasmo alguno por las guerras alemanas. Este localismo intenso había contribuido a la existencia de derechos fiscales celosamente sostenidos, y se reflejaba en ellos. Por ejemplo, en Sicilia los Estados resistieron los primeros esfuerzos de los Habsburgo por aumentar los impuestos y se alzaron contra el virrey español en 1516 y 1517. Sicilia, que era pobre, anárquica, y tenía un parlamento, no iba a ayudar mucho a la defensa general de los intereses de los Habsburgo⁴⁴. En el reino de Nápoles y en la nueva adquisición, Milán, había menos obstáculos legislativos para los administradores españoles, presionados desde Madrid para recoger nuevos fondos. Por lo tanto, ambos podían proporcionar una ayuda financiera considerable durante el reinado de Carlos V, pero en la práctica, las luchas por conservar Milán y las guerras contra el turco hacían que el flujo de dinero corriera en sentido contrario. Para mantener su «baluarte» mediterráneo, España tenía que enviar millones de ducados a Italia para sumarlos a los que se recaudaban allí. Durante la Guerra de los Treinta Años el esquema volvió a invertirse y los impuestos italianos ayudaron a pagar las guerras en Alemania y los Países Bajos. Pero si consideramos como totalidad este período de 1519-1659, resulta difícil creer que las posesiones habsburguesas en Italia contribuyeran de manera sustancial —caso de contribuir— al fondo común que ellas mismas constituían para su propia defensa⁴⁵.

Por supuesto, los Países Bajos se convirtieron en un drenaje aún mayor de los ingresos imperiales generales. A principios del reinado de Carlos V, los Estados Generales proporcionaban una creciente cantidad de impuestos, aunque siempre se quejaban del volumen de los mismos e insistían en que se reconocieran sus privilegios. En los últimos años del emperador, la cólera ante las subvenciones extraordinarias que se exigían para las guerras en Italia y Alemania, se había mezclado con el descontento religioso y las dificultades comerciales para producir un sentimiento anti-español general. En 1565 la deuda de Estado de los Países Bajos alcanzaba los 10 millones de florines y los pagos de la deuda más el coste de la administración normal superaban los ingresos, de modo que España tenía que enjugar el déficit⁴⁶. Cuando, después de una década de mal gobierno de Madrid, los resentimientos locales se convirtieron en franca rebelión, los Países Bajos se convirtieron en un peso terrible para los recursos imperiales: los 65.000 hombres o más que formaban el ejército de Flandes consumieron

la cuarta parte del gasto total del Gobierno español durante décadas.

Pero el fracaso más espectacular en la movilización de recursos se producía en la propia España, donde los derechos fiscales de la Corona eran muy limitados. Los tres reinos de la Corona de Aragón (es decir, Aragón, Cataluña y Valencia) tenían sus propias leyes y sistemas impositivos, lo que les daba una autonomía considerable. De hecho, el único ingreso garantizado del monarca provenía de las propiedades reales; las subvenciones adicionales se concedían raras veces, y eso a regañadientes. Por ejemplo, cuando un gobernante desesperado como Felipe IV procuró en 1640 que Cataluña pagara a las tropas que había enviado allí para defender la frontera española, esto provocó una famosa y prolongada revuelta. En cuanto a Portugal —aunque ocupada desde 1580 hasta su propia rebelión en 1640—, era totalmente autónoma en cuestiones fiscales y no contribuía con fondos regulares a la causa general de los Habsburgo. Esto dejaba a Castilla como la verdadera «vacalechera» del sistema impositivo español, aunque aun allí las provincias vascas estaban exentas. La pequeña nobleza terrateniente, muy representada en las Cortes castellanas, solía estar dispuesta a votar impuestos de los que quedaba exenta. Además, los impuestos como la *alcabala* (un impuesto a las ventas del 10 %) y los aranceles aduaneros, que eran los ingresos ordinarios, junto con los *servicios* (subvenciones de las Cortes) y las distintas asignaciones a la Iglesia, que eran los principales ingresos extraordinarios, tendían a gravar el comercio, el intercambio de mercancías y a los pobres, lo cual hacía que extendieran el empobrecimiento y el descontento y contribuía a la despoblación (por emigración).⁴⁷

Hasta que la afluencia de la plata americana dio a la Corona española ingresos adicionales masivos (más o menos desde 1560 hasta finales de 1630), el esfuerzo bélico de los Habsburgo pesó especialmente sobre las espaldas de los campesinos y comerciantes castellanos; e incluso en su apogeo el ingreso real procedente de los recursos del Nuevo Mundo representaba entre un cuarto y un tercio de lo que provenía de Castilla y sus seis millones de habitantes. A menos que la carga impositiva pudiera repartirse de manera más equitativa en ese reino y, de hecho, en todos los territorios de los Habsburgo, y mientras esto no fuera así, ésta era una base demasiado endeble para sostener los increíbles gastos militares de la época.

Lo que hacía que esta incapacidad fuese segura eran las medidas económicas retrógradas que apuntaban a la explotación de los contribuyentes castellanos⁴⁸. El ambiente social del reino nunca había sido muy estimulante para el comercio, pero a comienzos del siglo XVI el país era relativamente próspero, con una población

creciente y algunas industrias importantes. No obstante, el advenimiento de la Contrarreforma y las numerosas guerras de los Habsburgo estimularon los elementos religiosos y militares de la sociedad española, al tiempo que debilitaron los comerciales. Los incentivos económicos de esta sociedad sugerían la prudencia de adquirir un beneficio eclesiástico o una patente de pequeña nobleza. Había una ausencia crónica de artesanos cualificados —por ejemplo, en la industria armamentista— y la movilidad del trabajo y flexibilidad de práctica eran obstaculizadas por los gremios⁴⁹. Hasta el desarrollo de la agricultura se retrasó a causa de los privilegios de la Mesta, el famoso gremio de propietarios de ovejas a cuyos animales se permitía pastar en todo el reino; ello, junto con el crecimiento de la población española en la primera mitad del siglo XVI, provocó una necesidad creciente de importaciones de granos. Como los pagos que hacía la Mesta por estos derechos de pastura iban al tesoro real, y la revocación de esta práctica hubiera enfurecido a algunos de los partidarios más poderosos de la Corona, no había perspectivas de arreglar el sistema. Por último, y aunque había algunas excepciones notables —los comerciantes del comercio de la lana, el financiero Simón Ruiz, la región que rodeaba Sevilla—, la economía castellana en su conjunto dependía en gran medida de las importaciones de productos extranjeros y de los servicios prestados por genoveses, portugueses y flamencos. También dependía de los holandeses, incluso durante las hostilidades; «hacia 1640, tres cuartas partes de las mercancías de los puertos españoles llegaban en barcos holandeses»⁵⁰ en beneficio de los mayores enemigos de la nación. No es sorprendente que España padeciera un desequilibrio comercial constante, que sólo podía compensarse mediante la reexportación del oro y la plata americanos.

En consecuencia, los terribles costes de 140 años de guerras se imponían a una sociedad que estaba mal equipada económicamente para soportarlos. Incapaces de lograr ingresos por medios más eficaces, los monarcas Habsburgo recurrían a una variedad de expedientes, sencillos a corto plazo pero desastrosos para el bienestar a largo plazo del país. Se elevaban sin cesar los impuestos por todos los medios, pero raramente pesaban sobre los hombros de quienes podían tolerarlos más fácilmente y siempre tendían a perjudicar el comercio. Un gobierno desesperado por obtener dinero en efectivo vendía privilegios, monopolios y honores. Se creó una forma cruda de financiar el déficit, en parte pidiendo grandes préstamos a los banqueros enajenando los futuros impuestos castellanos o el tesoro americano, y en parte vendiendo bonos del gobierno (*juros*) que producían interés, que a su vez pesaban en fondos que, de no ser así, hubieran podido invertirse en el co-

mercio y la industria. Pero la política deudora del Gobierno siempre se fijaba de manera improvisada, sin considerar limitaciones prudentes y sin el control que hubiera podido imponer un Banco central. Por lo tanto, incluso en los últimos tiempos del reinado de Carlos IV, los ingresos del Gobierno estaban hipotecados con años de anticipación; en 1543, el 65 % del ingreso ordinario se había gastado pagando el interés de los juros ya emitidos. Cuanto más alienado estaba el ingreso «ordinario» de la Corona, más desesperada era su búsqueda de ingresos extraordinarios y nuevos impuestos. Por ejemplo, la moneda de plata se rebajó reiteradamente con vellón de cobre. En ocasiones, el Gobierno sencillamente capturaba la plata que venía de América destinada a particulares y obligaba a éstos a aceptar juros a cambio; como ya se ha dicho, en otras ocasiones los reyes españoles suspendían los rembolsos de interés y se declaraban en bancarota temporal. En los casos en que esto último no arruinó las entidades financieras, sí redujo, sin duda, el valor de Madrid para el futuro.

Si bien algunos de los golpes que padeció la economía castellana en estos años no fueron responsabilidad del hombre, su influencia fue acrecentada por la locura humana. Las plagas que despoblaron los campos más o menos a comienzos del siglo XVII eran imprevisibles, pero se sumaron a las otras causas —arrendamientos de extorsión, acciones de la Mesta, servicio militar— que ya estaban perjudicando a la agricultura. La afluencia de plata americana estaba destinada a causar problemas económicos (sobre todo inflación) que ninguna sociedad de la época tenía experiencia para manejar, pero las condiciones existentes en España eran tales que este fenómeno perjudicaba a las clases productivas más que a las improductivas, pues la plata tendía a fluir rápidamente desde Sevilla hasta las manos de los banqueros extranjeros y los comerciantes suministradores del Ejército, y estas nuevas fuentes transatlánticas de riqueza eran explotadas por la Corona de una manera que conspiraba contra la creación de «finanzas sanas», en lugar de contribuir a su creación. Se decía que la afluencia de metales preciosos de las Indias era para España como el agua para un tejado: caía y desaparecía en seguida.

Por lo tanto, en el núcleo de la decadencia española se hallaba la imposibilidad de comprender la importancia de mantener los pilares económicos de una poderosa máquina militar. Una y otra vez se adoptaron medidas erróneas. La expulsión de los judíos primero y de los moros después; la interrupción de los contactos con las universidades extranjeras; las órdenes gubernamentales de que los astilleros de Vizcaya debían centrarse en los grandes buques de guerra, excluyendo casi la construcción de navíos más pequeños y más útiles para el comercio; la venta de monopolios que

restringían el comercio; los pesados impuestos a las exportaciones de lana, que hacían que ésta no fuera competitiva en los mercados extranjeros; las aduanas *internas* entre los diversos reinos españoles, que dañaban el comercio y elevaban los precios: éstas eran algunas de las decisiones apresuradas que, a largo plazo, afectaron seriamente la capacidad de España de llevar adelante el gran papel militar que se había adjudicado en los asuntos europeos (y extra-europeos). Aunque la decadencia española no fue evidente hasta la década de 1640, sus causas ya tenían entonces varios decenios de existencia.

Comparaciones internacionales

Ahora bien, es importante recalcar que este fracaso de los Habsburgo fue *relativo*. Terminar aquí la historia sin examinar la experiencia de las otras potencias europeas dejaría incompleto el análisis. La guerra, tal como ha argüido un historiador, «fue con mucho la prueba más severa con que se enfrentó el Estado en el siglo XVI⁵¹. Los cambios en las técnicas militares que permitieron el gran aumento de volumen de los ejércitos y la casi simultánea evolución del conflicto naval a gran escala ejercieron nuevas y enormes presiones sobre las sociedades organizadas de Occidente. Cada beligerante tuvo que aprender a crear una estructura administrativa satisfactoria para enfrentarse con la «revolución militar» y, lo que es igualmente importante, tuvo que inventar nuevos medios para pagar los crecientes costes de la guerra. Las tensiones que sufrieron los gobernantes Habsburgo y sus súbditos pudieron ser extraordinarias, debido al número de años que estuvieron luchando sus ejércitos; pero, como muestra la Tabla 1, el reto de supervisar y financiar grandes fuerzas militares fue común a todos los Estados, muchos de los cuales parecían poseer muchos menos recursos que la España imperial. ¿Cómo respondieron a la prueba?

En este breve estudio se ha omitido uno de los enemigos más persistentes y amenazadores de los Habsburgo, el Imperio otomano, principalmente porque su fuerza y sus puntos flacos han sido comentados en el capítulo anterior; pero conviene recordar que muchos de los problemas y deficiencias con que tuvieron que contener los administradores turcos —demasiada extensión estratégica, fracaso en explotar eficazmente los recursos, las presiones de la empresa comercial sobre la causa de la ortodoxia religiosa o del

prestigio militar— son similares a los que preocuparon a Felipe II y a sus sucesores. También se han omitido Rusia y Prusia, como naciones cuyo periodo de grandes potencias en la política europea no había empezado todavía, y además, la zona de Polonia-Lituania, que, a pesar de su extensión territorial, se veía demasiado obstaculizada por la diversidad étnica y las trabas del feudalismo (servidumbre, una economía atrasada, una monarquía electiva, una

TABLA I. AUMENTO EN EL NÚMERO DE SOLDADOS, 1470-1660

Fecha	España	Provincias Unidas	Francia	Inglaterra	Suecia
1470	20.000				
1550	150.000		40.000	25.000	
1590	200.000	20.000	50.000	20.000	
1630	300.000	50.000	80.000	30.000	15.000
1650	100.000		150.000		45.000
			100.000	70.000	70.000

anarquía aristocrática que había de ser prototipo de inercia política»⁵³) para iniciar su propio despegue y convertirse en una Nación-Estado moderna. En cambio, los países que hay que examinar son las «nuevas monarquías» de Francia, Inglaterra y Suecia, así como la «república burguesa» de las Provincias Unidas.

Como Francia fue el Estado que en definitiva sustituyó a España como la mayor potencia militar, es natural que los historiadores hayan prestado atención a las numerosas ventajas de la primera. Sin embargo, sería erróneo adelantar el periodo del predominio francés; a lo largo de la mayor parte de los años de que trata este capítulo, Francia pareció —y fue— decididamente más débil que su vecina del sur. En las primeras décadas que siguieron a la Guerra de los Cien Años, la consolidación de los territorios de la Corona frente a Inglaterra, Borgoña y Bretaña, el hábito de recaudar impuestos directos (especialmente la *taille*, capitación) sin aplicación a los Estados Generales, el trabajo administrativo de las nuevas secretarías de Estado y la existencia de un ejército «real» con una poderosa fuerza de artillería hicieron que Francia apareciese como una monarquía posfeudal unificada y triunfante⁵⁴. Sin embargo, pronto habría de ponerse de manifiesto la fragilidad de esta estructura. Las guerras italianas, además de mostrar repetidamente lo breves y desastrosos que eran los esfuerzos franceses de

ganar influencia en aquella península (incluso cuando se aliaba con Venecia o con los turcos), eran también muy caras: no fueron sólo los Habsburgo, sino también la Corona francesa, quienes tuvieron que declararse en quiebra en el fatídico año de 1557. Mucho antes de aquella bancarrota, y a pesar de todos los aumentos en la *taille* y en los impuestos indirectos, como la *gabelle* y los aranceles, la monarquía francesa recurría ya a fuertes préstamos de financieros a elevados tipos de interés (entre el 10 % y el 16 %) y a dudosos procedimientos, como la venta de cargos. En Francia aún era peor que en España o en Inglaterra, pues en ella las rivalidades religiosas se combinaban con las ambiciones de las grandes casas nobles para producir una sangrienta y duradera guerra civil. Lejos de ser una gran fuerza en asuntos internacionales, Francia amenazó, después de 1560, con convertirse en el nuevo refugio de Europa, tal vez para quedar permanentemente dividida a lo largo de fronteras religiosas, como había de ser el destino de los Países Bajos y de Alemania⁵⁵.

Sólo tras la subida de Enrique de Navarra al trono francés como Enrique IV (1589-1610), con su política de compromiso interno y acciones militares externas contra España, mejoró la situación; y la paz que firmó con Madrid en 1598 tuvo la gran ventaja de mantener a Francia como potencia independiente. Pero era un país gravemente debilitado por la guerra civil, el bandidaje, los altos precios y el estancamiento del comercio y de la agricultura, y su sistema fiscal estaba destrozado. En 1596 la deuda nacional era de casi 300 millones de libras, y las cuatro quintas partes de los 31 millones de libras de rentas públicas habían sido ya asignadas y gastadas⁵⁶. A partir de entonces, Francia fue durante largo tiempo una sociedad en recuperación. Sin embargo, sus recursos naturales eran, en comparación, inmensos. Su población de unos dieciséis millones de habitantes era el doble de la de España y cuatro veces la de Inglaterra. Aunque quizá no estaba tan avanzada como los Países Bajos, la Italia del Norte y la región de Londres en urbanización, comercio y finanzas, su agricultura era diversificada y sana, y el país gozaba normalmente de un excedente de alimentos. La riqueza latente de Francia quedó claramente demostrada a principios del siglo XVII, cuando Sully, el gran ministro de Enrique IV, supervisó la economía y las finanzas del Estado. Aparte de la *pauvette* (que era la venta de y la imposición sobre cargos hereditarios), Sully no introdujo nuevas cargas fiscales, pero revisó la maquinaria de recaudación de impuestos, descubrió a miles de individuos que se amparaban en exenciones ilegales, recuperó tierras y rentas de la Corona y renegó los tipos de interés de la deuda nacional. En pocos años, después de 1600, el presupuesto del Estado quedó equilibrado. Además, Sully —anti-

cipándose al ministro de Luis XIV, Colbert— trató de ayudar a la industria y a la agricultura por diferentes medios: reduciendo la *taille*; construyendo puentes, carreteras y canales para ayudar al transporte de mercancías; fomentando la producción de telas; estableciendo fábricas reales para producir artículos de lujo que sustituirían a las importaciones, etc. No todas estas medidas dieron el resultado esperado, pero el contraste con la España de Felipe III era ostensible⁵⁷.

Es difícil saber si esta obra de recuperación habría continuado de no haber sido Enrique IV asesinado en 1610. En cambio, está claro que ninguna de las «nuevas monarquías» podía funcionar debidamente sin un liderazgo adecuado, y en el tiempo que medió entre la muerte de Enrique IV y la consolidación por Richelieu del poder real en la década de 1630 la política interior de Francia, el descontento de los hugonotes y la inclinación a la intriga de la nobleza debilitaron de nuevo la capacidad del país para actuar como gran potencia europea. Además, cuando Francia intervino al fin abiertamente en la Guerra de los Treinta Años, no lo hizo, como han pretendido algunos historiadores, como potencia unificada y sana, sino como un país que padecía todavía muchas de las antiguas dolencias. La intriga de los aristócratas seguía siendo fuerte y alcanzaría su punto culminante en 1648-1653; los levantamientos de los campesinos, de los trabajadores urbanos sin empleo y de los hugonotes, junto con el obstruccionismo de los funcionarios locales, interrumpieron el debido funcionamiento del Gobierno; y la economía, afectada por la decadencia general de la población, el clima más duro, la producción agrícola reducida y la mayor incidencia de plagas que parece que afectaron a gran parte de Europa en aquella época⁵⁸, difícilmente se hallaba en condiciones de sufragar una guerra importante.

Por consiguiente, los impuestos franceses tuvieron que ser aumentados, a partir de 1635, por diferentes medios: se aumentó la venta de cargos y la *taille*, que había sido reducida en años anteriores, fue elevada hasta el punto de que su rendimiento anual se había duplicado en 1643. Pero ni siquiera esto podía cubrir los costes de la lucha contra los Habsburgo, tanto la carga militar directa para mantener un ejército de 150.000 hombres como los subsidios a los aliados. En 1643, año de la gran victoria militar francesa sobre España en Rocroi, los gastos del Gobierno casi doblaron los ingresos y Mazarino, sucesor de Richelieu, se vio obligado a aumentar todavía más las ventas de cargos oficiales y a controlar con más severidad la *taille*, medidas ambas sumamente impopulares. No fue coincidencia que la rebelión de 1648 empezase con una huelga de contribuyentes contra las nuevas medidas fiscales de Mazarino y que aquella inquietud condujese rápida-

mente a una pérdida de prestigio del Gobierno y a su reacia declaración de quiebra⁵⁹.

En consecuencia, durante los once años de guerra franco-española que siguieron a la Paz de Westfalia de 1648, los dos adversarios parecieron boxeadores borrachos de golpes, que se aferraban uno a otro en un estado de casi agotamiento y eran incapaces de acabar con el contrario. Ambos sufrían una rebelión interna, un profundo empobrecimiento y descontento de la guerra, y se encontraban al borde del colapso financiero. Ciertamente que, con generales tales como D'Enghieu y Turenne y reformadores militares como Le Tellier, el Ejército francés se estaba convirtiendo lentamente en el más grande de Europa; pero su poder naval, construido por Richelieu, se había desintegrado rápidamente debido a las exigencias de la guerra en tierra⁶⁰, y el país seguía necesitando una sólida base económica. En medio de esta situación, fue una suerte para Francia que Inglaterra, cuyo poder naval y militar renacía bajo Cromwell, decidiese participar en el conflicto, con lo que inclinó definitivamente la balanza contra la afligida España. La Paz de los Pirineos subsiguiente simbolizó menos la grandeza de Francia que la decadencia relativa de su vecina del Sur, cuyos dominios eran demasiado extensos, y que había luchado con notable tenacidad⁶¹.

Dicho en otras palabras, cada potencia europea poseía una mezcla de fuerzas y de flaquezas, y lo realmente necesario era impedir que las segundas superasen a las primeras. Este era ciertamente el caso de las potencias de «flanco» en el Oeste y el Norte, Inglaterra y Suecia, cuyas intervenciones contribuyeron a frenar las ambiciones de los Habsburgo en varias ocasiones críticas. Aquella no fue la causa, por ejemplo, de que Inglaterra estuviese bien preparada para un conflicto continental durante estos 140 años. La clave de la recuperación inglesa después de las Guerras de las Dos Rosas había sido la concentración de Enrique VII en la estabilidad doméstica y la prudencia financiera, al menos después de la paz con Francia en 1492. Al reducir sus propios gastos, pagar sus deudas y fomentar el comercio de la lana, la pesca y el comercio en general, el primer monarca Tudor dio un necesitado respiro a un país afligido por las guerras civiles y el malestar; la productividad natural de la agricultura, el floreciente comercio de tejidos con los Países Bajos, la creciente utilización de la rica pesca de altura y la animación general del comercio costero hicieron el resto. En el área de las finanzas nacionales, la recuperación por parte del rey de tierras de la Corona y la confiscación de las pertenencias a rebeldes y aspirantes rivales al trono, el rendimiento de los arance-

les en un comercio creciente y los beneficios de la *Star Chamber* y otros tribunales, se combinaron para producir un saludable equilibrio ⁶².

Pero la estabilidad política y fiscal no equivalía necesariamente a *poder*. Comparados con las más numerosas poblaciones de Francia y de España, los tres o cuatro millones de habitantes de Inglaterra y Gales no parecían mucho. Las instituciones financieras y las infraestructuras comerciales del país parecían toscas en comparación con las de Italia, Alemania del sur y los Países Bajos, aunque se produciría un considerable crecimiento industrial en el curso del «siglo Tudor» ⁶³. En el aspecto militar, la diferencia era mucho más grande. En cuanto se sintió seguro en el trono, Enrique VII licenció una gran parte de su Ejército y prohibió (con escasas excepciones) los ejércitos privados de los grandes magnates; aparte de los *Yeomen of the Guard* y de ciertas tropas de guarnición, no hubo ningún ejército regular en Inglaterra durante el período en que las guerras de Francia contra los Habsburgo en Italia estaban cambiando la naturaleza y las dimensiones del conflicto militar. En consecuencia, tales fuerzas, como las que existían bajo los primeros Tudor, estaban todavía equipadas por armas tradicionales (arcos, picas) y organizadas a la manera tradicional (milicias de condado, «compañías» de voluntarios, etc.). Sin embargo, este atraso no impidió que su sucesor, Enrique VIII, luchase contra los escoceses o interviniese en 1513 y 1522-1523 contra Francia, ya que el rey inglés podía alquilar grandes números de tropas «modernas» —piqueiros, arcabuceros, caballería pesada— a Alemania ⁶⁴.

Aunque tampoco estas primeras operaciones inglesas en Francia ni las dos ulteriores invasiones de 1528 y 1544 terminaron en desastres militares —sí, ciertamente, obligaron a menudo al monarca francés a comprar a los molestos incursos ingleses—, sin duda tuvieron funestas consecuencias financieras. Por ejemplo, del gasto total de 700.000 libras por parte del Tesoro de la Cámara en 1513, 632.000 libras fueron destinadas a pagos de los soldados, a artillería y a otros gastos militares *. Las reservas acumuladas por Enrique VII fueron pronto gastadas por su ambicioso heredero, y el Primer Ministro de Enrique VIII, Wolsey, provocó numerosas quejas por su esfuerzo en conseguir dinero de préstamos forzosos,

* Mi colega, el profesor Robert Ashton, me advierte que todas las cifras declaradas como ingresos y gastos oficiales de Inglaterra (y presumiblemente otros) durante todo este período deben considerarse como *nominales*; las cantidades deducidas por funcionarios, el soborno, la corrupción y la contabilidad ineficaz, redujeron drásticamente las «asignaciones» declaradas al Ejército y la Marina. De manera muy parecida, sólo una porción de la «renta» del rey llegaba a manos del monarca. Por consiguiente, las estadísticas que se dan aquí son indicativas y no exactas.

«benevolencias» y otros medios arbitrarios. Solamente con la incautación por parte de Thomas Cromwell de tierras de la Iglesia en la década de 1530 se alivió la posición financiera; en realidad, la Reforma inglesa dobló los ingresos reales y permitió el gasto a gran escala para proyectos militares defensivos: fortalezas a lo largo de la costa del Canal y de la frontera con Escocia, nuevos y poderosos buques de guerra para la Marina real; represión de rebeliones en Irlanda. Pero las desastrosas guerras contra Francia y Escocia en la década de 1540 costaron la enorme cantidad de 2.135.000 libras, que era aproximadamente el décuplo de los ingresos normales de la Corona. Esto obligó a los ministros del rey a recurrir a los procedimientos más desesperados: la venta de propiedades religiosas a bajo precio, la confiscación de fincas de los nobles por acusaciones amañadas, repetidos préstamos forzosos, gran reducción del valor intrínseco de la moneda y, por último, el recurso a los Fugger y otros Bancos extranjeros ⁶⁵. El arreglo a las diferencias de Inglaterra con Francia en 1550 fue, pues, un gran alivio para un Gobierno próximo a la quiebra.

Así, pues, todo esto indicaba cuáles eran los verdaderos límites del poder de Inglaterra en la primera mitad del siglo xvi. Era un Estado centralizado y relativamente homogéneo, aunque mucho menos en las zonas fronterizas y en Irlanda, que siempre podían detraer los recursos y la atención reales. Gracias principalmente al interés de Enrique VIII, era desde el punto de vista defensivo fuerte, ya que contaba con algunas fortalezas modernas, artillería, astilleros, una importante industria de armamento y una Marina bien equipada. Pero estaba militarmente atrasado en cuanto a la calidad de su Ejército, y sus finanzas no podían sostener una guerra a gran escala. Cuando Isabel I subió al trono en 1558 fue lo bastante prudente para reconocer estas limitaciones y lograr sus fines sin contravenirlas. En los peligrosos años posteriores a 1570, cuando la Contrarreforma estaba en auge y las tropas españolas actuaban en los Países Bajos, era una tarea difícil de realizar. Como su país no estaba a la altura de cualquiera de las verdaderas «superpotencias» de Europa, Isabel trató de mantener la independencia de Inglaterra a través de la diplomacia y, cuando empeoraron las relaciones anglo-españolas, de hacer que la «guerra fría» contra Felipe II se desarrollase en el mar, lo cual era al menos económica y ocasionalmente provechoso ⁶⁶. Aunque tuvieron que gastar dinero en asegurar los flancos escocés e irlandés y en ayudar a los rebeldes holandeses en los últimos años de 1570, Isabel y sus ministros consiguieron acumular un saludable superávit durante los primeros veinticinco años del reinado de aquélla; lo cual no estuvo mal, ya que la reina necesitaba en gran manera un «arca de guerra», desde el momento en que se tomó la

decisión, en 1585, de enviar una fuerza expedicionaria dirigida por Leicester a Holanda.

El conflicto posterior a 1585 con España impuso exigencias, tanto estratégicas como financieras, al Gobierno de Isabel. Considerando la estrategia más adecuada para Inglaterra, líderes navales como Hawkins, Raleigh, Drake y otros, aconsejaron a la reina una política de interceptar el comercio español de la plata, atacando las costas y las colonias del enemigo y; en general, explotando las ventajas del poder naval para hacer una guerra más barata, una proposición atractiva en teoría, aunque a menudo difícil de llevar a cabo en la práctica. Pero había también la necesidad de enviar tropas a los Países Bajos y al norte de Francia, con el fin de ayudar a los que luchaban contra el Ejército español, estrategia adoptada, no por amor a los rebeldes holandeses y a los protestantes franceses, sino simplemente porque, según arguyó Isabel, «cuando llegue el último día de Francia, será también la víspera de la destrucción de Inglaterra»⁶⁷. Era, pues, vital preservar el equilibrio europeo, aunque fuese, en caso necesario, mediante una intervención activa; y este «compromiso continental» continuó hasta principios del siglo XVII, al menos de una forma personal, ya que muchos soldados ingleses se quedaron cuando la fuerza expedicionaria se fundió con el Ejército de las Provincias Unidas, en 1594.

Al realizar la doble función de obstaculizar los designios de Felipe II en tierra y de hostigar a su Imperio en el mar, contribuyeron los ingleses al mantenimiento de la pluralidad política de Europa. Pero la tensión de sostener a 8.000 hombres en el extranjero era enorme. En 1586, se envió a los Países Bajos un total de más de 100.000 libras y; en 1587, 175.000 libras, en ambos casos aproximadamente la mitad de los gastos anuales; en el año de la Armada Invencible las asignaciones a la Marina superaron las 150.000 libras. Por consiguiente, los gastos anuales de Isabel a finales de la década de 1580 fueron entre el doble y el triple de los de principios de la misma década. Durante la siguiente, la Corona gastó más de 350.000 libras cada año y la campaña de Irlanda elevó la cifra media anual a más de 500.000 libras durante los últimos cuatro años de la reina⁶⁸. Por más que se esforzó en sacar fondos de otros recursos —como de la venta de tierras de la Corona, y de los monopolios—, el Gobierno no tuvo más remedio que convocar a los Comunes en repetidas ocasiones y pedir subvenciones extraordinarias. El hecho de que se otorgasen éstas (por un total de unos dos millones de libras) y de que el Gobierno inglés no se declarase en quiebra ni dejase de pagar a sus tropas fue prueba de la habilidad y de la prudencia de la reina y de sus consejeros; pero los años de guerra habían puesto a prueba todo el sistema, habían dejado deudas al primer rey Estuardo y habían

colocado a éste y a su sucesor en una posición de dependencia de unos Comunes desconfiados y de un cauteloso mercado monetario londinense⁶⁹.

No hay espacio en este libro para examinar el creciente conflicto entre la Corona y el Parlamento que iba a dominar la política inglesa durante las cuatro décadas que siguieron a 1603, a lo largo de las cuales las finanzas desempeñarían el principal papel⁷⁰. Las ineptas y ocasionales intervenciones de las fuerzas inglesas en la gran lucha europea durante la década de 1620, aunque muy caras, surtieron poco efecto en el curso de la Guerra de los Treinta Años. La población, el comercio, las colonias de ultramar y la riqueza general de Inglaterra crecieron durante este período, pero nada de esto podía proporcionar una base segura para el poder del Estado sin una armonía interior; ciertamente, las disputas sobre impuestos tales como el *Ship Money* —que en teoría hubiese podido fomentar la Fuerza Armada de la nación— tenían que conducir muy pronto al Parlamento y a la Corona a una guerra civil que perjudicaría a Inglaterra como factor de la política europea durante buena parte de la década de 1640. Cuando resurgió Inglaterra, fue para desafiar a los holandeses en una furiosa guerra comercial (1652-1654) que, fuesen cuales fueren los objetivos de cada beligerante, tuvo poco que ver con el equilibrio europeo general.

Sin embargo, la Inglaterra de Cromwell de los años de 1650 pudo representar el papel de gran potencia con más éxito que cualquier Gobierno anterior. Su *New Model Army*, que surgió de la guerra civil, había cerrado al menos la distancia que existía tradicionalmente entre las tropas inglesas y sus semejantes europeas. Organizado e instruido según las normas modernas establecidas por Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo, endurecido por años de conflicto, bien disciplinado y (generalmente) pagado con regularidad, el Ejército inglés podía intervenir en el equilibrio europeo con cierto efecto, como demostró al derrotar a las fuerzas españolas en la batalla de las Dunas, en 1658. Además, la Marina de la Commonwealth estaba, en todo caso, más avanzada de lo que correspondía a su época. Favorecida por los Comunes, porque se había declarado en general contra Carlos I durante la guerra civil, la flota renació a finales de la década de 1640: experimentó un gran incremento numérico, pues pasó de treinta y nueve navíos (1649) a ochenta (1651), se mejoraron los sueldos y las condiciones, los arsenales y el apoyo logístico, y los fondos para todo esto fueron regularmente aprobados por una Cámara de los Comunes que creía que la ganancia y el poder iban de la mano⁷¹. Esto estuvo muy bien, ya que, en su primera guerra contra los holandeses, la Marina tuvo que medirse con una fuerza igualmente formidable mandada por unos jefes —Tromp y De Ruyter— que eran tan buenos

como Blake y Monk. Cuando fue lanzada contra el Imperio español después de 1655, no es de extrañar que consiguiese triunfos: toma de Acadia (Nueva Escocia) y, después de un fiasco en Hispaniola, de Jamaica; captura de una parte de la flota del tesoro español en 1656; bloqueo de Cádiz y destrucción de la flota en Santa Cruz, en 1657.

Pero, si estas acciones inglesas rompieron por fin el equilibrio y obligaron a España a terminar su guerra con Francia en 1659, esto no se logró sin tensiones internas. El provechoso comercio español se perdió en beneficio de los holandeses neutrales en aquellos años que siguieron a 1655, y corsarios enemigos recogieron un rico botín de buques mercantes ingleses a lo largo de las rutas atlánticas y mediterráneas. Sobre todo, pagar un Ejército de hasta 70.000 hombres y una Marina importante era muy costoso; un cálculo indica que, de un total de 2.878.000 libras de gastos del Gobierno en 1657, más de 1.900.000 fueron a parar al Ejército y 742.000 a la Marina⁷². Se establecieron impuestos, eficazmente recaudados, a un nivel sin precedentes, pero todavía no eran suficientes para un Gobierno que gastaba «cuatro veces más de lo que se había considerado intolerable bajo Carlos I» antes de la Revolución inglesa⁷³. La deuda subió sin cesar, y se retrasó el pago a los soldados y marineros. Aquellos pocos años de guerra contra España aumentaron indudablemente la aversión del público hacia el régimen de Cromwell y fueron la causa de que la mayoría de las clases comerciantes suplicasen la paz. Desde luego, no es que Inglaterra se arruinara por completo con este conflicto, aunque sin duda así hubiera sido si se hubiese enzarzado en luchas de gran potencia durante tanto tiempo como lo hizo España. El desarrollo del comercio interior y de ultramar de Inglaterra, más los beneficios de las colonias y del transporte marítimo, empezaban a proporcionar unos sólidos cimientos económicos en los que podía el Gobierno de Londres confiar en el caso de otra guerra; y precisamente porque Inglaterra —junto con las Provincias Unidas de los Países Bajos— había desarrollado una eficaz economía de mercado, logró la rara hazaña de combinar un cada vez más elevado nivel de vida con una población creciente⁷⁴. Sin embargo, seguía siendo vital conservar el adecuado equilibrio entre el esfuerzo militar y naval del país de una parte y el fomento de la riqueza nacional de otra; al final del Protectorado, este equilibrio había llegado a ser demasiado precario.

Esta lección crucial de habilidad política resulta más clara si comparamos el auge de Inglaterra con el de otra potencia de «flanco», Suecia⁷⁵. A lo largo del siglo XVI las perspectivas del reino

del Norte parecieron pobres. Cerrado por Lübeck y (en especial) por Dinamarca su libre acceso a la Europa occidental, enzarzada en una serie de luchas con Rusia en su flanco oriental, y repetidamente turbada por su relación con Polonia, Suecia tenía bastante trabajo con mantenerse ella misma; ciertamente, su grave derrota ante Dinamarca en la guerra de 1611-1613 anunciaba que la decadencia, más que la expansión, sería el destino del país. Además, había padecido fisuras internas, que eran más constitucionales que religiosas, y esto había dado por resultado la confirmación de los grandes privilegios de la nobleza. Pero el punto más flaco de Suecia era su base económica. Gran parte de su extenso territorio era desierto ártico o bosques. Los campesinos desparramados, en su mayoría autosuficientes, constituían el 95 % de una población total de unos 900.000 habitantes; con Finlandia, aproximadamente un millón y cuarto, menos que muchos de los Estados italianos. Había pocas ciudades y poca industria; apenas se detectaba una «clase media», y el trueque de artículos y servicios seguía siendo la principal forma de intercambio. Por consiguiente, Suecia era, militar y económicamente, como un pigmeo cuando el joven Gustavo Adolfo subió al trono en 1611.

Los factores, uno externo y otro interno, contribuyeron al rápido crecimiento de Suecia a partir de aquellos principios nada prometedores. El primero consistió en los empresarios extranjeros, en particular los holandeses, pero también los alemanes y los valones, para quienes era Suecia un país «subdesarrollado» prometedor, rico en materias primas tales como madera, hierro y mineral de cobre. El más famoso de estos empresarios extranjeros, Louis de Geer, no sólo vendió productos acabados a los suecos y les compró mineral en bruto, sino que, con el tiempo, creó serrierías, fundiciones y fábricas, efectuó préstamos al rey e introdujo a Suecia en el «sistema mundial» mercantil, cuya base estaba principalmente en Amsterdam. Pronto se convirtió el país en el primer productor de hierro y de cobre de Europa, y estas exportaciones le valieron la moneda extranjera que pronto contribuiría al pago de las Fuerzas Armadas. Además, Suecia llegó a ser autosuficiente en armamentos, un hecho raro, de nuevo gracias a la inversión y la experiencia extranjeras⁷⁶.

El factor interno fue la conocida serie de reformas instituidas por Gustavo Adolfo y sus ayudantes. La administración de justicia, el Tesoro, el sistema de impuestos, la administración central de la Cancillería y la educación fueron algunos de los sectores más eficaces y productivos durante este período. La nobleza fue apartada de las facciones y conducida al servicio del Estado. Se aseguró la solidaridad religiosa. Los Gobiernos, tanto el central como los locales, parecían funcionar bien. Sobre estos firmes cimientos,

Gustavo pudo construir una Marina sueca para proteger las costas de sus rivales daneses y polacos y asegurar el paso de las tropas suecas a través del Báltico. Sin embargo, la fama del rey se fundó sobre todo en sus grandes reformas militares: desarrollo del Ejército nacional a base de una forma de reclutamiento; adiestramiento de sus soldados en nuevas tácticas de guerra; mejora de la Caballería e introducción de una Artillería móvil y ligera; y por último, la disciplina y alta moral que su liderazgo dio al Ejército. Gracias a esto, Gustavo tuvo bajo su mando tal vez la mejor fuerza combatiente del mundo cuando se trasladó al norte de Alemania para ayudar a la causa protestante durante el verano de 1630 ⁷⁷.

Todas estas ventajas eran necesarias, ya que las dimensiones del conflicto europeo eran mucho más grandes, y los costes mucho más elevados, que todos los experimentados en las anteriores guerras locales contra los vecinos de Suecia. A finales de 1630 Gustavo tenía bajo su mando a más de 42.000 hombres; doce meses más tarde había doblado aquel número; y antes de la fatídica batalla de Lützen, su fuerza había aumentado hasta casi 150.000. Aunque los soldados suecos formaban un *corps d'élite* en todas las batallas importantes y eran también empleados para guarnición de las fortalezas estratégicas, eran insuficientes en número para formar un Ejército de aquella importancia; en realidad, las cuatro quintas partes de aquel Ejército «sueco» de 150.000 hombres se componían de mercenarios extranjeros, escoceses, ingleses y alemanes, que recibían terriblemente caros. La guerra contra Polonia en la década de 1620 había puesto ya en un aprieto al erario público sueco, pero la guerra alemana amenazaba con ser mucho más costosa. Sin embargo, y esto es muy notable, los suecos consiguieron que pagasen otros. Los subsidios extranjeros, en particular los pagados por Francia, son bien conocidos, pero sólo cubrieron una fracción de los costes. La verdadera fuente fue la propia Alemania: los diversos Estados principescos y las ciudades libres fueron requeridos a contribuir a la causa, si eran amigos; si eran hostiles, tenían que pagar rescates para evitar el saqueo. Además, este gran Ejército controlado por Suecia exigía alojamiento, comida y piensos en los territorios donde acampaban. Desde luego, este sistema había sido ya perfeccionado por el lugarteniente del emperador, Wallenstein, cuya política de exigir «contribuciones» había financiado un Ejército imperial de más de 100.000 hombres ⁷⁸; pero lo que interesa aquí es que no fueron los suecos quienes pagaron la gran fuerza que sirvió para contener a los Habsburgo desde 1630 hasta 1648. En el mismo mes de la Paz de Westfalia, el Ejército sueco estaba quejándose en Bohemia, y fue absolutamente adecuado que sólo se retirasen después del pago de una importante «compensación».

Aunque éste fue un logro notable de los suecos, dio en muchos aspectos una imagen falsa de la verdadera posición del país en Europa. Su formidable máquina de guerra había sido *parasitaria* en alto grado; el Ejército sueco en Alemania tenía que saquear para vivir; de otra manera, las tropas se amotinaban, cosa que perjudicaba aún más a los alemanes. Naturalmente, los propios suecos tenían que pagar su Marina, sus defensas en el país y sus fuerzas empleadas en lugares distintos de Alemania; y, como en todos los demás Estados, esto había creado tensión en las finanzas gubernamentales y había conducido a desesperadas ventas de tierras de la Corona y a rentas a la nobleza, con lo que se redujeron los ingresos a largo plazo. La Guerra de los Treinta Años había causado también grandes bajas en vidas humanas, y los impuestos extraordinarios constituían un duro peso para los campesinos. Además, los triunfos militares de Suecia habían dado a ésta varias posesiones allende el Báltico —Estonia, Livonia, Bremen, la mayor parte de Pomerania— que representaron beneficios comerciales y fiscales; pero cuyos costes de mantenimiento en tiempo de paz o de defensa en tiempos de guerra con rivales celosos representarían una carga sobre el Estado sueco mucho mayor que la gran campaña de Alemania en las décadas de 1630 y de 1640.

Suecia seguiría siendo una potencia considerable incluso después de 1648, pero sólo a nivel regional. Así, durante los reinados de Carlos X (1654-1660) y Carlos XI (1660-1697) fue defendible su predominio en la zona del Báltico, donde sucesivamente puso a raya a los daneses y resistió contra Polonia, Rusia y el poder en auge de Prusia. El giro hacia el absolutismo, con Carlos XI, mejoró las finanzas reales y permitió así mantener un gran Ejército en tiempos de paz. Sin embargo, éstas fueron medidas tomadas para fortalecer a Suecia en su lenta decadencia de su alta posición. Según dijo el profesor Roberts:

Durante una generación Suecia se había emborrachado de victorias e hinchado de botín. Carlos XI volvió a situarla bajo la luz gris de la existencia cotidiana, le dio la política adecuada a sus recursos y a sus verdaderos intereses, la equipó para llevarla a la práctica y la preparó para un futuro de peso y dignidad como potencia de segunda clase ⁷⁹.

Éstos no fueron logros mezquinos, pero en el más amplio contexto europeo tuvieron un significado limitado. Y es interesante observar cómo el equilibrio de poder en el Báltico, del que dependía Suecia no menos que Dinamarca, Polonia y Brandeburgo, estaba siendo influenciado y «manipulado» en la segunda mitad del siglo XVII por los franceses, los holandeses e incluso los ingleses, para sus propios fines, mediante subsidios, intervenciones diplo-

máticas y, en 1644 y 1659, una flota holandesa⁸⁰. Finalmente, aun- que Suecia no pudo ser llamada nunca Estado «marioneta» en este gran juego diplomático, siguió siendo un enano económico en comparación con las crecientes potencias de Occidente y tendió a depender de sus subsidios. Su comercio exterior, alrededor del año 1700, no era más que una pequeña fracción del que tenían las Provincias Unidas o Inglaterra, y su gasto público equivalía tal vez a una quincuagésima parte del de Francia⁸¹. Con esta inadecuada base material, y sin posibilidad de acceso a las colonias de ultramar, Suecia tenía pocas probabilidades —a pesar de su admirable estabilidad social y administrativa— de mantener el predominio militar que había ostentado brevemente bajo Gustavo Adolfo. De hecho, en las décadas que siguieron su trabajo quedaría reducido a la búsqueda de la forma de detener los avances de Prusia en el Sur y de Rusia en el Este.

El último ejemplo, el del poder holandés durante este período, ofrece un notable contraste con el caso de Suecia. En este caso se trataba de una nación creada en las confusas circunstancias de la revolución, de un grupo de siete provincias heterogéneas separadas por fronteras irregulares del resto de los Países Bajos en poder de los Habsburgo, una simple parte de una parte de un vasto imperio dinástico, restringida en población y extensión territorial, que rápidamente se convirtió en una gran potencia dentro y fuera de Europa a lo largo de casi un siglo. Se diferenciaba de los otros Estados —aunque no de su precursora italiana, Venecia— en que poseía una forma de gobierno republicana y oligárquica; pero su característica más distintiva era que los cimientos de su fuerza estaban firmemente establecidos en el mundo del comercio, la industria y las finanzas. Fue sin duda alguna una formidable potencia naval más efectiva hasta que fue eclipsada por Inglaterra a finales del siglo XVII. Pero estas manifestaciones de poder armado fueron la consecuencia, más que la esencia, de la fuerza y la influencia holandesas.

Desde luego, difícilmente puede decirse que, en los primeros años de su rebelión, los poco numerosos rebeldes holandeses (tan sólo unos 70.000) pesaron mucho en los asuntos europeos; de hecho, pasarían algunas décadas antes de llegar a considerarse a sí mismos miembros de una nación absolutamente independiente, y hasta principios del siglo XVII no se establecerían de algún modo sus fronteras. La llamada Revuelta de los Países Bajos fue al principio un asunto esporádico, a lo largo del cual diferentes grupos sociales y regiones lucharon entre sí tanto como se opusieron a —y

a veces transigieron con— los gobernantes Habsburgo; y hubo varias ocasiones en la década de 1580 en que la magnífica política del duque de Parma para recobrar los territorios para España pareció estar a punto de triunfar. De no haber sido por los subsidios y la ayuda militar de Inglaterra y de otros Estados protestantes, la importación de gran número de cañones ingleses y la frecuente desviación de tropas españolas hacia Francia, la rebelión habría podido ser sofocada. Sin embargo, como los puertos y los astilleros de los Países Bajos estaban casi en su totalidad en manos de los rebeldes y a España le resultaba imposible ganar el control del mar, Parma sólo podía dirigir la reconquista a base de lentas operaciones de asedio en tierra que perdieron su impulso cuando se le ordenó que trasladase sus ejércitos a Francia⁸².

Hacia 1590 las Provincias Unidas habían sobrevivido y pudieron, de hecho, reconquistar la mayor parte de las provincias y ciudades que habían perdido en el Este. Su Ejército estaba a la sazón bien instruido y mandado por Mauricio de Nassau, cuyas innovaciones tácticas y explotación del terreno húmedo lo convirtieron en uno de los grandes capitanes de la época. Pero hablar de Ejército holandés sería un error: en 1660 se componía de cuarenta y tres compañías inglesas, treinta y dos francesas, veinte escocesas, once valonas y nueve alemanas, y sólo contaba con diecisiete compañías holandesas⁸³. A pesar de esta gran (pero en modo alguno atípica) variedad de nacionalidades, Mauricio moldeó sus fuerzas en un conjunto coherente y uniforme. Pero sin duda fue ayudado en esta tarea por el apuntalamiento financiero del Gobierno holandés, y su Ejército, más que la mayoría de los de Europa, fue pagado con regularidad, de la misma manera que el Gobierno cuidaba continuamente del mantenimiento de su importante Marina.

Sería un error exagerar la riqueza y la estabilidad financiera de la República Holandesa o sugerir que le resultaba fácil pagar el prolongado conjunto sobre todo en sus primeras fases. En las partes oriental y meridional de las Provincias Unidas la guerra causaba considerables daños, pérdidas en el comercio y disminución de la población. Incluso la próspera provincia de Holanda encontraba enormes las cargas fiscales; en 1579 tuvo que aportar 960.000 florines para la guerra y, en 1599, casi 5,5 millones. A principios del siglo XVII, al elevarse el coste anual de la guerra contra España a diez millones de florines, muchos se preguntaron durante cuánto tiempo podría mantenerse la lucha sin una fuerte tensión financiera. Afortunadamente para los holandeses, la economía española —y su correspondiente capacidad de pagar al levantisco Ejército de Flandes— había sufrido todavía más y fue causa, al fin, de que Madrid conviniese la tregua de 1609.

Pero, si el conflicto había puesto a prueba los recursos holande-

PAUL KENNEDY

ses, no los había agotado, y lo cierto es que, a partir de 1590, su economía fue creciendo de prisa y pudo proporcionar, de este modo, una sólida base de «crédito» cuando el Gobierno acudía —como todos los Estados beligerantes tenían que hacer— al mercado del dinero. Una razón evidente de esta prosperidad fue la interacción de una población creciente con un espíritu más emprendedor, en cuanto se hubo rechazado el régimen de los Habsburgo. Además del aumento natural en número, hubo decenas (tal vez cientos) de millares de refugiados del Sur y otros muchos de otras partes de Europa. Parece claro que muchos de estos inmigrantes eran hábiles trabajadores, maestros, artesanos y capitalistas, que tenían mucho que ofrecer. El saqueo de Amberes por parte de las tropas españolas en 1576 dio a Amsterdam mayores oportunidades en el sistema de comercio internacional; pero también es cierto que los holandeses aprovechaban todas las ocasiones que se les ofrecían para el progreso comercial. Su dominio del rico comercio del arenque y su ganancia de tierras al mar constituyeron fuentes adicionales de riqueza. Su importante Marina mercante, y en particular sus *fluyts* (sencillos y sólidos cargueros), les granjearon, en 1600, la explotación de gran parte del comercio de transporte de Europa: madera, cereales, telas, sal y arenques eran transportados por barcos holandeses por todas las rutas marítimas. Para enojo de sus aliados ingleses y de muchos teólogos calvinistas holandeses, los mercaderes de Amsterdam suministraban de buena gana aquellas mercancías a su mortal enemigo, España, si los beneficios superaban los riesgos. En el país, las materias primas eran importadas en grandes cantidades y «acabadas» después por los diversos gremios de Amsterdam, Delft, Leyden, etc. Con «el refinado del azúcar, la fundición, la destilación, la fabricación de cerveza, el corte del tabaco, el torcido de la seda, la alfarería, el cristal, la manufactura de armamentos, la imprenta y la fabricación de papel»⁸⁶ entre las principales industrias, no era sorprendente que, en 1622, aproximadamente el 56 % de la población holandesa de 670.000 habitantes viviese en ciudades de mediana dimensión. Todas las otras regiones del mundo debían parecer económicamente atrasadas en comparación con ella.

Otros dos aspectos de la economía holandesa fomentaron su poderío militar. El primero fue su expansión en ultramar. Aunque este comercio no podía compararse con el más humilde pero de volumen mucho mayor que se realizaba en aguas europeas, supuso una nueva aportación a los recursos de la República. «Entre 1598 y 1605, un promedio anual de veinticinco barcos navegó a África occidental, veinte a Brasil, diez a las Indias Orientales y ciento cincuenta al Caribe. Se fundaron colonias soberanas en Amboina, en 1605, y en Ternate, en 1607; se establecieron factorías y

puestos comerciales alrededor del océano Índico, cerca de la desembocadura del Amazonas y en 1609 en Japón⁸⁵». Como Inglaterra, las Provincias Unidas se beneficiaban ahora de la lenta desviación de los equilibrios económicos desde el Mediterráneo hacia el mundo Atlántico; tal desviación fue una de las principales tendencias seculares del período 1500-1700 y, si bien en primer momento resultó beneficioso para Portugal y España, más tarde galvanizó a sociedades mejor preparadas para extraer las ganancias del comercio mundial⁸⁶.

El segundo elemento fue el creciente papel de Amsterdam como centro de las finanzas internacionales, corolario natural de la función de la República como naviera, cambista y traficante en mercancías de Europa. Lo que ofrecían sus financieros y sus instituciones (recepción de depósitos con interés, transferencia de dinero, descuento y compensación de letras de cambio, concesión de préstamos flotantes) no era diferente de prácticas ya establecidas, por ejemplo, en Venecia y en Génova; pero, reflejando la riqueza comercial de las Provincias Unidas, todo esto se realizaba a mayor escala y con un grado mayor de seguridad, tanto más cuanto que los principales inversores formaban parte del Gobierno y querían que se mantuviesen los principios de dinero sólido, crédito seguro y pago regular de las deudas. Como consecuencia de ello, había generalmente dinero disponible para préstamos del Gobierno, lo cual daba a la República Holandesa una ventaja incalculable con respecto a sus rivales y, como su crédito era firme porque pagaba puntualmente sus deudas, podía tomar dinero de prestado más barato que cualquier otro Gobierno, lo cual constituía una importante ventaja en el siglo XVII y, en realidad, ¡en todos los tiempos!

Esta capacidad de obtener fácilmente préstamos fue aún más importante después de reanudarse las hostilidades con España en 1621, pues el coste de las Fuerzas Armadas se elevó sin cesar, desde 13,4 millones de florines (1622) hasta 18,8 millones (1640). Estas sumas eran muy elevadas incluso para una población rica, y en particular cuando el comercio holandés de ultramar empezaba a verse perjudicado por la guerra, ya en pérdidas directas, ya en la desviación del comercio hacia manos neutrales. Por consiguiente, era políticamente más fácil permitir que la mayor parte posible de la guerra fuese financiada con préstamos públicos. Aunque esto condujo a un fuerte aumento de la deuda oficial —la deuda de la Provincia de Holanda era de 153 millones de florines en 1651—, la fuerza económica del país y la puntualidad con que se pagaban los intereses significó que el sistema de crédito no estuviese nunca en peligro de derrumbarse⁸⁷. Si esto demuestra que incluso los Estados ricos ponían mala cara ante el coste de los gastos militares, también confirmó que, mientras el triunfo en la guerra dependie-

se del tamaño de la bolsa, los holandeses tendrían siempre más probabilidades de aguantar que los demás.

La guerra, el dinero y la Nación-Estado

Resumamos ahora las principales conclusiones de este capítulo. Después de 1450, la guerra estuvo íntimamente relacionada con «el nacimiento de la Nación-Estado»⁸⁸. Entre finales del siglo xv y finales del xvii la mayoría de los países europeos fue testigo de una centralización de la autoridad política y militar, generalmente bajo la figura del monarca (pero en algunos lugares bajo la del príncipe local o una oligarquía mercantil); acompañada de mayores poderes y de métodos de imposición fiscal, y llevada a cabo por una maquinaria burocrática mucho más complicada que la que existía cuando se presumía que los reyes «vivían de lo suyo» y los ejércitos nacionales se formaban a base de levas feudales.

Varias fueron las causas de esta evolución de la Nación-Estado europea. El cambio económico había socavado ya buena parte del antiguo orden feudal, y los diferentes grupos sociales tenían que relacionarse entre sí mediante nuevas formas de contratos y de obligaciones. La Reforma, al dividir la Cristiandad sobre la base de *cuius regio, eius religio*, es decir, de las preferencias religiosas de los gobernantes, unieron la autoridad civil y la religiosa y de este modo extendieron el laicismo sobre una base nacional. La decadencia del latín y el creciente uso de las lenguas vernáculas por parte de los políticos, los abogados, los burócratas y los poetas acentuaron esta tendencia laica. Los mejores medios de comunicación, el más extendido intercambio de artículos, el invento de la imprenta y los descubrimientos oceánicos hicieron que el hombre tuviese más conocimientos, no sólo acerca de los otros pueblos, sino también acerca de las diferencias de lenguaje, gustos, hábitos culturales y religiones. En tales circunstancias, no es de extrañar que muchos filósofos y otros escritores de la época sostuviesen que la Nación-Estado era la forma natural y mejor de sociedad cívica, que sus poderes tenían que ser aumentados y sus intereses defendidos, y que sus gobernantes y gobernados necesitaban —fuera cual fuere la forma constitucional específica de que disfrutasen— trabajar armónicamente para el bien común y nacional⁸⁹.

Pero, más que aquellas consideraciones filosóficas y las tendencias sociales de lenta evolución, lo que ejerció una más continua y apremiante presión en favor de «la construcción de la Nación» fue

la guerra y sus consecuencias. El poder militar permitió a muchas dinastías de Europa mantenerse por encima de los grandes magnates de sus países y asegurarse la uniformidad y la autoridad políticas (aunque a menudo con concesiones a la nobleza). Factores militares —o mejor dicho, factores geoestratégicos— contribuyeron a establecer las fronteras territoriales de estas nuevas Naciones-Estado, mientras que las frecuentes guerras fomentaron la conciencia nacional, al menos de una manera negativa, al aprender los ingleses a odiar a los españoles, los suecos a odiar a los daneses y los rebeldes holandeses a odiar a sus antiguos señores Habsburgo. Por encima de todo, fue la guerra —y en especial las nuevas técnicas que favorecieron el crecimiento de las tropas de infantería y las costosas fortificaciones de flotas— lo que impulsó a los Estados beligerantes a gastar más dinero que nunca y a buscar la compensación en los impuestos. Todas las observaciones sobre el aumento general de los gastos oficiales, o sobre nuevas organizaciones para la recaudación de los impuestos, o sobre la relación cambiante entre reyes y Estados en la primera Europa moderna siguen siendo *abstractas* hasta que se recuerda la importancia crucial del conflicto militar⁹⁰. En los últimos años de la Inglaterra de Isabel o de la España de Felipe II, unas tres cuartas partes de todos los gastos oficiales se dedicaban a la guerra o al pago de deudas contraídas en guerras anteriores. Los esfuerzos militares y navales pueden no haber sido siempre la *raison d'être* de las nuevas Naciones-Estado, pero sí fueron, en todo caso, su más cara y apremiante actividad.

Sin embargo, sería erróneo presumir que las funciones de recaudar fondos; mantener ejércitos, equipar flotas, enviar instrucciones y dirigir campañas militares en los siglos xvi y xvii se realizaron de la misma manera que caracterizó, por ejemplo, la invasión de Normandía en 1944. Como tendría que haber demostrado el precedente análisis, las máquinas militares de la primera Europa moderna eran engorrosas e ineficaces. Reclutar y controlar un ejército en aquel período era una empresa terriblemente difícil: soldados pícaros, mercenarios posiblemente desleales, intenciones inadecuadas, problemas de transporte, armas anticuadas, eran causa de desesperación de la mayoría de los jefes de tropas. Incluso cuando se asimilaba dinero suficiente con fines militares, la corrupción y el mal empleo se dejaban sentir.

Por consiguiente, las Fuerzas Armadas no eran instrumentos previsibles y dignos de confianza del Estado. Una y otra vez grandes bandas de hombres se descontrolaban debido a la escasez de suministros o, lo que es aún más grave, debido a la falta de pago de los soldados. El Ejército de Flandes se amotinó no menos de cuarenta y seis veces entre 1572 y 1607; pero también, aunque

con menos frecuencia, lo hicieron fuerzas igualmente formidables, como los suecos en Alemania o el *New Model Army* de Cromwell. Fue Richelieu quien observó con amargura en su *Testament Politique*:

La Historia conoce muchos más ejércitos arruinados por la carencia y el desorden que por los esfuerzos de sus enemigos, y yo he sido testigo de que, como todas las empresas que se emprendieron en mis tiempos, fueron deficientes sólo por esta razón⁹¹.

Este problema del pago y de los suministros afectó a la actuación militar de todas las maneras posibles: un historiador ha demostrado que las campañas asombrosamente móviles de Gustavo Adolfo en Alemania, más que ser dictadas por una planificación estratégico-militar en el sentido expuesto por Clausewitz, reflejaba una sencilla pero apremiante búsqueda de comida y de forraje para sus enormes fuerzas⁹². Mucho antes del aforismo de Napoleón, los jefes militares sabían que un ejército marchaba sobre su estómago.

Pero estas restricciones físicas eran también especialmente aplicables, a nivel nacional, a la recaudación de fondos para la guerra. En este período ningún Estado, por muy próspero que fuese, podía pagar de inmediato los costes de un conflicto prolongado; aunque se impusiesen nuevas cargas fiscales siempre había una diferencia entre los ingresos y los gastos oficiales que sólo podía salvarse con préstamos, ya fuesen de banqueros privados como los Fugger o, más tarde, a través de un mercado de dinero formalmente organizado y que negociaba con valores oficiales. Sin embargo, una y otra vez los crecientes costos de la guerra obligaban a los monarcas a dejar de pagar deudas, a reducir el valor intrínseco de la moneda o a intentar otras medidas desesperadas, que producían un alivio a corto plazo pero graves inconvenientes a la larga. Del mismo modo que sus jefes militares trataban frenéticamente de poner orden en sus tropas y alimentar a sus caballos, los primeros Gobiernos monárquicos se veían obligados a vivir precariamente al día. Importunar a los terratenientes con nuevos impuestos, presionar a los ricos y a las iglesias para obtener «donativos», capturar ricos barcos extranjeros y mantener a distancia a los muchos acreedores eran actividades más o menos permanentes impuestas a los gobernantes y a sus funcionarios en aquellos años.

Lo que se pretende demostrar en este capítulo no es, por consiguiente, que los Habsburgo fracasaran del todo en lo que otras potencias consiguieron con tanta brillantez. Aquí no hay grandes contrastes evidentes; el triunfo y el fracaso tienen que medirse por diferencias muy pequeñas⁹³. Todos los Estados, incluso las

Provincias Unidas, se hallaban bajo una grave tensión debido a la constante sangría de recursos para las campañas militares y navales. Todos los Estados experimentaban dificultades financieras, motines de las tropas, abastecimiento inadecuado, oposición en su interior al aumento de los impuestos. Como en la Primera Guerra Mundial, aquellos años fueron también testigos de luchas de resistencia, que acercaban a los beligerantes cada vez más al agotamiento. En la última década de la Guerra de los Treinta Años se puso de manifiesto que ninguna alianza podía abastecer a ejércitos tan grandes como los mandados por Gustavo y Wallenstein, pues cada parte estaba, literalmente, agotando los hombres y el dinero. La victoria de las fuerzas adversarias de los Habsburgo fue, por lo tanto, marginal y relativa. Habían conseguido, aunque sólo por poco, mantener el equilibrio entre su base material y su poder militar mejor que sus enemigos Habsburgo. Al menos algunos de los vencedores se habían dado cuenta de que los recursos de la riqueza nacional tenían que ser explotados con cuidado y no de manera desahogada durante un conflicto prolongado. Tal vez admitieron también, aunque de mala gana, que el comerciante y el fabricante y el agricultor eran tan importantes como el oficial de Caballería y el piquero. Pero el margen de su apreciación y de su mejor manejo de los elementos económicos era ligero. Había sido, para emplear las últimas palabras del duque de Wellington, «una cosa muy igualada». La mayoría de las grandes contiendas lo son.

III. FINANZAS, GEOGRAFÍA Y VICTORIAS GUERRERAS, 1660-1815

Desde luego, la firma de la Paz de los Pirineos no puso fin a las rivalidades de las grandes potencias europeas, ni a su costumbre de resolver estas rivalidades con la guerra. Pero las luchas internacionales que se produjeron a lo largo de un siglo y medio después de 1660 fueron diferentes, en algunos aspectos muy importantes, de las que habían tenido lugar en los cien años precedentes y, como tales, estos cambios reflejaron una nueva fase en la evolución de la política internacional.

El rasgo más significativo de la escena entre las grandes potencias después de 1660 fue la maduración de un sistema auténticamente *multipolar* de Estados europeos, cada uno de los cuales tendía cada vez más a tomar decisiones sobre la guerra y la paz fundándose en los «intereses nacionales» más que en causas transnacionales o religiosas. Éste no fue, a buen seguro, un cambio instantáneo ni absoluto: los Estados europeos anteriores a 1660 habían maniobrado, de hecho, teniendo en cuenta sus intereses seculares, y el prejuicio religioso fomentó todavía muchas querrelas internacionales en el siglo XVIII. Sin embargo, la principal característica de la era 1519-1659 —a saber, un eje austro-español de potencias Habsburgo en lucha contra una coalición de Estados protestantes, además de contra Francia— desapareció entonces y fue sustituida por un sistema más débil de alianzas a corto plazo y cambiantes. Países que habían sido enemigos en una guerra se encontraban a menudo luchando juntos en la siguiente, que cargaba el acento sobre una *Realpolitik* calculada, y no sobre una profunda convicción religiosa, en la determinación de la política.

AUGE Y CAÍDA DE LAS GRANDES POTENCIAS

Las fluctuaciones, tanto en la diplomacia como en la guerra, que eran naturales en este sistema volátil y multipolar, se complicaban con algo que no era nuevo, sino común a todos los tiempos: el auge de ciertos Estados y la decadencia de otros. Durante este siglo y medio de rivalidad internacional, desde la toma del poder absoluto por Luis XIV en Francia, en 1660-1661, hasta la rendición de Napoleón Bonaparte después de Waterloo, en 1815, ciertas grandes naciones del período anterior (el Imperio otomano, España, los Países Bajos, Suecia) pasaron a un segundo plano y Polonia quedó totalmente eclipsada. Los reajustes territoriales y estructurales de los Habsburgo austríacos en sus dominios hereditarios hicieron que permaneciesen en primer plano y, en el norte de Alemania, Brandeburgo-Prusia consiguió elevarse a aquel nivel después de unos principios muy poco prometedores. En el Oeste después de 1660, Francia incrementó a toda prisa su fuerza militar hasta convertirse en el más poderoso de los Estados europeos, casi tanto, según muchos observadores, como lo habían sido las fuerzas de los Habsburgo medio siglo atrás. La posibilidad de Francia de dominar el centro-oeste de Europa sólo se vio frustrada por las alianzas entre sus vecinos marítimos y continentales en una serie de prolongadas guerras (1689-1697, 1702-1714, 1739-1748; 1756-1763); pero se reafirmó en la era napoleónica para producir una larga lista de victorias militares galas a las que sólo pudo poner fin una coalición de otras cuatro grandes potencias. Incluso después de su derrota de 1815, Francia siguió siendo uno de los Estados dominantes. Por consiguiente, entre ella en el Oeste y los dos países alemanes de Prusia y el Imperio Habsburgo en el Este, fue surgiendo, en el corazón de Europa, un inestable equilibrio tripartito a lo largo del siglo XVIII.

No obstante, las alteraciones realmente significativas en el sistema de las grandes potencias, durante aquel siglo, se produjeron en los *flancos* de Europa e incluso más allá. Algunos de los Estados europeos occidentales convirtieron firmemente sus pequeños y precarios enclaves en los trópicos en dominios mucho más extensos, sobre todo en la India, pero también en las Indias Orientales, en el sur de África e incluso en la lejana Australia. La más afortunada de estas naciones colonizadoras fue Gran Bretaña, que, «estabilizada» en su interior tras ser sustituido Jacobo II por Guillermo y María en 1688, dio plena eficacia a su potencial isabelino y se convirtió en el mayor de los imperios marítimos europeos. Incluso su pérdida de control sobre las prósperas colonias norteamericanas en la década de 1770 —de las que emergieron unos Estados Unidos independientes de formidable fuerza defensiva y considerable poder económico— sólo interrumpió de modo temporal este crecimiento de la influencia mundial británica. Igual-

mente notables fueron los logros del Estado ruso, que se extendió hacia el Este y hacia el Sur, a través de las estepas de Asia, a lo largo del siglo XVIII. Además, aunque situadas en las márgenes occidental y oriental de Europa respectivamente, tanto Gran Bretaña como Rusia estaban interesadas en la suerte del centro; de ahí que se mezclara Inglaterra en los asuntos alemanes debido a sus lazos dinásticos con Hannover (después de subir al trono Jorge I en 1714), y la resolución de Rusia de llevar la voz cantante en el destino de la vecina Polonia. En términos más generales, los gobiernos de Londres y de San Petersburgo querían un equilibrio de poder en el continente europeo y estaban dispuestos a intervenir repetidamente con el fin de asegurar aquel equilibrio de acuerdo con sus intereses. Dicho en otras palabras, los Estados europeos se estaban convirtiendo en un sistema de cinco grandes potencias —Francia, el Imperio Habsburgo, Prusia, Gran Bretaña y Rusia—, así como países menos importantes, como Saboya, y Estados en decadencia, como España¹.

¿Por qué estás cinco potencias en particular —aunque, evidentemente, no poseían todas la misma fuerza— fueron capaces de permanecer (o ingresar) en la «liga mayor» de Estados? Las explicaciones puramente militares no nos llevarán muy lejos. Por ejemplo, es difícil creer que el auge y la caída de las grandes potencias en este período fuesen causados principalmente por los cambios en la tecnología militar y naval, aunque éstos pudiesen beneficiar a un país más que a otro*. Hubo, desde luego, muchas mejoras de armamentos en pequeña escala: el fusil de chispa (con bayoneta calada) eliminó la pica de los campos de batalla; la artillería se hizo mucho más móvil, en especial después de los nuevos tipos inventados por Gribeauval en Francia durante la década de 1760; y el corto cañón naval que recibe el nombre de «carronada» (construido primero por la «Carron Company», de Escocia, a finales de los 1770) aumentó el poder destructivo de los buques de guerra. También hubo mejoras en las ideas tácticas y, en el fondo, el continuo crecimiento de la población y de la producción agrícola permitiría la organización de unidades militares más numerosas (la división, el cuerpo de ejército) y su más fácil mantenimiento con las ricas tierras labrantías a finales del siglo XVIII. Sin embargo, justo es decir que el ejército de Wellington en 1815 no presentaba diferencias significativas con respecto al de Malborough de 1710, ni la flota de Nelson estaba desde el punto de vista tecnológico mucho más avanzada que la que se había enfrentado con los barcos de guerra de Luis XIV².

De hecho, los cambios más significativos que se produjeron en

* Por ejemplo, en la manera en que la llegada de los buques de guerra a vapor después de 1860 benefició a Gran Bretaña (que tenía mucho carbón) más que a Francia (que tenía poco).

los campos militar y naval durante el siglo XVIII fueron probablemente de *organización*, debido a la acrecentada actividad del Estado. Ejemplo de este cambio fue sin duda la Francia de Luis XIV, donde ministros tales como Colbert, Le Tellier y otros trabajaron para aumentar los poderes del rey en el interior y su gloria en el extranjero. La creación de un Ministerio de la Guerra francés, con intendentes que controlaban la financiación, la intendencia y la organización de las tropas, mientras Martinet, como inspector general, imponía nuevos niveles de instrucción y disciplina; la erección de cuarteles, hospitales, campos de desfile y almacenes de todas clases en tierra, para sostener el enorme Ejército del Rey Sol, junto con la creación de una enorme flota centralmente organizada, en el mar; todo esto obligó a las otras potencias a seguir el ejemplo, si no querían ser eclipsadas. La monopolización y burocratización del poder militar por el Estado es a todas luces una parte central del concepto de «construcción nacional», y el proceso fue recíproco, ya que la reforzada autoridad y los recursos del Estado proporcionaron a su vez a sus fuerzas armadas un grado de *permanencia* que a menudo no había existido en el siglo anterior. No sólo había ejércitos «profesionales», «permanentes», y marinas «reales», sino también una infraestructura mucho más desarrollada de academias de guerra, cuarteles, astilleros, etc., con administradores a su frente. El poder era ahora *nacional*, tanto si se expresaba a través del Despotismo Ilustrado de Europa oriental, como a través de los controles parlamentarios británicos o de las ulteriores fuerzas demagógicas de la Francia revolucionaria³. Por otra parte, estas mejoras de organización podían ser rápidamente copiadas por otros Estados (el ejemplo más espectacular fue la transformación del Ejército ruso por Pedro *el Grande* en el espacio de un par de décadas después de 1698) y no garantizaban, por sí mismas, el mantenimiento de un país en la posición de gran potencia.

Mucho más importantes que cualquiera de estas mejoras estrictamente militares, para explicar la posición relativa ocupada por las grandes potencias entre 1660 y 1815, fueron otros dos factores: las *finanzas* y la *geografía*. Considerados conjuntamente —pues los dos elementos se influían a menudo entre sí—, es posible tener una visión más amplia de lo que parece, a primera vista, ser una asombrosa imagen de triunfos y fracasos producidos por las muchas guerras de este período.

La «revolución financiera»

La importancia de las finanzas y de una base económica productiva que crease rentas para el Estado había quedado ya clara para los príncipes del Renacimiento, como se ha explicado en el capítulo anterior. El auge de las Monarquías Absolutas del siglo XVIII, con sus grandes cuerpos militares y sus flotas de guerra, simplemente aumentó la necesidad de los Gobiernos de alimentar la economía y crear instituciones financieras que pudiesen recaudar y administrar el dinero en cuestión⁴. Además, a semejanza de la Primera Guerra Mundial, conflictos tales como las siete guerras anglo-francesas importantes, desarrolladas entre 1698 y 1815, fueron luchas de resistencia. Por consiguiente, la victoria se inclinaba a favor de la potencia —o mejor dicho, de la coalición, ya que tanto Inglaterra como Francia solían tener aliados— con mayor capacidad de conservar su crédito y de elevar sus provisiones. El mero hecho de que fuesen guerras de *coalición* aumentaba su duración, ya que el beligerante que empezaba a agotar sus recursos acudía a un aliado más poderoso en demanda de préstamos y refuerzos para continuar la lucha. Dado que los conflictos eran caros y agotadores, cada bando necesitaba desesperadamente —para emplear el viejo aforismo— «dinero, dinero y más dinero». Fue esta necesidad lo que constituyó el antecedente de la que ha sido llamada «revolución financiera» de finales del siglo XVII y principios del XVIII⁵, cuando ciertos Estados europeos occidentales crearon un sistema relativamente sofisticado de Banca y crédito para pagar sus guerras.

Hubo, por otro lado, una segunda razón, no militar, de los cambios financieros de aquella época. Fue la escasez crónica de metálico, en particular en los años que precedieron a los descubrimientos, en 1693, de oro en el Brasil portugués. A medida que fue incrementándose el comercio de Europa con Oriente en los siglos XVII y XVIII, fue aumentando la salida de plata para cubrir los desequilibrios comerciales, lo cual provocó las quejas de los mercaderes y comerciantes de todas partes por la escasez de monedas. Además, el continuo crecimiento del comercio europeo, sobre todo de productos esenciales como las telas y los artículos navales, junto a la tendencia de sustituir las ferias medievales de temporada por centros permanentes de intercambio condujo a una creciente regularidad y previsibilidad de establecimientos financieros y, de este modo, al mayor empleo de letras de cambio y de cartas de crédito. En especial en Amsterdam, pero también en Londres, Lyon,

Frankfurt y otras ciudades, lo que dio paso a la aparición de multitud de prestamistas, traficantes en mercancías, orfebres (que con frecuencia hacían también préstamos), comerciantes de papel moneda y especuladores en acciones del número creciente de compañías anónimas. Estos individuos y empresas financieras adoptaron prácticas bancarias ya conocidas en la Italia del Renacimiento y fueron creando una estructura de crédito nacional e internacional para apuntalar la primera economía moderna mundial.

Sin embargo, el más fuerte y continuado impulso a la «revolución financiera» en Europa fue dado por la guerra. Aunque la diferencia entre las cargas financieras de la época de Felipe II y las de los tiempos de Napoleón era sólo de grado, no dejaba por ello de ser bastante notable. El coste de una guerra en el siglo XVI podía calcularse en millones de libras; a finales del siglo XVII se había elevado a *decenas* de millones, y cuando las Guerras Napoleónicas tocaban a su fin los gastos de los principales combatientes alcanzaban a veces los cien millones de libras *anuales*. Si estos prolongados y frecuentes choques entre las grandes potencias, traducidos en términos económicos, beneficiaron más que entorpecieron el auge comercial e industrial de Occidente, es algo que nunca ha sido resuelto de modo satisfactorio. La respuesta depende, en grado sumo, de si se trata de valorar el crecimiento *absoluto* de un país como opuesto a su prosperidad y fuerza *relativas* antes y después de un largo conflicto⁶. Lo que está claro es que ni siquiera los Estados más prósperos y «modernos» del siglo XVIII podían pagar de inmediato las guerras de este período con sus ingresos ordinarios. Además, los grandes aumentos en los impuestos, aun existiendo la maquinaria para recaudarlos, podían provocar inquietud interior, cosa que todos los regímenes temían, sobre todo cuando tenían que enfrentarse al mismo tiempo con retos de extranjeros.

En consecuencia, la única manera de que un gobierno pudiera financiar adecuadamente una guerra era la de tomar prestado: vendiendo valores y cargos o, mejor, títulos negociables y a largo plazo, con devengo de intereses a favor de quienes aportaban dinero para el Estado. Si se aseguraba un ingreso de fondos, los funcionarios podían entonces autorizar pagos a los contratistas del Ejército, abastecedores, constructores de buques y a los propios servicios armados. En muchos aspectos, este sistema bidireccional de recaudar y gastar *simultáneamente* grandes cantidades de dinero actuaba como un fuelle, pues fomentaba el desarrollo del capitalismo occidental y de la propia Nación-Estado.

Pero, por muy natural que todo esto pueda parecer, visto retrospectivamente, es importante recalcar que el éxito de semejante sistema dependía de dos factores críticos: una maquinaria razona-

blemente eficaz para conseguir los préstamos y la conservación del «crédito» gubernamental en los mercados financieros. En ambos aspectos las Provincias Unidas ocupaban el primer puesto; lo cual no es de extrañar, ya que allí los comerciantes eran parte del Gobierno y deseaban que los negocios oficiales se desarrollasen de acuerdo con los mismos principios de rectitud financiera que se aplicaban, por así decirlo, a una sociedad anónima. Era, pues, apropiado que los Estados Generales de los Países Bajos, que recaudaban eficaz y regularmente los impuestos para cubrir los gastos oficiales, pudiesen fijar tipos muy bajos de interés, con lo que reducían los pagos por deudas. Este sistema, soberbiamente reforzado por las múltiples actividades financieras de la ciudad de Amsterdam, pronto dio a las Provincias Unidas fama internacional en el pago de facturas, cambio de monedas y concesión de créditos, y creó naturalmente una estructura —y una atmósfera— dentro de la cual podía considerarse por completo normal la deuda a largo plazo del Estado. Así pudo convertirse Amsterdam en centro de «capital sobrante» holandés, que pronto fue capaz de invertir en acciones de compañías extranjeras y, lo que es aún más importante, en la suscripción de gran variedad de préstamos solicitados por gobiernos extranjeros, sobre todo en tiempo de guerra⁷.

El impacto de estas actividades sobre la economía de las Provincias Unidas no tiene que ser estudiado aquí, aunque está claro que Amsterdam no se habría convertido en la capital financiera del continente si no se hubiese apoyado, en primer lugar, en una base comercial y productiva floreciente. Además, la consecuencia a muy largo plazo fue probablemente desventajosa, ya que las continuas devoluciones de préstamos oficiales alejaron más y más a las Provincias Unidas de una economía manufacturera en favor de una economía rentista, cuyos banqueros se sentían poco inclinados, a finales del siglo XVIII, a arriesgar capital en empresas industriales a gran escala; al mismo tiempo, la facilidad con que podían conseguirse los préstamos fue causa de que el Gobierno holandés contrajese una enorme carga de deudas, pagadas con impuestos indirectos que aumentaron tanto los salarios como los precios a niveles no competitivos⁸.

Más importante para los fines de nuestro razonamiento es que, al suscribir préstamos a gobiernos *extranjeros*, los holandeses se preocupaban mucho menos de la religión o la ideología de sus clientes que de su estabilidad financiera y su solvencia. Así, pues, las condiciones establecidas para préstamos a potencias europeas como Rusia, España, Austria, Polonia y Suecia pueden considerarse como una medida de su respectivo potencial económico, las garantías que ofrecían a sus banqueros, su historial en el pago de intereses y primas y, en definitiva, sus perspectivas de salir

victorioso de una guerra entre grandes potencias. De este modo, la caída en picado de los valores oficiales polacos a finales del siglo XVIII y, a la inversa, la notable —y con frecuencia olvidada— solidez del crédito de Austria, decenio tras decenio, reflejaron la durabilidad relativa de estos Estados⁹.

Pero el mejor ejemplo de esta relación crítica entre vigor financiero y política de poder se encuentra en los dos más grandes rivales de este período: Gran Bretaña y Francia. Como el resultado de su conflicto afectó a todo el equilibrio europeo, vale la pena examinar sus experiencias con cierta prolijidad. La antigua noción de que la Gran Bretaña del siglo XVIII exhibía una creciente, diamantina e inexorable fuerza comercial e industrial, un crédito fiscal incommovible y una estructura social flexible, móvil y ascendente —comparada con una Francia *ancien régime* fundada en las precarias arenas de la arrogancia militar, el atraso económico y un rígido sistema de clases— ya no parece defendible. En algunos aspectos, el sistema fiscal francés era menos regresivo que el británico. También en algunos aspectos, la economía francesa daba en el siglo XVIII señales de movimiento de «despegue» hacia una revolución industrial, aunque tenía sólo limitadas reservas de un artículo tan crucial como el carbón. Su producción de armamentos era considerable, y poseía muchos artesanos hábiles y algunos empresarios de valía¹⁰. Con su mucho más numerosa población y su más extensa agricultura, Francia era mucho más rica que su vecina isleña; las rentas de su Gobierno y las dimensiones de su Ejército empujaban las de su rival occidental europeo; y su régimen *dirigista*, en comparación con la política fundada en partidos de Westminster, parecía darle una mayor coherencia y previsibilidad. Por lo tanto, los británicos parecían reparar mucho más en la relativa debilidad de su país que en su fuerza, cuando miraban al otro lado del Canal.

A pesar de todo, el sistema inglés poseía ventajas claves en el reino financiero que aumentaban el poder del país en tiempo de guerra y fortalecían su estabilidad política y su crecimiento económico en tiempos de paz. Si bien es verdad que su sistema fiscal *general* era más regresivo que el de Francia —es decir, que descansaba en los impuestos indirectos más que en los directos—, sus formas particulares parece que lograron contrariar mucho menos al público. Por ejemplo, no había en Inglaterra nada parecido a la larga serie de recaudadores de impuestos y otros intermediarios franceses; muchos de los impuestos británicos eran «invisibles» (los impuestos indirectos sobre unos pocos productos básicos) o parecían perjudicar al extranjero (aranceles); no había tasas *internas*, que tanto irritaban a los comerciantes franceses y frenaban el comercio interior; la contribución territorial británica —princi-

pal impuesto directo durante una gran parte del siglo XVIII— no permitía excepciones de privilegio y era también «invisible» para la mayor parte de la sociedad, y estos diversos impuestos eran discutidos y después autorizados por una asamblea electiva que, a pesar de todos sus defectos, parecía más representativa que el Antiguo Régimen en Francia. Si sumamos a esto el importante dato de que la renta per cápita era ya algo mayor en Gran Bretaña que en Francia en 1700, no es en modo alguno de extrañar que la población del Estado isleño estuviese dispuesta y fuese capaz de pagar impuestos proporcionalmente más elevados. Por último, es posible argüir —aunque más difícil de demostrar en términos estadísticos— que la carga relativamente ligera de la imposición directa en Gran Bretaña, no sólo acrecentó la tendencia a ahorrar del sector acomodado de la sociedad (permitiendo la acumulación de capital de inversión durante los años de paz), sino que produjo también una gran reserva de riqueza imponible en *tiempo de guerra*, cuando se introdujeron contribuciones territoriales más altas y, en 1799, un impuesto directo sobre la renta, para atender a una emergencia nacional. Así, durante el período de la Guerra Napoleónica, y a pesar de tener una población de menos de la mitad que la de Francia, Gran Bretaña recaudó, por primera vez y en términos *absolutos*, una cifra anual de impuestos superior a la de su más poblada vecina ¹¹.

Pero, por muy notable que fuese aquel logro, fue eclipsado en importancia por la todavía más significativa diferencia entre los sistemas británico y francés de crédito público. Porque lo cierto es que, durante la mayoría de los conflictos del siglo XVIII, casi las tres cuartas partes de dinero *extra* recaudado para atender a los gastos adicionales de tiempo de guerra procedieron de préstamos. Aquí, más que en parte alguna, las ventajas británicas fueron decisivas. La primera fue la evolución de una estructura institucional que permitió la obtención de préstamos a largo plazo de una manera eficaz y, al mismo tiempo, el pago regular de los intereses (y del principal) de las deudas acumuladas. La creación del Banco de Inglaterra en 1694 (al principio como recurso en tiempo de guerra) y la ligeramente posterior regularización de la deuda nacional, de una parte, y el florecimiento de la Bolsa de valores y de los «Bancos provincianos», de otra, impulsaron la oferta de dinero disponible, tanto a los Gobiernos como a los hombres de negocios. Este crecimiento del papel moneda en diversas formas, *sin* una grave inflación ni pérdida de crédito, comportó muchas ventajas en una época en que andaba escasa la moneda. Sin embargo, la propia «revolución financiera» difícilmente habría podido triunfar si las obligaciones del Estado no hubiesen sido garantizadas por sucesivos Parlamentos con facultades para decretar impuestos adi-

cionales; si los ministros —desde Walpole hasta el más joven Pitt— no hubiesen trabajado de firme para convencer a sus banqueros en particular y al público en general de que también ellos actuaban según los principios de rectitud financiera y de gobierno «económico»; ni si la continua y en algunos casos notable expansión del comercio y de la industria no hubiese producido un aumento concomitante en los ingresos por aranceles e impuestos indirectos. Ni siquiera el principio de una guerra frenaba estos aumentos, ya que la marina real protegía el comercio ultramarino de la nación al mismo tiempo que asfixiaba el del enemigo. Sobre estos sólidos cimientos se apoyó el «crédito» de Gran Bretaña, a pesar de las primitivas incertidumbres, de la considerable oposición política y de contratiempos financieros casi desastrosos, como el colapso de la famosa South Seas Bubble en 1720. «A pesar de todos los defectos en el manejo de la hacienda pública inglesa —observó su historiador—, durante el resto del siglo siguió siendo más honrada, así como más eficaz, que la de cualquier otra de Europa ¹².»

Como resultado de todo esto, no solamente bajaron mucho los tipos de interés ^{*}, sino que los valores del Gobierno británico fueron cada vez más atractivos para los inversores extranjeros y, en particular, para los holandeses. Así, las transacciones regulares en estos valores, en la Bolsa de Amsterdam, se convirtieron en parte importante del nexo de relaciones comerciales y financieras anglo-holandesas, y tuvieron importantes efectos sobre las economías de ambos países ¹³. En términos *políticos y de poder*, su valor radicó en la forma en que los recursos de las Provincias Unidas vinieron en ayuda del esfuerzo de guerra británico, aunque la alianza holandesa en la lucha contra Francia había sido sustituida por una inquieta neutralidad. Sólo en los tiempos de la Revolución Americana —significativamente, el conflicto en que se pusieron más de manifiesto las debilidades militar, naval, diplomática y comercial británicas, y en que, por consiguiente, estuvo su crédito más bajo— tendió a extinguirse la corriente de fondos holandeses, a pesar de los más altos tipos de interés que Londres estaba dispuesta a ofrecer. No obstante, en 1780, cuando los holandeses intervinieron en la guerra al lado de Francia, el Gobierno británico descubrió que la solidez de su propia economía y la disponibilidad de capital interior eran tales, que sus préstamos podían ser casi completamente asumidos por inversores del país.

Las dimensiones —y el éxito definitivo— de la capacidad británica de obtener préstamos de guerra pueden resumirse en la tabla 2.

* En los tiempos de la Guerra de Sucesión austriaca (1739-1747), el Gobierno pudo conseguir préstamos de grandes cantidades al 3 o 4 %, la mitad del tipo de interés que había prevalectido en la época de Marlborough.

Y la consecuencia estratégica de estas cifras fue que el país fue por esto capaz de «gastar en la guerra fuera de toda proporción con sus ingresos procedentes de impuestos, y de lanzar así a la lucha con Francia y sus aliados el margen decisivo de barcos y hombres sin el cual los recursos previamente empleados lo habrían sido en vano¹⁴». Aunque muchos comentaristas británicos

TABLA 2. GASTOS E INGRESOS BRITÁNICOS EN TIEMPO DE GUERRA, 1688-1815

Años inclusive	Gastos totales	Ingresos totales	Diferencia cubierta con préstamos	Préstamos en % de gastos
1688-1697	49.320.145	32.766.754	16.553.391	33,6
1702-1713	93.644.560	64.239.477	49.405.083	31,4
1739-1748	95.628.159	65.903.964	29.724.195	31,1
1756-1763	160.573.366	100.555.123	60.018.243	37,4
1776-1783	236.462.689	141.902.620	94.560.069	39,9
1793-1815	1.657.854.518	1.217.556.439	440.398.079	16,6
Totales	2.293.483.437	1.622.924.377	670.559.060	33,3

del siglo XVIII temblaron ante el volumen de la deuda nacional y sus posibles consecuencias, permaneció el hecho de que (en palabras del obispo Berkeley) el crédito fue «la principal ventaja que tenía Inglaterra sobre Francia». Por último, el gran aumento de los gastos del Estado y la enorme y continua demanda de hierro, lana, telas y otros artículos en particular por parte del Almirantazgo provocó una «reacción en espiral» que benefició a la producción industrial británica y estimuló la serie de avances tecnológicos que dieron al país otra ventaja sobre los franceses¹⁵.

La causa de que los franceses no pudiesen imitar estos hábitos británicos es ahora fácilmente comprensible¹⁶. En primer lugar, no había un sistema adecuado de hacienda pública. Desde la Edad Media las operaciones financieras de la monarquía francesa habían sido «dirigidas» por una serie de cuerpos —gobiernos municipales, clero, agencias provinciales y, cada vez más, recaudadores de impuestos— que cobraban las rentas y supervisaban los monopolios de la Corona a cambio de una participación en el producto y que, simultáneamente, adelantaban dinero al Gobierno francés —a elevados tipos de interés— sobre el rendimiento esperado de aquellas operaciones. La venalidad de este sistema afectaba no sólo a los concesionarios que recaudaban los impuestos sobre el tabaco y la sal, sino también a la jerarquía de los recaudadores de parroquia, los recaudadores de distrito y regionales,

responsables de los impuestos directos como la *taille*. Cada uno de ellos se quedaba con su «tajada» antes de pasar el dinero a un más alto nivel; cada uno de ellos recibía también el 5 % de interés sobre el precio que había pagado por el cargo, y muchos de los funcionarios más importantes estaban encargados de pagar directamente sumas a los contratistas del Gobierno o como salarios, sin pasar primero sus recaudaciones al tesoro real. Estos hombres prestaban también fondos —con interés— a la Corona.

Una organización tan relajada y a la buena de Dios era intrínsecamente corrompida y buena parte del dinero de los contribuyentes terminaba en manos de particulares. En ocasiones, especialmente después de las guerras, se iniciaban investigaciones contra los financieros, muchos de los cuales eran inducidos a pagar «compensaciones» o a aceptar tipos más bajos de interés; pero estas acciones eran simbólicas. «El verdadero culpable —arguyó un historiador— era el propio sistema¹⁷». La segunda consecuencia de esta ineficacia fue que, al menos hasta las reformas de Necker de los años 1770, no existió un sentido completo de contabilidad nacional; las cuentas anuales de ingresos y gastos, así como el problema de los déficits rara vez se consideraban significativos. Siempre que la monarquía pudiese recaudar fondos para las necesidades inmediatas de los militares y de la corte, la incesante escalada de la deuda nacional tenía poca importancia.

Aunque, en época anterior, los Estuardo habían dado muestras de una irresponsabilidad parecida, lo cierto es que en el siglo XVIII Gran Bretaña había desarrollado una forma de hacienda pública controlada por el Parlamento que le daba numerosas ventajas en el duelo por la primacía. Y parece no haber sido la menor de ellas el hecho de que, mientras el aumento del gasto público y de la deuda nacional no perjudicó (antes bien pudo favorecer) a las inversiones británicas en el comercio y la industria, las condiciones prevalecientes en Francia parece que animaron a los que tenían capital sobrante a comprar un cargo o una renta vitalicia en vez de invertirlo en negocios. Cierto que, en algunas ocasiones, hubo intentos de proveer a Francia de un Banco nacional, para que regulase adecuadamente la deuda y proporcionase un crédito más barato; pero estos planes tropezaron siempre con la resistencia de los interesados en el sistema existente. Por lo tanto la política financiera —si es que merece este nombre— del Gobierno francés fue siempre la de vivir al día.

El desarrollo comercial de Francia también sufrió en numerosos aspectos. Por ejemplo, es interesante observar la desventaja con que operaba un puerto francés como La Rochelle en comparación con Liverpool o Glasgow. Los tres estaban en condiciones de explotar la floreciente «economía atlántica» del siglo XVIII y La

Rochelle estaba particularmente bien situado para el comercio triangular a África occidental y a las Indias Orientales. A despecho de sus aspiraciones mercantiles, el puerto francés padeció las repetidas depredaciones de la Corona, «insaciable en sus demandas fiscales, implacable en su busca de nuevas y más caudalosas fuentes de ingresos». Una larga serie de «impuestos directos e indirectos, gravosos, injustos y arbitrariamente cargados sobre el comercio» retrasó el crecimiento económico; la venta de cargos desvió capitales locales de su inversión en el comercio y los honorarios percibidos por estos funcionarios venales intensificaron aquella tendencia; las compañías monopolizadoras restringieron la libre empresa. Además, aunque la Corona obligó a los rocheleses a construir un gran y costoso arsenal en los años 1760 (¡bajo pena de confiscar todos los ingresos de la ciudad!), no ofreció un *quid pro quo* cuando se producía una guerra. Como el Gobierno francés concentraba generalmente su esfuerzo en los objetivos militares más que en los marítimos, los frecuentes conflictos con una Royal Navy superior fueron un desastre para La Rochelle, que vio capturados sus barcos mercantes, interrumpido su provechoso tráfico de esclavos y eliminados sus mercados de ultramar en Canadá y Luisiana; todo ello en unos tiempos en que subían vertiginosamente las primas de los seguros marítimos y se imponían tasas de emergencia. Como golpe final, el Gobierno francés se vio con frecuencia obligado a permitir que sus colonos de ultramar comerciasen a través de barcos neutrales en tiempo de guerra, cosa que hacía que aquellos mercados fuesen aún más difíciles de recobrar cuando se firmaba la paz. En comparación con ello, el sector atlántico de la economía británica creció continuamente durante todo el siglo XVIII y, en todo caso, se benefició en tiempo de guerra (a pesar de los ataques de los corsarios franceses) de la política de un Gobierno que sostenía que beneficio y poder, comercio y dominio eran inseparables¹⁸.

La consecuencia más grave de la falta de madurez financiera de Francia fue que, en tiempo de guerra, su esfuerzo militar y naval fue desgastado de muchas maneras¹⁹. Debido a la ineficacia y poca formalidad del sistema, se necesitaba más tiempo para conseguir el suministro de (digamos) artículos navales, mientras que los contratistas necesitaban por lo general cargar más que los que contrataban con los almirantazgos británico u holandés. Recaudar grandes sumas en tiempo de guerra fue siempre un terrible problema para la monarquía francesa, incluso cuando obtuvo cantidades crecientes de dinero holandés en las décadas de 1770 y 1780, pues su larga historia de revaluaciones de la moneda, sus rechazos parciales de la deuda y otras acciones arbitrarias contra los tenedores de facturas a corto y largo plazo hicieron que los banque-

ros exigiesen —con la conformidad de un Estado francés desesperado— tipos de interés muy superiores a los cargados al británico y a otros muchos Gobiernos europeos*. Sin embargo, incluso con esta disposición de pagar por encima de lo normal, no pudieron los monarcas Borbones asegurarse las sumas necesarias para mantener un esfuerzo militar total en una guerra prolongada.

La mejor ilustración de esta relativa debilidad francesa se tuvo en los años que siguieron a la guerra de Independencia de los Estados Unidos. No había sido un conflicto glorioso para los británicos, que habían perdido su colonia más extensa y visto cómo se elevaba su deuda nacional a unos 220 millones de libras esterlinas; pero como aquellas sumas habían en su mayor parte devengado un interés de sólo el 3 %, los pagos anuales ascendieron únicamente a 7,33 millones. El coste real de la guerra fue considerablemente inferior para Francia; a fin de cuentas había intervenido en el conflicto en la mitad de éste, consecutivamente a los esfuerzos de Necker de equilibrar el presupuesto, y por una vez no había necesitado desplegar un ejército masivo. Sin embargo, la guerra costó al Gobierno francés al menos mil millones de libras, virtualmente pagadas por préstamos a interés al menos doble del satisfecho por el Gobierno británico. En ambos países el pago de la deuda consumió la mitad de los gastos anuales del Estado pero, después de 1783, los británicos tomaron inmediatamente una serie de medidas (el *Sinking Fund*, un fondo de renta consolidado, cuentas públicas mejoradas) con el fin de estabilizar aquel total y fortalecer su crédito: tal vez el mejor logro del joven Pitt. En contraste, grandes y nuevos préstamos eran concertados cada año en Francia, ya que los ingresos «normales» no podían ni siquiera igualar los gastos en tiempo de paz y, con el crecimiento de los déficits anuales, el crédito del Gobierno se debilitaba todavía más.

La sorprendente consecuencia estadística fue que, a finales de los 1780, la deuda nacional de Francia podía ser al menos la misma que la de Gran Bretaña —alrededor de 215 millones de libras— pero los intereses a pagar cada año eran de casi el doble, de 14 millones. Peor aún, los esfuerzos de los sucesivos ministros de Hacienda para imponer nuevas cargas fiscales tropezaron con una agobiante resistencia por parte del público. A fin de cuentas, las reformas fiscales propuestas por Calonne, que condujeron a la Asamblea de Notables, a los movimientos contra los *parlements*, a la suspensión de pagos por el Tesoro y entonces (por primera vez desde 1614) a la convocatoria de los Estados Generales en 1789, fueron las que provocaron el colapso final del Antiguo Régimen en

* En contraste con ello, Francia había podido, en los primeros años de Luis XIV, tomar dinero prestado a interés más barato que los Estuardo o incluso Guillermo III.

Francia²⁰. El lazo entre la bancarrota nacional y la revolución estuvo clarísimo. En las desesperadas circunstancias que siguieron, el Gobierno emitió todavía más billetes (por valor de 100 millones de libras en 1789 y 200 millones en 1790), un ardid sustituido por el procedimiento de la Asamblea Constituyente de confiscar las tierras de la Iglesia y emitir papel moneda por el valor calculado de aquéllas. Todo esto condujo a una mayor inflación, que fue exacerbada por la decisión de 1792 de hacer la guerra. Y si es verdad que las posteriores reformas administrativas dentro del propio Tesoro y la determinación del régimen revolucionario de conocer el verdadero estado de los negocios produjeron una estructura de recaudación de impuestos unificada, burocrática y parecida a la existente en Gran Bretaña y otras partes, las convulsiones internas y la excesiva extensión en el exterior, que durarían hasta 1815, hicieron que la economía francesa se retrasase todavía más en relación con la de su mayor rival.

El problema de elevar los ingresos para pagar la guerra actual —y las anteriores— preocupaba a *todos* los regímenes y a sus estadistas. Incluso en tiempo de paz, el mantenimiento de los servicios armados consumía el 40 o el 50 % de los gastos de un país; en tiempo de guerra, podía elevarse al 80 o incluso al 90 % del mucho mayor total de éstos. Por consiguiente, fuesen cuales fueren sus constituciones internas, imperios autocráticos, monarquías limitadas y repúblicas burguesas, todos tropezaban en Europa con la misma dificultad. Después de terminar cada contienda (y sobre todo después de 1714 y de 1763), la mayoría de los países necesitaban desesperadamente cobrar aliento, recobrar de su agotamiento económico y luchar contra el descontento interno que la guerra y los mayores impuestos provocaban demasiado a menudo; sin embargo, la naturaleza competitiva y egoísta del sistema de los Estados europeos significaba que la paz *prolongada* era rara y que, al cabo de otros pocos años, se estuviesen haciendo preparativos para otra campaña. Pero si las cargas financieras podían ser soportadas a duras penas por los franceses, los holandeses o los británicos, que eran los tres pueblos más ricos de Europa, ¿cómo podían cargar con ellas los Estados mucho más pobres?

La respuesta sencilla a esta pregunta es que no podían. Ni siquiera la Prusia de Federico *el Grande*, que sacaba una gran parte de sus rentas de los extensos y bien administrados dominios y monopolios reales, pudo enfrentarse con las grandes exigencias de la Guerra de Sucesión austríaca y de la Guerra de los Siete Años sin recurrir a tres fuentes «extraordinarias» de ingresos: beneficios de la reducción del valor intrínseco de la moneda, saqueo de Estados vecinos, tales como Saboya y Mecklemburgo y, después de 1757, subsidios considerables de su rico aliado, Gran Bretaña.

Para el menos eficiente y más descentralizado Imperio de los Habsburgo, el problema de pagar la guerra era inmenso; pero es difícil creer que la situación fuese mejor en Rusia o en España, donde las perspectivas de recaudar dinero —a no ser que se estrujara más a los campesinos y a las clases medias subdesarrolladas— no eran prometedoras. Con tantos sectores (por ejemplo, la nobleza húngara y el clero español) que reclamaban exenciones bajo los sistemas de Antiguo Régimen, incluso el invento de complicados impuestos indirectos, la reducción del valor intrínseco de la moneda y la impresión de papel moneda resultaban insuficientes para sostener los costosos ejércitos y las cortes en tiempo de paz; y si el principio de una guerra conducía a medidas fiscales extraordinarias para la emergencia nacional, también significaba que había que confiar cada vez más en los mercados europeos occidentales de dinero o, mejor aún, en subsidios directos de Londres, Amsterdam o París, que podían ser entonces empleados para pagar mercenarios y suministros. *Pas d'argent, pas de Suisses* pudo ser un dicho de los príncipes del Renacimiento, pero era todavía un hecho inevitable de la vida incluso en los tiempos de Federico y de Napoleón²¹.

Ahora bien, esto no quiere decir que el elemento financiero determinase *siempre* el destino de las naciones en estas guerras del siglo XVIII. Amsterdam fue durante gran parte de este período el mayor centro financiero del mundo, pero esto no pudo evitar que las Provincias Unidas dejasen de ser una potencia importante; por el contrario, Rusia estaba económicamente atrasada y su Gobierno andaba relativamente escaso de capital, pero la influencia y el poder del país en los asuntos europeos aumentaba sin cesar. Para explicar esta aparente discrepancia es necesario prestar igual atención al segundo factor importante de condicionamiento: la influencia de la geografía sobre la estrategia nacional.

Geopolítica

Dada la naturaleza competitiva de la política europea de poder y la fragilidad de las alianzas a lo largo del siglo XVIII, los Estados rivales encontraban circunstancias notablemente diferentes —y a veces extremadas variaciones de fortuna— entre un conflicto importante y el siguiente. Tratados secretos y «revoluciones diplomáticas» producían cambiantes conglomerados de poderes y, en consecuencia, frecuentes variaciones en el equilibrio europeo, tanto militar como naval. Esto hacía naturalmente que se depositase

gran confianza en la habilidad de los diplomáticos de una nación, por no hablar de la eficacia de sus Fuerzas Armadas, pero señalaba también la importancia del factor geográfico. Este término se refiere aquí, no sólo a elementos tales como el clima, las materias primas, la fertilidad de la agricultura y el acceso a las rutas comerciales de un país —por muy importante que sea esto para su prosperidad global—, sino más bien a la crítica cuestión de la *situación* estratégica durante las guerras multilaterales. ¿Era capaz una nación de concentrar su energía en un solo frente, o tenía que luchar en varios de ellos? ¿Tenía fronteras comunes con Estados débiles o con Estados poderosos? ¿Era principalmente una potencia en tierra, en el mar, o ambas cosas a la vez, y cuáles eran las ventajas y los inconvenientes que se derivaban de ello? ¿Podía desencadenar fácilmente una gran guerra en Europa central si lo deseaba? ¿Podía obtener recursos adicionales de ultramar?

La suerte de las Provincias Unidas en este período nos proporciona un buen ejemplo de la influencia de la geografía sobre la política. A principios del siglo XVII poseían muchos de los ingredientes internos para el crecimiento nacional: una economía floreciente, estabilidad social, un Ejército bien adiestrado y una Marina poderosa. Y no parecían haber sido perjudicados por la geografía. Por el contrario, su red fluvial significaba una barrera (al menos hasta cierto punto) contra las fuerzas españolas; y su posición en el mar del Norte les daba fácil acceso a las ricas pesquerías de arenques. Pero un siglo más tarde los holandeses luchaban por conservar lo suyo contra numerosos rivales. La adopción de políticas mercantilistas por parte de la Inglaterra de Cromwell y de la Francia de Colbert perjudicó al comercio y la navegación holandeses. A pesar de la inteligencia táctica de jefes tales como Tromp y De Ruyter, los mercaderes holandeses, en las guerras navales contra Inglaterra, tenían que aceptar el reto de la ruta del Canal o seguir la ruta más larga y tormentosa alrededor de Escocia y que (como sus pesquerías de arenques) estaba todavía expuesta al ataque en el mar del Norte; los vientos dominantes del Oeste daban ventaja a los almirantes ingleses, y las aguas poco profundas de Holanda restringían el calado —y en definitiva el volumen y el poder— de los buques de guerra holandeses²¹. Del mismo modo que su comercio con las Américas y las Indias estaba cada vez más expuesto a los manejos del poder marítimo británico, lo estaba también su comercio de *entrepôt* en el Báltico —uno de los cimientos de su primitiva prosperidad—, corroído por los suecos y otros rivales locales. Aunque los holandeses podían reafirmarse temporalmente mediante el envío de una gran flota de guerra a un punto

amenazado, no tenían manera de preservar de forma permanente sus extendidos y vulnerables intereses en mares lejanos.

Este dilema empeoró a causa de la vulnerabilidad holandesa a la amenaza por tierra de Luis XIV de Francia desde finales de la década de 1660 y en tiempos sucesivos. Dado que este peligro era todavía mayor que el que había representado España un siglo atrás, los holandeses se vieron obligados a aumentar su propio Ejército (era de 93.000 hombres en 1693) y a dedicar todavía más recursos a guarnecer las fortalezas de la frontera meridional. Este desgaste de energía de los holandeses era doble: desviaba grandes cantidades de dinero hacia los gastos militares, lo cual producía la creciente espiral en deudas de guerra, pago de intereses, aumento de impuestos indirectos y elevados salarios que reducían la competitividad comercial de la nación a largo plazo; y era causa de grandes pérdidas de vidas durante el tiempo de guerra en una población que, siendo de unos doce millones, permaneció curiosamente estática durante todo este período. De ahí la justificada alarma, durante las encarnizadas batallas de la Guerra de Sucesión Española (1702-1713) ante las graves pérdidas causadas por el empeño de Marlborough de lanzar los ejércitos anglo-holandeses a sangrientos ataques frontales contra los franceses²².

La alianza inglesa que Guillermo III había concertado en 1689 fue, simultáneamente, la salvación de las Provincias Unidas y un factor sustancial en su decadencia como gran potencia, de la misma manera que, más de doscientos años más tarde, la ley de préstamo y arriendo y la alianza con los Estados Unidos salvarían y, al mismo tiempo, contribuirían a socavar un Imperio británico que luchaba por la supervivencia bajo el liderazgo de Winston Churchill, lejano pariente de Marlborough. La insuficiencia de los recursos holandeses en las varias guerras contra Francia, entre 1688 y 1748, significó que tuvieran que dedicar casi las tres cuartas partes de los gastos de defensa a la fuerza militar, descuidando así su flota; mientras que los británicos asumían, desde entonces, una creciente participación en las campañas marítimas y coloniales y en los beneficios comerciales. Así, mientras los comerciantes de Londres y Bristol medraban, sufrían, por decirlo claramente, los mercaderes de Amsterdam. Esto fue exacerbado por los frecuentes esfuerzos ingleses por impedir *todo* comercio con Francia en tiempo de guerra, en contraste con el deseo holandés de mantener tan provechosos lazos, lo cual era el reflejo de cuán comprometidas en (y por tanto dependientes de) el comercio y las finanzas *exteriores* estuvieron las Provincias Unidas durante todo aquel período, mientras que la economía británica era todavía relativamente autosuficiente. Incluso cuando, durante la Guerra de los Siete Años, se refugiaron las Provincias Unidas en la neutralidad, esto les sirvió

de poco, pues la arrogante Royal Navy, que se negaba a aceptar la doctrina de «barcos libres, mercancías libres», estaba resuelta a impedir que el comercio de Francia con ultramar se realizase por medio de embarcaciones neutrales²⁴. La disputa diplomática anglo-holandesa de 1758-1759 sobre esta cuestión se repitió durante los primeros años de la Revolución americana y, en definitiva, condujo a una ruptura de hostilidades después de 1780, cosa que en modo alguno favoreció al comercio marítimo de Gran Bretaña ni al de las Provincias Unidas. En los tiempos de la Francia revolucionaria y de las guerras napoleónicas, los holandeses se encontraron todavía más encallados entre Gran Bretaña y Francia, pues sufrieron de los generales desconocimientos de deudas, se vieron afectados por fisuras internas y perdieron colonias y comercio ultramarino, en una contienda global que no podían evitar ni aprovechar. En tales circunstancias, la experiencia financiera y la confianza en el «capital excedente» no eran, sencillamente, suficientes²⁵.

De manera parecida, aunque en escala mucho mayor, Francia tuvo que sufrir también el hecho de ser una potencia híbrida durante el siglo XVIII, con sus energías repartidas entre los objetivos continentales, de una parte, y las ambiciones marítimas y coloniales, de otra. Durante la primera parte del reinado de Luis XIV esta ambivalencia estratégica no fue tan marcada. La fuerza de Francia se apoyaba firmemente en materiales *indígenas*: su territorio grande y relativamente homogéneo, su agricultura autosuficiente y su población de unos veinte millones, que permitió a Luis XIV aumentar su Ejército de 30.000 hombres en 1659 a 97.000 en 1666 y nada menos que a 350.000 en 1710²⁶. También los objetivos del Rey Sol en política extranjera se fundaban en la tierra y en la tradición: socavar todavía más las posiciones de los Habsburgo, con movimientos contra España en el sur y, en el este, contra la vulnerable cadena de territorios hispano-austríacos y alemanes de Franco Condado, Lorena, Alsacia, Luxemburgo y el sur de los Países Bajos. Con España agotada, los austríacos distraídos por la amenaza turca y los ingleses neutrales o amistosos al principio, Luis gozó de dos décadas de triunfos diplomáticos; pero entonces la arrogancia de Francia en sus pretensiones alarmó a las otras potencias.

El principal problema estratégico de Francia era que, si bien dotada de una enorme fuerza defensiva, estaba menos bien colocada para emprender una campaña decisiva de conquista: en cada dirección se veía obstaculizada en parte por barreras geográficas y en parte por las existentes intenciones e intereses de otras potencias. Por ejemplo, un ataque contra el sur de los Países Bajos

(es decir, poseído por los Habsburgo) requirió agotadoras campañas a través de un territorio lleno de fortalezas y de canales, y provocó una reacción, no sólo de las propias potencias habsburguesas, sino también de las Provincias Unidas y de Inglaterra. El esfuerzo militar francés en Alemania fue también dificultoso: la frontera se podía romper con más facilidad, pero las vías de comunicación eran mucho más largas, y una vez más tenía que enfrentarse con una inevitable coalición, a saber, los austríacos, los holandeses, los británicos (especialmente después de la sucesión de los Hannover en 1714) y luego los prusianos. Incluso cuando, a mediados del siglo XVIII, se dispuso Francia a buscar un firme aliado alemán —es decir, Austria o Prusia—, la consecuencia natural de una alianza de esta clase fue que los *otros* países alemanes pasaron a la oposición y, lo que es más importante aún, se esforzaron en conseguir el apoyo de Gran Bretaña y de Rusia para neutralizar las ambiciones francesas.

Además, cada guerra contra las potencias marítimas significaba cierta división de las energías francesas y desviaba su atención del continente, lo cual hacía menos probable una campaña victoriosa en tierra. Dividida entre luchar en Flandes, Alemania y el norte de Italia, de una parte, y en el Canal, las Indias Occidentales, el bajo Canadá y el océano Índico, de otra, la estrategia francesa condujo repetidamente a «encontrarse entre dos fuegos». Aunque nunca dispuestos a hacer el gran esfuerzo necesario para desafiar la supremacía de la Royal Navy*, sucesivos Gobiernos franceses destinaron fondos a la Marina que —si Francia hubiese sido sólo una potencia terrestre— habría podido ser utilizada para reforzar el Ejército. Sólo en la guerra de 1778-1783, al apoyar a los rebeldes norteamericanos en el hemisferio occidental, pero absteniéndose de todo movimiento en Alemania, consiguió Francia humillar a su enemigo británico. En todas sus otras guerras, los franceses no gozaron nunca del lujo de la concentración estratégica, y sufrieron como resultado de ello.

En suma, la Francia del Antiguo Régimen siguió siendo, por su extensión y población y riqueza, el más grande Estado europeo; pero no fue lo bastante poderoso ni estuvo lo bastante organizado en el mar, no podía prevalecer contra la coalición que provocaban inevitablemente sus ambiciones. Las acciones francesas confirma-

Por ejemplo, durante los conflictos de 1689-1697 y 1702-1714, Francia destinó menos del 10% de gastos totales a su Marina y entre el 57% y el 65% a su Ejército. (Las cifras británicas correspondientes fueron del 35% a la Marina y el 40% al Ejército.) En 1760, la Marina francesa recibió sólo un cuarto de la suma destinada al Ejército. Incluso cuando recibía dinero, la posición geográfica de Francia significaba que a menudo le era sumamente difícil conseguir artículos navales del Báltico en tiempo de guerra, para mantener la flota en buen estado.

tra-
me-
nosnme-
dente
a las
rier-
sentar
nte el
firmar
ia), los
tar ser
s pola-
uge de
oía aña-
mperio.
porales
ocidad y
a de los
760, hizo
cto a su
tando del
italiana y
(802), una
ce militara en el si-
el de Fran-
importan-
y tal vez
por los del
nitia derro-
rsos adicio-
rantías, qu-
encias. Baj-
stinado a l-
que el ritm-
rados. Hab-
na brutalida-
mas comun-
nológico y
e ineficaz

ron, en lugar de trastornar, la pluralidad de poder en Europa. Sólo cuando sus energías nacionales fueron transformadas por la Revolución, y desplegadas después brillantemente por Napoleón, pudo imponer sus ideas al continente... durante un tiempo. Pero incluso entonces, su triunfo fue temporal y ningún genio militar pudo asegurar de modo permanente el control francés de Alemania, Italia y España, por no hablar de Rusia y de Gran Bretaña.

El problema geoestratégico de Francia; de tener que enfrentarse con posibles enemigos en diversos frentes; no era único, aunque aquel país empeoró las cosas para él mismo por su repetida agresividad y una falta crónica de dirección. Las dos grandes potencias alemanas de aquel período —el Imperio Habsburgo y Brandeburgo-Prusia— estaban también destinadas por su posición geográfica a luchar con el mismo problema. Para los Habsburgo austríacos, esto no era en modo alguno nuevo. El extraño conglomerado de territorios que gobernaban (Austria, Bohemia, Silesia, Moravia, Hungría, Milán, Nápoles, Sicilia y, después de 1714, el sur de los Países Bajos, véase mapa 5) y la situación de otras potencias en relación con aquellas tierras requerían unos juegos malabares diplomáticos y militares de pesadilla, simplemente para conservar la herencia; aumentarlas exigía o genio o mucha suerte o, probablemente, ambas cosas.

Así, mientras las diversas guerras contra los turcos (1663-1664, 1683-1699, 1716-1718, 1737-1739, 1788-1791) mostraron que los Ejércitos de los Habsburgo afirmaban generalmente su posición en los Balcanes, esta lucha contra el decadente Imperio otomano consumió la mayor parte de la energía de Viena en aquellos períodos escogidos²⁷. Por ejemplo, con los turcos en las puertas de su capital imperial en 1683, Leopoldo I se vio obligado a permanecer neutral en relación con Francia, a pesar de la provocación de las «reuniones» de Alsacia y Luxemburgo por Luis XIV aquel mismo año. Esta ambivalencia austríaca fue de algún modo menos marcada durante la Guerra de los Nueve Años (1689-1697) y la subsiguiente Guerra de Sucesión española (1702-1713), ya que Viena se había convertido a la sazón en parte de una gigantesca alianza antifrancesa; pero ni siquiera entonces desapareció del todo. El curso de muchas guerras posteriores en el siglo XVIII pareció todavía más aleatorio e imprevisible, tanto para la defensa de los intereses generales de los Habsburgo en Europa como para la preservación específica de aquellos intereses dentro de la propia Alemania después del auge de Prusia. Al menos desde la captura por parte de Prusia de la provincia de Silesia en 1740, Viena tuvo siempre que dirigir sus políticas extranjera y militar sin perder de vista a Ber-

lín. Esto hizo a su vez que la diplomacia habsburguesa fuese más complicada que nunca: frenar el auge de Prusia dentro de Alemania; la necesidad de los austríacos de pedir ayuda a Francia en el Oeste y, con más frecuencia, a Rusia en el Este; pero la propia Francia era poco digna de confianza y tenía que ser controlada en ocasiones por una alianza anglo-austríaca (por ejemplo, 1744-1748). Además, el propio y continuado crecimiento de Rusia era otra causa de preocupación, en particular cuando el expansionismo zarista amenazó el dominio otomano deseado por Viena de ciertas tierras balcánicas. Por último, cuando el imperialismo napoleónico puso en peligro la independencia de todas las otras potencias de Europa, el Imperio austríaco no tuvo más remedio que incorporarse a cualquier gran coalición para combatir la hegemonía francesa.

La guerra de coalición contra Luis XIV al principio del siglo XVIII y las sostenidas contra Bonaparte en su final nos dan probablemente una visión de la debilidad austríaca menos elocuente de la que nos ofrecen los conflictos intermedios. La larga lucha contra Prusia después de 1740 fue particularmente reveladora: demostró que, a pesar de todas las reformas militares, fiscales y administrativas emprendidas en las tierras de los Habsburgo durante este período, Viena no podía prevalecer contra otro Estado alemán, más pequeño, pero considerablemente más eficaz en el Ejército, la recaudación de impuestos y la burocracia. Además, estuvo cada vez más claro que las potencias no germánicas, Francia, Gran Bretaña y Rusia, no deseaban la eliminación de Prusia por Austria, ni la de Austria por Prusia. En el más amplio contexto europeo, el Imperio de los Habsburgo se había convertido ya en una potencia *maginal* de primera clase y permanecería así hasta 1918. En efecto, no bajó tanto en la lista como España y Suecia y evitó el destino de que fue víctima Polonia; pero, debido a su descentralización, su diversidad étnica y su atrasada situación económica, hizo inútiles los intentos de sucesivas administraciones en Viena de convertirla en el más grande de los Estados europeos. Sin embargo, es peligroso anticipar esta decadencia. Como observa Olwen Hufton, «la persistente, y para algunos perversa, negativa del Imperio austríaco a desintegrarse convenientemente» es un recordatorio de que poseía fuerzas ocultas. Los desastres iban con frecuencia seguidos de períodos de reforma —los *rétablissements*— que revelaron los muy considerables recursos del Imperio, aunque demostraron también la gran dificultad que tenía siempre Viena de echarles mano. Y todo historiador de la decadencia habsburguesa ha explicado de algún modo su notable tenacidad y, en ocasiones, su imponente resistencia militar a la fuerza dinámica del imperialismo francés durante los casi catorce años del período 1792-1815²⁸.

La situación de Prusia era muy similar a la de Austria en

minos geoestratégicos, aunque completamente distinta a nivel interno. Las razones del rápido auge de aquel país hasta convertirse en el más poderoso reino alemán del norte son bien conocidas y bastará con anotarlas aquí: el genio organizador y militar de tres caudillos, el Gran Elector (1640-1688), Federico Guillermo I (1713-1740) y Federico *el Grande* (1740-1786); la eficacia del Ejército prusiano con oficiales Junker, en el que se vertían hasta las cuatro quintas partes de los recursos fiscales del Estado; la (relativa) estabilidad fiscal, fundada en los extensos dominios reales y en el fomento del comercio y de la industria; el gustoso empleo de soldados y empresarios extranjeros, y los famosos burócratas prusianos bajo la dependencia del Comisariado General de Guerra²⁹. Sin embargo, también es cierto que el auge de Prusia coincidió con el colapso del poder sueco, con la desintegración del caótico y debilitado reino polaco y con las distracciones que en las muchas guerras y la incierta sucesión del Imperio austríaco impusieron a Viena en las primeras décadas del siglo XVIII. Por consiguiente, si los monarcas prusianos aprovecharon sus oportunidades, lo cierto es que éstas estaban al alcance de su mano. Además, al llenar el «vacío de poder» que se había producido en el norte-centro de Europa después de 1770, el Estado prusiano se benefició también de su posición frente a las otras grandes potencias. El propio auge de Rusia contribuía a distraer (y erosionar) a Suecia, Polonia y el Imperio otomano. Y Francia estaba lo bastante lejos en el Oeste para no constituir, generalmente, un peligro mortal; en verdad, podía en ocasiones servir de útil aliado contra Austria. Por otra parte, si Francia entraba agresivamente en Alemania, lo más probable era que se opusieran a ello las fuerzas de los Habsburgo, Hannover (y por consiguiente Gran Bretaña) y tal vez los holandeses, así como la propia Prusia. Por último, si fallaba esta coalición, Prusia podría buscar más fácilmente la paz con París que cualquier otra potencia; una alianza antifrancesa era a veces útil, pero no imperativa, para Berlín.

Dentro de este ventajoso contexto diplomático y geográfico, los primeros reyes de Prusia desarrollaron bien el juego. La adquisición de Silesia —descrita por algunos como *la zona industrial del Este*— dio en particular un gran impulso a la capacidad económico-militar del Estado. Pero las limitaciones del poder real de Prusia en los asuntos europeos, limitaciones de extensión y de población, fueron puestas cruelmente de manifiesto en la Guerra de los Siete Años de 1756-1763, cuando las circunstancias diplomáticas ya no eran tan favorables y los poderosos vecinos de Federico *el Grande* estaban resueltos a castigarle por su tortuosidad. Solamente los magníficos esfuerzos del monarca prusiano y sus bien adiestradas tropas —favorecidas por la falta de coordinación

entre sus enemigos— permitieron a Federico evitar la derrota delante de un «cerco» tan espantoso. Sin embargo, el coste de la guerra en hombres y material fue enorme, y con el Ejército prusiano osificándose continuamente desde la década de 1770, Berlín no estaba en condiciones de resistir más tarde la presión diplomática de Rusia, por no hablar del audaz asalto de Napoleón en 1806. Ni siquiera la ulterior recuperación dirigida por Scharnhorst, Gneisenau y los otros reformadores militares pudo ocultar las todavía inadecuadas bases de la fuerza prusiana en 1813-1815³⁰. Entonces Rusia le hacía militarmente sombra; Prusia dependía en gran medida de los subsidios de Gran Bretaña, pagadora de la coalición, y no habría podido hacer frente sola a Francia. El reino de Federico Guillermo III (1797-1840) era, como Austria, una de las últimas grandes potencias y seguiría siéndolo hasta su transformación industrial y militar en la década de 1860.

En cambio, dos potencias más lejanas, Rusia y los Estados Unidos, disfrutaban de una invulnerabilidad y una libertad relativas frente a las ambivalencias estratégicas que afligían a los Estados europeos centrales en el siglo XVIII. Estas dos futuras superpotencias tenían, en realidad, «una frontera desmóromadiza» que requería vigilancia, pero ni la expansión norteamericana a través de los Alleghanys y las grandes llanuras, ni la expansión rusa a través de las estepas encontraron sociedades militarmente avanzadas que representasen un peligro para el país base³¹. Por consiguiente tuvieron la ventaja, en sus respectivos tratos con la Europa occidental, de un «frente» relativamente homogéneo. Cada uno de ellos podía plantear un desafío —o al menos una distracción— a algunas de las grandes potencias establecidas, mientras seguía gozando de la invulnerabilidad que le prestaba su distancia de las principales zonas de combate europeas.

Desde luego, tratándose de un período tan largo como el que va de 1660 a 1815, es importante recalcar que el impacto de los Estados Unidos y de Rusia se manifestó mucho más al final de aquella era que en su principio. De hecho, en las décadas de 1660 y 1670 la «América» europea no era más que una serie de colonias costeras aisladas, mientras que Moscovia, antes del reinado de Pedro *el Grande* (1689-1725), era casi igualmente remota e incluso más atrasada; en términos comerciales, ambos países eran «subdesarrollados», ambos eran productores de madera, cáñamo y otras materias primas y compradores de productos manufacturados de Gran Bretaña y de las Provincias Unidas. El continente americano fue, durante gran parte de aquella época, un objeto por el que luchar más que un factor de poder por su propio derecho. Lo que

cambió aquella situación fue el aplastante triunfo británico al final de la Guerra de los Siete Años (1763), que significó la expulsión de Francia del Canadá y Nueva Escocia y la exclusión de España de Florida occidental. Liberados de las amenazas extranjeras que hasta ahora habían inducido a la fidelidad a Westminster, los colonos norteamericanos podían insistir en un lazo meramente nominal con Gran Bretaña y, si esto les era negado por un Gobierno imperial con diferentes ideas, alzarse en rebelión. Además, en 1776 las colonias norteamericanas habían crecido enormemente: la población de dos millones doblaba entonces cada treinta años, se extendía hacia el Oeste, era económicamente próspera y autosuficiente en comestibles y otros muchos artículos. Esto significaba, como pudieron observar los británicos a su costa durante los siete años siguientes, que los Estados rebeldes eran virtualmente invulnerables a las operaciones meramente navales y eran también demasiado extensos para ser sometidos por fuerzas de tierra traídas desde una isla situada a 3.000 millas de distancia.

La existencia de unos Estados Unidos independientes tendría, con el tiempo, importantes consecuencias para la estructura cambiante de poder mundial. La primera fue que, a partir de 1783 existió un importante centro extraeuropeo de producción, riqueza y, en definitiva, de fuerza militar, que ejercería a largo plazo influencias sobre el equilibrio de poder mundial, a diferencia de otras sociedades extraeuropeas (pero económicamente en decadencia), como China y la India, que no podían ejercerla. Ya a mediados del siglo XVIII, las colonias norteamericanas ocupaban un lugar significativo en el mapa del comercio marítimo e iniciaban las primeras fases vacilantes de industrialización. Según algunos cálculos, la naciente nación produjo más hierro colado y en lingotes en 1776 que toda Gran Bretaña, y más adelante «los productos manufacturados se multiplicaron por un factor de casi 50, de manera que, en 1830, el país se había convertido en la sexta potencia industrial del mundo desarrollado»³². Dado aquel ritmo de crecimiento, no era de extrañar que, ya en la década de 1790, los observadores predijesen un gran papel de los Estados Unidos al cabo de un siglo. La segunda consecuencia tenía que sentirse mucho más rápidamente, en especial por parte de Gran Bretaña, cuyo papel de potencia de «flanco» en la política europea se vio afectado por el surgimiento de un Estado posiblemente hostil en su propio frente atlántico, amenazando sus posesiones en Canadá y la India occidental. Este no era, desde luego, un problema constante, y la mera distancia, junto con el aislacionismo de los Estados Unidos, significaba que Londres no tenía que considerar a los norteamericanos bajo la misma y amenazadora luz con que, digamos, consideraba Viena a los turcos o más tarde a los rusos. Sin embargo,

las experiencias de las guerras de 1779-1783 y 1812-1814 demostraron claramente lo difícil que sería para Gran Bretaña comprometerse plenamente en las luchas europeas si tenía a su espalda unos Estados Unidos hostiles.

El auge de la Rusia zarista tuvo un impacto mucho más inmediato sobre el equilibrio internacional de poder. La sorprendente derrota de los suecos por Rusia en Poltava (1709) conmovió a las otras potencias, que vieron que el hasta entonces lejano y en cierto modo bárbaro Estado moscovita estaba resuelto a representar un papel en los asuntos europeos. Al establecer rápidamente el primer y ambicioso zar, Pedro *el Grande*, una Marina para afirmar sus nuevas posiciones en el Báltico (Carelia, Estonia, Livonia), los suecos no tardaron en pedir ayuda a la Royal Navy para evitar ser invadidos por el coloso oriental. Pero, en realidad, eran los polacos y los turcos quienes más tendrían que sufrir por el auge de Rusia, y cuando murió en 1796 Catalina *la Grande*, ésta había añadido otros 300.000 kilómetros cuadrados a su ya enorme Imperio. Todavía parecían más impresionantes las incursiones temporales que las fuerzas militares rusas hacían hacia el Oeste. La ferocidad y la terrible tenacidad de las tropas rusas durante la Guerra de los Siete Años, así como su ocupación temporal de Berlín en 1760, hizo que Federico *el Grande* cambiase de opinión con respecto a su vecino. Cuatro décadas más tarde las fuerzas rusas, al mando del general Suvorov, se mostraron activas en las campañas italiana y alpina durante la Guerra de la Segunda Coalición (1798-1802), una operación lejana que fue precursora del implacable avance militar ruso desde Moscú hasta París, entre 1812 y 1814³³.

Es difícil medir exactamente la importancia de Rusia en el siglo XVIII. Su Ejército era a menudo más numeroso que el de Francia, y también hacía grandes adelantos en manufacturas importantes (tejidos, hierro). Era un país terriblemente difícil y tal vez imposible de conquistar por sus rivales, al menos por los del Oeste, y su condición de «imperio de pólvora» le permitía derrotar a las tribus a caballo del Este y adquirir así recursos adicionales en mano de obra, materias primas y tierras labrantías, que a su vez apuntalarían su puesto entre las grandes potencias. Bajo una dirección oficial, el país estaba evidentemente destinado a la modernización en una gran variedad de aspectos, aunque el ritmo y el éxito de esta política han sido a menudo exagerados. Había todavía múltiples señales de atraso: una pobreza y una brutalidad espantosas, una renta per cápita sumamente baja, unas comunicaciones deficientes, un clima crudo y un retraso tecnológico y de educación, por no hablar del carácter reaccionario e ineficaz de

muchos Romanov. Incluso la formidable Catalina tenía poco relieve cuando se trataba de asuntos económicos y financieros.

Sin embargo, la relativa estabilidad de una organización y una técnica militares europeas en el siglo XVIII permitió que Rusia (imitando experiencias extranjeras) alcanzase y adelantase después a países con menos recursos, y la ventaja de la superioridad numérica no fue realmente erosionada hasta que la Revolución industrial transformó la escala y la velocidad de la guerra durante el siglo siguiente. En el período anterior a 1840, y a pesar de los muchos defectos consignados arriba, el Ejército ruso podía ser ocasionalmente una formidable fuerza ofensiva. Eran tan copiosos los fondos del Estado (tal vez tres cuartas partes) que se dedicaban a las fuerzas militares y tan grande el estoicismo con que soportaban los soldados las numerosas dificultades, que los regimientos rusos podían montar operaciones de gran envergadura que estaban fuera del alcance de la mayoría de los otros ejércitos del siglo XVIII. Ciertamente que la base logística rusa era a menudo inadecuada (con pocos caballos, un sistema de abastecimiento ineficaz y oficiales incompetentes) para sostener una campaña masiva (la marcha de 1813-1814 sobre Francia se realizó a través de territorio «amigo» y con la ayuda de grandes subsidios británicos), pero estas operaciones poco frecuentes bastaron para dar a Rusia una reputación formidable y un lugar destacado en los Consejos de Europa, incluso en los tiempos de la Guerra de los Siete Años. En términos estratégicos, era emperó otra potencia que podía pesar en el equilibrio y contribuir a asegurar que los esfuerzos franceses por dominar el continente durante este período terminarían en fracaso.

Sin embargo, escritores de principios del siglo XIX, como De Tocqueville, solían referirse a un futuro lejano cuando argüían que Rusia y los Estados Unidos parecían «señalados por la voluntad del Cielo para cambiar los destinos de la mitad del globo»³⁴. Durante el período comprendido entre 1660 y 1815 fue una nación marítima, Gran Bretaña, más que aquellos gigantes continentales, la que hizo los avances más decisivos, y desplazó finalmente a Francia de su posición de primera potencia. También aquí representó la geografía un papel vital, aunque no exclusivo. La ventaja de la situación británica fue descrita, hace casi un siglo, en la obra clásica de Mahan, *The Influence of Sea Power upon History* (1890):

... si una nación está situada de manera que no se ve obligada a defenderse por tierra ni inducida a buscar la expansión de su territorio en tierra tiene, por la unidad de su objetivo dirigido hacia el mar, una ventaja en comparación con un pueblo que tenga una frontera continental³⁵.

La declaración de Mahan presume, desde luego, otros puntos. El primero es que el Gobierno británico no tendría distracciones por sus flancos, cosa que después de la conquista de Irlanda y la Ley de Unión con Escocia (1707) era esencialmente correcta, aunque es interesante observar los ulteriores y ocasionales intentos franceses de molestar a Gran Bretaña a lo largo de sus lindes célticas, algo que Londres se tomaba en verdad muy en serio. Un levantamiento irlandés estaba mucho más cerca de casa que los problemas estratégicos planteados por los rebeldes norteamericanos. Por fortuna para los británicos, esta vulnerabilidad no fue nunca debidamente explotada por sus enemigos.

La segunda presunción en la declaración de Mahan es la superioridad de la guerra en el mar y del poder marítimo sobre sus equivalentes en tierra. Era ésta una creencia muy arraigada de la que ha sido llamada escuela «navalista» de estrategia³⁶, y pareció justificada por las tendencias económicas y políticas posteriores a 1500. El continuo desplazamiento de las principales rutas comerciales del Mediterráneo al Atlántico y los grandes beneficios que podían obtenerse de las empresas coloniales y comerciales en las Indias Occidentales, América del Norte, el subcontinente indio y el Extremo Oriente beneficiaban naturalmente a un país situado fuera del flanco occidental del continente europeo. Además, esto requería también un gobierno consciente de la importancia del comercio marítimo y dispuesto a pagar una importante flota de guerra. Sujeta a esta precondition, la elite política británica parecía haber descubierto, en el siglo XVIII, una receta maravillosa para el continuo conocimiento de la riqueza y el poder nacionales. El floreciente comercio de ultramar ayudaba a la economía británica, fomentaba la náutica y la construcción de barcos, proveía de fondos al Tesoro Nacional y era el cordón umbilical de las colonias. Las colonias no sólo ofrecían salidas para los productos británicos, sino que suministraban también muchas materias primas, desde los valiosos azúcar, tabaco y percales hasta las cada vez más importantes provisiones navales norteamericanas. Ya la Royal Navy aseguraba el respeto a los mercantes británicos en tiempo de paz y protegía su comercio y acumulaba más territorios coloniales en la guerra, para beneficio político y económico del país. Así, pues, el comercio, las colonias y la Marina formaban un «triángulo virtuoso» y actuaba recíprocamente con la consiguiente ventaja para Gran Bretaña a largo plazo.

Pero, si esta explicación del auge británico era en parte válida, no era toda la verdad. Como tantas obras mercantilistas, la de Mahan tendía a recalcar la importancia del comercio exterior de Gran Bretaña en oposición a la producción interior, y en particular a exagerar la importancia del comercio «colonial». La agricul-

tura siguió siendo la base de la riqueza británica durante todo el siglo XVIII y las exportaciones (que representaron probablemente menos del 10 % de la total renta nacional hasta la década de 1780) estaban con frecuencia sometidas a una fuerte competencia extranjera y a aranceles, por lo que no podían ser compensadas por el poder naval³⁷. El punto de vista navalista inducía también a olvidar el hecho de que el comercio británico con el Báltico, Alemania y los países mediterráneos —aunque crecía menos de prisa que el del azúcar, las especias y los esclavos— seguía teniendo gran importancia económica, de manera que una Francia que dominaba de modo permanente en Europa, como demostraron los acontecimientos de 1806-1812, era capaz de descargar un terrible golpe contra la industria manufacturera británica. En estas circunstancias, el aislacionismo de la política de poder europea podía ser económicamente una locura.

Había también una dimensión «continental» sumamente importante para la estrategia global británica, olvidada por aquellos que fijaban la mirada en las Indias Occidentales, Canadá y la India. Entablar una guerra puramente marítima era perfectamente lógico durante las contiendas anglo-holandesas de 1652-1654, 1665-1667 y 1662-1674, ya que la rivalidad comercial entre las dos potencias marítimas era la raíz de aquel antagonismo. Pero, después de la Revolución Gloriosa de 1688, cuando Guillermo de Orange aseguró el trono inglés, la situación estratégica quedó completamente transformada. El desafío a los intereses británicos durante las siete guerras que se producirían entre 1689 y 1815, fue planteado por una potencia esencialmente *terrestre*, Francia. Es cierto que los franceses llevarían esta lucha al hemisferio occidental, al océano Índico, a Egipto y a otras partes; pero tales campañas, aunque importantes para los comerciantes de Londres y de Liverpool, nunca plantearon una amenaza directa contra la seguridad nacional británica. Esta surgiría solamente con la perspectiva de victorias militares francesas sobre los holandeses, los hannoverianos y los prusianos, que permitirían que Francia dominase la Europa occidental y central el tiempo suficiente para acumular recursos de buques capaces de socavar la supremacía naval británica. Por consiguiente, no fue sólo la unión personal de Guillermo III con las Provincias Unidas, ni los posteriores lazos con Hannover, lo que causó que sucesivos Gobiernos británicos interviniesen militarmente en Europa durante aquellas décadas. Existía también el sóli-

* Por no hablar de la importancia *estratégica* de los almacenes navales del Báltico, en los que confiaban tanto la Royal Navy como la Marina mercante; dependencia reflejada en los frecuentes envíos de una flota británica al Báltico, para preservar el equilibrio de poder y el libre transporte de madera y mástiles.

do argumento —eco de los temores de Isabel acerca de España— de que había que ayudar a los enemigos de Francia *dentro* de Europa, para contener las ambiciones borbónicas (y napoleónicas) y preservar así los intereses a largo plazo de la propia Gran Bretaña. Según este punto de vista, la estrategia «marítima» y la estrategia «continental» eran complementarias más que antagónicas.

La esencia de este cálculo estratégico fue muy bien expresada por el duque de Newcastle en 1742:

Francia nos superará en el mar cuando nada tenga que temer en tierra. Siempre he sostenido que nuestra Marina debería proteger a nuestras alianzas en el continente, y así, al dividir el gasto de Francia permitirnos mantener nuestra superioridad en el mar³⁸.

El apoyo británico a los países dispuestos a «dividir el gasto de Francia» se realizó de dos formas principales. La primera consistió en las operaciones militares directas, ya mediante incursiones periféricas para distraer al Ejército francés, ya por el envío de una fuerza expedicionaria más importante para luchar junto a los aliados que pudiese tener Gran Bretaña en aquel momento. La estrategia de las incursiones parecía más barata y era muy apreciada por ciertos ministros, pero por lo general producía efectos insignificantes y en ocasiones terminaba en desastre (como la expedición de 1809 a Walcheren). La provisión de un ejército continental era más cara en hombres y dinero, pero como demostraron las campañas de Marlborough y Wellington, era también probable que contribuyese más a la preservación del equilibrio europeo.

La segunda forma de ayuda británica era financiera, bien pagando directamente a hessianos y a otros mercenarios para luchar contra Francia, bien otorgando subsidios a los aliados. Federico *el Grande*, por ejemplo, recibió de los ingleses la suma sustancial de 675.000 libras cada año, desde 1757 hasta 1760; y en las últimas etapas de la guerra napoleónica las entregas británicas de dinero alcanzaron proporciones mucho más grandes (por ejemplo, 11 millones de libras a varios aliados en 1813, y 65 millones para la guerra en su conjunto). Pero todo esto había sido posible sólo porque la expansión del comercio británico, particularmente en los lucrativos mercados de ultramar, permitía al Gobierno conseguir préstamos e impuestos en cantidades sin precedentes, sin ir a una bancarrota nacional. Así, aunque el divertido «gasto de Francia» dentro de Europa era costoso, generalmente aseguraba que los franceses no pudiesen emprender una campaña sostenida contra el comercio marítimo ni dominar el continente europeo hasta el punto de que se sintiesen capaces de amenazar con la invasión de las islas, lo cual permitía a su vez que Londres financiase sus guerras y subvencionase a sus aliados. La ventaja geográfica y el bene-

ficio económico se fundían así para que los ingleses pudiesen continuar brillantemente una estrategia de doble cara: «una cara vuelta hacia el continente; para mantener el equilibrio de poder, y la otra vuelta hacia el mar para fortalecer su dominio marítimo».³⁹

Sólo después de captar la importancia de los factores financiero y geográfico descritos arriba, se puede comprender todo el sentido de las estadísticas de las crecientes poblaciones y fuerzas militares y navales de las potencias durante este período (Véanse tablas 3-5).

TABLA 3. POBLACIÓN DE LAS POTENCIAS, 1700-1800⁴⁰
(en millones)

	1700	1750	1800
Islas Británicas	9,0	10,5	16,0
Francia	19,0	21,5	28,0
Imperio austriaco	8,0	18,0	28,0
Prusia	2,0	6,0	9,5
Rusia	17,5	20,0	37,0
España	6,0	9,0	11,0
Suecia	—	1,7	2,3
Provincias Unidas	1,8	1,9	2,0
Estados Unidos	—	2,0	4,0

TABLA 4. MAGNITUD DE LOS EJÉRCITOS, 1690-1814⁴¹
(en hombres)

	1690	1710	1756-1760	1778	1789	1812-1814
Inglaterra	70.000	75.000	200.000		40.000	250.000
Francia	400.000	350.000	330.000	170.000	180.000	600.000
Imperio austriaco	50.000	100.000	200.000	200.000	300.000	250.000
Prusia	30.000	39.000	195.000	160.000	190.000	270.000
Rusia	170.000	220.000	330.000		300.000	500.000
España		30.000			50.000	
Suecia		110.000				
Provincias Unidas	73.000	130.000	40.000			
Estados Unidos				35.000		

TABLA 5. MAGNITUD DE LAS MARINAS, 1689-1815⁴²
(en buques de línea)

	1689	1739	1756	1779	1790	1815
Inglaterra	100	124	105	90	195	214
Dinamarca	29	—	—	—	38	—
Francia	120	50	70	63	81	80
Rusia	30	—	—	40	67	40
España	40	34	—	48	72	25
Suecia	—	—	—	—	27	—
Provincias Unidas	66	49	—	20	44	—

Como comprenderán los lectores familiarizados con las estadísticas, estas sencillas cifras tienen que ser consideradas con sumo cuidado. Los totales de las poblaciones, sobre todo en el primer período, son simples presunciones (y en el caso de Rusia, el margen de error puede ser de varios millones). Las magnitudes de los ejércitos fluctuaron ampliamente, según si la fecha elegida corresponde al principio, a la mitad o al final de una guerra particular, y las cifras totales incluyen a menudo unidades importantes de mercenarios y (en el caso de Napoleón), incluso las tropas de aliados a la fuerza. El número de barcos de línea no son indicativos de su capacidad para el combate, ni, necesariamente, de la disponibilidad de tripulaciones adiestradas. Además, las estadísticas no tienen en cuenta la capacidad de los jefes militares o navales, ni la competencia o negligencia, ni el fervor nacional o la pusilanimidad. Aun así, parece que las cifras consignadas más arriba reflejan, al menos, *aproximadamente*, las principales tendencias políticas de poder de la época: Francia y, de manera creciente, Rusia ocupan los primeros lugares en cuanto a población y en términos militares; Inglaterra no tiene generalmente rival en el mar; Prusia alcanza a España, Suecia y las Provincias Unidas, y Francia está más próxima a dominar Europa con los enormes ejércitos de Luis XIV y de Napoleón que en cualquier otro momento del siglo intermedio.

Sin embargo, si conocemos las dimensiones financieras y geográficas de aquellos 150 años de lucha entre las grandes potencias, veremos que hay que refinar el cuadro sugerido en estas tres tablas. Por ejemplo, la rápida decadencia de las Provincias Unidas en comparación con otras naciones, en lo que respecta a la magnitud del Ejército no se repitió en el sector de las finanzas de guerra, donde su papel fue crucial durante muchísimo tiempo. El carácter no militar de los Estados Unidos disimula el hecho de

que podían plantear una considerable distracción estratégica. Las cifras subestiman también la contribución militar de Gran Bretaña, ya que podían sufragar el gasto de 100.000 soldados aliados (1450.000 en 1813!), así como subvenir a su propio Ejército y a su personal naval de 140.000 hombres en 1813-1814⁴³, mientras que la verdadera fuerza de Prusia y del Imperio austríaco, dependientes de los subsidios en la mayoría de las guerras, sería exagerada si considerásemos sólo el volumen de sus tropas. Como se ha observado anteriormente, los enormes contingentes militares de Francia fueron menos efectivos por culpa de la debilidad financiera y de los obstáculos geoestratégicos, mientras que los de Rusia se vieron perjudicados por el atraso económico y por la simple distancia. Convendría recordar las fuerzas y las debilidades de estas potencias al pasar a un examen más detallado de las propias guerras.

Las victorias guerreras, 1660-1763

Cuando Luis XIV asumió la plena dirección del Gobierno francés en marzo de 1661, la escena europea era particularmente favorable a un monarca resuelto a imponerle sus opiniones⁴⁴. En el Sur, España se estaba todavía agotando en el fútil intento de recobrar a Portugal. Al otro lado del Canal, la monarquía restaurada bajo Carlos II estaba tratando de consolidarse y en los círculos comerciales ingleses existían unos enormes celos de los holandeses. En el Norte, una guerra reciente había debilitado tanto a Dinamarca como a Suecia. En Alemania, los príncipes protestantes observaban con recelo cualquier nuevo intento de los Habsburgo de mejorar su posición, pero el Gobierno imperial de Viena tenía bastantes problemas en Hungría y Transilvania, y un poco más tarde lo tendría con un renacimiento del poder otomano. Polonia estaba ya languideciendo con el esfuerzo de rechazar a los predadores suecos y moscovitas. Así, la diplomacia francesa, según las mejores tradiciones de Richelieu, podía aprovecharse fácilmente de estas circunstancias, atizando a los portugueses contra España, a los magiars, turcos y príncipes alemanes contra Austria, y a los ingleses contra los holandeses, mientras fortalecía la posición geográfica (y el reclutamiento de tropas) con el importante tratado de 1663 con los cantones suizos. Todo esto dejó a Luis XIV tiempo suficiente para erigirse como monarca absoluto, seguro contra los desafíos internos que habían afligido a los Gobiernos franceses durante el siglo anterior. Más importante aún, dió a Colbert, Le Te-

llier y los otros ministros claves oportunidad de revisar la administración y prodigar recursos al Ejército y la Marina, como medidas previas para la futura gloria del Rey Sol⁴⁵.

Por consiguiente, resultó sumamente fácil para Luis tratar de «redondear» las fronteras de Francia en las primeras fases de su reinado, especialmente habida cuenta de que las relaciones anglo-holandesas se habían deteriorado hasta desembocar en hostilidad abierta en 1665 (la Segunda Guerra Anglo-Holandesa). Aunque Francia se había comprometido a ayudar a las Provincias Unidas, en realidad representó un pequeño papel en las campañas en el mar y, en cambio, se preparó para una invasión del sur de los Países Bajos, todavía en poder de una debilitada España. Cuando los franceses emprendieron finalmente la invasión, en mayo de 1667, una ciudad tras otra cayó rápidamente en sus manos. Lo que siguió después fue primitivo ejemplo de las rápidas variaciones diplomáticas de aquel periodo. Los ingleses y los holandeses, cansados de una guerra infructuosa para ambas partes y temiendo las ambiciones francesas, firmaron la paz de Breda en el mes de julio y, junto con Suecia, trataron de «mediar» en el conflicto franco-español, con el fin de limitar las ganancias de Luis. Esto se consiguió gracias al Tratado de Aquisgrán de 1668, pero a costa de enfurecer al rey francés, que en definitiva decidió vengarse de las Provincias Unidas, que eran consideradas por él como el principal obstáculo a sus ambiciones. Durante los años siguientes, mientras Colbert hacía su guerra de aranceles contra los holandeses, Francia fortalecía su Ejército y su Marina. La diplomacia secreta convenció a Inglaterra y a Suecia de romper su alianza con las Provincias Unidas y calmó los temores de los austríacos y de los Estados alemanes. En 1672 la máquina de guerra francesa, ayudada por los ingleses en el mar, estaba presta a atacar.

Aunque fue Londres la que declaró primero la guerra a las Provincias Unidas, el triste esfuerzo inglés en el tercer conflicto anglo-holandés de 1672-1674 requiere aquí un espacio mínimo. Contenido por los brillantes esfuerzos de De Ruyter en el mar, y por ende incapaz de lograr algo en tierra, el Gobierno de Carlos II fue objeto de crecientes críticas internas: las pruebas de duplicidad política y de mala administración financiera, y el fuerte disgusto de estar aliados a una potencia autocrática y católica como Francia, hicieron que la guerra fuese impopular y obligaron al Gobierno a salir de ella en 1674. Visto retrospectivamente, esto es un recordatorio de lo inmaduras e inciertas que eran las bases política, financiera y administrativa del poder inglés, todavía en manos de los últimos Estuardo⁴⁶. Sin embargo, el cambio de política de Londres tuvo importancia internacional, ya que reflejó en parte la extendida alarma que estaban ahora provocando en toda Europa

los designios de Luis XIV. Al cabo de otro año, la diplomacia y los subsidios holandeses encontraron muchos aliados dispuestos a lanzar su peso contra los franceses. Los principados alemanes, Brandeburgo (que derrotó al único aliado que le quedaba a Francia, es decir, a los suecos, en Fehrbellin en 1675), Dinamarca, España y el Imperio austríaco, todos ellos intervinieron en el conflicto. No era que esta coalición de Estados fuese lo bastante fuerte para arrollar a Francia, pues la mayoría de ellos tenía pequeños ejércitos y problemas en sus propios flancos, y el núcleo de la alianza antifrancesa seguía siendo las Provincias Unidas, bajo su nuevo líder, Guillermo de Orange. Pero la barrera acuática en el Norte y la vulnerabilidad de las líneas del Ejército francés contra varios enemigos en Renania significaban que el propio Luis no podía obtener ganancias espectaculares. Una especie de punto muerto parecido existía en el mar; la Marina francesa controlaba el Mediterráneo; las flotas holandesa y danesa dominaban en el Báltico y ningún otro bando podía prevalecer en las Indias Occidentales. Tanto el comercio francés como el holandés resultaron gravemente afectados en esta guerra, en beneficio indirecto de neutrales como los británicos. En realidad, en 1678 las clases mercantiles de Amsterdam habían impulsado a su Gobierno a firmar una paz separada con Francia, lo cual significaba que los Estados alemanes (que dependían de los subsidios holandeses) no podían continuar la lucha ellos solos.

Aunque los tratados de paz de Nimega de 1678-1679 pusieron fin a la lucha abierta, el evidente deseo de Luis XIV de redondear las fronteras del Norte, su ambición de erigirse en «árbitro de Europa» y el hecho alarmante de que conservase un Ejército de 200.000 soldados en tiempo de paz inquietaban por igual a los alemanes, los holandeses, los españoles y los ingleses⁴⁷. Esto no significaba una inmediata reanudación de la guerra. Los mercaderes holandeses preferían comerciar en paz; los príncipes alemanes, como Carlos II de Inglaterra, estaban ligados a París por los subsidios, y el Imperio austríaco estaba enzarzado en una lucha desesperada con los turcos. Por consiguiente, cuando España quiso proteger sus territorios luxemburgueses de Francia, en 1683, tuvo que combatir sola y sufrir una inevitable derrota.

Pero, a partir de 1685, las cosas empezaron a volverse contra Francia. La persecución de los hugonotes indignó a la Europa protestante. En otros dos años, los turcos habían sido rotundamente derrotados y alejados de Viena y el emperador Leopoldo, fortalecidos su prestigio y su fuerza militar, pudo al fin prestar alguna atención al Oeste. En setiembre de 1688 un rey francés ahora nervioso decidió invadir Alemania, con lo que convirtió, al fin, la guerra «fría» europea en una guerra caliente. La acción de Francia

no sólo llevó a sus rivales continentales a romper las hostilidades, sino que también dio oportunidad a Guillermo de Orange de deslizarse a través del Canal y volver a colocar al desacreditado Jacobo II en el trono de Inglaterra.

Por consiguiente, a finales de 1689 Francia se encontró sola contra las Provincias Unidas, Inglaterra, el Imperio austríaco, España, Saboya y los más importantes Estados alemanes⁴⁸. Esto no era una combinación tan alarmante como parecía y la «verdadera fuerza» de la Gran Alianza estaba en realidad en las tropas anglo-holandesas y los Estados alemanes. Aunque se trataba de una agrupación heterogénea en ciertos aspectos, poseían suficientes determinación, recursos financieros, ejércitos y flotas para equilibrar el poder de la Francia del Rey Sol. Diez años antes Luis podía haber prevalecido, pero ahora las finanzas y el comercio franceses eran mucho menos satisfactorios después de la muerte de Colbert y ni el Ejército ni la Marina —aunque numéricamente impresionantes— estaban equipados para una lucha sostenida y lejana. La rápida derrota de uno de los más fuertes aliados podía romper el punto muerto, pero ¿dónde había que lanzar el ataque, y se atrevería Luis a tomar medidas audaces? Vaciló durante tres años y, cuando al fin reunió en 1692 una fuerza de invasión de 24.000 soldados para enviarla a través del Canal, las «potencias marítimas» eran demasiado fuertes y destruyeron los barcos de guerra y las barcasas franceses en Barfleur-La Hougue⁴⁹.

A partir de 1692 el conflicto en el mar se convirtió en una lenta, agotadora y mutuamente ruinoso guerra contra el comercio. Adoptando una estrategia de ataque al comercio, el Gobierno francés incitó a sus corsarios a atacar los barcos anglo-holandeses, a la vez que reducía sus propias asignaciones a la flota de guerra.

Las naves aliadas, por su parte, se esforzaron en aumentar las presiones sobre la economía francesa instituyendo un bloqueo comercial, con lo que se abandonó el hábito holandés de comerciar con el enemigo. Ninguna de estas medidas hizo que el adversario se doblegase; cada una de ellas aumentaba las cargas económicas de la guerra y la hacía impopular tanto para los mercaderes como para los campesinos que estaban ya sufriendo de una sucesión de cosechas pobres. Las campañas por tierra eran también caras, luchas lentas contra fortalezas y a través de canales: las fortificaciones de Vauban hacían que Francia fuese virtualmente inexpugnable, pero la misma clase de obstáculos impedía a Francia un avance fácil en Holanda o en el Palatinado. Cada bando mantenía a más de 250.000 hombres en los campos de batalla, razón que hacía que los costes fueran horribles incluso para estos ricos países⁵⁰. Aunque la campaña también se desarrollaba fuera de Europa (en las Indias Occidentales, Terranova, Acadia, Pondichery), nin-

guna de ellas era lo bastante importante para romper el básico equilibrio continental o marítimo. Así, en 1696, ante las quejas de los *squires* Tory y los *burghers* de Amsterdam debido a los impuestos excesivos y el hambre que afligía a Francia, tanto Luis como Guillermo tenían motivos suficientes para llegar a un compromiso.

En consecuencia, el Tratado de Ryswick (1697), si bien concedía a Luis algunas de sus primeras ganancias fronterizas, significó un retorno general al *statu quo* anterior. Ahora bien, los resultados de la Guerra de los Nueve Años de 1689-1697 no fueron tan insignificantes como alegaron los críticos de la época. Las ambiciones francesas habían quedado, en efecto, frustradas en tierra, y su poder naval se había erosionado. La Revolución Gloriosa de 1688 se había mantenido e Inglaterra había asegurado su flanco irlandés, había fortalecido sus instituciones financieras y había reconstruido su Ejército y su Marina. Y quedó establecida una tradición anglo-germano-holandesa de mantener a Francia lejos de Flandes y de Renania. Aunque el coste había sido elevado, se había reafirmado la pluralidad política de Europa.

Dado que la mayoría de las capitales estaba cansada de la guerra, parecía muy poco posible la reanudación del conflicto. Sin embargo, cuando al nieto de Luis se le ofreció la sucesión al trono de España en 1700, el Rey Sol vio en ello una oportunidad ideal de fortalecer el poder de Francia. En lugar de buscar un compromiso con sus posibles rivales, ocupó rápidamente el sur de los Países Bajos en interés de su nieto y también se aseguró concesiones comerciales *exclusivas* para los mercaderes franceses en el gran Imperio de España en el hemisferio occidental. Estas y otras provocaciones alarmaron a los ingleses y a los holandeses lo bastante para hacer que se uniesen a Austria en 1701, en otra lucha de coalición para frenar las ambiciones de Luis: la Guerra de Sucesión española.

Una vez más, el equilibrio general de fuerzas y recursos sugirió que cada alianza podía dañar seriamente, pero no aplastar, a la otra.⁵¹ En algunos aspectos, Luis estaba en una posición más fuerte que en la guerra de 1689-1697. Los españoles aceptaron en seguida a su nieto, ahora Felipe V, y las «potencias borbónicas» pudieron actuar juntas en muchos teatros; las finanzas francesas se beneficiaron, de este modo, de la importación de plata española. Además, Francia había crecido militarmente, hasta el punto de que hubo un período en que contó con casi medio millón de soldados. Sin embargo, los austriacos, menos hostigados en su flanco báltico, estaban representando en esta guerra un papel de más envergadura que en la anterior. Pero lo más importante era que un resuelto Gobierno británico iba a poner en juego sus considerables

recursos nacionales, en forma de sustanciosos subsidios a los aliados germánicos, una flota sumamente poderosa y un contingente militar a gran escala bajo el brillante Marlborough. Este último, que disponía de un número de soldados británicos y mercenarios que iba de 40.000 a 70.000, pudo unirse a un excelente Ejército holandés de más de 100.000 hombres y a una tropa habsburguesa de volumen parecido para frustrar el intento de Luis de imponer sus deseos a Europa.

Sin embargo, esto no significó que la Gran Alianza pudiese imponer sus deseos en Francia, ni en España. Ciertamente, fuera de estos dos reinos, los sucesos favorecieron mucho a los aliados. La decisiva victoria de Marlborough en Blenheim (1704) dañó gravemente a los ejércitos franco-bávaros y libró a Austria de la amenaza de una invasión francesa. La ulterior batalla de Ramillies (1706) dio a las fuerzas anglo-holandesas la mayor parte del sur de los Países Bajos, y la de Oudenaarde (1708) detuvo brutalmente el esfuerzo francés de recuperar terreno allí.

En el mar, sin ninguna flota importante enemiga a la que enfrentarse después de la no decisiva batalla de Málaga (1704), la Royal Navy y su decadente equivalente holandés pudieron demostrar la flexibilidad de un poder naval superior. El nuevo aliado, Portugal, podía ser apoyado desde el mar, mientras que Lisboa ofrecía a su vez una base naval adelantada y una fuente de oro en el Brasil. Podían enviarse soldados al hemisferio occidental para atacar las posesiones francesas en las Indias Occidentales y en América del Norte, y los corsarios podían perseguir las naves españolas que transportaban oro o plata en lingotes. La captura de Gibraltar no sólo proporcionó una base a la Royal Navy para controlar la salida del Mediterráneo, sino que dividió las bases franco-españolas y sus flotas. Las naves inglesas permitieron la captura de Menorca y de Cerdeña, cubrieron Saboya y las costas italianas de los ataques franceses y, cuando los aliados pasaron a la ofensiva, abastecieron a los ejércitos imperiales para la invasión de España y apoyaron el asalto de Tolón.⁵²

Sin embargo, esta superioridad marítima general de los aliados no pudo evitar la reanudación de los ataques franceses contra el comercio y, en 1708, la Royal Navy se vio obligada a instituir un sistema de convoyes con el fin de limitar las pérdidas de la Marina mercante. Del mismo modo que las fragatas británicas no podían impedir que los corsarios franceses entrasen y saliesen de Dunkerque o de la Gironda, también eran incapaces de efectuar un bloqueo comercial, pues esto habría significado patrullar por toda la costa franco-española; ni siquiera la captura de barcos de trigo fuera de los puertos franceses durante el espantoso invierno de 1709 pudo hacer que el autosuficiente imperio de Luis se doblegara.

Esta capacidad de los aliados de herir sin causar la muerte se evidenció todavía más en las campañas militares contra Francia y España. En 1709 el ejército invasor aliado tuvo que retroceder después de una breve ocupación de Madrid, incapaz de resistir los crecientes ataques de los españoles. En el norte de Francia, los ejércitos anglo-holandeses no tuvieron más oportunidades para alcanzar victorias como la de Blenheim; por el contrario, se trataba de una guerra de desgaste, sangrienta y cara. Además, en 1710, se instaló un Gobierno *tory* en Westminster que estaba ansioso por alcanzar una paz que asegurase los intereses marítimos e imperiales de Gran Bretaña y redujese sus gastos en una guerra continental. Por último, el archiduque Carlos, que había sido candidato de los aliados al trono español, sucedió de forma inesperada al emperador y esto hizo que sus partidarios perdiesen todo entusiasmo por colocarle también en el poder en España. Con la deserción unilateral de Gran Bretaña a primeros de 1712, seguida más tarde de la de los holandeses, incluso el emperador Carlos, tan ansioso de ser «Carlos III» de España, aceptó la necesidad de la paz después de otro año inútil de campaña.

Las condiciones de la paz que puso término a la Guerra de Sucesión española fueron fijadas en la Paz de Utrecht (1713) y en la de Rastatt (1714). Considerado el arreglo en su conjunto, es indudable que el gran beneficiario fue Gran Bretaña. Aunque había ganado Gibraltar, Menorca, Nueva Escocia, Terranova y la Bahía de Hudson, así como concesiones comerciales en el Nuevo Mundo español, ello no perjudicó el equilibrio europeo. De hecho, este equilibrio fue reforzado satisfactoriamente por una serie de once complicados tratados en 1713-1714. Los reinos francés y español quedarían separados para siempre, mientras que se reconocía formalmente la sucesión protestante en Gran Bretaña. El Imperio austríaco, después de su fracaso en España, recibió el sur de los Países Bajos y Milán (una nueva manera de poner a raya a Francia), más Nápoles y Cerdeña. La independencia holandesa había sido preservada, pero las Provincias Unidas dejaron de ser una potencia naval y comercial formidable y se vieron ahora obligadas a dedicar la mayor parte de sus energías a guarnecer las fronteras meridionales. Por encima de todo, Luis XIV había sido final y decisivamente contenido en sus ambiciones dinásticas y territoriales, y la nación francesa había sido castigada por los horribles costes de la guerra, que, entre otras consecuencias, habían multiplicado por siete el total de deudas del Gobierno. El equilibrio de poder quedaba, pues, asegurado en tierra, mientras que, en el mar, Gran Bretaña no tenía ahora rival. No es de extrañar que los *whigs*, que volvieron al poder al subir Jorge I al trono en 1714, se empeñasen muy pronto en preservar los acuerdos de Utrecht y estuviesen dis-

puestos a una entente con los franceses al morir el año siguiente su archienemigo Luis.

La redistribución del poder entre los Estados europeos occidentales, producida en este medio siglo de guerra, fue menos dramática que los cambios que tuvieron lugar en el Este. Allí las fronteras eran más fluidas que en el Oeste y enormes cantidades de tierra eran controladas por señores de marcas, irregulares croatas y huestes de cosacos, más que por los ejércitos profesionales de un monarca ilustrado. Incluso cuando las Naciones-Estado peleaban entre sí, sus campañas se desarrollaban a menudo sobre grandes distancias y requerían el uso de tropas irregulares, húsares, etc., para infligir algún fuerte golpe estratégico. A diferencia de las campañas en los Países Bajos, el triunfo o el fracaso traían aquí consigo enormes transferencias de tierra, y esto recalca los auges y caídas más espectaculares entre las potencias. Por ejemplo, durante estas pocas décadas los turcos plantearon su última amenaza militar en gran escala contra Viena y sufrieron entonces unas rápidas derrotas y decadencia. La notable respuesta inicial de las fuerzas austríacas, alemanas y polacas, no sólo rescató la ciudad imperial de las tropas invasoras turcas en 1683, sino que condujo a campañas mucho más extensas de una ampliada Liga Santa.⁵⁵ Después de una gran batalla cerca de Homács (1687) el poder turco en la llanura húngara fue destruido para siempre; si las líneas se estabilizaron entonces debido a las repetidas llamadas de tropas alemanas y austríacas contra Francia durante la guerra de 1689-1697, las ulteriores derrotas del Ejército turco en Zalankemen (1691) y Senta (1697) confirmaron la tendencia. Siempre que pudiese concentrar sus recursos en el frente balcánico y poseyera generales de la categoría del príncipe Eugenio, el Imperio austríaco podía ahora hacer algo más que enfrentarse por sí solo a los turcos. Aunque incapaz de organizar sus heterogéneas tierras con tanta eficacia como las monarquías occidentales, su futuro como uno de los grandes Estados europeos estaba asegurado.

Medida por este criterio, Suecia fue mucho menos afortunada. En cuanto el joven Carlos XII subió al trono sueco en 1697, se despertaron los instintos predatorios de los Estados vecinos; Dinamarca, Polonia y Rusia deseaban partes del Imperio báltico lindantes con el Báltico y convinieron, en otoño de 1699, coaligarse contra aquél. Sin embargo, cuando empezó la lucha, la aparente vulnerabilidad de Suecia fue al principio más que compensada por su propio considerable Ejército, un monarca de gran inteligencia militar y el apoyo naval anglo-holandés. Una combinación de estos tres factores permitió a Carlos amenazar a Copenhague y

obligar a los daneses a apartarse de la guerra en agosto de 1700, después de lo cual cruzó el Báltico con sus tropas y derrotó a los rusos tres meses más tarde en la aplastante victoria de Narva⁵⁶. Ayudado por numerosos consejeros extranjeros y dispuesto a inspirarse en la experiencia militar del Oeste, Pedro construyó un Ejército y una Marina muy poderosos, de la misma enérgica manera que había creado San Petersburgo sobre las marismas. Cuando Carlos, con una fuerza de 40.000 hombres, volvió a enfrentarse con Pedro en 1708, era probablemente demasiado tarde. Aunque el Ejército sueco era en general mejor en combate, sufrió considerables pérdidas, no fue nunca capaz de aplastar al grueso del Ejército ruso y se vio obstaculizado por una logística inadecuada, dificultades que se intensificaron cuando las fuerzas de Carlos se trasladaron al Sur, entraron en Ucrania y soportaron el crudo invierno de 1708-1709. Cuando se libró finalmente la gran batalla de Poltava, en julio de 1709, el Ejército ruso era muy superior en número y en buenas posiciones defensivas. Este encuentro no sólo destruyó la fuerza sueca, sino que la subsiguiente huida de Carlos a territorio turco y su largo exilio allí dio una gran oportunidad a los enemigos de Suecia que estaban más cerca de ésta. Cuando Carlos regresó al fin a Suecia, en diciembre de 1715, todas sus posesiones transbálticas se habían perdido y partes de Finlandia estaban en manos de los rusos.

Después de más años de lucha (Carlos XII murió en otro choque con los daneses en 1718), la agotada y aislada Suecia tuvo al fin que resignarse a la pérdida de la inayoría de sus provincias bálticas en la Paz de Nystad de 1721. Ahora había descendido al puesto de potencia de segundo orden, mientras que Rusia ocupaba el primero. De forma bastante apropiada, para marcar la victoria de 1721 sobre Suecia, Pedro asumió el título de emperador. A pesar de la ulterior decadencia de la flota zarista, a pesar del gran atraso del país, Rusia había demostrado claramente que, como Francia y Gran Bretaña, «tenía fuerza para actuar independientemente como gran potencia, sin depender de la ayuda exterior»⁵⁷. Tanto en el este como en el oeste de Europa había ahora, según las propias palabras de Dehio, un «contrapeso a una concentración en el centro»⁵⁸.

Este equilibrio general de fuerza política, militar y económica en Europa fue garantizado por una *détente* anglo-francesa que duró casi dos décadas después de 1715⁵⁹. Francia, en particular, necesitaba recuperarse después de una guerra que había perjudicado terriblemente su comercio exterior y, con ello, aumentado la deuda del Estado, el pago de cuyos intereses igualaba la renta normal. Además, las monarquías de Londres y de París, bastante temerosas de su propia sucesión, miraban con recelo cualquier intento

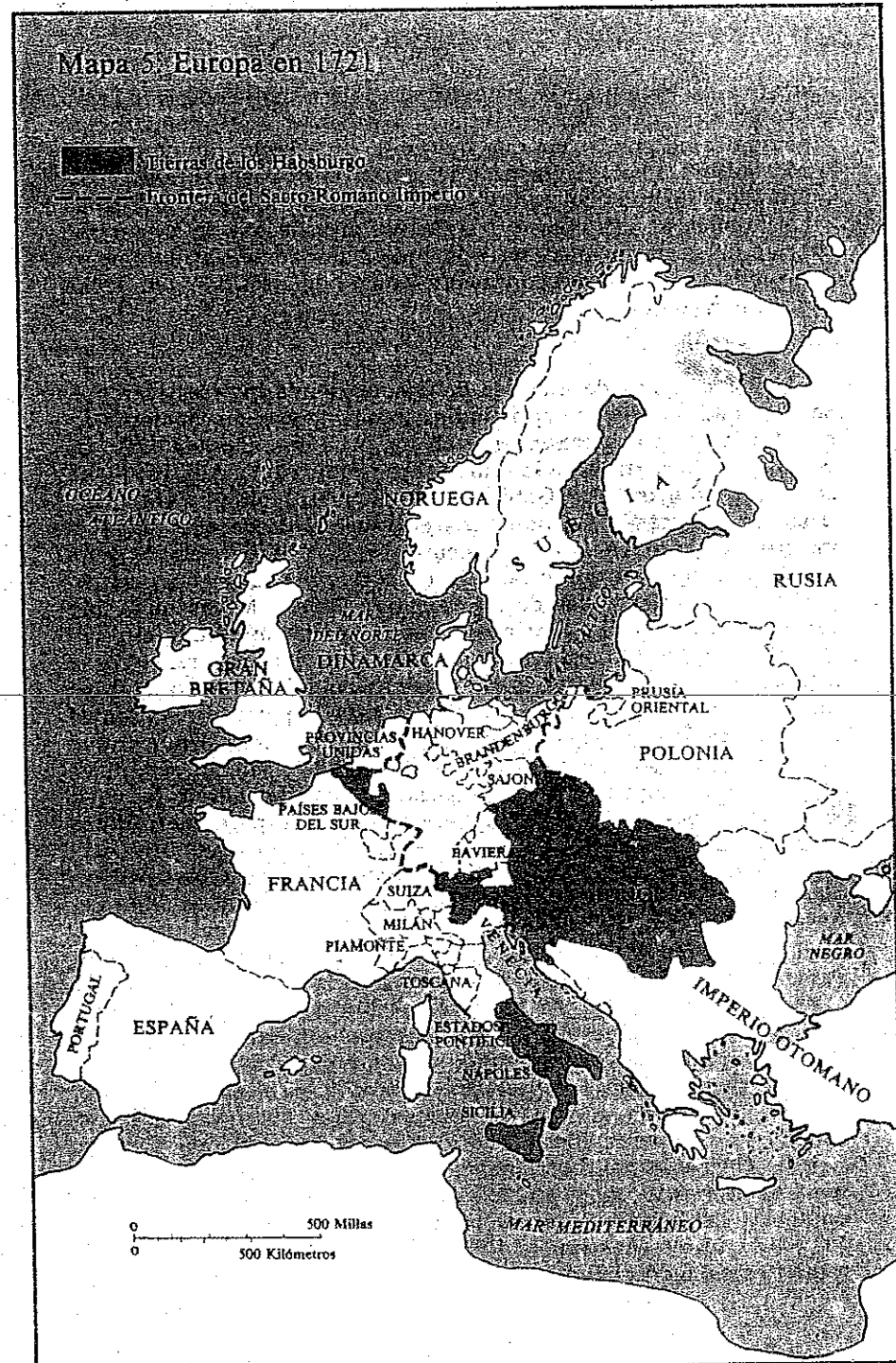
de alterar el *statu quo* y encontraban mutuamente provechoso colaborar en numerosos asuntos⁶⁰. En 1719, por ejemplo, ambas potencias emplearon la fuerza para impedir que España prosiguiese una política expansionista en Italia. Sin embargo, en la década de 1730, la pauta de las relaciones internacionales empezó a cambiar de nuevo. En esta etapa los propios franceses estaban menos entusiasmados con el lazo que les unía a los británicos y pensaban, en cambio, en recobrar su antigua posición de nación dominante de Europa. La sucesión estaba ahora asegurada en Francia, y los años de paz habían contribuido a su prosperidad y habían conducido también a una gran expansión en el comercio de ultramar, en el que desafiaban a las potencias marítimas. Mientras Francia, con su ministro Fleury, mejoraba a toda prisa sus relaciones con España y extendía sus actividades diplomáticas en la Europa oriental, Gran Bretaña, dirigida por el prudente y aislacionista Walpole, se esforzaba en mantenerse al margen de los asuntos continentales. Ni siquiera un ataque francés contra las posesiones austríacas de Lorena y Milán en 1733 y un movimiento francés en el interior de Renania provocaron una reacción británica. Incapaz de obtener el menor apoyo del aislacionista Walpole y de los temerosos holandeses, Viena se vio obligada a negociar con París la paz de compromiso de 1738. Animada por sus éxitos militares y diplomáticos en la Europa occidental, la alianza con España, la deferencia de las Provincias Unidas y la creciente aquiescencia de Suecia e incluso de Austria, Francia gozaba ahora de un prestigio inigualado desde las primeras décadas de Luis XIV. Esto se evidenció todavía más al año siguiente, cuando la diplomacia francesa negoció el fin de una guerra austro-rusa contra el Imperio otomano (1735-1739) y devolvió con ello a los turcos muchos de los territorios capturados por las dos monarquías orientales.

Mientras los británicos, con Walpole, habían tendido a desentenderse de estos sucesos dentro de Europa, los intereses comerciales y los políticos de la oposición estaban mucho más preocupados por el número creciente de choques con España, la aliada de Francia, en el hemisferio occidental. Allí, el rico comercio colonial y el conflictivo expansionismo de los colonos ofrecían muchos motivos de disputa⁶¹. La resultante guerra anglo-española, a la que Walpole accedió de mala gana en octubre de 1739, no fue, como podría haber sido, simplemente uno de la serie de pequeños conflictos regionales entre ambos países durante el siglo XVIII debido a la decisión de Francia de dar toda clase de ayuda a España, sobre todo «más allá de la línea» en el Caribe. En comparación con la Guerra de Sucesión española de 1702-1713, las potencias borbónicas estaban en una posición mucho mejor para competir en ultramar, en particular a causa de que ni el Ejército británico ni su Marina

estaban equipados para lanzarse a la conquista de las colonias españolas tan preconizadas por las lumbreras de Inglaterra.

La muerte del emperador Carlos VI y la subida al trono de María Teresa, seguidos de la decisión de Federico el Grande de aprovecharse de esta circunstancia para capturar Silesia en el invierno de 1740-1741, transformaron la situación y volvieron a llamar la atención sobre el continente. Incapaces de contenerse, los círculos antiaustriacos de Francia apoyaron a Prusia y a Baviera en sus ataques contra la herencia habsburguesa. Pero esto condujo a su vez a una renovación de la antigua alianza anglo-austriaca, que representó subsidios sustanciales para la acosada María Teresa. Ofreciendo pagos, meditando sobre excluir (temporalmente) a Prusia y también a Sajonia de la guerra, y con una acción militar en Dettingen en 1743, el Gobierno británico alivió a Austria, protegió a Hannover y eliminó la influencia francesa en Alemania. Cuando el antagonismo anglo-francés derivó en hostilidades formales, en 1744, se intensificó el conflicto. El Ejército francés empujó hacia el Norte, a través de las fortalezas fronterizas de los Países Bajos austríacos, hacia los petrificados holandeses. En el mar, como las flotas borbónicas no constituían un desafío importante, la Royal Navy impuso un bloqueo cada vez más severo al comercio francés. En ultramar los ataques y contraataques continuaron en las Indias Occidentales, en el río San Lorenzo, alrededor de Madrás y a lo largo de las rutas comerciales hacia Levante. Prusia, que volvió a la lucha contra Austria en 1743, fue de nuevo persuadida de salirse de la guerra dos años más tarde. Los subsidios británicos podían ser usados para mantener en orden a los austríacos, pagar mercenarios para la protección de Hannover e incluso comprar un ejército ruso para defender los Países Bajos. Esto, medido por el rasero del siglo XVIII, era una manera muy cara de luchar en una guerra, y muchos británicos se quejaron de los crecientes impuestos y de que se triplicase la deuda nacional; pero, gradualmente, obligaba a una Francia cada día más agotada a aceptar una paz de compromiso.

Tanto la geografía como las finanzas —los dos elementos claves comentados más arriba— obligaron por fin a los Gobiernos británicos y francés a solventar sus diferencias en la Paz de Aquisgrán (1748). En aquella época el Ejército francés tenía a los holandeses a su merced, pero, ¿compensaría esto las crecientes restricciones impuestas al comercio marítimo francés o la pérdida de colonias importantes? Y a la inversa, ¿qué sentido tenían la toma de *Louisburg* en el *San Lorenzo* por parte de los ingleses y las victorias navales de Anson y Hawke, si Francia conquistaba los Países Bajos? En consecuencia, las conversaciones diplomáticas condujeron a un retorno general al *statu quo* anterior, con la sig-



nificativa excepción de la conquista de Silesia por Federico. Tanto en su época como retrospectivamente, la Paz de Aquisgrán fue considerada como una tregua más que como un arreglo duradero. Dejó a María Teresa con el deseo de vengarse de Prusia, a Francia preguntándose de qué manera podía salir victoriosa, no sólo en Europa sino también en ultramar, y a Gran Bretaña ansiosa de asegurarse de que su gran enemiga sería la próxima vez tan absolutamente derrotada en una guerra continental como podía serlo en una lucha marítimo-colonial.

En las colonias de América del Norte, donde ingleses y franceses (ayudados ambos por los indios y por algunas guarniciones locales) chocaban constantemente en los primeros años de 1750, incluso la palabra «tregua» era un nombre equivocado. Allí, resultaba casi imposible que los Gobiernos de la metrópoli pudieran controlar las fuerzas comprometidas, en especial desde que una «camarilla patriota» pedía en cada país el apoyo de los colonos y fomentaba la idea de que estaba ya en curso una lucha importante, no sólo por las regiones de los valles de Ohio y Mississippi, sino también por Canadá, el Caribe, la India y, mejor aún, todo el mundo extraeuropeo⁶². Cada bando empezó a enviar más refuerzos y a poner en pie de guerra a sus marinas en 1755, ante lo cual los otros Estados empezaron a prepararse para la perspectiva de otro conflicto anglo-francés. Para España y las Provincias Unidas, que ahora se hallaban claramente en segunda fila y temían ser aplastadas entre los dos colosos en el Oeste, la neutralidad era la única solución, a pesar de las dificultades inherentes para mercaderes como los holandeses⁶³.

Sin embargo, para monarquías del Este tales como Austria, Prusia y Rusia, era imposible la no intervención, a mediados de la década de 1750, en una guerra anglo-francesa. La principal razón era que, si bien algunos franceses argüían que el conflicto debía resolverse en el mar y en las colonias, la tendencia natural de París era atacar a Gran Bretaña vía Hannover, talón de Aquiles estratégico de los isleños. Pero esto no sólo alarmó a los Estados alemanes, sino que impulsó a los ingleses a buscar y pagar a aliados militares que mantuvieran a raya a los franceses en el continente. La segunda razón era aún más importante: los austríacos estaban resueltos a recuperar Silesia, ahora en poder de Prusia, y los rusos, bajo la zarina Isabel, buscaban también una oportunidad de castigar al irrespetuoso y ambicioso Federico. Cada una de estas potencias había reunido un considerable ejército (Prusia, más de 150.000 hombres; Austria, casi 200.000; y Rusia, tal vez 330.000) y estaba calculando cuándo tenía que atacar; pero todas ellas iban

a necesitar subsidios para mantener aquel volumen de sus ejércitos. Por último, era lógico que, si uno de estos rivales orientales encontraba un «socio» en París o Londres, los otros se vieran impulsados a incorporarse al bando opuesto.

Así, la famosa «revolución diplomática» de 1756 pareció ser, desde el punto de vista estratégico, como barajar de nuevo las cartas. Francia enterró entonces sus antiguas diferencias con los Habsburgo y se unió a Austria y a Rusia en su guerra contra Prusia, a la vez que Berlín sustituía a Viena como aliado continental de Londres. A primera vista, la coalición franco-austro-rusa parecía llevar las de ganar. Era sin duda más grande en términos militares, y en 1757, Federico había perdido casi todas sus ganancias territoriales y el Ejército anglo-alemán del duque de Cumberland se había rendido, dejando en la duda el futuro de Hannover —y de la misma Prusia—. Menorca había sido tomada por los franceses y, en los teatros más lejanos, Francia y sus aliados indígenas estaban también ganando terreno. Destruir el Tratado de Utrecht, y en el caso de Austria el de Aquisgrán, parecía ahora claramente posible.

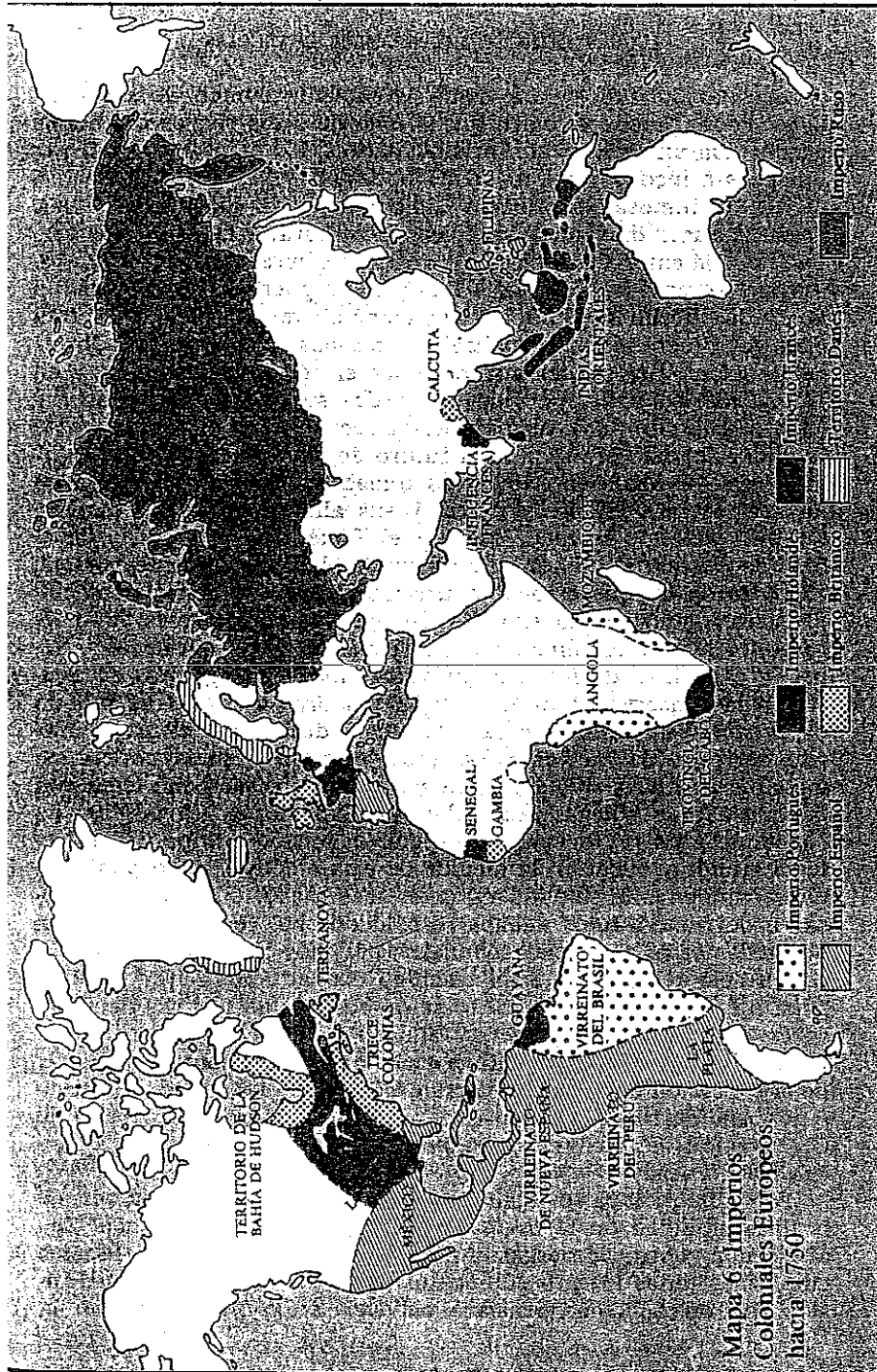
La razón de que esto no ocurriese fue que la coalición anglo-prusiana siguió siendo superior en tres aspectos vitales: el liderazgo, la resistencia financiera y la experiencia militar-naval⁶⁴. Sobre la capacidad de Federico de volcar todas las energías de Prusia en la consecución de la victoria y sobre sus dotes de mando en el campo de batalla no cabe la menor duda. Pero el mayor mérito corresponde tal vez a Pitt, que a fin de cuentas no era un monarca absoluto, sino simplemente un político más que tenía que habérselas con colegas quisquillosos y envidiosos, un público inconstante y un rey nuevo, y perseguir al mismo tiempo una estrategia grande y eficaz. Y la medida de esta efectividad no podía radicar simplemente en apoderarse de unas islas productoras de azúcar o derribar a unos nababs respaldados por los franceses, porque todas estas ganancias coloniales, por muy valiosas que fuesen, serían sólo temporales si el enemigo ocupaba Hannover y eliminaba a Prusia. La manera correcta de buscar una victoria decisiva, según comprendió de manera gradual Pitt, consistía en completar la popular estrategia «marítima» con otra «continental», a partir de la concesión de subsidios a gran escala a las fuerzas de Federico y del pago destinado a la posesión de un considerable «Ejército de Observación» en Alemania para proteger Hannover y ayudar a contener a Francia.

Pero una política semejante dependía en gran parte, a su vez, de la disponibilidad de recursos suficientes para sobrevivir año tras año a una guerra de desgaste. Federico y sus funcionarios fiscales emplearon todos los procedimientos para conseguir dinero en Prusia, pero la capacidad prusiana palidecía en comparación con la

de Gran Bretaña que, en plena lucha, poseía una flota de más de 120 barcos de línea, tenía más de 200.000 soldados (incluidos mercenarios alemanes) en sus nóminas y, además, subvencionaba a Prusia. En realidad, la Guerra de los Siete Años costó al erario británico 160 millones de libras, de las que 60 millones (el 37%) se obtuvieron de los mercados de dinero. Mientras esta gran subida de la deuda nacional alarmaría a los colegas de Pitt hasta el punto de contribuir a la caída de éste en octubre de 1761, el comercio del país con ultramar aumentaba de año en año e iba incrementando los ingresos por aranceles y trayendo prosperidad. Constituye éste un excelente ejemplo de ganancias convertidas en poder y del empleo del poder marítimo británico (por ejemplo, en las Indias Occidentales) en beneficio de la Nación. Según se informó al embajador británico en Prusia, «debemos ser comerciantes antes que soldados... El comercio y la fuerza marítima dependen el uno del otro y las riquezas que son los verdaderos recursos de este país dependen de su comercio»⁶⁵. Por el contrario, la economía de todos los otros combatientes sufrió mucho en esta guerra e, incluso dentro de Francia, el ministro Choiseul tuvo que reconocer tristemente que

... en el estado actual de Europa, son sus colonias, el comercio y el poder marítimo los que deben determinar el equilibrio de poder en el continente. La Casa de Austria, Rusia, el rey de Prusia, son sólo potencias de segunda fila, como todos aquellos que no pueden ir a la guerra a menos que sean subvencionados por las potencias mercantiles⁶⁶.

La experiencia militar y naval desplegada por la alianza anglo-prusiana, al menos después de los primeros tropiezos, funcionó de la manera siguiente: En el mar, una enorme Royal Navy, bajo la dirección de Anson, impuso continuamente un bloqueo sobre los puertos atlánticos de Francia y le sobró fuerza para burlar a Tolón y recuperar también la supremacía marítima en el Mediterráneo. Cuando las flotas entraban en acción —en Cartagena, frente a Lagos y en la incomparable persecución en pleno temporal de la flota de Conflans por Hawke en la bahía de Quiberon— la superioridad de la náutica británica se puso de manifiesto una y otra vez. Más aún, esta política de bloqueo —mantenida ahora en todas las circunstancias atmosféricas, con las escuadras abastecidas por sistemas completos de abastecimiento— no sólo asfixió buena parte del comercio marítimo francés, y protegió de este modo el comercio británico y su seguridad territorial, sino que evitó también que importantes refuerzos de soldados franceses fuesen enviados a las Indias Occidentales, a Canadá y a la India. En 1759, el *annus*



Mapa 6 Imperios Coloniales Europeos hacia 1750

mirabilis, las colonias francesas fueron cayendo en manos británicas en todo el mundo, y así se completó la importante victoria de las tropas anglo-alemanas sobre dos cuerpos de ejército franceses en Minden. Cuando España entró tontamente en la guerra en 1762, sus colonias del Caribe y Filipinas sufrieron la misma suerte.

Mientras tanto, la Casa de Brandeburgo había participado ya en los «milagros» y, en las batallas de Rössbach y Leuthen, Federico no sólo destruyó un ejército francés y otro austríaco, respectivamente, sino que también enfrió el afán de estas dos naciones de ejercer presión sobre la Alemania del Norte; después de que Federico venciese de nuevo a los austríacos, en Legnica y en Torgau, en 1760, Viena quedó virtualmente en bancarota. Sin embargo, el coste de todas estas campañas estaba rebajando poco a poco el poder prusiano (60.000 soldados perdidos, sólo en 1759) y el enemigo ruso resultó ser mucho más formidable; en parte porque la zarina Isabel odiaba a Federico, pero principalmente porque todos los encuentros con el Ejército ruso eran sangrientos. Pero, al comprobar que los otros combatientes deseaban también la paz y Francia estaba dispuesta a llegar a un acuerdo con un Gobierno británico, a su vez, predispuesto para la paz, Prusia vio que tenía todavía fuerza suficiente para mantener a raya a los austríacos y a los rusos hasta la muerte de Isabel en 1762. Después de esto y de la rápida retirada del nuevo zar Pedro de la guerra, ni Francia ni Austria podían esperar algo mejor que un arreglo pacífico sobre la base de volver a la situación de Europa antes de la guerra; lo cual suponía, en efecto, una derrota para los que habían tratado de doblegar a Prusia.

En los convenios de 1762-1763 fue de nuevo Gran Bretaña la evidente beneficiaria. Incluso después de devolver varios territorios capturados a Francia y a España, había hecho progresos en las Indias Occidentales y en África occidental, había virtualmente eliminado la influencia francesa en la India y, lo que era aún más importante, tenía la supremacía en la mayor parte del continente norteamericano. Así, pues, Gran Bretaña tenía acceso a tierras mucho más extensas y potencialmente más ricas que Lorena, Silesia y las otras regiones por las que tan encarnizadamente luchaban los Estados continentales. Además, había ayudado a frenar las ambiciones diplomáticas y militares de Francia dentro de Europa y, por ende, había preservado el equilibrio general del poder. En cambio, Francia no sólo había sufrido pérdidas desastrosas en ultramar, sino que también —a diferencia de lo acaecido en 1748— había fracasado en Europa; en realidad su desafortunada actuación militar sugería que el centro de gravedad se había desviado desde la Europa occidental hacia el Este, hecho confirmado por el desprecio general de los deseos de Francia durante la primera parti-

ción de Polonia en 1772. Todo esto convenía mucho a los círculos británicos, satisfechos de su primacía fuera de Europa y nada deseosos de contraer obligaciones en el continente.

Las victorias guerreras, 1763-1815

El «respiro» de más de una década que se produjo antes de la siguiente fase de la lucha anglo-francesa aportó tan sólo unos pocos indicios del cambio que se produciría en la suerte británica. La Guerra de los Siete Años había ampliado de tal forma la capacidad contributiva y la estructura social de las grandes potencias, que la mayoría de los líderes miraban con ceño una arriesgada política extranjera; la introspección y la reforma tendían a ser la orden del día. Lo que había costado la guerra a Prusia (medio millón de muertos, incluidos 180.000 soldados) había impresionado a Federico; que prefería ahora una vida más tranquila. Aunque había perdido a 300.000 hombres, el Ejército del Imperio austríaco no lo había pasado demasiado mal; pero el sistema gubernamental general necesitaba evidentemente cambios que sin duda despertarían resentimientos locales (sobre todo entre los húngaros) y acapararían la atención de los ministros de María Teresa. En Rusia, Catalina II tuvo que enfrentarse con reformas legislativas y administrativas y sofocar la rebelión de Pugachev (1773-1775). Esto no impidió que prosiguiera la expansión rusa en el Sur ni que se llevaran a cabo las maniobras para reducir la independencia de Polonia; pero éstos podían clasificarse todavía de problemas locales y muy diferentes de las grandes combinaciones europeas que habían preocupado a las potencias durante la Guerra de los Siete Años. Los lazos con las monarquías occidentales eran ahora menos importantes.

También en Gran Bretaña y en Francia eran los asuntos internos los que ocupaban el centro del escenario. El terrible aumento de la deuda nacional de ambos países condujo a la búsqueda de nuevas fuentes de ingresos y a reformas administrativas, lo que produjo controversias que agravaron las ya pobres relaciones entre Jorge III y la oposición, y entre la Corona y los *parlamentos* en Francia. Estas preocupaciones hicieron, inevitablemente, que la política extranjera británica en Europa fuese más fortuita e introspectiva que en los días de Pitt, tendencia acentuada por la creciente disputa con los colonos norteamericanos sobre impuestos y cumplimiento de las Leyes de Comercio y Navegación. Sin embargo,

en el ámbito francés, las cuestiones de política exterior no quedaban tan plenamente eclipsadas por las preocupaciones internas. En efecto, Choiseul y sus sucesores, que habían aprendido de la derrota de 1763, estaban tomando medidas para el fortalecimiento de la posición de Francia en el futuro. La Marina francesa fue continuamente acrecentada, a pesar de la necesidad apremiante de economizar, y el «pacto de familia» con España fue reforzado. Ciertamente que Luis XV había fruncido el ceño ante la política de Choiseul de incitar a España contra Gran Bretaña en el conflicto de 1770 sobre las islas Malvinas, ya que una guerra entre grandes potencias habría sido desde el punto de vista financiero desastrosa. En todo caso, la política francesa continuó siendo claramente antibritánica y siguió encaminada a sacar provecho de todos los problemas con que podía encontrarse Gran Bretaña en ultramar⁶⁷.

Todo esto significó que, cuando la disputa de Londres con los colonos norteamericanos se convirtió en franca hostilidad, Gran Bretaña se hallara, en muchos aspectos, en una situación mucho más débil que en 1739 o en 1756⁶⁸. Gran parte de esto se debió a las personalidades. Ni North ni Shelburne, ni cualquier otro político podían ofrecer un liderazgo nacional ni una gran estrategia coherente. La facción política, agravada por la intervención del propio Jorge III y por un furioso debate sobre los méritos de los colonos norteamericanos, dividió a la nación. Además, los dos puntales del poder británico — la economía y la marina — estaban debilitados en aquellos años. Las exportaciones, que se habían estancado después del período de auge de la Guerra de los Siete Años, declinaron a lo largo del decenio de 1770, en parte a causa del boicot de los colonos y también por el creciente conflicto con Francia, España y los Países Bajos. La Royal Navy se había debilitado sistemáticamente durante los quince años de paz, y algunos de sus oficiales generales estaban tan verdes como la madera empleada en la construcción de los buques de línea. La decisión de abandonar la firme estrategia de bloqueo cuando entró Francia en la guerra en 1778 pudo ahorrar trabajo y lágrimas a los navíos ingleses pero fue, en efecto, como renunciar al dominio de los mares; las expediciones de auxilio a Gibraltar, a las Indias Occidentales y a las costas de América del Norte no fueron realmente sustitutos del control efectivo de las cercanías de la costa francesa occidental, que habría, en todo caso, impedido el envío de flotas enemigas a aquellos lejanos teatros. Cuando la Royal Navy hubo recobrado su fuerza y reafirmado su dominio, con la victoria de Rodney en Sancti Spiritus y la operación de Howe en Gibraltar, en 1782, la guerra en América estaba virtualmente terminada.

Sin embargo, aunque la Marina estaba mejor equipada y la nación mejor gobernada, el conflicto de 1776-1783 contenía dos pro-

blemas estratégicos que simplemente no existían en ninguna de las otras guerras del siglo XVIII en las que había intervenido Gran Bretaña. El primero era que, al haberse extendido la rebelión norteamericana, su represión requería una lucha *continental* a gran escala por parte de las fuerzas británicas a una distancia de 3.000 millas de su base nacional. En contra de las primeras esperanzas de Londres, la superioridad marítima no podía, por sí sola, hacer que los autosuficientes colonos dieran su brazo a torcer (aunque, evidentemente, podía haber reducido el suministro de armas y de reclutas desde Europa). Conquistar y conservar todos los territorios del este de América habría sido una difícil tarea para el gran ejército de Napoleón, y mucho más lo era para las tropas británicas de la década de 1770. La distancia y el consiguiente retraso de las comunicaciones, no sólo dificultaban la dirección estratégica de la guerra desde Londres o incluso desde Nueva York, sino que también exacerbaban el problema logístico: «cada galleta, cada hombre y cada bala requeridos por las fuerzas británicas en América tenían que ser transportados a través de 3.000 millas de océano»⁶⁹. A pesar de las importantes mejoras introducidas por el Ministerio de la Guerra británico, la escasez de embarques y las dificultades en los suministros eran desde luego excesivas. Además, la sociedad colonial estaba tan descentralizada que la conquista de una ciudad o de un pueblo importante significaba poco. Sólo cuando las tropas regulares ocupaban el territorio en cuestión podía prevalecer la autoridad británica, y cuando eran rechazadas los rebeldes reafirmaban su posición sobre los leales. Dos décadas antes se habían necesitado 50.000 soldados británicos, *con sustancial apoyo colonial*, para conquistar el Canadá francés: ¿cuántos se necesitarían ahora para imponer de nuevo el régimen imperial: 150.000 o tal vez 250.000? «Es probable —arguyó un historiador— que la restauración de la autoridad británica en América fuera un problema imposible de resolver por medios militares, por muy perfectamente que éstos se aplicasen»⁷⁰.

La segunda dificultad, sin precedentes en el campo de la gran estrategia, consistía en que Gran Bretaña luchaba sola, sin ayuda de asociados europeos que habrían podido distraer a los franceses. Desde luego, éste era en gran medida un problema diplomático más que militar. Los británicos estaban pagando ahora su ruptura con Prusia después de 1762, su arrogancia frente a España, su duro trato de los barcos de Estados neutrales como Dinamarca y las Provincias Unidas y su fracaso en asegurarse el apoyo ruso. Así, Londres se encontró no sólo sin amigos en Europa, sino que, en 1780, se enfrentó con una recelosa Liga de Neutralidad Armada (Rusia, Dinamarca, Portugal) y unas Provincias Unidas hostiles, cuando se hallaba ya en apuros en su enfrentamiento con los re-

beldes norteamericanos y las flotas franco-españolas. Pero hay algo más, en esta historia, que la ineptitud diplomática británica. Como se ha observado más arriba, los intereses de las monarquías orientales; durante los decenios de 1760 y 1770, se habían apartado en cierto modo de los de Occidente y concentrado en el futuro de las sucesiones polaca y bávara y en las relaciones con los turcos. Un intento francés de convertirse en «el árbitro de Europa», como en los tiempos de Luis XIV, hubiese podido hacer imposible este distanciamiento; pero la decadencia relativa de su Ejército después de la Guerra de los Siete Años y su falta de compromiso político en el Este significaban que la aguda preocupación de Londres por los designios franceses a partir de 1779 no era compartida por sus anteriores aliados. Los rusos de Catalina II eran probablemente los más favorables, pero ni siquiera ellos intervendrían, a menos que hubiese una verdadera perspectiva de que Gran Bretaña sería totalmente eliminada.

Por último, existía el hecho significativo de que, por una vez, Francia había adoptado la antigua posición de Choiseul y resistía ahora la tentación de atacar a Hannover u hostigar a los holandeses. La guerra contra Gran Bretaña se desarrollaría sólo en ultramar, y dislocaría de este modo el brazo «continental» del brazo «marítimo» de la estrategia tradicional británica. Por primera vez, los franceses centrarían sus recursos en una guerra naval y colonial.

Los resultados fueron notables y rebatieron de forma rotunda el argumento de los aislacionistas británicos de que un conflicto de esta clase, no complicado por aliados y campañas continentales, era mejor para el Estado isleño. Durante la Guerra de los Siete Años no se habían asignado más que 30 millones de libras al año a la Marina francesa, un cuarto de la asignación del Ejército y tan sólo un quinto del dinero que recibía anualmente la Royal Navy. A partir de mediados del decenio de 1770 el presupuesto naval francés se elevó sin cesar; en 1780 fue de unos 150 millones de libras y, en 1782, había alcanzado la importante cifra de 200 millones⁷¹. Al entrar Francia en la guerra, poseía cincuenta y dos barcos de línea, muchos de ellos más grandes que sus equivalentes británicos, y este número ascendió pronto hasta sesenta y seis. A esto había que añadir la flota española de cincuenta y ocho barcos de línea y, en 1780, una flota holandesa de veinte efectivos. Aunque la Royal Navy seguía siendo superior a cualquier rival marítimo (en 1778 contaba con sesenta y seis barcos de línea, y con noventa en 1779), se encontró ahora repetidamente superada en número. En 1779 perdió incluso el control del Canal y pareció posible una invasión franco-española, y en el encuentro de 1781 entre las flotas de Graves y de De Grasse frente a la costa de Che-

sapeake la superioridad numérica francesa mantuvo a raya a la fuerza británica y condujo a la rendición de Cornwallis en Yorktown y al final efectivo de la campaña norteamericana. Aun cuando el volumen de la Royal Navy aumentó y se distanció del de las flotas enemigas (en 1782 tenía noventa y cuatro barcos de línea, contra los setenta y tres de Francia, los cincuenta y cuatro de España y los diecinueve de las Provincias Unidas), el margen era todavía demasiado estrecho para todas las tareas requeridas, a saber, proteger los convoyes del Atlántico Norte, relevar periódicamente a Gibraltar, vigilar la salida del Báltico, enviar escuadras al océano Índico y apoyar las operaciones militares en el Caribe. El poder naval británico era temporal y regional y no, como en guerras anteriores, aplastante. El hecho de que las tropas francesas no luchasen en Europa tuvo mucho que ver con la difícil condición de los isleños.

Cierto que en 1782 la tensión financiera de mantener una Marina tan numerosa estaba perjudicando a la economía francesa y obligando a cierta reducción. Los pertrechos navales eran ahora más difíciles de obtener y la escasez de marineros era todavía más grave. Además, algunos ministros franceses temían que la guerra estuviera desviando indebidamente la atención y los recursos a zonas extraeuropeas, y que ello hiciera imposible representar un papel en el continente. Este cálculo político y el miedo simultáneo de que los ingleses y los norteamericanos solventasen pronto sus diferencias hicieron que París esperase un rápido final de las hostilidades. Desde el punto de vista económico, sus aliados holandés y español estaban igualmente en apuros. Sin embargo, el mayor vigor financiero de Gran Bretaña, el sensible aumento de las exportaciones a partir de 1782 y la continua mejora de la Royal Navy no podían ahora rescatar la victoria de la derrota, ni convencer a las facciones políticas del país a apoyar la guerra, cuando se vio claramente que América estaba perdida. Aunque las concesiones de Gran Bretaña en la Paz de Versalles (Menorca, Florida, Tobago) difícilmente podían considerarse como una compensación de las grandes ganancias imperiales de 1763, los franceses pudieron darse por satisfechos con la creación de unos Estados Unidos independientes y con el golpe recibido por la posición mundial de Gran Bretaña. Desde la perspectiva de París, el equilibrio estratégico que había sido trastornado por la Guerra de los Siete Años había sido ahora sensiblemente restablecido, aunque a un coste enorme.

Por el contrario, el equilibrio estratégico no había sido muy alterado en la Europa oriental por las maniobras de las tres gran-

des monarquías durante los decenios que siguieron a 1763⁷². Esto se debió principalmente a la naturaleza triangular de su relación: ni Berlín ni Viena en particular, ni incluso la más enérgica San Petersburgo deseaban conducir a los otros dos a una alianza hostil, ni querían verse envueltos en una lucha de las dimensiones de la Guerra de los Siete Años. La breve y sumamente cautelosa campaña en la Guerra de Sucesión bávara (1778-1779), cuando Prusia se opuso al intento de expansión de Austria, no hizo más que confirmar el general deseo de evitar los costes de una lucha entre grandes potencias. Por consiguiente, las ulteriores adquisiciones de territorios sólo podían realizarse como resultado de «tratos» diplomáticos a expensas de los países más débiles, en especial Polonia, que fue sucesivamente despojada de territorios en 1772-1773, 1793 y 1795. En las últimas fases la suerte de Polonia se vio crecientemente influida por la Revolución francesa, es decir, por la determinación de Catalina II de aplastar a los «jacobinos» de Varsovia y por el deseo de Prusia y de Austria de obtener compensaciones en el Este por sus fracasos contra Francia en el Oeste; pero ni siquiera esta nueva preocupación por la Revolución francesa alteró de manera fundamental las políticas de mutuo antagonismo y de reacios compromisos que siguieron en aquellos años las tres monarquías orientales entre sí.

Dados los confines geográficos y diplomáticos de esta relación triangular, no era de extrañar que la posición rusa continuase mejorando en relación con Austria y con Prusia. A pesar del atasco de Rusia, ésta era todavía mucho menos vulnerable que sus vecinas occidentales, que se esforzaban en aplacar a la formidable Catalina. Este hecho y el tradicional empeño ruso de influir en Polonia fueron causa de que la mayor parte de que este infortunado Estado cayese bajo el poder de San Petersburgo durante la partición. Además, Rusia poseía una frontera abierta y «nada sólida» en el Sur, por lo que durante los primeros años de la década de 1770 pudo efectuar grandes avances a expensas de Turquía; Crimea fue oficialmente anexionada en 1783, y Rusia obtuvo nuevas ganancias a lo largo de la costa norte del mar Negro en 1792. Todo esto confirmó la decadencia del poder de lucha otomano y preocupó en secreto a Austria y a Prusia tanto como a aquellos Estados (Suecia en 1788, Gran Bretaña bajo el joven Pitt en 1791) que trataban más activamente de contener el expansionismo ruso. Pero con Viena y Berlín ansiosos por conservar la benevolencia de San Petersburgo, y con las potencias occidentales demasiado distraídas para representar un papel duradero y eficaz en la Europa oriental, el crecimiento del Imperio zarista prosiguió sin pausa.

La estructura de las relaciones internacionales en la década anterior a 1792 dio, en consecuencia, pocas señales de la transfor-

mación que estaba experimentando. En su mayor parte, las querellas ocasionales entre las principales potencias habían sido cuestiones regionales aisladas, y parecía que el equilibrio de poder general no estaba amenazado. Si el futuro de Polonia y del Imperio otomano preocupaba a las grandes naciones del Este, las maniobras tradicionales sobre el destino de los Países Bajos y los «imperios comerciales rivales» acaparaban la atención de las potencias occidentales. Un choque anglo-español sobre la bahía de Nookta (1790) hizo que ambos países se encontrasen al borde de la guerra, hasta que España cedió a regañadientes. Y si bien las relaciones entre Gran Bretaña y Francia fueron más tranquilas, debido al mutuo agotamiento después de 1783, su rivalidad comercial siguió siendo muy seria. Sus mutuos recelos se evidenciaron también en seguida durante una crisis interna de los Países Bajos en 1787-1788, cuando el partido «patriota» pro francés fue arrojado del poder por las tropas prusianas, apremiadas por el joven y enérgico Pitt.

La diplomacia mucho más activa de Pitt se reflejaba no sólo en su personalidad, sino también en la significativa recuperación general por parte de Gran Bretaña del rango de gran potencia desde el revés de 1783. La pérdida de América no había perjudicado el comercio transatlántico del país; en efecto, florecían las exportaciones a los Estados Unidos, y tanto este mercado como el de la India eran mucho más importantes que aquellos que dominaba Francia. En los seis años comprendidos entre 1782 y 1788 la flota mercante británica aumentó más del doble. La Revolución industrial estaba en curso, alentada por la demanda de los consumidores en el país y en el extranjero y facilitada por un alud de nuevos inventos, y la productividad de la agricultura británica se mantenía a la altura de las necesidades de una población creciente. Las reformas fiscales de Pitt mejoraron las finanzas del Estado y restauraron su crédito, aunque siempre se otorgaban grandes cantidades de dinero a la Marina, que era numéricamente fuerte y estaba bien administrada. Sobre estos firmes cimientos consideró el Gobierno británico que podía desempeñar un papel más activo en el extranjero, cuando lo exigiesen los intereses nacionales. Sin embargo, en su conjunto, los personajes políticos de Whitehall y de Westminster no creían que fuese a producirse una guerra entre grandes potencias en Europa, en un futuro previsible⁷³.

Pero la razón más clara de que Europa no se hallaba convulsa por un conflicto general parecía radicar en el empeoramiento de las condiciones de Francia. Durante algunos años, después de la victoria de 1783, su posición diplomática había parecido más fuerte que nunca; su economía interior, así como el comercio exterior con las Indias Occidentales y con Oriente crecía con rapidez. Sin

embargo, el mero coste de la guerra de 1778-1783 —que en total era de más del triple de los de las tres guerras anteriores— y el fracaso en reformar las finanzas nacionales se sumaron al creciente descontento político, a los apuros económicos y al malestar social para desacreditar el Antiguo Régimen. A partir de 1787, al empeorar la crisis interna, Francia pareció cada vez más incapaz de representar un papel decisivo en asuntos extranjeros. La derrota diplomática en los Países Bajos fue causada principalmente por el reconocimiento del Gobierno francés de que no podía permitirse financiar una guerra contra Gran Bretaña y Prusia, mientras que la retirada del apoyo de España en la controversia de la bahía de Nookta fue debida al rechazo por parte de la Asamblea francesa del derecho de Luis XVI a declarar la guerra. Todo esto apenas si sugería que Francia trataría pronto de derrotar el «viejo orden» de Europa.

Así, pues, el conflicto que iba a absorber las energías de gran parte del continente durante dos decenios empezó despacio y de un modo irregular. Durante el período que siguió a la toma de La Bastilla los franceses sólo estuvieron preocupados por las luchas internas y, aunque la creciente radicalización de la política francesa preocupaba a algunos Gobiernos extranjeros, la confusión resultante en París y en las provincias indicaba que Francia contaba poco en la política europea de poder. Por esta razón, Pitt estaba buscando la manera de reducir los gastos militares británicos en fecha tan tardía como el mes de febrero de 1792, mientras que, en el Este, las tres grandes monarquías estaban mucho más interesadas en desmembrar Polonia. Sólo los crecientes rumores de las intrigas de los emigrados para restaurar la monarquía y los movimientos de los propios revolucionarios franceses hacia una política más agresiva en las fronteras hicieron que los sucesos exteriores e interiores produjesen una escalada hacia la guerra. Las lentas e inseguras maniobras de las tropas aliadas al cruzar las fronteras francesas demostraron lo poco preparadas que estaban para esta contienda, lo cual permitió a su vez a los revolucionarios jactarse de la victoria después de la desconcertante batalla de Valmy (setiembre de 1792). Sólo el año siguiente, cuando los triunfos de los ejércitos franceses parecieron amenazar Renania, los Países Bajos e Italia, y la ejecución de Luis XVI demostró el republicanismo radical del nuevo régimen en París, adquirió la lucha todas sus dimensiones estratégicas e ideológicas. A Prusia y el Imperio austríaco, primitivos combatientes, se unió ahora una larga serie de otros Estados, encabezada por Gran Bretaña y Rusia y que incluía a todos los vecinos de Francia.

Aunque es fácil, retrospectivamente, ver por qué esta Primera Coalición (1793-1795) contra Francia fracasó de forma rotunda, el

resultado constituyó una sorpresa y un amargo contratiempo en aquella época; después de todo, la desigualdad era mayor que en cualquiera de las guerras anteriores. En realidad, el mero ímpetu de la Revolución francesa, condujo a la adopción de medidas desesperadas, la *levée en masse* y la movilización de todos los recursos nacionales disponibles para luchar contra los numerosos enemigos de Francia. Además, como han observado muchos escritores, el Ejército francés había pasado por un importante período de reformas —en cuestiones de organización, planificación, artillería y táctica de combate— durante las dos o tres décadas anteriores a 1789, y lo que hizo la Revolución fue barrer los obstáculos aristocráticos a estas nuevas ideas y dar a los reformadores la oportunidad (y el peso numérico) para poner en práctica sus conceptos al estallar la guerra. Los métodos de «guerra total» empleados en el frente interior y las nuevas tácticas en el campo de batalla parecieron un reflejo de la desenfadada energía demagógica de los franceses, así como las cautelosas y poco entusiastas maniobras de las tropas de la Coalición simbolizaban los hábitos del viejo orden⁷⁴. Con un ejército de unos 650.000 hombres (julio de 1793), impulsados por el entusiasmo y dispuestos a correr los riesgos inherentes a las largas marchas y a la táctica agresiva, los franceses invadieron pronto los territorios vecinos, lo que significó que, a partir de ese momento, el coste de mantener una fuerza tan enorme recaería principalmente en las poblaciones de *allende* las fronteras de Francia; esto, a su vez, permitió cierta recuperación de la economía francesa.

Cualquier potencia que tratase de contener este tenaz expansionismo tendría, por lo tanto, que inventar los medios adecuados para hacer frente a una forma de guerra tan nueva y desconcertante. No era una tarea imposible. Las operaciones del Ejército francés bajo su primer líder Dumouriez, e incluso las mucho más importantes y complicadas campañas de Napoleón, revelaron deficiencias en los suministros y las comunicaciones, de las que habría podido aprovecharse un enemigo bien instruido. Pero, ¿dónde estaba este adversario bien instruido? No se trataba sólo de que los viejos generales y las lentas tropas cargadas de equipaje de la Coalición resultaran tácticamente inadecuadas ante los enjambres de tiradores y las agresivas columnas francesas. Lo más importante era que el necesario compromiso político y la claridad estratégica faltaban también en los enemigos de Francia. Evidentemente, no había una ideología política trascendental que animase a los soldados y a los ciudadanos del Antiguo Régimen; antes al contrario, muchos de ellos se sentían atraídos por las ideas embriagadoras de la Revolución y sólo cuando, mucho más tarde, las tropas de Napoleón convirtieron la «liberación» en conquista y sa-

queo pudo utilizarse el patriotismo local para frenar la hegemonía francesa.

Es más, en aquella primera fase pocos miembros de la Coalición se tomaron en serio la amenaza francesa. No existía un acuerdo total en cuanto a los objetivos y la estrategia entre los diversos miembros de la alianza, cuya precaria unidad se manifestaba en sus crecientes demandas de subsidios británicos, pero en pocas cosas más. Por encima de todo, los primeros años de esta guerra revolucionaria coincidieron con el reparto de Polonia e incluso fueron eclipsados por él. A pesar de sus furiosas denuncias de la Revolución francesa, Catalina II estaba más interesada en acabar con la independencia polaca que en enviar tropas a Renania. Esto hizo que el ansioso Gobierno prusiano, ya desengañado de las primeras campañas en el Oeste, trasladase cada vez más tropas del Rin al Vístula, lo cual obligó a su vez a Austria a mantener a 60.000 hombres en su frontera norte, por si Rusia y Prusia se lanzaban contra los restantes territorios polacos. Cuando se produjo la tercera y última partición, en 1795, se evidenció que Polonia había sido un aliado de Francia más eficaz en su agonía que cuando era un Estado vivo y activo. En aquellos días Prusia había pedido ya la paz y abandonado la orilla izquierda del Rin a los franceses, con lo que había dejado a Alemania en un estado de inquieta neutralidad y había permitido que Francia volviese su atención a otras partes; la mayoría de los Estados alemanes más pequeños habían seguido el ejemplo prusiano; los Países Bajos habían sido invadidos y convertidos en la República Bátava; y por su parte, España había desertado de la Coalición y había vuelto a alinearse con Francia contra Gran Bretaña.

Esto dejó solo a Cerdeña-Piamonte, que a principios de 1796 fueron aplastados por Napoleón; al infortunado Imperio austríaco, que fue expulsado de gran parte de Italia y obligado a firmar el Tratado de Campoformio (octubre de 1797); y a Gran Bretaña. A pesar del deseo del joven Pitt de imitar a su padre en frenar el expansionismo francés, el Gobierno británico fracasó también en proseguir la guerra con las necesarias resolución y claridad estratégicas⁷⁵. La fuerza expedicionaria enviada a Flandes y Holanda bajo la dirección del duque de York en 1793-1795 carecía del vigor y la experiencia necesarios para enfrentarse al Ejército francés y sus restos acabaron por volver a casa vía Bremen. Además, como ocurrió a menudo antes y después, los ministros (tales como Dundas y Pitt) preferían el «estilo británico de guerra» —operaciones coloniales, bloqueo marítimo e incursiones contra la costa enemiga— a cualquier operación continental a gran escala. Dadas la abrumadora superioridad de la Royal Navy y la desintegración de su equivalente francés, esto parecía una opción atractiva y fácil.

Pero las pérdidas que sufrieron las tropas británicas por enfermedad en las operaciones de 1793-1796 en las Indias Occidentales significaron que Londres pagara muy caras aquellas diversiones estratégicas: 40.000 hombres murieron y otros 40.000 quedaron inútiles para el servicio —más que el total de bajas en la guerra peninsular española— y las campañas costaron al menos 16 millones de libras esterlinas. Sin embargo, es dudoso que el siempre aumentado dominio británico de los teatros extranjeros o sus operaciones periféricas contra Dunkerque y Tolón compensaran el creciente poder de Francia dentro de Europa. Por último, los subsidios pedidos por Prusia y Austria para mantener a sus ejércitos en los campos de batalla se elevaron de manera alarmante y fue imposible concederlos. Dicho en otras palabras, la estrategia británica había sido al mismo tiempo ineficaz y cara, y en 1797 los cimientos de todo el sistema se vieron sacudidos —al menos temporalmente— por la suspensión de pagos en efectivo por parte del Banco de Inglaterra y por los motines navales de Spithead y el Nore. Durante aquel turbulento período los agotados austríacos pidieron la paz y se unieron a todos los demás Estados que reconocían la primacía francesa en la Europa occidental.

Si los británicos no podían derrotar a Francia, el Gobierno revolucionario tampoco podía socavar el dominio naval del enemigo. Los primeros intentos de invadir Irlanda y atacar las costas occidentales de Inglaterra habían dado escasos resultados, aunque esto fue debido tanto al tiempo atmosférico como a las defensas locales. A pesar del pánico temporal provocado por la suspensión de pagos de 1797, el sistema de crédito británico se mantuvo firme. La entrada de España y de los Países Bajos en la guerra al lado de Francia condujo a la destrucción de la flota española frente al cabo San Vicente (febrero de 1797) y a fuertes golpes propinados a los holandeses en Camperdown (octubre de 1797). Los nuevos aliados de Francia tuvieron también que soportar pérdidas progresivas en sus colonias de ultramar —en las Indias Orientales y Occidentales, así como en Colombo, Malaca y el cabo de Buena Esperanza—, todo lo cual proporcionó nuevos mercados al comercio británico y bases adicionales a sus escuadras. No queriendo pagar el alto precio exigido por el Gobierno francés para la paz, Pitt y sus colegas ministros resolvieron seguir luchando, para lo cual introdujeron impuestos sobre la renta y pidieron nuevos préstamos para pagar lo que se había convertido —ante la acumulación de las tropas francesas a lo largo de la costa del Canal— en una lucha tanto para la supervivencia nacional como para la seguridad imperial.

Aquí estuvo, pues, el dilema estratégico fundamental con que se enfrentaron Francia y Gran Bretaña durante las dos décadas si-

guientes de guerra. Como la ballena y el elefante, cada cual era, con mucho, la criatura más grande en su propio dominio. Pero el control británico de las rutas marítimas no podía por sí solo destruir la hegemonía francesa en Europa, como no podía la fuerza militar de Napoleón obligar a rendirse a los isleños. Además, como las adquisiciones territoriales de Francia y la intimidación política de sus vecinos despertaban considerables resentimientos, el Gobierno de París no podía estar nunca seguro de que las otras potencias continentales aceptarían de modo permanente el dominio francés mientras Gran Bretaña —que ofrecía subsidios, municiones y posiblemente incluso tropas— permaneciese independiente. Ésta fue también, evidentemente, la opinión de Napoleón cuando arguyó en 1797: «Concentremos nuestros esfuerzos en aumentar nuestra flota y destruir a Inglaterra. Una vez conseguido esto, Europa estará a nuestros pies⁷⁶.» Ahora bien, este objetivo francés sólo podía conseguirse mediante una afortunada estrategia marítima y comercial contra Gran Bretaña, ya que las ganancias militares por tierra no eran suficientes; de la misma manera que los ingleses necesitaban desafiar el dominio continental de Napoleón con una intervención directa y consiguiendo aliados, ya que el dominio del mar por la Royal Navy no era suficiente. Mientras un combatiente era supremo en el mar y el otro lo era en tierra, ambos se sentían amenazados e inseguros y, por consiguiente, cada cual buscaba nuevos medios y aliados con los que inclinar la balanza a su favor.

El intento de Napoleón de alterar aquel equilibrio fue típicamente audaz... y arriesgado: aprovechando la débil posición de Gran Bretaña en el Mediterráneo en el verano de 1798, invadió Egipto con 31.000 soldados, con lo que se colocó en condiciones de dominar Oriente y el Imperio otomano, así como la ruta de la India. Casi al mismo tiempo, los ingleses fueron sorprendidos con otra expedición francesa a Irlanda. Cada uno de estos golpes habría significado, de haber tenido pleno éxito, un terrible mazazo para la delicada posición de Gran Bretaña. Pero la invasión de Irlanda fue tardía y en pequeña escala, y fue contenida a primeros de setiembre, cuando toda Europa se enteraba de la derrota de la flota francesa por Nelson en Abukir y de la consiguiente «esclavitud» de Napoleón en Egipto. Como había sospechado París, este retroceso animó a todos los ofendidos por el predominio francés a abandonar su neutralidad y unirse en la guerra de la segunda Coalición (1798-1800). Además, los Estados más pequeños de Portugal y Nápoles, Rusia, Austria y Turquía iban ahora a favor de los ingleses y reunían sus ejércitos y negociaban subsidios. Perdida Menorca y Malta, derrotada en Suiza e Italia por las fuerzas austro-rusas, y con el propio Napoleón incapaz de alcanzar la victoria en

Oriente, Francia parecía hallarse en un grave aprieto.

Sin embargo, la segunda Coalición, como la primera, se apoyaba en cimientos políticos y estratégicos poco sólidos⁷⁷. Prusia estaba ostensiblemente ausente, de manera que no podía abrirse ningún frente alemán en el Norte. Una campaña prematura del rey de Nápoles condujo al desastre y una expedición anglo-rusa mal preparada a Holanda no animó a la población local y tuvo que acabar en retirada. Pero lejos de sacar la conclusión de que las operaciones continentales tenían que ser más sustanciales, y agudamente consciente de las dificultades financieras y políticas de reclutar un gran ejército, el Gobierno británico volvió a su política tradicional de «incursiones» en las costas del enemigo; pero sus ataques en pequeña escala contra Belle-Isle, El Ferrol, Cádiz y otros lugares no fueron estratégicamente eficaces. Peor aún, los austríacos y los rusos no cooperaron en la defensa de las montañas; entonces el desengaño del zar con respecto a sus aliados se intensificó hasta convertirse en una profunda sospecha de la política británica y una buena disposición para negociar con Napoleón, que había vuelto a Francia desde Egipto. La retirada de Rusia hizo que los austríacos recibiesen todo el peso de la furia francesa en Marengo y Hochstadt (en junio de 1800) y, seis meses más tarde, en Hohenlinden, con lo que Viena se vio obligada una vez más a pedir la paz. Al aprovechar Prusia y Dinamarca este giro de los acontecimientos para invadir Hannover y lanzarse España a una invasión de Portugal, los británicos se quedaron virtualmente solos en 1801, tal como lo habían estado tres años antes. En el norte de Europa, Rusia, Dinamarca, Suecia y Prusia se habían unido en una nueva Liga de Neutralidad Armada.

Por otra parte, los británicos habían vuelto a conseguir bastantes éxitos en las campañas marítimas y extraeuropeas. Habían arrebatado Malta a los franceses, lo cual había proporcionado a la Royal Navy una base estratégica vital. La flota danesa, primera línea del nuevo plan de la Liga de Neutralidad Armada para impedir el comercio británico en el Báltico, fue aplastada delante de Copenhague (aunque el asesinato del zar Pablo pocos días antes anunció el final de la Liga en todo caso). Aquel mismo mes de marzo de 1801, una expedición británica derrotó al Ejército francés en Alejandría, y esto condujo más tarde a la retirada total de los franceses de Egipto. Más lejos, las fuerzas británicas de la India arrollaron Tipu, en Mysore, protegido por los franceses y continuaron ganando otros territorios en el Norte. Las posesiones francesas, holandesas, danesas y suecas en las Indias Occidentales cayeron también en manos británicas.

Sin embargo, la falta de un sólido aliado continental en 1801 y la naturaleza no decisiva de la campaña anglo-francesa llevaron

a muchos políticos ingleses a pensar en la paz; tales sentimientos fueron reforzados por las peticiones de los círculos mercantiles cuyo comercio estaba sufriendo en el Mediterráneo y, en menor grado, en el Báltico. La dimisión de Pitt a causa de la emancipación de los católicos apresuró el movimiento en favor de negociaciones. Según los cálculos de Napoleón, había poco que perder en un período de paz: la consolidación de la influencia francesa sobre los Estados satélites continuaría, mientras que los británicos ya no podrían disfrutar de sus antiguos privilegios comerciales y diplomáticos en aquellas zonas; la Marina francesa, dispersa en varios puertos, podría ser concentrada y reconstruida, y la economía podría descansar antes de la siguiente fase de la contienda. Como consecuencia de esto, la opinión británica —que no criticó mucho al Gobierno por la firma de la Paz de Amiens (marzo de 1802)— se inclinó resueltamente hacia la otra dirección al darse cuenta de que Francia estaba continuando la lucha por otros medios. El comercio británico encontró cerrada la entrada en buena parte de Europa. Se dijo enérgicamente a Londres que se abstuviese de intervenir en los asuntos holandeses, suizos e italianos. Y se tuvo noticia de intrigas y agresiones francesas desde Mascate hasta las Indias Occidentales y desde Turquía hasta el Piamonte. Estas informaciones y las pruebas de un programa francés de construcción de buques de guerra a gran escala hicieron que el Gobierno británico presidido por Addington se negase a devolver Malta y que, en mayo de 1803, la guerra fría se convirtiese en caliente⁷⁸.

Esta etapa final de las siete importantes guerras anglo-francesas libradas entre 1689 y 1815 duró doce años y constituyó una prueba más dura que todas las demás. Como anteriormente, cada combatiente tenía diferentes puntos fuertes y puntos flacos. A pesar de ciertas reducciones en la flota, la Royal Navy estaba en una posición muy firme cuando se reanudaron las hostilidades. Mientras poderosas escuadras bloqueaban la costa francesa, los imperios ultramarinos de Francia y sus satélites eran sistemáticamente reconquistados. Saint Pierre et Miquelon, Santa Lucía, Tobago y la Guayana Holandesa fueron tomados antes que Trafalgar, y se hicieron más avances en la India; El Cabo cayó en 1806; Curaçao y las Indias Occidentales danesas, en 1807; varias de las Molucas, en 1808; Cayena, la Guayana Francesa, Santo Domingo, Senegal y Martinica, en 1809; Guadalupe, Mauricio, Amboina y Banda, en 1810; Java, en 1811. Una vez más, esto no tuvo un impacto *directo* sobre el equilibrio europeo, pero apuntaló el dominio británico en ultramar y proporcionó nuevas «salidas» a exportaciones privadas de su acceso tradicional a Amberes y Leghorn, e incluso en sus

primeras fases incitó a Napoleón a pensar en la invasión del sur de Inglaterra más seriamente que antes. Con la Gran Armada concentrada ante Boulogne y el resuelto Pitt de nuevo en el poder en 1804, cada bando esperó el choque final y decisivo.

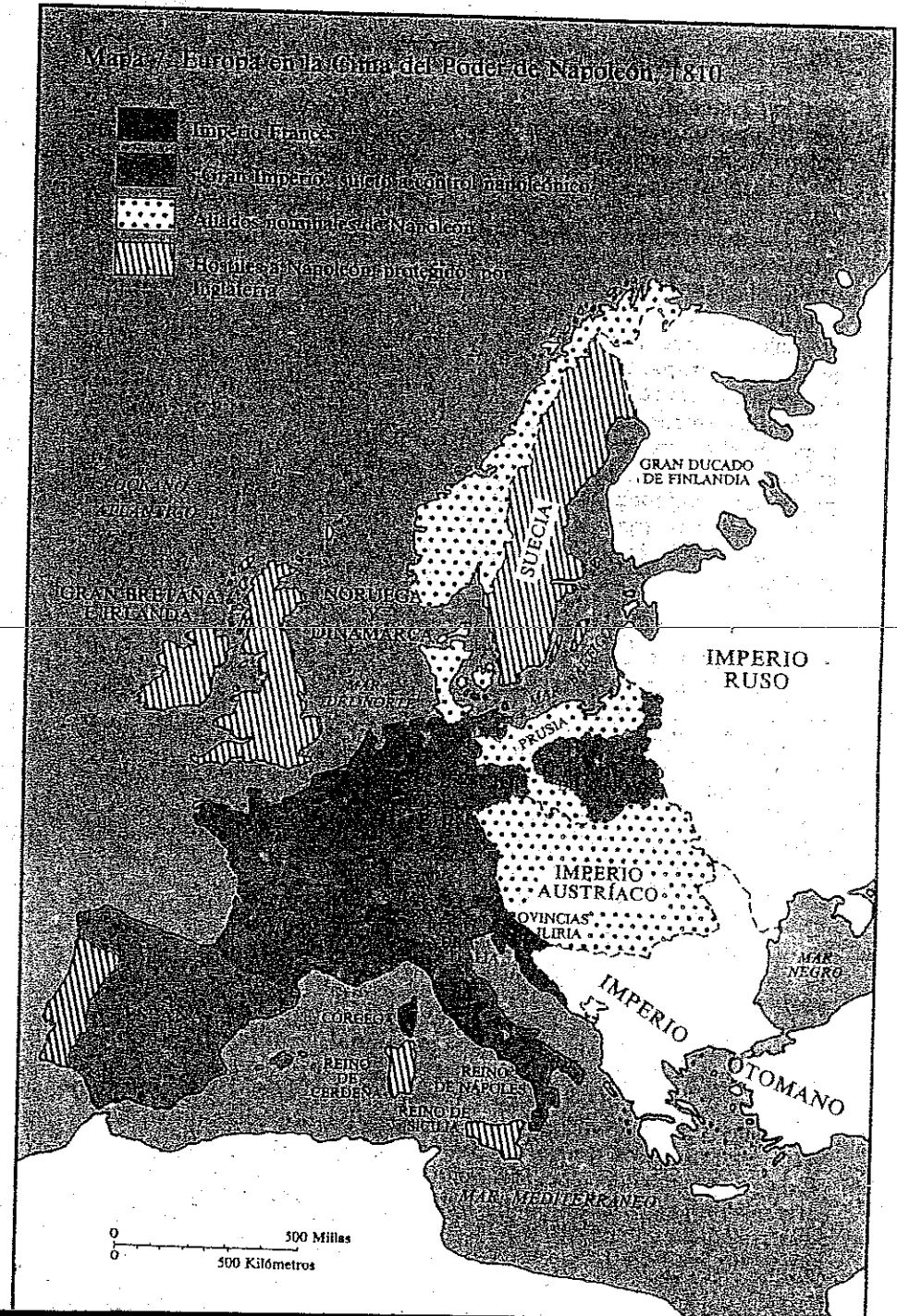
En realidad, las campañas navales y militares que tuvieron lugar entre 1805 y 1808, a pesar de haberse librado en ellas varias famosas batallas, revelaron una vez más las limitaciones estratégicas de la guerra. El Ejército francés era al menos tres veces más numeroso y mucho más experimentado que su equivalente británico, pero se requería el dominio del mar para que pudiese desembarcar con seguridad en Inglaterra. Numéricamente, la Marina francesa era considerable (unos setenta barcos de línea), testimonio de los recursos de que disponía Napoleón, y estaba reforzada por la Marina española (más de veinte barcos de línea) desde que este país había entrado en la guerra a finales de 1804. Sin embargo, las flotas franco-españolas estaban dispersas en media docena de puertos y no podían reunirse sin correr el riesgo de encontrarse con una Royal Navy mucho más experimentada para el combate. La aplastante derrota de aquellas flotas en Trafalgar, en octubre de 1805, ilustró la «diferencia de calidad» entre las marinas rivales de la manera más devastadora. Pero, si aquella espectacular victoria aseguró las Islas Británicas, no podía socavar la posición de Napoleón en tierra. Por esta razón había tratado Pitt de tentar a Rusia y a Austria para formar una tercera Coalición, pagando 1.750.000 libras esterlinas por cada 100.000 hombres que pudiesen lanzar al campo contra los franceses. Sin embargo, antes de Trafalgar, Napoleón había ido con su ejército desde Boulogne hasta el Danubio superior, había aniquilado a los austríacos en Ulm y había proseguido después hacia el Este para aplastar a una fuerza austro-rusa de 85.000 hombres en Austerlitz, en diciembre. Con una desalentada Viena pidiendo la paz por tercera vez, los franceses pudieron afirmar una vez más su control en la península italiana y obligar a retirarse a toda prisa a las fuerzas anglo-rusas de allí⁷⁹.

Tanto si la noticia de estos grandes reveses causó la muerte de Pitt a principios de 1806, como si no, reveló una vez más la dificultad de derribar a un genio como Napoleón. Ciertamente, los pocos años siguientes marcaron el cenit del predominio francés en Europa. (Véase mapa 7.) Prusia, cuya primitiva abstención había debilitado la coalición, declaró temerariamente la guerra a Francia en octubre de 1806 y fue aplastada en un mes. Los grandes y tenaces ejércitos rusos eran harina de otro costal, pero también ellos, después de varias batallas, sufrieron graves pérdidas en la de Friedland (junio de 1807). En los tratados de paz de Tilsit, Prusia se convirtió en virtual satélite y Rusia, que salió bastante bien libra-

da, convino en prohibir el comercio con Inglaterra y prometió ingresar con el tiempo en una alianza con Francia. Todo el sur y gran parte del oeste de Alemania se habían unido en la Confederación del Rin; Polonia occidental se había convertido en el Gran Ducado de Varsovia; España, Italia y los Países Bajos estaban sometidos; el Sacro Imperio Romano tocaba a su fin, y no había ningún Estado independiente —y ningún aliado de los ingleses— entre Portugal y Suecia. Esto, a su vez, dio oportunidad a Napoleón de arruinar a la «nación de tenderos» de la manera más contundente: anulando sus exportaciones a Europa y dañando su economía, mientras acumulaba para sus propios fines la madera, los mástiles y otros recursos para la construcción de barcos que ahora les eran negados a la Royal Navy. Indirectamente, los británicos se verían debilitados antes de que se montase un ataque más directo. Dada la dependencia británica de los mercados europeos para sus exportaciones, y de los mástiles del Báltico y el roble dalmata para su flota, la amenaza era enorme. Por último, al ser reducidas las ganancias de las exportaciones, Londres se vería privado del dinero necesario para subvencionar a sus aliados y comprar artículos para sus fuerzas expedicionarias.

En consecuencia, los factores económicos se mezclaron con la estrategia en esta guerra, más que en cualquiera de las anteriores. En esta fase central del duelo anglo-francés por la supremacía, entre los decretos napoleónicos de Berlín y Milán prohibiendo el comercio con Gran Bretaña (1806-1807) y la retirada francesa de Moscú en 1812, los méritos relativos de los dos sistemas opuestos merecen un más profundo análisis. Con cada adversario tratando de arruinar económicamente al otro, cualquier debilidad significativa se manifestaría más pronto o más tarde, con funestas consecuencias para la política de poder.

Es indudable que la dependencia desacomodadamente grande de Inglaterra del comercio exterior en esta época la hacía muy vulnerable a la prohibición impuesta por el «Sistema Continental» de Napoleón⁸⁰. En 1808 y de nuevo en 1811-1812, la guerra comercial entablada por los franceses y sus satélites más sumisos (por ejemplo, los daneses) estaba produciendo una crisis en el comercio británico de exportación. Grandes cantidades de productos manufacturados se amontonaban en los almacenes, y los muelles de Londres estaban atestados de productos coloniales. El desempleo en las ciudades y la inquietud en los condados aumentaban los temores de los hombres de negocio y hacían que muchos economistas preconizasen la paz; iguales efectos producía el espantoso aumento de la deuda nacional. Cuando empeoraron las relaciones



con los Estados Unidos y se vinieron abajo las exportaciones a aquel importante mercado después de 1811, las presiones económicas parecieron casi insoportables.

Y no obstante, aquellas presiones fueron de hecho soportadas, principalmente porque nunca se aplicaron el tiempo suficiente o con la consistencia necesaria para producir un pleno efecto. La rebelión en España contra la hegemonía francesa alivió la crisis económica de 1808 en Gran Bretaña, de la misma manera que la ruptura de Rusia con Napoleón alivió la depresión de 1811-1812, al permitir que los artículos británicos llegasen al Báltico y al norte de Europa. Además, a lo largo de todo el período, grandes cantidades de productos manufacturados británicos y de artículos coloniales entraban de contrabando en el continente, con grandes beneficios y generalmente con la complicidad de funcionarios locales sobornados; desde Helgoland hasta Salónica, los productos prohibidos viajaban por vías indirectas hasta los afanosos clientes, como viajarían más tarde entre Canadá y Nueva Inglaterra durante la Guerra Anglo-Americana de 1812. Por último, la economía británica de exportación pudo también sostenerse por el gran auge del comercio con regiones no afectadas por el Sistema Continental o la política de «no intervención» americana: Asia, África, las Indias Occidentales, América Latina (a pesar de todos los esfuerzos de los gobernadores españoles) y el Próximo Oriente. Por todas estas razones, y a pesar de la grave interrupción del comercio británico en *algunos* mercados durante *algún* tiempo, la tendencia en conjunto fue clara: las exportaciones totales de productos británicos pasaron de 21,7 millones de libras (1794-1796) a 37,5 millones (1804-1806) y a 44,4 millones (1814-1816).

La otra razón principal de que la economía británica no se derrumbase ante las presiones externas fue que, por desgracia para Napoleón, estaba ahora en plena Revolución industrial. Está claro que estos dos importantes acontecimientos históricos se influyeron mutuamente de muchas y singulares maneras: los pedidos oficiales de armamentos estimularon el comercio del hierro, el acero, el carbón y la madera; el enorme gasto estatal (calculado en el 29 % del Producto Nacional Bruto) afectó a las prácticas financieras, y nuevos mercados para la exportación impulsaron la producción de algunas fábricas de la misma manera que la deprimía el «contrabqueo» francés. Exactamente cómo afectaron las guerras revolucionarias y napoleónicas al crecimiento de la economía británica *en su conjunto* es un tema complejo y polémico que está siendo todavía investigado por los historiadores, muchos de los cuales creen ahora que las antiguas nociones del rápido ritmo de la industrialización británica en aquellas décadas son exageradas. Sin embargo, *está* claro que la economía creció durante aquel período.

La producción de hierro colado, de sólo 68.000 toneladas en 1788, había aumentado ya a 224.000 toneladas en 1806 y se elevó a 325.000 en 1811. El algodón, virtualmente una industria nueva antes de la guerra, floreció magníficamente en las dos décadas siguientes, y fue absorbiendo cada vez más maquinaria, fuerza de vapor, carbón y mano de obra; en 1815, los artículos de algodón se habían convertido, con mucho, en la exportación más importante. Un vasto sistema de nuevos muelles y, en tierra, nuevos canales, barreras de portazgo y vías férreas mejoró las comunicaciones y estimuló la producción. Aparte de si este *boom* habría sido todavía mayor sin la lucha militar y naval contra Francia, sigue siendo un hecho que la productividad y la riqueza británicas se elevaron rápidamente y pudieron contribuir a soportar las cargas que Pitt y sus sucesores impusieron para pagar la guerra. Los aranceles y los impuestos sobre el consumo, por ejemplo, pasaron de 13,5 millones de libras (1793) a 44,8 millones (1815); mientras que el rendimiento de los nuevos impuestos sobre la renta y la propiedad se elevaron de 1,67 millones en 1799 a 14,6 en el último año de la guerra. En realidad, entre 1793 y 1815, el Gobierno británico recaudó la impresionante suma de 1.217 millones de libras a través de impuestos directos e indirectos y consiguió otros 440 millones en préstamos de los mercados de dinero, sin agotar su crédito..., para sorpresa del fiscalmente más conservador Napoleón. En los últimos años críticos de la guerra, el Gobierno tomaba prestados más de 25 millones de libras anualmente, dándose este margen extra decisivo⁸¹. Desde luego, los británicos pagaban en impuestos por encima de los límites concebidos por los burócratas del siglo XVIII y la deuda nacional casi se triplicó; pero la nueva riqueza hacía que estas cargas fuesen más fáciles de soportar y permitían que los contribuyentes, a pesar de ser menos en número, soportasen el coste de la guerra mejor que el imponente Imperio napoleónico.

La historia de la economía de Francia entre 1789 y 1815 y de su capacidad para soportar una guerra a gran escala resulta todavía más complicada para los historiadores⁸². El colapso del Antiguo Régimen y el torbellino subsiguiente causaron sin duda una reducción durante un tiempo de la actividad económica francesa. Por otra parte, la efusión de entusiasmo público por la Revolución y la movilización de los recursos nacionales para combatir a los enemigos extranjeros llevaron a un formidable aumento en la producción de cañones, armas más pequeñas y otro equipo militar, que a su vez estimuló el comercio del hierro y el textil. Además, algunos obstáculos económicos del viejo orden, tales como tarifas interiores, fueron eliminados, y las reformas legales y administra-

tivas del propio Napoleón contribuyeron a ofrecer perspectivas de modernización. Aunque el advenimiento del Consulado y del Imperio llevaron a un regreso a muchas de las características del régimen monárquico (por ejemplo la confianza en los banqueros privados), esto no impidió un continuo crecimiento económico, fomentado, por supuesto, por los incrementos de población, el estímulo del gasto público, una mayor protección arancelaria y la introducción de ciertas tecnologías nuevas.

Sin embargo, parece indudable que el ritmo de crecimiento de la economía francesa fue mucho más lento que el de la británica. La razón más profunda de ello fue que el sector agrario, que era con mucho el más numeroso, cambió muy poco: pues la sustitución del señor por sus campesinos no fue, en sí misma, una revolución *agraria*, y políticas tan ampliamente proclamadas como el cultivo de la remolacha (en sustitución de la caña de azúcar colonial británica), tuvieron resultados limitados. Las malas comunicaciones significaban que los agricultores estaban todavía atados a los mercados locales, y existía poco estímulo para innovaciones radicales. Esta mentalidad conservadora podía verse también en el naciente sector industrial, donde la nueva maquinaria y las empresas a gran escala en, digamos, la producción de hierro constituían la excepción más que la regla. Desde luego, se hicieron adelantos significativos, pero muchos de ellos estaban bajo la influencia de formante de la guerra y del bloqueo naval británico. Así, la industria del algodón se benefició del sistema continental al estar protegida de la superior competencia británica (por no hablar de la competencia de los Estados neutrales y satélites, cuyos artículos eran excluidos por los elevados aranceles franceses), y también se benefició del aumento del mercado interior, ya que la conquista por parte de Napoleón de tierras fronterizas elevó el número de «franceses» de 25 millones en 1789 a 44 millones en 1810. Pero esto fue compensado por la escasez y el alto precio del algodón en bruto y por el retraso en la introducción de nuevas técnicas de Inglaterra. En conjunto, la industria francesa salió de la guerra en una condición claramente *menos competitiva* a causa de esta manera de protegerse de rivales extranjeros.

El impacto del bloqueo naval aumentó esta vuelta hacia dentro de la economía francesa⁸³. Su sector atlántico, el de más rápido crecimiento en el siglo XVIII y (como había sido el caso en Gran Bretaña) potencialmente un catalizador clave de la industrialización, era cada vez más reducido por la Royal Navy. La pérdida de Santo Domingo en particular fue un duro golpe para el comercio atlántico francés. También se perdieron otras colonias e inversiones en ultramar y, después de 1806, incluso tocó fondo el comercio por vía neutral. Burdeos fue gravemente perjudicado. Nantes vio

reducido a nada su provechoso comercio de esclavos. Incluso Marsella, con alternativos socios comerciales en el interior y el norte de Italia, vio reducida a una cuarta parte su producción industrial entre 1789 y 1813. En contraste con ello regiones del norte y el este de Francia, como Alsacia, gozaron de una seguridad relativa en el comercio por tierra. Sin embargo, aunque estas zonas y las personas que vivían en ellas, como los viticultores y los hiladores de algodón, se beneficiaron de su medio protegido, el impacto *total* sobre la economía francesa fue mucho menos satisfactorio. «Desindustrializada» en su sector atlántico, aislada de buena parte del mundo exterior, se volvió hacia dentro, a sus campesinos, su comercio pueblerino y sus industrias localizadas, no competitivas y relativamente pequeñas.

Dado este conservadurismo económico —y, en algunos casos, claras pruebas de retraso—, la capacidad de los franceses de financiar décadas de guerra entre grandes potencias parece todavía más notable⁸⁴. Mientras la movilización popular en la primera mitad del decenio de 1790 ofrece una sólida razón, no puede explicar la era napoleónica propiamente dicha, cuando había que pagar un ejército de largo servicio y compuesto de más de 500.000 hombres (que necesitaba probablemente 150.000 nuevos reclutas todos los años). Los gastos militares, que ya costaban al menos 462 millones de francos en 1807, se elevaron a 817 millones en 1813. No es de extrañar que los ingresos normales no bastasen para pagar estos gastos. Los impuestos directos eran impopulares en el país y, por consiguiente, no podían elevarse de forma sustancial, lo cual explica en gran parte el retorno de Napoleón a los impuestos sobre el tabaco y la sal y otros gravámenes indirectos del Antiguo Régimen; pero ni siquiera éstos ni los diversos ingresos por pólizas y tarifas de Aduana podían evitar un déficit anual de cientos de millones de francos. Es verdad que la creación del Banco de Francia, junto con toda una serie de operaciones e instituciones financieras, permitieron al Estado llevar una política disimulada de papel moneda y mantenerse así a flote en lo tocante al crédito, a pesar de la proclamada reticencia del emperador a pedir préstamos. Sin embargo, esto no era suficiente. El hueco tenía que llenarse en otra parte.

En realidad, y en un grado incalculable, el imperialismo napoleónico fue pagado con el fruto de la rapiña. Este proceso había empezado en el interior, con la confiscación y venta de las propiedades de los llamados «enemigos de la Revolución»⁸⁵. Cuando las campañas militares en defensa de aquella revolución llevaron a los ejércitos franceses a tierras vecinas, parecía natural que fuese el extranjero quien pagase. La guerra, por decirlo crudamente, pagaría la guerra. Con la confiscación de propiedades de la Corona

y feudales en los países vencidos; con el botín tomado directamente de los ejércitos, guarniciones, museos y tesoros del enemigo; con la imposición de indemnizaciones en dinero o en especies; y con el acuartelamiento de regimientos franceses en los Estados satélites, a los que exigía abastecer a los contingentes, no sólo cubría Napoleón sus enormes gastos militares, sino que conseguía beneficios considerables para Francia... y para él mismo. Las sumas adquiridas por los administradores de este *domaine extraordinaire* en el período del cenit de Francia fueron muy notables y, en cierto modo, prefiguraron el posterior saqueo por parte de la Alemania nazi de sus satélites y de los países conquistados durante la Segunda Guerra Mundial. Prusia, por ejemplo, tuvo que pagar una indemnización de 311 millones de francos después de Jena, que era igual a la mitad de la renta ordinaria del Gobierno francés. Después de cada derrota, el Imperio austriaco se vio obligado a ceder territorios y a pagar una importante indemnización. En Italia, entre 1805 y 1812, alrededor de la mitad de los impuestos recaudados fueron a parar a los franceses. Todo esto tenía la doble ventaja de mantener a buena parte del colosal Ejército francés fuera de la patria y de proteger al contribuyente francés del pleno coste de la guerra. Siempre que el Ejército, bajo su brillante caudillo, siguiese cosechando triunfos, el sistema parecía invulnerable. No es, por lo tanto, de extrañar que el emperador dijese con frecuencia:

Mi poder depende de mi gloria y mi gloria de las victorias que he alcanzado. Mi poder flaqueará si no lo alimento con nuevas glorias y nuevas victorias. La conquista me ha hecho lo que soy y solamente la conquista me permitirá mantener mi posición⁸⁵.

Entonces, ¿cómo podía ser derribado Napoleón? Gran Bretaña sola, con un número insuficiente de soldados, no podía hacerlo. Y un ataque contra Francia realizado por un solo adversario continental estaba condenado de antemano al fracaso. La inoportuna entrada de Prusia en la guerra, en 1806, lo demostró muy bien, aunque no impidió que los frustrados austriacos reanudasen las hostilidades con Francia una vez más, a principios de 1809; y aunque Austria luchó valerosamente en las batallas de Eckmühl y Aspern, sus ulteriores pérdidas en Wagram obligaron una vez más a Viena a pedir la paz y ceder nuevas tierras a Francia y sus aliados. Además, los triunfos franceses sobre Austria siguieron de cerca a la ofensiva de Napoleón en España para sofocar la rebelión. Parecía, pues, que, dondequiera que hubiera oposición al emperador, ésta era rápidamente aplastada. Y aunque los ingleses se mostraban igualmente implacables por mar contra sus enemigos, rea-

les o en potencia, como en su ataque de Copenhague (agosto de 1807), todavía tendieron a malgastar recursos militares en incursiones a pequeña escala contra el sur de Italia, en un ataque inadecuado contra Buenos Aires y en la desastrosa operación de Walcheren en el verano de 1809.

Sin embargo, precisamente cuando el sistema de Napoleón parecía inexpugnable, empezaron a aparecer las primeras grietas significativas en el edificio imperial. A pesar de las sucesivas victorias militares, las bajas francesas en aquellas batallas habían sido grandes: 15.000 hombres perdidos en Eylau y 12.000 en Friedland; 23.000 muertos o hechos prisioneros en Bailén; 44.000 bajas en Aspern y 30.000 en Wagram. Las tropas veteranas empezaban a escasear, al menos fuera de los exclusivos regimientos de la Guardia; por ejemplo, de los 148.000 hombres de la *Armée de L'Allemagne* (exclusiva de la Guardia) en 1809, 47.000 eran reclutas menores de edad⁸⁶. Aunque el Ejército de Napoleón, como el de Hitler, incluía a muchos hombres de los territorios conquistados y de los satélites, la fuerza en soldados de Francia estaba menguando claramente, mientras que el imprevisible zar tenía todavía enormes reservas y los tenaces y resentidos austriacos poseían, incluso después de Wagram, un «ejército real» muy considerable. Todo esto tendría significación en un futuro próximo.

Además, la ofensiva de Napoleón en España a finales de 1808 no había «decidido» aquella campaña, como él se imaginaba. Al dispersar a las tropas formales españolas, no había advertido que incitaba al pueblo a recurrir a la guerra de guerrillas, que era mucho más difícil de sofocar y que multiplicaba los problemas logísticos de las fuerzas francesas. Dado que la población local se había negado a proporcionar comestibles, el Ejército francés dependía críticamente de sus propias y precarias líneas de abastecimiento. Además, al hacer de España un campo de batalla, y hacer lo propio de Portugal, Napoleón había elegido sin proponérselo una de las pocas zonas en que los todavía cautelosos ingleses podían ser inducidos a comprometerse, al principio a modo de tanteo, pero después con creciente confianza, al ver cómo explotaba Wellington las simpatías locales, la geografía de la península, el dominio del mar y —no menos importante— sus cada vez más numerosos regimientos profesionales, para frenar y debilitar el *clan* francés. Las 25.000 bajas sufridas por el ejército de Massena en su inútil marcha contra Lisboa, en 1810-1811, fueron una de las primeras señales de que la «úlcera española» no podía ser desbridadada, ni siquiera cuando 300.000 soldados franceses habían sido enviados al sur de los Pirineos⁸⁷.

Además de debilitar a Francia, la situación en España alivió de forma simultánea la tensión sobre Gran Bretaña, tanto desde

el punto de vista estratégico como desde el comercial. A fin de cuentas, durante la mayoría de las anteriores guerras anglo-francesas, España había luchado al lado de Francia, lo cual no sólo había planteado una amenaza por tierra a Gibraltar y otra por mar (en forma de las escuadras combinadas franco-españolas) al dominio naval británico, sino que había afectado también a los mercados de exportación en la Península, América Latina y el Mediterráneo en general. Una España amistosa, en vez de hostil, significaba el fin de todas aquellas presiones. Los perjuicios causados al comercio británico por el sistema continental fueron ahora muy mitigados, al volver los productos de Lancashire y de las Midlands a los antiguos mercados; en 1810, las exportaciones totales británicas habían alcanzado la cifra récord de 48 millones de libras (en comparación con los 37 millones de 1808). Aunque este alivio era sólo temporal, y era cada vez más ensombrecido por el cierre del Báltico y por la disputa anglo-americana sobre requisa y bloqueo, fue suficiente. Mantenía al gran enemigo *extracontinental* de Napoleón, precisamente en un tiempo en que el propio continente europeo se estaba alzando en rebelión.

En efecto, el sistema napoleónico en Europa se apoyaba en una contradicción: Fueran cuales fueren los méritos o deméritos de la Revolución dentro de la propia Francia, una nación que proclamaba la libertad, la fraternidad y la igualdad estaba ahora —bajo la dirección de su emperador— conquistando poblaciones no francesas, estacionando ejércitos en ellas, secuestrando sus bienes, perturbando su comercio; exigiéndoles indemnizaciones e impuestos enormes y reclutando a sus jóvenes²⁰. También crecía la indignación por el control cada vez más severo impuesto por el sistema continental, ya que no eran sólo Nantes y Burdeos, sino también Amsterdam, Hamburgo y Trieste, los perjudicados por la guerra económica que desarrollaba Napoleón contra Gran Bretaña. Pocos empuñarían abiertamente las armas, como los españoles, o decidirían salir del ruinoso sistema continental, como hicieron los rusos en diciembre de 1810²¹. Sin embargo, cuando el gran Ejército de Napoleón fue destrozado en las campañas de Moscú y la *Armée de l'Espagne* estaba siendo empujada de nuevo hacia los Pirineos, se vio al fin la oportunidad de acabar con la hegemonía francesa. Lo que los prusianos, los rusos, los suecos, los austríacos y otros necesitaban ahora era ser abastecidos de fusiles, botas y ropa —por no hablar de dinero— que los ingleses estaban ya proporcionando a sus aliados portugueses y españoles. Así, la seguridad de las Islas Británicas y su prosperidad *relativa*, de una parte, y la naturaleza de un régimen francés demasiado extendido y cada vez más rapaz, de otra, se combinaron al fin para empezar a derribar el Imperio napoleónico.

Este amplio análisis de los factores económicos y geopolíticos tiende, inevitablemente, a dar menos importancia a los aspectos más personales de esta historia, tales como el creciente letargo y el autoengaño de Napoleón. También puede haber dejado de recalcar la muy precaria naturaleza del equilibrio militar hasta casi el último año de la guerra, pues incluso entonces poseían los franceses los recursos necesarios para construir una enorme marina, si se lo hubiesen propuesto. La economía británica de las exportaciones se vería sometida a la prueba más dura en 1812 y, hasta la batalla de Leipzig (octubre de 1813), pareció muy posible que Napoleón derrotase a uno de sus enemigos orientales y disolviese así la coalición contra él. No obstante, la «expansión» francesa, que reflejaba la propia arrogancia de Napoleón, era en este tiempo extrema, y un revés importante tenía que afectar forzosamente a otras partes del sistema, simplemente porque estas partes tenían que ser privadas de tropas para réparar el frente roto. En 1811 había unos 353.000 soldados franceses en España y sin embargo, como observó Wellington, no tenían autoridad más allá del lugar donde se hallaban; la defensa de sus líneas de comunicación consumía la mayor parte de su esfuerzo y les hacía vulnerables al avance anglo-portugués-español. Cuando decidió Napoleón, el año siguiente, sofocar la independencia de Rusia, sólo 27.000 hombres pudieron ser retirados de España para intervenir en la marcha sobre Moscú. De los más de 600.000 hombres de su gran ejército, sólo 270.000 eran franceses, el mismo número de los que se habían quedado en la península. Además, como los franceses «nativos» incluían ahora a los belgas, los holandeses y muchos italianos de los territorios anexionados, los soldados reclutados dentro de las fronteras francesas anteriores a 1789 estaban en franca minoría durante la campaña de Rusia. Esto pudo influir poco en las primeras fases triunfales, pero adquirió importancia durante la retirada, cuando los hombres estaban desesperados por librarse del crudo invierno y de los cosacos merodeadores, y por volver a sus propios hogares²².

Las bajas del ejército imperial en la campaña rusa fueron enormes: tal vez 270.000 hombres resultaron muertos y 200.000 fueron hechos prisioneros, y se perdieron unos 1.000 cañones y 200.000 caballos. El frente oriental, más que cualquier otro factor, debilitó la moral del Ejército francés. Sin embargo, es importante observar cómo se combinaron las campañas europea y peninsular a partir de 1813 para producir la caída definitiva; pues entonces el Ejército ruso tenía poca capacidad (y muchos de sus generales poco entusiasmo) para perseguir a los franceses a través de Alemania; los ingleses estaban un tanto distraídos por su guerra norteamericana y Napoleón había reclutado una fuerza nueva de 145.000 hom-

bres a principios del verano de 1813, que le permitieron mantener sus líneas en Sajonia y negociar un armisticio. Aunque Prusia se había colocado prudentemente al lado de Rusia y Metternich amenazaba con intervenir con un ejército austríaco de un cuarto de millón de hombres, las potencias orientales estaban todavía divididas e indecisas. Así, la noticia de que las tropas de Wellington habían derrotado al ejército de José Bonaparte en Vitoria (junio de 1813) y le estaban empujando hacia los Pirineos fue importante para animar a los austríacos a declarar la guerra y aliarse con las fuerzas rusa, sueca y prusiana para expulsar a los franceses de Alemania. La subsiguiente batalla de Leipzig, en octubre, se desarrolló a una escala desconocida por el Ejército británico: 195.000 franceses fueron arrollados en cuatro días de lucha por 365.000 soldados aliados; pero éstos eran reforzados económicamente con grandes subsidios británicos y habían recibido 125.000 mosquetes, 218 piezas de artillería y numeroso equipo de las Islas⁹³.

La derrota francesa en Leipzig animó a su vez a Wellington, que estaba ahora al norte de los Pirineos, a avanzar sobre Bayona y Toulouse. Cuando las tropas de Prusia y de Austria cruzaron el Rin y los cosacos invadieron Holanda, Napoleón realizó una brillante defensa táctica del nordeste de Francia a principios de 1814; pero su Ejército estaba debilitado y había en él demasiados reclutas jóvenes. Además, el pueblo francés, ahora que la lucha se desarrollaba en su suelo, era (como había previsto Wellington) muy poco entusiasta. Endurecidos por el apremio británico de reducir a Francia a sus anteriores límites y por la promesa de otros 5 millones de libras en subsidios británicos en el Tratado de Chaumont del 9 de marzo, los Gobiernos aliados mantuvieron su presión hasta el fin. El 30 de marzo de 1814 incluso los mariscales de Napoleón estaban harto de la guerra, y una semana después abdicó el emperador.

Comparada con estos épicos acontecimientos, la guerra anglo-americana de 1812-1814 fue un suceso estratégico secundario⁹⁴. Desde el punto de vista económico, hubiese podido ser mucho más grave para los intereses británicos, si no hubiese coincidido con el colapso del sistema continental, y si los Estados de Nueva Inglaterra, dependientes en alto grado del comercio anglo-americano, no se hubiesen mantenido tibios (y a menudo neutrales) en el conflicto. La proclamada «marcha sobre Canadá» de las fuerzas americanas quedó pronto en agua de borrajas y —a pesar de las incursiones en York (Toronto) y en Washington, y de algunos encuentros de barcos aislados— cada bando demostró, tanto en tierra como en el mar, que podía dañar pero no derrotar al otro. Para los ingleses en particular, demostró la importancia del comercio norteamericano y reveló las dificultades de mantener grandes contingentes

militares y navales en ultramar mientras los servicios armados eran necesitados desesperadamente en el teatro europeo de la guerra. Como en el caso de la India, las posesiones y el comercio transoceánicos eran; al mismo tiempo, un fortalecimiento de la posición de poder de Gran Bretaña y una distracción estratégica⁹⁵.

La campaña final de Napoleón, de marzo a junio de 1815, aun sin ser un acontecimiento secundario, fue una nota estratégica a la gran guerra desarrollada en Europa⁹⁶. Su súbito regreso a Francia desde el exilio interrumpió las disputas de los vencedores sobre el futuro de Polonia, Sajonia y otros países, pero no sacudió la alianza. Aunque las fuerzas francesas, apresuradamente reunidas, no hubiesen sido derrotadas por Wellington y Blücher en Waterloo, es difícil concebir cómo habría podido resistir a los otros ejércitos que se dirigían hacia Bélgica, y todavía más difícil pensar cómo habría podido Francia sostener económicamente una larga guerra en lo sucesivo. Sin embargo, la última escapada de Napoleón fue políticamente importante. Reforzó la posición de Gran Bretaña en Europa y apoyó el argumento de que era necesario que Francia estuviese rodeada en el futuro de una serie de «Estados amortiguadores» fuertes. Demostró la recuperación militar de Prusia después de Jena y, de este modo, restableció en parte el equilibrio en la Europa oriental. Y obligó a las potencias reunidas en Viena a enterrar sus restantes diferencias con el fin de lograr una paz que pudiese guardar los principios del equilibrio de poder⁹⁷. Después de dos décadas de guerra casi constante y más de un siglo de tensiones y conflictos entre las grandes potencias, el sistema de Estados europeos se estaba forjando al fin de manera que aseguraba un relativo equilibrio.

El definitivo Congreso de Viena de 1815 no estableció la partición de Francia sugerida antaño por los prusianos. Sin embargo, rodeó los dominios de Luis XVIII de unidades territoriales sustanciales: el Reino de los Países Bajos al Norte, un ampliado Reino de Cerdeña (Piamonte) al Sudeste, y Prusia en Renania; mientras que España, devuelta a los Borbones, veía garantizada su integridad por las potencias. Más hacia el Este, la idea de un equilibrio de poder prevaleció también, después de acaloradas discusiones entre los vencedores. Debido a las objeciones austríacas no se permitió a Prusia anexionarse Sajonia, pero se la compensó en Posnania y Renania, de la misma manera que fue compensada Austria en Italia y en partes de la Alemania del sudeste, por el hecho de que sólo retenía la región de Galitzia de Polonia. Incluso Rusia, que por fin se quedó con la parte del león de los territorios polacos, estuvo muy inquieta a principios de 1815 por la amenaza de una alianza anglo-franco-austríaca para resistir los dictados sobre el futuro de Sajonia, y eludió en seguida un enfrentamiento. Por lo visto, no se

permitiría que ninguna potencia impusiese sus deseos al resto de Europa, tal como había hecho Napoleón. El egoísmo de los Estados principales no se había evaporado en modo alguno con los acontecimientos de 1793-1815, pero los principios gemelos de «contención y compensación recíproca»⁹⁸ significaban que un intento unilateral de dominación de Europa era ahora muy improbable, y que incluso los cambios territoriales en pequeña escala necesitarían la aprobación de la mayoría de los miembros del Congreso.

A pesar de lo mucho que se ha hablado sobre una «Pentarquía» europea, es importante recordar que las cinco grandes potencias no estaban en la misma relación recíproca que habían estado en 1750 o incluso en 1789. A pesar del crecimiento de Rusia, era justo decir que existía un relativo equilibrio de poder en tierra después de la caída de Napoleón. En cambio, no había un equivalente en el mar, donde los ingleses disfrutaban de un casi monopolio de poder naval que al mismo tiempo reforzaba y era reforzado por la ventaja económica que había alcanzado sobre todos sus rivales. En algunos casos, como en el de la India, esto era resultado de un continuo expansionismo militar y del pillaje, de manera que la guerra y la busca de ganancias habían actuado de forma recíproca a fin de incluir al subcontinente en una órbita puramente británica a finales del siglo XVIII⁹⁹. De manera parecida, la captura de Santo Domingo —que había representado las tres cuartas partes del comercio colonial de Francia antes de la Revolución— representó, a finales de la década de 1790, un mercado valioso para los artículos británicos y una gran fuente de reexportaciones *británicas*. Además, no sólo crecieron estos mercados de ultramar de América del Norte, las Indias Occidentales, América Latina, la India y Oriente más de prisa que los de Europa, sino que este comercio a larga distancia era también por lo general más provecho y estimulante para la navegación, los tratos comerciales, los seguros marítimos, las compensaciones de efectos y las actividades bancarias que tanto fortalecieron la posición de Londres como el nuevo centro financiero del mundo¹⁰⁰. A pesar de que recientes escritos han puesto en duda el ritmo de crecimiento de la economía británica en el siglo XVIII y el papel representado por el comercio exterior en aquel crecimiento¹⁰¹, es un hecho que la expansión ultramarina había dado al país un acceso indiscutido a una gran y nueva riqueza del que no gozaban sus rivales. Controlando la mayoría de las colonias de Europa en 1815, dominando las rutas marítimas y las provechosas operaciones de reexportación, y muy por delante de otras sociedades en el proceso de industrialización, Gran Bretaña era ahora la nación más rica del mundo en términos per cápita. Durante el siguiente medio siglo —como veremos en el próximo capítulo— se enriquecería aún más, al llegar a ser la «econo-

mía superdominante» en la estructura comercial del mundo¹⁰². El principio de equilibrio tan apreciado por Pitt y Castlereagh se aplicaba perfectamente a los arreglos territoriales europeos, pero no a las esferas colonial y comercial.

Poco de esto debió sorprender a los observadores inteligentes de principios del siglo XIX. A pesar de su presunción de grandeza, parece que Napoleón estuvo a veces obsesionado con Gran Bretaña —con su invulnerabilidad, su dominio marítimo, sus Bancos y su sistema de crédito— y ansió verla convertida en polvo. Estos mismos sentimientos de envidia y de antipatía existieron sin duda, aunque de forma menos exacerbada, entre los españoles, los holandeses y otros, que veían que los ingleses monopolizaban el mundo exterior. El general ruso Kutúzov, que deseaba detener el avance de sus tropas hacia el Oeste en 1812, una vez expulsadas las tropas napoleónicas de su país, debió de hablar no sólo por cuenta propia cuando puso en duda la prudencia de destruir totalmente a Napoleón, ya que «la sucesión no será para Rusia ni cualquier otra potencia continental, sino para la que ya manda en el mar y cuyo dominio sería intolerable»¹⁰³. Sin embargo, aquel resultado final era inevitable: la arrogancia de Napoleón y su negativa a llegar a un compromiso aseguraron, no únicamente su caída, sino también la victoria suprema de su mayor enemigo. Como concluyó irónicamente Gneisenau, otro general con gran visión de los problemas importantes:

Gran Bretaña no tiene que estar a nadie más agradecida que a ese rufián [Napoleón]. Pues gracias a los sucesos provocados por él, la grandeza, prosperidad y riqueza de Inglaterra se han elevado a gran altura. Ella es dueña del mar y, ni en este dominio ni en el comercio mundial, tiene ahora un sólo rival a quien temer¹⁰⁴.

IV. LA INDUSTRIALIZACIÓN Y LOS EQUILIBRIOS MUNDIALES CAMBIANTES 1815-1885

El sistema internacional que se desarrolló durante el período de más de medio siglo que siguió a la caída de Napoleón tuvo una desacostumbrada serie de características, algunas meramente temporales, mientras que otras se convirtieron en rasgos permanentes de la edad moderna.

La primera fue el continuo y (después de la década de 1840) espectacular crecimiento de una economía mundial integrada, que atrajo a más regiones a un comercio transoceánico y transcontinental y a una red financiera centrados en la Europa occidental y en particular en Gran Bretaña. Estos decenios de hegemonía económica británica fueron acompañados de progresos a gran escala en el transporte y las comunicaciones, de una cada vez más rápida transferencia de tecnología industrial de una región a otra, y de un enorme esfuerzo en la producción manufacturera, que a su vez estimuló la creación de nuevas zonas de cultivo agrícola y de fuentes de materias primas. La erosión de las barreras arancelarias y otros ardidés mercantilistas, junto con la amplia difusión de ideas sobre libre comercio y armonía internacional, sugirieron el nacimiento de un nuevo orden internacional, muy diferente del mundo de continuos conflictos entre las grandes potencias del siglo XVIII. La turbulencia y los costes de la contienda de 1793-1815 —conocida como «la Gran Guerra» en el siglo XIX— fueron causa de que tanto los conservadores como los liberales optasen en la medida de lo posible por la paz y la estabilidad, reforzados por mecanismos tan variados como el Concierto de Europa o los tratados de libre comercio. Estas condiciones fomenta-

ron, por supuesto, la inversión comercial e industrial a largo plazo, lo que estimuló el crecimiento de una economía mundial.

En segundo lugar, esta ausencia de guerras prolongadas entre las grandes potencias no significó que hubiesen terminado todos los conflictos entre los Estados. En todo caso, las guerras de conquista europeas y norteamericanas contra pueblos menos desarrollados se intensificaron y constituyeron, en no pocos aspectos, el concomitante militar de la penetración económica del mundo de ultramar y de la rápida decadencia de su parte en la producción manufacturera. Además, todavía hubo conflictos regionales e individuales entre las potencias europeas, sobre todo por cuestiones de nacionalidad y de fronteras territoriales; pero, como veremos, contiendas tales como la Guerra Franco-Austríaca de 1859 o las guerras de la unificación alemana en la década de 1860 fueron limitadas, tanto en su duración como en su extensión, y ni siquiera la Guerra de Crimea pudo calificarse de gran conflicto. Sólo la Guerra de Secesión de los Estados Unidos fue una excepción a esta regla, y merece ser estudiada como tal.

En tercer lugar, la tecnología derivada de la Revolución industrial empezó a producir un impacto sobre el arte de la guerra militar y naval. Pero los cambios fueron mucho más lentos de lo que a veces se ha presumido, y sólo en la segunda mitad del siglo se convirtieron los ferrocarriles, el telégrafo, las armas de disparo rápido y a propulsión a vapor y los buques de guerra acorazados en indicadores decisivos de la fuerza militar. Aunque la nueva tecnología aumentó el poder de fuego y la movilidad de que disfrutaban las grandes potencias en el mundo de ultramar, pasarían muchas décadas antes de que los jefes militares y navales revisasen sus ideas sobre cómo luchar en una guerra europea. Sin embargo, las fuerzas gemelas del cambio técnico y el desarrollo industrial estaban produciendo un impacto sostenido, tanto en tierra como en el mar, y afectaban también a la fuerza relativa de las potencias.

Aunque es difícil generalizar, las variaciones en el equilibrio de las grandes potencias causadas por la desigualdad en los cambios industriales y tecnológicos afectaron probablemente al resultado de las guerras de mediados del siglo XIX más que las finanzas y el crédito. Esto se debió en parte a que la gran expansión de la Banca nacional e internacional en el siglo XIX y el crecimiento de las burocracias gubernamentales (tesorerías, inspectores, recaudadores de impuestos) facilitó, para la mayoría de los regímenes, la consecución de fondos en los mercados del dinero, a menos que su crédito fuese sumamente bajo o que hubiese una crisis temporal de liquidez en el sistema bancario internacional. Pero fue principalmente debido al hecho de que la mayoría de las

guerras que se produjeron fueron relativamente cortas, de manera que se cargaba el acento sobre una rápida victoria en el campo de batalla, empleando la fuerza militar existente, más que en la movilización a largo plazo de los recursos nacionales y la creación de nuevas rentas públicas. Ninguna cantidad de nuevos fondos disponibles habría podido, por ejemplo, salvar a Austria después de sus derrotas de 1859 y 1866, ni a la rica Francia después de que sus ejércitos fuesen aplastados en la guerra de 1870. Ciertamente que las finanzas más prósperas ayudaron al Norte a conseguir la victoria sobre el Sur en la Guerra de Secesión y que Gran Bretaña y Francia pudieron soportar mejor la Guerra de Crimea que la casi arruinada Rusia; pero esto reflejaba la superioridad general de sus economías más que la ventaja singular que tenían en lo tocante al crédito y a las finanzas. Por esta razón, el papel de las finanzas de guerra en el siglo XIX fue menos importante en el período anterior.

Esta serie de factores —el crecimiento de la economía internacional, las fuerzas productivas desencadenadas por la Revolución industrial, la relativa estabilidad de Europa, la modernización, con el tiempo, de la tecnología militar y naval, y el hecho de que las guerras estuviesen localizadas y fuesen de corta duración— favoreció naturalmente a algunas grandes potencias más que a otras. De hecho, uno de estos países, Gran Bretaña, se benefició tanto de las tendencias generales económicas y geopolíticas de la época que siguió a 1815 que se convirtió en un tipo de potencia diferente de las demás. Todos los otros países se vieron afectados, a menudo muy en serio, en su fuerza relativa. Sin embargo, en la década de 1860, la mayor difusión de la industrialización empezó a cambiar una vez más el equilibrio de las fuerzas mundiales.

Vale la pena mencionar otro rasgo de este período. A partir de principios del siglo XIX las estadísticas históricas (especialmente de los indicadores económicos) ayudan a seguir las oscilaciones en los equilibrios de poder y a medir con más exactitud la dinámica del sistema. Sin embargo, es importante saber que muchos de los datos son aproximados, particularmente en los países carentes de una burocracia adecuada; que algunos de los cálculos (por ejemplo, las participaciones en la producción manufacturera mundial) son meras estimaciones hechas muchos años más tarde por los estadistas, y que —y ésta es la advertencia más importante de todas— la riqueza económica no se traducía de inmediato, o a veces nunca, en poderío militar. Lo único que pueden hacer las estadísticas es darnos indicaciones aproximadas del potencial material de un país y de su posición en las filas relativas de los Estados punteros.

La Revolución industrial, según se esmera en recalcar la ma-

yoría de los historiadores económicos, no se produjo de la noche a la mañana. Fue, en comparación con las «revoluciones» políticas de 1776, 1789 y 1917, un proceso gradual y en movimiento retardado; afectó sólo a ciertas manufacturas y a ciertos medios de producción, y se produjo por regiones, más que afectando al conjunto de un país¹. Pero todas estas salvedades no pueden disimular el hecho de que, alrededor de 1780, empezó a producirse una transformación importante de las circunstancias económicas del hombre, no menos significativas, en opinión de un autor, que la (desde luego mucho más lenta) transformación del salvaje cazador paleolítico en el civilizado agricultor neolítico². Lo que hizo la industrialización, y en particular la máquina de vapor, fue sustituir fuentes inanimadas de fuerza por otras animadas; al convertir el calor en trabajo, con el empleo de máquinas —máquinas «rápidas, regulares, precisas, incansables»³—, la Humanidad fue capaz de explotar grandes y nuevas fuentes de energía. Las consecuencias de la introducción de esta nueva maquinaria fueron sencillamente estupendas: en la década de 1820 alguien que manejase varios telares mecánicos podía producir veinte veces más que un tejedor manual, mientras que una máquina de hilar tenía doscientas veces la capacidad de una rueca. Una sola locomotora podía transportar mercancías que habrían requerido cientos de caballos de carga, y hacerlo con mucha mayor rapidez. Desde luego, la Revolución industrial tuvo otros muchos aspectos importantes; por ejemplo, el sistema fabril o la división del trabajo. Pero el punto vital, en lo que a nuestro interés se refiere, fue el enorme aumento de la productividad, sobre todo en las industrias textiles, que a su vez estimuló la demanda de más máquinas, más materias primas (sobre todo, algodón), más hierro, más barcos, mejores comunicaciones, etc.

Más aún, como observó el profesor Landes, este aumento sin precedentes en la productividad del hombre se sostenía por sí mismo:

Si previamente la mejora de las condiciones de vida, y por ende de la supervivencia, y el aumento en las oportunidades económicas habían ido siempre seguidas de un auge en la población, que en definitiva consumía las ganancias logradas, ahora, por primera vez en la Historia, tanto la economía como el conocimiento crecían lo bastante de prisa para generar una continua corriente de inversiones y de innovaciones tecnológicas, una corriente que levantaba más allá de los límites visibles el techo de los controles positivos de Malthus⁴.

La última observación es también de importancia vital. A partir del siglo XVIII el crecimiento de la población mundial había sido

acelerado: Europa pasó de 140 millones de habitantes en 1750 a 187 millones en 1800 y a 266 millones en 1850; Asia subió de algo más de 400 millones en 1750 a unos 700 millones un siglo más tarde⁵. Fuera cuales fueren las razones —mejores condiciones climáticas, mayor fecundidad, menos enfermedades—, aquellos aumentos de población eran alarmantes y, aunque la producción agrícola se incrementó también en Europa y Asia en el siglo XVIII y fue de hecho otra razón general del aumento de población, el impresionante número de nuevas cabezas (y estómagos) amenazaba absorber con el tiempo los beneficios de la creciente producción agrícola. La presión sobre tierras marginales, el desempleo rural y el gran desplazamiento de familias a las ya superpobladas ciudades de Europa a finales del siglo XVIII fueron algunos de los síntomas de este auge de la población⁶.

Lo que hizo la Revolución industrial en Gran Bretaña (en ciertos términos macroeconómicos) fue aumentar de tal manera la productividad sobre una base sostenida que la consiguiente expansión, tanto en riqueza nacional como en poder adquisitivo de la población, pesaban constantemente más que el crecimiento numérico de ésta. Si la población del país creció de 10,5 millones en 1801 a 41,8 millones en 1911 —un aumento anual del 1,26%— su producto nacional creció mucho más de prisa, tal vez hasta multiplicarse por catorce en el siglo XIX. Según la zona cubierta por la estadística*, hubo un crecimiento medio anual en el producto nacional bruto de un 2 a un 2,25%. Sólo durante el reinado de la reina Victoria, el producto per cápita se elevó dos veces y media.

Comparadas con los índices de crecimiento registrados por muchas naciones después de 1945, aquellas cifras no eran espectaculares. Es cierto que, como nos recuerdan los historiadores sociales, la Revolución industrial infligió terribles costes al nuevo proletariado que trabajaba en las fábricas y en las minas y vivía en las insalubres, atestadas y mal construidas ciudades. Sin embargo, el punto sustancial sigue siendo que el aumento sostenido en productividad de la Era de la Máquina trajo consigo beneficios generales con el tiempo: el salario medio en Gran Bretaña se elevó entre el 15 y el 25% entre los años 1815 y 1850, y el imponente 80% en el siguiente medio siglo. «El problema central de la época recordó Ashton a los críticos que creen que la industrialización fue un desastre— era cómo alimentar y vestir y emplear a generaciones de niños que superaban con mucho en número a los de cualquier época anterior»⁷. Las nuevas máquinas no sólo empleaban a un número creciente de la población en aumento, sino que elevó también la

* Esto quiere decir que algunas estadísticas históricas se refieren a Gran Bretaña (menos Irlanda); algunas al Reino Unido (con Irlanda), y algunas incluyen Irlanda del Norte, pero no la del Sur.

renta per cápita de la nación, y la creciente demanda de comestibles y artículos esenciales por parte de los trabajadores urbanos tuvo que ser pronto satisfecha por una revolución de las comunicaciones a vapor, con ferrocarriles y barcos de vapor que traían los excedentes agrícolas del Nuevo Mundo para satisfacer las necesidades del Viejo.

Podemos considerar este punto de una manera diferente empleando los cálculos del profesor Landes. En 1870, observa, el Reino Unido consumía 100 millones de toneladas de carbón, que «equivale a 800 millones de calorías de energía, lo bastante para alimentar a una población de 850 millones de varones adultos durante un año (la población real era entonces de unos 31 millones)». Ahora bien, la capacidad de las máquinas de vapor de Gran Bretaña en 1870, unos 4 millones de caballos de fuerza, equivalía a la energía que podía ser generada por 40 millones de hombres; pero «todos estos hombres habrían comido unos 320 millones de bushels al año, más de tres veces la producción anual de todo el Reino Unido en 1867-1871»⁸. El empleo de fuentes inanimadas de energía permitió que el hombre industrial trascendiese las limitaciones de la biología y crease aumentos espectaculares en la producción y en la riqueza sin sucumbir al peso de una población en rápido crecimiento. En contraste con ella, Ashton observó con frialdad (en 1947):

Hay actualmente en las llanuras de la India y de China hombres y mujeres, atormentados por las enfermedades y hambrientos, que viven poco mejor, a juzgar por las apariencias, que el ganado que trabaja con ellos de día y comparte por la noche los lugares donde duerme. Estos niveles asiáticos y estos horrores no mecanizados son la suerte de aquellos que aumentan en número sin pasar por una revolución industrial⁹.

El eclipse del mundo no europeo

Antes de comentar los efectos de la Revolución industrial sobre el sistema de las grandes potencias conviene comprender sus impactos en lugares más lejanos, en especial China, la India y otras sociedades no europeas. Las pérdidas que sufrieron tales países fueron dobles, esto es, en términos relativos y absolutos. Y no es que, como se creía antaño, los pueblos de Asia, África y América Latina viviesen una existencia feliz e ideal antes del impacto del hombre

de Occidente. «Hay que recalcar la verdad elemental de que la característica de cualquier país antes de su revolución industrial y modernización es la pobreza... con una productividad baja, un rendimiento por cabeza bajo, en la agricultura tradicional, cualquier economía cuyo principal elemento de renta nacional es la agricultura produce pocos excedentes por encima de las exigencias inmediatas del consumo...»¹⁰. Por otra parte, en vista del hecho de que, en 1800, la producción agrícola constituía la base de las sociedades tanto europeas como no europeas, y de que en países tales como la India y China existían también muchos comerciantes, tejedores y artesanos, las diferencias en lo que se refiere a renta per cápita no eran enormes; por ejemplo, un tejedor indio que trabajara con un telar manual podía ganar tal vez la mitad de su equivalente europeo antes de la industrialización. Esto significaba también que, dado el número de campesinos y artesanos asiáticos, la participación de Asia en la producción manufacturera mundial^{*} era mucho mayor que la de la mucho menos poblada Europa antes de que la máquina de vapor y el telar mecánico transformasen los equilibrios mundiales.

La espectacularidad de estos cambios de equilibrio como consecuencia de la industrialización y la expansión europeas queda reflejada en dos ingeniosos cálculos de Bairoch (véanse tablas 6-7¹¹).

Está claro que la causa primordial de estas transformaciones es el asombroso aumento de la productividad como consecuencia de la Revolución industrial. Si, por ejemplo, la mecanización de los hilados entre las décadas de 1750 y 1830 en Gran Bretaña había multiplicado la productividad en aquel sector por un factor de 300 a 400, no es de extrañar que la participación británica en la manufactura total mundial se incrementara de modo espectacular y que lo hiciera hasta el punto de convertirse en la «primera nación industrial»¹². Cuando otros Estados europeos y los Estados Unidos siguieron el camino de la industrialización, sus participaciones crecieron también de manera continuada, así como sus niveles de industrialización per cápita y su riqueza natural. Pero la historia fue muy diferente para China y la India. No solamente se redujo relativamente la participación de ambas en el conjunto de la producción manufacturera mundial simplemente porque la producción de Occidente se elevaba con tanta rapidez, sino que, en algunos casos, su economía decayó de modo absoluto, es decir, aquellos países se desindustrializaron, debido a la penetración en sus mercados tradicionales de los productos mejores y más baratos proce-

* De acuerdo, al menos, con la definición de «manufacturas» que emplea Bairoch (véase nota 11).

dentes de las fábricas textiles de Lancashire. Después de 1813 (cuando terminó el monopolio comercial de la Compañía de las Indias Orientales) las importaciones de tejidos de algodón en la India aumentaron de forma espectacular, de 1 millón de yardas (1814) a 51 millones (1830) y a 995 millones (1870), y a lo largo del proceso fueron eliminados muchos de los tradicionales productos nacionales. Por último —y aquí volvemos a la cuestión de Ashton acerca de la terrible pobreza de «aquéllos que crecen en número sin pasar por una revolución industrial»—, el gran aumento de población de China, la India y otros países del Tercer Mundo redujo probablemente su renta general per cápita de una generación a la siguiente. De ahí la notable —y terrible— sugerencia de Bairoch de que, si los niveles de industrialización per cápita en Europa y en el Tercer Mundo podían no ser muy diferentes en 1750, el del segundo era de sólo una decimotava parte del primero (de 2% a 35%) en 1900, y de sólo una quincuagésima parte del Reino Unido (2% a 100%).

El «impacto del hombre occidental» fue, en todos los sentidos, uno de los aspectos más estables de la dinámica del poder mundial en el siglo XIX. Se manifestó, no únicamente en una diversidad de relaciones económicas —desde la «influencia informal» de los comerciantes costeros, navieros y cónsules, hasta los controles más directos de los plantadores, los constructores de ferrocarriles y las compañías mineras¹³—, sino también en las penetraciones de exploradores, aventureros y misioneros, en la introducción de enfermedades occidentales y en la predicación de credos occidentales. Tuvo lugar tanto en los centros de los continentes —al oeste del Missouri, al sur del mar de Aral— como en las desembocaduras de los ríos africanos y en las costas de los archipiélagos del Pacífico. Si ello tuvo en definitiva sus imponentes monumentos en las carreteras, las redes ferroviarias, los telégrafos, los muelles y los edificios públicos que, por ejemplo, crearon los ingleses en la India, tuvo en cambio una contrapartida horrible en el derramamiento de sangre, la rapiña y los saqueos que acompañaron a muchas de las guerras coloniales del período¹⁴. A decir verdad, las mismas manifestaciones de fuerza y de conquista habían existido desde los tiempos de Cortés, pero ahora se estaba acelerando el ritmo. En el año 1800 Europa ocupaba o controlaba el 35% de la superficie terrestre del mundo; en 1878, esta cifra se había elevado al 67%; y en 1914, a más del 84%¹⁵.

La avanzada tecnología de las máquinas de vapor y de las máquinas herramientas dio a Europa decisivas ventajas económicas y militares. Las mejoras en las armas de fuego que se cargaban por el cañón (pistones, rayado de los proyectiles, etc.) eran ya bastante amenazadoras; el invento de la retrocarga, que aumentaba en gran

manera la rapidez de los disparos, supuso un adelanto todavía mayor; los «Gotling», «Maxim» y la artillería ligera de campaña pusieron los toques finales a una nueva «revolución del poder de fuego» que eliminó por completo la posibilidad de una resistencia eficaz de los pueblos indígenas que dependían de sus propias y viejas

TABLA 6. PARTICIPACIÓN RELATIVA EN LA PRODUCCIÓN MANUFACTURERA MUNDIAL, 1750-1900

	1750	1800	1830	1860	1880	1900
(Europa en su conjunto)	23,2	28,1	34,2	53,2	61,3	62,0
Reino Unido	1,9	4,3	9,5	19,9	22,9	18,5
Imperio austriaco	2,9	3,2	3,2	4,2	4,4	4,7
Francia	4,0	4,2	5,2	7,9	7,8	6,8
Estados alemanes/Alemania	2,9	3,5	3,5	4,9	8,5	13,2
Estados italianos/Italia	2,4	2,5	2,3	2,5	2,5	2,5
Rusia	5,0	5,6	5,6	7,0	7,6	8,8
Estados Unidos	0,1	0,8	2,4	7,2	14,7	23,6
Japón	3,8	3,5	2,8	2,6	2,4	2,4
Tercer Mundo	73,0	67,7	60,5	36,6	20,9	11,0
China	32,8	33,3	29,8	19,7	12,5	6,2
India/Pakistán	24,5	19,7	17,6	8,6	2,8	1,7

TABLA 7. NIVELES DE INDUSTRIALIZACIÓN PER CÁPITA, 1750-1900 (relativo a R. U. en 1900 = 100)

	1750	1800	1830	1860	1880	1900
(Europa en su conjunto)	8	8	11	16	24	35
Reino Unido	10	16	25	64	87	[100]
Imperio austriaco	7	7	8	11	15	23
Francia	9	9	12	20	28	39
Estados alemanes/Alemania	8	8	9	15	25	52
Estados italianos/Italia	8	8	8	10	12	17
Rusia	6	6	7	8	10	15
Estados Unidos	4	9	14	21	38	69
Japón	7	7	7	7	9	12
Tercer Mundo	7	6	6	4	3	2
China	8	6	6	4	4	3
India	7	6	6	3	2	1

armas. Además, el cañonero a vapor significaba que el poder marítimo europeo, ya supremo en alta mar, podía extenderse tierra adentro, a través de grandes ríos como el Níger, el Indo y el Yangtsé: de ahí que la movilidad y el poder de fuego del acorazado

Nemesis durante la Guerra del Opio de 1841 y 1842 fuera un desastre para las fuerzas chinas defensoras, que fueron fácilmente arrojadas a un lado¹⁶. Es cierto, desde luego, que los terrenos físicamente difíciles (por ejemplo Afganistán) frenaban el impulso del imperialismo militar occidental y que entre las fuerzas no europeas que adoptaban las nuevas armas y tácticas —como los sikhs y los argelinos en la década de 1840— la resistencia era mucho mayor. Pero siempre que la lucha se desarrollaba en campo abierto, donde Occidente podía desplegar sus ametralladoras y armas pesadas, el resultado era indudable. Tal vez la mayor disparidad se manifestó al final del siglo, durante la batalla de Omdúrmán (1898), cuando, en media mañana, los rifles «Maxim» y «Lee-Enfield» del ejército de Kitchener destruyeron a 11.000 derviches, mientras que Kitchener sólo perdió a cuarenta y ocho de sus soldados. En consecuencia, la diferencia en el poder de fuego, al igual que la que existía en cuanto a productividad industrial, significaba que las naciones más adelantadas poseían recursos cincuenta o cien veces superiores a los de las naciones más atrasadas. El dominio mundial de Occidente, implícito desde los días de Da Gama, conocía ahora pocos límites.

¿Gran Bretaña como potencia hegemónica?

Si los punjabíes y los annamitas y los sioux y los bantúes eran los «perdedores» (tal es el término que emplea Eric Hobsbawm)¹⁷ en la expansión de principios del siglo XIX, los británicos eran sin duda alguna los «ganadores». Como se ha observado en el capítulo anterior, habían alcanzado ya un notable grado de preeminencia mundial en 1815, gracias a su diestra combinación de dominio naval, crédito financiero, experiencia comercial y diplomacia de alianzas. Lo que hizo la Revolución industrial fue fortalecer la posición de un país que había obtenido ya grandes éxitos en las luchas preindustriales y mercantilistas del siglo XVIII y que se había transformado entonces en una clase diferente de potencia. Si (repito) el ritmo del cambio fue gradual más que revolucionario, los resultados fueron, empero, impresionantes. Entre 1760 y 1830 los «dos tercios del crecimiento de la producción industrial de Europa» correspondieron al Reino Unido¹⁸ y, su participación en la producción manufacturera mundial pasó del 1,9 % al 9,5 %; en los treinta años siguientes la expansión industrial británica elevó aquella cifra hasta el 19,9 % a pesar de la difusión de la nueva

tecnología en otros países de Occidente. Alrededor de 1860, que probablemente fue el momento en que el país alcanzó su cenit en términos relativos, el Reino Unido producía el 53 % del hierro mundial y el 50 % del carbón y el lignito, y consumía poco menos de la mitad de la producción mundial de algodón en rama. «Con el 2 % de la población mundial y el 10 % de la de Europa, parece que el Reino Unido tenía una capacidad, en industrias modernas, igual al 40 % o al 45 % del potencial mundial y al 55 % o el 60 % del de Europa»¹⁹. Su consumo de energía producido por las modernas fuentes (carbón, lignito, petróleo) en 1860 era cinco veces mayor que el de los Estados Unidos o el de Prusia/Alemania, seis veces mayor que el de Francia y 155 veces mayor que el de Rusia! Gran Bretaña, por sí sola, desarrollaba una quinta parte del comercio mundial y dos quintas partes del comercio de productos manufacturados. Más de un tercio de la Marina mercante del mundo navegaba bajo bandera británica, y esta proporción aumentaba sin cesar. No es de extrañar que los victorianos se mostrasen entusiasmados ante su Estado único, que era entonces (como observó el economista Jevons en 1865) el centro comercial del Universo:

Las llanuras de América del Norte y de Rusia son nuestros trigales; Chicago y Odessa, nuestros graneros; Canadá y el Báltico, nuestros bosques proveedores de madera; Australasia contiene nuestras granjas de corderos, y en Argentina y las praderas occidentales de América del Norte están nuestras manadas de bueyes; Perú nos envía su plata, y el oro de África del Sur y de Australia fluye hacia Londres; los hindúes y los chinos cultivan té para nosotros, y nuestras plantaciones de café, azúcar y especias están en todas las Indias. España y Francia son nuestros viñedos y el Mediterráneo nuestra huerta de frutales; y nuestros campos de algodón, que durante mucho tiempo estuvieron en el sur de los Estados Unidos, se están extendiendo ahora por todas las regiones templadas de la Tierra²⁰.

Como tales manifestaciones de confianza, así como las estadísticas industriales y comerciales en que aquéllas se apoyaban parecían sugerir una posición de dominio sin igual por parte de Gran Bretaña, es justo observar algunos otros puntos que sitúan todo esto en un mejor contexto. En primer lugar —aunque esta cuestión resulta un poco pedante—, no es probable que el producto nacional bruto (PNB) del país fuese nunca el más elevado del mundo en las décadas que siguieron a 1815. Dados el volumen de la población china (y, más tarde, de la de Rusia) y el hecho evidente de que la producción y distribución agrícolas constituían la base de la riqueza nacional en todas partes, incluso en la Gran Bretaña anterior a 1850, el PNB de ésta nunca pareció ser tan impresionante

como su producto per cápita o su grado de industrialización. No obstante, «el volumen del PNB total no tiene por sí solo una significación importante»²¹; el producto físico obtenido por cientos de millones de campesinos pueden empequeñecer el de cinco millones de trabajadores fabriles, pero, como la mayor parte de aquél es consumido de inmediato, es mucho menos probable que conduzca a un excedente de riqueza o a un poder militar decisivo. En lo que Gran Bretaña era fuerte, y en realidad no tenía rival, en 1850, era en la industria moderna y productora de riqueza, con todos los beneficios inherentes a ello.

Por otra parte —y esta segunda cuestión no es pedante—, la creciente fuerza industrial británica no se organizó en las décadas que siguieron a 1815 para facilitar al Estado un acceso rápido a las armas y a la fuerza militar en hombres, como sí había sucedido, por ejemplo, en los dominios de Wallenstein en la década de 1630 en la economía nazi. Por el contrario, la ideología de la economía política del *laissez-faire*, que floreció en este período temprano de industrialización, predicaba la causa de la paz eterna, los gastos bajos del Gobierno (especialmente en defensa) y la reducción de los controles estatales sobre la economía y los individuos. Podía ser necesario, como había reconocido Adam Smith en *La riqueza de las naciones* (1776), tolerar el mantenimiento de un Ejército y una Marina para proteger a la sociedad británica «de la violencia y la invasión de otras sociedades independientes»; pero, como las fuerzas armadas *per se* eran «improductivas» y no añadían valor a la riqueza nacional como una fábrica o una explotación agrícola, tenían que reducirse al nivel más bajo posible que permitiese la seguridad nacional²². Presumiendo (o al menos esperando) que la guerra era el último recurso, y cada vez más improbable que se produjese en el futuro, los discípulos de Smith y sobre todo de Richard Cobden se habrían horrorizado ante la idea de organizar el Estado para la guerra. Como consecuencia de ello, la «modernización» de la industria y de las comunicaciones británicas no fue igualada por mejoras en el Ejército, que (con algunas excepciones)²³ se estancó en los decenios que siguieron a 1815.

Por consiguiente, y a pesar del florecimiento de la economía británica a mediados del período victoriano, ésta estuvo probablemente menos «movilizada» para el conflicto de lo que había estado en cualquier otra época desde los primeros Estuardo. Las medidas mercantilistas, que ponían el acento sobre los lazos entre la seguridad nacional y la riqueza nacional, fueron sucesivamente eliminadas: se abolieron los aranceles protectores; se levantó la prohibición de exportar tecnología avanzada (por ejemplo, maquinaria textil); se derogaron las Leyes de Navegación, encamina-

das, entre otras cosas, a preservar un gran número de buques mercantes y de marineros británicos para un caso de guerra, y se puso fin a las «preferencias» imperiales. En contraste con tales medidas, se mantuvieron los gastos de defensa en un mínimo absoluto, alrededor de 15 millones de libras al año en la década de 1840 y no por encima de los 27 millones en la más agitada de 1860; a pesar de que en este último período el PNB de Gran Bretaña representó aproximadamente mil millones de libras esterlinas. En efecto, durante cincuenta años y más, después de 1815, los servicios armados consumieron tan sólo el 2 % o el 3 % del PNB y los gastos del Gobierno central en su conjunto representaron mucho menos del 10 %, proporciones éstas muy inferiores a las de los siglos XVIII o XX²⁴. Estas cifras habrían sido sorprendentemente bajas para un país de medios y ambiciones modestas. Para un Estado que «gobernaba las olas», que poseía un enorme y dilatado imperio y que profesaba todavía un gran interés en preservar el equilibrio de poder europeo, eran realmente extraordinarias.

Así, pues, el volumen de la economía británica en el mundo, como, digamos, la de los Estados Unidos a principios de la década de 1920, no se refleja en el poder de lucha del país; ni podían ser capaces las estructuras institucionales de *laissez-faire*, con una burocracia minúscula cada vez más divorciada del comercio y de la industria, de movilizar los recursos británicos para una guerra importante sin grandes conmociones. Como veremos más adelante, incluso la limitada Guerra de Crimea sacudió gravemente el sistema, aunque la preocupación que suscitó aquel peligro se desvaneció muy pronto. Los victorianos no sólo mostraron cada vez menos entusiasmo por las intervenciones militares en Europa, que siempre serían caras y tal vez inmorales, sino que concluyeron que el equilibrio entre las grandes potencias continentales que prevaleció generalmente durante los seis decenios siguientes a 1815 hacía innecesario cualquier compromiso en gran escala por parte de Gran Bretaña. Ésta, si bien se esforzaba, a través de la diplomacia y de las maniobras navales, en influir en los acontecimientos políticos en la vital periferia de Europa (Portugal, Bélgica, los Dardanelos), tendía a abstenerse de toda intervención en otras partes. En los últimos años de la década del 1850 y primeros de la de 1860 incluso la Guerra de Crimea fue considerada por muchos un error. Debido a su falta de interés y de efectividad, Inglaterra no desempeñó un papel importante en el destino del Piamonte en el año crítico de 1859, desaprobó la «intromisión» de Palmerston y Russell en el asunto de Schleswig-Holstein de 1864, y observó desde fuera la derrota de Austria por parte de Prusia en 1866 y la de Francia cuatro años más tarde. No es sor-

prendente que la capacidad militar británica se reflejase en el volumen relativamente modesto de su Ejército durante este período (véase tabla 8) y del que, en todo caso, podría ser movilizada una pequeña parte en caso de un conflicto europeo.

TABLA 8. PERSONAL MILITAR DE LAS POTENCIAS, 1816-1880²⁵

	1816	1830	1860	1880
Reino Unido	255.000	140.000	347.000	248.000
Francia	132.000	259.000	608.000	544.000
Rusia	800.000	826.000	862.000	909.000
Prusia/Alemania	130.000	130.000	201.000	430.000
Imperio austriaco	220.000	273.000	306.000	273.000
Estados Unidos	16.000	11.000	26.000	36.000

Incluso fuera de Europa, donde Inglaterra prefería desplegar sus regimientos, los oficiales militares y políticos en lugares tales como la India se quejaban casi siempre de la *insuficiencia* de las fuerzas que estaban bajo su mando, dada la enorme magnitud de los territorios que controlaban. Por muy imponente que pudiese parecer el Imperio en un mapa del mundo, los oficiales de distrito sabían que se gobernaba con muy poco dinero. Pero con esto sólo queremos decir que Gran Bretaña era una clase de gran potencia diferente a principios y mediados del siglo XIX y que su influencia no podía medirse según el criterio tradicional de la hegemonía militar. En cambio, *era* fuerte en otros sectores, cada uno de los cuales era considerado por los ingleses como mucho más valioso que un numeroso y costoso ejército.

El primero de estos sectores era el naval. Desde luego, la Royal Navy había sido, durante más de un siglo antes de 1815, la mayor del mundo. Pero aquel dominio marítimo había sido a menudo disputado, sobre todo por las potencias borbónicas. El rasgo más destacado de los ochenta años que siguieron a la batalla de Trafalgar fue el de que ningún otro país, o combinación de países, amenazó seriamente el control británico de los mares. Es cierto que se producían los ocasionales «sustos» franceses y que el Almirantazgo también observaba con recelo los programas navales rusos y la construcción de grandes fragatas por parte de los norteamericanos. Pero estos presuntos desafíos se desvanecieron rápidamente y dejaron que el poder naval británico ejerciese (según palabras del profesor Lloyd) «una influencia como jamás se había visto en la historia de los imperios marítimos»²⁶. A pesar de la continua reducción numérica después de 1815, la Royal Navy fue

en ocasiones probablemente tan poderosa como las tres o cuatro Marinas que iban tras ella en poder combativo real. Y sus mayores flotas *eran* un factor importante en la política europea, o al menos en la periferia. La escuadra anclada en el Tajo para proteger la Monarquía portuguesa contra peligros internos o exteriores; el decisivo empleo de la fuerza naval en el Mediterráneo (contra los piratas argelinos en 1816; en la destrucción de la flota turca en Navarino en 1827; en la contención de Mohamed Alí en Acre en 1840); y el calculado envío de la flota para que anclara delante de los Dardanelos cuando se agudizó la «Cuestión de Oriente» fueron otras tantas manifestaciones del poder marítimo británico que, aunque geográficamente restringido, pesaba sin embargo en las mentes de los gobernantes europeos. Fuera de Europa, donde flotas más reducidas que la Royal Navy o incluso barcos de guerra individuales realizaban una serie de actividades —combatían la piratería, interceptaban barcos que transportaban esclavos, desembarcaban infantes de Marina e intimidaban a potentados locales desde Cantón hasta Zanzíbar—, el impacto parecía ser aún más decisivo²⁷.

El segundo ámbito importante de la influencia británica se encuentra en su expansivo imperio colonial. También aquí la situación general era mucho menos competitiva que en los dos siglos anteriores, durante los cuales Gran Bretaña había tenido que luchar reiteradamente por su dominio contra España, Francia y otros Estados europeos. Ahora, aparte de las ocasionales alarmas producidas por los movimientos franceses en el Pacífico o por las intrusiones rusas en Turquestán, ya no quedaban rivales serios. Por consiguiente, no resulta exagerado sugerir que entre 1815 y 1880 gran parte del Imperio británico existió en un vacío de poder político, razón por la que su Ejército colonial pudo mantenerse relativamente reducido. Había, en efecto, límites al imperialismo británico, así como ciertos problemas con la expansión de la República Norteamericana en el hemisferio occidental y la de Francia y Prusia en el oriental. Pero en muchos lugares de los trópicos, y durante largos períodos de tiempo, los intereses británicos (comerciantes, plantadores, exploradores, misioneros) no encontraron más extranjeros que los pueblos indígenas.

Esta falta relativa de presión externa, junto con el auge del liberalismo de *laissez-faire* en casa, llevó a no pocos comentaristas a sostener que las adquisiciones coloniales eran innecesarias porque eran más bien una serie de «piedras de molino» en el cuello del sobrecargado contribuyente británico. Sin embargo, a pesar de la retórica antiimperialista que había dentro de Gran Bretaña, lo cierto es que el Imperio continuó creciendo y que aumentó (según un cálculo) a razón de un promedio anual de 160.000 kilómetros cua-

drados entre 1815 y 1865²⁴. Algunas adquisiciones eran estratégico-comerciales, como Singapur, Adén, las islas Malvinas, Hong Kong y Lagos; otras eran el resultado del hambre de tierras de los colonos blancos, que se extendían a lo largo del *veld* sudafricano, de las praderas canadienses y del interior de Australia y cuya expansión solía provocar una resistencia por parte de los indígenas que con frecuencia tenía que sofocar tropas de Gran Bretaña o de la India británica. E incluso cuando las anexionaciones formales encontraban resistencia por parte de un Gobierno inquieto por su creciente lista de nuevas responsabilidades, la «influencia informal» de una sociedad británica en expansión se dejaba sentir desde Uruguay hasta Oriente y desde el Congo hasta el Yang-tzé. Comparados con los esfuerzos colonizadores esporádicos de los franceses y con la más localizada colonización interior llevada a cabo por los norteamericanos y los rusos, los británicos, como imperialistas constituyeron una clase propia durante la mayor parte del siglo XIX.

El tercer rasgo de la particularidad y la fuerza británica se halla en el campo de las finanzas. Desde luego, este elemento difícilmente puede separarse del general progreso industrial y comercial del país; se había necesitado dinero para impulsar la Revolución industrial, que a su vez generó más dinero, en forma de rendimiento del capital invertido. Y, como se ha visto en el capítulo anterior, el Gobierno británico había sabido, desde hacía tiempo, cómo explotar su crédito en los Bancos y las Bolsas. Pero los acontecimientos en el terreno financiero eran, a mediados del siglo XIX, cualitativa y cuantitativamente diferentes de los que habían tenido lugar con anterioridad. A simple vista, es la diferencia cuantitativa la que llama la atención. La larga paz y la facilidad en la obtención de capital en el Reino Unido, así como las mejoras en las instituciones financieras del país, estimularon a los británicos a invertir más que nunca en el extranjero: los 6 millones de libras que se exportaban anualmente en el decenio que siguió a Waterloo se habían elevado a más de 30 millones entre 1870 y 1875. Los ingresos resultantes de los intereses y los dividendos, que habían representado unos 8 millones de libras anuales a finales de la década de 1830, ascendieron a más de 50 millones al año en la década de 1870; pero la mayor parte de estas cantidades era rápidamente reinvertida en ultramar, en una especie de virtuosa espiral ascendente que no sólo hacía aún más rica a Gran Bretaña sino que daba un estímulo continuo al comercio y a las comunicaciones mundiales.

Las consecuencias de esta gran exportación de capital fueron varias e importantes. La primera de ellas fue que el rendimiento de las inversiones en ultramar redujo, de manera significativa el dese-

equilibrio comercial anual sobre artículos visibles en que incurría siempre Gran Bretaña. En este sentido, los beneficios de la inversión se añadieron a las ya considerables ganancias invisibles derivadas de los transportes marítimos, los seguros, las comisiones de los banqueros, los tratos comerciales, etc. En conjunto, aseguraban no sólo que nunca hubiese una crisis en la balanza de pagos, sino también que Inglaterra se hiciese cada vez más rica, tanto en el interior como en el extranjero. La segunda consecuencia fue que la economía británica actuaba como un gran fuelle, que absorbía enormes cantidades de materias primas y de comestibles y expelía grandes cantidades de tejidos, artículos de hierro y otros productos manufacturados; y este panorama de comercio visible fue igualado, y complementado, por la red de líneas de navegación, convenios de seguros y lazos bancarios que se extendió hacia el exterior desde Londres (especialmente), Liverpool, Glasgow y otras muchas ciudades a lo largo del siglo XIX.

Dadas la apertura del mercado interior británico y la buena disposición de Londres para reinvertir los ingresos de ultramar en nuevos ferrocarriles, puertos, servicios públicos y empresas agrícolas; desde Georgia hasta Queensland, existía una complementariedad general entre las corrientes mercantiles visibles y los esquemas de inversión*. Añádase a esto la creciente aceptación del patrón oro y el desarrollo de un mecanismo internacional de cambio y de pagos fundado en efectos librados sobre Londres, y sorprenderá muy poco que los ingleses de mediados de la era victoriana estuviesen convencidos de que, siguiendo los principios de la economía política clásica, habían descubierto el secreto que garantizaba la prosperidad creciente y, al mismo tiempo, la armonía mundial. Aunque muchos individuos —proteccionistas conservadores, déspotas orientales, socialistas de nuevo cuño— parecían todavía demasiado ciegos para admitir esta verdad, seguramente, con el tiempo, todos reconocerían la validez fundamental de la economía de *laissez-faire* y de las reglas utilitarias de gobierno²⁵.

Pero si todo esto hacía que los británicos fuesen más ricos que nunca a corto plazo, ¿no contenía también, a largo plazo, elementos de peligro estratégico? Visto ahora retrospectivamente, se pueden detectar al menos dos consecuencias de aquellos cambios estructurales económicos que más tarde afectarían al poder

* Argentina, por ejemplo, sería capaz de encontrar un mercado bien dispuesto en el Reino Unido para sus exportaciones de carne y de cereales, con las que no sólo podía pagar los artículos manufacturados británicos importados y el coste de los servicios, sino también devolver los préstamos a largo plazo otorgados por Londres, manteniendo así su crédito para ulteriores préstamos. El contraste con los préstamos de los Estados Unidos a América Latina en el siglo XX —prestar a corto plazo y no permitir la importación de productos agrícolas— es sorprendente.

relativo de Gran Bretaña en el mundo. La primera fue la manera en que contribuyó el país a la expansión a largo plazo de otras naciones, tanto para establecer y desarrollar las industrias y la agricultura extranjera con repetidas inyecciones financieras, como para construir ferrocarriles, puertos y barcos de vapor que permitirían a los productores de ultramar rivalizar en décadas futuras con su propia producción. Conviene observar, a este respecto, que, si bien el advenimiento de la máquina de vapor, el sistema fabril, los ferrocarriles y más tarde la electricidad permitieron a los ingleses superar los obstáculos físicos y lograr una más alta productividad, con lo que aumentarían la riqueza y la fuerza de la nación, tales inventos ayudaron todavía más a los Estados Unidos, a Rusia y la Europa central, pues los obstáculos físicos y naturales al desarrollo de sus recursos naturales eran mucho mayores. Dicho crudamente, la industrialización igualó las oportunidades de explotar los propios recursos indígenas y, de esta manera, de eliminar algunas de las ventajas de las que hasta entonces habían disfrutado Estados más pequeños, periféricos, comerciales y navieros, en favor de los grandes Estados basados en la tierra.³⁰

La segunda debilidad estratégica potencial reside en la creciente dependencia de la economía británica con respecto al comercio internacional y, lo que es más importante aún, con respecto a las finanzas internacionales. A mediados del siglo XIX las exportaciones aportaban una quinta parte de la renta nacional total³¹, una proporción mucho más elevada que en los tiempos de Walpole o de Pitt; para la enorme industria textil algodónera en particular, los mercados de ultramar eran vitales. Pero las importaciones del extranjero, tanto de materias primas como (cada vez más) de comestibles, también empezaban a resultar vitales, dado que Gran Bretaña estaba dejando de ser una sociedad predominantemente agrícola y se estaba convirtiendo en una sociedad predominantemente urbana e industrial. Y en el sector de más rápido crecimiento, los servicios «invisibles» de la Banca, los seguros y las inversiones en ultramar, la confianza en un mercado mundial era todavía más crítica. La riqueza del mundo pasaba por la City de Londres, lo cual estaba muy bien en tiempos de paz; pero, ¿cuál sería la situación si volvía a desencadenarse otra guerra entre grandes potencias? ¿Se verían los mercados de exportación de Gran Bretaña todavía más perjudicados que en 1809 y 1811-1812? ¿No se estaban volviendo toda la economía y la población nacional demasiado dependientes de bienes importados que podían ser fácilmente suprimidos o suspendidos en períodos de conflicto? ¿Y no se colapsaría el sistema global de Banca y finanzas con sede en Londres al estallar otra guerra mundial, puesto que podían cerrarse los mercados, suspenderse los seguros, retrasarse las trans-

ferencias internacionales de capital y arruinarse el crédito? De forma irónica, en tales circunstancias, la avanzada economía británica podía verse más gravemente perjudicada que la de un Estado que fuese menos «maduro» pero también menos dependiente del comercio y de las finanzas internacionales.

Dadas las presunciones liberales sobre la armonía interestatal y la prosperidad en constante aumento, aquellas ideas parecían vanas; lo único que se necesitaba era que los estadistas actuasen de manera racional y olvidasen la antigua locura de pelearse entre ellos. Y en efecto, argüían los liberales del *laissez-faire*, cuanto más se integrasen la industria y el comercio británicos en la economía global, y cuanto más dependiesen de ella, mayor sería la disuasión de seguir políticas que pudiesen conducir a un conflicto. Del mismo modo, el crecimiento del sector financiero era un buen augurio ya que no sólo fomentaba el *boom* de mediados de siglo, sino que demostraba cuán avanzada y progresiva se había vuelto Gran Bretaña; aunque otros países siguiesen sus pasos y se industrializasen, siempre podría dirigir sus esfuerzos al servicio de aquel desarrollo y obtener incluso más ganancias con ello. Según dijo Bernard Porter, era el primer huevo de rana al que le salían piernas, el primer renacuajo que se transformaba en rana, la primera rana que saltaba fuera del estanque. Era económicamente diferente de las otras, pero esto era sólo debido a que se les había adelantado mucho³². A causa de tan favorables circunstancias, el temor a una debilidad estratégica parecía infundado; y la mayoría de los victorianos preferían, como Kingsley al verter lágrimas de orgullo durante la Gran Exposición en el Crystal Palace en 1851, creer que se estaba fraguando un destino cósmico:

La máquina de hilar y el ferrocarril, los transatlánticos de Cunard y el telégrafo eléctrico, son para mí... señales de que estamos, al menos en algunos puntos, en armonía con el universo; que hay un poderoso espíritu trabajando entre nosotros..., el Dios Ordenador y Creador³³.

Por consiguiente, como todas las otras civilizaciones en lo alto de la rueda de la fortuna, los ingleses podían creer que su posición era «natural» y estaba destinada a continuar. Y como todas aquellas otras civilizaciones, recibirían un fuerte golpe. Pero esto correspondía todavía al futuro y, en la época de Palmerston y Macaulay, la fuerza británica era mucho más evidente que sus flaquezas.

Las «potencias medianas»

El impacto del cambio económico y tecnológico en la posición relativa de las grandes potencias de la Europa continental fue mucho menos espectacular en el medio siglo que siguió a 1815, principalmente porque la industrialización empezó en ellos a un nivel mucho más bajo que en Gran Bretaña. Cuanto más se alejaba uno hacia el Este, tanto más feudal y agrícola tendía a ser la economía local; pero incluso en la Europa occidental, que había estado cerca de Gran Bretaña en muchos aspectos del desarrollo comercial y tecnológico anterior a 1790, dos décadas de guerra habían dejado una marca profunda: las pérdidas de población, el cambio de las barreras aduaneras, los impuestos más elevados, la «pastoralización» del sector atlántico, la pérdida de mercados y materias primas de ultramar, las dificultades de adquirir los últimos inventos británicos, eran otros tantos contratiempos para el crecimiento económico general, aunque (por razones especiales) ciertos comercios y regiones habían florecido durante las guerras napoleónicas³⁴. Si bien el advenimiento de la paz significó la reanudación del comercio normal y también hizo que los empresarios continentales se percataran de su gran atraso con respecto a Gran Bretaña, no provocó un súbito estallido de modernización. Sencillamente, no había bastante capital, o demanda local o entusiasmo oficial, para producir una transformación; y muchos comerciantes, artesanos y tejedores a mano europeos se opusieron tenazmente a la adopción de técnicas inglesas, en las que veían (acertadamente) una amenaza contra su viejo estilo de vida³⁵. En consecuencia, aunque la máquina de vapor, el telar mecánico y el ferrocarril hicieron algunos progresos en la Europa continental,

entre 1815 y 1848 los rasgos tradicionales de la economía siguieron predominando: la superioridad de la agricultura sobre la producción industrial, la falta de medios de transporte baratos y rápidos, y la prioridad dada a los bienes de consumo sobre la industria pesada³⁶.

Como muestra la tabla 7, los aumentos relativos en los niveles per cápita de industrialización en el siglo que siguió a 1750 no fueron muy impresionantes, y sólo en los decenios de 1850 y 1860 empezó a cambiar el panorama.

Las condiciones políticas y diplomáticas prevaletentes de la «Europa de la Restauración» se combinaron también para con-

gelar el *statu quo* internacional o, al menos, para permitir tan sólo alteraciones en pequeña escala del orden existente. Precisamente porque la Revolución francesa había sido un desafío tan aterrador, tanto a las estructuras sociales internas como al sistema de Estados tradicional de Europa, Metternich y sus compañeros conservadores consideraban ahora con recelo todos los nuevos progresos. Una diplomacia aventurera, que corriese el riesgo de una guerra general, era tanto de temer como una campaña en defensa de la autodeterminación nacional o de la reforma constitucional. En conjunto, los líderes políticos sentían que ya tenían bastante trabajo con resolver las turbulencias nacionales y la agitación de intereses sectoriales, muchos de los cuales empezaban a sentirse amenazados incluso por las tempranas apariciones de nueva maquinaria, el crecimiento de la urbanización y otros desafíos incipientes a los gremios, la artesanía y los reglamentos protectores de una sociedad preindustrial. Lo que un historiador describió como «guerra civil endémica que produjo los grandes brotes insurreccionales de 1830, así como una serie de revueltas intermedias»³⁷, significaba que los estadistas carecían en general de energía y de deseo de enzarzarse en conflictos exteriores que podían muy bien debilitar sus propios regímenes.

En relación con esto, vale la pena observar que muchas de las acciones militares que se produjeron fueron precisamente iniciadas para defender el orden sociopolítico existente contra la amenaza revolucionaria; por ejemplo, el aplastamiento por parte del Ejército austriaco de la resistencia en el Piamonte en 1823, la entrada de los franceses en España aquel mismo año para devolver al rey Fernando sus anteriores poderes y, lo más notable de todo, el empleo de tropas rusas para sofocar la revolución húngara de 1848. Pese a que estas medidas reaccionarias fueron cada vez más impopulares entre la opinión británica, la insularidad de este país significó que no intervendría para salvar de la eliminación a las fuerzas liberales. En cuanto a los cambios territoriales dentro de Europa, sólo podían ocurrir según el acuerdo del «concierto» de las grandes potencias, algunas de las cuales podían necesitar ser compensadas de alguna manera. Así, pues, a diferencia de la precedente era de Napoleón o de la subsiguiente era de Bismarck, el período de 1815-1865 internacionalizó la mayoría de sus delicados problemas políticos (Bélgica, Grecia) y repudió las acciones unilaterales. Todo esto dio una estabilidad básica, aunque precaria, al sistema de Estados existente.

La posición internacional de Prusia en las décadas que siguieron a 1815 se vio claramente afectada por estas condiciones genera-

les sociales y políticas³⁸. Aunque muy aumentado territorialmente gracias a la adquisición de Renania, el Estado de los Hohenzollern parecía ahora mucho menos imponente que en la época de Federico el Grande. A fin de cuentas, fue durante las décadas de 1850 y 1860 cuando tuvo lugar la expansión económica en suelo prusiano con mucha mayor rapidez que en cualquiera de los demás países de Europa. En cambio, durante la primera mitad del siglo el país parecía un pigmeo industrial y su producción anual de hierro, de 50.000 toneladas, era eclipsada no únicamente por Gran Bretaña, Francia y Rusia, sino también por el Imperio austríaco. Además, la adquisición de Renania no sólo dividió geográficamente a Prusia, sino que exacerbó también las divisiones políticas entre las provincias occidentales más «liberales» y las provincias orientales más «feudales». Durante la mayor parte de este período, las tensiones internas desempeñaron un papel principal en la política, y aunque las fuerzas de la reacción generalmente prevalecieron, se sintieron alarmadas por las tendencias reformistas de 1810-1819 y aterrorizadas por la revolución de 1848-1849. Incluso cuando los militares volvieron a instaurar un régimen profundamente antiliberal, el miedo a la inquietud interior hizo que la elite prusiana se sintiese reacia a contemplar aventuras de política exterior; antes al contrario, los conservadores creyeron que necesitaban identificarse al máximo con las fuerzas de la estabilidad en los demás países de Europa, en especial Rusia e incluso Austria.

Las disputas sobre política interior de Prusia se complicaron todavía más a causa del debate sobre la «cuestión alemana», es decir, sobre la posibilidad de una unión definitiva de los treinta y nueve Estados alemanes y los medios con los que podían conseguirse este objetivo. Pues este problema no sólo separaba, como era de esperar, a la burguesía liberal-nacionalista prusiana de la mayoría de los conservadores, sino que también implicaba negociaciones delicadas con los Estados del centro y del sur de Alemania y, lo que era más importante, hacía revivir la rivalidad con el Imperio austríaco que se había puesto de manifiesto por última vez en las acaloradas disputas en torno a Sajonia, en 1814. Aunque Prusia era el líder indiscutible de la cada vez más importante Unión Aduanera Alemana (Zollverein) que se desarrolló a partir de la década de 1830, y a la que no podían incorporarse los austríacos debido a las presiones proteccionistas de sus propios industriales, el equilibrio de la ventaja política se inclinó generalmente a favor de Viena durante estos decenios. En primer lugar, tanto Federico Guillermo III (1797-1840) como Federico Guillermo IV (1840-1861) temían los resultados de un choque con el Imperio austríaco más de lo que lo temían Metternich y su sucesor Schwarzenberg con su vecino del Norte. Además, Austria presidía las sesiones de la Fede-

ración Alemana en Frankfurt, gozaba de la simpatía de muchos pequeños Estados alemanes, por no hablar de los viejos conservadores prusianos, y parecía una potencia europea indiscutible, mientras que Prusia era poco más que una potencia alemana. La señal más evidente del mayor peso de Viena consistió en el acuerdo de Oelmuetz de 1850, que puso temporalmente fin a sus manobras para dirigir la cuestión alemana cuando Prusia se avino a desmovilizar su Ejército y a renunciar a sus propios planes de unificación. En opinión de Federico Guillermo IV, una humillación diplomática era preferible a una guerra arriesgada, teniendo en cuenta la proximidad en el tiempo de la revolución de 1848. E incluso los nacionalistas prusianos como Bismarck, irritados por semejante retirada ante las demandas austríacas, sintieron que poco se podía hacer hasta que se hubiese resuelto de manera definitiva «la lucha por el dominio en Alemania».

Un factor vital de la sumisión de Federico Guillermo en Oelmuetz había sido el conocimiento de que el zar ruso apoyaba a Austria en la «cuestión alemana». En realidad, Berlín se esforzó a lo largo de todo el período desde 1812 hasta 1871 en evitar toda provocación del coloso militar del Este. Realmente, razones ideológicas y dinásticas contribuían a justificar esta obsequiosidad, pero no disimulaban del todo el continuo sentimiento de inferioridad de Prusia, sentimiento que la adquisición rusa de la mayor parte de Polonia en el Congreso de Viena de 1815 no había hecho más que acentuar. Las expresiones de desaprobación por parte de San Petersburgo de todo movimiento en defensa de la liberalización en Prusia, la conocida convicción del zar Nicolás I de que la unificación alemana era una utopía (sobre todo si tenía que producirse, como se intentó en 1848, a través de una asamblea radical de Frankfurt que ofreciese la corona de emperador al rey de Prusia) y el apoyo de Rusia a Francia antes de Oelmuetz, eran otras tantas manifestaciones de su fuerte influencia extranjera. Por consiguiente, no es de extrañar que el estallido de la Guerra de Crimea en 1854 encontrase al Gobierno prusiano desesperadamente ansioso por permanecer neutral, pues temía las consecuencias de entrar en guerra contra Rusia aunque le preocupase perder el respeto de Austria y de las potencias occidentales. Dadas las circunstancias, la posición de Prusia era lógica, pero, como la política «vacilante» de Berlín molestaba a los ingleses y a los austríacos, no se permitió a los diplomáticos prusianos que se uniesen a los otros delegados en el Congreso de París (1856) hasta que las sesiones estuvieron ya bastante avanzadas. Y aun entonces, de forma simbólica, Prusia fue tratada como una participante marginal.

También en otros sectores —aunque con menos tenacidad—, se vio Prusia constreñida por potencias extranjeras. Las denuncias de

Palmerston de la entrada de las tropas prusianas en Schleswig-Holstein en 1848 constituyeron la menor preocupación. Mucho más inquietante fue la potencial amenaza francesa a Renania en 1830, de nuevo en 1840 y por último en la década de 1860. Todos estos periodos de tensión no hicieron más que confirmar lo que las querellas con Viena y los ocasionales gruñidos de San Petersburgo habían ya indicado: que Prusia, en la primera mitad del siglo XIX, era la menor de las grandes potencias, estaba perjudicada por la geografía, se veía oscurecida por vecinos poderosos, distraída por problemas internos alemanes y era completamente incapaz de representar un papel más importante en los asuntos internacionales. Esto parece tal vez un juicio demasiado duro si se tienen en cuenta los diversos puntos fuertes de Prusia: su sistema docente, desde las escuelas parroquiales hasta las Universidades, no era superado por ninguno en Europa; su sistema administrativo era razonablemente eficaz, y su Ejército y su formidable Estado Mayor estudiaron muy pronto las reformas en táctica y en estrategia, sobre todo en las implicaciones militares de «los ferrocarriles y los rifles»³⁹. Pero la cuestión era que este potencial no podía ser utilizado hasta que se resolviese la crisis política interna entre liberales y conservadores, hasta que hubiese un liderazgo firme en la cima, en lugar de las vacilaciones de Federico Guillermo IV, y hasta que se hubiese desarrollado la base industrial de Prusia. Por consiguiente, sólo después de 1860 pudo el Estado de los Hohenzollern abandonar su posición de potencia de casi segundo orden.

Sin embargo, como tantas otras cosas en la vida, la debilidad estratégica es relativa y, comparados con los del Imperio austríaco, los problemas de Prusia no eran quizá tan desalentadores. Aunque el período de 1648-1815 había visto cómo «surgía» y «se afirmaban» el Imperio⁴⁰, aquella expansión no había eliminado las dificultades con que tropezaba Viena al esforzarse en representar un papel de gran potencia. Por el contrario, el arreglo de 1815 resolvió aquellas dificultades, al menos a largo plazo. Por ejemplo, el hecho de que los austríacos hubiesen luchado con tanta frecuencia contra Napoleón y acabado en el bando de los vencedores significó la exigencia de «compensaciones» en la modificación de fronteras que se acordó durante las negociaciones de 1814-1815, y aunque los Habsburgo accedieron prudentemente a retirarse del sur de los Países Bajos, del sudoeste de Alemania (la Vorlande) y de ciertas partes de Polonia, esto fue compensado por su expansión a gran escala en Italia y por la afirmación de su papel predominante en la recién creada Federación Alemana.

Dada la teoría general del equilibrio europeo, y en especial las

versiones preferidas por los comentaristas británicos, así como por el propio Metternich, este restablecimiento del poder austríaco era recomendable. El Imperio austríaco, que se extendía en Europa desde la llanura italiana del norte hasta Galitzia, actuaría como punto de apoyo central del equilibrio, pues contendría las ambiciones francesas en Europa occidental y en Italia; preservaría el *statu quo* en Alemania contra los nacionalistas de la «gran Alemania» y los expansionistas prusianos, y levantaría una barrera a la penetración rusa en los Balcanes. Era cierto que cada una de estas funciones era apoyada por una o más de las otras grandes potencias, según el contexto; pero el Imperio de los Habsburgo era vital para el funcionamiento de este complejo juego entre cinco; ya que era el que parecía tener más interés en congelar el acuerdo de 1815 (por cuanto que Francia, Prusia y Rusia querían introducir antes o después algunos cambios, mientras que los ingleses, al ver cada vez menos razones estratégicas e ideológicas para apoyar a Metternich después de la década de 1820, estaban en consecuencia, menos dispuestos a ayudar a Austria en su esfuerzo de mantener todos los aspectos del orden existente). En realidad, en opinión de algunos historiadores, la paz general que prevaleció en Europa durante decenios después de 1815 se debió principalmente a la posición y las funciones del Imperio austríaco. Así, pues, cuando no pudo conseguir apoyo militar de las otras potencias para conservar el *statu quo* en Italia y en Alemania en la década de 1860, fue mantenido al margen de estos dos teatros y cuando, después de 1900, se puso en duda su propia supervivencia, fue inevitable una gran guerra de sucesión, con fatídicas implicaciones para el equilibrio europeo⁴¹.

Mientras las potencias conservadoras de Europa estuvieron unidas en la preservación del *statu quo* —contra el resurgimiento francés o la «revolución» en general—, la debilidad de los Habsburgo quedó encubierta. Apelando a la solidaridad ideológica de la Santa Alianza, Metternich pudo contar generalmente con el apoyo de Rusia y de Prusia, que a su vez le dieron libertad para intervenir contra los movimientos liberales, bien fuera enviando tropas austríacas para sofocar la insurrección de Nápoles en 1821, bien permitiendo la acción militar francesa en España en apoyo del régimen borbónico, o bien orquestando la imposición de los reaccionarios Decretos de Carlsbad (1819) sobre los miembros de la Federación Alemana. De manera parecida, las relaciones del Imperio austríaco con San Petersburgo y con Berlín se beneficiaron de su mutuo interés en reprimir el nacionalismo polaco, que para el Gobierno ruso constituía un problema mucho más vital que los ocasionales desacuerdos sobre Grecia o los Estrechos; la represión conjunta de la rebelión polaca en Galitzia y la incorporación

a Austria de la Ciudad Libre de Cracovia en 1846, con la conformidad de Rusia y de Prusia, mostraron las ventajas que podían obtenerse de semejante solidaridad monárquica.

No obstante, a largo plazo esta estrategia de Metternich fue profundamente errónea. Las revoluciones sociales radicales podían reprimirse fácilmente en la Europa del siglo XIX; siempre que se producía una de ellas (1830, 1848 y la Comuna de 1871) la asustada clase media se ponía de parte de «la ley y el orden». Pero las ideas y los movimientos difundidos a favor de la autodeterminación nacional, estimulados por la Revolución francesa y por las diversas guerras de liberación a principios de siglo, no podían sofocarse para siempre y los intentos de Metternich de aplastar los movimientos independentistas fueron agotando de manera constante el Imperio de los Habsburgo. Al oponerse con firmeza a todas las agitaciones de independencia nacional, Austria perdió rápidamente la simpatía de su antigua aliada Gran Bretaña. Su reiterado uso de fuerza militar en Italia provocó una reacción de todas las clases contra su «carcelero» austríaco, que sería aprovechada por Napoleón III unas décadas más tarde, cuando el ambicioso monarca francés pudo ayudar a Cavour a expulsar a los austríacos del norte de Italia. Del mismo modo, la negativa del Imperio austríaco a unirse a la Zollverein por razones económicas y por la imposibilidad constitucional-geográfica de convertirse en parte de la «gran Alemania» disgustó a muchos nacionalistas alemanes, que empezaron entonces a buscar el liderazgo de Prusia. Incluso el régimen zarista, que por lo general apoyaba los esfuerzos de Viena para sofocar las revoluciones, encontró en esta ocasión más fácil enfrentarse a Austria que a las cuestiones nacionales: testigo de ello fue la política de Alejandro I que, en colaboración con los ingleses, apoyó la independencia griega durante los últimos años de la década de 1820, a pesar de toda la oposición de Metternich.

Lo cierto es que, en una era de creciente conciencia nacional, el Imperio austríaco parecía más que nunca un anacronismo. Se ha observado que, en cada una de las otras grandes potencias,

una mayoría de los ciudadanos compartía una lengua y una religión comunes. Al menos el 90 % de los franceses hablaba francés y la misma proporción correspondía, al menos nominalmente, a la Iglesia católica. Más de ocho de cada diez prusianos eran alemanes (los demás eran principalmente polacos) y el 70 % de los alemanes era protestante. Entre los setenta millones de súbditos del zar, había algunas minorías notables (cinco millones de polacos, tres millones y medio de finlandeses, estonios, letonios y lituanos, y tres millones de caucásicos diversos), pero quedaban cincuenta millones que eran rusos y ortodoxos. Y de los habitantes de las Islas Británicas el 90 % era de habla inglesa

y el 70 % protestante. Se necesitaba poco para mantener unidos a países como éstos; tenían una cohesión intrínseca. Por el contrario, el emperador austríaco gobernaba un revoltijo étnico que debía hacerle gruñir cada vez que pensaba en ello. Él y ocho millones de sus súbditos eran alemanes, pero había un número doble de eslavos de diferentes clases (checos, eslovacos, polacos, rutenos, eslovenos, croatas y serbios), cinco millones eran húngaros, cinco millones italianos y dos millones rumanos. ¿Qué clase de nación era ésta?

La respuesta es que ninguna ⁴²

El Ejército habsburgués, considerado como «una de las instituciones más importantes, si no la más importante» del Imperio, reflejaba esta diversidad étnica. «En 1865 (esto es, el año anterior al choque decisivo con Prusia por el dominio de Alemania), el Ejército tenía 128.286 alemanes, 96.300 checos y eslovacos, 52.700 italianos, 22.700 eslovenos, 20.700 rumanos, 19.000 serbios, 50.100 rutenos, 37.700 polacos, 32.500 magiares, 27.600 croatas y 5.100 hombres de otras nacionalidades en sus listas ⁴³». Aunque esto hacía que el Ejército fuese casi tan pintoresco y variado como los regimientos anglo-indios bajo el Raj, creaba también toda clase de desventajas cuando se comparaba con las mucho más homogéneas tropas francesas o prusianas.

Esta potencial debilidad militar se agudizaba por la falta de fondos adecuados, lo cual era debido en parte a la dificultad de aumentar los impuestos en el Imperio, pero principalmente a la flaqueza de su base comercial e industrial. Aunque los historiadores hablan ahora del «auge económico del Imperio habsburgués» ⁴⁴ en el período de 1760-1914, lo cierto es que durante la primera mitad del siglo XIX la industrialización tuvo lugar sólo en ciertas regiones occidentales, tales como Bohemia, las tierras alpinas y los alrededores de la propia Viena, con lo que la mayor parte del Imperio permaneció relativamente intacto. Por consiguiente, mientras Austria propiamente dicha avanzó, el Imperio en su conjunto quedó a la zaga de Gran Bretaña, de Francia y de Prusia en términos de industrialización per cápita, producción de hierro y de acero, capacidad de energía de vapor, etc.

Es más, el coste de las guerras francesas «había dejado al Imperio financieramente exhausto, con la carga de una fuerte deuda pública y con una masa de papel moneda depreciada ⁴⁵, lo cual obligaba virtualmente al Gobierno a reducir al mínimo los gastos

militares. En 1830 la asignación del Ejército no equivalía más que al 23 % de las rentas totales (en comparación con el 50 % de 1817), y en 1848 aquella proporción había bajado hasta el 20 %. Cuando se producían crisis, como en 1848-1849, 1854-1855, 1859-1860 y 1864, se autorizaban aumentos extraordinarios en los gastos militares; pero nunca eran suficientes para permitir al Ejército desplegar toda su fuerza, y eran rápidamente reducidos cuando se consideraba que la crisis había terminado. Por ejemplo, el presupuesto militar era de 179 millones de florines en 1860, descendió a 118 millones en 1863, se elevó a 155 millones a raíz del conflicto de 1864 con Dinamarca y sufrió una drástica bajada a 96 millones en 1865, precisamente un año antes de la guerra con Prusia. Ninguno de estos totales estaba a la altura de los presupuestos militares de Francia, Gran Bretaña y Rusia, o (un poco más tarde) el de Prusia; y como la administración militar austriaca era considerada corrompida e ineficaz, incluso en comparación con lo que era habitual a mediados del siglo XIX, el dinero que era asignado no era bien gastado. En resumidas cuentas, la fuerza armada del Imperio austriaco no correspondía en modo alguno a las guerras en que podía verse obligado a luchar.⁴⁶

Todo esto no quiere decir que anticipemos la caída del Imperio. Su poder, según han observado muchos historiadores, seguía siendo extraordinario: después de sobrevivir a la Reforma, a los turcos y a la Revolución francesa demostró también ser capaz de afrontar los sucesos de 1848-1849, la derrota de 1866 y, hasta las últimas fases, las tensiones de la Primera Guerra Mundial. Sus puntos flacos eran evidentes, pero también poseía fuerza. La monarquía contaba con la lealtad, no sólo de los súbditos alemanes, sino también de muchos aristócratas y familias «serviciales» en las tierras no alemanas; por ejemplo en Polonia su régimen era muy benigno en comparación con las administraciones rusas y prusiana. Además, el carácter complejo y multinacional del Imperio, con sus rivalidades locales, permitía cierto *divide et impera* desde el centro, según demostró la cuidadosa distribución del Ejército: los regimientos húngaros estaban estacionados principalmente en Italia y Austria y los regimientos italianos, en Hungría; la mitad de los regimientos de húsares estaban estacionados en el extranjero, etc.⁴⁷

Por último, tenía la ventaja negativa de que ninguna de las otras grandes potencias —incluso cuando se hallaban enfrentadas al Imperio habsburgués— sabía qué poner en su lugar. El zar Nicolás I podía ver con malos ojos las pretensiones austriacas en los Balcanes, pero estuvo dispuesto a prestar un ejército para ayudar a sofocar la revolución húngara de 1848; Francia podía intrigar para expulsar a los Habsburgo de Italia, pero Napoleón III

sabía también que Viena podía ser un útil aliado futuro contra Prusia o contra Rusia, y Bismarck, aunque resuelto a borrar toda influencia austriaca de Alemania, se cuidó de salvar el Imperio austriaco en cuanto capituló en 1866. Mientras existiese esta situación: el Imperio sobreviviría... aunque sufriese.

A pesar de sus pérdidas durante la Guerra Napoleónica, la posición de Francia durante el medio siglo que siguió a 1815 fue mucho mejor que la de Prusia o la del Imperio austriaco en muchos aspectos⁴⁸. Su renta nacional era mucho más elevada y el capital era más fácilmente alcanzable; su población era mucho más numerosa que la de Prusia y más homogénea que la del Imperio habsburgués; podía permitirse un gran Ejército y pagar también una Marina considerable. Sin embargo, es tratada aquí como «potencia mediana» simplemente porque la combinación de las circunstancias estratégicas, diplomáticas y económicas impedía que Francia concentrase sus recursos y llevase una delantera decisiva en cualquier esfera en particular.

El hecho primordial, en lo que se refiere al poder político, en los años de 1814-1815 era que todos los demás grandes Estados se habían mostrado resueltos a impedir los intentos franceses de tener una hegemonía sobre Europa; y Londres, Viena, Berlín y San Petersburgo no solamente estaban dispuestos a solventar sus diferencias en otros asuntos (por ejemplo Sajonia) con el fin de frustrar el intento final de Napoleón, sino que estaban también empeñados en establecer un sistema de posguerra que bloqueara en el futuro las tradicionales rutas de expansión de Francia. Así, Prusia actuaba como guardián de Renania, Austria fortalecía su posición en el norte de Italia y Gran Bretaña extendía su influencia en la península Ibérica; y detrás de todo esto, se hallaba un gran Ejército ruso dispuesto a actuar en Europa en defensa de los acuerdos de 1815. En consecuencia, por mucho que todos los partidos franceses reclamaran una política de «recuperación»⁴⁹, estaba claro que era imposible cualquier mejora espectacular. Lo mejor que se podía conseguir era, por una parte, el reconocimiento de que Francia era un socio igual a los demás en el Concierto europeo y, por otra, el restablecimiento de la influencia política francesa en las regiones vecinas *junto con* la de las potencias existentes. Sin embargo, aunque los franceses pudiesen conseguir la paridad, por ejemplo, con los británicos y la Península Ibérica y volver a representar un papel importante en Levante, siempre tenían que estar atentos para no provocar otra coalición contra ellos. Cualquier movimiento de Francia en los Países Bajos, como se demostró en las décadas de 1820 y 1830, producía de manera ins-

tintiva una alianza anglo-prusiana demasiado fuerte para comba-
tirla.

La otra carta que podía jugar París consistía en establecer íntimas relaciones con una de las grandes potencias, que entonces podían ser explotadas para asegurar los objetivos franceses⁵⁰. Dadas las rivalidades latentes entre los otros Estados y las considerables ventajas que podía ofrecer una alianza con Francia (dinero, tropas, armas), aquella presunción era plausible; no obstante, fallaba en tres aspectos. En primer lugar, la otra potencia podía ser capaz de explotar a Francia más que Francia a ella, como hizo Metternich a mediados de la década de 1830, cuando aprovechó las propuestas francesas para dividir a Londres y París. En segundo lugar, los cambios de régimen que se produjeron en Francia a lo largo de aquellos decenios afectaron inevitablemente a las relaciones diplomáticas en un período en que la ideología desempeñaba un importante papel. Por ejemplo, la antigua esperanza de una alianza con Rusia se desvaneció con la Revolución de 1830 en Francia. Por último, persistía el problema insuperable de que, mientras que algunas de las otras potencias querían colaborar con Francia en ciertas ocasiones, ninguna de ellas deseaba, en este período, un cambio en el *statu quo*; es decir, sólo ofrecían a los franceses su amistad diplomática, no la promesa de una recompensa territorial. Hasta después de la Guerra de Crimea no existió fuera de Francia un deseo extendido de reordenar las fronteras de 1815.

Estos obstáculos hubiesen podido parecer menos formidables si Francia hubiese sido frente al resto de Europa tan fuerte como lo había sido con Luis XIV en el cenit de su poder o con Napoleón en el cenit del suyo. Pero el hecho era que Francia, después de 1815, no era un país particularmente dinámico. Tal vez un millón y medio de franceses habían muerto en las guerras que se habían sucedido entre 1793 y 1815⁵¹ y, lo que es más importante, el aumento de la población fue en Francia más lento que en cualquier otra gran potencia a lo largo del siglo XIX. Aquel largo conflicto no sólo había trastornado la economía francesa de las diversas maneras arriba mencionadas (véanse págs. 177-180), sino que el advenimiento de la paz la había expuesto al desafío comercial de su gran rival británico. «El hecho cardinal para la mayoría de los productores franceses, después de 1815, fue la exigencia de un productor industrial extraordinariamente dominante y poderoso, no como su vecino más próximo, sino también como una poderosa fuerza en todos los mercados extranjeros y a veces incluso en su propio y fuertemente protegido mercado interior⁵².» Esta falta de competitividad, la inexistencia de incendios dentro de Francia para modernizarse (por ejemplo, las pequeñas dimensiones de las propie-

dades agrícolas, las malas comunicaciones, los mercados esencialmente locales, la ausencia de carbón barato y de fácil extracción) y la pérdida de todo estímulo de los mercados de ultramar, significaron que, entre 1815 y 1850, su ritmo de crecimiento industrial fuese considerablemente menor que el de Gran Bretaña. A principios de siglo, la producción manufacturera de ésta era igual a la de Francia; en 1830 representaba el 182,5 % de la de Francia; y en 1860 se había elevado hasta el 251 %⁵³. Además, aunque la construcción de ferrocarriles y la industrialización general de Francia empezaron a acelerarse en la segunda mitad del siglo XIX, los franceses comprobaron alarmados que Alemania crecía todavía más de prisa.

Sin embargo, los historiadores no ven ahora tan claro que la economía francesa durante aquel siglo deba ser calificada tan a la ligera de «atrasada» o «decepcionante»; en muchos aspectos, el camino seguido por los franceses hacia la prosperidad nacional fue tan lógico como aquel (de signo muy diferente) que siguieron los británicos⁵⁴. Los horrores sociales de la Revolución industrial estuvieron menos extendidos en Francia; sin embargo, debido al mayor énfasis puesto en artículos de alta calidad en detrimento de la producción en masa, el valor per cápita añadido a cada producto manufacturado era sustancialmente mayor. Si los franceses en general no invertían dentro de su país en empresas industriales a gran escala, ello era a menudo una cuestión de cálculo más que un indicio de pobreza o de atraso. Había, en efecto, un considerable excedente de capital, buena parte del cual se destinaba a inversiones industriales en otras partes de Europa⁵⁵. Los gobiernos franceses no tuvieron que preocuparse por la escasez de fondos, y hubo inversión en municiones y productos metalúrgicos relacionados con las fuerzas armadas. Fueron inventores franceses los que produjeron el cañón de granadas bajo el general Paixhans, los «famosos diseños navales» del Napoleón y *La Gloire*, así como la bala y el rifle «Minié»⁵⁶.

A pesar de todo, sigue siendo cierto que el poder relativo de Francia se estaba erosionando en términos económicos y en otros aspectos. Aunque Francia era, repetimos, más grande que Prusia o que el Imperio austríaco, no había ninguna esfera en la que fuese líder decisivo, como lo había sido un siglo atrás. Su Ejército era grande, pero el de Rusia lo aventajaba en número. Su Marina, apoyada de manera irregular por las sucesivas administraciones francesas, ocupaba por lo general el segundo lugar, por detrás de la Royal Navy, pero la diferencia entre ambas era enorme. En términos de producción manufacturera y de producto nacional, Francia se estaba retrasando en relación con su emprendedora vecina. La botadura del *La Gloire* fue rápidamente eclipsada por el *H. M. S.*

Warrior, de la misma manera que su artillería de campaña era superada por los nuevos modelos de Krupp. En definitiva, pues, Francia desempeñaba un papel fuera de Europa, pero sus posesiones y su influencia eran mucho menos extensas que las de Gran Bretaña.

Todo esto indica otro problema agudo que hacía difícil el cálculo —y a menudo el despliegue— de la indudable fuerza de Francia. Esta seguía siendo una clásica potencia *híbrida*⁵⁷, que se debatía con frecuencia entre sus intereses europeos y no europeos, y esto afectaba a su vez a su diplomacia, ya bastante complicada por consideraciones ideológicas y de equilibrio de poder. ¿Era más importante contener el avance de Rusia sobre Constantinopla que bloquear las pretensiones británicas en Oriente? ¿Debía tratar de sacar a Austria de Italia o desafiar a la Royal Navy en el canal de la Mancha? ¿Debía fomentar a los primeros movimientos en favor de la unificación de Alemania o debía oponerse a ellos? Dados los pros y contras de cada una de estas políticas, no es de extrañar que los franceses fuesen a menudo considerados ambivalentes y vacilantes, aunque eran tenidos por miembros de pleno derecho del Concierto.

Por otra parte, no hay que olvidar que las circunstancias generales que constreñían a Francia le permitían también actuar como freno de las otras grandes potencias. Si éste fue especialmente el caso en tiempos de Napoleón III, también fue verdad, de manera incipiente, a finales de la década de 1820. Simplemente debido a sus dimensiones, la recuperación de Francia tuvo implicaciones en las penínsulas Ibérica e Italiana, en los Países Bajos y aún más lejos. Tanto los ingleses como los rusos debían tener en cuenta a Francia en sus intentos de influir en el Imperio otomano. Fue Francia, mucho más que el vacilante Imperio austríaco o incluso Gran Bretaña, la que representó el principal freno militar a Rusia durante la Guerra de Crimea. Fue Francia la que debilitó la posición austríaca en Italia, y fue principalmente Francia la que, de forma menos espectacular, hizo que el Imperio británico no tuviera un monopolio absoluto de influencia a lo largo de las costas africanas y chinas. Por último, cuando la lucha austro-prusiana «por el dominio en Alemania» llegó a su punto culminante, ambos rivales manifestaron su profunda preocupación por lo que podía hacer o dejar de hacer Napoleón III. En suma, con su recuperación durante las décadas que siguieron a 1815, Francia siguió siendo una potencia considerable, diplomáticamente muy activa, militarmente bastante fuerte, y que convenía más tener como amiga que como rival, aunque sus propios líderes se diesen cuenta de que ya no era tan dominante como lo había sido durante los dos siglos anteriores.

La Guerra de Crimea y la erosión del poder ruso

El poder *relativo* de Rusia empezó a declinar sobre todo durante los decenios de paz internacional y de industrialización que siguieron a 1815, aunque ello no se evidenció plenamente hasta la Guerra de Crimea (1854-1856). En 1814 Europa se había alarmado ante el avance del Ejército ruso hacia el Oeste, y las multitudes de París habían gritado prudentemente «*Vive l'empereur Alexandre!*» al entrar el zar en su ciudad detrás de sus brigadas de cosacos. El propio acuerdo de paz, con su énfasis archiconservador contra futuros cambios territoriales y políticos, fue garantizado por un ejército ruso de 800.000 hombres, tan superior al de cualquier rival en tierra como lo era la Royal Navy en el mar. Este coloso oriental eclipsaba tanto a Austria como a Prusia, que temían su fuerza aun proclamando su solidaridad monárquica con él. En todo caso, el papel de Rusia como guardián de Europa se acrecentó cuando el mesiánico Alejandro I fue sucedido por el autócrata Nicolás I (1825-1855); y los sucesos revolucionarios de 1848-1849 reforzaron la posición de este último, cuando, según observó Palmerston, Rusia y Gran Bretaña eran las únicas potencias que «se mantenían en pie»⁵⁸. Las desesperadas peticiones de ayuda del Gobierno austríaco para sofocar la rebelión húngara fueron atendidas con el envío de tres ejércitos rusos. Por el contrario, las vacilaciones de Federico Guillermo IV de Prusia en lo referente a los movimientos de reforma interior, junto con las proposiciones de cambios en la Federación Alemana provocaron la constante presión de Rusia hasta que la Corte de Berlín aceptó una política interior reaccionaria y la retirada diplomática en Oelmuetz. En cuanto a las propias «fuerzas de cambio» posteriores a 1848, todos sus elementos, ya fuesen los derrotados nacionalistas polacos y húngaros, los burgueses liberales frustrados, o los marxistas, convinieron en que el principal baluarte contra el progreso en Europa seguiría siendo durante mucho tiempo el Imperio de los zares.

En cambio, a nivel económico y tecnológico, Rusia estaba perdiendo terreno de una manera alarmante entre 1815 y 1880, al menos en relación con otras potencias. Esto no quiere decir que no hubiese progresos económicos, incluso durante el reinado de Nicolás I, muchos de cuyos funcionarios habían sido hostiles a las fuerzas de mercado o a cualquier señal de modernización. La población creció rápidamente (pasó de 51 millones en 1816 a 76 millones en 1860 y a 100 millones en 1880) y la de las ciudades fue la

que aumentó más de prisa. La producción de hierro se incrementó y la industria textil multiplicó su volumen. Se dijo que, entre 1804 y 1860, el número de fábricas o empresas industriales se elevó de 2.400 a más de 15.000. Se importaron del Oeste motores a vapor y maquinaria moderna, y a partir de la década de 1830, empezó a surgir una red de ferrocarriles. El mero hecho de que los historiadores hayan discutido sobre si se produjo una «revolución industrial» en Rusia durante aquellas décadas confirma que el país estaba en marcha⁵⁹.

Ahora bien, si es cierto que el resto de Europa se movía mucho más de prisa y que Rusia estaba perdiendo terreno. Debido a su población mucho más numerosa, había alcanzado fácilmente el

TABLA 9. PNB DE LAS GRANDES POTENCIAS EUROPEAS, 1830-1890⁶⁰

(a precios de mercado, en dólares y precios de los Estados Unidos en 1960; en miles de millones)

	1830	1840	1850	1860	1870	1880	1890
Rusia	10,5	11,2	12,7	14,4	22,9	23,2	21,1
Francia	8,5	10,3	11,8	13,3	16,8	17,3	19,7
Gran Bretaña	8,2	10,4	12,5	16,0	19,6	23,5	29,4
Alemania	7,2	8,3	10,3	12,7	16,6	19,9	26,4
Imperio austriaco	7,2	8,3	9,1	9,9	11,3	12,2	15,3
Italia	5,5	5,9	6,6	7,4	8,2	8,7	9,4

Pero se observa que estas cifras eran todavía más alarmantes al estudiar el importe del PNB per cápita (véase tabla 10).

TABLA 10. PNB PER CÁPITA DE LAS GRANDES POTENCIAS EUROPEAS, 1830-1890⁶¹

(en dólares y precios de los Estados Unidos, en 1960)

	1830	1840	1850	1860	1870	1880	1890
Gran Bretaña	346	394	458	558	628	680	785
Italia	265	270	277	301	312	311	311
Francia	264	302	333	365	437	464	515
Alemania	245	267	308	354	426	443	537
Imperio austriaco	250	266	283	288	305	315	361
Rusia	170	170	175	178	250	224	182

más elevado PNB *total* a principios del siglo XIX. Dos generaciones más tarde, esto ya no era así, según se muestra en la tabla 9. Las cifras muestran que el aumento del PNB *total* de Rusia que se produjo durante aquellos años fue en gran parte debido al crecimiento de su población, ya fuera por nacimientos o por conquistas en Turquestán y en otras partes, y tuvo poco que ver con verdaderos aumentos de productividad (sobre todo productividad industrial). La renta per cápita de Rusia, así como el producto nacional, habían sido siempre atrasados en relación con la Europa occidental; pero entonces el atraso creció todavía más, desde (por ejemplo) una mitad de la renta per cápita de Gran Bretaña en 1830 a un cuarto de aquélla sesenta años después.

De la misma manera, el hecho de que Rusia doblara su producción de hierro a principios del siglo XIX era insignificante en comparación con la producción de Gran Bretaña, que *se multiplicó por treinta*⁶²; en dos generaciones, Rusia había pasado de ser la principal productora y exportadora de hierro de Europa a depender cada vez más de las importaciones de productos manufacturados occidentales. Incluso las mejoras en las comunicaciones por ferrocarril y por barco de vapor tenían que considerarse en términos relativos. En 1850 Rusia tenía poco más de 800 kilómetros de vías férreas, frente a los 13.000 kilómetros de los Estados Unidos, y gran parte del aumento de la navegación a vapor, en los grandes ríos o fuera de los mares Báltico y Negro, se debía al transporte de cereales necesarios para la creciente población interior y a la necesidad de pagar los artículos manufacturados importados mediante el envío de trigo a Gran Bretaña. Los nuevos desarrollos que se producían estaban demasiado a menudo en manos de los comerciantes y empresarios extranjeros (en el caso del comercio de exportación así sin duda alguna) y convertía todavía más a Rusia en una proveedora de materias *primas* para las economías avanzadas. Una carencia general de capital, la escasa demanda del consumidor, una clase media minúscula, las grandes distancias y los climas extremos, así como la mano dura de un Estado autocrático y receloso hacían que las perspectivas de un «despegue» industrial en Rusia fuesen más difíciles que en cualquier otro lugar de Europa⁶³.

Durante largo tiempo, estas ominosas tendencias económicas no se tradujeron en una debilidad militar rusa ostensible. Por el contrario, las preferencias que mostraron después de 1815 las grandes potencias por las estructuras del Antiguo Régimen en general no podían verse en ninguna parte más claramente que en la composición social, las armas y las tácticas de sus ejércitos. Todavía bajo la sombra proyectada por la Revolución francesa, los Gobiernos estaban más preocupados por la fiabilidad política y social de sus Fuerzas Armadas que por las reformas militares; y

los propios generales, que ya no se enfrentaban con la prueba de una gran guerra, hacían hincapié en la jerarquía, la obediencia y la precaución, rasgos éstos que reforzaba la obsesión de Nicolás I por los desfiles formales y las grandes marchas. Dadas estas circunstancias generales, a los observadores del exterior les parecían más impresionantes el mero volumen del Ejército ruso y la estabilidad de su masa de reclutas que materias tan arcanas como la logística militar o el nivel general de instrucción entre los cuerpos de oficiales. Es más, el Ejército ruso *era* activo y triunfaba a menudo en sus frecuentes campañas de expansión en el Cáucaso y en Turquestán, avances que empezaban ya a preocupar a los británicos en la India y a hacer que las relaciones anglo-rusas fuesen en el siglo XIX mucho más tensas que en el XVIII⁶⁴. Igualmente imponentes para los observadores extranjeros resultaban la sofocación de la rebelión húngara de 1848-1849 y la manifestación del zar de que estaba dispuesto a enviar a 400.000 soldados para aplastar la revuelta en París. Lo que no advirtieron estos observadores fue el hecho menos impactante de que la mayor parte del Ejército ruso estaba siempre inmovilizado por servicios internos de guarnición, por acciones de «policía» en Polonia y en Finlandia, y por otras actividades, tales como las patrullas de frontera y las Colonias Militares, y que lo que quedaba no era particularmente eficaz. Por ejemplo, de las 11.000 bajas sufridas en la campaña húngara, todas salvo 1.000 fueron causadas por las enfermedades, debido a la ineficacia de los servicios logísticos y médicos del Ejército⁶⁵.

La campaña de Crimea de 1854 a 1855 constituyó una triste confirmación del atraso de Rusia. Las fuerzas zaristas no podían ser concentradas. Las operaciones aliadas en el Báltico (aunque nunca fueron muy serias), junto con la amenaza de la intervención sueca, llegaron a inmovilizar a 200.000 soldados rusos en el Norte. La campaña inicial en los principados del Danubio, y el mucho mayor peligro de que Austria convirtiese en realidad sus amenazas de intervención, plantearon un riesgo a Besarabia, Ucrania occidental y la Polonia rusa. La lucha contra los turcos en el Cáucaso suponía enormes exigencias de tropas y sistemas de abastecimiento, al igual que la defensa de los territorios rusos en el Lejano Oriente⁶⁶. Cuando el ataque anglo-francés en Crimea trasladó la guerra a una región sumamente sensible del territorio ruso, las Fuerzas Armadas del zar fueron incapaces de repeler tal invasión.

En el mar, Rusia poseía una Marina numerosa, con almirantes competentes, y fue capaz de destruir por completo a la más débil flota turca en Sinope, en noviembre de 1853; pero en cuanto las flotas anglo-francesas entraron en el conflicto, se invirtieron las po-

siciones⁶⁷. Muchos de los barcos rusos eran de madera de abeto y poco aptos para la navegación, su poder de fuego era inadecuado, y sus tripulaciones estaban mal instruidas. Los aliados contaban con muchos más buques de guerra a vapor, algunos de ellos armados con granadas de metralla y cohetes «Congreve». Sobre todo, los enemigos de Rusia tenían capacidad industrial para construir nuevos barcos (incluidas docenas de cañoneras a vapor), de manera que su ventaja aumentó al prolongarse la guerra.

Pero el Ejército ruso estaba incluso en peor situación. Los soldados de Infantería luchaban bien y, bajo la inspirada jefatura del almirante Najímov y del genio de la ingeniería coronel Totleben, la prolongada defensa rusa de Sebastopol fue una hazaña notable. Pero en todos los demás aspectos, el Ejército era terriblemente inadecuado. Los regimientos de Caballería eran demasiado precavidos y sus caballos, buenos para los desfiles, no podían aguantar una campaña agotadora (aquí las fuerzas cosacas irregulares eran mejores). Es más, los soldados rusos iban pésimamente armados. Sus anticuados mosquetes de chispa tenían un alcance de 200 metros, mientras que los rifles de las tropas aliadas podían disparar con eficacia hasta una distancia de 1.000 metros; de ahí que las bajas rusas fueran mucho más graves. Y lo peor de todo era que, aun conociendo la enormidad de la tarea, el sistema ruso *en su conjunto* era incapaz de responder a ella. La jefatura militar era deficiente, pues la afligían rivalidades personales y nunca era capaz de producir una estrategia coherente, por lo que simplemente reflejaba la incompetencia general del Gobierno del zar. Había muy pocos oficiales de mediana graduación que estuviesen bien instruidos y entrenados, como los que abundaban en el Ejército prusiano, y la iniciativa era siempre mal vista. Aunque parezca asombroso, había también muy pocos reservistas a los que llamar en caso de una emergencia regional, ya que la adopción de un sistema masivo de servicio corto habría significado el fin de la servidumbre*. Una consecuencia de este sistema era que el Ejército ruso de largo servicio incluía a muchos soldados *demasiado viejos*, y otra consecuencia todavía más grave era que unos 400.000 de los nuevos soldados reclutados a toda prisa al comenzar la guerra carecían totalmente de instrucción —pues faltaban oficiales para esta labor— y la retirada de tantos hombres del mercado de trabajo de los siervos perjudicaba a la economía rusa.

Por último, estaban las deficiencias logísticas y económicas. Como no había ferrocarriles al sur de Moscú (!), los carros de trans-

* Pues se argüía que cualquier hombre que hubiese prestado dos o tres años de servicio en el Ejército no podía seguir siendo un siervo, y que era mucho más seguro reclutar una pequeña proporción de varones cada año como soldados de *largo servicio*.

porte tirados por caballos tenían que cruzar cientos de kilómetros de estepas, que se convertían en un mar de barro durante el deshielo de la primavera y las lluvias del otoño. Además, los propios caballos necesitaban tanto forraje (que a su vez tenía que ser transportado por otros caballos de carga, y así sucesivamente), que un enorme esfuerzo logístico producía resultados desproporcionadamente pequeños: las tropas y refuerzos aliados podían ser enviados por mar desde Francia e Inglaterra a Crimea en tres semanas, mientras que las tropas rusas de Moscú tardaban a veces tres meses en llegar al frente. Todavía más alarmante era el colapso de los equipos militares rusos. «Al principio de la guerra, había un millón de armas de fuego almacenadas (al terminar el año 1855); solamente quedaban 90.000. De los 1.656 cañones de campaña, sólo 253 estaban disponibles... Las existencias de pólvora y municiones estaban todavía en peor estado⁶⁸.» Cuanto más duraba la guerra, mayor era la superioridad aliada, mientras que el bloqueo británico impedía la importación de nuevas armas.

Pero el bloqueo hizo algo más: cortó la salida de cereales y otras exportaciones (salvo las que iban por tierra a Prusia) e hizo que el Gobierno ruso sólo pudiese pagar la guerra a base de elevados préstamos. Los gastos militares, que incluso en tiempo de paz se llevaban las cuatro quintas partes de la renta del Estado, aumentaron de unos 220 millones de rublos en 1853 a unos 500 millones en 1854 y en 1855. Para cubrir parte del alarmante déficit, el Tesoro ruso pidió préstamos a Berlín y a Amsterdam, pero entonces cayó en picado el valor internacional del rublo; para cubrir el resto, recurrió a la impresión de papel moneda, lo cual condujo a una inflación en gran escala y a una creciente inquietud entre los campesinos. Los anteriores y valientes intentos del Ministerio de Hacienda de crear un rublo de plata y prohibir toda clase de pagarés —que habían significado la ruina de las «finanzas sólidas» durante la Guerra napoleónica y las campañas contra Persia, Turquía y los rebeldes polacos— fueron ahora completamente frustrados debido a la guerra en Crimea. Si Rusia insistía en su inútil lucha, se advirtió al Consejo de la Corona el 15 de enero de 1856, el Estado desembocaría en bancarrota⁶⁹. La negociación con las grandes potencias era la única manera de evitar la catástrofe.

Todo esto no quiere decir que la Guerra de Crimea fuese fácil para los aliados; también para ellos la campaña representó tensiones y sorpresas desagradables. Es interesante observar que la potencia menos perjudicada fue Francia, que por una vez se benefició de ser una potencia híbrida: menos atrasada industrial y económicamente que Rusia y menos «desmilitarizada» que Gran Bretaña. Las fuerzas armadas enviadas hacia el Este bajo el mando del general Saint-Arnaud estaban bien equipadas y bien instruidas

después de sus operaciones en el norte de África y contaban con una razonable experiencia en campañas de ultramar; sus sistemas logístico y de servicios médicos poseían toda la eficacia que era capaz de producir una administración de mediados de siglo; y los oficiales franceses mostraban una perplejidad justificada ante los *amateurs* británicos cargados de equipaje. La fuerza expedicionaria francesa era con mucho la más numerosa e hizo la mayoría de las penetraciones más importantes en la guerra. En cierta medida, pues, la nación recuperó su herencia napoleónica en esta lucha.

Sin embargo, en las últimas fases de la campaña, Francia empezó a dar señales de tensión. Aunque era un país rico, su Gobierno tenía que competir con los constructores de ferrocarriles y otros para obtener dinero del «Crédit Mobilier» y otros Bancos. El oro iba a parar a Crimea y Constantinopla, lo que provocaba el alza de los precios en casa, y las pobres cosechas de cereales no eran una ayuda. Aunque las bajas totales de la guerra (100.000) no eran conocidas, el primitivo entusiasmo francés por el conflicto se evaporó en seguida. Las algaradas populares a causa de la inflación reforzaron el rumor, muy extendido después de la noticia de la toma de Sebastopol, de que la guerra se prolongaba solamente para servir a los fines egoístas y ambiciosos de los ingleses⁷⁰. En aquellos días, también Napoleón III ansiaba poner fin a la contienda: Rusia había sido castigada, el prestigio de Francia había aumentado (y aumentaría más tras una gran conferencia internacional de paz en París) y era importante no desviarse demasiado de las cuestiones alemana e italiana con una escalada del conflicto alrededor del mar Negro. Aunque no pudiese rehacer sustancialmente el mapa de Europa en 1856, Napoleón podía en verdad sentir que las perspectivas de Francia eran mejores que en cualquier momento desde Waterloo. Las fisuras producidas tras la Guerra de Crimea en el viejo Concierto de Europa permitirían que aquella ilusión se mantuviera durante otra década.

Los ingleses, por el contrario, estaban muy lejos de haber quedado satisfechos con la Guerra de Crimea. A pesar de ciertos intentos de reforma, el Ejército seguía todavía el estilo wellingtoniano, y su jefe, Raglan, había sido precisamente secretario militar de Wellington en la Guerra Peninsular. La Caballería era adecuada —como tal fuerza—, pero a menudo se empleaba mal (no exactamente en Balaclava) y apenas pudo ser desplegada en el sitio de Sebastopol. Aunque los soldados eran curtidos veteranos que luchaban con dureza, la espantosa falta de refugios calientes contra las lluvias y el invierno de Crimea, la incapacidad de los primitivos servicios médicos militares para tratar brotes de disentería y de cólera en gran escala, y la escasez de transportes por tierra causa-

ban inútiles pérdidas y reveses que enfurecían a la nación británica. Más embarazosa aún era la inexistencia de fuerzas de reserva instruidas que pudiesen emplearse en tiempo de guerra, ya que el Ejército británico, al igual que el ruso, era una tropa de servicio largo adecuada para funciones de guarnición; pero, mientras los rusos podían al menos reclutar a la fuerza a cientos de miles de toscos soldados, la Inglaterra del *laissez-faire* no podía hacerlo, lo que dejó al Gobierno en la incómoda posición de anunciar que buscaba mercenarios extranjeros con quienes compensar la escasez de tropas en Crimea. Además, aunque su Ejército permanecía siempre como el socio joven del francés, la Marina británica no tenía posibilidad de conseguir una victoria al estilo de las de Nelson contra un enemigo que retiraba prudentemente su flota hacia puertos fortificados ⁷¹.

La explosión de descontento del público en Gran Bretaña ante las famosas revelaciones hechas por el *Times* de Londres acerca de la incompetencia militar y los sufrimientos de los soldados enfermos y heridos sólo puede ser mencionada aquí de paso; no solamente condujo a un cambio ministerial, sino que provocó también un serio debate sobre las dificultades inherentes a «un Estado liberal en guerra» ⁷². Es más, todo el asunto reveló lo que habían parecido ser fuerzas peculiares de Gran Bretaña —un bajo grado de Gobierno, un pequeño Ejército imperial, una gran confianza en el poder marítimo, cargar el acento sobre las libertades individuales y de Prensa, los poderes del Parlamento y de los ministros individuales— se convertía ahora en puntos flacos cuando el país se veía obligado a realizar una extensa operación militar durante todas las estaciones y contra un enemigo importante.

La reacción británica a esta prueba (bastante parecida a la reacción americana a las guerras del siglo xx) consistió en destinar grandes cantidades de dinero a las Fuerzas Armadas con el fin de compensar la pasada negligencia; y, una vez más, las crudas cifras de los gastos militares de los combatientes tienden a explicar el resultado definitivo del conflicto (véase tabla 11).

Pero Inglaterra, por mucho que se moviese, no podía crear de pronto los instrumentos adecuados de poder: podía multiplicarse la fuerza militar, podían pedirse cientos de barcos de vapor, podía gozar la fuerza expedicionaria de un *exceso* de tiendas y de mantas y de municiones en 1855, y un belicoso Palmerston podía afirmar la necesidad de destruir el Imperio ruso; sin embargo, el pequeño ejército británico podía hacer poco si Francia se inclinaba hacia la paz y Austria permanecía neutral, como precisamente ocurrió en los meses que siguieron a la caída de Sebastopol. Únicamente si la nación y la política económica se «militarizaban» mucho más podía sostener Gran Bretaña sola una guerra significativa

TABLA 11. GASTOS MILITARES DE LAS POTENCIAS EN LA GUERRA DE CRIMEA ⁷³
(en millones de libras)

	1852	1853	1854	1855	1856
Rusia	15,6	19,9	31,3	39,8	37,9
Francia	17,2	17,5	30,3	43,8	36,3
Gran Bretaña	10,1	9,1	76,3	36,5	32,3
Turquía	2,8	?	?	3,0	?
Cerdeña	1,4	1,4	1,4	2,2	2,5

contra Rusia; pero los costes probables eran demasiado elevados para un liderazgo político ya inquieto por las dificultades estratégicas, constitucionales y económicas que había provocado la campaña de Crimea ⁷⁴. Por consiguiente, los ingleses, aun lamentando verse privados de una victoria sonada, estaban dispuestos a llegar a un compromiso. Todo esto hizo que muchos europeos (los franceses y los austríacos, así como los rusos) recelasen de los objetivos y de la fiabilidad de Londres, al mismo tiempo que aumentaba el disgusto del público británico por verse metido en cuestiones continentales. Así, pues, mientras la Francia de Napoleón actuaba en el centro del escenario europeo en 1856, Gran Bretaña se movía para salirse de aquél, tendencia que el Motín de la India (1857) y los movimientos de reforma interior sólo intensificaron.

Si la Guerra de Crimea había impresionado desfavorablemente a los británicos, esto no fue nada en comparación con el golpe recibido por el poder y el prestigio de Rusia, por no hablar de la pérdida de 480.000 vidas. «No podemos seguir engañándonos —declaró lisa y llanamente el gran duque Konstantin Nikolayevich—. Somos más débiles y más pobres que las potencias de primera clase, y mucho más pobres no sólo en recursos materiales, sino también en materias de administración ⁷⁵.» Este conocimiento condujo a los reformadores del Estado ruso a toda una serie de cambios radicales, sobre todo a la abolición de la servidumbre. Además, la construcción de ferrocarriles y la industrialización fueron mucho más fomentadas con Alejandro II que con su padre. La producción de carbón, de hierro y de acero, los servicios públicos en gran escala y el gran crecimiento de las empresas industriales se pusieron más de manifiesto a partir de 1860, y las estadísticas sobre el desarrollo económico de Rusia son bastante impresionantes a simple vista ⁷⁶.

Ahora bien, como siempre, el cambio de perspectiva afecta al juicio que se forma uno de las cosas. ¿Podía esta modernización

ser paralela, por no hablar de aventajar, al gran aumento anual en el número de campesinos pobres y analfabetos? ¿Podía compararse con los aumentos formidables en la producción de hierro y de acero y en las manufacturas que se estaban produciendo en West Midlands, el Ruhr, Silesia y Pittsburgh durante las dos décadas siguientes? ¿Podía, incluso con su reorganizado Ejército, mantenerse a la altura de la «revolución militar» que los prusianos estaban a punto de revelar al mundo y que cargarían de nuevo el acento sobre el elemento *cualitativo* más que sobre el *cuantitativo* de la fuerza nacional? Las respuestas a todas estas preguntas decepcionarían a los nacionalistas rusos, demasiado conscientes de que el papel de su país en Europa quedó sustancialmente reducido en comparación con la posición sobresaliente que había ocupado en 1815 y 1841.

Los Estados Unidos y la Guerra Civil

Como se ha indicado con anterioridad, los observadores de la política mundial a partir de De Tocqueville pensaron que el auge del Imperio ruso era paralelo al de los Estados Unidos. Desde luego, todos reconocían que había diferencias fundamentales en la cultura política y en las constituciones de estos dos Estados, pero en términos de potencia mundial eran muy parecidos en cuanto a su extensión geográfica, sus fronteras «abiertas» y siempre cambiantes, sus poblaciones de rápido crecimiento y sus recursos escasamente explotados⁷⁷. Aunque gran parte de esto es cierto, perdura el hecho de que a lo largo del siglo XIX hubo importantes discrepancias económicas entre los Estados Unidos y Rusia que tendrían un creciente impacto sobre sus respectivos poderes nacionales. La primera de ellas se refiere a la población total, aunque la diferencia se redujo mucho entre 1816 (Rusia 51,2 millones, los Estados Unidos 8,5 millones) y 1860 (Rusia 76 millones, los Estados Unidos 31,4 millones). Pero lo más significativo era el carácter de la población: mientras la de Rusia se componía en su inmensa mayoría de siervos, con bajos ingresos y baja producción, los americanos gozaban en general*, en sus heredades o en las rápidamente crecientes ciudades, de un alto nivel de vida y de producción nacional, en relación con otros países. Ya en 1800, los sueldos eran aproximadamente un tercio más elevados que los de Europa

* A excepción de los esclavos negros y de los todavía relativamente numerosos indios.

occidental, y esta superioridad se conservaría, o aumentaría, a lo largo del siglo. A pesar de la gran afluencia de inmigrantes europeos en la década de 1850, la disponibilidad de tierras en el Oeste, junto con el constante crecimiento industrial, hicieron que la mano de obra fuese relativamente escasa y que los salarios fuesen altos, lo cual inducía, a su vez, a los fabricantes a invertir en maquinaria y, de este modo, a estimular aún más la productividad nacional. El aislamiento de la joven república de las luchas europeas por el poder, y el *cordon sanitaire* impuesto por la Royal Navy (más que la Doctrina de Monroe) para separar el Viejo Mundo del Nuevo, significaban que la única amenaza a la prosperidad futura de los Estados Unidos podía proceder de la propia Gran Bretaña. Sin embargo, a pesar de los dolorosos recuerdos de 1776 y 1812, y de las disputas fronterizas en el Noroeste⁷⁸, una guerra anglo-americana era muy improbable; la exportación de capital y artículos manufacturados británicos a los Estados Unidos y la importación por Gran Bretaña de materias primas estadounidenses (especialmente algodón) unían más que nunca a las dos economías y estimulaban más el crecimiento económico norteamericano. Por consiguiente, en lugar de tener que invertir recursos financieros a gran escala en gastos de defensa, los estratégicamente seguros Estados Unidos podían concentrar sus propios fondos (y los británicos) para desarrollar su gran potencial económico. Ni el conflicto con los indios ni la guerra de 1846 con México perjudicaron sustancialmente aquellas productivas inversiones.

El resultado de todo esto fue que, incluso antes de que estallase la Guerra Civil en abril de 1861, los Estados Unidos se habían convertido en un gigante económico, aunque su distancia de Europa, su concentración en el desarrollo interior (más que en el comercio exterior) y la naturaleza accidentada del terreno disimulaban en parte aquel hecho. Mientras su porcentaje en la producción manufacturera mundial en 1860 era muy inferior al de Gran Bretaña, había superado ya a Alemania y a Rusia y estaba a punto de alcanzar a Francia. Los Estados Unidos, con sólo el 40 % de la población de Rusia en 1860, tenían una población urbana que equivalía a más del doble que la de ésta; producían 830.000 toneladas de hierro, frente a las 350.000 de Rusia; su consumo de energía de fuentes modernas era quince veces más alto, y su red ferroviaria poseía kilometraje treinta veces mayor (e incluso tres veces mayor que el de Gran Bretaña). Por el contrario, los Estados Unidos contaban con un Ejército regular de sólo 26.000 hombres, en comparación con la gigantesca fuerza rusa de 862.000⁷⁹. La disparidad entre los índices económicos y los militares de los dos extensos Estados tal vez nunca fue tan grande como entonces.

Desde luego, un año después la Guerra Civil había empezado a

transformar la cantidad de recursos nacionales que dedicaban los norteamericanos a fines militares. No comentaremos aquí los orígenes y las causas de aquel conflicto; pero, como los caudillos de ambos bandos habían resuelto luchar hasta el final, y como cada bando podía reclutar cientos de miles de hombres, lo más probable era que fuese una contienda larga. Contribuían también a ello las largas distancias, con un «frente» que se extendía desde la costa de Virginia hasta el Misisipi, e incluso más al Oeste hasta Missouri y Arkansas, con mucho terreno de bosques, cadenas montañosas y pantanos. De manera parecida, el bloqueo naval llevado a cabo por el Norte de los puertos enemigos requería patrullar por una costa tan extensa como la que media entre Hamburgo y Génova. Dicho en otras palabras, aplastar al Sur sería una tarea logística y militar extraordinariamente difícil, sobre todo para un pueblo que había mantenido sus Fuerzas Armadas en el nivel mínimo y que carecía de experiencia en guerras a gran escala.

Sin embargo, aunque los cuatro años de conflicto fueron agotadores y terriblemente cruentos —la Unión perdió unos 360.000 hombres y la Confederación unos 258.000*—, también catalizaron el poder nacional latente que poseían los Estados Unidos, transformándolos (al menos durante un breve período) en la nación militar más grande del mundo antes de la desmovilización que siguió al año 1865. A partir de unos principios de aficionados, las Fuerzas Armadas de cada bando evolucionaron hasta convertirse en ejércitos de reclutamiento masivo, empleando artillería y armas de mano modernas, desgastándose en la guerra de sitio del norte de Virginia o siendo enviados en masa por ferrocarril a los teatros occidentales, comunicándose por telégrafo con los cuarteles generales y empleando los recursos de una economía de guerra movilizadas; además, las campañas navales fueron testigo del primer empleo de acorazados, de torretas giratorias, de los primitivos torpedos y minas, y de rápidos vapores para atacar los barcos mercantes. Dado que este conflicto, más que la contienda de Crimea o las guerras de unificación de Prusia, puede alardear de haber sido la primera verdadera «guerra total» industrializada y precursora de las del siglo xx, vale la pena estudiar por qué triunfó el Norte.

La primera y más obvia razón —presumiendo que la voluntad de poder fuese igual en ambos bandos— fue la desproporción en los recursos y en la población. Puede que el Sur disfrutara de la

* Alrededor de un tercio en combate y el resto principalmente por enfermedad, el total de unos 620.000 superó las pérdidas estadounidenses en las dos Guerras Mundiales y la Guerra de Corea juntas, y lo sufrió una población mucho más pequeña.

ventaja moral de luchar por su existencia y (generalmente) en su propio territorio; que dispusiera de una mayor proporción de varones blancos, acostumbrados a montar a caballo y a disparar; que poseyera generales resueltos y muy competentes, y que, durante largo tiempo, pudiera importar municiones y otros pertrechos que compensaran sus deficiencias materiales⁸⁰. Pero ninguna de estas ventajas podía contrarrestar plenamente el gran desequilibrio numérico entre el Norte y el Sur. Mientras el primero tenía una población de alrededor de veinte millones de blancos, la Confederación tenía sólo seis millones. Es más, el total de la Unión fue continuamente aumentado por los inmigrantes (más de 800.000 llegaron entre 1861 y 1865) y por la decisión de 1862 de reclutar soldados negros, algo que previsiblemente evitó el Sur hasta los últimos meses de la guerra. Unos dos millones de hombres sirvieron en el Ejército de la Unión, hasta alcanzar la cifra culminante de aproximadamente un millón en 1864-1865, mientras que sólo unos 900.000 lucharon en el Ejército confederado, cuya máxima fuerza no pasó nunca de 464.500, punto «culminante» que se alcanzó a finales de 1863 y declinó lentamente.

Pero, como de costumbre, los números no lo explicaban todo. Incluso para llegar a aquel número de soldados, el Sur corrió el riesgo de apartar a demasiados hombres de la agricultura, las minas y las fundiciones, con lo que debilitó su ya discutible capacidad de luchar en una guerra prolongada. En realidad, los confederados se encontraron desde el principio en desventaja económica. En 1860 el Norte contaba con 110.000 empresas manufactureras frente a las 18.000 del Sur (y muchas de éstas tenían que recurrir a la experiencia tecnológica y los trabajadores especializados del Norte); la Confederación producía sólo 36.700 toneladas de hierro colado, mientras que el total de Pennsylvania únicamente era de 580.000 toneladas; el Estado de Nueva York fabricaba artículos por valor de casi 300 millones de dólares, más de cuatro veces la producción de Virginia, Alabama, Luisiana y Misisipi juntos. Esta sorprendente disparidad en la base económica de cada beligerante se transformó continuamente en verdadera efectividad militar.

Por ejemplo, mientras el Sur podía fabricar muy pocos rifles (principalmente gracias a la maquinaria capturada en Harper's Ferry) y dependía en gran manera de las importaciones, el Norte aumentó extraordinariamente su producción de rifles, de los que se fabricaron casi 1,7 millones. El sistema ferroviario del Norte (de unos 35.000 kilómetros de extensión y que se abría en abanico desde el Este hacia el Sudoeste) pudo conservarse e incluso ampliarse durante la guerra; los sólo 14.000 kilómetros de vía férrea del Sur y su inadecuada cantidad de locomotoras y de material

rodante se fueron desgastando de forma gradual. De manera parecida, aunque ninguno de ambos bandos tenía una gran Marina al principio del conflicto, el Sur sufría la desventaja de carecer de talleres en los que se pudieran construir motores marítimos, mientras que el Norte poseía varias docenas de tales establecimientos. Aunque la supremacía marítima de la Unión tardó en dejarse sentir —durante este período hubo barcos que burlaron el bloqueo y trajeron municiones al Ejército confederado, y los buques corsarios del Sur infligieron graves pérdidas a la Marina mercante del Norte—, la red se cerró lenta e inexorablemente alrededor de los puertos del Sur. En diciembre de 1864 la Marina de la Unión tenía un total de unos 671 barcos de guerra, incluidos 236 buques de vapor construidos desde el inicio de la guerra. El poder marítimo del Norte era también vital para asegurar a sus Fuerzas Armadas el control de los grandes ríos, sobre todo en la región del Misisipí-Tennessee; el uso del transporte *combinado* por tierra y por agua sirvió de gran ayuda a las ofensivas de la Unión en el escenario occidental.

Por último, los confederados se vieron en la imposibilidad de pagar la guerra. Su principal ingreso en tiempo de paz procedía de las exportaciones de algodón; cuando cesó este comercio y —para gran contrariedad del Sur— las potencias europeas no intervinieron en la contienda, ya no hubo manera de compensar aquella pérdida. Había pocos Bancos en el Sur, y poco capital líquido, y los impuestos sobre la tierra y los esclavos producían pocos ingresos porque la guerra reducía gravemente su productividad. Los préstamos del extranjero producían poco y, sin moneda extranjera ni especias era difícil pagar importaciones vitales. Tal vez inevitablemente, el Tesoro de la Confederación recurrió a la impresión de papel moneda, pero «la superabundancia de papel moneda se combinó con la gran escasez de artículos para crear una terrible inflación»⁸¹, cosa que, a su vez, representó un fuerte golpe para la voluntad del pueblo de continuar la lucha. En cambio, el Norte siempre podía recaudar, mediante los impuestos y los créditos, dinero suficiente para pagar el conflicto, y su emisión de *greenbacks* estimulaba en cierto modo el crecimiento industrial y económico. Aunque parezca extraño, la productividad de la Unión aumentó de nuevo durante la guerra, no sólo en municiones, vías férreas y construcción de acorazados, sino también en la explotación agrícola. Al final de la guerra los soldados del Norte estuvieron probablemente mejor alimentados y abastecidos que cualquier ejército en toda la Historia. Si tenía que haber un enfoque particularmente norteamericano del conflicto militar —un «estilo de guerra norteamericano», para emplear la frase del profesor Weigley⁸²—, se forjó en primer lugar aquí, en la movilización y el des-

pliegue por la Unión de su enorme potencial industrial y tecnológico para aplastar a su enemigo.

Si todo lo dicho parece una explicación demasiado determinista del resultado de un conflicto que pareció balancearse a un lado y a otro durante casi cuatro años, entonces puede valer la pena recalcar el problema estratégico fundamental con que se enfrentó el Sur. Dados los desequilibrios en dimensiones y población, no había manera de que aquél pudiese arrollar al Norte; a lo sumo, podía desgastar las tropas y la fuerza de voluntad del enemigo de tal manera que éste abandonase su política coercitiva y admitiese las pretensiones del Sur (la esclavitud o la secesión, o ambas cosas). Esta estrategia habría recibido una gran ayuda y los Estados fronterizos, como Maryland y Kentucky, habrían votado masivamente la incorporación a la Confederación, cosa que sencillamente no ocurrió, y habría recibido un auxilio inconmensurable si hubiese intervenido una potencia extranjera como Gran Bretaña, pero presumir que esto era probable era interpretar de modo erróneo las prioridades políticas británicas a principios de la década de 1860⁸³. Excluidas estas dos posibilidades de inclinar la balanza militar *total* a favor del Sur, los confederados sólo podían acudir a la estrategia de resistir las presiones de la Unión y esperar que una mayoría de los nortños se cansase de la guerra. Pero esto significaba inevitablemente un conflicto de larga duración y, cuanto más larga fuese la guerra, más podría la Unión movilizar sus superiores recursos, aumentar su producción de municiones, poner en acción cientos de barcos de guerra y exprimir de forma inexorable al Sur mediante el bloqueo naval, la continua presión militar en el norte de Virginia, las campañas de largo alcance en el Oeste y los devastadores avances de Sherman en territorios enemigos. Al menguar la economía, la moral y las fuerzas de primera línea del Sur —a principios de 1865, sus tropas «aptas para el servicio» habían descendido a 155.000 hombres— la rendición fue la única alternativa práctica.

Las guerras de unificación alemana

Aunque la Guerra de Secesión de los Estados Unidos fue estudiada por numerosos observadores militares europeos⁸⁴, sus características especiales (la distancia, la enorme extensión, el hecho de ser un conflicto civil) hicieron que pareciese un indicador de las acciones militares generales menos elocuente que las luchas

armadas que iban a desarrollarse en Europa durante la década de 1860. Allí, la Guerra de Crimea no solamente había socavado la diplomacia al viejo estilo del Concierto, sino que había hecho también que cada una de las potencias de «flanco» se sintiese menos comprometida a intervenir en el centro: Rusia necesitaba muchos años para recobrase de su humillante derrota, y Gran Bretaña prefería concentrarse en sus problemas imperiales e internos. Esto permitió, pues, que los asuntos europeos fuesen dominados, aunque de modo artificial, por Francia. Prusia, después de ocupar un puesto al parecer nada glorioso bajo Federico Guillermo IV, durante la Guerra de Crimea, estaba ahora agitada por las disputas constitucionales entre su sucesor Guillermo I y el Parlamento prusiano, sobre todo debido a la cuestión de la reforma del Ejército. El Imperio austríaco, por su parte, estaba todavía haciendo juegos malabares con el problema complejo de preservar sus intereses italianos contra el Piamonte y sus intereses alemanes contra Prusia, al mismo tiempo que se esforzaba en reprimir a los descontentos húngaros.

Francia, en cambio, parecía fuerte y confiada bajo Napoleón III. Su Banca, sus ferrocarriles y su desarrollo industrial habían progresado desde los primeros años de la década de 1850. Su imperio colonial se extendió por África occidental, Indochina y el Pacífico. Su flota había aumentado hasta el punto de que, en ocasiones (por ejemplo, en 1859), causó alarma al otro lado del canal de la Mancha. Desde los puntos de vista militar y diplomático, Francia parecía ser la tercera fuerza decisiva en las cuestiones alemana o italiana, como muy bien se demostró en 1859, cuando intervino rápidamente en favor del Piamonte en la breve guerra contra Austria⁸⁵.

Sin embargo, por muy importantes que fuesen las batallas de Magenta y Solferino hasta el extremo de obligar al Imperio austríaco a renunciar a su dominio sobre Lombardía, un observador agudo habría advertido en 1859 que había sido la incompetencia militar austríaca y no la brillantez militar francesa (¡y menos la brillantez militar piamontesa!) lo que había decidido el resultado. El Ejército francés tenía la ventaja de poseer muchos más fusiles que Austria —y esto fue la causa de las numerosas bajas que tanto afligieron al emperador Francisco José—, pero las deficiencias francesas fueron también notables: los servicios médicos y el abastecimiento de municiones eran terriblemente defectuosos; los planes de movilización, hechos de cualquier manera, y el liderazgo del propio Napoleón III no fueron en absoluto brillantes. Esto importó poco en aquel entonces, ya que el Ejército habsburgués era más débil y la dirección del general Gyulai todavía más vacilante⁸⁶. La efectividad militar es, a fin de cuentas, *relativa*, como demostró más tarde el hecho de que las fuerzas habsburguesas pudieran

aún enfrentarse fácilmente a los italianos en tierra (en Custozza, en 1866) y en el mar (en Leszno), aunque fueran incapaces de hacerlo en Francia, o en Prusia, o en Rusia. Pero esto significaba, por extensión, que Francia no sería automáticamente superior en un futuro conflicto contra un enemigo *diferente*. El resultado de aquella guerra dependería de los niveles variantes de dirección militar, sistemas de armamento y base productiva que poseyese cada bando.

Como fue precisamente durante las décadas de 1850 y 1860 cuando la explosión tecnológica causada por la Revolución industrial provocó los primeros impactos verdaderos sobre el arte de la guerra, no es de extrañar que los servicios armados se enfrentasen en todas partes a problemas operacionales sin precedentes. ¿Cuál sería el arma más importante en una batalla: la Infantería con sus fusiles de retrocarga, o la Artillería con sus nuevos cañones de acero y armas móviles? ¿Cuál era el impacto de los ferrocarriles y el telégrafo sobre el mando en campaña? La nueva tecnología de guerra, ¿daba ventaja a las tropas que atacaban o a las que se defendían? La respuesta adecuada a estas preguntas era, claro está, que todo dependía de las circunstancias. Es decir, el resultado se vería afectado no sólo por las nuevas armas, sino también en el terreno donde se empleasen, por la moral y la competencia táctica de las tropas, la eficacia de los sistemas de suministro y otros mil factores que contribuyen a decidir la suerte de las batallas. Como era imposible saber de antemano cómo funcionaría todo, el factor clave era la posesión de un liderazgo político-militar capaz de jugar con los distintos elementos y de un instrumental militar con la flexibilidad suficiente para responder a las nuevas circunstancias. Y en estos aspectos vitales, ni el Imperio austríaco ni incluso Francia tendrían tanto éxito como Prusia.

La «revolución militar» prusiana de la década de 1860, que pronto produciría lo que calificó Disraeli de «revolución alemana» en asuntos europeos, se basaba en varios elementos interrelacionados. El primero de ellos era un sistema único de servicio corto, aprobado por el nuevo rey Guillermo I y su ministro de la Guerra contra la oposición liberal, que consistía en tres años de servicio obligatorio en el Ejército regular y otros cuatro en la reserva antes de que cada hombre pasase a la *Landwehr*, lo que significaba que todo el Ejército prusiano movilizaba tenía siete reclutamientos anuales*. Como no se permitían sustituciones y la *Landwehr* podía desempeñar la mayoría de los servicios de guarnición y de «retaguardia», este sistema proporcionaba a Prusia un ejército de primera línea mucho más numeroso, en relación a su población, que el de cualquier otra gran potencia. Ésta dependía, a su vez, de un

* Y, excepcionalmente, también el primer reclutamiento anual de la *Landwehr*.

relativamente alto nivel al menos de la educación primaria en el pueblo —un sistema de servicio corto de rápida extensión difícilmente daría resultado, en opinión de la mayoría de los expertos, en una nación de campesinos analfabetos— y dependía también de una organización soberbia sólo para manejar tan elevados números. Al fin y al cabo, sería poco útil crear una fuerza de medio millón o de un millón de hombres si no podían ser adecuadamente adiestrados, vestidos, armados y alimentados, y transportados a la zona decisiva de combate; y sería un derroche todavía mayor de potencial humano y de recursos, si el jefe del Ejército no podía comunicar y controlar a las enormes masas que lo constituían.

El cuerpo que controlaba esta fuerza era el Estado Mayor General prusiano, que pasó de la oscuridad a principios de la década de 1860 a ser «el cerebro del Ejército» bajo el genio del viejo Moltke. Hasta entonces, la mayoría de los ejércitos en tiempo de paz había consistido en unidades de combate, apoyadas por la Intendencia, el personal, el cuerpo de Ingenieros y otras ramas; los Estados Mayores se reunían sólo cuando empezaba la campaña y se establecía un mando. Sin embargo, en el caso de Prusia, Moltke había reclutado a los más brillantes elementos de la Academia de Guerra y les había enseñado a hacer planes y a prepararse para posibles conflictos futuros. Los planes de operaciones tenían que trazarse, y con frecuencia revisarse, mucho antes de la ruptura de hostilidades; los juegos de guerra y las maniobras eran cuidadosamente estudiados, al igual que las campañas y operaciones históricas llevadas a cabo por otras potencias. Se creó un departamento especial para supervisar el sistema ferroviario prusiano y asegurar que las tropas y los suministros pudiesen enviarse de inmediato a su destino. Por encima de todo, el sistema de Moltke trataba de inculcar al cuerpo de oficiales la práctica operacional de manejar a grandes masas de hombres (cuerpos de Ejército o Ejércitos enteros) que se moverían y lucharían independientemente, pero estarían siempre dispuestos a converger en el escenario de la batalla decisiva. Si no se podía establecer comunicación con el cuartel general de Moltke en la retaguardia, los generales que estaban en el frente podían emplear su iniciativa y actuar de acuerdo con unas pocas reglas básicas.

Lo expuesto es, desde luego, un modelo idealizado. El Ejército prusiano no era perfecto y tuvo que pasar por muchas dificultades en el combate real, incluso después de las reformas de la primera mitad de la década de 1860. Muchos de los jefes en campaña olvidaron los consejos de Moltke y se lanzaron ciegamente a ataques prematuros o en dirección equivocada: la campaña austríaca de 1866 estuvo llena de estos errores garrafales⁸⁸. También, a nivel táctico, el ataque frontal (y con muchas bajas) de los guardias pru-

sianos en Gravelotte-Saint Privat, de 1870, demostró una grave estupidez. El sistema de suministro por ferrocarril no garantizaba por sí sólo el éxito; con frecuencia, sólo acumulaba grandes cantidades de pertrechos en la frontera, cuando las tropas que los necesitaban se habían alejado ya de las líneas próximas. Y tampoco la planificación científica prusiana había asegurado que sus fuerzas poseyesen siempre las mejores armas: la Artillería austríaca era claramente superior en 1866 y el fusil de cerrojo «Chassepot» francés era muchísimo mejor en 1870.

La gran ventaja del sistema prusiano no consistía en que estuviese libre de errores, sino en que el Estado Mayor estudiaba con sumo cuidado las equivocaciones pasadas y reajustaba en consecuencia la instrucción, la organización y las armas. Cuando quedó demostrada la debilidad de su Artillería en 1866, el Ejército prusiano la cambió en seguida por el nuevo «Krupp» de retrocarga que tan decisivo sería en 1870. Cuando se produjeron dilaciones en los suministros por ferrocarril, se estableció una nueva organización para mejorarlos. Por último, el énfasis puesto por Moltke en el despliegue de varios ejércitos que pudiesen operar con independencia, pero que también pudieran ayudarse entre sí, significó que, aunque una de las fuerzas sufriera un grave revés esporádico —como ocurrió en realidad en las guerras austro-prusiana y franco-prusiana—, la campaña global no estuviera perdida⁸⁹.

Por consiguiente, fue una combinación de factores lo que proporcionó a los prusianos la rápida victoria sobre los austríacos, en el verano de 1866, que pocos observadores habían previsto. Aunque Hannover, Sajonia y otros Estados norteros alemanes se unieron al bando habsburgués, la diplomacia de Bismarck había asegurado que ninguna de las grandes potencias intervendría en las fases iniciales de la lucha, y esto dio a su vez oportunidad a Moltke de enviar tres ejércitos a través de rutas de montaña separadas para converger sobre la llanura de Bohemia y atacar a los austríacos en Sadowa (Königgrätz). Visto retrospectivamente, parece que el resultado era del todo previsible. Más de una cuarta parte de las fuerzas austríacas era necesaria en Italia (donde triunfaban), y el sistema de reclutamiento prusiano significaba que, a pesar de que la población de Prusia no llegaba ni a la mitad de la de sus diversos enemigos, Moltke podía desplegar casi un número igual de soldados de primera línea. El Ejército austríaco había sido financiado de manera deficiente, carecía de un verdadero sistema de Estado Mayor y era inadecuadamente mandado por Benedek; y pese al gran valor con que lucharon, las unidades individuales fueron destruidas en choques abiertos por los muy superiores fusiles prusianos. En octubre de 1866 los Habsburgo se habían visto obligados a ceder Venecia y a renunciar a todo interés en Alemania, que esta-

ba entonces en vías de reorganización bajo la Federación Alemana del Norte de Bismarck⁹⁰.

La «lucha por el dominio de Alemania» casi había terminado; pero el choque por la supremacía en el oeste de Europa entre Prusia y la cada vez más nerviosa y recelosa Francia estaba mucho más cerca y, a finales del decenio de 1860, cada bando calculaba sus probabilidades de éxito. Ostensiblemente, Francia parecía ser todavía la más fuerte. Su población era mucho más numerosa que la de Prusia (aunque el número total de individuos de *habla alemana* en Europa era mayor). El Ejército francés había adquirido experiencia en Crimea, en Italia y en ultramar. Poseía el mejor fusil del mundo, el «Chassepot», que tenía un alcance mucho mayor que el prusiano, y disponía además de una nueva arma secreta, la *mitrailleuse*, una ametralladora que podía disparar 150 proyectiles por minuto. Su Marina era muy superior, y se esperaba la ayuda de Austria-Hungría y de Italia. Cuando llegó, en julio de 1870, el momento de castigar a los prusianos por su desfachatez (por ejemplo, la tortuosa diplomacia de Bismarck sobre el futuro de Luxemburgo y sobre un posible candidato Hohenzollern al trono de España), pocos franceses dudaban del resultado.

La magnitud y la rapidez del desastre francés —el 4 de setiembre su maltrecho ejército se había rendido en Sedán, Napoleón III estaba prisionero y el régimen imperial había sido derribado en París— fue un golpe devastador para tan optimistas suposiciones. Resultó que ni Austria-Hungría ni Italia acudieron en ayuda de Francia, y el poder naval francés resultó ser totalmente ineficaz. Por consiguiente, todo había dependido de los ejércitos rivales, y aquí se mostraron los prusianos indiscutiblemente superiores. Aunque ambos bandos emplearon sus redes ferroviarias para enviar numerosas fuerzas a la frontera, la movilización francesa fue mucho menos eficaz. Los reservistas llamados a filas tenían que alcanzar a sus regimientos, que habían partido ya hacia el frente. Las baterías de artillería estaban desparramadas por toda Francia y no podían concentrarse con facilidad. Por el contrario, a los quince días de la declaración de guerra tres ejércitos alemanes estaban avanzando hacia el Sarre y Alsacia. La ventaja del «Chassepot» era con demasiada frecuencia neutralizada por la táctica prusiana de avance de su artillería móvil y de rápido disparo. La *mitrailleuse* se mantuvo en la retaguardia y nunca se empleó con eficacia. El letargo y la ineptitud del mariscal Bazaine eran indescriptibles, y el propio Napoleón no era mucho mejor. En cambio, mientras las unidades individuales prusianas sufrían graves pérdidas en «la niebla de la guerra», la supervisión a distancia por parte de Moltke de los diversos ejércitos y su buena disposición para rehacer los planes y aprovechar las circunstancias inesperadas mantuvieron el

ímpetu de la invasión hasta que los franceses cedieron. Aunque las fuerzas republicanas siguieron resistiendo durante unos pocos meses, la tenaza alemana alrededor de París y del nordeste de Francia se apretó inexorablemente; los inútiles contraataques del Ejército del Loira y el hostigamiento de los francotiradores no pudieron disimular el hecho de que Francia había sido aplastada como gran potencia independiente⁹¹.

El triunfo de Prusia-Alemania fue, a todas luces, un triunfo de su sistema militar; pero, como sagazmente observa Michael Howard, «el sistema militar de una nación no es una parte independiente del sistema social, sino un aspecto de él en su integridad»⁹². Detrás de los demoledores avances de las columnas alemanas y de la controlada orquestación del Estado Mayor, había una nación mucho mejor equipada y preparada para las condiciones de la guerra moderna que cualquier otra de Europa. En 1870 el conjunto de los Estados alemanes poseía ya una población más numerosa que Francia, y sólo la desunión había disfrazado este hecho. Alemania tenía más kilómetros de líneas férreas y estaba mejor dispuesta para fines militares: Su producto nacional bruto y su producción de hierro y de acero estaban, precisamente entonces, alcanzando los totales franceses. Su producción de carbón era dos veces y media mayor, y su consumo de energía de fuentes modernas suponía el 50 % más. La Revolución industrial estaba creando en Alemania muchas más empresas a gran escala, tales como el cartel Krupp y de acero y armamentos, que aportaban al Estado prusiano-alemán una fuerza tanto militar como industrial. El sistema de servicio militar corto resultaba ofensivo para los liberales del interior y del exterior del país —y las críticas al «militarismo prusiano» estaban muy extendidas en aquellos tiempos—, pero movilizaba la fuerza humana de la nación para la guerra con más eficacia que el *laissez-faire* de Occidente o que el atrasado y agrario Este. Y detrás de todo esto había un pueblo que poseía un nivel mucho más alto de educación primaria y técnica, unas instituciones universitarias y científicas que no tenían rival y laboratorios químicos e institutos de investigación inigualados⁹³.

Europa, para repetir un chiste de la época, había perdido una amante y ganado un dueño. Bajo los asombrosamente diestros manejos de Bismarck, el sistema de las grandes potencias fue dominado por Alemania, después de 1870, durante dos décadas enteras; ahora, observaban los diplomáticos, todos los caminos conducían a Berlín. Ahora bien, como podía ver la mayoría de la gente, no eran sólo la astucia y la implacabilidad del canciller imperial lo que hacía de Alemania la potencia más importante del continente europeo. Eran también la industria y la tecnología alemanas, que florecieron todacía más de prisa cuando terminó la

unificación nacional; era la ciencia y la educación y la administración local alemanas; y era el imponente Ejército prusiano. Que el Segundo Reich alemán tenía importantes fallos internos, que no cesaban de preocupar a Bismarck, era algo que apenas advertían los observadores foráneos. Todas las naciones de Europa, incluso hasta cierto punto la aislacionista Gran Bretaña, se sentían afectadas por este nuevo coloso. Los rusos, aunque habían mantenido una neutralidad benévola durante la guerra de 1870-1871 y se apropiaban de la crisis de Europa occidental para mejorar su propia posición en el mar Negro⁹⁶, se resentían de que el centro de gravedad europeo estuviese ahora en Berlín y temían en secreto lo que pudiese hacer ahora Alemania. Los italianos, que habían ocupado Roma en 1870 mientras los franceses (protectores del Papa) eran aplastados en Lorena, se inclinaron poco a poco hacia Berlín. Lo propio hizo el Imperio austro-húngaro (como era llamado después del compromiso de Viena de 1867 con los húngaros), que esperaba encontrar en los Balcanes una compensación de su pérdida de prestigio en Alemania y en Italia, si bien se daba perfecta cuenta de que tal ambición podía provocar una reacción rusa. Por último, los impresionados y amargados franceses creían necesario examinar de nuevo y reformar vastos sectores de gobierno y de la sociedad (educación, ciencia, ferrocarriles, fuerzas armadas, economía) en lo que iba a ser inútil intento de recobrar la paridad con su poderosa vecina de allende el Rin⁹⁷. Tanto en su tiempo como, todavía más, retrospectivamente, el año 1870 fue considerado como un momento decisivo en la historia de Europa.

Por otra parte, tal vez debido a que la mayoría de los países sentía la necesidad de respirar después de las turbulencias de la década de 1860 y a que los estadistas operaban con cautela bajo el nuevo orden, la historia diplomática de las grandes potencias durante el decenio que siguió a 1871 fue de estudio para la estabilidad. Preocupados respectivamente por la reconstrucción subsiguiente a la Guerra de Secesión y por las consecuencias de la Revolución Meiji, ni los Estados Unidos ni Japón formaban parte del «sistema», que, en todo caso, era más eurocéntrico que antes. Aunque existía ahora una nueva versión de la «pentarquía europea», el equilibrio se había alterado de forma considerable en relación con el posterior a 1815. Prusia-Alemania, bajo la dirección de Bismarck, era ahora el más poderoso e influyente de los Estados europeos, en lugar de una Prusia que había sido siempre el más débil. Había también otra nueva potencia, la Italia unida, pero su desesperado estado de atraso económico (en especial la falta de carbón) significaba que nunca era debidamente aceptada en la gran liga de potencias, si bien era, desde luego, más importante en la diplomacia europea que países tales como España o

Suecia⁹⁸. Lo que hizo, debido a sus pretensiones en el Mediterráneo y en el norte de África, fue pasar a una situación de creciente rivalidad con Francia, a la que distraía a la vez que ofrecía un útil aliado futuro a Alemania. En segundo lugar, debido a su legado de guerras de liberación contra Viena y a sus propias ambiciones en los Balcanes occidentales, Italia se desconectó también de Austria-Hungría (al menos hasta que Bismarck hubo eliminado estas tensiones en la «Triple Alianza» austro-germano-italiana de 1882). Esto significaba que ni Austria-Hungría ni Francia, las dos principales «víctimas» del auge de Alemania, podía concentrar plenamente sus energías sobre Berlín, ya que ahora poseían una vigorosa (aunque no demasiado musculosa) Italia tras ellas.

Y si este hecho aumentaba simplemente las razones de Austria para reconciliarse con Alemania y convertirse, en consecuencia, en casi su satélite, significaba también que incluso el mayor grado de fuerza nacional de Francia y su valor como aliada⁹⁷ estuviesen comprometidos en cualquier lucha futura contra Berlín por la existencia de una Italia hostil e imprevisible en el Sur.

Con Francia aislada, Austria-Hungría acobardada y los «estados amortiguadores» intermedios del sur de Alemania y de Italia ahora fundidos en sus más grandes unidades nacionales⁹⁸, los únicos obstáculos sustanciales para el mayor engrandecimiento de Alemania parecían encontrarse en las potencias independientes y de «flanco»: Rusia y Gran Bretaña. Para las administraciones británicas, que oscilaban entre el énfasis de Gladstone en las reformas internas (1868-1874) y el de Disraeli en los destinos «imperial» y «asiático» del país (1874-1880), el problema del equilibrio europeo no parecía muy apremiante. Este no era probablemente el caso de Rusia, donde el canciller Gorchakov y otros se resentían de la transformación del Estado-cliente prusiano en una poderosa Alemania; pero estos sentimientos se mezclaban con las fuertes simpatías dinástica e ideológica que existían entre las Cortes de San Petersburgo y de Potsdam después de 1871, a causa de la todavía apremiante necesidad de Rusia de recobrar de los desastres de la Guerra de Crimea, de la esperanza de obtener el apoyo de Berlín a los intereses rusos en los Balcanes y de la renovación de su interés en el Asia central. Sin embargo, considerado todo en su conjunto, la probabilidad de que las potencias de flanco interviniesen en los asuntos de la Europa centro-occidental dependería sobre todo de lo que hiciese la propia Alemania; en realidad no había necesidad de comprometerse si se podía presumir que el Segundo Reich alemán era ahora una potencia saciada⁹⁹.

Bismarck, por su parte, estaba más que dispuesto a dar esta seguridad después de 1871, ya que no tenía deseos de crear un *gross-deutscher* («Gran Estado Alemán») que incorporaba a mi-

lones de católicos austríacos, destruía al Imperio austro-húngaro y dejaba a Alemania aislada entre una Francia vengativa y una Rusia recelosa¹⁰⁰. Por consiguiente, le parecía más seguro seguir adelante con la creación de la Liga de los Tres Emperadores (1873), una cuasi-alianza que fortalecía la solidaridad ideológica de las monarquías orientales (contra la «republicana» Francia) y simultáneamente se cimentaba sobre algunos de los choques de intereses austro-rusos en los Balcanes. Y cuando durante la crisis de «guerra a la vista» de 1875 aparecieron indicios de que el Gobierno alemán podía estar contemplando una guerra preventiva contra Francia, las advertencias de Londres y (especialmente) de San Petersburgo convencieron a Bismarck de que habría una fuerte oposición a cualquier nueva alteración del equilibrio europeo¹⁰¹. Así, pues, por razones políticas internas así como por motivos externos diplomáticos, Alemania permaneció dentro de los límites establecidos en 1871 —una «potencia medio hegemónica», como lo han llamado algunos historiadores— hasta que su crecimiento militar e industrial y las ambiciones políticas del liderazgo posteriores a Bismarck la colocarían de nuevo en posición de impugnar el orden territorial existente¹⁰².

Sin embargo, proseguir con esta transformación nos llevaría al capítulo siguiente. Durante el período formado por la década de 1870 y parte de la de 1880, la propia diplomacia de Bismarck aseguró la preservación del *statu quo* que ahora consideraba esencial para los intereses alemanes. El canciller fue en parte ayudado en esta empresa al producirse, en 1876, otra fase aguda de la vieja «cuestión oriental», cuando la matanza de cristianos búlgaros llevada a cabo por Turquía y la respuesta militar rusa a ello desvió toda la atención del Rin a Constantinopla y el mar Negro¹⁰³. Es cierto que la ruptura de hostilidades en el Danubio inferior o en los Dardanelos podía ser peligrosa incluso para Alemania, si se permitía que la crisis se transformase en una guerra en gran escala entre grandes potencias, como parecía muy posible a principios de 1878. Sin embargo, la habilidad diplomática de Bismarck al actuar como «agente honrado» para conducir a todas las potencias a un compromiso en el Congreso de Berlín reforzó las presiones para una solución pacífica de la crisis y recalcó una vez más la posición central —y estabilizadora— que ahora ocupaba Alemania en los asuntos europeos.

Peró la gran Crisis Oriental de 1876-1878 también contribuyó mucho a la posición *relativa* de Alemania. Mientras la pequeña flota del mar Negro realizaba una actuación brillante contra los turcos, la campaña del Ejército ruso de 1877 reveló que, en realidad, no habían surtido efecto las reformas llevadas a cabo tras la Guerra de Crimea. Aunque la bravura y la superioridad numé-

rica dieron en definitiva la victoria a Rusia sobre los turcos en los escenarios de operaciones de Bulgaria y del Cáucaso, hubo demasiados ejemplos de «reconocimiento sumamente inadecuado de las posiciones del enemigo, de falta de coordinación entre las unidades y de confusión en el alto mando»¹⁰⁴; y la amenaza de una intervención británica y austríaca a favor de Turquía obligó al Gobierno ruso, consciente una vez más de una inminente bancarrota, a acceder a un compromiso sobre sus demandas a finales de 1877. Pese a que los paneslavos de Rusia culparían más adelante a Bismarck por supervisar la Conferencia de Berlín que formalizó aquellas humillantes concesiones, perduró el hecho de que muchos de los que constituían la elite de San Petersburgo comprendieron más que nunca la necesidad de mantener buenas relaciones con Berlín, e incluso de volver, de forma revisada, a otro entendimiento entre los Tres Emperadores, en 1881. De manera parecida, aunque Viena había amenazado con desligarse del control de Bismarck al agudizarse la crisis en 1879, la alianza secreta austro-alemana del año siguiente la sujetó de nuevo a las riendas alemanas, como lo hicieron más tarde la alianza entre los Tres Emperadores en 1881 y la Triple Alianza entre Berlín, Viena e Italia en 1882. Además, todos estos acuerdos produjeron el efecto de alejar de Francia a los signatarios y colocarles en cierto grado de dependencia de Alemania¹⁰⁵.

Finalmente, los acontecimientos de los últimos años de la década de 1870 habían acentuado de nuevo la larga rivalidad anglo-rusa en el Próximo Oriente y en Asia, habían inclinado a ambas potencias a buscar en Berlín una neutralidad benévola y habían hecho que la atención pública se desviase aún más de Alsacia-Lorena y de la Europa central. Esta tendencia se agudizó todavía más a lo largo de la década de 1880, cuando toda una serie de acontecimientos —adquisición de Túnez por Francia (1881), intervención británica en Egipto (1882), la «arrebatiña» en masa en el África tropical (a partir de 1884) y la renovada amenaza de una guerra anglo-rusa sobre Afganistán (1885)— marcaron el comienzo de la era del «Nuevo Imperialismo»¹⁰⁶. Aunque los efectos a largo plazo de este renovado estallido de colonialismo occidental iban a alterar profundamente la posición de muchas de las Grandes Potencias, la consecuencia a corto plazo fue el fortalecimiento de la influencia diplomática de Alemania dentro de Europa y la ayuda, de este modo, del empeño de Bismarck en conservar el *statu quo*. Si bien el sistema peculiarmente tortuoso de tratados y contra-tratados que fraguó durante la década de 1880 no era probable que produjese una estabilidad duradera, pareció sin embargo asegurar que la paz prevalecería entre las potencias europeas al menos en un futuro próximo.

Conclusiones

Con la importante excepción de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, el período de 1815-1885 no había sido testigo de ninguna contienda militar duradera y mutuamente agotadora. Las campañas menores de esta época, como el choque franco-austríaco de 1859 o el ataque ruso contra Turquía en 1877, afectaron poco al sistema de las grandes potencias. Incluso las guerras más importantes fueron limitadas en algunos aspectos significativos: la Guerra de Crimea fue principalmente regional y terminó antes de que Gran Bretaña empleara todos sus recursos, y las guerras austro-prusiana y franco-prusiana duraron poco, en notable contraste con los conflictos mucho más duraderos del siglo XVIII. No es de extrañar, pues, que la visión que tenían los líderes militares y los grandes estrategas de las luchas entre grandes potencias en el futuro fuese de rápidas victorias aplastantes a la Prusse de 1870; de ferrocarriles y planes de movilización, de planes de Estado Mayor para una ofensiva veloz, de cañones de tiro rápido y de ejércitos masivos y de servicio corto, todo lo cual se combinaría para vencer al enemigo en unas semanas. El hecho de que las nuevas armas de tiro rápido podían, si eran utilizadas de manera adecuada, beneficiar a la guerra defensiva más que a la ofensiva, no fue apreciado en aquel entonces, ni lo fueron, ¡ay!, los presagios de la Guerra Civil de Secesión de los Estados Unidos, donde una combinación de principios populares irreconciliables y de vasto terreno había provocado una contienda mucho más larga y cruenta que los breves conflictos europeos de este período.

Sin embargo, todas estas guerras —ya se desarrollasen en el Valle de Tennessee o en la llanura de Bohemia, en la península de Crimea o en los campos de Lorena— llevaban a una conclusión general: las potencias vencidas eran aquellas que habían dejado de adaptarse a la «revolución militar» de mediados del siglo XIX, de adquirir nuevas armas, de movilizar y equipar grandes ejércitos, de usar las mejores comunicaciones ofrecidas por el ferrocarril, el barco de vapor y el telégrafo, y que no habían tenido una base industrial productora para sostener las Fuerzas Armadas. En todos estos conflictos, graves errores fueron cometidos de vez en cuando en el campo de batalla por los generales y los ejércitos del bando vencedor, pero nunca bastaron para eliminar las ventajas que tenía este beligerante en términos de instrucción militar, abastecimiento, organización y base económica.

Esto conduce a una serie final y más general de observaciones

sobre el período que siguió a 1860. Como se ha advertido al principio de este capítulo, el medio siglo posterior a la batalla de Waterloo se caracterizó por el continuo crecimiento de una economía internacional, por el aumento productivo en gran escala causado por el desarrollo industrial y el cambio técnico, por la relativa estabilidad del sistema de grandes potencias y por el estallido de guerras localizadas y cortas. Además, aunque se había producido cierta modernización del armamento militar y naval, los progresos dentro de las Fuerzas Armadas eran mucho menos importantes que los que experimentaban las esferas civiles, sujetas a la Revolución industrial y a la transformación político-constitucional. La principal beneficiaria de este cambio de medio siglo había sido Gran Bretaña; en términos de poder productivo y de influencia mundial alcanzó probablemente su cenit a finales de los años de 1860 (aunque la política del primer Gobierno Gladstone tendió a disimular este hecho). Los principales perdedores habían sido las sociedades agrícolas y no industrializadas del mundo extraeuropeo, que no podían resistir los productos industriales ni las incursiones militares de Occidente. Por la misma razón fundamental, las grandes potencias europeas menos industrializadas —Rusia y el Imperio austríaco— empezaron a perder su anterior posición y una nación recientemente unificada, Italia, nunca llegó a colocarse en primera fila.

Además, estas tendencias se intensificaron a partir del decenio de 1860. El volumen y el comercio mundial y, lo que es más importante, la producción manufacturera, aumentaron rápidamente. La industrialización, antes confinada en Gran Bretaña y ciertas partes de la Europa continental y de América del Norte, empezaba a transformar otras regiones. En particular, estaba reforzando las posiciones de Alemania, que en 1870 tenía ya el 13 % de la producción industrial mundial, y de los Estados Unidos, que, incluso entonces, tenían el 23 % del total¹⁰⁷. Así, los principales rasgos del sistema internacional naciente eran ya perceptibles a finales del siglo XIX, aunque pocos observadores podían reconocerlos plenamente. Por otra parte, la relativamente estable Pentarquía del sistema de Concierto posterior a 1815 se estaba disolviendo, no sólo porque sus miembros estaban más deseosos de luchar entre ellos en la década de 1860 que unas pocas décadas atrás, sino también porque algunos de aquellos Estados eran dos o tres veces más poderosos que los otros. Y por otra parte, el propio monopolio europeo de la moderna producción industrial estaba siendo roto al otro lado del Atlántico. Las máquinas de vapor, los ferrocarriles, la electricidad u otros instrumentos de modernización podían modernizar a cualquier sociedad que tuviese voluntad y capacidad para adoptarlos.

La ausencia de grandes conflictos durante el período posterior a 1871 en que Bismarck dominó la diplomacia europea, pudo surgir que se había establecido un nuevo equilibrio, después de las fisuras de las décadas de 1850 y 1860. Sin embargo, fuera del mundo de los ejércitos y las marinas y la diplomacia, se estaban produciendo progresos industriales y tecnológicos de largo alcance, que cambiaban el equilibrio económico mundial mucho más de prisa que nunca. Y no pasaría mucho tiempo antes de que estas alteraciones en la base productivo-industrial produjeran su impacto sobre la capacidad militar y la política exterior de las grandes potencias.

V. EL ADVENIMIENTO DE UN MUNDO BIPOLAR Y LA CRISIS DE LAS «POTENCIAS MEDIANAS»: PRIMERA PARTE, 1885-1918

En el invierno de 1884-1885, las grandes potencias del mundo y unos pocos Estados menores se reunieron en Berlín, en un intento de llegar a un acuerdo sobre comercio, navegación y fronteras en África occidental y el Congo y, en general, sobre los principios de una ocupación efectiva de África¹. En estos aspectos, la Conferencia de Berlín sobre África occidental puede considerarse, simbólicamente, como el cenit del período de predominio de la Vieja Europa en los asuntos mundiales. Japón no fue miembro de la Conferencia; aunque se modernizaba con suma rapidez, todavía era considerado por Occidente como un Estado pintoresco y atrasado. En cambio, los Estados Unidos *estuvieron* en la Conferencia de Berlín, ya que las cuestiones sobre comercio y navegación que se discutían allí eran consideradas por Washington como importantes para los intereses norteamericanos en el extranjero²; pero, en la mayoría de los otros aspectos, los Estados Unidos permanecieron fuera del escenario internacional y hubo que esperar a 1892 para que las grandes potencias europeas elevasen la categoría de su representante diplomático en Washington de ministro plenipotenciario a embajador, que era lo que distinguía a una nación de primera clase. También Rusia estuvo en la conferencia; pero, aunque sus intereses en Asia eran considerables, tenía pocos en África que fuesen importantes. En realidad, figuraba en la segunda lista de Estados invitados a la Conferencia³ y su único papel fue el de apoyar generalmente a Francia contra Inglaterra. El centro de las cuestiones era, pues, la relación triangular entre Londres, París

y Berlín y Bismarck ocupaba la importantísima posición del centro. El destino del planeta parecía descansar todavía en aquello sobre lo que había parecido apoyarse durante el siglo precedente o incluso antes: en las Cancillerías de Europa. Por supuesto, si la Conferencia hubiese tenido que decidir el futuro del Imperio otomano en lugar del de la cuenca del Congo, países tales como Austria-Hungría y Rusia habrían desempeñado un papel más importante. Pero esto no rebatiría aún lo que era considerado a la sazón como una verdad indiscutible: que Europa era el centro del mundo. Fue en este mismo período cuando el general ruso Dragimirov declaró que «los asuntos de Extremo Oriente se deciden en Europa»⁴.

A lo largo de otros tres decenios —período ciertamente corto en el curso del sistema de las grandes potencias— aquel mismo Continente europeo se desgarraría y varios de sus miembros estarían cerca del colapso. Tres décadas más, y el final sería completo; gran parte del Continente sería económicamente devastado, partes de él quedarían en ruinas, y su futuro estaría en manos de los que tomaban las decisiones en Washington y en Moscú.

Aunque es obvio que nadie podía prever exactamente en 1885 la ruina y la desolación que prevalecerían en Europa sesenta años más tarde, lo cierto fue que muchos sagaces observadores de finales del siglo XIX percibieron la dirección en que estaba empujando la dinámica del poder mundial. Intelectuales y periodistas en particular, pero también políticos de la época, hablaban y escribían en términos de un vulgar mundo darvinista de lucha, de triunfo y fracaso, de crecimiento y decadencia. Más aún, el orden del mundo futuro se veía ya como si tuviera cierta forma, al menos en 1895 ó 1900⁵.

Lo más notable de estos pronósticos fue el renacimiento de la idea de De Tocqueville acerca de que los Estados Unidos y Rusia serían las dos grandes potencias mundiales del futuro. No es de extrañar que esta teoría hubiese perdido terreno en la época del desastre ruso de Crimea y de su mediocre actuación en la guerra de 1877 contra Turquía, así como durante la Guerra de Secesión estadounidense y en las introspectivas décadas de reconstrucción y de expansión hacia el Oeste. Sin embargo, a finales del siglo XIX la expansión industrial y agrícola de los Estados Unidos y la expansión militar de Rusia en Asia hicieron que varios observadores europeos se preocupasen por un orden mundial en el siglo XX que, según se decía, sería dominado por el knut ruso y las bolsas de dinero norteamericanas⁶. Tal vez porque las ideas comerciales neomercantilistas prevalecían de nuevo sobre las de un sistema global pacífico, como Cobden, y librecambista, se tendía mucho más que antes a argüir que el cambiante poder económico conduciría tam-

bién a cambios políticos y territoriales. Incluso el generalmente cauteloso Primer Ministro británico, Lord Salisbury, reconoció en 1898 que el mundo estaba dividido en potencias «vivas» y «moribundas»⁷. La reciente derrota china en su guerra de 1894-1895 contra el Japón, la humillación infligida a España por los Estados Unidos en su breve conflicto de 1898 y la retirada francesa ante Gran Bretaña a raíz del incidente de Fashoda en el Nilo Superior (1898-1899) fueron sucesos interpretados en conjunto como prueba de que la «supervivencia de los más fuertes» dictaba el destino de las naciones tanto como el de las especies animales. Las luchas entre grandes potencias ya no giraban sólo en torno a problemas europeos —como había ocurrido en 1830 o incluso en 1860—, sino en torno a mercados y territorios que se extendían por todo el Globo.

Pero si los Estados Unidos y Rusia parecían destinados por su extensión y su población a figurar entre las futuras grandes potencias, ¿quién les acompañaría? La «teoría de los Tres Imperios Mundiales» —es decir, la creencia popular de que únicamente las tres (o, en determinados aspectos, cuatro) Naciones-Estado más grandes y poderosas seguirían siendo independientes— preocupó a muchos estadistas imperiales⁸. «A mí me parece —dijo el ministro británico de Colonias, Joseph Chamberlain, en 1897— que la tendencia de la época consiste en poner todo el poder en manos de los grandes imperios, y que los reinos menores —los que no son progresivos— parecen caer en un lugar secundario y subordinado...»⁹ El almirante Tirpitz aconsejó al Káiser Guillermo que construyese una gran Armada, pues era vital para que Alemania pudiese convertirse en una de las «cuatro potencias mundiales: Rusia, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania»¹⁰. También Francia debía estar entre ellas, advirtió un tal Monsieur Darcy, pues «los que no adelantan caminan hacia atrás, y los que van hacia atrás se hunden»¹¹. Para las antiguas potencias, Gran Bretaña, Francia y Austria-Hungría, el problema era si podrían mantenerse ante los nuevos desafíos al *statu quo* internacional. Para las nuevas potencias, Alemania, Italia y Japón, el problema estaba en si podrían atravesar lo que Berlín llamaba una «libertad política mundial» antes de que fuese demasiado tarde.

Huelga decir que no todos los miembros de la raza humana estaban obsesionados por estas ideas al tocar el siglo XIX a su fin. Muchos estaban mucho más preocupados por los problemas internos y sociales. Muchos se aferraban a los ideales liberales del *laissez faire* y de colaboración pacífica¹². Sin embargo, existía entre las elites gobernantes, los círculos militares y las organizaciones imperialistas una visión predominante del orden mundial que hacía hincapié en la lucha, el cambio, la competencia, el empleo de la fuerza y la organización de los recursos nacionales para incremen-

lar el poder del Estado. Las regiones menos desarrolladas del Globo estaban siendo rápidamente divididas, pero esto no era más que el principio de la historia; con pocos territorios más que anexionar, arguyó el geopolítico Sir Halford Mackinder, la eficacia y el desarrollo interior tendrían que sustituir al expansionismo como principal objetivo de los Estados modernos. Tendría que haber una correlación más íntima que antes «entre las más amplias generalizaciones geográficas y las históricas»¹³, es decir, la extensión y los números estarían más exactamente reflejados en los equilibrios internacionales, siempre que los recursos fuesen debidamente explotados. Un país con cientos de millones de campesinos contaría poco. Por otra parte, incluso un Estado moderno sería también eclipsado si no se apoyaba en unos cimientos industriales y productivos suficientemente sólidos. «Las potencias triunfales serán aquellas que tengan la mayor base industrial —advirtió el imperalista británico Leo Amery—. Los pueblos que tengan la fuerza industrial y la fuerza de invención y de ciencia serán capaces de derrotar a todos los demás»¹⁴.

Gran parte de la historia de las cuestiones internacionales durante el siguiente medio siglo resultó ser la confirmación de aquellas previsiones. Se produjeron espectaculares cambios en el equilibrio de poder, tanto dentro como fuera de Europa. Se derribaron viejos imperios y surgieron otros nuevos. El mundo *multipolar* de 1855 fue sustituido por un mundo *bipolar* ya en 1943. La lucha internacional se intensificó y estalló en guerras totalmente diferentes de los limitados conflictos de la Europa del siglo XIX. La productividad industrial, junto con la ciencia y la tecnología, se convirtieron en un elemento cada vez más vital de la fuerza nacional. Las alteraciones en la proporción internacional de la producción fabril se reflejaron en los porcentajes internacionales cambiantes de fuerza militar e influencia diplomática. Los individuos seguían contando —¿quién podría afirmar lo contrario en el siglo de Lenin, Hitler y Stalin?—, pero contaban en la política de poder sólo por lo que podían controlar y reorganizar las fuerzas productivas de los grandes Estados. Y, como reveló el propio destino de la Alemania nazi, la prueba del poder mundial por la guerra daría mal resultado a cualquier nación que careciese de fuerza industrial y técnica y, por ende, de las armas necesarias para realizar las ambiciones de su líder.

Si estas seis décadas de lucha entre las grandes potencias se habían descrito ya a grandes rasgos en la década de 1890, quedaba todavía por determinar el éxito o el fracaso de los países *individuales*. Evidentemente, mucho dependía de si un país podía man-

tener o aumentar su producción manufacturera. Pero mucho dependía también, como siempre, de las circunstancias inmutables de la geografía. ¿Estaba un país cerca del centro de las crisis internacionales o en la periferia? ¿Estaba a salvo de una invasión? ¿Tenía que mirar en dos o tres direcciones al mismo tiempo? La cohesión nacional, el patriotismo y el control ejercido por el Estado sobre sus habitantes eran también importantes; que una sociedad soportase sus tensiones dependía en gran medida de su estructura interna. Pero también dependía de la política de alianzas y de la toma de decisiones. ¿Luchaba como parte de un gran bloque de aliados o aisladamente? ¿Entraba en la guerra al principio, o en la mitad? ¿Entraban en la guerra otras potencias, antes neutrales y ahora alineadas en el bando contrario?

Estas preguntas sugieren que cualquier análisis lógico del «advenimiento de un mundo bipolar y de la crisis de las “potencias medianas”» tiene que considerar tres niveles, separados pero interrelacionados, de causalidad: el primero está formado por los cambios en la base productiva militar-industrial, sobre la que ciertos Estados se hicieron materialmente más (o menos) poderosos; el segundo, por los factores geopolíticos, estratégicos y socioculturales que influyeron en las respuestas de cada Estado *individual* a las grandes oscilaciones del equilibrio mundial; y el tercero, por los cambios políticos y diplomáticos que también afectaron a las probabilidades de triunfo o de fracaso en las grandes guerras de coalición de principios del siglo XX.

El equilibrio cambiante de las fuerzas mundiales

Los observadores finiseculares de los asuntos mundiales están de acuerdo en que el ritmo del cambio económico y político se estaba acelerando y hacia, de este modo, que el orden internacional fuese más precario que antes. En el equilibrio de poder siempre había habido alteraciones que producían inestabilidad y, a menudo, la guerra. «Lo que hizo la guerra inevitable —escribió Tucídides en *La Guerra del Peloponeso*— fue el crecimiento del poder ateniense y el miedo que esto causaba en Esparta»¹⁵. Pero en el último cuarto del siglo XIX los cambios que afectaron al sistema de las grandes potencias fueron más extensos y generalmente más rápidos que antes. El comercio mundial y la red de comunicaciones —telégrafos, barcos de vapor, ferrocarriles, las modernas máquinas de imprimir— significaban que los grandes progresos en

ciencia y en tecnología, o los nuevos avances en la producción manufacturera, podían ser transmitidos y transferidos de un continente a otro en unos años. A los cinco años del invento de Gilchrist y Thomas, en 1879, de una manera de convertir minerales fosforicos baratos en acero básico, había ochenta y cuatro convertidores básicos en funcionamiento en la Europa occidental y central¹⁶ y el proceso había cruzado también el Atlántico. El resultado fue *más* que un cambio en las respectivas participaciones nacionales en la producción de acero; implicó también un cambio significativo en el potencial militar.

Potencial militar no es, como hemos visto, lo mismo que fuerza militar. Un gigante económico puede preferir, por razones de cultura política o de seguridad geográfica, ser un pigmeo militar, mientras que un Estado sin grandes recursos económicos puede organizar no obstante su sociedad de manera que sea una formidable potencia militar. En este período, como en otros, existen excepciones a la sencilla ecuación «fuerza económica = fuerza militar», que tendrán que ser comentadas más adelante. Sin embargo, en una era de guerra moderna e industrializada el lazo entre economía y estrategia se estaba haciendo más fuerte. Para comprender las oscilaciones a largo plazo del equilibrio internacional de poder entre la década de 1880 y la Segunda Guerra Mundial, es necesario contemplar los datos económicos. Estos datos han sido seleccionados con vistas a valorar el potencial de una nación para la guerra y, por lo tanto, no incluyen algunos índices económicos muy conocidos*, que son menos útiles a este respecto.

El volumen de la población no es nunca, por sí solo, un indicador seguro de poder, pero la tabla 12 sugiere que, al menos demográficamente, Rusia y los Estados Unidos podían ser considerados como una clase de gran potencia diferente de todas las demás, mientras que Alemania y (más tarde) Japón empezaban a distanciarse un poco de las restantes.

Sin embargo, hay dos maneras de «controlar» los datos aproximados de la tabla 12. La primera consiste en comparar la población total de un país con la parte de ella que vive en zonas urbanas (tabla 13), pues esto es generalmente un indicador significativo de la modernización industrial-comercial; la segunda consiste en relacionar estos resultados con los niveles per cápita de industrialización, medidos tomando como país «de referencia» a Gran Bretaña (tabla 14). Ambos ejercicios son enormemente instructivos y tienden a reforzarse entre sí.

Sin entrar en un análisis detallado de las cifras de las tablas 13

* Por ejemplo, las participaciones en el comercio mundial, que exageran la posición de las naciones marítimas y comerciantes, y menosprecian el poder económico de Estados con un grado más elevado de autosuficiencia.

y 14 en este punto, pueden hacerse varias generalizaciones amplias. En cuanto se han introducido medidas de modernización tales como el volumen de la población urbana y la extensión de la industrialización, las posiciones de la mayoría de las potencias son significativamente diferentes de las de la tabla 12: Rusia pasa de la primera a la última, al menos hasta su expansión industrial en la década de 1930; Gran Bretaña y Alemania ganan en posiciones,

TABLA 12. POBLACIÓN TOTAL DE LAS POTENCIAS, 1890-1938¹⁷
(en millones)

	1890	1900	1910	1913	1920	1928	1938
1 Rusia	116,8	135,6	159,3	175,1	126,6	150,4	180,6
2 Estados Unidos	62,6	75,9	91,9	97,3	105,7	119,1	138,3
3 Alemania	49,2	56,0	64,5	66,9	42,8	55,4	68,5
4 Austria-Hungría	42,6	46,7	50,8	52,1	—	—	—
5 Japón	39,9	43,8	49,1	51,3	55,9	62,1	72,2
6 Francia	38,3	38,9	39,5	39,7	39,0	41,0	41,9
7 Gran Bretaña	37,4	41,1	44,9	45,6	44,4	45,7	47,6
8 Italia	30,0	32,2	34,4	35,1	37,7	40,3	43,8

y destaca la combinación única de los Estados Unidos, que poseen una sociedad a la vez populosa y sumamente industrializada. Incluso al principio de este período, la distancia entre la más fuerte y la más débil de las grandes potencias es considerable, tanto en términos absolutos como en términos relativos; en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, todavía persisten enormes diferencias. El proceso de modernización puede traer consigo que todos estos países pasen por las mismas «fases»¹⁸; pero esto no significa que, en términos de poder, salga cada uno beneficiado en el mismo grado.

Las importantes *diferencias* entre las grandes potencias se ponen de manifiesto aún más claramente cuando se examinan datos detallados sobre la productividad industrial. Como quiera que la producción de hierro y de acero a menudo se ha tomado como indicador de la fuerza militar potencial en este período, así como la industrialización *per se*, reproducimos en la tabla 15 las cifras revelantes.

Pero tal vez la mejor medida de la industrialización de una nación reside en su consumo de energía producida en formas modernas (es decir, carbón, petróleo, gas natural e hidroelectricidad, pero no madera), ya que indica, tanto de la capacidad técnica de un país de explotar formas inanimadas de energía, como su pulso económico; estas cifras se recogen en la tabla 16.

TABLA 13. POBLACIÓN URBANA DE LAS POTENCIAS (EN MILLONES) Y COMO PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN TOTAL, 1890-1938¹⁹

	1890	1900	1910	1913	1920	1928	1938
1 Gran Bretaña (1)	11,2 (29,9%)	13,5 (32,8%)	15,3 (34,9%)	15,8 (34,6%)	16,6 (37,3%)	17,5 (38,2%)	18,7 (39,2%)
2 Estados Unidos (2)	9,6 (15,3%)	14,2 (18,7%)	20,3 (22,0%)	22,5 (23,1%)	27,4 (25,9%)	34,3 (28,7%)	45,1 (32,8%)
3 Alemania (4)	5,6 (11,3%)	8,7 (15,5%)	12,9 (20,0%)	14,1 (21,0%)	15,3 (35,7%)	19,1 (34,4%)	20,7 (30,2%)
4 Francia (3)	4,5 (11,7%)	5,2 (13,3%)	5,7 (14,4%)	5,9 (14,8%)	5,9 (15,1%)	6,3 (15,3%)	6,3 (15,0%)
5 Rusia (8)	4,3 (3,6%)	6,6 (4,8%)	10,2 (6,4%)	12,3 (7,0%)	4,0 (3,1%)	10,7 (7,1%)	36,5 (20,2%)
6 Italia (5)	2,7 (9,0%)	3,1 (9,6%)	3,8 (11,0%)	4,1 (11,6%)	5,0 (13,2%)	6,5 (16,1%)	8,0 (18,2%)
7 Japón (6)	2,5 (6,3%)	3,8 (8,6%)	5,8 (10,3%)	6,6 (12,8%)	6,4 (11,6%)	9,7 (15,6%)	20,7 (28,6%)
8 Austria-Hungría (7)	2,4 (5,6%)	3,1 (6,6%)	4,2 (8,2%)	4,6 (8,8%)	—	—	—

TABLA 14. NIVELES DE INDUSTRIALIZACIÓN PER CÁPITA, 1880-1938²⁰

(Relativos a G. B. en 1900 = 100)

	1880	1900	1913	1928	1938
1 Gran Bretaña	87	[100]	115	122	157
2 Estados Unidos	38	69	126	182	167
3 Francia	28	39	59	82	73
4 Alemania	25	52	85	128	144
5 Italia	12	17	26	44	61
6 Austria	15	23	32	—	—
7 Rusia	10	15	20	20	38
8 Japón	9	12	20	30	51

TABLA 15. PRODUCCIÓN DE HIERRO/ACERO DE LAS POTENCIAS, 1890-1938²¹

(Millones de toneladas; producción hierro en 1890; acero en lo sucesivo)

	1890	1900	1910	1913	1920	1930	1938
Estados Unidos	9,3	10,3	26,5	31,8	42,3	41,3	28,8
Gran Bretaña	8,0	5,0	6,5	7,7	9,2	7,4	10,5
Alemania	4,1	6,3	13,6	17,6	7,6	11,3	23,2
Francia	1,9	1,5	3,4	4,6	2,7	9,4	6,1
Austria-Hungría	0,97	1,1	2,1	2,6	—	—	—
Rusia	0,95	2,2	3,5	4,8	0,16	5,7	18,0
Japón	0,02	—	0,16	0,25	0,84	2,3	7,0
Italia	0,01	0,11	0,73	0,93	0,73	1,7	2,3

TABLA 16. CONSUMO DE ENERGÍA DE LAS POTENCIAS, 1890-1938²²

(en millones de toneladas métricas del carbón equivalente)

	1890	1900	1910	1913	1920	1930	1938
Estados Unidos	147	248	483	541	694	762	697
Gran Bretaña	145	171	185	195	212	184	196
Alemania	71	112	158	187	159	177	228
Francia	36	47,9	55	62,5	65	97,5	84
Austria-Hungría	19,7	29	40	49,4	—	—	—
Rusia	10,9	30	41	54	14,3	65	177
Japón	4,6	4,6	15,4	23	34	55,8	96,5
Italia	4,5	5	9,6	11	14,3	24	27,8

Las tablas 15 y 16 confirman los rápidos cambios industriales que se produjeron en términos *absolutos* en algunas de las potencias en períodos particulares —Alemania antes de 1914, Rusia y Japón en los años treinta— e indican el ritmo más lento de crecimiento en Gran Bretaña, Francia e Italia. Esto puede representarse también en *términos relativos* para indicar la posición industrial comparativa de un país según el tiempo (tabla 17).

TABLA 17. POTENCIAL INDUSTRIAL TOTAL DE LAS POTENCIAS EN PERSPECTIVA RELATIVA, 1889-1938 ²³

(G. B. en 1900 = 100)

	1880	1900	1913	1928	1938
Gran Bretaña	73,3	[100]	127,2	135	181
Estados Unidos	46,9	127,8	298,1	533	528
Alemania	27,4	71,2	137,7	158	214
Francia	25,1	36,8	57,3	82	74
Rusia	24,5	47,5	76,6	72	152
Austria-Hungría	14	25,6	40,7	—	—
Italia	8,1	13,6	22,5	37	46
Japón	7,6	13	25,1	45	88

Por último, es útil volver a las cifras de Bairoch en la tabla 18 sobre las proporciones de la producción manufacturera mundial, para mostrar los cambios que se produjeron desde los primeros análisis de los equilibrios del siglo XIX en el capítulo anterior.

TABLA 18. PARTICIPACIÓN RELATIVA EN LA PRODUCCIÓN MANUFACTURERA MUNDIAL, 1880-1938 ²⁴
(por ciento)

	1880	1900	1913	1928	1938
Gran Bretaña	22,9	18,5	13,6	9,9	10,7
Estados Unidos	14,7	23,6	32,0	39,3	31,4
Alemania	8,5	13,2	14,8	11,6	12,7
Francia	7,8	6,8	6,1	6,0	4,4
Rusia	7,6	8,8	8,2	5,3	9,0
Austria-Hungría	4,4	4,7	4,4	—	—
Italia	2,5	2,5	2,4	2,7	2,8

La posición de las potencias, 1885-1914

En vista de unas cifras concretas tan desconcertantes, según las cuales cierta potencia poseía el 2,7 % de la producción manufacturera mundial en 1913, u otra, tenía en 1928 un potencial industrial que representaba sólo el 45 % del de Gran Bretaña en 1900, vale la pena recalcar que todas estas estadísticas son abstractas hasta que se colocan dentro de un contexto histórico y geopolítico concreto. Países con una producción industrial virtualmente idéntica pueden, sin embargo, merecer calificaciones sustancialmente distintas en términos de efectividad de gran potencia, debido a factores tales como la cohesión interna de la sociedad en cuestión, su facilidad para movilizar recursos destinados a la acción del Estado, su posición geopolítica y sus capacidades diplomáticas. Dada la limitación de espacio, en este capítulo no será posible hacer para todas las grandes potencias lo que Correlli Barnett trató de hacer años atrás en su estudio a gran escala de Gran Bretaña. Pero lo que sigue tratará de acercarse al marco más amplio de Barnett, en el que arguye que

el poder de una Nación-Estado en modo alguno consiste sólo en sus fuerzas armadas, sino también en sus recursos económicos y tecnológicos; en la destreza, la previsión y la resolución con que se dirige su política exterior; en la eficacia de su organización social y política. Consiste sobre todo en la propia nación, en el pueblo; en su habilidad, su energía, su ambición, su disciplina, su iniciativa; sus creencias, mitos e ilusiones. Y consiste, además, en la manera en que todos estos factores se relacionan entre sí. Además, el poder nacional tiene que ser considerado no únicamente en sí mismo, en su extensión absoluta, sino relativa a las obligaciones exteriores imperiales del Estado; tiene que ser considerado en relación con el poder de otros Estados ²⁵.

Tal vez no hay mejor manera de ilustrar la diversidad de la efectividad estratégica que observando en primer lugar a los tres relativos recién llegados al sistema internacional: Italia, Alemania y Japón. Los dos primeros sólo se convirtieron en Estados unificados en 1870-1871; el tercero empezó a salir del aislamiento que él mismo se había impuesto tras la Restauración Meiji de 1868. En estas tres sociedades había impulsos para emular a las potencias establecidas. En las décadas de 1880 y 1890 cada una de ellas estaba adquiriendo territorios en ultramar, y también cada una

ellas empezó a construir una flota moderna como complemento de los ejércitos que ya tenía. Cada uno de estos Estados constituía un elemento importante en el cálculo diplomático de la época, y el último se había convertido en 1902 en aliado de una potencia más antigua. Sin embargo, todas estas semejanzas no pueden compensar las diferencias fundamentales en la fuerza real que cada uno de ellos poseía.

Italia

A simple vista, el advenimiento de una nación italiana significó un cambio importante en el equilibrio europeo. En vez de ser un racimo de pequeños Estados rivales, en parte bajo soberanía extranjera y siempre bajo la amenaza de una intervención foránea, era ahora un bloque sólido de treinta millones de habitantes, que crecía tan de prisa que en 1914 se estaba acercando a la población total de Francia. Su Ejército y su Marina no eran particularmente grandes en este período pero, como muestran las tablas 19 y 20, eran a pesar de todo muy respetables.

TABLA 19. PERSONAL MILITAR Y NAVAL DE LAS POTENCIAS, 1880-1914²⁶

	1880	1890	1900	1910	1914
Rusia	791.000	677.000	1.162.000	1.285.000	1.352.000
Francia	543.000	542.000	715.000	769.000	910.000
Alemania	426.000	504.000	524.000	694.000	891.000
Gran Bretaña	367.000	420.000	624.000	571.000	532.000
Austria-Hungría	246.000	346.000	385.000	425.000	444.000
Italia	216.000	284.000	255.000	322.000	345.000
Japón	71.000	84.000	234.000	271.000	306.000
Estados Unidos	34.000	39.000	96.000	127.000	164.000

En términos diplomáticos, como se ha observado más arriba²⁷, el auge de Italia impresionó de verdad a sus dos grandes potencias vecinas, Francia y Austria-Hungría, y si por un lado su entrada en la Triple Alianza en 1882 «resolvió» ostensiblemente la rivalidad italo-austríaca, por otro confirmó que una Francia aislada se enfrentaba con enemigos en dos frentes. Por consiguiente, sólo una década después de su unificación, Italia parecía pleno miem-

bro del sistema europeo de grandes potencias, y Roma se codeaba con las otras capitales principales (Londres, París, Berlín, San Petersburgo, Viena, Constantinopla) como ciudad en la que estaban acreditadas Embajadas plenas.

TABLA 20. TONELAJE EN BUQUES DE GUERRA DE LAS POTENCIAS, 1880-1914²⁸

	1880	1890	1900	1910	1914
Gran Bretaña	650.000	679.000	1.065.000	2.174.000	2.714.000
Francia	271.000	319.000	499.000	725.000	900.000
Rusia	200.000	180.000	383.000	401.000	679.000
Estados Unidos	169.000	240.000	333.000	824.000	985.000
Italia	100.000	242.000	245.000	327.000	498.000
Alemania	88.000	190.000	285.000	964.000	1.305.000
Austria-Hungría	60.000	66.000	87.000	210.000	372.000
Japón	15.000	41.000	187.000	496.000	700.000

Pero el aspecto de gran potencia de Italia encubría algunas grandes debilidades, sobre todo el atraso económico del país, en particular en el sur rural. Su índice de analfabetismo —37,6 %, y también mucho mayor en el Sur— era mucho más alto que el de cualquier otro Estado europeo occidental o del Norte y reflejaba el atraso de gran parte de la agricultura italiana: fincas pequeñas, suelo pobre, poca inversión, aparcerías, transportes inadecuados. La producción total y per cápita de la riqueza nacional de Italia era comparable a la de las sociedades campesinas de España y de la Europa oriental más que a las de los Países Bajos o Westfalia. Italia no tenía carbón; todavía, a pesar de su fomento de la hidroelectricidad, alrededor del 88 % de la energía de Italia procedía del carbón británico, cosa que perjudicaba su balanza de pagos e implicaba una terrible debilidad estratégica. En estas circunstancias, el aumento de población de Italia, sin una expansión industrial significativa, fue una bendición a la inversa, ya que retrasó su crecimiento industrial en términos per cápita y en relación con las otras potencias occidentales²⁹, y la comparación habría sido todavía más desfavorable si cientos de miles de italianos (generalmente los más emprendedores y capaces) no hubiesen emigrado cada año a través del Atlántico. Todo esto hizo, según una frase de Kemp, al «desaventajado recién llegado³⁰».

Esto no quiere decir que no hubiera modernización. En verdad, muchos son los historiadores que se han referido precisamente a este período como «la revolución industrial de la era giolittiana» y como «un cambio decisivo en la vida económica de nuestro país³¹».

Al menos en el Norte, hubo una considerable dedicación a la industria pesada: hierro y acero, construcción de buques, manufactura de automóviles, así como productos textiles. En opinión de Gerschrenkon, los años comprendidos entre 1896 y 1908 fueron testigos del «gran empuje» de Italia hacia la industrialización; en efecto, el crecimiento industrial italiano se produjo más de prisa que en cualquier otra parte de Europa, la emigración de la población del campo a las ciudades se intensificó, el sistema bancario se reajustó para facilitar el crédito industrial y la renta nacional se elevó verticalmente³². La agricultura piamontesa dio un paso adelante parecido.

Sin embargo, si situamos la estadística italiana en una perspectiva comparativa, el brillo empieza a desvanecerse. Italia *creó* una industria del hierro y el acero, pero en 1913 su producción equivalía a una octava parte de la Gran Bretaña, a una decimoséptima parte de la de Alemania y sólo a las dos quintas partes de la de Bélgica³³. Consiguió rápidos índices de crecimiento industrial, pero a partir de un nivel inicial tan bajo que los resultados reales no fueron impresionantes. Al estallar la Primera Guerra Mundial, no había alcanzado siquiera un cuarto de la fuerza industrial que poseía Gran Bretaña en 1900, y su parte en la producción manufacturera mundial descendió del simple 2,5 % en 1900 al 2,4 % en 1913. Aunque Italia entró marginalmente en la lista de grandes potencias, vale la pena observar que —excluido Japón— cada una de las otras potencias tenía dos o tres veces su fuerza industrial; algunas (Alemania y Gran Bretaña) la multiplicaban por seis, y una (los Estados Unidos) por más de trece.

Esto habría podido ser compensado en cierto modo por un grado relativamente más alto de cohesión nacional y de resolución por parte de la población italiana, pero también estos elementos faltaban. Las fidelidades que existían en la política personal italiana eran familiares y locales, tal vez regionales, pero no nacionales. El distanciamiento crónico entre el Norte y el Sur, exacerbado por la industrialización del primero, y la falta de un gran contacto con el mundo exterior por parte de la comunidad rural en tantas partes de la península no eran mitigados por la hostilidad entre el Gobierno italiano y la Iglesia católica, que prohibía a sus miembros servir al Estado. Los ideales de *risorgimento*, proclamados por los liberales nativos y simpatizantes extranjeros, no penetraron muy a fondo en la sociedad italiana. El reclutamiento para los servicios armados era difícil, y la situación de las unidades del Ejército de acuerdo con principios estratégicos, más que con cálculos políticos regionales, era imposible. Las relaciones cívico-militares en la cima se caracterizaban por una mutua incompreensión y desconfianza. El antimilitarismo general de la sociedad ita-

liana, la escasa calidad del cuerpo de oficiales y la falta de asignaciones adecuadas para armamentos provocaron dudas sobre la efectividad militar italiana, mucho antes de la desastrosa batalla de Caporetto en 1917 o de la campaña egipcia de 1940³⁴. Sus guerras de unificación habían confiado en la intervención de Francia y, además, en la amenaza de Prusia a Austria-Hungría. La catástrofe de 1896 en Adowa (Abisinia) dio a Italia la mala reputación de poseer el único ejército europeo que había sido derrotado por una sociedad africana carente de mecanismos de respuesta efectivos. La decisión del Gobierno italiano de hacer la guerra en Libia en 1911-1912, que pilló al propio Estado Mayor italiano por sorpresa, fue un desastre financiero de primer orden. La Marina, que parecía muy grande en 1890, declinó de forma constante en volumen relativo y su eficacia fue siempre discutible. Los sucesivos comandantes en jefe de la Royal Navy en el Mediterráneo desearon siempre que la flota italiana fuese neutral, no aliada, si estallaba una guerra con Francia en aquel período³⁵.

Las consecuencias de todo esto sobre la posición estratégica y diplomática de Italia fueron deprimentes. El Estado Mayor italiano no sólo tenía plena conciencia de su inferioridad numérica y técnica en comparación con los franceses (especialmente) y con los austro-húngaros, sino que sabía también que la inadecuada red de ferrocarriles y el arraigado regionalismo hacían imposible los despliegues flexibles y a gran escala de las tropas, a estilo prusiano. Y la Marina italiana no sólo comprendía sus propias deficiencias, sino que la vulnerable y larga línea costera italiana hacía sumamente ambivalente su política de alianzas, por lo que la planificación estratégica era más caótica que nunca. El pacto de alianza que firmó Italia con Berlín en 1882 fue alentador al principio, particularmente cuando pareció que Bismarck paralizaba a los franceses; pero incluso entonces el Gobierno italiano siguió presionando para obtener unos lazos más estrechos con Gran Bretaña, la única potencia que podía neutralizar a la flota francesa. Cuando, en los años que siguieron a 1900, Gran Bretaña y Francia se acercaron y Gran Bretaña y Alemania pasaron de la colaboración al antagonismo, los italianos creyeron que no tenían más alternativa que inclinarse hacia la nueva combinación anglo-francesa. La aversión residual a Austria-Hungría fortaleció este movimiento, mientras que el respeto por Alemania y la importancia de las finanzas industriales alemanas en Italia impidieron que aquello se convirtiese en una ruptura abierta. Así, pues, en 1914 Italia ocupaba una posición parecida a la de 1871. Era «la última de las grandes potencias»³⁶, imprevisible y nada escrupulosa a los ojos de sus vecinos, y poseía ambiciones comerciales y expansionistas en los Alpes, los Balcanes, el norte de África y más lejos, que chocaban con los in-

tereses de amigos y rivales. Las circunstancias económicas y sociales seguían debilitando su poder de influir en los acontecimientos y, sin embargo, seguía participando en el juego. En resumidas cuentas, el criterio de la mayoría de los otros Gobiernos parece haber sido que era mejor tener a Italia como socio que como enemigo; pero el margen de beneficio no era amplio³⁷.

Japón

Italia era un miembro marginal del sistema de las grandes potencias en 1890, pero Japón ni siquiera formaba parte del club. Durante siglos había sido gobernado por una oligarquía feudal compuesta por señores territoriales (*daimyo*) y una casta aristocrática de guerreros (*samurai*). Perjudicado por la falta de recursos naturales y por un terreno montañoso que no dejaba más que el 20 % de la tierra apta para el cultivo, Japón carecía de todos los que se consideraban requisitos previos del desarrollo económico. Aislado del resto del mundo por un lenguaje complicado que a ninguno se parecía y por una fuerte conciencia de unicidad cultural, el pueblo japonés permaneció encerrado en sí mismo y resistió a toda influencia extranjera hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. Por estas razones, Japón parecía destinado a permanecer políticamente innaduro, económicamente atrasado y militarmente impotente en términos de potencia mundial³⁸. Sin embargo, en dos generaciones se había convertido en un elemento principal en la política internacional de Extremo Oriente.

La causa de esta transformación, efectuada por la Restauración Meiji a partir de 1868, fue la determinación de miembros influyentes de la elite japonesa de evitar ser dominados y colonizados por Occidente, como parecía estar ocurriendo en el resto de Asia, aunque las medidas reformistas que debieran tomarse en este sentido implicaran el rechazo del orden feudal y la fuerte oposición de los clanes samurai³⁹. Japón tenía que modernizarse, no porque lo deseasen los emprendedores individuales, sino porque lo necesitaba el «Estado». Una vez vencida la primera oposición, la modernización prosiguió con un *dirigismo* y un empeño que hacen palidecer los esfuerzos de Colbert o de Federico el Grande. Se impuso una nueva constitución, fundada en el modelo pruso-alemán. Se reformó el sistema legal. Se extendió en gran medida el sistema educativo, de modo que el país alcanzó un elevado grado de instrucción. Se cambió el calendario. Se cambió el vestido. Se esta-

bleció un sistema bancario moderno. Se recurrió a expertos de la Royal Navy británica para que aconsejasen sobre la creación de una flota japonesa actualizada, y del Estado Mayor prusiano para que ayudase a la modernización del Ejército. Fueron enviados oficiales japoneses a las academias militares y navales de Occidente; se compraron armas modernas en el extranjero, aunque se había establecido ya una industria nacional de armamentos. El Estado fomentó la creación de una red de ferrocarriles, telégrafos y líneas de navegación; trabajó junto con los nuevos empresarios japoneses para desarrollar la industria pesada, hierro, acero y construcción de buques, así como para modernizar la producción textil. Se destinaron subsidios oficiales para beneficiar a los exportadores, para fomentar el comercio marítimo, para montar una nueva industria. Las exportaciones japonesas, en especial de seda y tejidos, aumentaron vertiginosamente. Detrás de todo esto se hallaba el impresionante compromiso político de realizar el eslogan nacional *fukoken kyohei* («país rico, con Ejército fuerte»). Para los japoneses, el poder económico y el poder militar-naval iban a la par.

Pero todo esto requería tiempo, y las dificultades seguían siendo graves⁴⁰. Aunque la población urbana se había más que doblado entre 1890 y 1913, el número de trabajadores del campo seguía siendo aproximadamente el mismo. Incluso en vísperas de la Primera Guerra Mundial, más de las tres quintas partes de la población japonesa se dedicaba a la agricultura, la explotación de los bosques y la pesca y, a pesar de las muchas mejoras en las técnicas agrícolas, el terreno montañoso y la pequeña extensión de la mayoría de las propiedades impedían una «revolución agraria» según, por ejemplo, el modelo británico. Con una base agrícola tan fuerte, toda comparación del potencial industrial de Japón o de los niveles de industrialización per cápita tenían que situarlo forzosamente en o cerca del último puesto en las listas de grandes potencias (véanse tablas 14 y 17). Si bien su esfuerzo industrial anterior a 1914 puede detectarse claramente en el aumento del consumo de energía procedente de fuentes modernas y en su mayor participación en la producción manufacturera mundial, era todavía deficiente en otros muchos sectores. Su producción de hierro y acero era pequeña, cosa que había que compensar con las importaciones. Del mismo modo, aunque su industria de construcción naval había progresado mucho, seguía comprando barcos de guerra a otros países. Japón andaba también escaso de capital, por lo que necesitaba pedir préstamos cada vez más elevados en el extranjero, pero nunca resultaban suficientes para invertirlos en la industria, la infraestructura y los servicios armados. Económicamente, había realizado milagros para convertirse en el único Estado no occiden-

tal que pasaba por una revolución industrial en la era de gran imperialismo; sin embargo, comparado con Gran Bretaña, los Estados Unidos y Alemania, seguía siendo un peso ligero en la industria y las finanzas.

Pero otros dos factores ayudaron al Japón a elevarse al rango de gran potencia y contribuyen a explicar por qué superó, por ejemplo, a Italia. El primero fue su aislamiento geográfico. La costa continental más próxima se hallaba en manos de algo tan poco amenazador como el decadente Imperio chino. Y aunque China, Manchuria y (aún más alarmante) Corea podían caer en manos de otra gran potencia, la geografía había colocado a Japón mucho más cerca de aquellas tierra que a cualquiera de los otros Estados imperialistas, como descubriría Rusia para su desgracia cuando trató de abastecer un ejército a lo largo de nueve mil kilómetros de ferrocarril en 1904-1905, y como verían las Marinas británicas y estadounidense varias décadas más tarde, al debatir los problemas logísticos en el auxilio a las Filipinas, Hong Kong y Malaya. Presumiendo un desarrollo japonés continuado en el este de Asia, sólo esforzándose al máximo podía cualquier otro Estado importante impedir que Japón se convirtiese en la potencia predominante en aquella región con el paso del tiempo.

El segundo factor era *moral*. Parece indiscutible que el fuerte sentimiento japonés de unicidad cultural, las tradiciones de adoración del emperador y veneración del Estado, la ética samurái de honor militar y de valor y el énfasis puesto en la disciplina y la fortaleza dieron lugar a una cultura política acendradamente patriótica de la que no se harían desistir los sacrificios y que reforzó el impulso japonés de extenderse en una «Gran Asia del Este», tanto por razones de seguridad estratégica como para obtener mercados y materias primas. Esto se reflejó en la triunfal campaña militar y naval de 1894 contra China, cuando ambos países se pelearon por sus aspiraciones sobre Corea⁴¹. Por tierra y por mar, las mejor equipadas fuerzas japonesas parecieron impulsadas por la voluntad de triunfar. Al terminar aquella guerra, la amenaza de una «triple intervención» de Rusia, Francia y Alemania obligó al irritado Gobierno japonés a retirar su reclamación de Port Arthur y la península de Liaotung, pero esto sólo aumentó la determinación de Tokio de intentarlo de nuevo más tarde. Pocos miembros del Gobierno, si es que hubo alguno, discreparon de la inflexible conclusión del Barón Hayashi:

Si se consideran necesarios nuevos barcos de guerra, debemos construirlos a toda costa; si la organización de nuestro Ejército es inadecuada, debemos empezar a rectificarla desde ahora; si es necesario, debemos cambiar todo nuestro sistema militar...

Ahora Japón debe mantenerse tranquilo y callado, para no despertar sospechas contra él; durante este tiempo deben consolarse los cimientos del poder nacional, y debemos observar y esperar en Oriente la oportunidad que sin duda se presentará algún día. Cuando este día llegue, Japón decidirá su propio destino⁴²...

El tiempo de la venganza llegó diez años más tarde, cuando sus ambiciones en Corea y en Manchuria chocaron con las de la Rusia zarista⁴³. Si los expertos navales quedaron impresionados por la flota del almirante Togo cuando destruyó los barcos rusos en la decisiva batalla de Tsushima, fue el comportamiento general de la sociedad japonesa lo que chocó a otros observadores. El ataque por sorpresa a Port Arthur (costumbre que había empezado en el conflicto de 1894 con China y que volvería a manifestarse en 1941) fue aplaudido en Occidente, como lo fue el entusiasmo de la opinión nacionalista japonesa por una victoria rotunda, fuese cual fuere el coste. Todavía más notable pareció la actuación de los oficiales y soldados japoneses en las batallas terrestres alrededor de Port Arthur y de Mukden, donde cientos de miles de soldados se perdieron al atacar a través de campos minados y de alambradas, y bajo una granizada de fuego de ametralladora antes de conquistar las trincheras rusas. Por lo visto, el espíritu samurái podía conseguir victorias en el campo de batalla con las bayonetas, incluso en la era de la guerra industrializada. Si, como concluyeron todos los expertos militares contemporáneos, la moral y la disciplina eran todavía requisitos vitales del poder nacional, Japón era rico en tales recursos.

Pero ni siquiera entonces era Japón una gran potencia cabal. Japón había tenido la suerte de luchar contra una China aún más atrasada y una Rusia zarista militarmente poco ágil y que tenía la desventaja de la enorme distancia entre San Petersburgo y el Extremo Oriente. Además, la Alianza Anglo-Japonesa de 1902 le había permitido luchar en su terreno sin interferencias de terceras potencias. Su Marina había confiado en los buques de guerra de construcción británica, y su Ejército en los cañones «Krupp». Es más, al encontrar que no podía financiar con sus propios recursos el enorme coste de la guerra, había podido conseguir préstamos de los Estados Unidos y de Gran Bretaña⁴⁴. Tal como marcharon las cosas, Japón estuvo más cerca de la bancarrota a finales de 1905, cuando se iniciaron las negociaciones con Rusia. Esto puede que no fuese evidente para el público de Tokio, que reaccionó con furia ante las condiciones relativamente suaves que obtuvo Rusia en el arreglo final. Sin embargo, confirmada la victoria, glorificadas y admiradas sus Fuerzas Armadas, capaz su economía de recobrase

y reconocido por todos como gran potencia (aunque regional), Japón había entrado en la mayoría de edad. Nadie podía hacer nada significativo en el Extremo Oriente sin tener en cuenta su respuesta pero no estaba claro que pudiese expansionarse más sin provocar la reacción de las grandes potencias más establecidas.

Alemania

Dos factores aseguraron que el auge de la Alemania imperial produjera un impacto más inmediato y sustancial sobre el equilibrio de las grandes potencias que cualquiera de sus compañeros «recién llegados». El primero era que, lejos de emerger en el aislamiento geopolítico, como en el caso de Japón, Alemania había surgido en el centro del sistema de los viejos Estados europeos; su propia creación había perjudicado directamente los intereses de Austria-Hungría y de Francia, y su existencia había alterado la posición relativa de *todas* las grandes potencias existentes en Europa. El segundo factor era la rapidez y el volumen extremos del crecimiento de Alemania, en términos industrial, comercial y militar/naval. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, su poder nacional no era sólo tres o cuatro veces mayor que el de Italia y el de Japón, sino que superaba con mucho el de Francia o el de Rusia y había alcanzado probablemente el de Gran Bretaña. En junio de 1914 el octogenario Lord Welby recordó que «la Alemania que recordaba de los años cincuenta era un racimo de Estados insignificantes bajo principitos insignificantes⁴⁵»; ahora, en el curso de la vida de un hombre, se había convertido en el Estado más poderoso de Europa y seguía creciendo. Esto convertiría «la cuestión alemana» en el epicentro de buena parte de la política mundial durante más de medio siglo después de 1890.

Sólo unos pocos detalles del explosivo crecimiento económico de Alemania pueden ofrecerse aquí⁴⁶. Su población se había elevado de 49 millones en 1890 a 66 millones en 1913, y sólo era superada por Rusia en Europa; pero como los alemanes disfrutaban de niveles más altos de educación, previsión social y renta per cápita que los rusos, la nación era fuerte tanto por la cantidad como por la calidad de su población. Mientras, según una fuente italiana, 330 de cada 1.000 reclutas que ingresaban en el Ejército eran analfabetos, las proporciones correspondientes eran de 220 por 1.000 en Austria-Hungría, 68 por 1.000 en Francia y un asombroso 1 por 1.000 en Alemania⁴⁷. El Ejército prusiano no era el

único beneficiario, sino que también lo eran las fábricas que necesitaban obreros especializados, las empresas que necesitaban ingenieros competentes, los laboratorios que buscaban químicos, las sociedades que buscaban gerentes y vendedores; todo lo cual producía en abundancia el sistema escolar, los institutos políticos y las Universidades alemanas. Aplicando los frutos de este conocimiento a la agricultura, los cultivadores alemanes emplearon abonos químicos y una modernización a gran escala para aumentar sus cosechas, que eran mucho más copiosas por hectárea que las de cualquier otra gran potencia⁴⁸. Para apaciguar a los Junkers y a las asociaciones de campesinos, los productos agrícolas alemanes recibieron una fuerte protección aduanera para que pudiesen competir con los más baratos producidos en los Estados Unidos y en Rusia; sin embargo, debido a su relativa eficacia, el gran sector agrícola no redujo la renta y el producto nacionales per cápita como ocurría en todas las demás grandes potencias continentales.

Pero fue por su expansión industrial por lo que se distinguió realmente Alemania en aquellos años. Su producción de carbón pasó de 89 millones de toneladas en 1890 a 277 millones en 1914, muy poco menos que los 292 millones de Gran Bretaña y mucho más que los 47 millones de Austria-Hungría, los 40 millones de Francia y los 36 millones de Rusia. En el acero los aumentos habían sido todavía más espectaculares, y la producción alemana de 17,6 millones de toneladas en 1914 fue más grande que las de Gran Bretaña, Francia y Rusia juntas. Todavía más impresionante fue la actuación alemana en las nuevas industrias del siglo XX: electricidad, óptica y productos químicos. Empresas gigantes como «Siemens» y «AEG», que empleaban a 142.000 personas entre las dos, dominaban la industria eléctrica europea. Las empresas alemanas de productos químicos, presididas por «Bayer» y «Hoechst», producían el 90 % de los tintes industriales del mundo. Estos triunfos se reflejaron, claro está, en las cifras del comercio exterior de Alemania, con exportaciones que se triplicaron entre 1890 y 1913, haciendo que el país se acercase a Gran Bretaña como primera exportadora mundial; no es de extrañar que su Marina mercante llegase también a ser la segunda del mundo en vísperas de la guerra. En aquel entonces, su proporción en la producción manufacturera mundial (14,8 %) era más elevada que la de Gran Bretaña (13,6 %) y dos veces y media la de Francia (6,1 %). Se había convertido en la central económica de Europa y ni siquiera su pregonada falta de capital parecía frenarla. Es natural que nacionalistas como Friedrich Naumann exultasen ante estas manifestaciones de crecimiento y sus implicaciones en lo referente al lugar de Alemania en el mundo. «La raza alemana lo trae consigo —escribió—. Trae el

Ejército, la Marina, el dinero y el poder... Los gigantescos instrumentos modernos de poder son sólo posibles cuando un pueblo activo siente los jugos de primavera en sus órganos⁴⁹»

No es sorprendente que publicistas tales como Naumann y, todavía más, grupos de presión tan furiosamente expansionistas como la Liga Pangermánica y la Liga de la Marina Alemana recibiesen de buen grado y pidiesen el incremento de la influencia alemana en Europa y en ultramar. En aquella época del «nuevo imperialismo» pudieron oírse clamores parecidos en todas las otras grandes potencias; como observó maliciosamente Murray en 1900, cada país parecía estar afirmando: «Nosotros somos la flor y nata de las naciones... capacitados sobre todo para gobernar a los demás⁵⁰». Tal vez era todavía más significativo que la elite gobernante alemana pareciese también, después de 1895, convencida de la necesidad de una expansión territorial a gran escala cuando llegase el momento, y en este sentido el almirante Tirpitz sostenía que la industrialización y las conquistas en ultramar de Alemania eran «tan irresistibles como una ley natural»; por su parte, el canciller Bülow declaraba: «La cuestión no es si queremos o no colonizar, sino qué debemos colonizar, tanto si queremos como si no»; y finalmente el Káiser Guillermo anunciaba alegremente que Alemania «tenía grandes tareas que cumplir fuera de los estrechos límites de la vieja Europa», aunque también la veía ejerciendo una especie de «supremacía napeoleónica», en sentido pacífico, sobre el continente⁵¹. Todo esto era muy diferente de la reiterada insistencia de Bismarck en que Alemania era una potencia «saturada», interesada en preservar el *statu quo*, en Europa e indiferente (a pesar de los intentos coloniales de 1884-1885) a los territorios de ultramar. Incluso aquí podría ser erróneo exagerar la naturaleza particularmente agresiva de este «consenso ideológico»⁵² alemán para la expansión; estadistas de Francia y de Rusia, de Gran Bretaña y de Japón, de los Estados Unidos y de Italia anunciaban también el destino manifiesto de sus países, aunque tal vez en un tono menos determinista y frenético.

Lo significativo en el expansionismo alemán era que el país poseía ya los instrumentos de poder para alterar el *statu quo* o contaba con recursos materiales para crear tales instrumentos. La demostración más imponente de esta capacidad fue el rápido crecimiento de la Marina alemana después de 1898, que con Tirpitz pasó de ser la sexta flota del mundo a ser la segunda, tan sólo superada por la Royal Navy. En vísperas de la guerra la flota de alta mar se componía de trece acorazados, dieciséis barcos de guerra más antiguos y cinco cruceros, una fuerza tan importante que había obligado al almirantazgo británico a retirar de manera gradual casi todas sus escuadras de las posiciones ultramari-

nas en el mar del Norte; mientras que había indicios (mejor construcción interior, mejores proyectiles, equipo óptico, control de los cañones, entrenamiento nocturno, etc.) de que los navíos alemanes eran de calidad superior⁵³. Aunque Tirpitz nunca pudo asegurar que los cuantiosos fondos invertidos hubiesen conseguido su verdadero objetivo de crear una Marina «tan fuerte como la de Inglaterra⁵⁴», había construido en todo caso una fuerza que superaba en mucho a las flotas rivales de Francia o de Rusia.

La capacidad alemana para combatir victoriosamente en tierra parecía menos imponente para algunos observadores; en efecto, a simple vista, el Ejército prusiano parecía eclipsado en la década anterior a 1914 por las mucho más numerosas fuerzas de la Rusia zarista e igualado por las de Francia. Pero estas apariencias eran engañosas. Por complejas razones de política interior, el Gobierno alemán había optado por mantener el Ejército relativamente reducido y permitir que la flota de Tirpitz aumentase sustancialmente su parte en el presupuesto total de defensa⁵⁵. Cuando las tensas circunstancias internacionales de 1911 y 1912 hicieron que Berlín decidiese una expansión a gran escala del Ejército, la rapidez del cambio fue impresionante. Entre 1910 y 1914 su presupuesto para el Ejército se elevó de 204 a 442 millones de dólares, mientras que el de Francia pasó sólo de 188 a 197 millones, aunque Francia reclutaba el 89 % de su juventud apta en comparación con el 53 % de Alemania. Ciertamente Rusia gastaba unos 324 millones de dólares en su Ejército en 1914, pero a costa de un esfuerzo formidable: los gastos de defensa consumían el 6,3 % de la renta nacional de Rusia en comparación con el 4,6 % de Alemania⁵⁶. A excepción de Gran Bretaña, Alemania llevaba la «carga de los armamentos» con mucha más facilidad que cualquier otro Estado europeo. Además, mientras que el Ejército prusiano podía movilizar y equipar a millones de reservistas y —debido a su mejor educación e instrucción— desplegarlos en operaciones de primera línea, Francia y Rusia no podían hacerlo. El Estado Mayor francés sostenía que sus reservistas sólo podían ser empleados en la retaguardia⁵⁷, y Rusia no poseía armas, botas ni uniformes para equipar a su teórico ejército de reserva de millones de soldados, ni oficiales para que les mandasen. Pero ni siquiera esto explica toda la intensidad de la capacidad militar alemana, que se reflejaba también en factores inmensurables tales como las buenas líneas de comunicación interiores, los planes más veloces de movilización, el Estado Mayor más adiestrado, la tecnología avanzada, etc.

Pero el Imperio alemán estaba debilitado por su geografía y su diplomacia. Situado en el centro del continente, su crecimiento parecía amenazar a otras grandes potencias simultáneamente.

La eficacia de su máquina militar, junto con sus llamamientos pangermánicos para una reordenación de las fronteras europeas, alarmaban tanto a los franceses como a los rusos y hacían que éstos se uniesen más. La rápida expansión de la Marina alemana inquietaba a Gran Bretaña, así como también la latente amenaza alemana a los Países Bajos y al norte de Francia. Alemania, según la frase de un erudito, había «nacido cercada»⁵⁸. Aun en el caso que el expansionismo alemán se dirigiese a ultramar, ¿dónde podía ir sin traspasar las fronteras de influencia de otras grandes potencias? Una aventura en América Latina sólo podía intentarse al precio de una guerra con los Estados Unidos. La expansión en China había sido mal vista por Rusia y Gran Bretaña en la década de 1890 y no se podía pensar en ella después de la victoria japonesa sobre Rusia en 1905. Los intentos de crear el Ferrocarril de Bagdad alarmaron tanto a Londres como a San Petersburgo. Los esfuerzos por apoderarse de las colonias portuguesas fueron frustrados por los ingleses. Mientras que los Estados Unidos podían extender por lo visto su influencia en el hemisferio occidental; Japón intervenir en China; Rusia y Gran Bretaña penetrar en el Oriente Medio; y Francia «redondear» sus posesiones en el noroeste de África, Alemania tenía que marcharse con las manos vacías. Cuando Bülow, en su famoso discurso de «martillo o yunque» de 1899, declaró con furia: «No podemos permitir que ninguna potencia extranjera, ningún Júpiter extranjero nos diga: "¿Qué se puede hacer? El mundo está ya partido"», estaba expresando un resentimiento ampliamente compartido. No es de extrañar que los publicistas alemanes pidiesen una nueva división del Globo⁵⁹.

Es indudable que todas las potencias nacientes exigen cambios en un orden internacional que ha sido fijado en beneficio de las potencias más antiguas y establecidas⁶⁰. Desde un punto de vista de *Realpolitik*, la cuestión era si este aspirante particular podía conseguir cambios sin provocar demasiada oposición. Y si la geografía representaba aquí un papel importante, la diplomacia era también significativa; como Alemania no disfrutaba de, por así decirlo, la posición geopolítica de Japón, su habilidad política tenía que ser de una altura extraordinaria. Dándose cuenta de la inquietud y la envidia que había causado el súbito surgimiento del Segundo Reich, Bismarck se esforzó después de 1871 en convencer a las otras grandes potencias (sobre todo a las del flanco, Rusia y Gran Bretaña) de que Alemania no tenía más ambiciones territoriales. Guillermo y sus consejeros, ansiosos por mostrar su temple, fueron mucho menos avisados. No sólo expresaron su disconformidad con el orden existente, sino que —y éste fue el fallo más grande— el proceso de toma de decisión en Berlín ocultó,

tras una fachada de altos fines imperiales, un caos y una inestabilidad que sorprendieron a todos cuantos lo presenciaron de cerca. En gran parte, ello se debió a la debilidad de carácter de Guillermo II, pero fue exacerbado por fallos institucionales en la Constitución de Bismarck; sin un cuerpo (como un gabinete) que asumiese colectivamente la responsabilidad de la política de gobierno, los diferentes departamentos y grupos de interés perseguían sus objetivos sin que nadie les controlase desde arriba o fijase las prioridades⁶¹. La Marina pensaba casi únicamente en una guerra futura con Inglaterra; el Ejército proyectaba eliminar a Francia; los financieros y hombres de negocios deseaban introducirse en los Balcanes, Turquía y el Próximo Oriente y eliminar de paso la influencia rusa. El resultado, se lamentó el canciller Bethmann Hollweg en julio de 1914, fue «desafiar a todo el mundo, interponerse en el camino de todo el mundo y realmente, en el curso de todo esto, no debilitar a nadie⁶²». Esto no era una receta para el éxito en un mundo lleno de Naciones-Estados egoístas y recelosos.

Por último, persistía el peligro de que el fracaso en el logro de éxitos diplomáticos o territoriales afectase a la delicada política interior de la Alemania de Guillermo, cuya elite Junker estaba preocupada por la decadencia (relativa) de los intereses agrícolas, el auge del trabajo organizado y la creciente influencia de la socialdemocracia en un período de florecimiento industrial. Ciertamente, después de 1897, la persecución de una *Weltpolitik* era debida en grado considerable al cálculo de que sería políticamente popular y desviaría la atención de las fisuras políticas internas de Alemania⁶³. Pero el régimen de Berlín siempre corría el doble riesgo de que, si rehuía un enfrentamiento con un «Júpiter extranjero», la opinión nacionalista alemana podía demostrar y denunciar al Káiser y a sus ayudantes; mientras que, si el país se enzarzaba en una guerra total, no estaba claro si el patriotismo natural de las masas de trabajadores, soldados y marineros pesaría más que su antipatía al archiconservador Estado pruso-alemán. Mientras algunos observadores creían que una guerra uniría a la nación detrás del emperador, otros temían que tensaría más el tejido sociopolítico alemán. Una vez más, esto tiene que considerarse dentro del contexto de las circunstancias; por ejemplo, la debilidad interna de Alemania no era tan grave como la de Rusia o la de Austria-Hungría, pero existía y realmente podía afectar a la capacidad del país para enzarzarse en una guerra larga y «total».

Muchos historiadores han afirmado que la Alemania imperial era un «caso especial», que seguía un *Sonderweg* («camino especial») que un día culminaría en los excesos del nacionalsocialismo. Considerado solamente en términos de cultura y retórica política

alrededor de 1900, resulta difícil sostener tal afirmación: el anti-semitismo ruso y austriaco eran al menos tan fuertes como el alemán; el chauvinismo francés, tan marcado como el alemán; el sentido de unicidad cultural y de destino de Japón, tan ampliamente alimentado como el de Alemania. Cada una de las potencias aquí examinadas era «especial» y, en una era de imperialismo, estaban demasiado ansiosas por afirmar su especialidad. Sin embargo, desde el punto de vista de la política de poder, Alemania poseía rasgos únicos que eran de gran importancia. Era la única gran potencia que combinaba la fuerza moderna e industrializada de las democracias occidentales con la toma de decisiones autoritaria (uno se siente tentado de decir irresponsable) de las monarquías orientales⁶⁴. Era la única gran potencia «recién llegada», con la excepción de los Estados Unidos, que tenía realmente fuerza para desafiar el orden existente. Y era la única gran potencia en auge que, si extendía sus fronteras más al Este o al Oeste, sólo podía hacerlo a expensas de poderosos vecinos: el único país cuyo crecimiento futuro, según dijo Calleo, socavaba «directamente» más que «indirectamente» el equilibrio europeo⁶⁵. Se trataba de una combinación explosiva para una nación que sentía, según la frase de Tirpitz, que era «cuestión de vida o muerte... recuperar el terreno perdido»⁶⁶.

Parecía una cuestión vital para que los Estados nacientes se abrieran paso, pero era todavía más apremiante para las grandes potencias establecidas que tenían que esforzarse en mantenerse. También aquí será necesario señalar las importantes diferencias existentes entre las tres potencias en cuestión, Austria-Hungría, Francia y Gran Bretaña, y quizá de manera especial entre la primera y la última. Sin embargo, las tablas de su poder relativo en los asuntos mundiales mostrarían que todas ellas eran claramente más débiles a finales del siglo XIX de lo que lo habían sido cincuenta o sesenta años atrás⁶⁷, aunque sus presupuestos de defensa fueron más cuantiosos y sus imperios coloniales más extensos, y tuviesen todavía (en el caso de Francia y de Austria-Hungría) ambiciones territoriales en Europa. Además, parece justo reconocer que los dirigentes de aquellas naciones sabían que la escena internacional era ahora más complicada y amenazadora que aquella con la que se habían encontrado sus predecesores, y que este conocimiento les obligaba a considerar cambios políticos radicales, en un esfuerzo por enfrentarse a las nuevas circunstancias.

Austria-Hungría

Aunque el Imperio austro-húngaro era, con mucho, la más débil de las grandes potencias establecidas —y, según dijo Taylor estaba saliendo de sus filas⁶⁸—, esto no se detectaba al consultar las estadísticas macroeconómicas. A pesar de la considerable emigración, su población aumentó de 41 millones en 1890 a 52 millones en 1914, adelantando claramente a Francia y a Italia y, un poco, a Gran Bretaña. El Imperio experimentó también una considerable industrialización en el curso de aquellas décadas, aunque el ritmo del cambio fue quizá más rápido antes del 1900 que después. La producción de carbón en 1914 fue de unos respetables 47 millones de toneladas, más elevada que la de Francia o la de Rusia, e incluso su producción de acero y su consumo de energía fueron escasamente inferiores a los de cualquiera de las potencias de la Doble Alianza. La industria textil creció en su rendimiento, la producción de cerveza y de azúcar de remolacha se elevó, se explotaron los campos petrolíferos de Galitzia, los campos de Hungría se mecanizaron, las fábricas de armas «Skoda» multiplicaron su volumen, se electrificaron las ciudades importantes y el Estado promovió vigorosamente la construcción de ferrocarriles⁶⁹. Según un cálculo de Bairoch, el PNB del Imperio austro-húngaro en 1913 fue virtualmente igual al de Francia⁷⁰, lo cual parece un poco sospechoso, lo mismo que la afirmación de Farrar de que el PNB del «poder europeo» se elevó del 4,0 % en 1890 al 7,2 % en 1910⁷¹. Sin embargo, está claro que los índices de crecimiento del Imperio, desde 1870 hasta 1913, estuvieron entre los más altos de Europa y que su «potencial industrial» crecía más de prisa que el de Rusia⁷².

Sin embargo, cuando se examinan con más detalle la economía y la sociedad de Austria-Hungría, aparecen fallos significativos. Tal vez el más fundamental de ellos consistió en las enormes diferencias regionales en la renta y en la producción per cápita, que reflejaban en gran parte las diversidades socioeconómicas y étnicas en un territorio que se extendía desde los Alpes suizos hasta Bukovina. No era simplemente el hecho de que, en 1910, el 73 por ciento de la población de Galitzia y Bukovina estuviese empleada en la agricultura, en comparación con el 55 por ciento del Imperio en su conjunto; mucho más significativa y alarmante era la enorme disparidad en la riqueza, con una renta per cápita en el sur de Austria (850 coronas) y en Bohemia (761 coronas) muy superior a la de Galitzia (316 coronas), Bukovina (310 coronas) y Dalmacia (264 coronas)⁷³. Pero, al tiempo que en las provincias austríacas

y en las tierras checas se producía el «despegue» industrial, y en Hungría se estaba procediendo a mejorar la agricultura, la población se incrementaba de prisa en las regiones eslavas afligidas por la pobreza. En consecuencia, el nivel de industrialización per cápita de Austria-Hungría siguió estando muy por debajo de las de las principales grandes potencias y, a pesar del aumento absoluto en la producción, su porción en la producción manufacturera mundial fue de alrededor de sólo un 4,5 % en aquellas décadas. No era ésta una base muy firme sobre la que pudiese descansar un país con las necesidades estratégicas de Austria-Hungría.

Este atraso relativo podría haber sido compensado por un alto grado de cohesión nacional-cultural, como la que existía en Japón o en Francia; pero, ¡ay!, Viena controlaba el racimo étnicamente más diverso de pueblos de toda Europa⁷⁴; así, por ejemplo, la orden de movilización fue dada en 1914 en quince lenguas diferentes. La antigua tensión entre los grupos de habla alemana y los de habla checa en Bohemia no era el problema más grave al que se enfrentaban el emperador Francisco José y sus consejeros, aunque el movimiento de los «Jóvenes Checos» hacía que pareciese así. Las relaciones con Hungría, que a pesar de su situación de igualdad después de 1867 chocaba una y otra vez con Viena sobre cuestiones tales como los aranceles, el trato dado a las minorías étnicas, la magiaización del Ejército, etc., eran tan tensas que en 1899 temieron los observadores occidentales una ruptura de todo el Imperio, y el ministro de Asuntos Exteriores francés, Delcassé, negoció en secreto las condiciones de la Doble Alianza con Rusia para impedir que Alemania consiguiese el acceso a la costa del Adriático a través de tierras austríacas. En efecto, en 1905 el Estado Mayor estaba preparando con calma en Viena un plan de contingencia para la ocupación militar de Hungría si se agravaba la crisis⁷⁵. La lista de problemas de nacionalidad de Viena no se reducía a los checos y a los magiares. Los italianos del Sur estaban resentidos por la rígida germanización de sus territorios y miraban por encima de la frontera hacia Roma, como miraban en menor grado los cautivos rumanos hacia el Este, hacia Bucarest. En cambio, los polacos se mostraban resignados, en parte porque los derechos de que gozaban bajo el Imperio austríaco eran superiores a los que se les reconocían en los territorios dominados por los alemanes y los rusos. Pero el mayor peligro para la unidad del Imperio procedía de los eslavos del Sur, ya que grupos disidentes parecían mirar hacia Serbia y, más lejos, hacia Rusia. Los círculos más liberales de Viena aconsejaban de vez en cuando compromisos con las aspiraciones de los eslavos del Sur, pero eran enérgicamente combatidos por la pequeña aristocracia magiar, que se oponía a cualquier reducción de la situación especial

de Hungría y mantenía al mismo tiempo su firme discriminación de las minorías étnicas dentro de la propia Hungría. Ya que los moderados no podían dar una solución política a este problema, quedaba abierta la puerta para los nacionalistas austro-alemanes, como el jefe de Estado Mayor, general Conrad, para argüir que había que emplear la fuerza con los serbios y sus simpatizantes. A pesar de la moderación ejercida por el propio emperador Francisco José, éste siguió siendo un último recurso, si la supervivencia del Imperio parecía realmente amenazada.

Todo esto afectaba sin duda al poder de Austria-Hungría de muchísimas maneras. No se trataba de que la multiplicidad étnica significase inevitablemente la debilidad militar. El Ejército seguía siendo una institución unificadora, y extraordinariamente adepto al empleo de toda una serie de voces de mando; tampoco había olvidado su antigua norma de divide y gobierna en lo referente a guarniciones y despliegues. Pero cada vez resultaba más difícil confiar en la colaboración entusiasta de los regimientos checos o húngaros en determinadas circunstancias, e incluso la tradicional lealtad de los croatas (empleada durante siglos a lo largo de la «frontera militar») era erosionada por la persecución húngara. Es más, la clásica respuesta de Viena a todos estos agravios particulares consistía en mitigarlos con comités, nuevos empleos, concesiones fiscales, ramas de ferrocarril adicionales, etc. «Había, en 1914, más de 3.000.000 de funcionarios civiles, que dirigían instituciones tan diversas como escuelas, hospitales, beneficencia, recaudación de impuestos, ferrocarriles, correos, etc..., de manera... que no quedaba mucho dinero para el propio Ejército⁷⁶». Según las cifras de Wright, las asignaciones para la defensa representaban en el Imperio austro-húngaro una participación en las «asignaciones nacionales (es decir, del Gobierno central)» menor que en otra cualquiera de las grandes potencias⁷⁷. En consecuencia, mientras su flota no tenía nunca fondos suficientes para igualar siquiera a la Marina italiana, por no hablar de la francesa, en el Mediterráneo, las asignaciones al Ejército oscilaban entre un tercio y la mitad de aquellas de que gozaban los Ejércitos ruso y prusiano. Las armas, y en especial la artillería, eran anticuadas y escasas. Debido a la falta de fondos, sólo se reclutaba al 30 % de los mozos aptos, y muchos de ellos eran enviados con «permiso permanente» o recibían sólo ocho semanas de instrucción. No era un sistema adecuado para producir masas de reservistas competentes en tiempo de guerra⁷⁸.

Al aumentar las tensiones internacionales en la década que siguió a 1900, la posición estratégica del Imperio austro-húngaro pareció realmente peligrosa. Sus divisiones internas amenazaban con dividir al país y complicaban las relaciones con la mayoría

de sus vecinos. Su crecimiento económico, aunque marcado, no podía alcanzar el de las grandes potencias dominantes, como Gran Bretaña y Alemania. Gastaba menos en defensa per cápita que muchas de las otras potencias y la proporción de jóvenes aptos reclutados para el Ejército era menos que la de cualquiera de las naciones continentales. Por si ello fuera poco, parecía tener tantos enemigos posibles que su Estado Mayor tenía que hacer planes para una gran variedad de campañas, complicación a la que tenían que hacer frente muy pocas de las grandes potencias restantes.

Que el Imperio austro-húngaro tuviese tantos enemigos en potencia se debía a su singular situación geográfica y multinacional. A pesar de la Triple Alianza, las tensiones con Italia aumentaron después de 1900 y Conrad aconsejó en varias ocasiones un golpe militar contra su vecino del Sur; aunque su proposición fue firmemente rechazada por el Ministerio de Asuntos Exteriores y por el emperador, las guarniciones y las fortalezas a lo largo de la frontera italiana fueron aumentadas progresivamente. A mayor distancia, Viena tenía que preocuparse por Rumania, que, en 1912, se convirtió en una clara amenaza al campo contrario. Pero el país con más veneno era Serbia, que, con Montenegro, parecía un imán para los eslavos del sur del Imperio y, por ello, un tumor canceroso que había que eliminar. El único problema de esta conveniente solución era que un ataque contra Serbia podía provocar una respuesta militar del rival más formidable de Austria-Hungría, la Rusia zarista, que invadiría el frente nordeste al marchar el grueso del Ejército austro-húngaro hacia el Sur, más allá de Belgrado. Aunque incluso el superbélico Conrad afirmaba que correspondía «a los diplomáticos»⁷⁹ evitar que el Imperio tuviese que luchar con todos estos enemigos a la vez, sus propios planes anteriores a la guerra de 1914 revelan el fantástico juego militar para el que tenía que prepararse el Ejército. Mientras una fuerza principal (*A-Staffel*) de nueve cuerpos de Ejército estaría preparada para un despliegue contra Italia o Rusia, un grupo más pequeño de tres cuerpos de Ejército sería movilizado contra Serbia-Montenegro (*Minimalgruppe Balkan*). Además, una reserva estratégica de cuatro cuerpos de Ejército (*B-Staffel*) estaría preparada «bien para reforzar *A-Staffel* y convertirlo en una poderosa fuerza ofensiva, bien, si no había peligro de Italia ni de Rusia, para unirse al *Minigruppe Balkan* para una ofensiva contra Serbia»⁸⁰.

«El meollo del asunto —se ha dicho—, era simplemente que Austria-Hungría trataba de desempeñar el papel de una gran potencia con los recursos de una de segunda fila»⁸¹. Los desesperados esfuerzos para ser fuerte en todos los frentes implicaban el serio peligro de debilitar al Imperio en todas partes; al menos, im-

ponían exigencias sobrehumanas al sistema ferroviario del Imperio y a los oficiales que lo controlarían. Es más, estos dilemas operacionales confirmaban lo que la mayoría de los observadores en Viena había reconocido de mala gana desde 1870: que, en el caso de una guerra entre grandes potencias, Austria-Hungría necesitaría el apoyo alemán. Esto no sería así en una guerra puramente austro-italiana (aunque ésta, a pesar de los frecuentes temores de Conrad, era la contingencia menos probable); pero la asistencia militar alemana sería sin duda requerida si Austria-Hungría se veía metida en una guerra con Serbia y ésta recibía la ayuda de Rusia. De ahí los repetidos intentos de Conrad, antes de 1914, de obtener seguridades por parte de Berlín en este sentido. Por último, la naturaleza barroca de esta planificación operacional refleja una vez más lo que muchos contemporáneos pudieron ver pero algunos historiadores más modernos se han negado a admitir⁸²: que, si las explosiones nacionalistas de descontento en los Balcanes y en el propio Imperio continuaban, la posibilidad de conservar la única pero anacrónica herencia del emperador José era casi nula. Y cuando esto ocurriese, el equilibrio europeo se vería socavado.

Francia

Francia poseía en 1914 considerables ventajas sobre Austria-Hungría. Tal vez la más importante era que no tenía más que un enemigo, Alemania, contra el que podía concentrar todos sus recursos nacionales. Esto no había sido así a finales de la década de 1880, cuando Francia estaba desafiando a Gran Bretaña en Egipto y África occidental y había emprendido una resuelta carrera naval contra la Royal Navy, se peleaba con Italia casi a punto de golpearse con ella y se preparaba para la revancha contra Alemania⁸³. Incluso cuando políticos más prudentes hicieron que el país diese marcha atrás y pasaron a las primeras fases de su alianza con Rusia, el dilema estratégico francés siguió siendo agudo. Desde luego, su enemigo más formidable era el Imperio alemán, ahora más poderoso que nunca. Pero el desafío naval y colonial italiano (tal como lo veían los franceses) era también inquietante, no sólo en sí mismo, sino porque una guerra contra Italia representaría casi con certeza la intervención de su aliado alemán. Esto significaba, para el Ejército, que habrían que estacionar un número considerable de divisiones en el Sudeste; exacerbaba,

con respecto a la Marina, el antiguo problema estratégico en torno a si debía concentrar la flota en los puertos del Mediterráneo, o en los del Atlántico, o correr el riesgo de dividirla en dos fuerzas más pequeñas⁸⁴.

Esta situación se veía agravada por el rápido deterioro de las relaciones anglo-francesas que siguió a la ocupación británica de Egipto en 1882. A partir de 1884 los dos países se enzarzaron en una escalada de la carrera naval, que, para los ingleses, estaba asociada a la posible pérdida de su línea de comunicaciones mediterránea y (ocasionalmente) con el miedo a una invasión francesa a través del Canal⁸⁵. Todavía más persistentes y amenazadores eran los frecuentes choques coloniales anglo-franceses. Gran Bretaña y Francia se habían enfrentado por el dominio del Congo en 1884-1885 y por el de África occidental a lo largo de las décadas de 1880 y 1890. En 1893 parecieron estar al borde de la guerra a causa de Siam. La crisis mayor de todas tuvo lugar en 1898, cuando la rivalidad de dieciséis años por el control del Valle del Nilo llegó a su punto fulminante con el enfrentamiento entre las tropas de Kitchener y la pequeña expedición de Marchand a Fashoda. Aunque los franceses se echaron atrás en aquella ocasión, eran enérgicos y audaces imperialistas. Ni los habitantes de Tombuctú ni los de Tonkín habrían considerado a Francia una potencia en decadencia; nada de eso. Entre 1871 y 1900, Francia había añadido 5 millones de kilómetros cuadrados a sus anteriores territorios coloniales y poseía indiscutiblemente el mayor imperio en ultramar después de Gran Bretaña. Aunque el comercio de aquellas tierras no era importante, Francia había construido un considerable ejército colonial y una serie de buenas bases navales desde Dakar hasta Saigón. Incluso en regiones que Francia no había colonizado como Oriente y el sur de Chile, su influencia era grande⁸⁶.

Se ha afirmado que Francia fue capaz de desarrollar una política colonial dinámica porque las estructuras de gobierno habían permitido que un pequeño grupo de burócratas, gobernadores coloniales y entusiastas del *parti colonial* llevase a cabo estrategias «de avance» que los cambiantes Ministerios de la Tercera República tenían pocas posibilidades de controlar⁸⁷. Pero si la voluble política parlamentaria francesa había dado involuntariamente fuerza y consistencia a su política imperial —poniéndola en manos de funcionarios permanentes y de sus amigos de la «camarilla» colonial—, tuvo un impacto mucho menos feliz sobre los asuntos navales y militares. Por ejemplo, los rápidos cambios de régimen trajeron consigo nuevos ministros de Marina, algunos de los cuales eran simples arribistas, mientras que otros tenían firmes (pero siempre variantes) opiniones sobre estrategia naval. En consecuencia, aunque fueron asignadas grandes sumas a la Marina

francesa en aquellas décadas, el dinero no fue bien empleado: los programas de construcción reflejaron los frecuentes cambios de las preferencias de una administración por una estrategia de *guerre de course* frente al firme apoyo por otra de los buques de guerra, dejando a la propia Marina con una heterogénea colección de barcos que no podían compararse con los de los ingleses o, más tarde, los de los alemanes⁸⁸. Pero el impacto de la política sobre la Marina francesa palideció en comparación con su efecto sobre el Ejército, donde la fuerte antipatía mostrada por el cuerpo de oficiales hacia los políticos republicanos y toda una serie de choques entre militares y civiles (de los que el caso Dreyfus fue tan sólo el más notorio) debilitaron la estructura de Francia y pusieron en tela de juicio tanto la lealtad como la eficacia del Ejército. Únicamente con el notable renacimiento nacionalista posterior a 1911 pudieron dejarse a un lado estas disputas civil-militares en aras de la cruzada común contra el enemigo alemán; pero fueron muchos los que se preguntaron si una dosis demasiado fuerte de política no había causado un daño irreparable a las Fuerzas Armadas francesas⁸⁹.

El otro impedimento interno evidente del poder francés fue el estado de la economía⁹⁰. La situación es en este punto compleja, y se ha complicado todavía más por las predilecciones de los historiadores económicos por los diferentes índices. En el lado positivo:

Este período vio un gran desarrollo de las instituciones bancarias y financieras que participaban en la inversión industrial y en el crédito extranjero. La industria del hierro y el acero se estableció sobre bases modernas y se construyeron nuevas plantas, especialmente en la zona minera de Lorena. En los terrenos carboníferos de la Francia del Norte se estableció el feo panorama de una sociedad industrial. Se dieron pasos importantes en ingeniería y en las nuevas industrias... Francia tuvo notables empresarios e innovadores que se colocaron en cabeza, a finales del siglo XIX y principios del XX, en el acero, la mecánica, los vehículos con motor y los aviones. Empresas como «Schneider», «Peugeot», «Michelin» y «Renault» estuvieron en vanguardia⁹¹.

Hasta que se desarrollaron los métodos de producción en masa de Henry Ford, Francia fue ciertamente la primera productora de automóviles del mundo. La construcción de vías férreas recibió un gran impulso en la década de 1880, y esto, junto con las mejoras del telégrafo, los sistemas postales y los canales del interior, aumentó la tendencia a un mercado nacional. La agricultura había sido protegida por el arancel Mélinerde de 1892, y se siguió prestando gran atención a la producción de artículos de

alta calidad, con un gran valor añadido per cápita. Dados estos índices de absoluta expansión económica y el pequeño aumento en el número de franceses a lo largo de estas décadas, el grado de producción en relación con la población francesa parece imponente; por ejemplo, en el grado de crecimiento per cápita, en el valor per cápita de las exportaciones, etc.

Por último, existía el hecho innegable de que Francia era enormemente rica en términos de capital móvil, que podía ser (y sistemáticamente era) aplicado a servir los intereses de la diplomacia y la estrategia del país. El indicio más sobresaliente de esto había sido el rapidísimo pago de la indemnización a Alemania de 1871, que según el erróneo cálculo de Bismarck, habría tenido que debilitar durante muchos años la fuerza de Francia. Pero en el período subsiguiente se invirtió también capital francés en diversos países del interior y del exterior de Europa. En 1914 las inversiones de Francia en el extranjero ascendían a 9 mil millones de dólares y no eran superadas más que por las de Gran Bretaña. Y si por un lado estas inversiones habían contribuido a industrializar partes considerables de Europa, incluidas España e Italia, por otro habían reportado también grandes beneficios políticos y diplomáticos a la propia Francia. El lento distanciamiento por parte de Italia de la Triple Alianza al empezar el siglo, se debió en parte, si no plenamente, a la necesidad italiana de capital. Los préstamos franco-rusos a China, a cambio de derechos ferroviarios y de otras concesiones, eran casi siempre decididos en París y canalizados a través de San Petersburgo. Las grandes inversiones de Francia en Turquía y en los Balcanes —que los frustrados alemanes nunca pudieron igualar antes de 1914— representaron una gran ventaja, no sólo en términos político-culturales, sino también para asegurar ventas de armamento francés en vez de alemán. Sobre todo los franceses invirtieron dinero en la modernización de su aliado ruso, desde la concesión del primer préstamo en el mercado de París en octubre de 1888 hasta el crítico ofrecimiento de 1913 de restar 500 millones de francos... a condición de que el estratégico sistema ferroviario ruso en las provincias polacas se extendiese ampliamente, de modo que la «apisonadora rusa» pudiese ser movilizad^a con mayor celeridad para aplastar a Alemania⁹². Esta fue la demostración más clara de la capacidad de Francia de emplear su fuerza financiera para aumentar su propio poder estratégico (aunque lo irónico del caso fue que, cuanto más eficaz se hizo la máquina militar rusa, más tuvieron que prepararse los alemanes para atacar a toda prisa a Francia).

Sin embargo, una vez más, en cuanto se emplean datos económicos comparativos, se desvanece esta imagen positiva del cre-

cimiento de Francia. Si bien era una auténtica inversora a gran escala en el extranjero, hay pocas pruebas de que este capital proporcionara un rendimiento óptimo al país, ya fuera en términos de intereses devengados⁹³, ya fuera en la forma de un aumento de pedidos de productos franceses desde el extranjero: con demasiada frecuencia, los comerciantes alemanes se llevaban la parte del león en el negocio de importación, incluso en Rusia. La proporción de productos manufacturados alemanes exportados a Europa había ya alcanzado la de Francia a principios de la década de 1880 y en 1911 casi duplicaba su valor. Pero esto reflejaba, a su vez, el triste hecho de que, si la economía francesa había sufrido a causa de la competencia industrial británica una o dos generaciones atrás, estaba siendo ahora afectada por el auge del gigante industrial alemán. Con excepciones realmente raras, como la industria del automóvil, las estadísticas comparativas revelan una y otra vez este eclipse. En vísperas de la guerra, su potencial industrial total equivalía tan sólo al 40 %, aproximadamente, del de Alemania; su producción de acero equivalía a poco más de una sexta parte y la de carbón apenas a una séptima parte. El carbón, el acero y el hierro producidos eran generalmente más caros, porque procedían de minas más pobres y de plantas más pequeñas. De modo similar, a pesar de los presuntos avances de la industria química francesa, el país dependía en gran medida de las importaciones alemanas. Dadas sus pequeñas fábricas, sus prácticas anticuadas y su dependencia de los protegidos mercados locales, no es de extrañar que el crecimiento industrial de Francia en el siglo XIX fuese fríamente calificado de «artrítico..., vacilante, espasmódico y lento⁹⁴».

Tampoco sirvieron de consuelo sus atractivos bucólicos, al menos en términos de poder y riqueza relativos. Los golpes asestados por las epidemias a la producción de seda y de vino nunca fueron plenamente aliviados, y lo único que logró el arancel Méline, en su esfuerzo por proteger las rentas agrarias y preservar la estabilidad social, fue retrasar la emigración de los campos y apoyar a productores ineficaces. El hecho de que la agricultura representara aún el 40 % de la población activa alrededor de 1910 y de que estuviera compuesta todavía en su inmensa mayor parte por pequeñas propiedades constituía, evidentemente, un freno tanto para la productividad como para la riqueza total de Francia. Los datos de Bairoch muestran que el PNB francés en 1913 no equivalía más que al 55 % del de Alemania y que su parte en la producción manufacturera mundial equivalía aproximadamente al 40 % de la de Alemania; Wright cifra su renta nacional en 6 mil millones de dólares en 1914, frente a los 12 mil millones de Alemania⁹⁵. Si Francia permanecía sola, otra guerra con su vecina oriental sólo

podría tener el mismo resultado que la de 1870-1871.

En muchos de estos índices comparativos Francia había quedado también detrás de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia, además de Alemania, por lo que a primeros del siglo XX ocupaba sólo el quinto lugar entre las grandes potencias. Sin embargo, lo importante era la erosión del poder francés frente a Alemania, debido simplemente a las agrias relaciones entre ambos países. En este sentido, las tendencias eran ominosas. La población de Alemania aumentó en casi dieciocho millones entre 1890 y 1914, mientras que la de Francia no aumentó sino en poco más de un millón. Esto, junto con la mayor riqueza nacional de Alemania, significaba que, por mucho que se esforzasen los franceses por mantenerse militarmente a gran altura, siempre se quedaban atrás. Reclutando a más del 80 % de sus jóvenes aptos, Francia había conseguido disponer de un Ejército sorprendentemente numeroso en relación con sus dimensiones, al menos según determinados cálculos: por ejemplo, las ochenta divisiones que podía movilizar, de una población de 40 millones, eran muchas en comparación con las de cuarenta y ocho de Austria, de una población de 52 millones. Pero de poco servía esto contra la Alemania imperial. El Estado Mayor prusiano no sólo podía movilizar algo más de cien divisiones, empleando sus bien instruidas reservas, sino que contaba con un enorme potencial humano —casi diez millones en la edad adecuada, frente a los cinco millones de Francia—; y poseía la fantástica cifra de 112.000 suboficiales bien instruidos —elemento clave en un ejército en expansión—, en claro contraste con los 48.000 de Francia. Además, Alemania, aunque destinaba una proporción menor de su renta nacional a gastos militares, dedicaba mucho más en términos absolutos. A lo largo de las décadas de 1870 y 1880, el alto mando francés había luchado en vano contra «una condición de inferioridad inaceptable»⁹⁶; en vísperas de la Primera Guerra Mundial, los datos confidenciales sobre la superioridad material alemana eran igualmente alarmantes: «4.500 ametralladoras, frente a 2.500 de Francia; 6.000 cañones de 77 mm, frente a 3.800 de 75 mm de Francia; y un monopolio casi total en artillería pesada»⁹⁷. El último dato, en particular, mostraba el peor aspecto de la debilidad francesa.

Y sin embargo, el Ejército francés se lanzó al combate en 1914 confiando en la victoria, después de abandonar su estrategia defensiva a favor de una ofensiva total, lo que refleja la moral que Grandmaison y otros trataban de inculcar al Ejército, parece que desde el punto de vista psicológico en compensación por las debilidades materiales. «Ni el número ni las máquinas milagrosas determinarán la victoria —predicaba el general Messing—. Ésta será alcanzada por los soldados valerosos y de calidad, y con esto

quiero decir superior resistencia física y moral, fuerza ofensiva»⁹⁸. Esta seguridad guardaba relación con el «renacimiento patriótico» de Francia que se produjo después de la crisis marroquí de 1911 y que indicó que el país lucharía mucho mejor que en 1870, a pesar de las divisiones políticas y de clase que lo habían hecho parecer tan vulnerable durante el caso Dreyfus. La mayoría de los expertos militares presumía que la guerra venidera sería corta. Por consiguiente, lo que importaba era el número de divisiones que podían ser puestas de inmediato en los campos de batalla, no el volumen de las industrias químicas y del acero alemanas, ni los millones de reclutas en potencia que poseía Alemania⁹⁹.

Tal vez este renacimiento de la confianza nacional se debió sobre todo a la mejora de la posición internacional de Francia, conseguida por el ministro de Asuntos Exteriores, Delcassé, y sus diplomáticos, al iniciarse el siglo¹⁰⁰. No sólo habían fomentado y mantenido el lazo vital con San Petersburgo, a pesar de todos los esfuerzos diplomáticos del Káiser por debilitarlo, sino que habían mejorado las relaciones con Italia, a la que habían conseguido separar virtualmente de la Triple Alianza (con lo que se había solucionado el problema estratégico de tener que luchar en Saboya al mismo tiempo que en Lorena). Y lo más importante de todo: los franceses habían sido capaces de resolver sus diferencias coloniales con Gran Bretaña en la entente de 1904 y de convencer después a los principales miembros del Gobierno liberal de Londres de que la seguridad de Francia era de interés nacional para Inglaterra. Aunque razones de política interna de Gran Bretaña impedían una alianza fija, las probabilidades de que Francia obtuviese el futuro apoyo británico aumentaban con cada unidad añadida a la flota de alta mar de Alemania y con cada indicio de que un ataque alemán hacia el Oeste se realizaría a través de la Bélgica neutral. Si Gran Bretaña intervenía en la guerra, los alemanes tendrían que preocuparse no sólo por Rusia, sino también por el efecto de la Royal Navy sobre su flota de alta mar, la destrucción de su comercio con ultramar y la pequeña pero significativa fuerza expedicionaria británica que se desplegaría en el norte de Francia. Luchar contra los boches teniendo a Rusia y a Gran Bretaña como aliadas había sido el sueño francés desde 1871; ahora parecía una clara realidad.

Francia no era lo bastante fuerte para oponerse a Alemania en un choque frontal, algo que todos los gobiernos franceses estaban dispuestos a evitar. Si el distintivo de una gran potencia consiste en ser un país dispuesto y capaz de enfrentarse con cualquier otro, Francia (como Austria-Hungría) había descendido a una posición inferior. Pero esta definición parecía demasiado abstracta en 1914 para una nación que se sentía psicológicamente

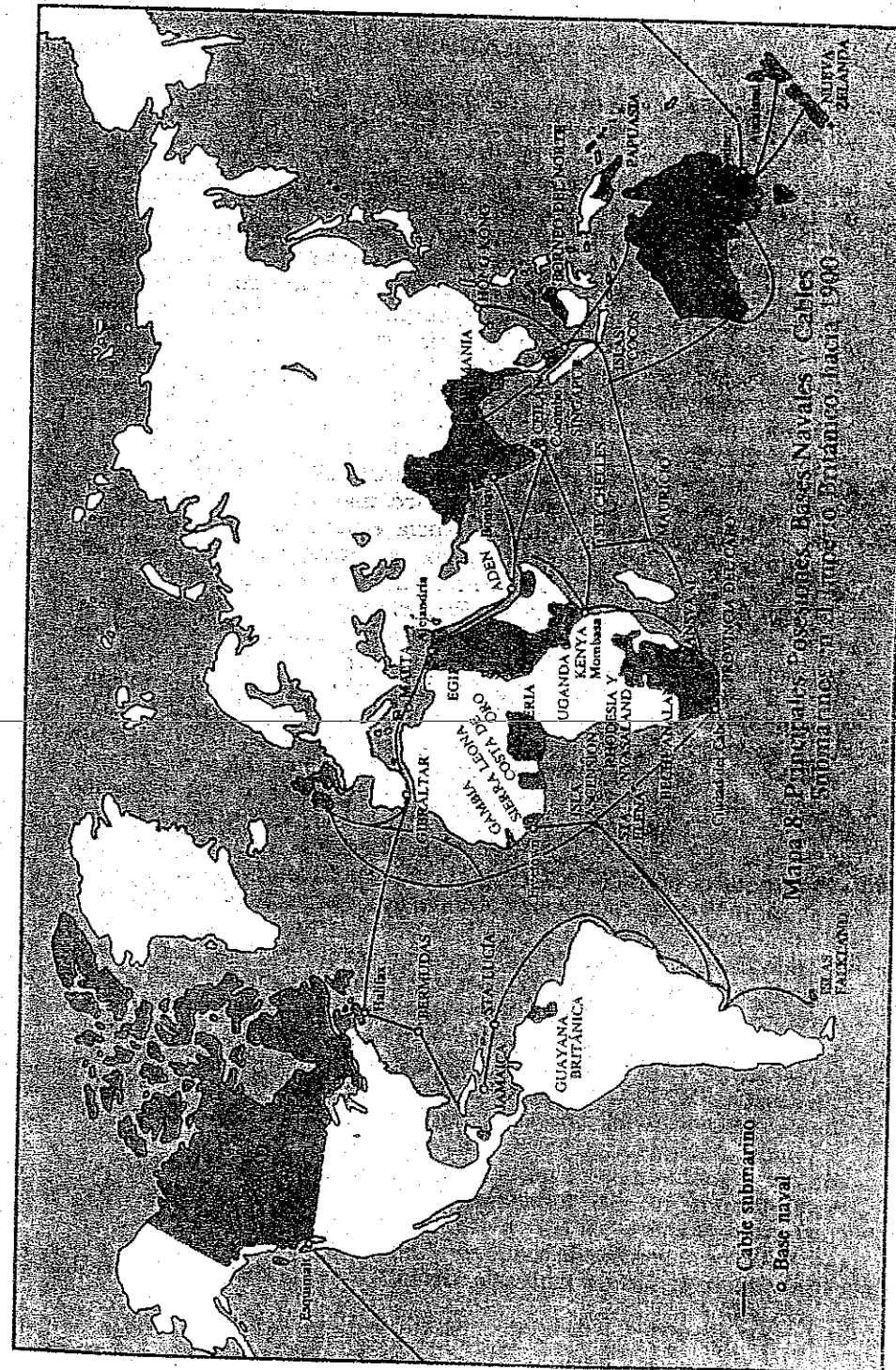
preparada para la guerra¹⁰¹, militarmente más fuerte que nunca y, sobre todo, que contaba con poderosos aliados. Si la combinación de todos estos factores permitiría a Francia resistir a Alemania era una pregunta todavía sin respuesta; pero la mayoría de los franceses parecía creer que ésta sería afirmativa.

Gran Bretaña

A simple vista, Gran Bretaña era imponente. En 1900 poseía el Imperio más extenso que jamás había visto el mundo, formado por unos 20 millones de kilómetros cuadrados de tierra y tal vez un cuarto de la población del Globo. Sólo en las tres décadas precedentes, había añadido 6,83 millones de kilómetros cuadrados y 66 millones de personas al Imperio. No se trataba simplemente del punto de vista de un historiador crítico de tiempos futuros, sino que también los franceses y los alemanes, los ashanti y los birmanos y otros muchos de la época que pensaban lo siguiente:

En el siglo y medio, aproximadamente, que precedió a la guerra (de 1914), se había producido una tremenda expansión del poder británico, acompañada de una falta de simpatía por cualquier ambición similar por parte de otras naciones... Si una nación había apostado realmente por el poder mundial, ésta era Gran Bretaña. En realidad, había hecho más que apostar por ello. Lo había logrado. Los alemanes estaban simplemente hablando de construir un ferrocarril hasta Bagdad. La reina de Inglaterra era emperatriz de la India. Si una nación había trastornado el equilibrio de poder del mundo, ésta era Gran Bretaña¹⁰².

Había otros indicadores de la fuerza británica: el gran aumento de la Royal Navy, igual en poder a las otras dos flotas más grandes juntas; la red inigualada de bases navales y estaciones de cable alrededor del Globo; la Marina mercante más numerosa del mundo, que transportaba mercancías de la que era todavía la nación comercial más importante del mundo, y los servicios financieros de la City de Londres, que hacía de Gran Bretaña el más grande inversor, banquero, asegurador y comerciante de la economía mundial. Las multitudes que se desgañaron durante las fiestas de las Bodas de Diamante de Victoria en 1897 tenían motivos para sentirse orgullosas. Siempre que se discutía sobre los tres o cuatro imperios mundiales en el siglo venidero, Gran



Bretaña —no Francia ni Austria-Hungría ni los otros candidatos— estaba siempre en primer lugar.

Sin embargo, visto desde otras perspectivas —digamos desde los serios cálculos de la «mente oficial» británica¹⁰³ o desde los de ulteriores historiadores del colapso del poder británico—, el final del siglo XIX no era una época en que el Imperio estuviese «apostando» por el poder mundial. Por el contrario, aquella «apuesta» había sido hecha un siglo antes y culminado con la victoria de 1815, que permitió al país regocijarse en el medio siguiente de preeminencia marítima e imperial virtualmente indiscutibles. Sin embargo, después de 1870, el equilibrio cambiante de las fuerzas mundiales estaba erosionando la supremacía británica de dos maneras amenazadoras y relacionadas entre sí. La primera era que la expansión de la industrialización y los cambios en las fuerzas militar y naval que se derivaron de ella debilitaron la posición relativa del Imperio británico más que la de cualquier otro país, porque era *la* Gran Potencia establecida, que tenía menos que ganar y más que perder en las alteraciones fundamentales del *statu quo*. Gran Bretaña no se había visto tan directamente afectada como Francia y Austria-Hungría por la emergencia de una Alemania poderosa y unida (solamente después de 1904-1905 tendría que enfrentarse realmente Londres con aquel problema). Pero fue *el* Estado más impresionado por el auge del poder americano, ya que los intereses británicos (Canadá, las bases navales del Caribe, el comercio y las inversiones en América Latina) eran mucho más importantes en el hemisferio occidental que los de cualquier otro país europeo¹⁰⁴; era *el* país más afectado por la expansión de las fronteras rusas y de los ferrocarriles estratégicos en Turquestán, ya que todo el mundo podía ver la amenaza que esto representaba para la influencia británica en el Próximo Oriente y el golfo Pérsico, y tal vez, en definitiva, para su control del subcontinente indio¹⁰⁵; era *el* país que por disfrutar de la parte más grande del comercio exterior con china, podía ver más seriamente perjudicados sus intereses comerciales por una división del Celeste Imperio o por el surgimiento de una nueva fuerza en aquella región¹⁰⁶; de manera parecida, era *la* potencia cuya posición relativa en África y en el Pacífico era la más afectada por la lucha de después de 1880 por las colonias, ya que (según dijo Hobsbawm) había «cambiado el imperio informal sobre la mayor parte del mundo subdesarrollado por el imperio formal de una cuarta parte de él»¹⁰⁷, lo cual no era un buen negocio, a pesar de la continuada serie de nuevas incorporaciones a los dominios de la reina Victoria.

Mientras algunos de estos problemas (en África o en China) eran bastante nuevos, otros (la rivalidad con Rusia en Asia y con

los Estados Unidos en el hemisferio occidental) habían entrenado a muchas anteriores administraciones británicas. Lo que era ahora diferente, era que el poder relativo de los diversos Estados competidores era mucho mayor y que las amenazas parecían producirse casi simultáneamente. Así como el Imperio austro-húngaro estaba ocupado en su lucha con varios enemigos dentro de Europa, así los estadistas británicos tenían que enzarzarse en un juego diplomático y estratégico que era literalmente mundial en sus dimensiones. Por ejemplo, en el año crítico de 1895, el Gabinete tuvo que preocuparse por la posible división de China después de la Guerra Chino-Japonesa, por el colapso del Imperio otomano como resultado de la crisis de Armenia, por el inminente choque con Alemania sobre África del Sur casi exactamente al mismo tiempo de la disputa con los Estados Unidos sobre la frontera de Venezuela con la Guayana Británica, por las expediciones militares francesas al África ecuatorial y por un empujón de Rusia hacia el Hindu Kush¹⁰⁸. Era un juego que tenía que desarrollarse también en términos navales; pues, por mucho que se aumentase regularmente el presupuesto de la Royal Navy, ésta ya no podía «gobernar las olas» delante de las cinco o seis flotas extranjeras que se estaban construyendo en los años de 1890, como lo había hecho a mediados del siglo. Como observó repetidamente el Almirantazgo, *podía* enfrentarse con el desafío americano en el hemisferio occidental, pero sólo quitando buques de guerra de las aguas europeas, de la misma manera que *podía* aumentar el volumen de la Royal Navy en el Extremo Oriente, pero sólo debilitando sus escuadras en el Mediterráneo. No podía ser fuerte en todas partes. Por último, era un juego que tenía que desarrollarse en términos militares, por el envío de batallones de Aldershot a El Cairo, o de la India a Hong Kong, para responder a las últimas emergencias, y además tenía que hacerse todo esto por una fuerza de voluntarios a pequeña escala que había sido completamente eclipsada por los ejércitos masivos según el modelo prusiano¹⁰⁹.

El segundo y relacionado punto flaco era menos inmediato, pero tal vez incluso más grave. Era la erosión de la preeminencia industrial y comercial de Gran Bretaña, en la que se apoyaba, en último término, su fuerza naval, militar e imperial. Las industrias británicas establecidas, como el carbón, los tejidos y los artículos de ferretería, aumentaron su producción en términos absolutos en aquellas décadas, pero su parte relativa en la producción mundial disminuyó continuamente, y en las más nuevas y cada vez más importantes industrias, como las del acero, los productos químicos, las máquinas herramienta y los artículos eléctricos, Gran Bretaña perdió pronto el primer lugar que ocupaba. La producción industrial, que había crecido a un ritmo anual de

aproximadamente un 4 por ciento en el período de 1820 a 1840 y de alrededor de un 3 por ciento entre 1840 y 1870, se hizo más lento; entre 1875 y 1894, creció sólo un poco por encima del 1,5 por ciento anual, mucho menos que el de los principales rivales del país. Esta pérdida de supremacía industrial fue pronto sentida en la furiosa competencia en busca de clientes. Al principio las exportaciones británicas fueron desposeídas de su favorable posición en los mercados industrializados europeos y norteamericanos, protegidos a menudo por altas barreras arancelarias, y después de ciertos mercados coloniales, donde otras potencias competían comercialmente y aplicando aranceles alrededor de sus nuevas anexionaciones; y por último, la industria británica se encontró debilitada por una creciente oleada de productos manufacturados extranjeros importados en el desprotegido mercado nacional, la más clara señal de que el país estaba perdiendo su facultad competitiva.

El retraso de la productividad británica y la disminución de competitividad a finales del siglo XIX ha sido una de las cuestiones más investigadas en la historia de la economía¹¹⁰. Incluía elementos tan complejos como el carácter nacional, las diferencias entre las generaciones, el carácter social y el sistema de educación, así como razones económicas más específicas, como las bajas inversiones, las instalaciones anticuadas, las malas relaciones laborales, el defectuoso arte de vender, etcétera. Para el estudiante de la gran estrategia preocupado por la imagen relativa, estas explicaciones son menos importantes que el hecho de que el país, como conjunto, estaba perdiendo gradualmente terreno. Si en 1880, el Reino Unido tenía todavía el 22,9 por ciento de la producción manufacturera total mundial, esta cifra había descendido al 13,6 por ciento en 1913, y si su parte en el comercio mundial era del 23,2 por ciento en 1880, era sólo del 14,1 por ciento en 1911-1913. En términos de fuerza industrial, tanto los Estados Unidos como la Alemania imperial le habían pasado delante. El «taller del mundo» ocupaba ahora el tercer lugar, no porque no creciese, sino porque los otros crecían más de prisa.

Nada asustaba más a los imperialistas británicos conscientes que esta relativa decadencia económica, simplemente por su impacto sobre el poder británico. «Supongamos que una industria amenazada (por la competencia extranjera) está en la misma raíz de nuestro sistema de defensa nacional, ¿dónde estamos entonces?», preguntó el profesor W. A. S. Hewins en 1904. «No se puede seguir adelante sin una industria del hierro, un gran comercio de técnica, porque, en la guerra moderna, no se tendría los medios de producir y mantener en un estado eficaz las flotas y los ejércitos¹¹¹.» Comparadas con esta cuestión, las querellas sobre fronteras coloniales en África occidental o sobre el futuro de las islas

de Samoa eran triviales. De aquí los intereses de los imperialistas en la reforma arancelaria —abandonando los preceptos de libre comercio para proteger las industrias británicas— y en establecer lazos más estrechos con los dominios blancos, con el fin de asegurar las contribuciones a la defensa y un mercado imperial exclusivo. Gran Bretaña se había ahora convertido, según la tremenda frase de Joseph Chamberlain, en «el Titán cansado, (tambaleándose) bajo el orbe demasiado vasto de su destino»¹¹². El Primer Lord del Almirantazgo advirtió que, en años venideros, «el Reino Unido no será bastante fuerte por sí solo para mantener el lugar que le corresponde junto a los Estados Unidos o Rusia, y probablemente Alemania. Seremos arrojados a un lado sólo por el peso»¹¹³.

Pero, si los imperialistas tenían indudablemente razón a largo plazo —«¿Sobrevivirá hasta el centenario siguiente el Imperio que está celebrando ahora uno de Trafalgar?», preguntó tristemente en 1905¹¹⁴ el influyente periodista Garvin—, casi todos tendían a exagerar los peligros contemporáneos. El comercio del hierro y del acero y la industria de las máquinas herramienta habían sido alcanzados en varios mercados, pero ciertamente no eliminados. La industria textil disfrutaba de un auge de exportación en los años anteriores a 1914, que sólo retrospectivamente puede ser visto como un veranillo de San Martín. La industria británica de construcción naval —vital tanto para la Royal Navy como para la floreciente Marina mercante— mantenía todavía su categoría, produciendo más del 60 por ciento del tonelaje mercante mundial y el 33 por ciento de sus buques de guerra en aquellas décadas, brindando algún consuelo a los que temían que Gran Bretaña dependería demasiado de los bienes y materias primas importados en tiempo de guerra. Era verdad que, si Gran Bretaña se veía envuelta en un largo conflicto masivamente industrializado entre Grandes Potencias, se encontraría con que buena parte de su industria de armamentos (p. ej., granadas, artillería, aviones, rodamientos a bolas, equipo óptico, magnetos, materias colorantes) era inadecuada reflejando la presunción tradicional de que el Ejército británico tenía que ser desplegado y equipado para pequeñas guerras coloniales y no para gigantescas luchas continentales. Pero, durante la mayor parte de este período, fueron precisamente éstos la clase de conflictos en que se vio envuelto el Ejército. Y si llegaba a producirse la agotadora y larga guerra «moderna» de trincheras y ametralladoras que predecían al menos algunas autoridades en 1898, los británicos no serían los únicos en carecer del material correcto.

Que Gran Bretaña poseyese también fuerzas económicas en este período debería ser, pues, una advertencia contra un retrato

demasiado sombrío de los problemas del país. Retrospectivamente se puede afirmar que «desde 1870 hasta 1970, la historia de Gran Bretaña fue de una casi ininterrumpida decadencia económica, militar y política, en relación con otras naciones, desde la cima de prosperidad y de poder en que le había colocado su Revolución industrial a mediados del siglo XIX»¹¹⁵; pero también se corre el peligro de exagerar y anticipar el ritmo de aquella decadencia y de ignorar los considerables recursos del país, incluso en la esfera no industrial. Era, en primer lugar, inmensamente rico, tanto en la metrópoli como fuera de ella, aunque el Tesoro británico se encontró bajo fuertes presiones en las dos décadas anteriores a 1914, al más que doblar la nueva tecnología el precio de cada barco de guerra. Además, el aumento de volumen del electorado conducía por primera vez a un considerable gasto «social». Pero, si el aumento de los pagos por «cañones y mantequilla» parecía alarmante en términos absolutos, esto se debía a que el Estado vigilante había recaudado muy poco de las rentas individuales en impuestos, y gastado muy poco de la renta nacional en objetivos oficiales. Incluso en 1913, el gasto total de los Gobiernos central y locales alcanzaba solamente el 12,3 por ciento del PNB. Así, aunque Gran Bretaña era uno de los países que gastaba más en defensa antes de 1914, necesitaba destinar a aquel fin una parte de su renta nacional menor que la de cualquier otra Gran Potencia europea¹¹⁶, y si los imperialistas a ultranza tendían a desdeñar la fuerza *financiera* de Gran Bretaña como opuesta al poder industrial, lo cierto es que, en aquel entonces, había invertido la fantástica suma de unos 19,5 mil millones de dólares en ultramar, que representaban aproximadamente el 43 por ciento de las inversiones mundiales en el extranjero¹¹⁷, lo cual era una indudable fuente de riqueza nacional. Era indudable que, en caso necesario, podía pagar incluso una guerra costosa y a gran escala; en cambio, era dudoso que pudiese preservar su cultura política liberal —de libre comercio, bajos gastos oficiales, ausencia de reclutamiento, confianza sobre todo en la Marina— si se veía obligada a dedicar más y más recursos nacionales a los armamentos y a una guerra moderna industrializada¹¹⁸. Pero era indudable que tenía una bolsa bien rellena.

Otros factores fortalecían también la posición de Gran Bretaña entre las Grandes Potencias. Aunque era cada vez más difícil pensar en defender las fronteras *terrestres* del Imperio en una era en que los ferrocarriles estratégicos y los ejércitos masivos estaban socavando la seguridad geopolítica de la India y de otras posesiones¹¹⁹, la insularidad de las Islas Británicas seguía siendo una gran ventaja, librando a su población del miedo a una súbita invasión por ejércitos vecinos, permitiendo cargar el acento

sobre el poder marítimo más que sobre el terrestre, y dando a sus estadistas una mucho mayor libertad de acción sobre problemas de guerra y paz que aquella de que gozaban los Estados continentales. Además, aunque la posesión de un imperio colonial extenso y difícil de defender implicaba enormes problemas estratégicos, también traía consigo considerables ventajas estratégicas. El gran dispositivo de guarniciones imperiales, depósitos de carbón y bases navales, fácilmente reforzables por mar, le colocaban en una posición sumamente fuerte contra potencias europeas en cualquier conflicto que se desarrollase fuera del continente. De la misma manera en que Gran Bretaña podía enviar una ayuda a sus posesiones de ultramar; así éstas (especialmente los dominios autónomos y la India) podían ayudar a la potencia imperial con tropas, barcos, materias primas y dinero, precisamente en una época en que los políticos de Whitehall inculcaban cuidadosamente a sus parientes de ultramar la causa de una defensa «imperial» más organizada¹²⁰. Por último, podía argüirse cínicamente que, debido a que el poder y la influencia británicos se habían extendido tanto en tiempos anteriores, Gran Bretaña poseía ahora muchas zonas de muelle, muchas áreas de interés menos que vital y, por consiguiente, mucho espacio para el *compromiso*, especialmente en las esferas de su llamado «imperio informal».

Gran parte de la retórica pública sobre el imperialismo británico se abstiene de indicar que las concesiones y las retiradas estaban a la orden del día. Pero la cuidadosa valoración de las prioridades estratégicas británicas —permitida por el sistema de consulta interdepartamental y toma de decisiones por el Gabinete¹²¹— proseguía año tras año, examinando cada problema en el *contexto* de los compromisos mundiales del país y fijando una política de compromiso o de firmeza. Así, dado que una guerra anglo-americana hubiese sido económicamente desastrosa, políticamente impopular y estratégicamente muy difícil, pareció preferible hacer concesiones sobre la cuestión de Venezuela, el Canal istmico, la frontera de Alaska, etcétera. En contraste con esto, si Gran Bretaña estaba dispuesta a negociar con Francia en la década de 1890 sobre disputas coloniales en Africa occidental, el sudeste de Asia y el Pacífico, lucharía para conservar su dominio sobre el Valle del Nilo. Un decenio más tarde, intentaría mitigar el antagonismo anglo-alemán (proponiendo arreglos sobre contingentes navales, las colonias portuguesas y el ferrocarril de Bagdad) pero sería mucho más precavido en hacer promesas de neutralidad si se producía una guerra continental. Si los esfuerzos del ministro de Asuntos Exteriores, Grey, cerca de Berlín antes de 1914 tuvieron tanto éxito como los anteriores intentos de Salisbury de llegar a un acuerdo sobre Asia con San Petersburgo, am-

bos revelaron una común presunción de que la diplomacia podía resolver la mayoría de los problemas que surgiesen en los asuntos mundiales. Sugerir, por una parte, que la posición mundial de Gran Bretaña en 1900 era tan débil como lo sería a finales de los años treinta, y argüir, por otra, que había existido «una tremenda expansión del poder británico» antes de 1914, trastornando el equilibrio del mundo¹²², son visiones igualmente parciales de lo que era una posición mucho más compleja.

En las décadas que precedieron a la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña se había visto alcanzada industrialmente por los Estados Unidos y por Alemania, y sometida a una fuerte competencia en las esferas comercial, colonial y marítima. Sin embargo, su combinación de recursos financieros, capacidad productora, posesiones imperiales y fuerza naval significaba que era todavía, probablemente, la potencia mundial «número uno», aunque su liderazgo fuese mucho menos ostensible que en 1850. Pero esta posición como número uno era también el problema esencial británico. Gran Bretaña era ahora un Estado *maduro*, con un fuerte interés en preservar el orden existente o, al menos, asegurar que las cosas cambiasen lenta y pacíficamente. Lucharía por ciertos objetivos evidentes —la defensa de la India, el mantenimiento de la superioridad naval especialmente en sus aguas, también, probablemente, la preservación del equilibrio europeo de poder—, pero cada problema tenía que ser planteado en su contexto más amplio y valorado en relación con los otros intereses de Gran Bretaña. Fue por esta razón que Salisbury se opuso a un compromiso militar fijo con Alemania en 1889 y 1898-1901, y que Grey se esforzó en evitar un compromiso militar fijo *contra* Alemania en 1906-1914. Si esto hizo que la futura política de Gran Bretaña fuese desagradablemente ambigua e incierta para los gobernantes de París y de Berlín, reflejaba la todavía ampliamente defendida opinión de Palmerston de que el interés permanente del país era no tener aliados permanentes. Si las circunstancias que permitieron esta libertad de acción cambiaron gradualmente al terminar el siglo XIX, el juego tradicional entre los diversos intereses británicos —imperial contra continental¹²³, estratégico contra financiero¹²⁴— continuó igual que antes.

Rusia

El imperio de los zares era también, según reconocía la mayoría de la gente, miembro automático del club selecto de «po-

tencias mundiales» al comenzar el siglo XX. Su enorme extensión, desde Finlandia hasta Vladivostok, lo justificaba, lo mismo que su gigantesca y rápidamente creciente población, que era casi tres veces la de Alemania y casi cuatro veces la de Gran Bretaña. Durante cuatro siglos, se había ido extendiendo hacia el Oeste, hacia el Sur y hacia el Este, y a pesar de sus tropiezos, no daba señales de querer detenerse. Su ejército permanente había sido el más numeroso de Europa a lo largo del siglo XIX y no era todavía mucho más que cualquier otro en vísperas de la Primera Guerra Mundial, con 1,3 millones de tropas en activo y, según se decía, hasta 5 millones de reservistas. También los gastos militares de Rusia eran sumamente elevados y, con las asignaciones de capital «extraordinario» añadidas a los crecientes gastos «normales», es muy posible que igualasen el total de Alemania. La construcción de vías férreas se realizaba a enorme velocidad antes de 1914 —amenazando socavar en poco tiempo el plan alemán (el llamado Plan Schlieffen) de atacar primero hacia el Oeste— y también se estaba invirtiendo mucho dinero en una nueva flota rusa después de la guerra con el Japón. Incluso el Estado Mayor prusiano decía estar alarmado por esta expansión del poderío ruso, y el joven Moltke aseguraba que en 1916 y 1917 «el poder militar de los enemigos de Prusia sería tan grande que no sabía cómo podría hacerle frente»¹²⁵. En cambio, algunos observadores franceses esperaban con gran ilusión el día en que la «apisonadora» rusa rodaría hacia Occidente y aplastaría a Berlín. Y cierto número de británicos, especialmente los relacionados con la Embajada en San Petersburgo, decían a sus jefes políticos que «Rusia se está convirtiendo rápidamente en tan poderosa que debemos conservar su amistad casi a toda costa»¹²⁶. Desde Galitzia hasta Persia y hasta Pekín, existía preocupación por el crecimiento del poderío ruso.

¿Estaba realmente a punto Rusia de convertirse una vez más en el gendarme de Europa, tal como podían sugerir aquellas declaraciones? Valorar la fuerza efectiva de aquel país ha sido un problema para los observadores occidentales desde el siglo XVIII hasta el presente, problema que se ha agravado por la escasez de datos comparativos dignos de confianza, por la diferencia entre lo que decían los rusos a los extranjeros y lo que se decían ellos mismos, y por los peligros de confiar en declaraciones subjetivas en vez de en hechos objetivos. Los estudios, por muy completos que sean, de «cómo juzgaba Europa a Rusia antes de 1914», no son lo mismo que un análisis exacto del propio «poder de Rusia»¹²⁷.

Sin embargo, partiendo de las pruebas plausibles que existen, parece que Rusia era, en las décadas anteriores a 1914, simultáneamente poderosa y débil, según, como siempre, el extremo

del telescopio por el que se mirase. Para empezar, era ahora mucho más fuerte industrialmente de lo que había sido en tiempos de la Guerra de Crimea¹²⁸. Entre 1860 y 1913 —un período muy largo—, la producción industrial rusa creció al impresionante ritmo medio anual del 5 por ciento, y en los años de 1890, este ritmo se acercaba al 8 por ciento. Su producción de acero en vísperas de la Primera Guerra Mundial había alcanzado la de Francia y la de Austria-Hungría y superaba en mucho la de Italia y la del Japón. Su producción de carbón crecía aún más de prisa, de 6 millones de toneladas en 1890 a 36 millones en 1914. Era la segunda productora mundial de petróleo. Si aumentó también su antigua industria textil —tenía muchos más husos para el algodón que Francia o Austria-Hungría—, lo propio ocurrió con las industrias de productos químicos y eléctricos por no hablar de las fábricas de armas. Enormes factorías, empleando con frecuencia miles de trabajadores, se levantaron alrededor de San Petersburgo, de Moscú y de otras ciudades importantes. La red rusa de ferrocarriles, que medía ya unos 47.000 kilómetros en 1900, era constantemente aumentada, de manera que, en 1914, se acercaba a los 71.000 kilómetros. El comercio exterior, estabilizado al adoptar Rusia el patrón oro en 1892, casi se triplicó entre 1890 y 1914, en que Rusia se convirtió en la sexta nación comercial del mundo. La inversión extranjera, atraída no solamente por títulos del Gobierno y de los ferrocarriles, sino también por la potencia de los negocios rusos, trajeron enormes cantidades de capital para la modernización de la economía. Esta gran corriente de fondos se sumó a los torrentes de dinero que el Estado (enriquecido por los crecientes aranceles y los impuestos sobre el vodka y otros artículos de consumo) vertió también en la infraestructura económica. En 1914, según han observado muchos historiadores, Rusia se había convertido en la cuarta potencia industrial del mundo. Si continuaba estas tendencias, ¿no podría al fin poseer una fuerza industrial concomitante con su extensión territorial y su población?

Sin embargo, una mirada por el otro extremo del telescopio nos da una imagen completamente distinta. Si había aproximadamente tres millones de trabajadores en las fábricas rusas en 1914, esto representaba el grado terriblemente bajo del 1,75 por ciento de la población, y si las empresas que empleaban diez mil trabajadores en una fábrica textil parecían imponentes sobre el papel, la mayoría de los expertos están ahora de acuerdo en que aquellas cifras pueden ser engañosas, ya que los husos eran manejados durante la noche por «turnos» frescos de hombres y mujeres en una sociedad rica en mano de obra pero pobre en tecnología¹²⁹. Tal vez aún más significativo era el hecho de que gran parte de la industrialización rusa, y salvo algunos empresarios

nativos estaba en manos de extranjeros —por ejemplo, una afortunada empresa internacional como «Singer» o grandes números de ingenieros británicos— o había sido al menos creada por inversores extranjeros. «En 1914, el 90 por ciento de la minería, casi el 100 por ciento de la extracción de petróleo, el 40 por ciento de la industria metalúrgica, el 50 por ciento de la industria de productos químicos e incluso el 28 por ciento de la industria textil eran propiedad de extranjeros¹³⁰.» Esto no era en sí mismo una cosa desacostumbrada —la posición de Italia era en cierto modo similar—, pero demuestra una enorme confianza en el sentido empresarial y en el capital extranjeros, que podían o no podían (como en 1899 y 1905) mantener su interés, más que en los recursos del país para el crecimiento industrial. A principios del siglo XX, Rusia había incurrido en la más grande deuda exterior del mundo y necesitaba, para conservar la afluencia de fondos, ofrecer cotizaciones en el mercado superiores a lo corriente a los inversores; pero los pagos de intereses al exterior eran cada vez más grandes que las balanzas comerciales «visibles»: en suma, una situación precaria.

Esto era tal vez sólo otra señal de una economía «inmadura», como lo era el hecho de que la parte más grande de la industria rusa estaba dedicada a los tejidos y la preparación de alimentos (en vez, digamos, de maquinaria y productos químicos). Sus aranceles eran los más elevados de Europa, para proteger a industrias que eran simultáneamente inmaduras e ineficaces; sin embargo la afluencia de productos manufacturados de importación se elevaba a cada aumento en el presupuesto de defensa y en la construcción de vías férreas. Pero tal vez el mejor indicio de su situación de subdesarrollo era el hecho de que, en fecha tan avanzada como 1913, el 63 por ciento de las exportaciones rusas consistían en productos agrícolas y el 11 por ciento en madera¹³¹, ambas desesperadamente necesarias para pagar los instrumentos agrícolas americanos, las máquinas herramienta alemanas y los intereses de la gran deuda exterior del país, pagos que, sin embargo, nunca se podían efectuar del todo.

Sin embargo, la valoración de la fuerza rusa es todavía peor si atendemos a la producción *comparativa*. Aunque Rusia era la cuarta potencia industrial antes de 1914, iba muy por detrás de los Estados Unidos, de Gran Bretaña y de Alemania. En los índices de su producción de acero, consumo de energía, participación en la producción manufacturera mundial y potencial industrial total, era eclipsada por Gran Bretaña y Alemania, y cuando estas cifras se relacionaban con el volumen de la población y se calculaban sobre una base per cápita, la diferencia era realmente enorme. En 1913, el nivel de industrialización per cápita de Rusia era

de menos de la cuarta parte del de Alemania y de menos de la sexta parte del de Gran Bretaña¹³².

En el fondo, la Rusia que en 1914 aterrizó al joven Moltke y al embajador británico en San Petersburgo era una sociedad rural. Aproximadamente el 80 por ciento de la población vivía de la agricultura y buena parte del resto seguía manteniendo lazos con el pueblo y el municipio rural. Este hecho diferencial tiene que relacionarse con otros dos. El primero es que el enorme crecimiento de la población —61 millones de nuevas almas entre 1890 y 1914— se produjo sobre todo en los pueblos y en las regiones más atrasadas (y no rusas), donde el suelo pobre, la escasez de abonos y los arados de madera eran corrientes. El segundo es que todos los datos internacionales comparativos de este período muestran lo ineficaz que era la agricultura rusa: su cosecha de trigo era menos de un tercio de la de Gran Bretaña y Alemania, y la de patatas, aproximadamente la mitad¹³³. Aunque había fincas y granjas modernas en la región del Báltico, en otras muchas zonas la posesión en común de las tierras y el hábito medieval de cultivo de barbecho producían el efecto de quitar incentivos a la empresa individual. Lo propio hacía la redistribución periódica de las tierras. La mejor manera de incrementar la parte de la familia en la tierra era simplemente tener más hijos antes de la próxima redistribución. Este problema estructural se agravaba con las deficientes comunicaciones, el imprevisible pero temible impacto del clima sobre las cosechas y la gran disparidad entre las provincias «excedentarias» del Sur y las superpobladas y menos fértiles provincias «importadoras de la vieja Rusia propiamente dicha». En consecuencia, si la producción agrícola creció continuamente en aquellas décadas (aproximadamente un 2 por ciento anual) sus ganancias fueron grandemente reducidas por el aumento de población (1,5 por ciento anual). Y como este enorme sector agrícola aumentaba su producción *per cápita* en sólo el 0,5 por ciento anual, el *verdadero producto nacional de Rusia* solamente aumentaba un 1 por ciento por cabeza¹³⁴, mucho menos que los de Alemania, los Estados Unidos, el Japón, Canadá y Suecia y, desde luego una cifra muy diferente de los tan cacareados aumentos *industriales* anuales del 5 o el 8 por ciento.

Las consecuencias sociales de todo esto son también un factor a tener en cuenta en toda valoración del *poder* ruso. El profesor Grossman observa que «el crecimiento extraordinariamente rápido de la industria tendía a ir del brazo con un gran retraso —e incluso significativos reveses— en otros sectores, especialmente en la agricultura y en el consumo personal; también tendía a superar la modernización de la sociedad, si se me permite esta frase¹³⁵». Es, en realidad, una frase muy adecuada. Pues lo que

ocurría era que un país de sumo atraso económico estaba siendo impulsado a la edad moderna por autoridades políticas obsesionadas por la necesidad de «adquirir y conservar la posición de una Gran Potencia europea»¹³⁶. Así, aunque ciertamente se pueden detectar considerables actividades empresariales autopropulsadas, el gran *impulso* hacia la modernización era inspirado por el Estado y estaba en relación con las necesidades militares: ferrocarriles, hierro y acero, armamentos, etcétera. Pero, para permitirse la gran afluencia de artículos manufacturados importados del extranjero y poder pagar los intereses de la enorme deuda exterior, el Estado ruso tenía que asegurarse de que las exportaciones agrícolas (especialmente de trigo) aumentasen continuamente, incluso en períodos de hambre, como 1891; el lento aumento de la producción agrícola no implicó, durante muchos años, un mejor nivel de vida para los campesinos desgraciados y subalimentados. Por la misma razón, con el fin de pagar las enormes inversiones del Estado para la industrialización y los gastos de defensa, tenían que elevarse repetidamente los impuestos (principalmente indirectos) y reducirse el consumo personal. Para emplear una expresión de los historiadores de la economía, el régimen zarista imponía un ahorro «forzoso» a su desdichado pueblo. De aquí el hecho sorprendente de que «en 1913, el ruso corriente pagaba por gastos de defensa el 50 por ciento más sobre la renta que el inglés corriente, aunque la renta del ruso equivalía solamente al 27 por ciento de la de su contemporáneo británico»¹³⁷.

El fuerte costo social de esta perniciosa combinación de atraso agrario, industrialización y enormes gastos militares es fácil de imaginar. En 1913, mientras el Gobierno ruso asignaba 970 millones de rublos a la Fuerzas Armadas, sólo se destinaron 154 millones a salud y educación, y como la estructura administrativa no daba a las localidades los poderes fiscales de los Estados norteamericanos o de los Gobiernos locales ingleses, aquella inadecuación no podía compensarse en parte alguna. En las ciudades de rápido crecimiento, los obreros tenían que vivir sin alcantarillado, con grandes riesgos sanitarios, espantosas condiciones de sus viviendas y pagando alquileres elevados. Los niveles de embriaguez eran fantásticos: una manera de evadirse a corto plazo de la cruda realidad. El índice de mortalidad era el más elevado de Europa. Estas condiciones, la disciplina impuesta dentro de las fábricas y la ausencia de un aumento apreciable en el nivel de vida, producían un resentimiento amenazador contra el sistema, que era a su vez campo abonado para los populistas, los bolcheviques, los anarcosindicalistas y los radicales; en realidad, para todos aquellos que (a pesar de la censura) predicaban cambios drásticos. Después de los épicos disturbios de 1905, el ambiente se enfrió

durante un tiempo; pero en los tres años de 1912-1914, la incidencia de huelgas, protestas masivas, detenciones por la Policía y muertes, aumentaron en un grado alarmante¹³⁸. Sin embargo, aquella clase de fermento palidecía en comparación con el problema que había aterrorizado a todos los gobernantes rusos desde Catalina la Grande hasta el régimen actual: la «cuestión campesina». Cuando las cosechas eran malas y aumentaban los precios, esto se combinaba con el profundo resentimiento contra los alquileres altos y las malas condiciones de trabajo para producir fuertes estallidos de inquietud en el campo. Después de 1900, el historiador Norman Stones escribe:

Las provincias de Poltira y de Tambov fueron en su mayor parte devastadas; casas de campo incendiadas, animales mutilados. En 1901 hubo 155 intervenciones de las tropas (contra 36 en 1898) y 322 en 1903, habiendo participado 295 escuadrones de Caballería y 300 batallones de Infantería, algunos con artillería. 1902 fue el punto culminante de todo aquello. Se emplearon tropas para aplastar a los campesinos en 365 ocasiones. En 1903, para mantener el orden interior, se movilizó una fuerza más numerosa que el Ejército de 1812... En sesenta y ocho de los setenta y cinco distritos de la Tierra Negra central, hubo «disturbios»: cincuenta y cuatro fincas arrasadas. La zona peor fue Saratov¹³⁹.

Sin embargo, cuando el ministro del Interior, Stolipin, trató de reducir este descontento disolviendo las comunidades campesinas después de 1908, simplemente provocó nuevas agitaciones, fuese de pueblos resueltos a conservar su sistema comunal o de agricultores ahora independientes que fueron pronto a la bancarrota. Así, «se necesitaron tropas en 13.507 ocasiones en enero de 1909, y en 114.108 ocasiones en (todo) aquel año. En 1913, se practicaron 100.000 detenciones por ataques al poder del Estado»¹⁴⁰. Inútil decir que todo esto cansaba a un Ejército reacio que, además, tenía que sofocar a las resentidas minorías étnicas —polacos, finlandeses, georgianos, letones, estonios, armenios—, que se esforzaban en conservar las concesiones que les habían otorgado de mala gana sobre la «rusificación» durante el período de debilidad del régimen, en 1905-1906¹⁴¹. Cualquier otra derrota militar habría hecho que aquellos grupos luchasen una vez más para librarse del dominio de Moscú. Aunque no sabemos exactamente la cifra, sin duda hubo una fuerte proporción de aquellos grupos en el total de dos millones de rusos que se casaron en agosto de 1914, para evitar su reclutamiento en el Ejército.

Dicho en pocas palabras, no es sólo desde la perspectiva de después de la Revolución bolchevique que podemos ver que Rusia era un polvorín sociopolítico antes de 1914, susceptible muy pro-

bablemente, de producir grandes conflagraciones en el caso de unas malas cosechas, de reducciones en los niveles de vida de los obreros fabriles o —posiblemente— de una guerra grande. Aquí nos vemos obligados a emplear las palabras «muy probablemente», ya que también existía (junto a estos descontentos) gente profundamente fiel al zar y al país en muchos sectores, una creciente asamblea nacionalista, mucho sentimiento paneslavo y un odio correlativo contra el extranjero. Ciertamente, había muchos publicistas y artesanos inútiles, tanto en 1914 como en 1904, que argüían que el régimen no podía parecer reticente en los grandes problemas internacionales. Si había guerra, decían, la nación se mantendría firme hasta conseguir la victoria¹⁴².

Pero, ¿podía ser segura esta victoria, dados los que serían probablemente antagonistas de Rusia en 1914? En la guerra contra el Japón, el soldado ruso había combatido valiente y estoicamente —lo mismo que en Crimea y en la guerra de 1877 contra Turquía—, pero el mando incompetente, el mal apoyo logístico y la táctica defectuosa habían producido su efecto. ¿Podían ahora los servicios armados lanzarse contra Austria-Hungría —y, más particularmente, contra el poderío militar-industrial de la Alemania imperial— con mejores resultados? A pesar de todos sus aumentos absolutos en producción industrial durante este período, lo terrible era que la fuerza productiva de Rusia estaba realmente ~~decreciendo en relación con la de Alemania~~. Así, por ejemplo, entre 1900 y 1913, su producción de acero se elevó de 2,2 a 4,8 millones de toneladas, pero la de Alemania saltó de 6,3 a 17,6 millones. De la misma manera, los aumentos en el consumo de energía y en el potencial industrial total de Rusia no eran tan grandes, ni absoluta ni relativamente, como los de Alemania. Por último, hay que advertir que, en los años de 1900-1913, la parte de Rusia en la producción manufacturera mundial descendió del 8,8 al 8,2 por ciento, debido al aumento de las partes alemana y (especialmente) americana¹⁴³. No eran tendencias muy alentadoras.

Pero, se ha argüído, «por el rasero con que se medían los ejércitos en 1914», Rusia era poderosa, ya que «una guerra que pudiese a prueba la economía y las estructuras burocráticas del Estado tanto como a los ejércitos» no era prevista por los expertos militares¹⁴⁴. Si era así, uno se pregunta por qué las referencias contemporáneas al poder militar alemán llamaban la atención sobre el acero «Krupp», los astilleros, la industria de colorantes y la eficacia de los ferrocarriles alemanes, *tanto como* sobre las fuerzas de primera línea¹⁴⁵. En cambio, si son simplemente las cifras militares las que cuentan, entonces el hecho de que Rusia crease cada vez más divisiones, baterías de artillería, ferrocarriles estratégicos y buques de guerra, era impresionante. Presumiendo

que la guerra fuese corta, todas estas estadísticas generales indicaban la fuerza creciente de Rusia.

Sin embargo, una vez descartado este nivel superficial de cuentas numéricas, incluso la cuestión militar se vuelve más problemática. Una vez más, el factor decisivo era el atraso socioeconómico y técnico de Rusia. El mero volumen de su enorme población campesina que sólo un quinto de cada cohorte anual era en realidad reclutado para las fuerzas armadas; la incorporación a filas de todos los hombres aptos habría sumido al sistema en un caos. Pero los campesinos que eran reclutados difícilmente podían ser considerados como material ideal para una guerra industrializada moderna. Gracias a la cruda y superpesada concentración sobre los armamentos, más que en el campo más amplio y más sutil de la fuerza nacional (p. ej., niveles generales de educación, experiencia tecnológica, eficacia burocrática), Rusia estaba terriblemente atrasada a nivel *personal*. En fecha tan tardía como 1913, sólo el 30 por ciento de la población sabía leer y escribir, porcentaje que, como observó irónicamente un experto, «era mucho más bajo que el de Inglaterra a mediados del siglo XVIII»¹⁴⁶. Y si estaba bien votar grandes sumas de dinero para nuevos reclutas, ¿serían éstos de mucha utilidad si el Ejército tenía tan pocos suboficiales instruidos? Los expertos del Estado Mayor ruso, mirando con «sentimientos de inferioridad y de envidia» la fuerza alemana a este respecto, creían que no. También se daban cuenta (como algunos observadores extranjeros) de la terrible escasez de buenos oficiales¹⁴⁷. Ciertamente, a juzgar por las pruebas de que hoy disponemos, parece que en casi todos los aspectos —artillería pesada, ametralladoras, manejo de grandes unidades de Infantería, niveles de instrucción técnica, comunicaciones e incluso su numerosa flota y aviación— los militares rusos eran plenamente conscientes de sus puntos flacos¹⁴⁸.

A la misma clase de sombrías conclusiones se llegó cuando fueron examinando con detalle el sistema ferroviario estratégico y la movilización planificada por Rusia. Aunque el kilometraje *total* de la red ferroviaria en 1914 parecía imponente, al ponerse en relación con las enormes distancias del Impero ruso, —o compararse con los mucho más densos sistemas de Europa occidental— quedó bien claro que era inadecuado. En todo caso, como muchas de estas líneas eran de construcción barata, los raíles eran a menudo demasiado ligeros y la base de las vías demasiado flojas, y había pocos depósitos de agua y pocas intersecciones. Algunas locomotoras funcionaban con carbón, otras con petróleo, otras con madera, la cual complicaba aún más las cosas; pero éste era un problema pequeño comparado con el hecho de que las localizaciones del Ejército en tiempo de paz eran completa-

mente distintas de sus zonas de despliegue en tiempo de guerra y eran afectadas por la deliberada política de dispersión (los polacos estarían en Asia, los caucasianos en las provincias del Báltico, etc.). Sin embargo si se producía una gran guerra, las masas de tropas tenían que ser de algún modo transportadas por el inadecuado personal de los batallones de ferrocarriles, «más de una tercera parte del cual era total o parcialmente analfabeto, mientras que las tres cuartas partes de los oficiales carecían de instrucción técnica»¹⁴⁹.

El problema de movilización y despliegue era exacerbado por la dificultad casi insuperable causada por los compromisos de Rusia con Francia y Serbia. Dados la poca eficacia del sistema ferroviario del país y la vulnerabilidad de las fuerzas desplegadas en el saliente polaco a un posible ataque «en tenaza» desde Prusia oriental y Galitzia, había parecido prudente al alto mando ruso, antes de 1900, permanecer a la defensiva al comienzo de la guerra y aumentar poco a poco su fuerza militar, y ciertamente, algunos estrategas preconizaban todavía este sistema en 1912. Sin embargo, muchos más generales eran partidarios de atacar a Austria-Hungría (contra la cual estaban seguros de vencer) y, al aumentar la tensión entre Viena y Belgrado, de ayudar a Serbia en el caso de una invasión austro-húngara. Pero Rusia no podía concentrar sus fuerzas en el frente meridional por miedo de lo que pudiese hacer Alemania. Durante decenios, después de 1871, los planificadores habían presumido que una guerra ruso-alemana empezaría con un ataque masivo y rápido de Alemania hacia el Este. Pero cuando se hizo claro el esquema del Plan Schlieffen, Francia presionó con enorme fuerza a San Petersburgo para que lanzase una ofensiva contra Alemania *lo antes posible*, con el fin de aliviar a su aliada occidental. El miedo de que Francia fuese eliminada, junto con la tenaz insistencia de París de que los ulteriores préstamos estarían condicionados por el mejoramiento de la capacidad *ofensiva* de Rusia, obligó a los planificadores rusos a convenir en atacar hacia el Oeste con la mayor rapidez posible. Todo esto había causado fuertes disputas dentro del Estado Mayor en los años anteriores a 1914, con los diversos grupos de opinión discrepando sobre el número de cuerpos de ejército a desplegar en el frente norte, como opuesto al frente sur; sobre el desmantelamiento de las viejas fortalezas defensivas en Polonia (donde, aunque parezca absurdo, se había emplazado buena parte de la nueva artillería), y sobre la posibilidad de ordenar una movilización parcial en vez de total. Dadas las obligaciones diplomáticas de Rusia, la ambivalencia era tal vez comprensible; pero era contraproducente si se trataba de montar una máquina militar fácilmente gobernable y que asegurase rápidas victorias contra los enemigos¹⁵⁰.

Este catálogo de problemas podría extenderse casi hasta la saciedad. Las cincuenta divisiones de Caballería rusa, aunque vitales en un país con pocas carreteras modernas, requerían tanto forraje —había aproximadamente un millón de caballos!— que esto produciría probablemente, por sí solo, un atasco del sistema ferroviario; el abastecimiento de heno retrasaría ciertamente cualquier operación ofensiva sostenida o incluso el movimiento de las tropas de reserva. Debido al atraso del sistema de transporte y a las funciones de policía interna desarrollada por los militares, literalmente millones de soldados no podían ser considerados como tropas de primera línea en tiempo de guerra. Y aunque las cantidades de dinero asignadas al Ejército antes de 1914 parecían enormes, buena parte de ellas era consumida por las necesidades básicas de alimentación, vestido y forraje. De manera parecida, y a pesar de los aumentos a gran escala en la flota y del hecho de que muchos de los nuevos barcos habían sido calificados de «excelentes»¹⁵¹, la Marina requería un nivel mucho más alto de instrucción técnica, así como maniobras tácticas más frecuentes, para que su personal fuese realmente eficaz, como no era así (las tripulaciones estaban en su mayoría acuarteladas en tierra) y la flota tenía que dividirse entre el Báltico y el mar Negro, las perspectivas de poder marítimo ruso no eran buenas, a menos de que luchase solamente contra los turcos.

Finalmente, ninguna valoración de la capacidad global de Rusia en este período puede prescindir de algunos comentarios sobre el propio régimen. Aunque ciertos observadores extranjeros admiraban su sistema autocrático y centralizado, arguyendo que daba mayores consistencia y fuerza a la política nacional de lo que eran capaces las democracias occidentales, un examen más atento habría revelado innumerables fallos. El zar Nicolás II era un pueblo Potemkin en persona, sencillo, solitario, reacio a tomar decisiones difíciles y ciegamente convencido de su sagrada relación con el pueblo ruso (sobre cuyo bienestar no mostraba, desde luego, interés alguno). Los métodos de toma de decisiones oficiales a los más altos niveles, eran suficientes para dar un mal sentido al término «bizantinismo»: grandes duques irresponsables, la desequilibrada emperatriz, pesaban mucho más que los ministros diligentes e inteligentes que podía reclutar el régimen y que sólo ocasionalmente podían hacerse oír por el zar. La falta de consultas y de comprensión entre, digamos, el Ministerio de Asuntos Exteriores y los militares era a veces espantosa. La actitud de la corte para con la asamblea (la Duma) era de desprecio no disimulado. Lograr reformas radicales en un ambiente en que la aristocracia se preocupaba solamente de sus privilegios y el zar de su tranquilidad mental, era imposible. Aquí había una elite constantemente atemorizada por

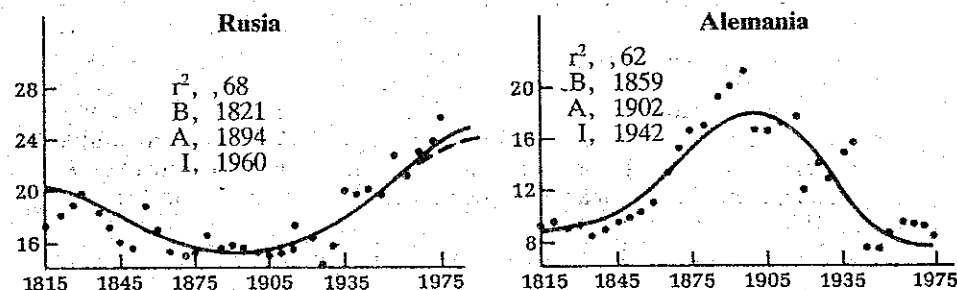
la agitación de los obreros y los campesinos, y, sin embargo, el Gobierno, aunque era el que gastaba más del mundo en términos absolutos, mantenía los impuestos directos sobre los ricos a un nivel mínimo (6 por ciento de los ingresos del Estado) e imponía cargas masivas a los artículos alimenticios y al vodka (aproximadamente el 40 por ciento). He aquí un país con una delicada balanza de pagos, pero sin posibilidad de evitar (o de gravar) la enorme salida de dinero que los aristócratas rusos gastaban en el extranjero. Debido en parte a las tradiciones de una severa autocracia, en parte al terriblemente injusto sistema de clases y en parte a los bajos niveles de educación y de sueldos, Rusia carecía de aquellos cuadros de funcionarios competentes que hacían que *funcionasen* los sistemas administrativos, por ejemplo, alemán, británico y japonés. Rusia no era, en realidad, un Estado fuerte, y sin embargo, dadas las tendencias del liderazgo, era capaz de lanzarse sin preparación a complicaciones extranjeras, a pesar de las lecciones de 1904.

Entonces, ¿cómo vamos a valorar el verdadero poder de Rusia en aquellos años? Era indudable que crecía año tras año en términos industriales y militares. También es verdad que poseía otros muchos valores: el volumen de su Ejército, el patriotismo y el sentido de destino en ciertas clases de la sociedad, la casi invulnerabilidad de la tierra moscovita. Contra Austria-Hungría, contra Turquía, tal vez ahora incluso contra el Japón, tenía buenas perspectivas de luchar y vencer. Pero lo horrible era que el choque amenazador con Alemania era demasiado inminente para que Rusia pudiese hacerle frente. «Dad al Estado veinte años de paz interior y exterior —se jactó Stolipin en 1909— y no reconoceréis a Rusia.» Esto *podía* haber sido verdad, aunque era probable que la fuerza de Alemania aumentase también durante el mismo período. Sin embargo, según los datos producidos por los profesores Doran y Parsons (véase Gráfico 1), el «poder relativo» de Rusia en aquellas décadas empezó a elevarse desde su punto más bajo después de 1894, que era cuando Alemania estaba cerca de su punto culminante¹⁵².

Y si ésta puede ser una presentación demasiado esquemática para la mayoría de los lectores, lo cierto era que (como se ha mencionado anteriormente) el poder y la influencia de Rusia habían declinado a lo largo de buena parte del siglo XIX en proporción aproximada a su creciente atraso económico. Todos los conflictos importantes (la Guerra de Crimea, la Guerra Ruso-Japonesa) habían revelado nuevas y antiguas debilidades militares y obligado al régimen a esforzarse en estrechar la distancia que se había abierto entre Rusia y las naciones occidentales. En los años anteriores a 1914, algunos observadores creyeron que aquella distancia em-

pezaba a reducirse de nuevo, aunque persistían otros muchos puntos falsos. Como no podría tener las dos décadas de paz requeridas por Stolipin, tendría que pasar una vez más por la prueba de la guerra para ver si había recobrado, en la política de poder europea, el lugar que había ocupado en 1815 y en 1848.

Gráfico 1. Poder Relativo de Rusia y Alemania



Clave:

B = año de punto bajo

A = año de punto alto

I = año de punto de inflexión

Fuente: Doren y Parsons

Estados Unidos

De todos los cambios que se estaban produciendo en el equilibrio de poder mundial durante finales del siglo XIX y principios del XX, es indudable que el más decisivo para el futuro fue el crecimiento de los Estados Unidos. Terminada la Guerra Civil, los Estados Unidos fueron capaces de explotar las muchas ventajas mencionadas más arriba: rico suelo agrícola, abundancia de materias primas y la maravillosa y conveniente evolución de la moderna tecnología (ferrocarriles, máquinas de vapor, equipos de minería) para desarrollar aquellos recursos; la ausencia de presiones sociales y geográficas, la inexistencia de peligros significativos desde el exterior, la afluencia de capitales de inversión extranjeros y, cada vez más, domésticos, para transformarse a un ritmo asombroso. Por ejemplo, entre la terminación de la Guerra Civil en 1865 y el estallido de la Guerra Hispano-Americana en 1898, la produc-

ción de trigo de los Estados Unidos aumentó en un 256 por ciento, la de maíz en un 222 por ciento, la de azúcar refinado en un 460 por ciento, la de carbón en un 800 por ciento, la de raíles de acero en un 523 por ciento y el kilometraje de vías férreas en funcionamiento en más de un 567 por ciento. «En las industrias más nuevas, el crecimiento, empezando casi desde cero, fue tan grande que los porcentajes carecen de sentido. Así, la producción de petróleo en crudo pasó de unos 3.000.000 de barriles en 1865 a más de 5.000.000 en 1899, y la de lingotes y piezas fundidas de acero, de menos de 20.000 toneladas inglesas a casi 9.000.000¹⁵³.» Este crecimiento no se interrumpió con la guerra contra España, sino que, por el contrario, prosiguió al mismo ritmo meteórico al iniciarse el siglo XX. Ciertamente, dadas las ventajas consignadas más arriba, todo este proceso era virtualmente inevitable. Es decir, solamente una inepticia humana persistente o una guerra civil casi constante o un desastre climático habrían podido impedir esta expansión..., o disuadir a los millones de inmigrantes que cruzaban el Atlántico para participar en el tesoro y aumentar la fuerza de trabajo productivo.

Los Estados Unidos parecían tener *todas* las ventajas económicas que *algunas* de las otras potencias poseían *en parte*, pero *ninguna* de sus desventajas. Era un país inmenso, pero las grandes distancias eran acortadas por unos 380.000 kilómetros de vía férrea en 1914 (comparados con los 73.000 kilómetros de Rusia, extendidas en un área dos veces y media más grandes). Su rendimiento agrícola por acre era siempre superior al de Rusia y, si nunca era tan grande como el de las regiones de cultivo intenso de la Europa occidental, la extensión del área cultivada, la eficacia de su maquinaria agrícola y los costos menguantes del transporte (gracias a los ferrocarriles y a los barcos de vapor) hacían que el trigo, el maíz, la carne de cerdo y de buey, y otros productos, fuesen más baratos que en cualquier parte de Europa. Tecnológicamente, grandes empresas americanas, como «International Harvester», «Singer», «Du Pont», «Bell», «Colt», y «Standard Oil» eran iguales, o a menudo mejores, que cualesquiera otras del mundo, y disfrutaban de un enorme mercado doméstico y de economías de balance, que sus rivales alemanes británicos y suizos no poseían. En Rusia, el «gigantismo» no era un bien indicador de la eficacia industrial¹⁵⁴; en los Estados Unidos, generalmente lo era. Por ejemplo, «Andrew Carnegie» producía más acero que toda Inglaterra junta cuando vendió su negocio, en 1901, a la colosal organización de J. P. Morgan, «United States Steel Corporation»¹⁵⁵. Cuando el famoso diseñador inglés de barcos de guerra Sir William White viajó a los Estados Unidos en 1904, se asombró al descubrir que catorce acorazados y trece cruceros estaban siendo construidos simultáneamente

en los astilleros americanos (aunque, curiosamente, la Marina mercante de los Estados Unidos seguía siendo pequeña). La industria y la agricultura y las comunicaciones destacaban tanto por su eficacia como por su volumen. Por consiguiente, no es de extrañar que la renta nacional de los Estados Unidos, en cifras absolutas y per cápita, superase a las de todos los demás países en 1914¹⁵⁶.

TABLA 21. RENTA NACIONAL, POBLACIÓN Y RENTA PER CÁPITA DE LAS POTENCIAS EN 1914

	Renta Nacional (miles de millones \$)	Población (millones)	Renta per cápita (\$)
Estados Unidos	37	98	377
Gran Bretaña	11	45	244
Francia	6	39	153
Japón	2	55	36
Alemania	12	65	184
Italia	4	37	108
Rusia	7	171	41
Austria-Hungría	3	52	57

Las consecuencias de esta rápida expansión se reflejan en la Tabla 21, y en la pertinente estadística comparativa. En 1914, los Estados Unidos producían 455 millones de toneladas de carbón, mucho más que los 292 millones de Gran Bretaña y los 277 millones de Alemania. Era el más grande productor de petróleo del mundo y el mayor consumidor de cobre. Su producción de hierro colado era mayor que la de los tres países que le seguían (Alemania, Gran Bretaña y Francia) juntos, y su producción de acero casi igual¹⁵⁷ a los cuatro países que le seguían en orden (Alemania, Gran Bretaña, Rusia y Francia). Su consumo de energía derivada de fuentes modernas era, en 1913, igual a la de Gran Bretaña, Alemania, Francia, Rusia y Austria-Hungría juntas. Producía y poseía más vehículos de motor que el resto del mundo junto. Era, en realidad, todo un continente rival y crecía tan de prisa que estaba a punto de alcanzar a toda Europa. Según un cálculo, si hubiese continuado este ritmo de crecimiento y no se hubiese producido una guerra mundial, los Estados Unidos habrían superado a Europa, como región poseedora de la mayor producción económica del mundo, en 1925¹⁵⁸. Lo que hizo la Primera Guerra Mundial, por las pérdidas económicas y las dislocaciones sufridas por las grandes potencias más viejas, fue acelerar en seis años aquel término, reduciéndolo a 1919¹⁵⁹. La «era Vasco da Gama» —los cuatro siglos

de dominio europeo en el mundo— estaba tocando a su fin, incluso antes del cataclismo de 1914.

El papel del comercio exterior en el crecimiento económico de los Estados Unidos era ciertamente pequeño (alrededor del 8 por ciento de su PNB se derivaba del comercio exterior en 1913, en comparación con el 26 por ciento de Gran Bretaña)¹⁶⁰, pero su impacto económico sobre otros países era considerable. Tradicionalmente, los Estados Unidos habían exportado materias primas (especialmente algodón) importado productos manufacturados acabados y compensado el acostumbrado déficit en comercio «visible» con la exportación de oro. Pero el auge de la industrialización después de la Guerra Civil transformó aquel panorama. Al convertirse rápidamente en el mayor productor de artículos manufacturados del mundo, los Estados Unidos empezaron a lanzar su maquinaria agrícola, sus útiles de hierro y acero, sus máquinas herramientas, su equipo eléctrico y otros productos al mercado mundial. Al propio tiempo, la camarilla de industriales norteamericanos era tan poderosa que aseguraba que los productos extranjeros se mantendrían fuera del mercado interior gracias a unos aranceles cada vez más altos; en cambio, las materias primas o los artículos especializados (como los tintes alemanes) eran importados en cantidades cada vez mayores para abastecer la industria americana. Pero, si el auge de las exportaciones industriales del país era el cambio más significativo, la «revolución del transporte» fomentaba también las exportaciones de productos agrícolas americanos. Al bajar de 40 a 10 centavos el costo de transportar 35,24 l de trigo de Chicago a Londres, en el medio siglo anterior a 1900, los productos agrícolas americanos circularon en grandes cantidades a través del Atlántico. Las exportaciones de maíz alcanzaron en 1897 747 mil millones de litros, mientras que las exportaciones de trigo llegaron a 842 mil millones de litros en 1901; aumentos similares se registraron en otros cereales y en la harina, en la carne y sus productos derivados¹⁶¹.

Las consecuencias de esta transformación comercial fueron, desde luego, principalmente económicas, pero también empezaron a afectar a las relaciones internacionales. La superproductividad de las fábricas y las fincas americanas ocasionaron un miedo muy extendido a que incluso su enorme mercado doméstico fuese pronto incapaz de absorber tantos artículos, e indujo a grupos poderosos (agricultores del Mediano Oeste, productores de acero de Pittsburg) a presionar al Gobierno para que prestase toda clase de ayuda a la apertura o, al menos, a mantener abiertos mercados en ultramar. La agitación para preservar una «puerta abierta» en China y el gran interés mostrado en hacer de los Estados Unidos la fuerza económica dominante en América Latina, fueron sola-

mente dos de las manifestaciones de esta preocupación por aumentar la participación del país en el comercio mundial¹⁶². Entre 1860 y 1914, los Estados Unidos aumentaron sus exportaciones en más de siete veces (de 334 millones de dólares a 2.365 millones), pero, como eran tan proyectores de sus propio mercado, sus importaciones aumentaron solamente cinco veces (de 356 millones de dólares a 1.896 millones). Ante este alud de comida americana barata, los agricultores europeos continentales pidieron aranceles más altos, y generalmente los consiguieron; en Gran Bretaña, que había sacrificado a sus agricultores en aras al libre comercio, fue la afluencia de máquinas, hierro y acero americanos, lo que produjo alarma. Mientras el periodista W. T. Stead escribía, en tono sensacionalista, sobre la «americanización del mundo» —frase que fue título suyo de 1902—, el Káiser Guillermo y otros líderes europeos apuntaban la necesidad de unirse contra el «desleal» coloso comercial americano¹⁶³.

Tal vez aún más desestabilizador, aunque menos comprendido, fue el impacto de los Estados Unidos sobre el sistema financiero y la circulación monetaria del mundo. Como tenían un superávit tan grande en su comercio con Europa, el déficit de ésta tenía que ser resuelto con transferencias de capital, que venían a sumarse a la enorme corriente de inversiones directas europeas en industrias y obras y servicios de los Estados Unidos (que representaron un total de 7.000 millones de dólares en 1914). Aunque parte de este caudal de dinero hacia el Oeste era recuperada por los rendimientos de las inversiones europeas y por el pago de servicios tales como el transporte marítimo y los seguros, el déficit seguía siendo grande y aumentaba constantemente, exacerbado por la política del Tesoro estadounidense de acumular (y conservar) casi un tercio del stock de oro mundial. Además, aunque los Estados Unidos se habían convertido ahora en parte integrante de un sistema de comercio mundial —soportando un déficit con respecto a los países proveedores de materias primas, y teniendo un fuerte superávit con Europa—, su propia estructura financiera era subdesarrollada. Por ejemplo, la mayor parte de su comercio exterior se concertaba en libras esterlinas y Londres actuaba como prestamista de oro, como último recurso. Sin ningún Banco Central que controlase los mercados financieros, con una enorme circulación de fondos en ambas direcciones, entre Nueva York y los Estados de las praderas, condicionado solamente por las cosechas de grano, y éstas a su vez por un clima voluble, y con especuladores capaces de trastornar no solamente el sistema monetario doméstico, sino también las frecuentes peticiones de oro en Londres, los Estados Unidos se estaban convirtiendo, en los años anteriores a 1914, en un grande pero imprevisible fuelle, que avivaba, pero a veces

enfriaba dramáticamente, el sistema comercial del mundo. La crisis bancaria americana de 1907 (provocada en un principio por un intento de los especuladores de monopolizar el mercado del cobre), con subsiguientes repercusiones en Londres, Amsterdam y Hamburgo, no fue más que un ejemplo de la manera en que estaban influyendo los Estados Unidos en la vida económica de las otras grandes potencias, incluso antes de la Primera Guerra Mundial¹⁶⁴.

Este crecimiento del poder industrial y del comercio ultramarino de Norteamérica fue acompañado, tal vez inevitablemente, de una diplomacia más perentoria y de una retórica de *Weltpolitik* de estilo americano¹⁶⁵. Las pretensiones de un don moral especial entre los pueblos de la Tierra, que hacía que la política exterior norteamericana fuese superior a las del Viejo Mundo, se entremezclaban con argumentos social-darvinistas y raciales y con el apremio de grupos de presión industriales y agrícolas para asegurarse los mercados de ultramar. La tradicional, aunque siempre exagerada alarma por las amenazas a la Doctrina de Monroe, iba acompañada de llamamientos para que los Estados Unidos cumplieren su «Destino Manifiesto» a través del Pacífico. Aun sosteniendo todavía que había que evitar las alianzas comprometedoras, muchos grupos presionaban en el interior a los Estados Unidos para que ejerciesen una diplomacia mucho más activista, que fue precisamente lo que ocurrió bajo las administraciones de McKinley y (especialmente) de Theodore Roosevelt. La disputa de 1895 con Gran Bretaña sobre la frontera venezolana —justificada en términos de la Doctrina de Monroe— fue seguida, tres años más tarde, por la mucho más dramática guerra con España sobre la cuestión de Cuba. La demanda de Washington de tener el control único de un canal ístmico (en vez de tenerlo, como antiguamente, a medias con Gran Bretaña), la rectificación de la frontera de Alaska, a pesar de las protestas de Canadá, y los preparativos de la flota de guerra en el Caribe, en 1902-1903, después de las acciones alemanas contra Venezuela, fueron otros tantos indicios de la determinación de los Estados Unidos a no ser desafiados por ninguna otra gran potencia en el hemisferio occidental. Como «corolario» de esto, las administraciones norteamericanas se mostraron dispuestas a intervenir, por presiones diplomáticas y medios militares, en países de América Latina tales como Nicaragua, Haití, México y la República Dominicana, cuando su comportamiento no estaba de acuerdo con las normas de los Estados Unidos.

Pero el rasgo realmente novedoso de la política exterior norteamericana en este período fue sus intervenciones y su participación en acontecimientos *de fuera* del hemisferio occidental. Su asistencia a la Conferencia de Berlín de 1884-1885 sobre África occidental ha-

bía sido anómala y confusa: después de discursos grandilocuentes de la delegación de los Estados Unidos en pro del libre comercio y las puertas abiertas, el subsiguiente tratado no fue nunca ratificado. Incluso en fecha tan tardía como 1892, el *New York Herald* proponía la abolición del Departamento de Estado, ya que había tan pocas cuestiones que dirigir en ultramar¹⁶⁶. La guerra de 1898 con España cambió todo esto, no solamente por dar a los Estados Unidos una posición en el Pacífico occidental (las Filipinas) que les convertía también en una especie de potencia colonial asiática, sino también por favorecer la suerte política de aquellos que se habían mostrado partidarios de una política perentoria. La nota de «Puerta Abierta» del secretario de Estado Hay, el año siguiente, fue una indicación temprana de que los Estados Unidos deseaban tener voz y voto en China, como confirmaron al asignar 2.500 soldados americanos al ejército internacional enviado para restablecer el orden en China en 1900. Roosevelt mostró un deseo todavía mayor de intervenir en *grosse Politik*, al actuar como mediador en las conversaciones que pusieron fin a la Guerra Ruso-Japonesa, al insistir en la participación americana en la conferencia de 1906 sobre Marruecos, y al negociar con Japón y las otras potencias, en un intento de mantener la «Puerta Abierta» en China¹⁶⁷. Mucho de esto ha sido considerado más tarde por los eruditos menos como fundado en un cálculo serio de los intereses del país en el mundo que como una prueba de poca madurez en política exterior, de una ingenuidad etnocéntrica y de un deseo de impresionar al público del país y del extranjero, rasgos que complicarían una política exterior americana «realista» en el futuro¹⁶⁸; pero aunque esto sea verdad, los Estados Unidos no eran un caso aislado en esta era de jactancia imperialista y de orgullo nacionalista. En todo caso, salvo en las cuestiones chinas, este activismo diplomático no fue continuado por los sucesores de Roosevelt, que prefirieron mantener a los Estados Unidos al margen de los sucesos internacionales que ocurrían fuera del hemisferio occidental.

Junto a estas acciones diplomáticas, aumentaron los gastos en armas. De los dos servicios, la Marina se llevó la mayor parte, ya que constituiría la primera línea defensiva de la nación en el caso de un ataque del extranjero (o de un desafío a la Doctrina de Monroe) y también el instrumento más útil para apoyar a la diplomacia y al comercio estadounidenses en América Latina, el Pacífico y otras partes. La reconstrucción de la flota había empezado ya a finales de la década de 1880, pero el gran impulso se produjo en los días de la Guerra Hispano-Americana. Como las fáciles victorias navales en aquel conflicto parecieron justificar los argumentos del almirante Mahan y de la camarilla de la «gran Marina», y como los estrategas estaban preocupados por la posibilidad de una gue-

rra con Gran Bretaña y después, desde 1898 en adelante, con Alemania, la flota de combate fue aumentada continuamente. La adquisición de bases en Hawai, Samoa, las Filipinas y el Caribe, el empleo de buques de la Armada para actuar como «policías» en América Latina y el espectacular gesto de Roosevelt de enviar su «gran flota blanca» alrededor del mundo en 1907, todo ello parecía recalcar la importancia del poder marítimo.

En consecuencia, mientras los gastos navales de 22 millones de dólares en 1890 representaban solamente el 6,9 por ciento del gasto federal total, los 139 millones asignados a la Marina en 1914 representaban el 19 por ciento¹⁶⁹. No todos estos gastos eran adecuados —habían demasiadas bases navales en el país (resultado de presiones políticas locales) y pocos barcos de escolta—, pero el resultado era todavía imponente. Aunque considerablemente menor que la Royal Navy y con menos acorazados de tipo *Dreadnought* que Alemania, la Armada de los Estados Unidos era la tercera del mundo en 1914. Ni siquiera la construcción de un Canal de Panamá controlado por los Estados Unidos hizo que los planificadores americanos dejaran de inquietarse por el dilema estratégico de dividir la flota o dejar desamparada una de las costas del país; y las Memorias de algunos oficiales, en aquellos años, revelan un recelo un tanto paranoico de las potencias extranjeras¹⁷⁰. En realidad, dado su *rapprochement* de principios de siglo con Gran Bretaña, los Estados Unidos estaban inmensamente seguros y, aunque temiesen el auge del poder marítimo alemán, tenían realmente menos motivos de preocupación por este asunto que cualquiera de las otras principales potencias¹⁷¹.

El pequeño volumen de las fuerzas de tierra de los Estados Unidos era, en muchos aspectos, reflejo de aquella posición de seguridad. También el Ejército había sido impulsado por la guerra con España, al menos cuando el público se había dado cuenta de lo pequeño que era en realidad, de lo desorganizada que estaba la Guardia Nacional y de lo cerca que había estado del desastre al principio de la campaña en Cuba¹⁷². Pero el hecho de que el Ejército regular se hubiese triplicado después de 1900 y se hubiesen establecido guarniciones en las Filipinas y otras partes no impedía que el servicio pareciese todavía insignificante en comparación con el de un país europeo de mediana importancia, como Serbia o Bulgaria. Todavía más que Gran Bretaña, los Estados Unidos eran enemigos de tener ejércitos masivos y evitaban las obligaciones fijas militares con aliados. Menos de un 1 por ciento de su PNB era dedicado a la defensa. Por esto, y a pesar de sus actividades imperialistas en el período de 1898-1914, siguieron siendo lo que el sociólogo Herbert Spencer llamó una sociedad «industrial», más que una sociedad «militar» como Rusia. Dado que muchos his-

toridores han sugerido que «el auge de las superpotencias» empezó en este período, vale la pena observar la enorme *diferencia* entre Rusia y los Estados Unidos en vísperas de la Primera Guerra Mundial. La primera poseía un Ejército de primera línea unas diez veces mayor que los segundos; pero los Estados Unidos producían seis veces más de acero, consumían diez veces más de energía y eran cuatro veces más eficaces en producción industrial (en términos per cápita, eran seis veces más productivos)¹⁷³. Sin duda Rusia parecía la más poderosa a todos los Estados Mayores europeos que pensaban en guerras rápidas con masas de tropas disponibles; pero, según todos los demás criterios, los Estados Unidos eran fuertes y Rusia era débil.

Los Estados Unidos se habían convertido definitivamente en una gran potencia. Pero no formaban parte del sistema de las grandes potencias. No solamente la división de poderes entre la Presidencia y el Congreso hacía virtualmente imposible una política activa de alianzas, sino que también era claro que nadie estaba en favor de abandonar el estado existente de cómodo aislamiento. Separados de las otras naciones fuertes por miles de millas de océano, poseedores de un Ejército insignificante, contentos de haber logrado el dominio sobre el hemisferio y, al menos desde después de Roosevelt, menos ansiosos de intervenir en la diplomacia mundial, los Estados Unidos estaban todavía, en 1913, al margen del sistema de las Grandes Potencias. Y como la mayoría de los otros países estaban, después de 1906, volviendo su atención de Asia y África a los sucesos de los Balcanes y del mar del Norte, tal vez no era sorprendente que tendiesen a considerar a los Estados Unidos como un factor menos importante para el equilibrio internacional de poder de lo que había sido al producirse el cambio de siglo. Esta fue otra de las presunciones corrientes antes de 1914 que demostraría la Gran Guerra que eran erróneas.

Las alianzas y la marcha hacia la guerra, 1890-1914

El tercero y último elemento para comprender la manera en que estaba cambiando el sistema de las grandes potencias en aquellas décadas es examinar la voluble diplomacia de alianzas desde la dimisión de Bismarck hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Pues aunque los años de 1890 fueron testigos de algunos conflictos relativamente pequeños (la Guerra Chino-Japonesa, la Guerra Hispano-Americana, la Guerra de los Bóers) y más tarde de

un encuentro importante aunque localizado en la Guerra Ruso-Japonesa, la tendencia general después de aquella época fue la que Felix Gilbert denominó «rigidificación» de los bloques de alianza¹⁷⁴. Esto iba acompañado por la expectativa, por parte de la mayoría de los Gobiernos de que serían miembros de una coalición, si estallaba y cuando estallase una guerra. Esto alentaba y complicaba las valoraciones de poder nacional relativo ya que los aliados traían desventajas al mismo tiempo que ventajas.

Desde luego la tendencia hacia la diplomacia de alianzas no afectó a los lejanos Estados Unidos en aquella época, y sólo de un modo regional al Japón, a través de las alianzas anglo-japonesas de 1902 y 1905. En cambio, esta diplomacia afectó de manera creciente a las grandes potencias europeas, incluso a los británicos insulares, debido al miedo y a las rivalidades recíprocas que surgieron en aquellos años. Este sistema de alianzas militares fijas en tiempo de paz —raras, si es que existieron con anterioridad— fue iniciado por Bismarck en 1879, cuando trató de «controlar la política exterior de Viena y avisar a San Petersburgo, estableciendo la alianza austro-alemana. Según los cálculos secretos del canciller alemán, esta maniobra tendía también a inducir a los rusos a abandonar su «política errática»¹⁷⁵ y volver a la Liga de los Tres Emperadores, cosa que hicieron durante un tiempo; pero el legado más duradero de la acción de Bismarck fue que Alemania se comprometió a acudir en auxilio de Austria-Hungría en el caso de un ataque ruso. En 1882, Berlín había concluido también un tratado parecido con Roma para el caso de un ataque francés, y al cabo de otro año, tanto Alemania como Austria-Hungría habían ofrecido otra alianza secreta para ayudar a Rumania contra una agresión rusa. Los estudiosos de esta diplomacia insisten en que Bismarck perseguía principalmente objetivos defensivos y a corto plazo: tranquilizar a sus nerviosos amigos de Viena, Roma y Bucarest; tener a Francia diplomáticamente aislada, y preparar posiciones de «retirada» si los rusos invadían los Balcanes. Sin duda esto es verdad; pero también es cierto que *había* dado garantías y que, si bien no era públicamente conocida la naturaleza exacta de estos tratados secretos, hicieron que tanto Francia como Rusia se preocupasen de su propio aislamiento y sospechasen que el gran intriguante de Berlín había montado una coalición formidable para arrollarles en tiempo de guerra.

Aunque el propio «ligamen secreto» de Bismarck con San Petersburgo (el llamado Tratado de Reaseguro de 1887) impedía una ruptura formal entre Alemania y Rusia, había algo artificial y desesperado en los barrocos y engañosos esfuerzos del canciller para evitar la continua tendencia a una alianza franco-rusa a finales de la década de 1880. Las respectivas aspiraciones de Francia y Rusia

a recobrar Alsacia-Lorena y extenderse en Europa oriental eran principalmente atajadas por el miedo a Alemania. No había otro socio notable *continental* para aliarse con cualquiera de ellas, y ambas podían beneficiarse recíprocamente: Rusia con los préstamos y las armas de Francia, y Francia con la ayuda militar rusa. Aunque las diferencias ideológicas entre los burgueses franceses y el reaccionario régimen zarista retrasaron durante un tiempo esta tendencia, el retiro de Bismarck en 1890 y los más amenazadores movimientos del Gobierno de Guillermo II cerraron la cuestión. En 1894, la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia había sido contrarrestado por la Doble Alianza Franco-Rusa, compromiso político y militar que duraría tanto como la Triple Alianza ¹⁷⁶.

En más de un aspecto, este nuevo acontecimiento pareció estabilizar el escenario europeo. Existía un tosco equilibrio entre los dos bloques de aliados, haciendo que los resultados de un conflicto entre grandes potencias fuese más incalculable y, por ende, menos probable que antes. Habiendo escapado a su aislamiento, Francia y Rusia volvieron a sus preocupaciones africanas y asiáticas. Esto fue ayudado también por el aflojamiento de las tensiones en Alsacia y en Bulgaria; ciertamente, Viena y San Petersburgo habían acordado en 1897 congelar la cuestión de los Balcanes ¹⁷⁷. Además, Alemania estaba volviendo a la *Weltpolitik*, mientras Italia, a su manera inimitable, se estaba embrollando en Abisinia. África del Sur, el Extremo Oriente, el Valle del Nilo y Persia retenían la atención de la gente a mediados de los años 1890. También era la edad del «nuevo navalismo» ¹⁷⁸, con todas las potencias esforzándose en fortalecer sus flotas, en la creencia de que la Marina y las colonias iban naturalmente de la mano. No es de extrañar, pues, que ésta fuese la década en que el Imperio británico, aunque generalmente aislado de los conflictos europeos, sintiese con más fuerza la presión de antiguos rivales, como Francia y Rusia, y de los nuevos competidores, como Alemania, Japón y los Estados Unidos. En tales circunstancias, las cláusulas militares de los bloques europeos de alianzas parecían cada vez menos relevantes, ya que una guerra general no sería provocada allí por sucesos tales como el choque anglo-francés en Fashoda (1898), la Guerra de los Bóers o la lucha por concesiones en China.

Sin embargo, en un plazo ligeramente largo, estas rivalidades imperiales afectarían las relaciones entre las grandes potencias, incluso en su contexto europeo. Al empezar el siglo, las presiones sobre el Imperio británico eran tales que algunos círculos afines al secretario colonial Joseph Chamberlain pidieron el fin del «espléndido aislamiento» y una alianza con Berlín, mientras que ministros tales como Balfour y Lansdowne empezaban a aceptar la necesidad de compromisos diplomáticos. Toda una serie de concesiones a los

Estados Unidos sobre el Canal istmico, la frontera de Alaska, las pesquerías de focas, etc. —disfrazadas bajo el término de «*rapprochement* anglo-americano»— sacó a Gran Bretaña de una posición estratégicamente insostenible en el hemisferio occidental y, más importante aún, alteró drásticamente lo que los estadistas del siglo XIX habían dado por cosa segura: que las relaciones anglo-americanas serían siempre frías, resentidas y en ocasiones hostiles ¹⁷⁹. Al forjar la Alianza Anglo-Japonesa de 1902, los estadistas británicos esperaron también aliviar una difícil carga estratégica en China, aunque a costa de sostener al Japón en determinadas circunstancias ¹⁸⁰. Y, en 1902-1903, hubo influyentes círculos británicos que creyeron posible llegar a un compromiso sobre los problemas coloniales con Francia, que había dado muestras en la anterior crisis de Fashoda de que no iría a la guerra a causa del Nilo.

Aunque todos estos arreglos parecieron, al principio, afectar solamente a asuntos extraeuropeos, influyeron indirectamente en la situación de las grandes potencias en Europa. La resolución de los dilemas estratégicos de Gran Bretaña en el hemisferio occidental, más el apoyo que recibiría de la flota japonesa en el Extremo Oriente, aflojaron algunas de las presiones existentes sobre los designios marítimos de la Royal Navy y aumentaron sus perspectivas de consolidación en tiempo de guerra, y la solución de las rivalidades anglo-francesas significarían un fortalecimiento todavía mayor de la seguridad naval británica. Todo esto afectaba a Italia, cuyas costas eran demasiado vulnerables para que pudiese situarse en un campo opuesto a la combinación anglo-francesa; en todo caso, Francia e Italia tenían, en los primeros años del siglo XX, buenas razones (financieras y norteafricanas) para mejorar sus relaciones ¹⁸¹. Sin embargo, si Italia se apartaba de la Triple Alianza, esto tendría que afectar a sus disputas latentes con Austria-Hungría. Por último, incluso la lejana Alianza Anglo-Japonesa tendría repercusiones sobre el sistema de Estados europeos, ya que hizo que fuese muy improbable la intervención de cualquier tercera potencia cuando el Japón decidió, en 1904, desafiar a Rusia sobre el futuro de Corea y de Manchuria; además, cuando estalló la guerra, las cláusulas específicas * del tratado anglo-japonés y, de la alianza franco-rusa indujeron fuertemente a los dos «segundos», Gran Bretaña y Francia respectivamente, a trabajar para no verse abiertamente envueltos en el conflicto. Por consiguiente, no es de

* Gran Bretaña mantendría una «benévola neutralidad» con el Japón, si éste luchaba con un enemigo, pero tenía que prestarle ayuda militar si luchaba con más de uno; el acuerdo por el que Francia tenía que ayudar a Rusia estaba concebido de manera parecida. Por consiguiente, a menos que Londres y París conviniesen en quedar al margen, su reciente amistad quedaría arruinada.

extrañar que la ruptura de hostilidades en el Extremo Oriente hiciera que Londres y París pusiesen fin a sus diferencias coloniales y concluyesen la *entente* de abril de 1904¹⁸². Los años de rivalidad anglo-francesa, provocados en principio por la ocupación británica de Egipto en 1882, habían terminado.

Tal vez ni siquiera esto habría causado la famosa «revolución diplomática»¹⁸³ de 1904-1905, de no haber sido por otros dos factores. El primero fue el creciente recelo de ingleses y franceses en lo tocante a Alemania, cuyos objetivos, aunque confusos, parecían ambiciosos y peligrosos, al proclamar el canciller Bülow y su amo imperial Guillermo II el advenimiento del «Siglo alemán». En 1902-1903, la flota de alta mar, con un alcance y unas características que sugerían que estaba siendo construida pensando principalmente en Gran Bretaña, hizo que el Almirantazgo británico contemplase medidas contrarias. Además, si los objetivos alemanes en Austria-Hungría eran considerados con inquietud por París, sus ambiciones en Mesopotamia disgustaban a los imperialistas británicos. Ambos países observaron con creciente irritación los esfuerzos diplomáticos de Bülow para fomentar una guerra en el Extremo Oriente en 1904 y hacer que se viesan envueltos en ella; situación de la que Berlín sería el principal beneficiario¹⁸⁴.

Todavía mayor influencia sobre el equilibrio y las relaciones europeas tuvieron las imponentes victorias militares y navales japonesas durante la guerra, coincidiendo con la inquietud general en Rusia durante 1905. Con Rusia inesperadamente reducida a potencia de segunda clase por unos años, el equilibrio militar europeo se inclinó decisivamente a favor de Berlín, con lo que las perspectivas de Francia serían ahora peores que en 1870. Si hubo un momento favorable para el ataque de Alemania hacia el Oeste, fue probablemente aquel verano de 1905. Pero la preocupación del Kaiser por la agitación social en su país, su deseo de mejorar las relaciones con Rusia y su incertidumbre sobre los ingleses, que estaban retirando sus barcos de guerra de China para traerlos a sus aguas y considerando las peticiones francesas de ayuda si Alemania atacaba, todo esto produjo su efecto. En vez de lanzarse a una guerra, Berlín optó por las victorias diplomáticas, forzando la destitución de su archienemigo, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Delcassé, e insistiendo en una conferencia internacional para controlar las pretensiones francesas en Marruecos. Sin embargo, los resultados de la Conferencia de Algeciras, donde la mayoría de los participantes apoyaron las aspiraciones de Francia a una posición especial en Marruecos, fueron devastadora confirmación de lo mucho que había decaído y la influencia diplomática de Alemania desde los días de Bismarck, aunque hubiese aumentado su poder militar, naval e industrial¹⁸⁵.

La primera crisis marroquí hizo que las rivalidades internacionales volviesen de África al continente europeo. Esta tendencia fue pronto reforzada por tres acontecimientos más importantes. El primero fue la *entente* anglo-rusa de 1907 sobre Persia, Tibet y Afganistán, por sí sola un asunto regional, pero con más amplias implicaciones, ya que no solamente eliminaba las querellas asiáticas entre Londres y San Petersburgo que todas las potencias habían dado por seguras durante el siglo XIX, debilitando así la defensa británica en la India, sino que causó también que los nerviosos alemanes hablasen de estar «cercados» en Europa. Y aunque había todavía muchos británicos, especialmente en el Gobierno liberal, que no se consideraba parte de una coalición antialemana, su causa fue debilitada por el segundo acontecimiento: la acalorada «carrera naval» anglo-alemana de 1908-1909, que siguió a la ampliación del programa de construcción de buques de Tirpitz y al miedo británico de perder su dominio naval incluso en el mar del Norte. Cuando los esfuerzos británicos de los tres años siguientes para tratar de reducir esta competición coincidieron con una petición alemana de neutralidad de Londres en el caso de una guerra europea, los recelosos británicos se echaron atrás. Ellos y los franceses habían estado observando nerviosamente la crisis balcánica de 1908-1909, en que la indignación rusa por la anexión formal por Austria-Hungría de las provincias de Bosnia-Herzegovina condujo a una petición alemana de que Rusia aceptase el *fait accompli* o sufriese las consecuencias¹⁸⁶. Debilitados por su reciente guerra con Japón, los rusos se sometieron. Pero su lucha diplomática produjo en Rusia una reacción patriótica, un aumento en los gastos de defensa y la determinación de acercarse más a sus aliados.

Por consiguiente, la tendencia hacia la «rigidificación» aumentó, a pesar de los ocasionales intentos de una *détente* entre una capital y otra después de 1909. La segunda crisis sobre Marruecos, en 1911, cuando intervinieron enérgicamente los ingleses en favor de Francia y contra Alemania produjo un resurgimiento de emoción patriótica en los dos últimos países y enormes incrementos en el volumen de sus ejércitos, al hablar abiertamente los nacionalistas del inminente conflicto, mientras que, en Gran Bretaña, la crisis había causado que el Gobierno tuviese que enfrentarse con sus divergentes planes militar y naval en el caso de intervenir en una guerra europea¹⁸⁷. Un año más tarde, el fracaso de la misión diplomática del ministro británico Lord Haldane cerca de Berlín, y los mayores aumentos de la flota alemana, llevaron a Londres al acuerdo naval anglo-francés de 1912. También en aquella época, un ataque oportunista contra Turquía por fuerzas italianas había sido imitado por los Estados de la Liga Balcánica, que virtualmente expulsó al Imperio otomano de Europa antes de que sus miem-

bros cayesen sobre los despojos. Este renacimiento de la antigua «Cuestión Oriental» fue el acontecimiento más grave de todos, en parte porque la apasionada lucha de los Estados balcánicos para obtener ventajas no podía ser realmente controlada por las grandes potencias, y en parte porque algunos de los recientes sucesos parecían amenazar intereses vitales de alguna de aquellas potencias: el auge de Serbia alarmaba a Viena; la perspectiva de una creciente influencia militar alemana sobre Turquía aterrizzaba a San Petersburgo. Cuando el asesinato del archiduque Fernando en junio de 1914 provocó la acción de Austria-Hungría contra Serbia y después el contraataque ruso, hubo mucho de verdad en el viejo tópico de que la muerte del archiduque no había sido más que la chispa que había encendido el polvorín ¹⁸⁸.

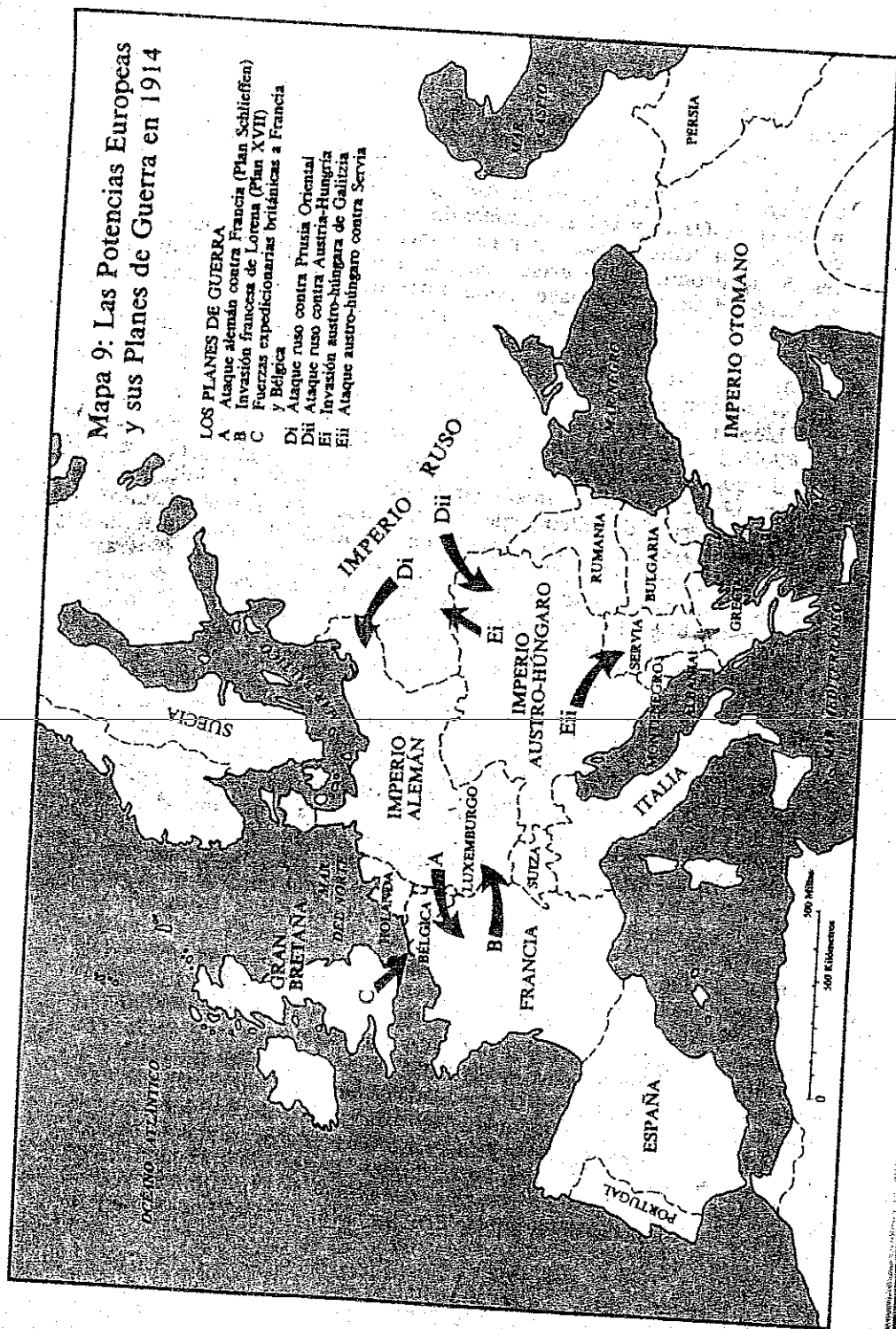
El asesinato de junio de 1914 es uno de los ejemplos más conocidos en la historia de un suceso particular que desencadena una crisis general y después una guerra mundial. Las pretensiones de Austria-Hungría sobre Serbia, su rechazo de la respuesta conciliatoria serbia y su ataque contra Belgrado condujeron a la movilización rusa en ayuda de su aliado servio. Pero esto, a su vez, llevó al Estado Mayor prusiano a insistir en la inmediata puesta en práctica del Plan Schlieffen, es decir el ataque preventivo contra Francia, vía Bélgica, que tuvo además el efecto de hacer entrar en la guerra a los ingleses.

Si cada una de las Grandes Potencias actuó en esta crisis de acuerdo con sus visibles intereses nacionales, también es cierto que su decisión de entrar en guerra había sido aceptada por los planes de operaciones existentes. Desde 1909 en adelante, los alemanes se comprometieron con Austria-Hungría, no sólo diplomática sino también militarmente, en un grado que Bismarck nunca había previsto. Además, el plan de operaciones alemán requería ahora un ataque inmediato y masivo contra Francia, vía Bélgica, fuese cual fuere la causa específica de la guerra. En cambio, los planificadores militares de Viena todavía vacilaban entre los diversos frentes, pero estaba creciendo la determinación de descargar el primer golpe en Serbia. Alentada por los fondos franceses, Rusia se comprometió a una rapidísima movilización y a un ataque hacia el Oeste si estallaba la guerra, mientras que, aún con menos motivo, los franceses adoptaron en 1911 el famoso Plan XVII, que preveía la inmediata invasión de Alsacia-Lorena. Y si la probabilidad de que Italia luchase junto a sus socios de la Triple Alianza había ahora decrecido mucho, la intervención militar de Gran Bretaña en Europa se había hecho más probable en el caso de un ataque alemán contra Bélgica y Francia. Inútil decir que todos los Estados Mayores presumían sin discusión que la *rapidez* era esencial; esto quiere decir que en cuanto pareciese que un choque era

probable, era vital movilizar las fuerzas y llevarlas a la frontera y más allá de ésta antes de que el enemigo tuviese posibilidad de hacer lo mismo. Si esto era especialmente verdad en Berlín, donde el Ejército se había comprometido a descargar un golpe fulminante en el Oeste y volver después hacia el Este para enfrentarse con los más lentos rusos, la misma idea prevalecía en todas partes. Si se producía una crisis realmente grande, los diplomáticos no tendrían tiempo de hacer nada antes de que los planificadores estratégicos se adueñasen de la situación ¹⁸⁹.

La cuestión sobre todos estos planes de guerra no es simplemente que, vistos retrospectivamente, parecen como una hilera de fichas de dominó que se derrumban al caer la primera de ellas. También era importante que, dado que una guerra de coalición era mucho más probable que, digamos, en 1859 o 1870, las perspectivas de que el conflicto sería largo eran también mucho mayores, aunque pocos contemporáneos parece que se dieron cuenta de ello. El notorio error de cálculo, de que la guerra empezada en julio/agosto de 1914 habría «terminado en Navidad», ha sido generalmente explicado por no haberse previsto que la artillería de tiro rápido y las ametralladoras hacían imposible una *guerre de manoeuvre* y obligaba a las masas de soldados a refugiarse en trincheras, de las que raramente podían ser desalojados, y que los prolongados bombardeos de la artillería y las enormes ofensivas de la infantería no eran una solución, ya que las granadas no hacían más que remover el suelo y advertir al enemigo el lugar donde se produciría el ataque ¹⁹⁰. De manera parecida, se arguye que los almirantazgos de Europa también interpretaron mal la guerra venidera, preparándose para un encuentro naval decisivo y no apreciando debidamente que los contornos geográficos del mar del Norte y del Mediterráneo, y las nuevas armas, como minas, torpedos y submarinos, harían ciertamente muy difíciles las operaciones navales al estilo tradicional ¹⁹¹. Por consiguiente, tanto en el mar como en tierra, era muy improbable, por razones técnicas, una victoria rápida.

Desde luego, todo esto es cierto, pero hay que ponerlo en el contexto del sistema de alianzas ¹⁹². A fin de cuentas, si se hubiese permitido que los rusos atacasen solos a Austria-Hungría, o que los alemanes reprodujesen su guerra de 1870 contra Francia, con las otras potencias permaneciendo neutrales, las perspectivas de victoria (aunque un poco retrasadas) parecen indiscutibles. Pero las coaliciones significaban que, si un beligerante era fuertemente batido en una campaña o veía que sus recursos eran inadecuados para prolongar el conflicto, era animado a continuar la guerra por la esperanza —y las promesas— de ayuda de sus aliados. Anticipándonos un poco, Francia difícilmente habría podido seguir



adelante después de la desastrosa ofensiva de Nivelles y los motines de 1917; Italia difícilmente habría podido evitar el colapso después de la derrota de Caporetto en 1917, y el Imperio austro-húngaro difícilmente habría podido continuar después de las terribles pérdidas de 1916 (o incluso de los fracasos de 1914 en Galitzia y Serbia), si no hubiesen recibido a tiempo el apoyo de sus aliados. Así, el sistema de alianzas aseguraba virtualmente que la guerra *no* se decidiría con rapidez, y significaba que la victoria, en este largo duelo —como en las grandes guerras de coalición del siglo XVIII— se inclinaría a favor de aquellos cuya combinación de recursos militar/nales y financieros/industriales/tecnológicos fuesen más grandes.

La guerra total y los equilibrios de poder, 1914-1918

Antes de examinar la Primera Guerra Mundial a la luz de la gran estrategia de las dos coaliciones y de los recursos militares e industriales de que disponía, será útil recordar la posición de cada una de las grandes potencias dentro del sistema internacional de 1914. Los Estados Unidos estaban al margen, aunque sus fuertes lazos comerciales y financieros con Gran Bretaña y Francia harían imposible la promesa de Wilson de permanecer «neutral de pensamiento y de obra»¹⁹³. Japón interpretó libremente los términos de la Alianza Anglo-Japonesa para ocupar las posesiones alemanas en China y en el Pacífico central; ni esto, ni sus funciones de escolta naval serían decisivos. Pero; para los aliados, era evidentemente mucho mejor tener a Japón como amigo que como enemigo. Italia, en cambio, eligió la neutralidad en 1914 y, vista su fragilidad militar y socioeconómica, habría hecho bien en mantener aquella política: si su decisión de 1915 de entrar en la guerra *contra* las potencias centrales fue un golpe para Austria-Hungría, es difícil decir que representase, para Gran Bretaña, Francia y Rusia, los significativos beneficios que habían esperado los diplomáticos aliados¹⁹⁴. De manera parecida, es difícil decir quién se benefició más de la decisión turca de entrar en la guerra al lado de Berlín en noviembre de 1914. Cierto que con esto se bloquearon los Estrechos y, por ende, las exportaciones de grano y las importaciones de armas de Rusia; pero, en 1915, habría sido difícil transportar trigo ruso *a cualquier parte*, y no había municiones «sobrantes» en el Oeste. Por otra parte, la decisión de Turquía abrió el Próximo Oriente a la expansión francesa y (especialmente) a la

imperial inglesa, aunque esto distrajo también a los imperialistas de la India y a Whitehall de una plena concentración a lo largo del frente occidental¹⁹⁵.

Por consiguiente, las posiciones realmente críticas eran las ocupadas por los «Cinco Grandes» en Europa. En esta situación, es artificioso tratar a Austria-Hungría como algo enteramente separado de Alemania, pues, si los objetivos de Viena eran a menudo distintos de los de Berlín en muchas cuestiones, podía hacer la paz o la guerra —y probablemente sobrevivir como una gran potencia casi independiente— solamente a petición de su poderoso aliado¹⁹⁶. La combinación austro-alemana era formidable. Sus ejércitos de primera línea eran considerablemente más pequeños que los franceses y los rusos, pero operaban sobre eficaces líneas internas y podían ser incrementados con un enorme número de reclutas. Como puede verse en la tabla 22, también gozaban de una considerable superioridad, en fuerza industrial y tecnológica, sobre la doble alianza.

La posición de Francia y Rusia era, desde luego, todo lo contrario. Separadas por más de media Europa, Francia y Rusia encontrarían difícil (por no decir imposible) coordinar su estrategia militar. Y si parecían disfrutar de una gran ventaja en fuerzas del Ejército al principio de la guerra, esta ventaja fue reducida por el hábil empleo por Alemania de reservistas instruidos, y todavía más después de las temerarias ofensivas franco-rusas en el otoño de 1914. Al no inclinarse ya la victoria en favor de los más rápidos, cada vez era más probable que lo hiciese en favor de los más fuertes, y los índices industriales no eran alentadores. Si sólo los franceses y los rusos hubiesen estado comprometidos en una guerra larga y «total» contra las potencias centrales, es difícil pensar cómo habrían podido ganarla.

Pero lo cierto es, naturalmente, que la decisión alemana de lanzar un ataque preventivo contra Francia a través de Bélgica favoreció a los intervencionistas británicos¹⁹⁷. Fuese por las razones tradicionales del «equilibrio de poder» o en defensa de la «pobrecita Bélgica», la decisión británica de declarar la guerra a Alemania fue crítica, aunque el pequeño ejército británico de largo servicio solamente podía afectar marginalmente al equilibrio militar de conjunto, al menos hasta que aquella fuerza se hubiese transformado en un ejército de reclutamiento masivo a estilo de los continentales. Pero, como la guerra iba a durar más de unos pocos meses, las fuerzas de Gran Bretaña eran considerables. Su Marina podía neutralizar a la flota alemana y bloquear las potencias centrales, lo cual no haría doblar a éstas las rodillas, pero les privaría el acceso a fuentes de suministros de fuera de la Europa continental. En cambio, aseguraba el libre acceso de las potencias

aliadas a tales fuentes de recursos (salvo cuando fue interrumpido más tarde por la campaña de los submarinos alemanes), y esta ventaja era aumentada por el hecho de que fuese Gran Bretaña un país comercial tan rico, con extensos lazos en todo el Globo y enormes inversiones en ultramar, algunas de las cuales podían ser al menos liquidadas para pagar las compras en dólares. Diplomáticamente, estos lazos ultramarinos significaron que la decisión británica de intervenir en la guerra influyó en la acción japonesa en el Extremo Oriente, en la declaración de neutralidad (y más tarde cambio de actitud) de Italia, y en la posición generalmente benévola de los Estados Unidos. Un apoyo más directo de ultramar fue prestado, naturalmente, por los dominios autónomos y por la India, cuyas tropas entraron rápidamente en el imperio colonial alemán y se lanzaron después contra Turquía.

Además, los todavía enormes recursos industriales y financieros de Gran Bretaña podían ser desplegados en Europa, tanto para recaudar fondos y enviar municiones a Francia, Bélgica, Rusia e Italia, como para abastecer y pagar el gran ejército que emplearía Haig en el frente occidental. Los índices económicos de la tabla 22 muestran la importancia de la intervención de Gran Bretaña en términos de poder.

Desde luego, esto indica una superioridad significativa pero no abrumadora en el material poseído por los Aliados, y la incorporación de Italia en 1915 no inclinaría mucho más la balanza en su favor. Pero si, en una guerra prolongada entre grandes potencias, era generalmente alcanzada la victoria por la coalición con una base productora más grande, surge inevitablemente la cuestión de por qué no habían triunfado los Aliados después de dos o tres años de lucha —y corrieron cierto riesgo de perder en 1917— y por qué consideraron vital la entrada de Estados Unidos en el conflicto.

Parte de la respuesta puede estar en que los sectores en que los Aliados eran fuertes no era probable que produjesen una victoria rápida o decisiva sobre las potencias centrales. El imperio colonial alemán era tan económicamente insignificante en 1914 que (aparte de los fosfatos de Nauru) su pérdida significaba muy poco. La eliminación del comercio alemán con ultramar era ciertamente más perjudicial, pero no tanto como imaginaban los devotos británicos de «la influencia del poder marítimo»; pues las operaciones alemanas de exportación eran sustituidas por la producción de guerra, el bloque de las Potencias Centrales era virtualmente autosuficiente en artículos alimenticios, con tal de que se mantuviese su sistema de transporte, las conquistas militares (p. ej., minerales de Luxemburgo, trigo y petróleo rumanos) compensaban la escasez de muchas materias primas, y otros suministros llegaban a través de los países vecinos neutrales. El bloqueo marítimo era

eficaz, pero sólo cuando se aplicaban junto con presiones militares en todos los frentes, e incluso entonces funcionaba con mucha lentitud. Por último, la otra arma tradicional británica, las operaciones periféricas al estilo de la guerra peninsular de 1808-1814, no podía emplearse contra la costa alemana, ya que sus defensas de mar y de tierra eran demasiado formidables, y cuando se empleaba contra potencias más débiles —por ejemplo en Gallípoli o en Salónica—, los fallos operacionales por parte de los Aliados y las nuevas armas (campos de minas, baterías costeras de tiro rápido) por parte de los defensores, reducían el esperado impacto.

TABLA 22. COMPARACIONES INDUSTRIAL/TECNOLÓGICAS DE LAS ALIANZAS DE 1914 (TOMADAS DE LAS TABLAS 15-18)

	Alemania/Austria Hungria	Francia Rusia + Gran Bretaña	
Porcentajes de producción manufacturera mundial (1913)	19,2	14,3 + 13,6	= 27,9
Consumo de energía (1913), en equivalente de millones de toneladas métricas de carbón	236,4	116,8 + 195,0	= 311,8
Producción de acero (1913), en millones de toneladas	20,2	9,4 + 7,7	= 17,1
Potencial industrial total	178,4	133,9 + 127,2	= 261,1

(R. U. en 1900 = 100)

Como en la Segunda Guerra Mundial, cada busca del «bajo vientre blando» de la coalición enemiga alejaba a tropas aliadas de la lucha en Francia¹⁹⁸.

Algo parecido puede observarse sobre la abrumadora superioridad naval aliada. La geografía del mar del Norte y del Mediterráneo significaba que las principales líneas de comunicación aliadas estaban seguras *sin* necesidad de ir a buscar a los barcos enemi-

gos en los puertos o de montar un bloqueo peligroso de sus costas. Antes al contrario, eran las flotas alemana y austro-húngara las que tenían que salir y desafiar a la Marina anglo-franco-italiana si querían conseguir el «dominio del mar»; pues si permanecían en los puertos, eran inútiles. Sin embargo, ninguna de las Potencias Centrales quería enviar su flota de guerra en una misión virtualmente suicida contra fuerzas muy superiores. Así, los pocos choques navales de superficie que se produjeron fueron encuentros casuales (p. ej., Dogger Bank, Jutlandia) y no tuvieron importancia estratégica, salvo por confirmar el control aliado de las rutas marítimas. La perspectiva de más encuentros era reducida por la amenaza planteada a los barcos de guerra por las minas, los submarinos y los aviones o los zepelines, que hacía que los comandantes de ambos bandos fuesen cada vez más reacios a sacar sus flotas, a menos (circunstancia sumamente improbable) que se supiese que barcos enemigos se acercaban a la propia costa. Dada esta impotencia en la guerra de superficie, las Potencias Centrales optaron gradualmente por los ataques de los submarinos contra los buques mercantes aliados, lo cual era una amenaza mucho más seria; pero, por su propia naturaleza, la campaña submarina contra el comercio era lenta y agotadora, y sus verdaderos éxitos sólo podían medirse comparando el tonelaje de los barcos mercantes hundidos con el de los construidos en los astilleros aliados y, además, con el número de submarinos destruidos. No era una forma de guerra que prometiese rápidas victorias¹⁹⁹.

Una segunda razón de la relativa impotencia de la superioridad numérica e industrial de los Aliados estaba en la naturaleza de la propia contienda militar. Poseyendo cada bando millones de soldados desparramados en cientos de millas de territorio, era difícil (imposible en la Europa occidental) lograr una sola victoria decisiva a la manera de Jena o de Sadowa; incluso una «gran ofensiva», metódicamente proyectada y preparada con meses de anticipación, se desintegraba generalmente en cientos de acciones bélicas a pequeña escala e iba, también generalmente, acompañada de una ruptura casi total de las comunicaciones. Si bien la línea del frente podía avanzar o retroceder en ciertos sectores, la falta de medios para conseguir una verdadera penetración permitía a cada bando movilizar y traer reservas, más granadas, alambre espinoso y artillería, a tiempo para el próximo choque que acabaría en punto muerto. Hasta un período más avanzado de la guerra, ningún Ejército fue capaz de descubrir la manera de hacer pasar sus propias tropas a través de las defensas enemigas, con frecuencia de *seis kilómetros de profundidad*, sin exponerse a devastadores contraataques o destrozando tanto el suelo con bombardeos previos que era difícil avanzar. Incluso cuando un ocasional ata-

que por sorpresa rompía las primeras líneas enemigas de trincheras, no había un equipo especial para explotar esta ventaja; las vías férreas estaban a kilómetros en retaguardia, la Caballería era demasiado vulnerable (y dependiente de los suministros de forraje), los soldados de Infantería no podían ir muy lejos y la actividad vital de la Artillería era limitada por los largos convoyes de carros tirados por caballos ²⁰⁰.

Además de este problema general para lograr una victoria rápida en el campo de batalla, se daba el hecho de que Alemania gozaba de otras dos ventajas específicas. La primera era que, con sus arrolladores avances en Francia y en Bélgica, en agosto y septiembre de 1914, había ocupado las tierras altas que dominaban la línea del frente occidental. Desde entonces, y con raras excepciones como Verdún, permaneció a la defensiva en el Oeste, obli-gando a las tropas anglo-francesas a atacar en condiciones desfavorables y con fuerzas que, aunque numéricamente superiores, no eran suficientes para compensar aquella desventaja fundamental. En segundo lugar, la ventaja geográfica de la posición de Alemania, con buenos medios de comunicación interiores entre el Este y el Oeste, compensaba en cierto grado su «cerco» por los Aliados, permitiendo a generales como Falkenhayn y Ludendorff trasladar divisiones de un frente a otro y, en una ocasión, enviar todo un Ejército a través de la Europa central en una semana ²⁰¹.

En consecuencia, el Estado Mayor prusiano, cuando el grueso de su Ejército estaba atacando en el Oeste, en 1914, envió dos cuerpos a reforzar el frente oriental. Esta acción no fue un golpe fatal para el ataque hacia el Oeste, que era lógicamente erróneo en todo caso ²⁰², y ayudó a contrarrestar la prematura ofensiva rusa contra el este de Prusia, lanzando su propia operación alrededor de los lagos Masurianos. Cuando la sangrienta batalla de Yprès, en noviembre de 1914, convenció a Falkenhayn de la imposibilidad de alcanzar una victoria rápida en el Oeste, otras ocho divisiones alemanas fueron trasladadas al frente oriental. Como las fuerzas austro-húngaras habían sufrido una humillante derrota en su campaña de Serbia y el Plan XVII francés se había parado en Lorena con la pérdida de más de 600.000 hombres, pareció que solamente en las tierras abiertas de la Polonia rusa y de Galitzia podía efectuarse una penetración decisiva, aunque no estaba claro si sería una repetición de la victoria rusa sobre Austria-Hungría en Lemberg o una repetición de la victoria alemana en Tannenberg y los lagos Masurianos. Mientras los ejércitos anglo-franceses se defendían en 1915 en el Oeste (donde los franceses perdieron más de un millón y medio de hombres, y los ingleses, 300.000), los alemanes prepararon una serie de ambiciosos ataques a lo largo del frente oriental, en parte para rescatar a los copados austro-húngaros en

los Cárpatos, pero principalmente para destruir al Ejército ruso en el campo. En realidad, éste era todavía tan numeroso (e iba en aumento) que su destrucción era imposible; pero, a finales de 1915, los rusos habían sufrido una serie de golpes devastadores en manos de los táctica y lógicamente superiores alemanes, y sido expulsados de Lituania, Polonia y Galitzia. En el Sur, refuerzos alemanes se habían unido a las fuerzas austríacas y a los oportunistas búlgaros, invadiendo finalmente Serbia. Nada de lo que intentaron los Aliados occidentales en 1915 —desde la mal llevada campaña de Gallipoli hasta el inútil desembarco en Salónica y hasta inducir a Italia a entrar en la guerra— ayudó realmente a los rusos o pareció desafiar al bloque consolidado de las Potencias Centrales ²⁰³.

En 1916 el imprudente cambio por Falkenhayn de la estrategia alemana —enviar unidades al oeste para sangrar a los franceses con los repetidos ataques contra Verdún— no hizo más que confirmar lo acertado de la antigua política. Mientras gran número de divisiones alemanas eran destrozadas por la campaña de Verdún, los rusos pudieron montar su última gran ofensiva bajo el general Brusilov en el Este, en junio de 1916, empujando al desorganizado Ejército Habsburgo de nuevo hacia las montañas de los Cárpatos y amenazando con su destrucción total. Casi al mismo tiempo, el Ejército británico de Haig lanzó su ofensiva masiva en el Somme, presionando durante meses las alturas defendidas por los alemanes. En cuanto estas operaciones gemelas aliadas condujeron al final de la campaña de Verdún (y a la sustitución de Falkenhayn por Hindenburg y Ludendorff a finales de agosto de 1916), la posición estratégica alemana mejoró. Las bajas alemanas en el Somme fueron graves, pero menos que las de Haig, y el paso a una actitud ofensiva en el Oeste permitió una vez más a los alemanes transferir tropas al Este, reforzando las unidades austro-húngaras, invadiendo Rumania y, más tarde, prestando ayuda a los búlgaros en el Sur ²⁰⁴.

Aparte de estas ventajas alemanas en líneas interiores, ferrocarriles eficaces y buenas posiciones defensivas, existía también la cuestión del tiempo en relación con aquéllas. Los mayores recursos que poseían los Aliados no pudieron ser movilizadas instantáneamente en 1914 para alcanzar la victoria. La administración militar rusa podía siempre reclutar nuevas masas de soldados para compensar las repetidas pérdidas en el campo de batalla, pero no tenían las armas ni los mandos necesarios para elevar aquella fuerza más allá de cierto límite. En el Oeste, hubo que esperar a 1916 para que las tropas de Haig totalizasen más de un millón de hombres, e incluso entonces se sintieron tentados los ingleses a destinar parte de aquéllas a campañas fuera de Europa, reduciendo así

la presión potencial sobre Alemania. Esto significó que, durante los dos primeros años del conflicto, Rusia y Francia llevaron la mayor carga en la oposición a la máquina militar alemana. Ambas habían luchado magníficamente, pero, a principios de 1917, la tensión se dejaba sentir claramente; Verdún había llevado al Ejército francés cerca de sus límites, como demostraron los imprudentes ataques de Nivelles en 1917, y aunque la ofensiva de Brusilov había arruinado virtualmente el Ejército Habsburgo, como fuerza combatiente, no había dañado a la propia Alemania y sí que había impuesto mayores tensiones a los ferrocarriles, a la industria y a las finanzas rusas, y gastado buena parte de los soldados bien instruidos. Si las nuevas tropas de Haig compensaron el creciente desgaste de las francesas, no fueron anuncio de una victoria aliada en el Oeste y, si se malgastaban también en ofensivas frontales, Alemania podría todavía retener sus posiciones en Flandes mientras lanzaba otras asoladoras acciones en el Este. Por último, no se podía esperar ayuda al este de los Alpes, donde los italianos pedían ahora desesperadamente auxilio.

Este cuadro de sacrificios militares cada vez más grandes por cada bando se reflejaba inevitablemente en la esfera industrial-financiera, pero (al menos hasta 1917) con el mismo resultado indeciso. Mucho se ha escrito, en recientes estudios, sobre la manera en que galvanizó la Primera Guerra Mundial las economías nacionales, haciendo que se implantasen por primera vez industrias modernas en muchas regiones y produciendo formidables aumentos en la producción de armas²⁰⁵. Sin embargo, pensándolo bien, esto no es sorprendente. A pesar de todos los lamentos de los liberales y otros sobre el costo de la carrera de armamentos antes de 1914, sólo una pequeñísima proporción (un poco más del 4 por ciento por término medio) de la renta nacional era dedicada a las armas. Cuando el principio de la «guerra total» hizo que aquella cifra se elevase al 25 o al 33 por ciento —esto es, cuando los Gobiernos beligerantes se hicieron decisivamente cargo de la industria, el trabajo y las finanzas—, era inevitable que subiese la producción de armamentos. Y como, a finales de 1914 y principios de 1915, los generales de todos los ejércitos se quejaban amargamente de una «escasez de municiones» crónica, era también inevitable que los políticos, temiendo los efectos de ser acusados de negligencia, se aliasen con la industria y con el trabajo para producir los artículos deseados²⁰⁶. Dados los poderes del moderno Estado burocrático para concertar préstamos y elevar impuestos, no existían los impedimentos fiscales para sostener una guerra larga que habían paralizado a los Estados en el siglo XVIII. Inevitablemente, después de un período de reajuste a las nuevas condiciones, la pro-

ducción de armamentos se elevó vertiginosamente en todos los países.

Por consiguiente, es importante preguntarnos dónde mostraban debilidad las economías en tiempo de guerra de los diversos combatientes, ya que esto conduciría probablemente al desastre, a menos que se recibiese ayuda de aliados mejor dotados. A este respecto, dedicaremos poco espacio a las dos grandes potencias más débiles, Austria-Hungría e Italia, ya que está claro que la prioridad en el frente italiano), se habría derrumbado en su guerra con Rusia de no haber sido por las repetidas intervenciones militares alemanas que hicieron que el Imperio Habsburgo fuese más que nunca un satélite de Berlín²⁰⁷, mientras que Italia, que no necesitó en tan alto grado una ayuda militar directa hasta el desastre de Caporetto, dependía cada vez más de sus ricos y poderosos aliados para suministros vitales de alimentos, carbón y materias primas, para la navegación y para los préstamos de 2,96 mil millones de dólares que necesitaba para pagar municiones y otros productos²⁰⁸. Su definitiva «victoria» en 1918, como la definitiva derrota y disolución del Imperio Habsburgo, dependieron esencialmente de acciones y decisiones tomadas en otras partes.

Se ha argüido²⁰⁹ que Italia, Austria-Hungría y Rusia corrieron todas ellas hacia el colapso. Que Rusia fuese la primera en abandonar la guerra se debió, en gran parte, a dos problemas, de los que Roma y Viena se hallaban exentos: el primero era que estaba expuesta, a lo largo de cientos de kilómetros de frontera, a los furiosos ataques del mucho más eficaz Ejército alemán; el segundo, que ya en agosto de 1914, y ciertamente después de la entrada de Turquía en la guerra, se hallaba estratégicamente aislada y, por ello, imposibilitada de conseguir el grado de ayuda militar o económica de sus aliados necesario para sostener los enormes esfuerzos de su máquina bélica. Cuando Rusia, como los otros combatientes, comprendió rápidamente que estaba gastando sus municiones diez veces más de prisa de lo que se había calculado antes de la guerra, tuvo que aumentar masivamente su propia producción, que resultó ser mucho más digna de confianza que esperar a que llegasen de ultramar los pedidos servidos con grandes dilaciones, aunque ello implicase desviar recursos hacia las interesadas manos de los industriales de Moscú. Pero el imponente auge de producción de armamentos rusos, y ciertamente de toda la producción industrial y agrícola, durante los dos primeros años y medio de la guerra forzó en gran manera el inadecuado sistema de transportes, que en todo caso tenía dificultades para transportar las tropas, el forraje para los caballos, etcétera. Por consiguiente, las municiones se acumulaban a kilómetros de distancia del frente; los co-

mestibles no podían ser transportados a las zonas deficitarias, especialmente a las ciudades; los suministros aliados permanecían meses en los muelles de Murmansk y Arcángel. Estas deficiencias de infraestructura no podían ser superadas por la minúscula e ineficaz burocracia rusa, y poca ayuda podía esperarse del pendero y paralizado liderazgo político en la cima. Por el contrario, el régimen zarista contribuía a cavar su propia tumba por su imprudente y desequilibrada política fiscal; habiendo abolido el comercio de bebidas alcohólicas (que producía un tercio de su renta), perdiendo grandes cantidades en los ferrocarriles (su otra gran fuente de ingresos en tiempo de paz) y, a diferencia de Lloyd George, negándose a elevar los impuestos sobre las clases acomodadas, el Estado recurrió a pedir más préstamos y a imprimir más papel moneda para pagar los gastos de la guerra. El índice de precios subió vertiginosamente, desde un 100 nominal en junio de 1914 al 398 en diciembre de 1916 y al 702 en junio de 1917, momento en que una terrible combinación de insuficiencia de alimentos e inflación excesiva provocó continuas huelgas ²¹⁰.

Como en la producción industrial, la actuación militar de Rusia fue encomiable durante los dos o tres primeros años de guerra, aunque estuvo muy lejos de las jactanciosas imágenes concebidas antes de empezar aquella de la «apisonadora rusa» en una marcha demoledora a través de Europa. Sus tropas luchaban con su terquedad y fudeza acostumbradas, soportando unas penalidades y una disciplina desconocidas en el Oeste, y las operaciones rusas contra el Ejército austro-húngaro, desde la victoria de Lemberg en setiembre de 1914 hasta la brillante ofensiva de Brusilov, constituyeron una serie de triunfos, parecidos a los de la campaña del Cáucaso contra los turcos. En cambio, contra los mejor equipados y más móviles alemanes, ocurrió todo lo contrario; pero incluso esto tiene que ser puesto en perspectiva, ya que las pérdidas sufridas en una campaña (digamos Tannenberg/lagos Masurianos en 1914, o la lucha en los Cárpatos en 1915) eran compensadas reclutando anualmente más soldados, que eran entonces adiestrados para las operaciones de la temporada siguiente. Claro que, con el tiempo, la calidad y la moral de las tropas tenían que resentirse de aquellas graves pérdidas: 250.000 en Tannenberg/lagos Masurianos, 1 millón en las batallas de los Cárpatos de principios de 1915, otros 400.000 cuando Mackensen atacó en el saliente polaco central, y nada menos que 1 millón en la lucha de 1916 que empezó con la ofensiva de Brusilov y terminó con el desastre de Rumánia. Al final de 1916, el Ejército ruso había sufrido bajas de unos 3,6 millones de muertos, enfermos graves y heridos, y otros 2,1 millones habían sido hechos prisioneros por las potencias centrales. También en aquella época, se había decidido llamar a la segunda ca-

tegoría de soldados (varones que eran el único sostén de la familia), cosa que no solamente produjo una tremenda agitación campesina en los pueblos, sino que hizo también que fuesen incorporados al Ejército cientos de miles de reclutas descontentos. Casi tan importante como esto era el número decreciente de suboficiales instruidos, el inadecuado suministro de armas, municiones y comida en el frente, y la creciente sensación de inferioridad contra la máquina de guerra alemana, que parecía saber de antemano todas las intenciones de Rusia*, disponer de un fuego de artillería abrumador y moverse más de prisa que nadie. A principios de 1917, las repetidas derrotas en el campo de batalla se combinaron con la inquietud en las ciudades y los rumores de distribución de tierras para producir una extensa desintegración en el Ejército. La ofensiva de Kerensky en julio de 1917 —una vez más, triunfante contra los austríacos y después destrozada por el contraataque de Mackensen— fue el golpe final. El Ejército, concluyó *Stavka*, «es simplemente una turba enorme, cansada, harapienta y mal alimentada de hombres furiosos unidos por su sed común de paz y por el descontento común» ²¹¹. Lo único que podía esperar ahora Rusia era la derrota y una revolución interna mucho más grave que la de 1905.

Inútil especular ahora sobre lo cerca que estuvo también Francia de un destino parecido a mediados de 1917, cuando cientos de miles de soldados se amotinaron después de la insensata ofensiva de Nivelles ²¹²; pues lo cierto es que, a pesar de las similitudes superficiales con las condiciones rusas, los franceses poseían ventajas clave que les sostuvieron en la lucha. La primera fue el mucho más alto grado de unidad nacional y de resolución de rechazar a los invasores alemanes de nuevo hacia el Rin, aunque incluso estos sentimientos habrían podido desvanecerse si Francia hubiese luchado sola. La segunda diferencia, probablemente crucial, era que los franceses podían beneficiarse de luchar en una guerra de *coalición* de una manera que no podía hacerlo Rusia. Desde 1871, sabían que no podían enfrentarse ellos solos contra Alemania; el conflicto de 1914-1918 no hizo más que confirmar este criterio. Con esto no queremos menospreciar la contribución francesa a la guerra, en términos militares o económicos, sino solamente ponerla en el contexto. Dado que el 64 por ciento de la capacidad de producción de hierro colado de la nación, el 24 por ciento de la de acero y el 40 por ciento de la de carbón habían caído rápidamente en manos de los alemanes, el renacimiento industrial francés después de 1914 fue extraordinario (sugiriendo, dicho sea de paso,

* No es de extrañar, ya que los rusos eran increíblemente descuidados en sus transmisiones por radio.

lo que habría *podido* hacerse en el siglo XIX si se hubiese llevado a cabo una política comprometida). Se instalaron fábricas, grandes y pequeñas, en toda Francia, y en ellas trabajaron mujeres, niños y veteranos, e incluso soldados especializados que fueron trasladados a ellas desde las trincheras. Planificadores tecnocráticos, hombres de negocios y sindicatos se unieron en un esfuerzo nacional para producir todas las granadas, cañones pesados, aviones, camiones y tanques posibles. El aumento de producción resultante hizo que un erudito arguyese que «Francia, más que Gran Bretaña y mucho más que Estados Unidos, se convirtió en el arsenal de la democracia en la Primera Guerra Mundial»²¹³.

Sin embargo, esta tremenda concentración en la producción de armamentos —la de ametralladoras se multiplicó por 170 y la de fusiles por 290— no se habría podido lograr si Francia no hubiese podido confiar en la ayuda británica y norteamericana, que se produjo en forma de un caudal continuo de carbón, coque, hierro colado y máquinas herramienta, tan vitales para la nueva industria de municiones; en préstamos anglo-norteamericanos por más de 3,6 mil millones de dólares, de manera que Francia pudo pagar las materias primas procedentes de ultramar; en crecientes cantidades de barcos británicos sin los cuales no habría podido mantenerse este movimiento de artículos, y en suministro de comestibles. Esto último parece un defecto curioso en un país que, en tiempo de paz, tenía un excedente en la producción agrícola; pero lo cierto era que los franceses, como los otros beligerantes europeos (a excepción de Gran Bretaña), perjudicaban a su propia agricultura llevándose demasiados hombres de la tierra, trasladando caballos a la Caballería o a los servicios militares de transporte, e invirtiendo en explosivos y en artillería en detrimento de los abonos y de la maquinaria agrícola. En 1917, año de malas cosechas, escaseó la comida, los precios subieron amenazadora y vertiginosamente, y las reservas de trigo del Ejército francés se vieron reducidas al consumo de dos días, situación potencialmente revolucionaria (en especial después de los motines) que solamente fue evitada por la urgente asignación de barcos británicos al transporte de grano desde Estados Unidos²¹⁴.

De manera parecida, Francia tenía que confiar en la creciente ayuda *militar* inglesa y, más tarde, norteamericana, a lo largo del frente occidental. Durante los dos o tres primeros años de guerra, llevó el peso de la lucha y sufrió espantosas bajas —más de 3 millones incluso antes de la ofensiva de Nivelles de 1917—, y como no tenía las grandes reservas de hombres sin instrucción que poseían Alemania, Rusia y el Imperio británico, le resultaba mucho más difícil remplazar aquellas pérdidas. Sin embargo, en 1916-1917, el ejército de Haig en el frente occidental había aumentado hasta los

dos tercios del francés y cubría ciento veinte kilómetros de la línea, y aunque el alto mando británico era partidario de pasar a la ofensiva en todo caso, es indudable que la campaña del Somme ayudó a aliviar la presión sobre Verdún, de la misma manera que Passchendaele, en 1917, desvió las energías alemanas de la parte francesa del frente, mientras Pétain trataba desesperadamente de infundir nueva moral a sus fuerzas después de los motines y esperaba que los nuevos camiones, aviones y artillería pesada hiciesen el trabajo que la masiva infantería claramente no podía hacer. Por último, en las épicas batallas de vaivén a lo largo del frente occidental, entre marzo y agosto de 1918, Francia pudo confiar no sólo en las divisiones británicas e imperiales, sino también en el número creciente de divisiones norteamericanas. Y cuando Foch orquestó su contraofensiva final en setiembre de 1918, pudo oponer a las mermaidas 197 divisiones alemanas, 102 divisiones francesas, 60 del Imperio británico, 42 (de doble número) norteamericanas y 12 belgas²¹⁵. Sólo con una *combinación* de ejércitos se pudo expulsar a los formidables alemanes de suelo francés, y el país recobró la libertad.

Cuando los ingleses entraron en la guerra en agosto de 1914, fue sin pensar que también ellos dependerían de otra gran potencia para conseguir la victoria final. Por lo que puede deducirse de sus planes y preparativos anteriores a la guerra, los estrategas habían imaginado que, mientras la Royal Navy borrara de los océanos a los mercantes alemanes (y tal vez a la flota de alta mar) y el imperio colonial alemán fuese capturado por tropas de los dominios de la India, sería enviada una pequeña pero vital fuerza expedicionaria a través del Canal, para «cerrar» un hueco entre los Ejércitos francés y belga y contener la ofensiva alemana, hasta que la apisonadora rusa y el Plan XVII francés se adentrasen en la madre patria. Inglaterra, como todas las otras potencias, no estaba preparada para una guerra larga, aunque había tomado ciertas medidas para evitar una súbita crisis en su delicado crédito internacional y en sus redes comerciales. Pero, a diferencia de las otras, tampoco estaba preparada para operaciones a gran escala en la Europa continental²¹⁶. Por lo tanto, no era de extrañar que se necesitasen uno o dos años de intensa preparación antes de situar a 1 millón de soldados británicos en Francia, y que los enormes gastos del Gobierno en fusiles, artillería, ametralladoras, aviones, camiones y municiones revelasen las grandes deficiencias en la producción, que solamente fueron poco a poco corregidas por el Ministerio de Municiones de Lloyd George²¹⁷. También aquí hubo fantásticos aumentos en la producción, como se demuestra en la tabla 23.

TABLA 23. PRODUCCIÓN DE MUNICIONES DEL R. U., 1914-1918 ²¹⁸

	1914	1915	1916	1917	1918
Cañones	91	3.390	4.314	5.137	8.039
Tanques	—	—	150	1.110	1.359
Aviones	200	1.900	6.100	14.700	32.000
Ametralladoras	300	6.100	33.500	79.700	120.900

Pero esto no es de extrañar si tenemos en cuenta que los gastos de defensa británicos se elevaron de 91 millones de libras en 1913 a 1.956 millones en 1918, época en que representaron el 80 por ciento de los gastos totales del Gobierno y el 52 por ciento del PNB ²¹⁹.

Por consiguiente, dar plenos detalles del gran crecimiento en el número de divisiones, escuadrillas de aviones y baterías de artillería pesada británica, parece menos importante que señalar los puntos flacos que la Primera Guerra Mundial puso de manifiesto en la posición estratégica total de Gran Bretaña. El primero fue que, si la geografía y la superioridad numérica de la Gran Flota significaba que los Aliados conservaban el dominio del mar en el conflicto de *superficie*, la Royal Navy no estaba en absoluto preparada para responder a la tremenda guerra submarina que los alemanes pusieron en práctica a principios de 1917. El segundo fue que, si la serie de armas estratégicas relativamente baratas (bloqueo, campañas coloniales, operaciones anfibia) no parecía servir contra un enemigo con los amplios recursos de las Potencias Centrales, la estrategia alternativa de encuentros militares directos con el Ejército alemán también parecía incapaz de producir resultados, y era terriblemente costosa en vidas humanas. Cuando la campaña del Somme tocó a su fin en noviembre de 1916, las bajas británicas en aquella lucha se habían elevado a más de 400.000. Aunque esto significó la eliminación de los mejores voluntarios británicos e impresionó a los políticos, no apagó la confianza de Haig en la victoria final. A mediados de 1917 estaba preparando otra ofensiva desde Yprès hacia Passchendaele, en dirección nordeste: una pesadilla que costó otras 300.000 bajas e hizo flaquear la moral de buena parte de las tropas en Francia. Por consiguiente, era previsible que, por mucho que protestasen los generales, Haig y Robertson, Lloyd George y el Gabinete de Guerra, de mentalidad imperialista, estuviesen tentados de enviar más divisiones británicas al Próximo Oriente, donde podía lograr sustanciosas ganancias territoriales y las bajas serían muchas menos que en un ataque contra las bien defendidas trincheras alemanas ²²⁰.

Sin embargo, incluso antes de Passchendaele, Gran Bretaña había asumido (a pesar de esta campaña imperial) el papel de líder en la lucha contra Alemania. Francia y Rusia podían tener todavía ejércitos más numerosos en el campo de batalla, pero estaban agotados por los costosos ataques de Nivelles y por el contragolpe de la ofensiva de Brusilov. Este papel de líder era todavía más pronunciado al nivel económico, donde Gran Bretaña actuaba como banquero y recaudador de fondos en los mercados de crédito mundiales, no solamente para ella misma, sino también para garantizar el dinero tomado de prestado por Rusia, Italia e incluso Francia, ya que ninguno de los Aliados podía obtener, con su propio oro o con sus inversiones en el extranjero, las sumas necesarias para pagar la enorme cantidad de municiones importadas y de materias primas procedentes de ultramar. Efectivamente, el 1 de abril de 1917, los créditos de guerra interaliados habían subido a 4,3 mil millones de dólares, el 88 por ciento de los cuales era cubierto por el Gobierno británico. Aunque esto parecía una repetición del papel de Gran Bretaña como «banquero de la coalición» en el siglo XVIII, había ahora una diferencia crítica: el extraordinario volumen del déficit comercial con los Estados Unidos, que enviaba municiones y comestibles a los Aliados por valor de miles de millones de dólares (pero no a las potencias centrales, debido al bloqueo naval) y pedía pocos artículos a cambio. Ni la transferencia de oro, ni la venta de los cuantiosos valores en dólares de Gran Bretaña podían enjugar aquella diferencia; esto sólo podía concebirse tomando dinero prestado en los mercados de Nueva York y de Chicago, para pagar en dólares a los proveedores de municiones americanas. Esto significaba a su vez que los Aliados dependían cada vez más de la ayuda financiera de los Estados Unidos para mantener su propio esfuerzo de guerra. En octubre de 1916, el canciller británico del Exchequer advertía que, en junio próximo, o más pronto, el Presidente de la República americana estará en posición, si lo desea, de imponernos sus condiciones ²²¹. Era una posición muy alarmante para unas grandes potencias «independientes».

Pero, ¿qué decir de Alemania? Su actuación en la guerra había sido sorprendente. Como observa el profesor Northedge, «sin ayuda considerable de sus aliados, había tenido a raya al resto del mundo, había derrotado a Rusia, había empujado a Francia, el coloso militar de Europa durante más de dos siglos, hasta el extremo de su resistencia, y en 1917, había estado en un tris de obligar a Gran Bretaña a rendirse por hambre» ²²². Parte de esto fue debido a las ventajas apuntadas más arriba: buenas líneas de comunicación interiores, posiciones fácilmente defendibles en el Oeste y espacios abiertos para una guerra móvil contra enemigos menos

eficientes en el Este. También fue debido a la calidad en combate de las fuerzas alemanas, que poseían una larga serie de oficiales de Estado Mayor inteligentes, que se ajustaban a las nuevas condiciones de combate más de prisa que los de cualquier otro Ejército y que, en 1916, habían reconsiderado la naturaleza de la guerra, tanto defensiva como ofensiva ²³.

Por último, el Estado alemán podía acudir a una numerosa población y a una maciza base industrial para la continuación de la «guerra total». En realidad, movilizó más hombres que Rusia —13,25 millones contra 13 millones—, hecho notable en consideración a sus respectivas poblaciones totales, y siempre tenía más divisiones que Rusia en el campo de batalla. La producción de municiones aumentó vertiginosamente, bajo los ojos vigilantes no solamente del alto mando, sino de inteligentes burócratas-hombres de negocios como Walther Rathenau, que montó cártels para suministrar artículos vitales y evitar dificultades. Químicos expertos producían sucedáneos de los artículos (por ejemplo, nitratos chilenos) cuya llegada era impedida por el bloqueo naval británico. Las tierras ocupadas de Luxemburgo y el norte de Francia eran explotadas por sus minerales y su carbón, obreros belgas eran reclutados para las fábricas alemanas, el trigo y el petróleo rumanos eran sistemáticamente incautados después de la invasión de 1916. Como Napoleón y Hitler, los jefes militares alemanes sacaban fruto de sus conquistas ²⁴. En la primera mitad de 1917, con Rusia derrumbándose, Francia agotándose y Gran Bretaña bajo el «contrabloqueo» de los submarinos, Alemania parecía al borde de la victoria. A pesar de toda la retórica de «luchar hasta el fin», los estadistas de Londres y de París iban a considerar ansiosamente la posibilidad de una paz de compromiso, durante doce meses, hasta que cambió la situación ²⁵.

Sin embargo, detrás de este aparente poderío militar-industrial teutónico, acechaban problemas muy considerables. Estos no fueron demasiado evidentes antes del verano de 1916, es decir, mientras el Ejército alemán permaneció a la defensiva en el Oeste y descargaba golpes demoledores en el Este. Pero las campañas de Verdún y del Somme fueron de un nuevo orden de magnitud, tanto por el poder de fuego empleado como por las pérdidas sufridas, y las bajas alemanas en el frente occidental, que habían sido unas 850.000 en 1915, se elevaron a casi 1.200.000 en 1916. La ofensiva del Somme en particular impresionó a los alemanes, ya que mostró que los británicos empleaban al fin todos sus recursos nacionales para la victoria en el campo, y condujo a su vez al llamado Programa Hindenburg de agosto de 1916, que proclamaba una enorme expansión en la producción de municiones y un grado mucho más estrecho de controles sobre la economía y la sociedad

alemanas para responder a las exigencias de una guerra total. Esta combinación de un régimen autoritario que ejercía toda clase de presiones sobre la población, por una parte, y por otra el aumento en los empréstitos y en la impresión de papel moneda, en vez de aumentar los impuestos sobre la renta y los dividendos —que producían a su vez gran inflación— descargaron un pesado golpe contra la moral popular, un elemento de la gran estrategia que Ludendorff estaba menos preparado para comprender que, digamos, un político como Lloyd George o Clemenceau.

Incluso como medida económica, el Programa Hindenburg planteaba sus problemas. El anuncio de totales de producción realmente fantásticos —multiplicando por dos la de explosivos y por tres la de ametralladoras— condujo a toda clase de atascos, al esforzarse la industria alemana en responder a aquella exigencia. Requería no solamente muchos trabajadores adicionales, sino también una inversión infraestructural masiva, desde nuevos altos hornos hasta puentes sobre el Rin, con más mano de obra agotada y recursos. Por consiguiente, se comprendió al cabo de poco tiempo que el programa sólo podía ser realizado si trabajadores especializados volvían del servicio militar; en vista de lo cual, fueron licenciados 1.200.000 soldados en setiembre de 1916 y 1.900.000 en julio de 1917. Dadas las graves pérdidas sufridas en el frente occidental y las considerables bajas en el Este, estas retiradas significaban que incluso la numerosa población de varones aptos de Alemania estaba siendo estirada hasta el límite. A este respecto, aunque Passchendaele fue una catástrofe para el Ejército británico, fue también considerado como un desastre por Ludendorff, que vio incapacitados a 40.000 más de sus soldados. En diciembre de 1917, el Ejército alemán contaba en total con muchos menos hombres que los 5.380.000 que había poseído seis meses antes ²⁶.

El último fallo del Programa Hindenburg fue el crónico descuido de la agricultura. Aquí, todavía más que en Francia o en Rusia, hombres y caballos y combustibles eran sacados de la tierra y enviados a satisfacer las necesidades del Ejército o de la industria de municiones: un desequilibrio insensato, ya que Alemania no podía (como Francia) compensar estos errores de planificación obteniendo comestibles de ultramar. Mientras descendía en picado la producción agrícola alemana, los precios se elevaban vertiginosamente y todo el mundo se quejaba de la escasez de comida. Según el severo juicio de un erudito, «al concentrarse equivocadamente en la producción de municiones, los directores militares de la economía alemana llevaron al país al borde del hambre a finales de 1918» ²⁷.

Pero esta época estaba lejos de los primeros meses de 1917, cuando eran los aliados los que sentían lo más recio de la guerra y

cuando ciertamente se estaba derrumbando Rusia en el caos y tanto Francia como Italia no parecían estar lejos de la misma suerte. Es en este contexto estratégico, de cada bloque agotado por la guerra pero poseyendo todavía Alemania una ventaja militar total, que hay que situar la política inepta del alto mando en relación con los Estados Unidos en los primeros meses de 1917. Incluso antes de esto, no era ningún secreto que la política americana se inclinaba en pro de los Aliados; a pesar de ocasionales desacuerdos sobre el bloqueo naval, la simpatía ideológica general por las democracias aliadas y la creciente dependencia de los exportadores estadounidenses del mercado de la Europa occidental habían hecho que Washington no fuese completamente neutral en lo tocante a Alemania. Pero el anuncio de la constante campaña de los submarinos contra los barcos mercantes y la revelación del secreto del ofrecimiento alemán de una alianza con México (en el «Zimmermann Telegram») hicieron que Wilson y el Congreso decidiesen al fin entrar en la guerra ²²⁸.

La importancia de la entrada norteamericana en el conflicto no fue en absoluto militar; al menos durante los doce primeros meses que siguieron a abril de 1917, ya que su Ejército estaba todavía menos preparado para una campaña moderna que lo habían estado las fuerzas europeas de 1914. Pero su fuerza productora, fomentada por los pedidos de guerra aliados por miles de millones de dólares, no tenía igual. Su potencial industrial total y su parte en la producción manufacturera mundial eran dos veces y media más grandes que los de la ahora supertensa economía alemana. Podía construir cientos de buques mercantes, exigencia vital en un año en que los submarinos hundían mensualmente más de 500.000 toneladas de navíos británicos y aliados. Podía construir destructores en el asombroso tiempo de tres meses. Producía la mitad de las exportaciones mundiales de comestibles, que ahora podían ser enviados a Francia y a Italia, lo mismo que a su tradicional mercado británico.

Por consiguiente, en términos de poder económico, la entrada de los Estados Unidos en la guerra transformó completamente los equilibrios y compensó sobradamente el colapso de Rusia en la misma época. Como demuestra la tabla 24 (que debería compararse con la tabla 22), los recursos de producción dispuestos ahora contra las potencias centrales eran enormes.

Debido al intervalo necesario para aplicar este potencial económico a fines militares, las consecuencias inmediatas de la entrada de América en la guerra fueron diversas. Los Estados Unidos no podían, en el breve tiempo de que disponían, producir sus propios tanques, artillería de campaña y aviones en el número que necesitaba (en realidad tuvo que pedir prestadas a Francia y Gran

Bretaña estas armas pesadas); pero podían seguir sirviendo las municiones de armas ligeras y otros efectos de los que tanto dependían Londres, París y Roma. Y podían concertar con los banqueros los créditos privados necesarios para pagar todos estos artículos, transformarlos en deudas intergubernamentales. Además, los Estados Unidos podían, a más largo plazo, reclutar una fuerza de millones de nuevos soldados instruidos y bien alimentados, para arrojarlos en la balanza europea ²²⁹. Mientras tanto, los ingleses tenían que abrirse paso a través de los barrizales de Passchendaele, las tropas rusas se habían desintegrado, los refuerzos alemanes habían permitido a las potencias centrales descargar un

TABLA 24. COMPARACIONES INDUSTRIAL/TECNOLÓGICAS CON LOS ESTADOS UNIDOS PERO SIN RUSIA

	R. U./EE.UU. Francia	Alemania Austria-Hungría
Porcentaje de producción manufacturera mundial (1913)	51,7	19,2
Consumo de energía (1913) en equivalente a un millón de toneladas métricas de carbón	798,8	236,4
Producción de acero (1913) en millones de toneladas	44,1	20,2
Potencial industrial total (R. U. en 1900 = 100)	472,6	178,4

golpe devastador a Italia en Caporetto, y Ludendorff estaba retirando algunas de sus fuerzas del Este para lanzar un ataque final a las debilitadas líneas anglo-francesas. Ciertamente, fuera de Europa, los ingleses estaban haciendo importantes avances contra Turquía en el Próximo Oriente. Pero la captura de Jerusalén y de Damasco sería una menguada compensación de la pérdida de Francia, si los alemanes conseguían al fin hacer en el Oeste lo que habían hecho ya en todos los demás lugares de Europa.

Por esto, los líderes de todos los beligerantes importantes consideraron las próximas campañas de 1918 como absolutamente decisivas para la guerra en su conjunto. Aunque Alemania tenía que dejar más de un millón de soldados para ocupar el nuevo gran imperio de conquistas en el Este, reconocidas al fin por los bolcheviques en el Tratado de Brest-Litovsk (marzo de 1918), Ludendorff

había estado trasladando fuerzas desde el Oeste a razón de diez divisiones al mes desde primeros de noviembre de 1917. Cuando la máquina de guerra alemana estuvo preparada para atacar, a finales de marzo de 1918, tenía una superioridad de casi treinta divisiones sobre las fuerzas anglo-francesas y muchas de sus unidades habían sido instruidas por Bruchmüller y otros oficiales del Estado Mayor en las nuevas técnicas de «asalto» por sorpresa. Si conseguían abrir un boquete en las líneas aliadas y llegar a París y al Canal, sería la más grande hazaña militar de toda la guerra. Pero los riesgos eran también enormes, pues Ludendorff estaba movilizandando todos los recursos que le quedaban a Alemania para esta sola campaña: iba a ser un juego de «todo o nada», de proporciones épicas. Entre bastidores, la economía alemana se estaba debilitando amenazadoramente. Su producción industrial había bajado al 57 por ciento de la de 1913. La agricultura estaba más descuidada que nunca y el mal tiempo contribuía a la disminución de la producción; las mayores subidas de los precios de los comestibles aumentaba el descontento doméstico. Los desgastados medios de transporte eran ahora incapaces de trasladar desde los territorios del Este las grandes cantidades de materias primas que se habían proyectado. De las 192 divisiones desplegadas por Ludendorff en el Oeste, 56 eran calificadas de «divisiones de ataque», una manera de disimular el hecho de que recibirían la parte del león en la menguante provisión de equipos y municiones²³⁰. Era un juego que el alto mando creía que tendría éxito. Pero si el ataque fracasaba, los recursos alemanes se habrían agotado, precisamente cuando los norteamericanos eran al fin capaces de enviar mensualmente 300.000 soldados al norte de Francia y la campaña de los submarinos había sido completamente freñada por los convoyes aliados.

Los primeros éxitos de Ludendorff —aplantar al inferior Quinto Ejército británico, introducir una cuña entre las fuerzas francesas y las británicas, y avanzar a primeros de junio de 1918 hasta sesenta kilómetros de París en otro de sus ataques— asustaron a los Aliados, que dieron a Foch la coordinación suprema de las fuerzas del frente occidental, enviaron refuerzos desde Inglaterra, Italia y el Próximo Oriente, y pensaron una vez más (en privado) en una paz de compromiso. Sin embargo, lo cierto era que los alemanes se habían extendido excesivamente y sufrían las acostumbradas consecuencias de pasar de la defensiva a la ofensiva. Por ejemplo, en los primeros dos fuertes golpes contra el sector británico, habían infligido 240.000 bajas a los ingleses y 92.000 a los franceses, pero las suyas se habían elevado a 348.000. En julio, «los alemanes perdieron unos 973.000 hombres y más de un millón fueron dados de baja como enfermos. En octubre, sólo quedaban 2,5 millones de hombres en el Oeste y la situación de reclutamiento

era desesperada»²³¹. Desde mediados de julio en adelante, los Aliados fueron superiores, no sólo en nuevos combatientes, sino todavía más en artillería, tanques y aviones, permitiendo a Foch orquestar toda una serie de ofensivas de las fuerzas del Imperio británico, Estados Unidos y Francia, para no dar descanso a las ya debilitadas tropas alemanas. Al mismo tiempo, la superioridad militar y la mayor fuerza de resistencia de los Aliados se estaban manifestando en imponentes victorias en Siria, Bulgaria e Italia. De repente, en setiembre y octubre de 1918, Ludendorff, presa de pánico, comprendió que todo el bloque dirigido por Alemania se estaba derrumbando, combinándose ahora el descontento y las revoluciones internas con las derrotas en el frente para producir la rendición, el caos y la agitación política²³². No solamente había terminado la apuesta militar alemana, sino que había sido arruinado el Viejo Orden en Europa. A la luz de las terribles pérdidas individuales, sufrimientos y devastación que se habían producido tanto en «el frente de combate como en los frentes interiores»²³³ y de la manera en que ha sido vista la Primera Guerra Mundial como un golpe suicida a la civilización europea y a su influencia en el mundo²³⁴, puede parecer crudamente materialista introducir otra tabla

TABLA 25. GASTOS DE GUERRA Y TOTAL DE FUERZAS MOVILIZADAS, 1914-1919²³⁵

	Gastos de guerra a precios 1913 (miles de millones de dólares)	Total de fuerzas movilizadas (millones)
Imperio británico	23,0	9,5
Francia	9,3	8,2
Rusia	5,4	13,0
Italia	3,2	5,6
Estados Unidos	17,1	3,8
Otros aliados *	0,3	2,6
Total Aliados	57,7	40,7
Alemania	19,9	13,25
Austria-Hungría	4,7	9,00
Bulgaria, Turquía	0,1	2,85
Total potencias centrales	24,7	25,10

* Bélgica, Rumania, Portugal, Grecia, Serbia.

estadística en este punto (tabla 25). Sin embargo, lo cierto es que estas cifras confirman lo que hemos dicho más arriba: que las ventajas poseídas por las Potencias Centrales —buenas comunicaciones interiores, alta calidad del Ejército alemán, ocupación y explotación de muchos territorios, aislamiento y derrota de Rusia— no podían, a la larga, pesar más que su gran desventaja en poder económico y que la considerable desventaja en el volumen total de las fuerzas movilizadas. Así como la desesperación de Ludendorff al agotarse sus soldados aptos para el combate en julio de 1918 fue un reflejo del desequilibrio de fuerzas, así el asombro del *Frontsoldat* corriente al ver lo bien provistas que estaban las unidades aliadas a las que vencieron en la primavera de aquel año fue una indicación del desequilibrio en la producción²⁶.

Aunque sería completamente equivocado sostener que el resultado de la Primera Guerra Mundial estaba predeterminado, las pruebas presentadas aquí sugieren que el desarrollo total de aquel conflicto —el primitivo punto muerto entre los dos bandos, la ineficacia de la participación italiana, el lento agotamiento de Rusia, el carácter decisivo de la intervención americana para mantener las presiones aliadas, y el colapso final de las potencias centrales— estuvo íntimamente relacionado con la producción económica e industrial y con las fuerzas eficazmente movilizadas que cada alianza tuvo a su disposición durante las diferentes fases de la lucha. Desde luego, los generales tuvieron que dirigir (o *mal* dirigir) sus campañas, las tropas tuvieron que apelar al valor moral de los individuos para atacar las posiciones enemigas, y los marinos tuvieron que soportar la guerra en el mar; pero la Historia indica que estas cualidades y talentos existieron en ambos bandos y no fueron disfrutados en medida desproporcionada por una de las coaliciones. Lo que fue disfrutado por un bando, particularmente después de 1917, fue una marcada superioridad en fuerzas productivas. Como en anteriores y largas guerras de coalición, aquel factor resultó, al fin, decisivo.

VI. EL ADVENIMIENTO DE UN MUNDO BIPOLAR Y LA CRISIS DE LAS «POTENCIAS MEDIANAS»: SEGUNDA PARTE, 1919-1942

El orden internacional de la posguerra

Los estadistas de las mayores y menores potencias, reunidos en París a principios de 1919 para concertar un arreglo de paz, se enfrentaron con una serie de problemas más complejos y más insolubles que aquellos con que se habían encontrado sus predecesores en 1763, 1814-1815 y 1856. Aunque muchos asuntos del orden del día pudieron ser acordados e incorporados en el Tratado de Versalles (28 de junio de 1919), la confusión que prevalecía en la Europa oriental al luchar los grupos étnicos rivales para establecer «Estados sucesores», la guerra civil y las intervenciones en Rusia, y la reacción nacionalista turca contra la división de Asia Menor pretendida por los occidentales, significaron que muchos asuntos no fueron fijados hasta 1920 y, en algunos casos, hasta 1923. Sin embargo, en aras de la brevedad, este grupo de acuerdos será examinado en su conjunto y no en el orden cronológico de su celebración.

El cambio más impresionante en Europa, medido en términos territorial-jurídicos, fue la aparición de un racimo de Naciones-Estados —Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Yugoslavia, Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania— en tierras que antes formaban parte de los imperios Habsburgo, Romanov y Hohenzollern. Aunque la étnicamente coherente Alemania sufrió en la Europa del Este pérdidas territoriales mucho menores que la

dos Unidos sea consumido por la producción de un *solo* avión en el año 2020, la escalada en los costos del armamento moderno es una tendencia alarmante de todos los Gobiernos... y de sus contribuyentes.

Cada una de las principales potencias de hoy en día —los Estados Unidos, la URSS, China, Japón y (supuestamente) la CEE— se encuentra pues forcejeando con los antiguos dilemas de auge y caída, con el ritmo cambiante del crecimiento productivo, con la innovación tecnológica, con cambios en la escena internacional, con el coste vertiginoso de las armas, con alteraciones en los equilibrios de poder. Éstos no son hechos que puedan ser controlados por ningún Estado o individuo. Parafraseando la famosa observación de Bismarck, todas estas potencias están viajando en «la corriente del tiempo», que no pueden «crear ni dirigir», pero en la que pueden «navegar con más o menos habilidad y experiencia»¹³. Cómo salgan del viaje dependerá, en alto grado, de la sabiduría de los Gobiernos de Washington, Moscú, Tokio, Pekín y las diversas capitales europeas. El análisis anterior ha tratado de sugerir cuáles serán las perspectivas más probables para cada uno de aquellos Gobiernos y, en consecuencia, para el sistema de las grandes potencias en su conjunto. Pero queda todavía mucho que dependerá de la «habilidad y experiencia» con que consigan navegar en «la corriente del tiempo».

NOTAS

CAPITULO I

1. W. H. McNeill, *A World History* (Londres, 1979), pág. 295; *The Rise of the West* (Chicago, 1967), pág. 565; J. M. Roberts, *The Pelican History of the World* (Harmondsworth, 1980), pág. 519; edición de G. Barraclough, *The Times Atlas of World History* (Londres, 1978), pág. 153.
2. Para el análisis de las relaciones internacionales en Europa hacia el 1500, ver *The New Cambridge Modern History* (de aquí en adelante, *NCMH*), vol. 1, *The Renaissance 1493-1520*, edición de G. R. Potter (Cambridge, 1961), especialmente los capítulos 7-14; vol. 2; G. Mattingly, *Renaissance Diplomacy* (Harmondsworth, 1965), págs. 115 en adelante.
3. Hay breves informes de la China de Ming en McNeill, *Rise of the West*, págs. 524-534; y Roberts, *History of the World*, págs. 424-444. Para una información más detallada, ver C. O. Hucker, *China's Imperial Past* (Stanford, California, 1975), págs. 303 en adelante; J. A. Harrison, *The Chinese Empire* (Nueva York, 1972); W. Eberhard, *A History of China* (segunda edición, Londres, 1960), págs. 232-270; M. Elvin, *The Pattern of the Chinese Past* (Londres, 1973).
4. Y. Shiba, *Commerce and Society in Sung China* (Ann Arbor, Michigan, 1970); J. Needham, *The Development of Iron and Steel Technology in China* (Londres, 1958); L. S. Yang, *Money and Credit in China* (Cambridge, Massachusetts, 1952); y especialmente W. H. McNeill, *The Pursuit of Power: Technology, Armed Forces and Society Since 1000 D. C.* (Chicago, 1983), capítulo 2.
5. La fuente principal (en lengua inglesa) para el texto anterior es J. Needham, *Science and Civilization in China*, vol. 4, 3.ª parte, y *Civil Engineering and Nautics* (Cambridge, 1971), especialmente págs. 379-536; pero ver también Lo Jung-pang, «El resurgir de China como potencia naval durante el final de la dinastía Sung y el primer período de la dinastía Yuan», *Far Eastern Quarterly*, vol. 14 (1955), págs. 489-503; C. G.

Reynolds, *Command of the Sea: The History and Strategy of Maritime Empires* (Nueva York, 1974), págs. 98-104.

6. Para el texto siguiente, ver McNeill, *World History*, págs. 254-255; Needham, *Science and Civilization in China*, vol. 4, 3.ª parte, págs. 524 en adelante; R. Dawson, *Imperial China* (Londres, 1972), págs. 230 en adelante; Lo Jung-pang, «El declive de la armada de principios de la era Ming», *Orient Extremus*, vol. 5 (1958), págs. 149-168; y Ho Ping-Ti, «Factores económicos e institucionales en el declive del imperio chino», en edición de C. C. Cipolla, *The Economic Decline of Empires* (Londres, 1970), págs. 274-276, aunque en general, la visión que se da no es tan sombría como en otros informes. Ver también las minuciosas comparaciones de J. Needham, *The Grand Titration: Science and Society in East and West* (Londres, 1969), todo el libro; y E. L. Jones, *The European Miracle: Environments, Economics and Geopolitics in the History of Europe and Asia* (Cambridge, 1981).

7. Jones, *European Miracle*, capítulo 9; F. Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, 2 vols. (Londres, 1972), vol. 2, págs. 661 en adelante; P. Wittek, *The Rise of the Ottoman Empire* (Londres, 1938); H. Inalcik, *The Ottoman Empire: The Classical Age 1300-1600* (Nueva York, 1973); edición de M. A. Cook, *A History of the Ottoman Empire to 1730* (Cambridge, 1976); M. G. S. Hodgson, *The Venture of Islam*, vols. 2 y 3 (Chicago/Londres, 1924); C. M. Kortepeter, *Ottoman Imperialism During the Reformation* (Londres, 1973).

8. A. C. Hess, «La evolución del imperio marítimo otomano en la era de los descubrimientos oceánicos, 1453-1525», *American Historical Review*, vol. 75, n.º 7 (diciembre 1970), págs. 1892-1919; Braudel, *Mediterranean*, vol. 2, págs. 918 en adelante; Reynolds, *Command of the Sea*, págs. 112 en adelante; y los comentarios de J. F. Guilmartin, *Guns, Powder and Galleys: Changing Technology and Mediterranean Warfare at Sea in the Sixteenth Century* (Cambridge, 1974).

9. Jones, *European Miracle*, págs. 176 en adelante; edición de Cook, *History of the Ottoman Empire*, especialmente págs. 103 en adelante; B. Lewis, «Algunas reflexiones en torno al declive del imperio otomano», en la edición de Cipolla, *Economic Decline of Empires*, págs. 215-234; H. A. R. Gibbs y H. Bowen, *Islamic Society and the West*, volumen 1, 2 partes (Londres, 1950 y 1957); 1.ª parte, págs. 273 en adelante; 2.ª parte, págs. 1-37. Ver también H. Inalcik, *The Ottoman Empire: Conquest, Organization and Economy: Collected Studies* (Londres, 1978), capítulos 10-13.

10. Jones, *European Miracle*, p. 182.

11. Para el aspecto más oscuro, ver *ibid.*, capítulo 10; Roberts, *History of the World*, págs. 415-423; W. H. Moreland, *From Akbar to Aurangzeb: A Study in Indian Economic History* (Londres, 1923); M. D. Morris, «Valores a modo de obstáculo al crecimiento económico en el Sur de Asia», *Journal of Economic History*, vol. 27 (1967), págs. 588-607. Para una presentación más clara, ver A. J. Qaisar, *The Indian Response to European Technology and Culture 1498-1707* D.C. (Delhi, India, 1982), todo el libro; y para un período inmediatamente posterior, C. A. Bayley, *Rulers, Townsmen and Bazaars* (Cambridge, 1983).

12. McNeill, *Rise of the West*, págs. 645-649; Jones, *European Miracle*, págs. 157-159; R. Bendix, *Kings or People: Power and the Mandate to Rule* (Berkeley/Los Angeles, 1978), págs. 431 en adelante; G. B. Sansom, *The Western World and Japan* (Londres, 1950), págs. 3-208; *idem*, *A History of Japan*, vols. 2-3 (Londres, 1961 y 1964); C. R. Boxer, *The Christian Century in Japan 1549-1650* (Berkeley, 1951); J. W. Hall, *Government and Local Power in Japan* (Princeton, 1966); D. M. Brown, «El impacto de las armas de fuego en las operaciones militares japonesas», *Far Eastern Quarterly*, vol. 7 (1947), págs. 236-245; R. P. Toby, *State and Diplomacy in Early Modern Japan* (Princeton, Nueva Jersey, 1984).

13. McNeill, *World History*, págs. 328-343; Bendix, *Kings or People*, páginas 491 en adelante; I. Wallerstein, *The Modern World System*, volumen 1; *Capitalistic Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century* (Nueva York/Londres, 1974), páginas 301-324; G. Vernadsky, *The Tsardom of Muscovy 1547-1682* (New Haven, Connecticut, 1969); R. H. Fisher, *The Russian Fur Trade 1550-1700* (Berkeley, California, 1973); M. Florinsky, *Russia: A Short History* (Nueva York, 1964), capítulos 3-9; R. J. Kerner, *The Urge of the Sea* (Nueva York, 1971, reimpresión); T. Szamuely, *The Russian Traditions* (Londres, 1974); L. Kochan y R. Abraham, *The Making of Modern Russia* (Harmondsworth, 2.ª edición, 1983), capítulos 3-6.

14. Ver Roberts, *History of the World*, pág. 585: «Rusia era tan poco conocida incluso en aquel siglo (XVII) que un rey francés podía escribir al zar sin saber que el príncipe a quien se dirigía había muerto hacía diez años.» Nótese también las observaciones condescendientes de los comerciantes ingleses en Rusia, en la obra de Kochan y Abraham, *Making of Modern Russia*, págs. 56-57.

15. Naturalmente, éste es el título del impresionante libro de E. L. Jones. Dicho libro, y la importante obra de W. H. McNeill, *The Pursuit of Power*, han influido fuertemente en mi argumentación de los párrafos siguientes. Ver también McNeill, *Rise of the West*, todo el libro; Wallerstein, *Modern World System*; D. C. North y R. P. Thomas, *The Rise of the Western World* (Cambridge, 1973); J. H. Parry, *The Establishment of the European Hegemony 1415-1715* (3.ª edición, Nueva York, 1966); S. Viljoen, *Economic Systems in World History* (Londres, 1974, todo el libro); P. Chaunu, *European Expansion in the Later Middle Ages* (Amsterdam, 1979).

16. H. C. Darby, «La faz de Europa en la víspera de los grandes descubrimientos», en *NCMH*, vol. 1, págs. 20-49; N. J. Pounds y S. S. Ball, «Áreas clave y el desarrollo del sistema de estados europeo», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 54 (1964), páginas 24-40; R. G. Wesson, *State Systems: International Relations, Politics and Culture* (Nueva York, 1978), pág. 111; Jones, *European Miracle*, capítulo 7.

17. N. J. Pounds, *An Historical Geography of Europe 1500-1840* (Cambridge, 1979), capítulo 1; C. Cipolla, *Before the Industrial Revolution: European Society and Economy 1000-1700* (2.ª edición, Londres, 1980), todo el libro; edición de C. Cipolla, *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 1, *The Middle Ages* (Londres, 1972), capítulo 7;

E. Samhaber, *Merchants Make History* (Londres, 1963), págs. 130 en adelante; Wallerstein, *Modern World System*, vol. 1, págs. 42 en adelante; Braudel, *Mediterranean*, vol. 1, págs. 188-224.

18. Roberts, *History of the World*, págs. 505-506; J. H. Parry, *The Age of Reconnaissance* (2.ª edición, Londres, 1966), págs. 60 en adelante.

19. Citado en la obra de Jones, *European Miracle*, pág. 235.

20. McNeill, *Pursuit of Power*, capítulo 3; J. U. Nef, *War and Human Progress* (Nueva York, 1968), capítulo 2; R. A. Preston, S. F. Wise y H. O. Werner, *Men in Arms* (Londres, 1962), capítulo 7; C. Cipolla, *Guns and Sails in the Early Phase of European Expansion 1400-1700* (Londres, 1965); todo el libro; y R. Bean, «La guerra y el nacimiento del estado-nación», *Journal of Economic History*, vol. 33 (1973), págs. 203-221.

21. Uno se siente inclinado a poner entre comillas la palabra «nacional», ya que en el Ejército francés había muchos mercenarios. Véase, V. G. Kiernan, «Mercenarios extranjeros y monarquía absoluta», *Past and Present*, vol. 11 (1957), pág. 72. Para los comentarios generales anteriores, ver McNeill, *Pursuit of Power*, capítulo 3; H. Thomas, *History of the World* (Nueva York, edición de 1979), capítulo 24; M. E. Mallet, *Mercenaries and Their Masters: Warfare in Renaissance Italy* (Londres, 1976); y J. R. Hale, «El Ejército, la Armada y el arte de la guerra», *NCMH*, vol. 2, especialmente págs. 486 en adelante; *idem*, *War and Society in Renaissance Europe 1450-1620* (Londres, 1985), capítulo 2.

22. Cipolla, *Guns and Sails*, todo el libro; Nef, *War and Human Progress*, págs. 46 en adelante.

23. C. Duffy, *Siege Warfare: The Fortress in the Early Modern World 1494-1660* (Londres, 1979), capítulos 1-2; McNeill, *Pursuit of Power*, capítulo 3; Wesson, *State Systems*, págs. 112 en adelante; Braudel, *Mediterranean*, vol. 2, págs. 845 en adelante; J. R. Hale, «El desarrollo temprano del bastión: una cronología italiana 1450-1534», en edición de Hale (y otras) de *Europe in the Later Middle Ages* (Londres, 1965), páginas 466-494.

24. Para el texto siguiente, ver Parry, *Age of Reconnaissance*, capítulo 7; Reynolds, *Command of the Sea*, págs. 106 en adelante; P. Padfield, *Guns at Sea* (Londres, 1973), 1.ª parte; G. V. Scammell, *The World Encompassed: The First European Maritime Empires, c. 800-1650* (Berkeley, California, 1981), que sitúa los viajes del siglo xv en el amplio contexto del expansionismo europeo.

25. Jones, *European Miracle*, pág. 80. La importancia de la «organización económica eficaz» se repite enfáticamente en la obra de North y Thomas, *Rise of the Western World*, pág. 1 y todo el libro en general.

26. Éste es el ataque del excelente estudio de Guilmartin, *Gunpowder and Galleys* (ver todo el libro).

27. Para la experiencia portuguesa, ver la obra de Parry, *Age of Reconnaissance*; P. Padfield, *Tide of Empires: Decisive Naval Campaigns in the Rise of the West, 1481-1654*, vol. 1 (Londres, 1979), capítulo 2; C. R. Boxer, *The Portuguese Seaborne Empire 1415-1825* (Londres, 1969); V. Magalhaes-Godinho, *L'économie de l'Empire portugais aux XV^e et XVI^e siècles* (París, 1969); B. W. Diffie y C. D. Winius, *Foundations of the Portuguese Empire 1415-1580* (Minneapolis, 1977); Wallerstein, *Modern World System*, págs. 325 en adelante; Braudel, *Mediterranean*, vo-

lumen 2, págs. 1174-1176; Scammell, *World Encompassed*, capítulo 5.
28. P. M. Kennedy, *The Rise and Fall of British Naval Mastery* (Londres/Nueva York, 1976), pág. 18.

29. Padfield, *Tide of Empires*, vol. 1, pág. 49.

30. Es más dudoso que el Gobierno portugués se beneficiase por igual. Ver M. Newitt, «El saqueo y el botín del poder en el imperio portugués», en la edición de M. Duffy, *The Military Revolution and the State 1500-1800* (Exeter Studies in History, Exeter, 1980), págs. 10-28; y W. Reinhard, *Geschichte der europäischen Expansion*, vol. 1 (Stuttgart, 1983), capítulos 3 y 5.

31. Wallerstein, *Modern World System*, pág. 170; C. H. Haring, *The Spanish Empire in America* (Nueva York, 1947); Parry, *Spanish Seaborne Empire*, todo el libro; Scammell, *World Encompassed*, capítulo 6; C. Gibson, *Spain in America* (Nueva York, 1966).

32. Wallerstein, *Modern World System*. Ver también Jones, *European Miracle*, capítulo 4; Parry, *Age of Reconnaissance*, 3.ª parte; Roberts, *History of the World*, págs. 660 en adelante; *Cambridge Economic History of Europe*, vol. 4, *The Economy of Expanding Europe in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Cambridge, 1967), todo el libro. Una notable advertencia contra la previsión de un «sistema mundial» real se halla en el trabajo de R. A. Dogshon, «Una perspectiva espacial», *Peasant Studies*, vol. 6, n. 1 (enero de 1977), págs. 8-19.

33. Para el origen de este desafío al monopolio ibérico del comercio de ultramar, ver *NCMH*, vol. 1, capítulo 16 y vol. 3, capítulo 17; Padfield, *Tide of Empires*, capítulo 4; Scammell, *World Encompassed*, capítulos 7 y 9.

34. K. Mendelsohn, *Science and Western Domination* (Londres, 1976), todo el libro; Nef, *War and Human Progress*, capítulo 3; Elton, *Reformation Europe*, págs. 292 en adelante; McNeill, *Rise of West*, páginas 592-598; edición de Cipolla, *Fontana Economic History of Europe*, vol. 2, capítulo 3; A. Wolf, *A History of Science, Technology and Philosophy in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Nueva York, 1935).

35. Jones, *European Miracle*, págs. 170-171 y todo el libro; y A. G. Frank, *World Accumulation 1492-1789* (Nueva York/Londres, 1978), páginas 137 y en adelante.

36. Ver otra vez Mendelsohn, *Science and Western Domination*, que enfatiza la importancia de la observación científica y de la predicción; y McNeill, *Rise of the West*, págs. 593-599.

CAPITULO II

1. C. Oman, *A History of the Art of War in the Sixteenth Century* (Londres, 1937), pág. 3. Para las guerras anteriores, ver *idem*, *A History of the Art of War in the Middle Ages*, 2 vols. (Londres, 1924).

2. Ver la advertencia sobre esto en la obra de G. R. Elton, *Reformation Europe 1517-1559* (Londres, 1963), págs. 305 en adelante.

3. *Ibid.*, pág. 35.

4. R. A. Strading, *Europe and the Decline of Spain: A Study of the*

Spanish System, 1580-1720 (Londres/Boston, 1981), pág. 44.

5. Por ejemplo, la declaración de Gattinara a Carlos V de que «Dios os ha puesto en el camino hacia una monarquía mundial», citado en *NCMH*, vol. 2, págs. 310 en adelante; y las citas de H. Kamen, *Spain 1469-1714* (Londres, 1983), pág. 67.

6. Oman, *War in the Sixteenth Century*, pág. 5. Este libro sigue siendo el mejor relato *militar* de este período. Hay breves y útiles informes de estos 140 años en los tres relevantes volúmenes de *Fontana History of Europe*; G. R. Elton, *Reformation Europe 1517-1559* (Londres, 1963); J. H. Elliott, *Europe Divided 1559-1598* (Londres, 1968); y G. Parker, *Europe in Crisis 1598-1648* (Londres, 1979). Ver también *NCMH*, volúmenes 2 y 5; y H. G. Koenigsberger, *The Habsburgs and Europe 1516-1660* (Ithaca/Londres, 1971).

7. *NCMH*, vol. 2, capítulos 11 y 17.

8. V. S. Mamatey, *Rise of the Habsburg Empire 1526-1815* (Huntingdon, Nueva York, edición de 1978), pág. 9.

9. Ver detalles en Oman, *War in the Sixteenth Century*, págs. 703 en adelante; Braudel, *Mediterranean World*, vol. 2, págs. 904-1237.

10. H. C. Koenigsberger, «Europa occidental y el poder de España», en *NCMH*, vol. 3, págs. 234-318; G. Parker, *Spain and the Netherlands 1559-1659* (Londres, 1979), todo el libro; C. Wilson, *The Transformation of Europe 1558-1648* (Londres, 1976), capítulos 8 y 9.

11. La naturaleza internacional de la rivalidad está bien documentada en el trabajo de Parker, «La revuelta holandesa y la polarización de la política internacional», en *Spain and the Netherlands*, págs. 74 en adelante; y para una interpretación más socioeconómica, ver J. V. Polisensky, *The Thirty Years War* (Londres, 1971), especialmente capítulo 4.

12. C. V. Wedgwood, *The Thirty Years War* (Londres, edición de 1964), capítulos 3-6.

13. Parker, *Europe in Crisis*, pág. 252; J. H. Elliott, *The Count-Duke of Olivares* (New Haven, Connecticut, 1986), pág. 495.

14. Parker, *Spain and Netherlands*, págs. 54-77; C. R. Boxer, *The Dutch Seaborne Empire 1600-1800* (Londres, 1972), págs. 25-26.

15. Para los últimos años del conflicto, ver la obra de Stradling, *Europe and the Decline of Spain*, capítulos 2-4; J. Stoye, *Europe Unfolding 1648-1688* (Londres, 1969), capítulos 3-4.

16. Aparte de las obras específicas citadas en notas anteriores, esta sección está muy influenciada por una serie de excelentes estudios sobre el poder imperial español, principalmente: J. H. Elliott, *Imperial Spain 1469-1716* (Harmondsworth, Sussex, 1970); J. Lynch, *Spain Under the Habsburgs*, 2 vols. (Oxford, 1964 y 1969); Stradling, *Europe and the Decline of Spain*, todo el libro. También han sido utilizados dos libros más antiguos, R. Trevor Davies, *The Golden Century of Spain 1501-1621* (Londres, 1937); y B. Chudoba, *Spain and the Empire 1519-1643* (Nueva York, edición de 1969). Finalmente, hay un reflexivo artículo de John Elliott, reproducido en la edición de Cipolla de *Economic Decline of Empires* y titulado «El declive de España», págs. 168-195.

17. Koenigsberger, *Habsburgs and Europe*, pág. 11.

18. R. Ehrenberg, *Das Zeitalter der Fugger: Geldkapital und Creditverkehr im 16. Jahrhundert*, 2 vols. (Jena, 1896); E. Samhaber, *Merchants*

Make History (Londres, 1963), capítulo 8; y véase la amplia y reciente investigación de G. Parker, «El nacimiento de las finanzas modernas en la Europa de 1500-1730», en la edición de Cipolla de *Fontana Economic History of Europe*, vol. 2, págs. 527-589.

19. *NCMH*, vol. 1, capítulo 7; R. A. Kann, *A History of Habsburg Empire 1526-1918* (Berkeley/Los Angeles/Londres, 1974), capítulos 1-2.

20. Lynch, *Spain Under the Habsburgs*, vol. 1, pág. 77.

21. M. Roberts, «La insurrección militar, 1500-1660», en la obra de Roberts, *Essays in Swedish History* (Londres, 1967), págs. 195-225; G. Parker, «La insurrección militar de 1560-1660, ¿un mito?», en la obra de Parker, *Spain and the Netherlands*, págs. 86-105; M. van Creveld, *Supplying War: Logistics from Wallenstein to Patton* (Cambridge, 1977), páginas 5-6; J. R. Hale, «El Ejército, la Armada y el arte de la guerra», en *NCMH*, vol. 2, págs. 481-509, y vol. 3, págs. 171-208; McNeill, *Pursuit of Power*, capítulo 4; R. Bean, «La guerra y el nacimiento del estado-nación», *Journal of Economic History*, vol. 33 (1973), págs. 203-221.

22. G. Parker, *The Army of Flanders and the Spanish Road 1567-1659: The Logistics of Spanish Victory and Defeat in the Low Countries War* (Cambridge, 1972), pág. 6.

23. I. A. A. Thompson, *War and Government in Habsburg Spain 1560-1620* (Londres, 1976), pág. 16; más en general, ver Reynolds, *Command of the Sea*, capítulos 4-6.

24. Lynch, *Spain Under the Habsburgs*, vol. 1, págs. 53-58.

25. *Ibid.*, págs. 128. Ver también Parker, *Army of Flanders and the Spanish Road*, capítulo 6.

26. Braudel, *Mediterranean World*, vol. 2, pág. 841; y para un análisis más completo, ver Parker «Lepanto (1571), los costes de la victoria», en *Spain and the Netherlands*, págs. 122-134.

27. *NCMH*, vol. 3, págs. 275 en adelante; Parker, «¿Por qué duró tanto la rebelión holandesa?» y «Rebelión y descontento en el ejército español de Flandes 1572-1607», en *Spain and the Netherlands*, págs. 45-64, 106-121.

28. Thompson, *War and Government in Habsburg Spain*, capítulo 3.

29. *Ibid.*, págs. 36 en adelante y 89 en adelante; Lynch, *Spain Under the Habsburgs*, vol. 2, págs. 30 en adelante.

30. Para más detalles, ver Regla, «España y su imperio», en *NCMH*, volumen 5, págs. 319-383; Lynch, *Spain Under the Habsburgs*, vol. 2, capítulos 4-5; Elliott, *Imperial Spain*, capítulo 10; Stradling, *Europe and the Decline of Spain*, capítulos 3-5; pero véase también Kamen, *Spain 1469-1714*, defendiendo una «reconquista» posterior.

31. Ver las interesantes observaciones de Braudel sobre las desventajas a las que se enfrentaban los dos «vastísimos» imperios de España y el Islam, en *Mediterranean World*, vol. 2, págs. 701-703.

32. Las fluctuaciones del esfuerzo español de una escena a otra están muy bien descritos en el trabajo de Parker, «España, sus enemigos y la rebelión de Holanda, 1559-1648», en *Spain and the Netherlands*, páginas 17-42.

33. Lynch, *Spain Under the Habsburgs*, vol. 1, pág. 347.

34. *Ibid.*, vol. 2, pág. 70.

35. E. Heischmann, *Die Anfänge des stehenden Heeres in Oesterreich* (Viena, 1925).
36. NCMH, vol. 5, capítulos 18 y 20; Kann, *History of the Habsburg Empire*.
37. Ver el excelente análisis de la guerra de Holanda que contiene la obra de Duffy, *Siege Warfare*, capítulo 4.
38. Parker, *Spain and the Netherlands*, págs. 185 y 188.
39. Idem, *Army of Flanders and the Spanish Road*, págs. 50 en adelante.
40. NCMH, vol. 3, pág. 308.
41. Citado en la obra de Parker, *Europe in Crisis*, pág. 238.
42. *Ibid.*, pág. 239.
43. Para el texto siguiente, ver Kamen, *Spain 1469-1714*, págs. 81 en adelante, 161 en adelante, 214 en adelante; H. G. Koenigsberger, «El imperio de Carlos V en Europa», en NCMH, vol. 2, págs. 301-333; y la versión ampliada en la obra de Koenigsberger, *Habsburgs and Europe*, todo el libro.
44. H. G. Koenigsberger, *The Government of Sicily Under Philip II* (Londres, 1951), todo el libro.
45. Idem, *The Habsburgs and Europe*, todo el libro; y ver también el excelente y nuevo estudio de D. Stella, *Crisis and Continuity: The Economy of Spanish Lombardy in the Seventeenth Century* (Cambridge, Massachusetts, 1979).
46. Parker, *Spain and the Netherlands*, págs. 21-22.
47. NCMH, vol. 1, págs. 450 en adelante, y vol. 2, 320 en adelante; Elliott, *Imperial Spain*, capítulos 5 y 8; Lynch, *Spain Under the Habsburgs*, vol. 1, págs. 53 en adelante y todo el libro, y vol. 2, págs. 3 en adelante.
48. Para lo que sigue, ver Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, páginas 250 en adelante; J. V. Vives, «El declive de España en el siglo XVII», en la edición de Cipolla de *Economic Decline of Empires*, páginas 121-167; Davies, *Golden Century of Spain*, capítulos 3 y 8; Wallerstein, *Modern World System*, vol. 1, págs. 191 en adelante; así como las obras de Elliott y Lynch.
49. Cipolla, *Guns and Sails*, pág. 33; Thompson, *War and Government in Habsburg Spain*, pág. 25.
50. D. Maland, *Europe in the Seventeenth Century* (Londres, 1966), página 214; Lynch, *Spain Under the Habsburgs*, vol. 2, págs. 139 en adelante. Pero muchas veces, España dio marcha atrás en su política de tolerar el comercio con sus enemigos holandeses, tal como se ve en el artículo de Israel, ver más abajo, nota 82.
51. Thompson, *War and Government in Habsburg Spain*, pág. i; Parker, *Europe in Crisis*, págs. 71-75; más en general, Hale, *War and Society in Renaissance Europe*, capítulos 8 y 9.
52. Parker, *Spain and the Netherlands*, pág. 96.
53. NCMH, vol. 2, pág. 472.
54. *Ibid.*, vol. 1, capítulo 10; y especialmente, M. Wolfe, *The Fiscal System of Renaissance France* (New Haven/Londres, 1972), capítulos 2 y 3.
55. En la obra de Oman, *War in the Sixteenth Century*, págs. 393-

- 536, se dan los detalles militares de las guerras francesas. Para el aspecto político, ver J. H. Salmon, *Society in Crisis: France in the Sixteenth Century* (Londres, 1975), todo el libro; y R. Briggs, *Early Modern France 1560-1715* (Oxford, 1977), capítulo 1.
56. Nef, *War and Human Progress*, págs. 103 en adelante; Wolfe, *Fiscal System of Renaissance France*, capítulo 8; Salmon, *Society in Crisis*, págs. 310 en adelante; E. J. Hamilton, «Origen y desarrollo de la deuda nacional en Europa occidental», *American Economic Review*, volumen 37, n. 2 (1947), págs. 119-120.
57. NCMH, vol. 3, págs. 314-317; Wolfe, *Fiscal System of Renaissance France*, capítulo 8; Salmon, *Society in Crisis*, capítulo 12; Briggs, *Early Modern France*, págs. 80 en adelante; Parker, *Europe in Crisis*, páginas 119-122.
58. Parker, *Europe in Crisis*, págs. 17 en adelante, 246 en adelante; J. B. Wolf, *Toward a European Balance of Power 1620-1715* (Chicago, 1970), págs. 17-19.
59. A. Guery, «Las finanzas de la monarquía francesa», *Annales*, volumen 33, n. 2 (1978), págs. 216-239, especialmente págs. 228-230, 236. La similitud de las corrientes en Francia y España está muy bien explicada en J. H. Elliott, *Richelieu y Olivares* (Cambridge, 1984), especialmente capítulos 3 y 5-6; y en M. S. Kimmell, «Guerra, estado, finanzas y revolución», en edición de P. McGowan y C. W. Kegley, *Foreign Policy and the Modern World-System* (Beverly Hills, California, 1983), páginas 89-124.
60. E. H. Jenkins, *A History of the French Navy* (Londres, 1973), capítulo 4; Briggs, *Early Modern France*, págs. 128-144; Parker, *Europe in Crisis*, págs. 273 en adelante.
61. R. Stradling, «Catástrofe y recuperación: la derrota de España 1639-1643», *History*, vol. 64, n. 211 (junio de 1979), págs. 205-219.
62. Para la historia económica de Inglaterra en este período, ver Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, págs. 276-296; D. C. Coleman, *The Economy of England 1450-1750* (Oxford, 1977); B. Murphy, *A History of the British Economy* (Londres, 1973), 1.ª parte, capítulo 4; C. Hill, *Reformation to Industrial Revolution* (Harmondsworth, Middle Sussex, 1969); R. Davis, *English Overseas Trade 1500-1700* (Londres, 1973). Entre las investigaciones políticas más notables están G. R. Elton, *England Under the Tudors* (Londres, 1955); D. M. Loades, *Politics and the Nation 1450-1660* (Londres, 1974), págs. 118 en adelante; y P. Williams, *The Tudor Regime* (Oxford, 1979), espec. capítulos 2 y 9. Sobre las finanzas de la corona, ver el antiguo trabajo de F. C. Dietz, *English Public Finance 1485-1641*, vol. 1, *English Government Finance 1485-1558* (Londres, edición de 1964).
63. Nef, *War and Human Progress*, págs. 10-12, 71-73, 87-88.
64. Barnett, *Britain and Her Army 1509-1970: A Military, Political and Social Survey* (Londres, 1970), capítulo 1; Oman, *War in the Sixteenth Century*, págs. 285 en adelante; G. J. Millar, *Tudor Mercenaries and Auxiliaries 1485-1547* (Charlottesville, Virginia, 1980). Para el período posterior, ver C. G. Gruikshank, *Elizabeth's Army* (2.ª edición, Oxford, 1966).
65. Williams, *Tudor Regime*, págs. 64 en adelante; Dietz, *English Go-*

vernment Finance, capítulos 7-14; Hill, *Reformation to Industrial Revolution*, capítulo 6; P. S. Crowson, *Tudor Foreign Policy* (Londres, 1973), capítulo 25.

66. K. R. Andrews, *Elizabethan Privateering* (Cambridge, 1964); *Trade, Plunder and Settlement* (Cambridge, 1983); Padfield, *Tide of Empires*, vol. 1, págs. 120 en adelante; D. B. Quinn y A. N. Ryan, *England's Sea Empire, 1550-1642* (Londres, 1983), capítulo 5; Scammell, *World Encompassed*, págs. 465 en adelante.

67. Tal como se cita en la obra de Kennedy, *British and Naval Mastery*, pág. 28. Ver también M. Howard, «El estilo de guerra británico» (Neale Lecture, Londres, 1975); Barnett, *Britain and Her Army*, páginas 25 en adelante y 51 en adelante; R. B. Wernham, «La estrategia y los objetivos bélicos en la era isabelina», en *Elizabethan Government and Society*, edición de S. T. Bindoff, J. Hurstfield y C. H. Williams (Londres, 1961), págs. 340-368. Ver también las dos investigaciones generales de Wernham, *Before the Armada: The Growth of English Foreign Policy 1588-1603* (Berkeley, Los Angeles/Londres, 1980).

68. Respecto a esas cifras, ver F. C. Dietz, «La hacienda en el reinado de Isabel I», *Smith College Studies in History*, vol. 8, n. 2 (enero de 1923); ídem, *English Public Finance 1485-1641*, vol. 2, 1558-1641, capítulos 2 y 5; W. R. Scott, *The Constitution and Finance of English, Scottish and Irish Joint Stock Companies to 1720*, 3 vols. (Cambridge, 1912), vol. 3, págs. 485-544.

69. Loades, *Politics and the Nation*, págs. 301 en adelante; R. Ashton, *The Crown and the Monel Market 1603-1640* (Oxford, 1960), todo el libro, especialmente capítulos 2 y 7.

70. R. Ashton, *The English Civil War: Conservatism and Revolution 1603-1649* (Londres, 1979); C. Hill, *The Century of Revolution 1603-1714* (Edimburgo, 1961), 1.ª parte; edición de C. Russell, *The Origins of the English Civil War* (Londres, 1973); L. Stone, *The Causes of the English Revolution 1529-1642* (Londres, 1972); Loades, *Politics and the Nation*, páginas 327 en adelante.

71. Kennedy, *British Naval Mastery*, págs. 44 en adelante; Barnett, *Britain and her Army*, págs. 90 en adelante; Hill, *Reformation to the Industrial Revolution*, págs. 155 en adelante; J. R. Jones, *Britain and the World 1649-1815* (Londres, 1980), págs. 51 en adelante. Ver también dos importantes estudios alemanes: B. Martin: «Aussenhandel und Aussenpolitik Englands unter Cromwell», *Historische Zeitschrift*, vol. 218, n. 3 (junio de 1974), págs. 571-592; y H. C. Junge, *Flottenpolitik und Revolution: Die Entstehung der englischen Seemacht während der Herrschaft Cromwells* (Stuttgart, 1980).

72. M. Ashley, *Financial and Commercial Policy Under the Cromwellian Protectorate* (Londres, edición de 1962), pág. 48.

73. C. Hill, *Century of Revolution*, pág. 161.

74. North and Thomas, *Rise of the Western World*, págs. 118, 150 y todo el libro.

75. Lo que sigue guarda una estrecha relación con los escritos de Michael Roberts, no sólo su clásico *Gustavus Adolphus*, 2 vols. (Londres, 1958), sino también sus estudios más extensos: *Essays in Swedish History* (Londres, 1967); *Gustavus Adolphus and the Rise of Sweden* (Lon-

dres, 1973); su edición de *Sweden's Age of Greatness, 1632-1718* (Londres, 1973); y *The Swedish Imperial Experience 1560-1718* (Cambridge, 1979).

76. Cipolla, *Guns and Sails*, págs. 52 en adelante; Roberts, *Gustavus Adolphus*, vol. 2, págs. 107 en adelante; Wallerstein, *Modern World System*, vol. 2, págs. 203 en adelante; y E. F. Heckscher, *An Economic History of Sweden* (Cambridge, Massachusetts, 1963), capítulo 4, especialmente págs. 101 en adelante.

77. Hay un breve resumen de las reformas en la obra de Roberts, *Gustavus Adolphus and the Rise of Sweden*, capítulos 6-7; más detalles en *Gustavus Adolphus*, vol. 2, págs. 63 y 304.

78. Ver F. Redlich, «Aportaciones a la Guerra de los Treinta Años», *Economic History Review*, 2.ª serie, vol. 12 (1959), págs. 247-254, así como su libro más extenso, *The German Military Enterprise and His Work Force*, 2 vols. (Wiesbaden, 1964); M. Ritter, «Das Kontributionssystem Wallensteins», *Historische Zeitschrift*, vol. 90 (1902); y A. Ernstberger, Hans de Witte: *Finanzmann Wallensteins* (Wiesbaden, 1954), para más detalles. Para Suecia, ver *Gustavus Adolphus and the Rise of Sweden*, capítulo 8; y S. Ludkvist, «Svensk krigsfinansiering 1630-1635», *Historisk tidskrift*, 1966, págs. 377-421, con un sumario alemán.

79. Roberts, «Carlos XI», en *Essays in Swedish History*, pág. 233.

80. Ídem, *Swedish Imperial Experience*, págs. 132-137.

81. *Ibid.*, pág. 51.

82. G. Parker, *The Dutch Revolt* (Londres, 1977), invalida otros informes sobre la fase del siglo XVI de la «Guerra de los Treinta Años». Respecto a la lucha posterior, ver el importante artículo de J. I. Israel, «Un conflicto de imperios: España y Holanda, 1618-1648», *Past and Present*, n. 76 (1977), págs. 34-74; e ídem, *The Dutch Republic and the Hispanic World 1606-1661* (Oxford, 1982).

83. G. Gash, *Renaissance Armies 1480-1650* (Cambridge, 1975), página 106.

84. C. Wilson, *The Dutch Republic and the Civilization of the Seventeenth Century* (Londres, 1968), pág. 31. Ver también Wallerstein, *Modern World System*, vol. 1, págs. 199 en adelante; vol. 2, capítulo 2.

85. Citado por Parker, en *Dutch Revolt*, pág. 249; Reynolds, *Command of the Sea*, págs. 158 en adelante; Boxer, *Dutch Seaborne Empire*, todo el libro; Padfield, *Tide of Empires*, vol. 1, capítulo 5; Scammell, *World Encompassed*, capítulo 7.

86. Sobre este «viraje» del mundo Mediterráneo al Atlántico, ver Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, capítulo 10; Braudel, *Mediterranean World*, vol. 2; Wallerstein, *Modern World System*, vols. 1 y 2; y R. T. Rapp, «El fin de la hegemonía comercial mediterránea», *Journal of Economic History*, vol. 35 (1975), págs. 499-525, con algunas reservas útiles sobre lo que estaba ocurriendo.

87. Respecto a las pérdidas ocasionadas por la guerra en Holanda, ver Parker, «Guerra y cambio económico», todo el libro, e Israel, «Conflicto de Imperios», todo el libro. Respecto al papel financiero de Amsterdam y la deuda oficial, ver Parker, «Nacimiento de las finanzas modernas en Europa», págs. 549 en adelante y 573 en adelante; V. Barbour, *Capitalism in Amsterdam in the Seventeenth Century* (Baltimore, 1950), todo el libro; André-E. Sayous, «Le rôle d'Amsterdam dans l'histoire du

capitalisme commercial et financier», *Revue Historique*, vol. 183, n. 2 (octubre-diciembre de 1938), págs. 242-280.

88. Bean, «La guerra y el nacimiento del estado-nación», todo el libro. Ver también S. E. Finer, «Estado y construcción de la nación en Europa: El rol del ejército», en la edición de C. Tilly, *The Formation of National States in Western Europe* (Princeton, 1975), págs. 84-163.

89. NCMH, vol. 3, capítulo 16; Wesson, *State Systems*, págs. 121 en adelante; edición de O. Ranum, *National Consciousness, History and Political Culture in Early-Modern Europe* (Baltimore/Londres, 1975); y E. D. Marcu, *Sixteenth Century Nationalism* (Nueva York, 1976). Esto también se veía en las teorías económicas «nacionales» de la época: ver G. H. McCormick, «Consideraciones estratégicas sobre el desarrollo del pensamiento económico», págs. 4-8, en la edición de G. H. McCormick y R. E. Bisses, *Strategic Dimensions of Economic Behavior* (Nueva York, 1984).

90. Entre las interpretaciones y síntesis más generales, ver la edición de Tilly, *Formation of National States in Western Europe*, todo el libro; Bendix, *Kings or People*, págs. 247 en adelante; Wallerstein, *Modern World System*, vol. 1, capítulo 3; V. G. Kiernan, «Estado y Nación en la Europa Occidental», *Past and Present*, vol. 31 (1965), págs. 20-38; J. H. Shennan, *The Origins of the Modern European State 1450-1725* (Londres, 1974); edición de H. Lubasz, *The Development of the Modern State* (Nueva York, 1964).

91. Citado por Creveld, en *Supplying War*, pág. 17.

92. *Ibid.*, págs. 13-17.

93. Ver de nuevo Elliott, *Richelieu and Olivares*, capítulo 6.

CAPITULO III

1. Para estudios políticos básicos sobre este período, ver D. McKay y H. M. Scott, *The Rise of the Great Powers 1648-1815* (Londres, 1893), una investigación excelente; NCMH, vols. 5-9; W. Doyle, *The Old European Order 1660-1800* (Oxford, 1978); E. N. Williams, *The Ancien Régime in Europe 1648-1789* (Harmondsworth, Middle Sussex, edición de 1979). El tema de Europa en el mundo exterior es tratado en J. H. Parry, *Trade and Dominion: The European Overseas Empire in the Eighteenth Century* (Londres, 1971); G. Williams, *The Expansion of Europe in the Eighteenth Century* (Londres, 1966). Para representaciones cartográficas en estas tendencias, ver edición de G. Barraclough del *Times Atlas of World History*, págs. 192 en adelante.

2. Sobre evolución militar y naval en general, ver Nef, *War and Human Progress*, seg. pte.; Ropp, *War in the Modern World*, capítulos 1-4; Preston, Wise y Werner, *Men in Arms*, capítulos 9-12; McNeill, *Pursuit of Power*, capítulos 4-6; H. Strachan, *European Armies and the Conduct of War* (Londres/Boston, 1983), capítulos 1-4; J. Childs, *Armies and Warfare in Europe 1648-1789* (Manchester, 1982). Sobre la Armada, ver Reynolds, *Command of the Sea*, capítulos 6-9; Kennedy, *Rise and Fall*

of *British Naval Mastery*, capítulos 3-5; Padfield, *Tide of Empires*, volumen 2.

3. Sobre dichos desarrollos, además de las referencias citadas en la nota 2, ver Corvisier, *Armies and Societies in Europe 1494-1789* (Bloomington, 1979), espec. seg. pte.; Howard, *War in European History*, capítulo 4; Ven Creveld, *Supplying War*, págs. 10 en adelante; edición de C. Tilly, *The Formation of National States in Western Europe* (Princeton, Nueva Jersey, 1975), espec. artículo de S. E. Finer, «Estado y construcción de la nación en Europa: el rol del ejército», págs. 84-163.

4. G. Parker, «Nacimiento de las finanzas modernas en Europa», todo el artículo; edición de Tilly, *Formation of National States in Western Europe*, capítulos 3-4; F. Braudel, *The Wheels of Commerce*, volumen 2 de *Civilization and Capitalism, 15th-18th Centuries* (Londres, 1982); H. van der Wee, «Sistema monetario, crédito y bancario», en la edición de E. R. Rich y C. H. Wilson, *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. 5 (Cambridge, 1977), págs. 290-392; P. G. M. Dickson y J. Sperling, «Finanzas de la guerra, 1689-1714», en NCMH, volumen 6, capítulo 9. Ver también K. A. Rasler y W. R. Thompson, «Guerras mundiales, deuda pública y el largo ciclo», *World Politics*, volumen 35 (1983), págs. 489-516; y C. Webber y A. Wildavsky, *A History of Taxation and Expenditure in the Western World* (Nueva York, 1986), páginas 250 en adelante.

5. El término se refiere, naturalmente, al título del excelente libro de P. G. M. Dickson, *The Financial Revolution in England: A Study in the Development of Public Credit 1688-1756* (Londres, 1967).

6. Este interminable debate está explicado en W. Sombart, *Krieg und Kapitalismus* (Munich, 1913); Nef, *War and Human Progress*; y muchos libros y artículos posteriores. Ver la instructiva introducción y bibliografía de la edic. de J. M. Winter, *War and Economic Development* (Cambridge, 1975).

7. Parker, «Nacimiento de las finanzas modernas», todo en general; Wallerstein, *Modern World System*, vol. 2, págs. 57 en adel.; C. H. Wilson, *Anglo-Dutch Commerce and Finance in the Eighteenth Century* (Cambridge, 1966 reimpr.); V. Barbour, *Capitalism in Amsterdam in the Seventeenth Century* (Baltimore, 1950), espec. capítulo 6. Sobre todo, ver J. C. Riley, *International Government Finance and the Amsterdam Capital Market 1740-1815* (Cambridge, 1980).

8. Ver la discusión sobre esto en Wilson, «Declive de Holanda», en *Economic History and the Historian: Collected Essays* (Londres, 1969), páginas 22-47; e ídem, *Anglo-Dutch Commerce and Finance*; así como más abajo, las referencias de la nota 23.

9. Riley, *International Government Finance*, capítulos 6-7.

10. Para comparaciones generales entre la economía, la política financiera y el sistema fiscal de Francia y Gran Bretaña, ver Wallerstein, *Modern World System*, vol. 2, capítulos 3 y 6; P. Mathias y P. O'Brien, «Impuestos en Gran Bretaña y Francia, 1715-1810», *Journal of European Economic History*, vol. 5, n. 3 (Invierno 1976), págs. 601-649; F. Crouzet, «L'Angleterre et France au XVIII^e: essai d'analyse comparée de deux croissances économiques», *Annales*, vol. 21 (1966), páginas 254-291; McNeill, *Pursuit of Power*, espec. capítulo 6; N. F. R. Crafts,

«Revolución industrial en Inglaterra y Francia: Algunas ideas sobre la cuestión: «¿Por qué Inglaterra fue la primera?», *Economic Historic Review*, 2.ª serie, vol. 30 (1977), págs. 429-441. Hay una breve sinopsis en P. Kriedte, *Peasants, Landlords and Merchant Capitalists: Europe and the World Economy, 1500-1800* (Leamington, 1983), págs. 115 en adelante.

11. Mathias y O'Brien, «Impuestos en Gran Bretaña y Francia», todo el art.; y para el período anterior, ver de nuevo Dickson y Sperling, «Finanzas de la guerra 1689-1714», todo el art. De todas formas, no hay nada tan profundo como el análisis comparativo que hace R. Brown en «Impuestos, estructura socio-política y construcción del estado», en edic. de Tilly, *Formation of National States in Western Europe*, págs. 243-327.

12. Dickson, *Financial Revolution in England*, pág. 198. Para la historia institucional, véase J. H. Clapham, *The Bank of England*, vol. 1, 1694-1797 (Cambridge, 1944); y H. Roseveare, *The Treasury: The Evolution of a British Institution* (Londres, Nueva York, 1969); y comparar con la situación anterior a 1688, mucho menos satisfactoria (e irregular): C. D. Chandaman, *The English Public Revenue 1660-1688* (Oxford, 1975).

13. Riley, *International Government Finance*, capítulos 4 y 6; Wilson, *Anglo-Dutch Commerce and Finance*, todo el libro; A. C. Carter, «Inversiones holandesas en el extranjero, 1738-1800», *Economica*, vol. 20 (Noviembre 1953), págs. 332-340. El papel de las finanzas holandesas en el desarrollo británico está descrito también (y quizás exagerado) en Wallerstein, *Modern World System*, vol. 2, págs. 279 en adel.; pero ver también los interesantes argumentos de L. Neal, «Interpretación del poder y el beneficio en la historia económica: Estudio de siete años de guerra», *Journal of Economic History*, vol. 37 (1977), págs. 34-35.

14. Dickson, *Financial Revolution in England*, pág. 9, que es la fuente para la tabla 2.

15. La cita del obispo Berkeley pertenece al mismo libro, pág. 15. Para ver la argumentación de McNeill sobre la «retroalimentación» ver *Pursuit of Power*, págs. 178 y 206 en adelante.

16. El estudio más útil sobre el tema es *French Finances, 1770-1795* de J. F. Boshier (Cambridge, 1970); ver también los artículos de Dickson y Sperling, «Finanzas de guerra» y los de Mathias y O'Brien «Tributación en Gran Bretaña y Francia», así como también las referencias del capítulo 2 a los artículos de Bonney, Dent y Guery. Ver también el trabajo de R. Mousnier «La evolución de las finanzas públicas en Francia y en Inglaterra durante las guerras de la liga Habsburgo y de la Sucesión en España», *Revue Historique*, volumen 44, número 205 (1951), págs. 1-23.

17. Boshier, *French Finances 1770-1795*, pág. 20. Este argumento aparece resumido en el artículo de Boshier: «La administración francesa y las finanzas en el marco europeo» *NCMH*, vol. 8, capítulo 20. Para realizar los cálculos de la cantidad tributaria que pasó a manos privadas, ver Mathias y O'Brien, «Tributación en Francia y Gran Bretaña», páginas 643-646.

18. La cita está sacada de J. G. Clark, *La Rochelle and the Atlantic*

Economy During the Eighteenth Century (Baltimore, Londres 1981), páginas 23 y 226; y en concreto los capítulos 1 y 7, así como las conclusiones. Esta historia puede compararse con la experiencia británica, tal como la recoge R. Davis en *The Rise of the Atlantic Economies* (Londres, 1975); edic. de W. E. Minchinton, *The Growth of English Overseas Trade in the Seventeenth and Eighteenth Centuries* (Londres, 1969); A. Calder, *Revolutionary Empire: The Rise of the English-Speaking Empires from the Fifteenth Century to the 1780s* (Londres, 1981), partes 2-3; así como un montón de libros especializados en transportes y comercio.

19. Ver detalles ilustrativos en los capítulos «Finanzas» y «Suministro y equipamiento» en L. Kennet, *The French Armies in the Seven Years War: A Study in Military Organization and Administration* (Durham, N. C., 1967). Respecto a la debilidad de la armada, particularmente en las provisiones y construcción naval, ver P. W. Bamford, *Forest and French Sea Power 1660-1789* (Toronto, 1956), todo el libro; y Jenkins, *History of the French Navy*, capítulo 8; y el notable análisis de F. Boshier, «Financiación de la flota naval francesa durante la guerra de los siete años: Beaujon, Gossens et compagnie en 1759», que se publicará próximamente en el U. S. Naval Institute Proceedings. Para el análisis comparativo con Gran Bretaña, ver D. A. Baugh, *British Naval Administration in the Age of Walpole* (Princeton, 1965), todo el libro.

20. Para las estadísticas comparativas, ver Boshier, *French Finances 1770-1795*, págs. 23-24. Puede complementarse con R. D. Harris, «Las finanzas francesas y la guerra americana, 1771-1783», *Journal of Modern History*, vol. 46, n. 2 (1976), págs. 233-258; G. Ardent, «Política financiera e infraestructura económica en los estados y naciones modernos», en edición de Tilly, *Formation of National States in Western Europe*, páginas 217 en adelante; Hamilton, «Origen y desarrollo de la deuda nacional en Europa occidental», págs. 122-124. El papel del sistema impositivo en la crisis francesa de finales de la década de 1780 es recogido en la obra de Doyle, *The Old European Order*, págs. 313-320; y *NCMH*, volumen 8, capítulos, 20-21. Para las reformas de Pitt, ver J. Ehrmann, *The Younger Pitt*, 2 volúmenes (Londres 1969 y 1983), vol. 1, págs. 239 en adelante; J. E. D. Binney, *British Public Finance and Administration, 1774-1792* (Oxford, 1958), todo el libro.

21. No hay ninguna perspectiva de lista satisfactoria (ni mucho menos exhaustiva) de referencias a las finanzas de la guerra de esos otros estados. Para una visión general, ver edic. de Tilly, *Formation of National States in Western Europe*, capítulos 3-4; *NCMH*, vol. 6, págs. 20 en adel. y 284 en adel.; y C. Moraze, «Finance et despotisme, essai sur les despotes éclairés», *Annales*, vol. 3 (1948), págs. 279-296. Respecto a Prusia, ver los breves comentarios de *NCMH*, vol. 7, págs. 296 en adel., y vol. 8, págs. 7 en adel. y 565 en adel.; y C. Duffy, *The Army of Frederick the Great* (Newton Abbott, 1974), capítulo 8. Respecto al imperio Habsburgo, ver ídem, *The Army of Maria Theresa: The Armed Forces of Imperial Austria, 1740-1780* (Londres, 1977), capítulo 10. Incluso en el caso de Rusia, donde funcionaba el reclutamiento y donde los recursos del país eran saqueados en beneficio de los objetivos militares, la primitiva autosuficiencia en dinero y especies fue remplazada por un

recurso creciente a los préstamos extranjeros y dinero en papel hacia las últimas décadas del siglo XVIII; ver ídem, *Russia's Military Way to the West: Origins and Nature of Russian Military Power 1700-1800* (Londres, 1981), págs. 36-38, 179-180.

22. Jones, *Britain and Europe in the Seventeenth Century*, capítulo 5; Kennedy, *Rise and Fall of the British Naval Mastery*, págs. 50 en adelante.

23. J. G. Stork-Penning, «La prueba de los estados: Algunas observaciones sobre la política holandesa durante la guerra de sucesión con España», *Acta Historiae Neerlandica*, vol. 2 (1967), págs. 107-141; C. R. Boxer, «El declive económico holandés», en la edic. de Cipolla, *Economic Decline of Empires*; Wilson, «Sistema impositivo y declive de los imperios: un tema pasado de moda», en *Economic History and the Historian*, págs. 114-127; Wolf, *Toward a European Balance of Power*, capítulo 7. Ver también la sinopsis de C. P. Kindleberger en «Expansión comercial y revolución industrial», *Journal of Economic History*, vol. 4, número 3 (Invierno 1975), págs. 620 en adelante.

24. A. C. Carter, *The Dutch Republic in Europe in the Seven Years War* (Londres, 1971), especialmente capítulo 7; y más en general, ver ídem., *Neutrality or Commitment: The Evolution of Dutch Foreign Policy (1667-1795)*, (Londres, 1975), un excelente trabajo de investigación.

25. Carter, *Neutrality or Commitment*, págs. 89 en adel.; y los capítulos relevantes de E. H. Kossman, *The Low Countries 1780-1940* (Oxford, 1978).

26. Cifras de Doyle, *Old European Order*, pág. 242. Sobre Francia bajo el reinado de Luis XIV, ver NCMH, vols. 5-6; A. de St. Leger y P. Sagnac, *La Prépondérance française, Louis XIV, 1661-1715* (París, 1935); edic. de R. M. Hatton, *Louis XIV and Europe* (Londres, 1976); P. Goubert, *Louis XIV and Twenty Million Frenchmen* (Londres, 1970); y J. B. Wolf, *Louis XIV* (Londres, 1968).

27. Unos análisis excelentes sobre los problemas militares y geopolíticos frente a las normas que regían en Viena durante ese período son los contenidos en K. A. Roider, *Austria's Eastern 1700-1790* (Princeton, Nueva Jersey, 1982); y C. W. Ingra, «Estrategia y geopolítica de los Habsburgo durante el siglo XVIII», en edic. de G. E. Rothenberg, B. K. Kiraly y P. F. Sugar, *East Central European Society and War in the Pre-Revolutionary Eighteenth Century* (Nueva York, 1982), páginas 49-66. Ver también el comentario de D. Mackay, *Prince Eugene of Savoy* (Londres, 1977).

28. O. Hufton, *Europe: Privilege and Protest 1730-1789* (Londres, 1980), pág. 155. Ver también NCMH, vol. 8, cap. 10; Kann, *History of the Habsburg Empire*, capítulos 3 y 5; y más en general, E. Wangermann, *The Austrian Achievement* (Nueva York, 1973); y V. S. Mamatey, *Rise of the Habsburg Empire 1526-1815* (Nueva York, 1971). Ver también las instructivas observaciones de Duffy, *Army of Maria Theresa*, todo el libro.

29. Hufton, *Europe: Privilege and Protest*, capítulo 7; Williams, *Ancien Regime in Europe*, capítulos 13-16; Wallerstein, *Modern World System*, vol. 2, págs. 225 en adel.; F. L. Carsten, *Aristocracy and Autocracy: The Prussian Experience 1660-1815* (Cambridge, Massachusetts, 1958).

También hay una buena investigación sobre las reformas y el sistema prusiano en NCMH, vol. 7, capítulo 13.

30. G. Craig, *The Politics of the Prussian Army 1640-1945* (Oxford, 1955), págs. 22 en adel.; Duffy, *Army of Frederick the Great*, todo el libro; T. N. Dupuy, *A Genius for War: The German Army and General Staff, 1807-1945* (Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1961), todo el libro.

31. Un análisis breve pero muy instructivo es el de P. Dukes, *The Emergence of the Super-Powers: A Short Comparative History of the USA and the USSR* (Londres, 1970), capítulos 1-2.

32. Citado por P. Bairoch, «Niveles internacionales de industrialización desde 1750 hasta 1980», *Journal of European Economic History*, vol. 11, n. 2 (Primavera, 1982), pág. 291. Ver también L. H. Gipson, *The Coming of the Revolution 1763-1775* (Nueva York, 1962), págs. 13-18; R. M. Robertson, *History of the American Economy* (3.ª edición, Nueva York, 1973), pág. 64.

33. NCMH, vol. 7, capítulo 14, y vol. 8, capítulo 11; Kochan y Abraham, *Making of Modern Russia*, capítulos 7-9; Duffy, *Russia's Military Way to the West*, todo el libro; P. Dukes, *The Making of Russian Absolutism 1613-1801* (Londres, 1982), todo el libro; M. Falkus, *The Industrialization of Russia 1700-1914* (Londres, 1972), capítulos 2-3; M. Raef, *Imperial Russia 1682-1825* (Nueva York, 1971), todo el libro; y los múltiples comentarios sobre el ascenso de Rusia en la obra de M. S. Anderson, *Europe in the Eighteenth Century* (Londres, 1961), espec. capítulo 9.

34. A. de Tocqueville, *Democracy in America*, 2 vols. (Nueva York, edic. de 1945), págs. 452; y ver también los pronósticos de los que informa Dukes en *Emergence of the Super-Powers*, capítulo 1-3; H. Gollwitzer, *Geschichte des weltpolitischen Denkens*, 2 vols. (Gotinga, 1972-1982), vol. 1, págs. 403 en adelante; y el comentario de W. Woodruff en *America's impact on the World: A Study of the Role of the United States in the World Economy 1750-1970* (Nueva York, 1973).

35. A. T. Mahan, *The Influence of Sea Power upon History 1660-1783* (Londres, edic. de 1965), pág. 29.

36. Sobre esto, ver Kennedy, *The Rise and Fall of the British Naval Mastery*, introducción y capítulos 3-5; M. Howard, *The British Way in Warfare* (Neale Lecture, University of London, 1974), todo; Jones, *Britain and the World*, capítulos 1-2 y todo el libro.

37. D. E. C. Eversley, «El mercado interior y el desarrollo económico en Inglaterra 1750-1780», en la edic. de E. L. Jones y G. E. Mingay, *Land, Labour and Population of the Industrial Revolution* (Londres, 1967), págs. 206-259; F. Crouzet, «Hacia una economía de exportación: las exportaciones británicas durante la revolución industrial», *Explorations in Economic History*, vol. 17 (1980), págs. 48-93; P. J. Cain y A. G. Hopkins, «La política económica de la expansión marítima británica, 1750-1914», *Economic History Review*, seg. serie, vol. 33, n. 4 (1980), páginas 463-490.

38. Citado por H. Richmond en *Statesman and Sea Power* (Oxford, 1946), pág. 111; y para más detalles de este debate estratégico, ver R. Pares, «Estrategia americana versus estrategia continental 1739-1763», *English Historical Review*, vol. 51, n. 103 (1936), págs. 429-465; Wallers-

tein, *Modern World System*, vol. 2. págs. 246 en adel.; G. Niedhart, *Handel und Krieg in der britischen Weltpolitik 1738-1763* (Munich, 1979), páginas 64 en adel.

39. L. Dehio, *The Precarious Balance* (Londres, 1963), pág. 118.

40. Estas cifras —siempre aproximativas— proceden de gran variedad de fuentes, incluyendo a Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, pág. 4; A. Armengaud, «Población en la Europa de 1700-1914», en edición de C. M. Cipolla, *Fontana Economic History of Europe*, vol. 3 (1976), págs. 22-76; *NCMH*, vol. 8, pág. 714; B. R. Mitchell, *European Historical Statistics, 1750-1970* (Londres, 1975), parte A; W. Woodruff, *Impact of the Western Man: A Study of the Europe's Role in the World Economy 1750-1960* (Nueva York, 1967), pág. 104.

41. Corvisier, *Armies and Societies in Europe 1494-1789*, pág. 113, da cifras diferentes que Childs, *Armies and Warfare in Europa 1648-1789*, página 42, y ambos difieren a veces en ciertos datos facilitados en trabajos específicos sobre ejércitos nacionales o guerras civiles.

42. Estas cifras están tomadas de Anderson, *Europe in the Eighteenth Century*, págs. 144-145, con ciertas diferencias respecto a las que aparecen en la obra de W. Cowie, *Eighteenth Century Europe* (Londres, 1963), págs. 141-142. De nuevo se han efectuado enmiendas a la luz de lo que parece ser una fuente más fidedigna. Así, las cifras de 1779 proceden de J. Dull, *The French Navy and American Independence* (Princeton, Nueva Jersey, 1976), apéndice F; y los totales de 1790 proceden de O. von Pivka, *Navies of the Napoleonic Era* (Newton Abbott, 1980), pág. 30 (pero en adelante, *NCMH*, vol. 8, pág. 190).

43. Ver más abajo, págs. 135-137.

44. Para lo que sigue, ver McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, páginas 14 en adel.; Stoye, *Europe Unfolding 1648-1688*, capítulo 9; Wolf, *Toward a European Balance of Power*, todo el libro; *idem*, *The emergence of the Great Powers 1685-1715* (Nueva York, 1951), capítulos 1-7; *NCMH*, vol. 5, cap. 9; St. Leger y Sagnac, *La Prépondérance française*, todo el libro; y edic. de Hatton, *Louis XIV and Europe*, todo.

45. L. André, *Michel Le Tellier et Louvois* (París, ed. de 1943); C. Jones, «La rebelión militar y la profesionalización del ejército francés bajo el Antiguo Régimen», en la edic. de M. Duffy, *The Military Revolution and the State 1500-1800* (Exeter Studies in History, n. 1, Exeter, 1980) págs. 29-48; Jenkins, *History of the French Navy*, capítulo 5.

46. Jones, *Britain and the World*, págs. 100-110; *idem*, *Country and Court 1658-1714* (Londres, 1978), págs. 106 en adel.; Padfield, *Tide of Empires*, vol. 2, capítulo 4.

47. McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, págs. 34 en adelante; edición de Hatton, *Louis XIV and Europe*, todo el libro.

48. *NCMH*, vol. 6, capítulo 7; Wolf, *Toward a European Balance of Power*, capítulo 4; McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, páginas 43-50.

49. G. Symcox, *The Crisis of French Seapower 1689-1697* (La Haya, 1974), todo el libro; Jenkins, *History of the French Navy*, págs. 69-88; Padfield, *Tide of Empires*, vol. 2, capítulo 5.

50. Para estas observaciones, ver Symcox, *Crisis of French Seapower*, todo el libro; Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*,

páginas 76-80; G. N. Clarke, *The Dutch Alliance and the War Against French Trade 1688-1697* (Nueva York, edic. de 1971), todo el libro; D. G. Chandler, «Fluctuations en el contingente de fuerzas a sueldo de Inglaterra enviadas a Flandes durante la guerra de los nueve años, 1688-1697», *War and Society*, vol. 1, n. 2 (Setiembre 1983) págs. 1-20; S. B. Baxter, *William III and the Defense of European Liberty 1650-1702* (Wesport, Connecticut, reimpr. de 1976), págs. 288 en adelante.

51. McKay and Scott, *Rise of the Great Powers*, págs. 54-63; Wolf, *Toward a European Balance of Power*, capítulo 7; *NCMH*, vol. 6, capítulo 12.

52. Sobre hechos militares y tácticas en esta guerra, ver G. Chandler, *The Art of Warfare in the Age of Marlborough* (Londres 1976); Barnett, *Britain and Her Army*, págs. 152 en adel.; McKay, *Prince Eugene of Savoy*, pág. 58 en adelante.

53. Mahan, *Influence of Sea Power upon History*, capítulo 5; Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, págs. 82-85; Padfield, *Tide of Empires*, vol. 2, págs. 156 en adel.; Jones, *Britain and Europe in the Seventeenth Century*, capítulo 7; *NCMH*, vol. 6, capítulos 11-13, 15.

54. Sobre la Paz de Utrecht, ver McKay y Scott, *Rise of the Great Power*, págs. 63-66; *NCMH*, vol. 6 capítulo 14. Sobre la concesión de Asiento, ver G. J. Walker, *Spanish Policy and Imperial Trade, 1700-1789* (Bloomington, 1979), capítulo 4.

55. J. W. Stoye, *The Siege of Vienna* (Londres, 1964); T. M. Barker, *Double Eagle and Crescent* (Albany, Nueva York, 1967); McKay, *Prince Eugene of Savoy*, capítulos 3 y 5; *NCMH*, vol. 6, capítulo 19. Sobre las características de estrategia militar en Europa occidental, ver edic. de B. K. Kiraly y G. E. Rotherberg, *War and Society in Eastern Europe*, volumen I (Nueva York, 1979), especialmente, págs. 1-33, 361 en adelante.

56. Sobre Carlos XII, ver R. M. Hatton, *Charles XII of Sweden* (Londres, 1968), y el capítulo 20(i) de *NCMH*, vol. 6 así como los comentarios de Roberts en *Swedish Imperial Experience*. Sobre Pedro, ver M. S. Anderson, *Peter the Great* (Londres, 1978); R. Wittram, *Peter I: Czar und Kaiser*, 2 vols. (Göttingen, 1964); B. H. Sumner, *Peter the Great and the Emergence of Russia* (Londres, 1940); *NCMH*, vol. 6, capítulo 20(i) y 21.

57. McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, pág. 92.

58. Dehio, *Precarious Balance*, pág. 102.

59. McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, capítulo 4.

60. *NCMH*, vol. 7, capítulo 9. Sobre la política de poderes individuales, ver A. M. Wilson, *French Foreign Policy During the Administration of Cardinal Fleury* (Cambridge, Massachusetts, 1936); P. Langford, *The Eighteenth Century, 1688-1815: British Foreign Policy* (Londres, 1976), páginas 71 en adel.; Kann, *History of the Habsburg Empire*, págs. 90 en adelante.

61. Padfield, *Tide of Empires*, vol. 2, págs. 194 en adel.; R. Pares, *War and Trade in the West Indies 1739-1763* (Oxford, 1936); M. Savelle, *Empires to Nations: Expansion in America, 1713-1824* (Minneapolis, 1974), capítulo 6; Walker, *Spanish Politics and Imperial Trade*, espec. tercera parte; W. L. Dorn, *Competition for Empire 1740-1763* (Nueva

York, 1940). Sobre la guerra de sucesión austríaca, ver *NCMH*, vol. 7, capítulo 17.

62. Dorn, *Competition for Empire*, todo el libro; Pares, *War and Trade*, todo el libro; *idem*, «Estrategia americana versus estrategia continental», todo; *NCMH*, vol. 7, capítulos 20 y 22; Padfield, *Tide of Empires*, vol. 2, págs. 224 en adel.; Saville, *Empires to Nations*, páginas 135 en adel.; C. M. Andrews, «Rivalidad comercial anglo-francesa, 1700-1750», *American Historical Review*, vol. 20 (1915), págs. 539-556, 761-780; P. L. R. Higonnet, «Los orígenes de la guerra de los Siete Años», *Journal of Modern History*, vol. 40 (1968), págs. 57-90.

63. Ver de nuevo Carter, *Dutch Republic in the Seven Years War*, todo el libro; Walker, *Spanish Politics and Imperial Trade*.

64. Sobre la guerra de los Siete Años en general, ver *NCMH*, vol. 7, capítulo 20; McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, págs. 192-200. La política británica es descrita en Niedhart, *Handel und Krieg in der britischen Weltpolitik*, págs. 121-138; Jones, *Britain and the World*, págs. 207 en adel.; B. Tunstall, William Pitt, *Earl of Chatham* (Londres, 1938); El deslucido esfuerzo francés está muy bien descrito en Kennett, *French Armies in the Seven Years War*, la actuación reformadora de Austria en Duffy, *Army of Maria Theresa*. El papel original de Rusia es descrito en la obra de H. H. Kaplan, *Russia and the Outbreak of the Seven Years War* (Berkeley, California, 1968); y Duffy, *Russia's Military Way to the West*, págs. 92 en adel. Hay breves informes de la actuación de Prusia en Duffy, *Army of Frederick the Great*; y J. Kunish, *Das Mirakel des Hauses Brandenburg* (Munich, 1978), con instructivas comparaciones.

65. Citado por Kennedy en *Rise and Fall of British Naval Mastery*, página 106; y ver también Pares, «Estrategia americana versus estrategia continental», todo el artículo. Sobre las dificultades de Pitt en el Ministerio de 1757-1762, ver R. Middleton, *The Bells of Victory* (Cambridge, 1985).

66. Citado por H. Rosinski, «El papel del poder marítimo en la estrategia mundial del futuro», *Brassey's Naval Annual* (1947), pág. 103. Sobre la debilidad financiera de los franceses durante la guerra de los Siete Años, ver Kennett, *French Armies in the Seven Years War*, y Bosher, «Financiación de la flota naval francesa en la guerra de los Siete Años», todo.

67. Sobre el texto anterior, ver McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, págs. 253-258; *NCMH*, vol. 8, págs. 254 en adel.; J. F. Ramsay, *Anglo-French Relations 1763-1770: A Study of Choiseul's Foreign Policy* (Berkeley, California, 1939); H. M. Scott, «La importancia de la reconstrucción naval borbónica en la estrategia de Choiseul tras la guerra de los Siete Años», *International History Review*, vol. 1 (1979), páginas 17-35; R. Abarca, «Diplomacia clásica y estrategia de "revancha" borbónica, 1763-1770», *Review of Politics*, vol. 32 (1970), págs. 313-337; M. Roberts, *Splendid Isolation 1763-1780* (Stenton Lecture, Reading, 1970).

68. Para el texto siguiente, ver I. R. Christie, *Wars and Revolutions: Britain 1760-1815* (Londres, 1982), capítulos 4-6; P. Mackesy, *The War of America 1775-1783* (Londres, 1964); B. Donoghue, *British Politics and*

the American Revolution (Londres, 1964); G. S. Brown, *The American Secretary: The Colonial Policy of Lord George Germain 1775-1778* (Ann Arbor, Michigan, 1963); *NCMH*, vol. 8, capítulos 15-19; y la útil colección de estudios editada por Higginbotham, *Reconsiderations on the Revolutionary War* (Wesport, Connecticut 1978). Hay una buena investigación entre los trabajos más recientes de H. M. Scott, «British Foreign Policy in the Age of the American Revolution», *International History Review*, vol. 6 (1984), págs. 113-125.

69. D. Syrett, *Shipping and the American War 1775-1783* (Londres, 1970), pág. 243 y todo el libro. Ver también N. Baker, *Government and Contractors: The British Treasury and War Supplies 1775-1783* (Londres, 1971); R. A. Bowler, *Logistics and the Failure of the British Army in America 1775-1783* (Princeton, Nueva Jersey, 1975); E. E. Curtis, *The Organization of the British Army in the American Revolution* (Menston, Yorkshire, reimpr. de 1972). Sobre el bando americano, ver la excelente investigación de D. Higginbotham, *The War of American Independence* (Bloomington, Indiana, edición de 1977).

70. Barnett, *Britain and Her Army*.

71. Las cifras son las de Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, pág. 111. Ver también el excelente trabajo de Dull, *French Navy and American Independence*; y A. T. Patterson, *The Other Armada: The Franco-Spanish Attempt to Invade Britain in 1779* (Manchester, 1960). Sobre los aspectos diplomáticos, ver I. de Madariaga, *Britain, Russia and the Armed Neutrality of 1780* (Londres, 1962); S. F. Bemis, *The Diplomacy of the American Revolution* (Nueva York, 1935); e Higginbotham, *The War of American Independence*, capítulo 10; y más recientemente, Dull, *A Diplomatic History of the American Revolution* (New Haven, Connecticut, 1985).

72. Sobre el texto siguiente, ver McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, capítulo 8; *NCMH*, vol. 8, capítulos 9 y 12; I. de Madariaga, *Russia in the Age of Catherine the Great* (Londres, 1981).

73. Ehrmann, *Younger Pitt*, vol. 1, págs. 516-571, y vol. 2, págs. 42 en adelante; Jones, *Britain and the World*, págs. 252 en adelante; Binney, *British Public Finance and Administration*; y, para comparaciones con la economía francesa de la década de 1780, ver de nuevo Cruzet, «Angleterre et France»; Mathias y O'Brien, «Impuestos en Gran Bretaña y Francia, 1715-1810»; y Nef, *War and Human Progress*, págs. 282 en adelante.

74. Para la reforma militar, ver *NCMH*, vol. 8, págs. 190 en adelante, y vol. 9, capítulo 3; McNeill, *Pursuit of Power*, págs. 158 en adelante; Strachan, *European Armies and the Conduct of War*, págs. 25 en adelante; R. S. Quimby, *The Background of the Napoleonic Warfare* (Nueva York, 1957); D. Bien, «El ejército en la Ilustración francesa: reforma, reacción y revolución», *Past and Present*, n. 85 (1979), págs. 68-98; y G. Rothenberg, *The Art of Warfare in the Age of Napoleon* (Bloomington, Indiana, 1978). Para estudiar las primeras fases de la campaña, ver M. Glover, *The Napoleonic Wars: An Illustrated History 1792-1815* (Nueva York, 1979); S. T. Ross, *Quest for Victory: French Military Strategy 1792-1799* (Londres/Nueva York, 1973), capítulos 14; G. Rothenberg, *Napoleon's Great Adversaries: The Archduke Charles and the Austrian*

Army 1792-1814 (Londres, 1982), capítulo 2.

75. La política y la estrategia británicas se describen en Jones, *Britain and the World*, págs. 259 en adelante; Ehrmann, *Younger Pitt*, volumen 2, partes 4-5; Christie, *War and Revolutions*, págs. 215-236; J. M. Sherwig, *Guineas and Gunpowder: British Foreign Aid in the Wars with France 1793-1815* (Cambridge, Massachussets, 1969), capítulos 1-4; M. Duffy, «La política británica en la guerra contra la Francia revolucionaria», en la edición de C. Jones, *Britain and Revolutionary France: Conflict, Subversion and Propaganda* (Exeter Studies in History, n. 5, Exeter, 1983); D. Geggus, «El coste de las campañas del Caribe de Pitts, 1793-1798», *Historical Journal*, vol. 26, n. 2 (1983), págs. 691-706.

76. Citado por Glover en *Napoleonic Wars*, pág. 50. Sobre Napoleón, como estratega y jefe militar, ver D. G. Chandler, *The Campaigns of Napoleon* (Nueva York, 1966); C. Barnett, *Napoleon* (Londres, 1978); Rothenberg, *Art of Warfare in the Age of Napoleon*; y el comentario de G. Lefevre, *Napoleon*, 2 vols. (Londres/Nueva York, 1969).

77. Ver A. B. Rodger, *The War of the Second Coalition 1798-1801* (Oxford, 1964); P. Mackesy, *Statesman at War: The Strategy of Overthrow 1798-1799* (Londres, 1974); los polémicos comentarios de E. Ingram, *Commitment to Empire: Prophecies of the Great Game in Asia, 1797-1800* (Oxford, 1981); Sherwig, *Guineas and Gunpowder*, capítulos 6-7; Rothenberg, *Napoleon's Great Adversaries*, capítulo 3. Sobre el bando francés, ver Ross, *Quest for Victory*, capítulos 5-12; e ídem, *European Diplomatic History 1789-1815: France Against Europe* (Malabar, Florida, reimpression de 1981), capítulo 6. La intervención de Rusia está explicada en A. A. Lobanov-Rostovsky, *Russia and Europe 1789-1825* (Durham, NC, 1947), págs. 43-64; y Duffy, *Russia's Military Way to the West*, páginas 208 en adelante.

78. Jones, *Britain and the World*, págs. 272-280; C. Emsley, *British Society and the French Wars 1793-1815* (Londres, 1979), capítulos 4-5; Lefevre, *Napoleon*, vol. 1, capítulos 5 y 7; Glover, *Napoleonic Wars*, páginas 83-84. Ver también los comentarios de E. L. Presseisen, *Amiens and Munich: Comparisons in Appeasement* (La Haya, 1978).

79. Lefevre, *Napoleon*, vol. 1, capítulos 7 y 9; Ross, *European Diplomatic History*, capítulo 8; Chadler, *Campaigns of Napoleon*, 7.ª parte; Glover, *Napoleonic Wars*, capítulo 3; Rothenberg, *Napoleon's Great Adversaries*, capítulo 5; Sherwig, *Guineas and Gunpowder*, capítulos 7-8; Jones, *Britain and the World*, págs. 281-287; Marcus, *Naval History of England*, vol. 2, págs. 221-302.

80. Para el texto siguiente, ver Jones, *Britain and the World*, páginas 289 en adelante; F. Crouzet, *L'Economie britannique et le Blocus Continental 1806-1813*, 2 volúmenes (París, 1958); ídem «Guerras, bloqueo y Cambio Económico en Europa 1792-1815». *Journal of Economic History*, vol. 24 (1964), págs. 567-588; Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, págs. 143-145; NCMH, vol. 9, págs. 326 en adelante; E. F. Heckscher, *The Continental System* (Oxford, 1922). Para el debate sobre el impacto de la contienda de 1793-1815 en la economía británica, ver además, Emsley, *British Society and the French Wars*, capítulos 7 y 8; J. E. Cookson, «Aritmética política y guerra, 1793-1815»; *War and Society*, volumen 1, núm. 2 (1983), págs. 37-60; G. Hueckel, «Guerra y economía bri-

tánica, 1793-1815: Un análisis global sobre el equilibrio». *Explorations in Economic History*, vol. 10, núm. 4 (verano de 1973), págs. 365-396; P. Deane, «Guerra e industrialización», *War and Economic Development*, págs. 91-102; J. L. Anderson «Consideraciones sobre los efectos sobre la economía británica de la guerra contra Francia, 1793-1815», *Australian Economic History Review*, vol. 12 (1972), págs. 1-20.

81. Ver más arriba tabla 2. Para las finanzas británicas en la guerra ver N. J. Silberling, «Política económica y financiera de la Gran Bretaña durante las guerras napoleónicas», *Quarterly Journal of Economics*, volumen 38 (1923-1924), págs. 214-233; E. B. Schumpeter, «Precios en Inglaterra y finanzas públicas, 1660-1822», *Review of Economic Statistics*, volumen 20 (1983), págs. 21-37; A. Hope-Jones, *Income Tax in the Napoleonic Wars* (Cambridge, 1939); P. O'Brien, *British Financial and Fiscal Policy in the Wars Against France 1793-1815* (Oxford, 1984).

82. L. Bergeron, *France Under Napoleon* (Princeton, Nueva Jersey, 1981), págs. 37 en adelante, 159 en adelante; G. Brunn, *Europe and The French Imperium 1799-1815* (Nueva York, 1938), capítulos 4-5; S. B. Clough, *France: A History of Economic 1789-1939* (Nueva York, 1939), capítulos 2-3; Lefevre, *Napoleon*, 2 vols., capítulos 1-4; C. Trebilcock, *The Industrialization of The Continental Powers 1780-1914* (Londres, 1981), páginas 125 en adelante.

83. Bergeron, *France Under Napoleon*, págs. 167 en adelante, 184 en adelante; Crouzet, «Guerras, bloqueo y cambio económico», todo en general.

84. Bergeron, *France Under Napoleon*, págs. 37 en adelante; Lefevre, *Napoleon*, 2 vols., págs. 171 en adelante; Clough, *France*, capítulos 2-3.

85. Para lo que sigue a continuación, ver Bergeron, *France Under Napoleon*, págs. 40-41; Lefevre, *Napoleon*, 2 vols., pág. 291; McNeill, *Pursuit of Power*, págs. 198 en adelante; Brunn, *Europe and the French Imperium*, págs. 73-75 y 110 en adelante; E. J. Hobsbawn, *The Age of Revolution 1789-1848* (Londres, 1962), pág. 97; G. Rudé, *Revolutionary Europe 1783-1815* (Londres, 1964), capítulo 13, y especialmente págs. 274 y 275; S. Schama, «Las exigencias de la guerra y la política de tributación en los Países Bajos, 1795-1810». *War and Economic Development*, páginas 111, 117 y 128.

86. Citado en Glover, *Napoleonic Wars*, pág. 129; y comparar con la notable predicción prerrevolucionaria de Guibert sobre un pueblo que «sabiendo cómo hacer la guerra más barata y vivir con el botín de la victoria, no se vio obligado a dejar sus armas por motivos financieros», tal como se citaba en NCMH, vol. 8, pág. 217; y con las notas de Spenser Wilkinson, tal como aparece citado en Tilly, *Formation of National States in Western Europe*, págs. 147-148 y 152.

87. Glover, *Napoleonic Wars*, págs. 140-141; Jones, *Britain and the World*, págs. 22, 317; Sherwig, *Guineas and Gunpowder*, capítulos 9-10.

88. Cifras de Glover, *Napoleonic Wars*, pág. 152; ver también Chandler, *Campaigns of Napoleon*, pág. 734. Para las campañas del ejército austríaco —y su recuperación— ver Rothenberg, *Napoleon's Great Adversaries*, págs. 123 en adelante.

89. Para la guerra Peninsular, ver las partes más relevantes de Glover, *Campaigns of Napoleon*; J. Weller, *Wellington in the Peninsula*

- (Londres, 1962); R. Glover, *Peninsular Preparation: The Reform of the British Army 1795-1809* (Cambridge, 1963); M. Glover, *The Peninsular War 1807-1814: A Concise History* (Newton Abbot, 1974); Sherwig, *Guineas and Gunpower*, págs. 198 en adelante. El lado francés está cubierto por J. Thiry, *La Guerre d'Espagne* (París, 1966); Ross, *European Diplomatic History*, págs. 276 en adelante; G. H. Lovett, *Napoleon and the Birth of Modern Spain*, 2 vols. (Nueva York, 1965). La importancia de la contribución española queda ampliamente subrayada en D. Gates, *The Spanish Ulcer: A History of the Peninsular War* (Londres, 1986).
90. Brunn, *Europe and the French Imperium*, capítulo 8; Rudé, *Revolutionary Europe*, capítulos 13-14; Lefevre, *Napoleon*, 2 vols., capítulos 7-8; J. Godechet, B. F. Hyslop y D. L. Dowd, *The Napoleonic Era in Europe* (Nueva York, 1971), especialmente capítulo 8; G. Best, *War and Society in Revolutionary Europe 1770-1870* (Londres, 1982), caps. 11-13; R. J. Rath, *The Fall of the Napoleonic Kingdom of Italy* (Nueva York, 1941), capítulos 1-2.
91. Crouzet, «Guerras, bloqueo y cambio económico», todo en general; Glover, *Napoleonic Wars*, capítulos 4-5; O. Connelly, *Napoleon's Satellite Kingdoms* (Nueva York, 1965), todo en general. Para la política rusa, ver Chandler, *Campaign of Napoleon*, págs. 379 en adelante; NCMH, vol. 9, págs. 512 en adelante; Lobano-Rostovsky, *Russia in Europe 1789-1825*, todo en general; y anterior, H. Ragsdale, *Détente in the Napoleonic Era: Bonaparte and the Russians* (Lawrence, Kansas, 1980).
92. Chandler, *Campaigns of Napoleon*, puntos 13-14; Glover, *Napoleonic Wars*, págs. 160 en adelante; Ross, *European Diplomatic History*, páginas 310 en adelante; A. Palmer, *Napoleon in Russia* (Nueva York, 1967); C. Duffy, *Borodino and the War of 1812* (Londres, 1973); Lefevre, *Napoleon*, vol. 2, capítulo 9; G. Blond, *La Grande Armée 1804-1815* (París, 1979).
93. Glover, *Napoleonic Wars*, pág. 193; Sherwig, *Guineas and Gunpower*, capítulos 12-13, especialmente páginas 287-288; Rothenberg, *Napoleon's Great Adversaries*, págs. 178 en adelante.
94. Que es quizá la razón por la que casi siempre es ignorada en casi todas las historias militares y diplomáticas de este período. Para más detalles ver E. B. Potter, *Sea Power: A Naval History*, 2.ª edición (Annapolis, Md., 1981), capítulo 10 y bibliografía en la página 392; B. Perkins, *Prologue to War; England and the United States 1805-1812* (Berkeley, California, 1961); A. T. Mahan, *Sea Power in Its relations to the War of 1812*, 2 vols. (Londres, 1905); Marcus, *Naval History of England*, vol. 2, capítulo 16.
95. Ingram, *Commitment to Empire*, todo en general; G. J. Adler, «Gran Bretaña y la defensa de la India, los orígenes del problema, 1798-1815», *Journal of Asian History*, vol. 6 (1972), págs. 14-44.
96. Chandler, *Campaigns of Napoleon*, apartado 17; *Napoleonic Wars*, págs. 212 en adelante; Lefevre, *Napoleon*, 2 vols., capítulo 10; Blond, *La Grande Armée*, capítulo 16; H. Lachouque, *Waterloo* (París, 1972); U. Pericoli y M. Glover, *1815: The Armies at Waterloo* (Londres, 1973).
97. Para más detalles sobre los acuerdos de 1814-1815, ver Sherwig, *Guineas and Gunpower*, capítulo 14; NCMH, vol. 9, capítulo 24; E. V. Gulick, *Europe's Classical Balance of Power* (Nueva York, edición de

- 1967), todo en general; C. K. Webster, *The Foreign Policy of Castlereagh, 1812-1815: Britain and the Reconstruction of Europe* (Londres, 1931); H. G. Nicolson, *The Congress of Vienna* (Londres/Nueva York, 1946); D. Dakin, «El Congreso de Viena, 1814-1815, y sus antecedentes», edición de A. Sked titulada *Europe's Balance of Power 1815-1848* (Londres, 1979).
98. Gulick, *Europe's Classical Balance of Power*, pág. 304. Ver también los comentarios de H. Kissinger, *A World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace 1812-1822* (Boston, 1957).
99. Una breve información sobre la extensa literatura publicada sobre el tema se halla en P. J. Marshall, «La expansión británica en la India durante el siglo XVIII: una revisión histórica», *History*, vol. 60 (1975), págs. 28-43; así como los comentarios de Ingram en *Commitment to Empire*.
100. Ver Braudel, *Wheels of Commerce*, págs. 403 en adelante, con una instructiva discusión sobre la importancia del comercio de largo alcance. Sobre el contexto británico específico, me ha sido muy provechosa la lectura del documento de Patrick O'Brien «El impacto de las guerras revolucionarias y napoleónicas, 1793-1815, en el desarrollo a largo plazo de la economía británica» (Davis Center Paper, 1983).
101. Toda esta documentación se halla en el trabajo de Crouzet, «Toward an Export Economy», todo el artículo; Cain y Hopkins, «La economía política de la expansión marítima británica, 1750-1914», todo en general; R. Davis, *The Industrial Revolution and British Overseas Trade* (Leicester, 1979); N. F. R. Crafts, «Desarrollo económico británico, 1700-1831: Un análisis de las pruebas», *Economic History Review*, 2.ª serie, volumen 36 (1983), págs. 177-199.
102. La frase se encuentra en F. Crouzet, *The Victorian Economy* (Londres, 1982), pág. 1.
103. Glover, *Napoleonic Wars*, págs. 182-183.
104. Citado en Marcus, *Naval History of England*, vol. 2, pág. 501.

CAPITULO IV

1. S. Pollard, *Peaceful Conquest: The Industrialization of Europe 1760-1970* (Oxford, 1981), todo en general. Un buen tratamiento de la revolución industrial en el Oeste, analizado en cada localidad, ver T. Kemp, *Industrialization in Nineteenth-Century Europe* (Londres, 1969); W. O. Henderson, *The Industrial Revolution on the Continent: Germany, France, Russia 1800-1914* (Londres, edición de 1967); C. Trebilcock, *The Industrialization of the Continental Powers 1780-1914* (Londres, 1981); edición de C. M. Cipolla, *Fontana Economic History of Europe*, vol. 3, *The Industrial Revolution* (Londres, 1973); A. S. Milward y S. Baul, *The Economic Development of Continental Europe 1780-1870* (Londres, 1973).
2. C. M. Cipolla, «Introducción», en la edición de Cipolla titulada *Industrial Revolution*, pág. 7.
3. D. Landes, *The Unbound Prometheus: Technological Change and*